3 1761 08158671 1

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 25. NUM. 289.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

ENERO 1913

128598
10/7/13.

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna

AP
60
E8
año 25
no. 289-91

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16. Madrid.—Teléfono 2.042.

JOYAS ROBADAS Y RESTITUIDAS

1813-1814

Cuando se penetra en la gran sala central de nuestro Museo del Prado, la insuperable atracción con que brindan los preciosos monumentos del arte de la pintura que decoran los amplios lienzos de sus esbeltos muros, materialmente cuajados de las obras maestras de los mayores genios que en su siglo, también de oro, produjo Italia y el posterior España, no es bastante fuerte para anular la atención que con igual fuerza reclaman las tres vitrinas centrales, que, bajo fanales de cristal, hacinan una de las colecciones más hermosas que se conocen de vasos y piezas de piedras duras y nobles y de cristal de roca, en que compite con el primor de sus formas y facturas los engarces y aderezos de oro y plata sobredorada y los esmaltes, camafeos y piedras preciosas que completan su mérito y su riqueza. Esta colección procede de la herencia que de su padre, el Delfín de Francia, Luis de Borbón, tuvo el rey Felipe V, a consecuencia de la muerte de aquél, ocurrida el 18 de Febrero de 1712. Considerándose como alhajas de mesa y tocador, y, labradas en Italia con el más exquisito gusto en el siglo XVI bajo el influjo del aura restaurador del Renacimiento, atribuyéronse a los diseños y al cincel de Valerio Vicintino o a algún otro gran aurífice del mayor renombre. El legado se

componía de ochenta y seis piezas, todas de piedras duras con sus guarniciones de oro, esmaltes, piedras preciosas, piedras grabadas y camafeos. Había ya decaído de mucho tiempo atrás el gusto en las artes, y estas alhajas no fueron recibidas con todo el aprecio artístico que merecían. Más tarde Isabel de Farnesio, cuando estuvo habitable el Palacio del Real Sitio de San Ildefonso, atendiendo más a la riqueza que representaban que a su utilidad, hizo que se llevasen a la Granja, haciéndolas incluir en el Inventario de todos los valores existentes en aquella residencia en el año 1734. Detallóse más su descripción en el que por R. D. de 3 de Agosto de 1745, un mes próximamente después de la muerte del Rey, hizo el Marqués de Villarias, Secretario del Despacho Universal, al Marqués de Galiano, Intendente de los Reales Sitios de la Granja y Balsaín. Otra vez fueron inventariados en 1774, ya bajo el reinado de Carlos III, y durante la jornada del estío de aquel año al mencionado Real Sitio, por D. Francisco Manuel de Mena, y, por último, dos años después, en el de 1776, con fecha del 15 de Setiembre, por mandato del Marqués de Montealegre, Mayordomo Mayor de S. M., fueron entregadas a D. Pedro Franco Dávila, Director del Gabinete de Historia Natural, recién creado, «para que se colocasen y guardasen en él entre las piedras y curiosidades que allí se conservaban y pertenecían todas a S. M.». Estas alhajas habían de permanecer en el Gabinete «como en depósito, para su mayor realce y digna memoria de su fundador».

Allí permanecieron, para que sirvieran de estudio y de modelo a las ciencias y a las artes en sus esferas respectivas, quedando como prueba elocuente del impulso que en España, bajo el cetro de Carlos III y Carlos IV, al concluir el siglo XVIII y empezar el XIX, llevaban todos los progresos de la humana cultura, que nos prometían sólidas prosperidades, cuando fatalmente vino a interrumpirlos y a variar de todo punto el giro de nuestros destinos nacionales el fatídico contacto con la revolución extranjera y la pérfida invasión del Soberano impe-

rial francés, que no hubo medios, a pesar de los esfuerzos que se hicieron, de impedir que al cabo viniera a pisotearnos, como ya había pisoteado todas las potencias, grandes y chicas, del continente: la Italia en todos sus Estados, Alemania en su vasta confederación, el Austria con toda su conglomeración de Monarquías, la Prusia con todo su prestigio militar de largo abolengo y la Rusia tan lejana y defendida por la inclemencia de sus nieves y el tropel innumerable de sus razas guerreras medio salvajes. Pero la invasión de Napoleón no sólo marcó para mucho tiempo esta interrupción odiosa y la decadencia que se pronunció después. El paso de Napoleón por España, entre otros estragos, equivalió a la tromba de un furioso vandalismo, ante la cual, todo lo de más valía que atesoró la lenta labor de los siglos, de la constancia y de la fortuna, nos fue vilmente arrebatado por aquellas hordas de forajidos, vestidos de soldados, que desde su primer llegada no reconocieron meta a sus codicias. Las joyas de todos los tesoros fueron extraídas, unas veces por los que en aquellas masas sangrientas representaban el Gobierno y el poder; otras por sus jefes subalternos y hasta por los soldados desmoralizados. Y cuando, después de nuestros propios heroísmos para arrojarlos de la Península, enseñamos a Europa a coligarse contra tan aciago poder y a debelarlo, en los Congresos de París y de Viena se protocolizó el mandato de restituir los bienes robados a las potencias y los pueblos en quienes se habían hecho tan inicuos despojos, y tocó a España su parte vindicatoria, todavía pudo rescatarse de manos de los violentos expoliadores algunas de aquellas inmensas riquezas, de las que no pudieron disiparse entre las muchas que se ocultaron, de las que no se habían destruído entre las muchas que se destruyeron, de las que no se habían hecho desaparecer, transportándolas o vendiéndolas en otros países extranjeros, de las muchas que por este medio se hicieron difíciles de volver a hallar, y, por último, de las muchísimas, también, que el Gobierno de Luis XVIII y su célebre Príncipe de Benevento se empeñaron, bajo pretextos especiosos, en no devolver, y para cuya recupe-

ración se hicieron ineficaces las infinitas reclamaciones diplomáticas, periódicas, de todo el siglo antecedente.

No hablemos de las llamadas *alhajas de la Corona,* enteramente dilapidadas por el Príncipe Murat, por el General Savary, por el rey intruso José Bonaparte y su Gobierno, principalmente por su Ministro de Hacienda, el Conde de Cabarrús. Estas alhajas, que constituían un tesoro de más de diez siglos, no fueron rescatadas jamás, y ni aun pudo jamás saberse el giro y distribución que tuvieron. De las galerías artísticas de todos los palacios y dependencias reales, por millones se extrajeron y condujeron a Francia los objetos de todo género y de más subido valor. Otro que tal ocurrió con las de nuestros grandes monasterios, catedrales e institutos religiosos. Lo mismo con nuestros gabinetes científicos, con las escuelas de nuestras artes; y cuando no era fácil transportar los edificios, aparatos y enseres de las fábricas en que se elaboraban sus productos, el cañón o el fuego los destruían, para que no quedase reliquia de ellos, ni esperanzas siquiera de reconstrucción. Los archivos históricos, los de las familias nobles, corrieron la misma suerte, es decir, los mismos despojos y los mismos empeños de destrucción; y cuando llegó el día de aquellas liquidaciones, que fueron acordadas en los Congresos de París y de Viena, hasta se nos negó la presencia personal, y se sutilizaron de tal modo los pretextos para dejar incumplidos los mandatos taxativos de aquellos tratados... que todavía, al cabo de un siglo, para España, para España únicamente, están en mucha parte sin cumplir.

El primero que en Mayo de 1814, después de la publicación en el *Moniteur* del decreto de Luis XVIII, de 9 del mismo mes, se alzó para esta acción vindicatoria, a nombre de los Infantes de España, D. Carlos y D. Antonio Pascual, como apoderado de ellos, y para reclamar la devolución de los bienes y alhajas que les habían sido usurpadas indebidamente, y a pesar de los tratados de Bayona con Napoleón en 1808, fue el Marqués de Celleruelo, que entró en viva polémica con Talleyrand. Como

el decreto aludido de Luis XVIII autorizaba para estas reclamaciones a diez de las familias de los grandes de España, a quienes se les había hecho víctimas de estos secuestros y despojos, la casa de Altamira presentó después el Inventario de sus galerías pictóricas, de sus colecciones artísticas, de sus alhajas suntuarias, de sus archivos familiares de que se la había privado. Tras largas negociaciones logró que se la devolviera lo que en París no se quiso, y en la galería o Museo del Louvre se ven los cuadros de los grandes pintores de las escuelas italianas, flamenca y española que en 1810 fueron arrebatados de aquella casa, a la que no se devolvieron jamás. De la galería y colecciones que pertenecieron al Príncipe de la Paz, y cuyas piezas de más valor se sacaron del secuestro en que las habían constituído los tribunales después del motín de Aranjuez, en la noche de San José del año 1808, nunca, ni el Estado español, ni el mismo interesado, alcanzaron que se les restituyese nada, y más de tres años habían corrido, de 1814 a 1817, para que a fuerza de gestiones de nuestros representantes diplomáticos en París, lograran, a regañadientes de los Gobiernos de Luis XVIII, empezar a devolvernos algo de lo que salió de las galerías de Palacio, de El Escorial, del Real Gabinete de Ciencias Naturales, del Jardín Botánico de Madrid, de la Dirección de Postas y Correos, del Archivo de Simancas, etc., etc. Todas estas sustituciones se hicieron entregando los objetos incompletos que las formaron, en tal estado de deterioro que, sin el testimonio documental de los que intervinieron en la entrega, se haría increíble su relación.

Después de las reclamaciones de los apoderados de las casas de los Infantes D. Carlos y D. Antonio y de la de Altamira, el Teniente general D. Miguel de Alava, hasta valiéndose de su amistad personal con el Duque de Wellington, fue el primero que formalizó sus negociaciones con el Príncipe de Benevento, y aun con el mismo rey Luis XVIII en persona para obtener la devolución, principalmente de las joyas preciosas de las galerías pictóricas de los Palacios Reales de España, de El Escorial,

del Real Gabinete de Historia Natural y de otras procedencias. Alava tuvo aviso de que un griego llamado Psimary, y habitante en París, en la calle de Saint-Roch, núm. 20, se hallaba en tratos con dos caballeros ingleses, a los cuales ofrecía doce cuadros que se hallaban en depósito en casa del pintor Bonnemaison, por la cantidad de 100.000 francos, comprometiéndose a entregarlos en Londres mismo, mas prefiriendo rebajar esta cantidad hasta 20.000 si los caballeros ingleses querían tomarlos en París, haciendo el pago al contado, porque decía necesitar con urgencia aquella suma, pues le reclamaba en Turquía un asunto del mayor interés. De estos doce cuadros formaban parte *La Perla* de Rafael, *El Sepulcro de Cristo* del Parmesano, *La Virgen y el Niño Jesús* de Tiziano, una *Ascensión* de Pablo Veronés, *El Río Scamandra* de Nicolás Poussin, *El Sueño de San José* de Murillo, el retrato de *Lorenzo de Médicis*, y otros cinco más. Pero los ingleses se mostraban indecisos, más que por la desconfianza que les inspiraban las condiciones del pacto, por el estado deplorable en que se hallaban estas pinturas. Alava intervino; se llamó a Talleyrand, medió el Prefecto de policía, y Bonnemaison se constituyó responsable de la custodia de los cuadros, ofreciéndose, en cambio, mediante pago, a restaurarlos en su condición de Director del Gabinete de restauración de la Galería Real de Francia.

Los trabajos del Prefecto de Policía comenzaron a descubrir escondites de cuadros arrancados de España fraudulentamente, y que, o se ocultaban cuidadosamente, o se hallaban en manos de especuladores, o en dependencias del Estado, o en poder de personajes de alta consideración, de quien se hacía difícil nos fuesen reintegrados. Algunos de estos especuladores, o sus encubridores, se presentaban como españoles emigrados, por haber seguido la causa de José Napoleón. Uno de éstos se hacía llamar el Barón Tomás Rodríguez, y alegaba haber sido *ministro* en el Gobierno del Intruso; otro se apellidaba el Conde D. José Serva, y así varios. Los cuadros que se hallaron en poder del Mariscal Víctor fueron defendidos por éste,

pretextando que era un regalo que le había hecho el rey José; eran lienzos sustraídos de El Escorial. Al General Sebastiani se le obligó a devolver otros, y habiendo instado desde Barcelona el General Castaños, Capitán general de Cataluña, a la devolución de los diez y nueve lienzos de la *Vida de San Bruno*, de Viladomat, los ocho de escenas bíblicas del P. Fray Joaquín Juncosa y otros que el General Ordennau había sustraído en 1810 de la Cartuja de Montealegre, a tres leguas de la ciudad condal, costó sumo trabajo lograr su entrega al Duque de Fernán-Núñez, en 1817, porque en aquellos tiempos habían ido a decorar los salones del Senado francés.

En la correspondencia diplomática del Conde de Peraleda, nuestro embajador en París, con D. Pedro Cevallos, ministro de Estado del rey Fernando VII, hállanse despachos interesantísimos sobre estos asuntos. En el de 26 de Setiembre de dicho año le decía:—«Por las prudentes y activas providencias que había tomado el Teniente general de los Reales Ejércitos, don Miguel de Alava, mi antecesor en esta corte, como ministro del Rey, se ha podido conseguir que un gran número de cuadros de nuestros mejores pintores, y otros extranjeros que la rapacidad francesa había extraído de nuestro país en el tiempo que ocuparon la Península con sus tropas, y que en el día formaban uno de los principales adornos de su galería en esta capital, hayan sido sacados de ella y puestos a disposición del mismo para ser devueltos a España.» Pedía después instrucciones para su envío a la Península, y añadía:—«Los austriacos están igualmente recobrando todas las pinturas que fueron extraídas de la Galería de Florencia, y se cree que todos los demás aliados hagan lo propio con todos los objetos de Bellas Artes de que fueron desposeídos en la guerra de vándalos que les hizo Napoleón. Los habitantes de aquí no disimulan en este particular su descontento, y no pueden o no quieren persuadirse de que es legítima recuperación; pero son tranquilos espectadores de la operación.»

En otro despacho del 3 de Octubre, sobre la misma mate-

ria, daba Peraleda a Cevallos estotras noticias:—«Habiéndome manifestado D. Pedro Labrador el estado en que se hallan los famosos cuadros de Rafael conocidos con los nombres de *La Perla*, *El Pasmo* y *La Madona del pez* y otros, pertenecientes al Rey N. S., y que habían sido extraídos de España en los últimos tiempos de la dominación enemiga, pasé a verlos, en compañía del mismo D. Pedro Labrador, a casa del pintor Bonnemaison, que es en la que se hallan. No puedo ponderar bastante a V. E. la sensación desagradable que produjo en mí el ver el estado en que en la actualidad se encuentran estos preciosos testimonios del arte de la pintura, que en otro tiempo había admirado en toda su belleza. Todos ellos se hallan más o menos deteriorados; pero los que en especialidad han sufrido más y necesitan indispensablemente que se tome algún arbitrio para su conservación, son los más preciosos. En unos, por causa de la humedad a que han estado expuestos, se ha formado una costra salitrosa sobre todo el cuadro que encubre casi toda la pintura y apenas deja conocerla, ni mucho menos resaltar el colorido. Otros, y son los de peor estado, tienen desquebrajada toda la costra de la pintura que los forma, y sólo se sostienen con el auxilio de una gasa que se les ha colocado encima y los cubre en su mayor parte. Así éstos como aquéllos, se me ha asegurado por D. Pedro Labrador y por el mismo pintor, que pueden ser restablecidos al estado que tenían en un principio, por medio de una operación ingeniosa y conocida aquí en el día, cual es la de trasladarlos a otro lienzo: operación que he visto ejecutada en otras pinturas que también se hallaban deterioradas, y que en el día no puede conocerse su anterior estado. También me ha asegurado el pintor, que no sólo es imposible el verificar la traslación de estos cuadros del modo que ahora se hallan, sin que tenga el riesgo de su total destrucción, sino que aun teme que puedan conservarse por más tiempo, si no se trata de su reparación.»—La restauración fue autorizada antes de devolver los cuadros a España, y a Bonnemaison se pagaron 5.475 francos por la del *Pasmo*

de Sicilia; 3.294 por la de *La Perla;* 3.078 por la de *La Madona del pez;* 900 por la de los retratos de *Felipe II* y la *Princesa de Eboli*, mal atribuídos a Tizziano; 800 por la *Sacra Familia*, de Murillo; 300 por un Palma, el viejo, etc.

Las sustracciones de las joyas del Real Gabinete de Historia Natural comprendían dos clases de objetos: los incompletos que, restaurados también (1), hoy se examinan y admiran en las vitrinas de la sala central del Museo del Prado, y algunos ejemplares de metales y piedras preciosas, de las que algunas han vuelto a formar parte de la colección científica de nuestro actual Museo de Mineralogía y Zoología del Palacio del Hipódromo, y las floras del Perú, de Méjico y de Nueva Granada, que también en parte volvieron y se custodian en nuestro Jardín Botánico. En despacho diplomático del Conde de Peraleda, fecha 23 de Junio de 1814, se dice que de los efectos extraídos del Archivo de la Flora peruviana, en Sevilla, y los de la Flora de Méjico que llevó consigo a Francia D. José Mociño, durante la dominación del Gobierno intruso, el General D. Gonzalo O'Farril mandó al Archivero de Sevilla, D. Manuel Valbuena, entregar 23 cajas de productos naturales al agente francés, el cual se llevó varias muestras de diferentes especies de quinas y todos los extractos de ellas, remitidos desde Lima en 1809, para aumento de la Flora y conclusión de la Monografía de las quinas, y, por último, que D. José Mociño se llevó a Francia además los manuscritos y demás materiales de la Flora de Méjico, a excepción de 8 cajones de esqueletos de plantas mejicanas que quedaron aquí. La devolución, no total, de estos objetos fue una de las negociaciones más difíciles de Peraleda con Talleyrand, porque el Príncipe de Benevento oponía la mayor resistencia a su entrega. No costó menos trabajo obtener la entrega de los planos que el General Guilleminot extrajo, el 6 de Diciem-

(1) La restauración no se hizo hasta el año 1866 por el hábil platero don Pedro Zaldos, bajo la inspección del Director del Museo del Prado D. Federico de Madrazo.

bre de 1808, de la Dirección general de Correos, y ¡lo que parece mentira!, las matrices en bronce de los caracteres de imprimir de que también se había despojado a nuestra Imprenta Nacional. Respecto a los documentos sacados de los Archivos españoles, principalmente el de Simancas, sería tarea para rato bosquejar los incidentes a que han dado lugar desde 1814, sin que hasta ahora se haya logrado la total restitución.

Sobre los joyas que se hallan en el Museo del Prado, en 1815, se padeció en Madrid una gran equivocación. Al hablar D. Miguel de Alava de ellas, las llamó en su despacho *alhajas de la Corona*, y en Palacio y en el ministerio se creyó que se trataba del tesoro, tantas veces secular, de las vinculadas por Carlos III en el Tesoro patrimonial del Trono. Así, pues, el ministro D. Pedro Cevallos, en despacho de Madrid del 21 de Setiembre del año referido, decía a Alava:—«Por la primera proporción que tenga V. E. me remitirá *las alhajas de la Corona* que se hallan ya en su poder.»—Y Alava, el 7 de Octubre siguiente, contestaba:—«En cumplimiento de su orden debo hacer presente a V. E., que ya hace días están empaquetando y embalando *todos los efectos pertenecientes al Real Gabinete de Historia Natural* que había extraído el Gobierno intruso de España, y se hallaban últimamente en poder del Marqués de Almenara. Así, *estos efectos,* como los cuadros que se han retirado del Museo, se enviarán de aquí a Bruselas y de Bruselas a Amberes, a fin de que con mayor seguridad puedan ser trasportados por mar.» A Almenara le habían sido entregados por Mr. Lerroux: ocupaban nueve cajones, habían sido sustraídos el 13 de Abril de 1813, y fue portador de ellos hasta la Península el capitán D. Nicolás Miningui, ayudante de Campo del General Embajador. Es interesante el *Inventario* que se formó en el acto de la restitución.

JOYAS SUSTRAÍDAS

Núm. 1. Un vaso ahovado, con su pie y base a género de bolla, todo de piedra sanguínea o adrónico: labradas en dicho

vaso unas hojas y por dentro dos labios. El pie y base guarnecidos con cuatro delfines: en medio un género de laurel con sus hojas: dos conchas, y encima de la bolla una pieza que mantiene el vaso. En la falda el engarce, todo de oro, lo más de ello cincelado, algo tallado y picado con dos cordoncillos: regulado todo, poco más o menos, en siete onzas de oro y la piedra y caja del dicho vaso.

Núm. 2. Otro vaso pequeño, ahovado, con su tapa, piel y basa agallonado, de piedra roca amatista de color morado, que tiene la tapa de ágata, guarnecido el pie, tapa y basa, de oro, de tres piezas caladas, compuestas de hojas esmaltadas de medio relieve, de blanco, negro y verde transparente, y en dicha tapa diez y seis engastes de plata con diez y seis girasoles, todos ellos de varios tamaños. El asiento del vaso donde está el oro es de plata dorada.—(N. B.—*Esta pieza no volvió de Francia.*)

Núm. 3. Otro vaso grande, ahovado, con su tapa, que dijeron ser de piedra verdosa algo transparente. El pie y guarnición de la tapa de plata dorada, compuesto el pie del asiento de él con cuatro cartelas, unas hojas y dos géneros de alcachofas, y una de ellas tiene como especie de racimo: la tapa, guarnición igual con remate, otro género de alcachofas con racimo y hojas, todo cincelado, agallonado, con hojas y óvalos.

Núm. 4. Un vaso grande, ahovado, hechura de taza, con su base y pie de lápiz lázuli, agallonado dicho vaso: el pie en hondo con guarnición de oro; la base con dos serpientes o dragones con alas; dos muchachos, cuatro delfines, cuatro conchas y cuatro festones. Por asas tiene dos dragones con alas también: todo de oro esmaltado y pintado de colores. Los ojos de los dragones son girasoles, y se reguló quince onzas de oro. *(Se devolvió, con uno de los dragones estropeado y falto de un ala, y otro sin las dos: tenía otros desperfectos.)*

Núm. 5. Otro vaso grande, también ahovado y arminellado de piedra ágata: tenía su base y pie abiertos con ramos y gallones; por asas dos récipes de oro con alas de lo mismo y

dos engastes en su base y pie, esmaltados todos de blanco, negro, azul, rojo y verde transparente: regulado en seis onzas de oro y la piedra y caja.

Núm. 6. Otro vaso, hechura de copón, con su tapa hundida, ésta de piedra ágata. El pie de la misma piedra, cuyo remate se compone de tres cartelas con hojas, lo más de oro tallado rebajo, esmaltado de blanco, azul, rojo y verde transparente. Regulado en ocho onzas de oro y la piedra.

Núm. 7. Otro vaso, en forma de taza, ahovado y arminenellado; de piedra blaoma. Tiene el pie y base de oro, y en la falda del mismo vaso su guarnición de oro tallado, todo rebajo y esmaltado de blanco, azul y verde transparente. Regulado en seis onzas de oro y la piedra.

Núm. 8. Una taza grande que tiene un poco esportillada la falda por el reverso, agallonada y ocho conchas y el pie torneado y base; unas medias cañas; todo de piedra ágata, guarnecido el referido pie y base, de diferentes piezas de oro de hojas, cuatro festones de uvas, con cuatro géneros de cordones con sus borlas, esmaltado todo de blanco, negro, azul y verde transparente. Regulado en siete onzas de oro. *(Vino estropeado.)*

Núm. 9. Un género de cuerno bajo, con su pie y tapa; por remate una cabeza, y todo de jaspe oriental de varios colores, guarnecido el pie y tapa de plata dorada, sobrepuestas algunas piezas y engarces de oro, de hojas, flores y cintas; esmaltado de blanco, púrpura, negro y verde transparente, y en los engarces, veinte camafeos de diversas piedras. *(No vino de Francia.)*

Núm. 10. Un cofrecito de maderas, de armazón, cuadrado, prolongado; la tapa de cinco lados; el suelo, una chapa de plata dorada; por pies cuatro bolas de oro, molduras e hijos; con ciento diez y ocho engastes de oro, esmaltados con hijos de blanco, y los engastes de blanco, negro, encarnado y uno verde, y en ellos setenta y dos camafeos de diferentes piedras, veintitrés cornalinas; dos piedras de ágata;

las veintiuna lápiz lázuli; seis con hechuras; todo ello puesto sobre terciopelo negro.

Núm. 11. Otro vaso, hechura irregular, calado a fondo, hace la forma del asa; labrado de relieve; un ramo con sus hojas y una figura de rana; de piedra diáspero oriental blanquizco. Tiene el pie de plata dorada y forma triangular, compuesto de un adorno de hojas y cogollos, cintas y tres mascarones; otra pieza agallonada y lisa en lo que hace la base, tres cartelas con sus jarros, tres conchas y tres fajones. Más arriba agallonado; todo cincelado, y tiene en la misma caja dos tazas de la misma piedra, adornada alrededor en lo más de ellas de unos ramos y flores, y en una dos pájaros, todo calado.

Núm. 12. Otro vaso ochavado, compuesto el armazón y cerradura de hierro; el suelo de una chapa de plata, todo él con molduras de oro; en las ochavas, unas hojas y engastes de de oro, también esmaltado de verde, amarillo, azul y blanco; en los engastes, ciento cincuenta y dos camafeos de diferentes piedras, por pies diez bolas de cornalina y lapiz lázuli, regulado en quince onzas de oro de ley de 21 quilates y cuatro onzas de plata. (*Vino estropeado y con un pie menos de Francia.*)

Núm. 13. Otro vaso, de forma de platillo ahovado, con su relieve en medio, base y pie de piedra diásperó, guarnecido pie, basa y asiento con oro esmaltado de blanco y negro.

Núm. 14. Otro vaso alto, hechura de copón, con su pie, base y remate de piedra ágata; tiene los pies con sus guarniciones; el asiento y base con seis cartelas que finalizan en tres cabezas de águilas, en ellas engastes, y en el medio otra guarnición de ocho piedras ahovadas y ocho medios cuerpos sobre una cartela cada uno. Representan emperadores. En la tapa otra guarnición, y en el remate siete piedras ahovadas y encima tres figuras de cuerpo entero sentadas y esmaltadas de blanco; una representa *la Prudencia* con su espejo en la mano; otra, *la Justicia* con el peso bajo el brazo, y la tercera, *la Templanza,* todo esmaltado de relieve. Unos mascarones, hojas,

cogollos y cintas de blanco, púrpura, negro, azul y verde transparente. *(También vino en pedazos.)*

Núm. 15. Otro vaso, de la misma piedra, guarnición y hechura del antecedente, la excepción de las figuras de cuerpo entero que representan *la Fortaleza, la Templanza* y *la Esperanza*. Tiene, como su hermano ya notado, en la superior dos bolas de piedra propia, y en ella dos figuritas con alas y su trompeta, que significa *la Fama*.

Núm. 16. Otro vaso ahovado, hechura de taza, con su pie agallonado de piedra blasma; el pie con su guarnición de oro, esmaltadas en él unas hojas de blanco, negro y verde transparente. La basa se compone de una pilastra, y en ella una mujer desnuda, esmaltada de blanco, y una azucena, esmaltada también de blanco y azul, que sostiene dicho vaso, y todo lo referido de oro.

Núm. 17. Otro vaso, hechura de copón, con su tapa, pie, remate, base y una bola de piedra ágata; el pie algo hundido, y guarnecidas todas las dichas piezas, con sus dos asas de oro, compuestas de asas de cartones y hojas; en el remate, un pájaro sobre un ramo esmaltado de blanco, pintado de colores; dos rubíes pequeños por ojos; todo lo demás esmaltado de blanco, negro, rojo, azul y transparente.

Núm. 18. Otro vaso de piedra verdosa; la hechura al modo de una albarca, señalada dentro de ella una huella de pie; la base y pie, de plata dorada cincelada; unas hojas y aristas, compuesto de su plantilla, que es el asiento; cuatro delfines, cuatro cartelas en medio, y su remate torneado con cuatro festones.

Núm. 19. Un vaso en forma de perfumador; pie y tapa de piedra ágata que se compone de dos pedazos, guarnecido de plata dorada; el pie compuesto de tres cartelas su asiento, y en ellas tres hojas de oro esmaltadas de azul y tres bolas de verde, y en el medio otra de azul con una pieza de hojas y cartones esmaltados de verde, azul y blanco; el resto de la base y cuerpo, de hojas caladas y cinceladas como el pie; en la tapa,

sus dos solistas y encaje, todo de plata, y en ellas remata una piña de oro esmaltada de verde; una pieza de hojas esmaltadas de azul, con dos hilos y otros dos en el cuerpo, escarchadas y entorchadas con hojas de oro, esmaltadas de azul y verde, y los hilos de blanco, azul, verde, negro y rojo; en el cuerpo y base, veinte camafeos de varios tamaños.

Núm. 20. Otro vaso, hechura de tibor, de dos piezas, el pie, cuerpo y remate de plata dorada, cuyo vaso es de ágata y sobrepuestas en dichas piezas otras de oro, de hojas y flores y cintas de mediorrelieve, esmaltado todo lo más de ello de blanco púrpura, negro y verde transparente; en el pie, cuerpo y remate, diez y seis camafeos; los cuatro de lapiz lázuli, los otros de diversas piedras, y todo de varios tamaños.

Núm. 21. Otro vaso, de hechura de barco, con su piso, base y pie de piedra de diáspero oriental obscuro, que está quebrado: guarnecido el pie, base y piso de oro: el asa, que es una sierpe, también de oro, esmaltada y pintada de colores, y lo demás de blanco y azul. *(Esta pieza fue devuelta en Francia sin la sierpe de oro y la basa hecha pedazos.)*

Núm. 22. Otro vaso, de dos pedazos informes, figura de perfumador, de piedra ágata: tiene el pie y remate guarnecidos, y también el cuerpo, donde unen los dos pedazos, de plata dorada, con sus molduras y filetes sobrepuestos. En el pie, cuerpo y remate, de diferentes piezas de oro, de hojas de flores esmaltadas, las más de ellas en mediorrelieve, de azul, blanco, encarnado y verde. En dicho cuerpo y remate quince camafeos, incluso el de la cabeza puesta en el remate. *(También esta pieza fue devuelta sin este remate y con otros desperfectos.)*

Núm. 23. Otro vasito, en forma de barco, que finaliza en dos puntas, con su base y pie de piedra sanguínea, guarnecido el pie, base y asas de plata dorada. *(Faltó.)*

Núm. 24. Un vaso de piedra ágata que forma una especie de huevo de avestruz, con una solista de plata donde unen las piezas: compuesto pie y base a la unión y remate en forma de pirámide y cuatro bichas; esmaltado todo de oro, blanco, ver-

de y azul: unas frutas, cintas y cornucopias con engastes, y en ellos treinta camafeos con otras tantas cabecitas. *(Se devolvió en Francia sin cuatro de estos camafeos, las bichas aplastadas y otros grandes desperfectos.)*

Núm. 25. Otro vaso grande armenillado, con su base y pie de sanguínea, guarnecido todo de oro, con dos cartones y dos sortijas a modo de cordoncillo: los más cartones y pie cincelados; unos gallones y flores y lo demás tallado.

Núm. 26. Un vaso grande, hechura de cuenco, de mármol egipcio blanquecino, guarnecido de plata y formando un perfumador. Tenía compuesto el pie de tres cartelas con sus garras, entre ellas tres géneros de festones, en el medio una piedra en forma de bolla, con otra unión agallonada, y una piña y hojas de las referidas cartelas con su moldura. Alrededor de la boca de dicho vaso una solista engarzando dichas carántulas; y por dentro tres chapas con sus vástagos y hojas, talladas dichas tapas, y dentro un braserito que entra en los referidos vástagos, que está calado con sus tres pies, y en él una taza con su tapa y remate y unas hojas unidas a otras en dicha taza y otras en el vaso, donde forma un perfumador con seis piedras, y por remate un género de alcachofa en forma de llamas encendidas, con unos festones, flores y cintas, todo de plata dorada.

Núm. 27. Otro vaso abarquillado muy prolongado, con su asiento, todo agallonado de piedra ágata que llamaron onís. Tiene por asa una culebra de oro esmaltada de negro; en los ojos y cuello ocho rubíes, dos de ellos canjones, dos esmeraldas chicas y todas las demás pequeñas. *(Faltó también esta pieza.)*

Núm. 28. Una taza grande de oro, con su pie tallado en unas hojas y flores de mediorrelieve, picado de zapa, guarnecido con ciento y sesenta y ocho rubíes canjones de varios tamaños, setecientas y ochenta y cuatro turquesas del mismo género, y dentro otra taza lisa, pegada a la antecedente. *(Faltaban gran número de rubíes.)*

Núm. 29. Otro vaso en forma de artesa y pie de piedra, al

parecer blasma, con la base y pie de piedra sanguínea: tiene sus engarces de oro, dos asas, que son dos delfines esmaltados de colores. El engarce donde sienta el vaso, y también el pie, de hojas, calado y esmaltado de blanco púrpura y negro, con pintas de encarnado en las venas de dichas hojas. *(Faltaron las dos asas en forma de delfines esmaltados.)*

Núm. 30. Un género de bandejita de piedra ágata, abiertas en el medio unas cañas en forma de gallones y óvalos en hondo, guarnecido con plata: compuesta dicha guarnición de hojas, flores y cordoncillos imitados a filigrana, que hacen forma de asas, y diez y ocho flores y dos cordoncillos dorados. *(Faltaba al entregarlos toda la guarnición.)*

Núm. 31. Un vaso en forma de copón, con su tapa, pie y remate de piedra ágata: el vaso y pie agallonados; la tapa lisa, y el remate y ocho piedras pequeñas: guarnecido de oro a manera de llamas; tapa y pie también guarnecidos; aquélla con dos mascarones y un género de conchas y hojas con mediacaña esmaltado de verde y calado: el pie de hojas, cintas y género de gallones; la base, una figura de cuerpo entero que mantiene el vaso con las manos, todo de oro esmaltado de blanco, negro, azul, verde y rojo.

Núm. 32. Dos salvillas iguales de lapiz lázuli, con su pie de lo mismo, guarnecidas las faldas y pie de plata dorada, con molduras, filetes, mediacaña, agallonado y tallado. *(Vino de Francia una de las dos rota por el pie.)*

Núm. 33. Un vaso redondo, con su tapa, pie y asas de sierpe, todo de piedra blasma: el remate como torneado; el pie y basa compuesto con tres cartelas, cuatro delfines, festones, hojas y flores sobre oro, todo cincelado y picado, y a la parte de adentro una chapita de plata. (*Esta pieza vino en pésimo estado, falta de un delfín y otros adornos.*)

Núm. 34. Otro vaso en forma de concha, con su cabeza al parecer de dragón: sus dos asas, base y pie de piedra sanguínea; la cabeza guarnecida; las dos asas con otras dos cabezas, y así la basa y pie. Sus engarces de oro esmaltado de verde,

azul y blanco, y las cabezas de las asas aturquesadas. (*También esta pieza vino en terrible deterioro y falta de adornos.*)

Núm. 35. Otro vaso, en forma de morrión, de piedra diáspero oriental, guarnecido el pie, base y asa de oro esmaltado de negro, blanco y algo azul.

Núm. 36. Otro vaso y su base de piedra ágata, guarnecido y formando el ala de una bicha con alas. La cabeza de la misma piedra, el pico un mascarón y hojas: en el pie y base, hojas y cinta, agallonado de esmalte rojo, y todo de oro con esmalte de blanco, verde, azul, púrpura y rojo. En la bicha tiene un collar con diez y ocho granitos muy pequeños. *(Faltó.)*

Núm. 37. Otro vaso grande, en forma de concha, y un pico grande, y donde hace la forma de concha una cabeza de águila: base y pie de piedra diáspero sanguíneo. Tiene el pie, base y la cabeza guarnecida de plata algo tallada; el del pie picado de zapa liso y dorado: sobrepuestas de oro unas piezas de hojas, cartones, cintas y engarces, y en la base y remate cuatro orlas, guarnecido todo con cuatro diamantes delgados y algunas rosas de varios tamaños con veintidós rubíes, el mayor de cinco granos y medio de área, otro de cuatro granos y dos tercios, y los restantes de varios tamaños, y con trece rubíes valagües y cinco espinelas de distintos tamaños; cuatro esmeraldas, la mayor de tres granos y tres cuartos, y las restantes de a dos granos y medio. *(La cabeza del águila vino de París aplastada y rota, faltando además muchos rubíes.)*

Núm. 38. Otro vaso grande, ahovado y armenillado, de piedra sanguínea, guarnecido, así como la tapa y remate, pie y base, de oro: las dos asas se componen de dos mascarones con astas de carnero, también de oro. Por el revés, una cabeza de león, de lo mismo, y bajo la pierna y garza en que forma el asa: todo el engarce de la boca, hojas de metal y unas flores en la cabeza: también hojas en la tapa y ocho cabezas de carnero, hojas y flores en el remate, y asiento agallonado con hojas y una alcachofa: en el asiento de dicho vaso, cuatro cabezas de león, festones y cartones, y más abajo de dichas hojas, en el

pie, ocho cabezas con mascarillas, hojas y flores, esmaltado de verde, blanco, púrpura, negro y rosa. Regulado el oro en veintiséis onzas. (*Esta hermosísima pieza fue entregada en París hecha pedazos y falta de muchos de sus adornos.*)

Núm. 39. Otro vaso ahovado, abarquillado, de jaspe oriental, con asas y pie de plata dorada; las asas son dos delfines tallados, y lo más, liso.

Núm. 40. Otro vaso, de hechura de taza pequeña, con su tapa, remate y cabeza de piedra jaspe oriental de colores: la tapa y pie, de plata dorada, y sobrepuesto en todo ello unas piezas de oro de flores, de hojas, de cartones y cintas, esmaltado de medio relieve de verde, blanco, púrpura y negro, y veinte engarces en forma de orlas de dicho oro, y en ellos veinte camafeos, los cinco en lápiz lázuli.

Núm. 41. Otro vaso, en forma de copón, con su tapa; remate una cabeza, base y pie de piedra ágata; guarnecido el vaso con remate, basa y pie de oro esmaltado de verde, blanco, negro y rosa. (*Vino roto.*)

Núm. 42. Otro vasito, hechura de copón, con su tapa, remate, basa y pie de piedra cornalina: guarnecido en la tapa, remate y pie de oro esmaltado de blanco y negro.

Núm. 43. Otro vaso abarquillado, con su pie de piedra diáspero oriental: la basa y pie de oro; calada y compuesta de basa de unas piezas y hojas esmaltadas de verde, azul, amarillo, blanco y negro.

Núm. 44. Otro vaso seisabado, con sus mediascañas y filetes, pies y basa de piedra adrónico, guarnecido de oro, con sus asas de lo mismo, tallado y esmaltado de blanco.

Num. 45. Otro vaso, hechura de barco arminellado, con ocho mediascañas y filetes de piedra ágata: el pie y las asas de plata de filigrana dorada, compuestas de hojas y cartón.

Núm. 46. Otro vaso, hechura de taza, con una basa y pie de lápiz lázuli, el pie y basa con guarniciones de oro calado, esmaltado de verde, unas hojas de blanco, unas cintas y unos granos de rojo.

Núm. 47. Otro vaso, en forma de tibor, con su tapa y piedra ágata: la tapa por un lado tiene un género de pelo germinado: cuerpo tapa, remate y pie de plata dorada, picada, tallada y sobrepuesto de oro: unas cintas y cartones esmaltados de azul, verde, blanco, negro y púrpura. En el cuerpo ocho camafeos: el uno de cuerpo entero y los demás de medio cuerpo: el ropaje de oro, y un perrito que tiene en la mano, también de oro, esmaltado de blanco. *(Vino hecho pedazos y las figuras quebradas.)*

Núm. 48. Otro vaso, en forma de copón, con su tapa, pie y remate de pie de ágata, todo agallonado.

Núm. 49. Un pomo, con su asa y tapa de alabastro, color de ágata, labrado con unos gallones en alto y hondo; su pie y engarce de oro.

Núm. 50. Una tacita, con su basa de piedra ágata; en la asa forma un tronco, abierto en ella unas hojas y una flor, todo de la misma piedra.

Núm. 51. Un jarro, con su asa, piso y tapa de piedra de mármol egipcio blanquisco, todo él labrado, y en la tapa a manera de un pájaro.

Núm. 52. Otro jarro, con su tapa y asa de piedra ágata onix; en la tapa, una negrilla de medio cuerpo, de la misma piedra, guarnecida dicha tapa, basa, parte del asa y pie con guarnición de oro; la del pie, agallonado y tallado con filetes; la de la boca y tapa, en forma igual, con una concha y una hoja que está sobre el asa; en la cabeza de la negrilla, un engarce con un rubí de grano y medio de área.

Núm. 53. Un vaso, hechura de concha; con su tapa, basa y pie todo de piedra diáspero, guarnecida dicha tapa, basa y pie de plata dorada, y sobrepuestas unas piezas de oro, unas flores, cartones y cintas, esmaltado de relieve de colores; en la concha, un Delfín de oro, también esmaltado, y encima de él Neptuno, de plata dorada, y en la tapa un caracol de oro esmaltado de colores. En la tapa de dicha piedra, sobrepuestos, cuatro engastes de oro, y en ellos cinco rubíes, cuatro zafiros, cinco

esmeraldas, una crisolita, tres amatistas, una de ellas blanca, dos jacintos, un granate y un aguamarina; dos girasoles y diez y seis turquesas. El rubí mayor, de tres granos de área, otro de dos granos, un zafiro de tres granos, otro de dos y dos tercios, una esmeralda de cinco granos y un tercio, otra de tres granos y todas las demás de varios tamaños. *(Tan importante pieza se entregó en París con grandes desperfectos, y se le habían arrancado casi todas las piedras preciosas que la adornaban.)*

. . . . . .

. . . . . .

A pesar de que estas joyas al llegar a España fueron devueltas al Real Gabinete de Historia Natural, de donde habían sido robadas, el rey Fernando VII, a su costa, dispuso la restauración de algunas. Allí permanecieron, casi desconocidas, durante el primer tercio del siglo XIX, hasta que, habiendo sido nombrado Director del Museo de Ciencias Naturales el ilustre botánico D. Miguel Colmeiro, al hacerse cargo de sus dependencias expuso al Ministro de Fomento que aquellas alhajas que en el Museo referido no tenían papel alguno científico que representar, debieran transferirse a algún otro establecimiento artístico, al que honrasen con su riqueza y enriquecieran como fuente de estudios artísticos, y logró que se dispusiera su traslado y exhibición pública y permanente en el de Pinturas del Prado, donde en realidad llenan su digno cometido.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN Y GALLO,

De la Real Academia de la Historia.

BEATRIZ DE ARAGON, REINA DE HUNGRIA

(1457-1508)

El viaje del joven príncipe, tan impacientemente esperado, fue primeramente proyectado para el verano de 1486. Beatriz había querido instalarle lo más magníficamente posible, y tenía mucho empeño en que aprendiera cuanto antes el húngaro. Deseaba también que trajese de Italia un obispo para que le sirviera de vicario general y de administrador. Pero es preciso también que le acompañe una mujer de experiencia, conocedora de la naturaleza del niño y del régimen que debe seguir, que cuide de él y le atienda, «si llega a desarreglarse su pobre estomaguito». Que no traiga caballos, que no son más que un estorbo para el viaje; encontrará bastantes a su llegada al país, y la reina se encargará de procurarle una escolta de honor, reclutada entre los hijos de las principales familias de Hungría.

El viaje tuvo, sin embargo, que aplazarse a causa de una nueva indisposición, después por los grandes calores y, en fin, porque Matías y Beatriz estuvieron constantemente viajando desde mediados del verano hasta fines de otoño, ya a causa de la guerra con Austria, ya para verse con el rey de Polonia, y estar por lo general en localidades en las que no hubiera podido hacerse a Hipólito una recepción digna de él (1); de suerte que la llegada del invierno obligó a Beatriz a renunciar

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), II, págs. 159, 162, 200.

por aquel año al encuentro que esperaba con tanta impaciencia (1).

Entretanto, a fines de Julio, había llegado el embajador de Ferrara, César Valentini, que hizo un relato, lleno de calor y de vida, de su recepción, por los regios consortes en Pozsony (Presburgo). «Entré en Pozsony, escribe, seguido de trescientos o cuatrocientos jinetes, y apeados al són de las trompetas ante un soberbio castillo... Al día siguiente me recibió la reina que sufre actualmente de las piernas.» Después de contar fielmente las fórmulas de cortesanía cambiadas, continúa: «Messire César, me dijo la reina, me han dicho que traéis el retrato de mi querido hijo D. Hipólito; si queréis complacerme, mostrádmelo en seguida.» Saqué entonces los retratos, el de D. Hipólito y el del signor Alfonso (2), y luego que hube dicho a Su Majestad qué persona representaba cada uno de aquellos retratos, mostró una alegría, una felicidad extremas, diciendo que, con el pensamiento, había estrechado ya muchas veces contra su corazón a aquel hijo querido; y se esforzó en demostrar que su hijo, es decir, Hipólito, era mucho más guapo y más simpático que el otro; sin embargo, alabó también el retrato de Alfonso, pero con menos calor. Su Majestad admiró los retratos una hora entera, después los envió a su augusto esposo. La satisfacción de este último no fue menor que la de la reina; también él tomó el partido de «su húngaro», afirmando que era mucho más guapo que el otro, y concluyó por llenar el retrato de besos, lo que tras él hicieron todos los grandes y los nobles presentes, y he oído decir que el retrato circuló así de mano en mano por toda la corte» (3). Confirma este relato, en sus grandes líneas, una carta de Beatriz que re-

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 190, 209.

(2) Hermano de Hipólito, hijo mayor de Hércules y Leonor, heredero del trono ducal.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 137 y sig.

fiere lo satisfechos que todos quedaron del retrato de Hipólito (1).

El embajador de Ferrara acompañó después a los reyes de ciudad en ciudad. Beatriz llevó, sobre todo este año (1486), una vida agitadísima, aunque viniera padeciendo de reuma desde el mes de Abril (2). A mediados del verano, realizó por agua una peregrinación de Buda a Pesth, con arreglo a un voto que había hecho (3); en Agosto, acompañó a Matías de Pozsony a Stomfa, luego a Viena y, de allí a todos los lugares de la campaña del rey en Austria; hizo estancia en Retz, Zeuaim, Hamburgo, y pasó la mayor parte del invierno en Viena. En Octubre, sufrió su familia una gran desgracia: el príncipe Francisco, el menor de los hijos legítimos de Fernando, que había salido de Hungría poco antes y que acababa de desposarse con su prima Isabel del Balzo, hija del duque de Altamura, murió en Nápoles, en la flor de su edad (4). Durante mucho tiempo, se logró ocultar a Beatriz esta muerte prematura, el segundo duelo que la afectaba en la persona de sus hermanos; se quería tal vez esperar a que la llegada de Hipólito pudiera servirla de consuelo. Así fue, que en Enero de 1487 ignoraba aún la pérdida que había sufrido, y el embajador de Ferrara se vió obligado, por orden de Matías, a interceptar una carta del rey de Nápoles en la que se hablaba de esta muerte (5).

La duquesa Leonor estuvo también enferma este mismo invierno; esto es lo que explica tal vez el acrecentamiento de ternura que brota de una carta de Beatriz, fechada en Viena el 4 de Enero de 1487 (6).

«Vuestra Alteza es muy amable al excusarse por no haber

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 155.
(2) Ibid, pág. 90.
(3) Ibid, pág. 124.
(4) Notar Giacomo, o. c., pág. 160, o Passero, o. c., pág. 47.
(5) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 243.
(6) Ibid, pág. 233.

podido enviar todavía a Su Señoría D. Hipólito, y se me saltan las lágrimas al leer que, según nuestro deseo, nos hubierais enviado con gusto a D. Hipólito, como le enviaréis pronto, aunque no hubiera obtenido la elevada dignidad que para él solicitamos. Recibid la expresión de nuestro más efusivo agradecimiento por tan gran afecto, y esté bien persuadida Vuestra Alteza de que recibiremos a su hijo con un amor maternal tan sincero como la solicitud que ponéis en enviarlo. Nuestra alegría no se verá disminuída por el retraso ocasionado a su viaje, primeramente por la enfermedad, después por el rigor del invierno; queremos ante todo verle llegar en buena salud; por esto aprobamos lo que habéis hecho, y solamente deseamos que se ponga en camino la semana siguiente a Pascuas. Dejamos a Vuestras Altezas el cuidado de decidir si ha de venir por tierra o por mar, porque pensamos que estáis bien informados respecto a la seguridad de los caminos, a la que atenderemos nosotros mismos cuando él y su séquito hayan llegado a la frontera de nuestro territorio.»

Beatriz tuvo todavía que dar pruebas de paciencia, porque la corte de Ferrara aplazaba, sin cesar, el viaje con fútiles pretextos, tales como la falta de dinero; por fin, el arzobispito salió el 16 de Junio con su acompañamiento, del puerto de Ferrara. Tocó en Chiggia, y continuó hacia Zengg por el Adriático (1).

Mientras tanto, graves complicaciones tenían en Nápoles un desenlace sangriento, después de haber causado durante diez y ocho meses muchas inquietudes, no solamente al rey Fernando, sino a Matías y a Beatriz que, desde principios de 1486, pedían sin cesar a los duques de Ferrara noticias del reino de su padre y suegro común.

Fernando, que, en su vejez, había caído cada vez más bajo la influencia del príncipe heredero su hijo, y le toleraba cada

(1) Archivos de Estado de Módena, Camera Ducale, Registri varii Intra e Spesa; ibid: Arch. Propr. Minut. Cron., 1845-1486.

vez más sus recriminaciones y sus actos de violencia, había, en gran parte, por sí mismo provocado la ruptura con el Papa Inocente VIII, negándose rotundamente a pagarle el tributo, del que su predecesor le había eximido, y procediendo arbitrariamente en la colación e imposición de los beneficios eclesiásticos. Y en estas circunstancias poco propicias intentó el rey reducir a la obediencia, por la fuerza o la intimidación, a sus grandes vasallos, los «barones», siempre revoltosos, e imponerlos una dependencia más estrecha que hasta allí. La consecuencia fue que, durante el verano y el otoño de 1485, una gran parte de los barones, los Sanseverino, los Balzo y los Acquaviva, entre otros, se rebelaron abiertamente contra el rey y, no habiendo podido atraerse al hijo menor de aquél, Federico, ni hallar apoyo en la casa real, se pusieron bajo la protección del Papa, señor soberano de Nápoles, al mismo tiempo que las ciudades de Aquila y Salerno enarbolaban también la bandera pontificia. El Papa les recibió el juramento, declaró en debida forma la guerra al rey, y, en Roma, el muy influyente cardenal Julián de la Rovera, que tenía lazos con Francia, aumentó el peligro con la resurrección de las pretensiones de la casa de Anjou al trono de Nápoles (1).

Apoyado por los Orsini, que estaban con él, porque los Colonna estaban con el Papa, el príncipe heredero Alfonso de Calabria marchó decididamente sobre Roma, mientras que los dos beligerantes buscaban por todas partes aliados. Venecia y Génova se declararon por el Papa; Florencia y Milán, por el rey de Nápoles; Ferrara se esforzó en guardar neutralidad, invocando toda clase de pretextos. El rey se dirigió también naturalmente a Matías, que contestó a su llamamiento. Tenemos numerosas pruebas de la estimación y del respeto que profesaba Matías a su suegro, al que colmaba de atenciones y al

(1) Véase a este propósito la obra de Camillo Porzio *Congiura dei Baroni*; Muratori: *Annali*, 46, pág. 164 y sig., Gregorovius: *Geschichte der St. Rom.*, t. VII, pág. 272 y sig.

que estaba siempre dispuesto a servir (1). En cuanto a Beatriz, ardía en celo por la causa de su padre; veía el dedo de la Providencia en todo lo que era feliz para Nápoles, y tenía la convicción de que «Dios, que es justo, dará la victoria completa al rey su padre, y castigará a los rebeldes, así como al Papa y a sus ambiciosos cardenales (2)». Desde que llegaron las primeras alarmantes noticias, daba ella pruebas de un celo infatigable por la defensa de los intereses de su padre: escribía a Ferrara, a Milán, en demanda de socorros; a Venecia, para tratar de separarla de la Liga; escribió incluso al Papa una carta en que los halagos alternaban con las censuras (3). En fin, se declaró dispuesta a enviar en el acto tropas a sus expensas (4), y empleó, naturalmente, su influencia con su esposo, para que la ayuda que se quería prestar fuese todo lo eficaz posible.

El 29 de Enero de 1486, Matías declaró, en su castillo de Buda, en presencia de los prelados, de los grandes del reino y de los embajadores italianos, que iba a prestar su apoyo al rey de Nápoles; que si el Papa continúa prestando el suyo a los sublevados, le negará la obediencia, y llevará su causa ante un concilio ecuménico, y que declarará la guerra a Venecia si ésta toma parte en la lucha (5). Además, se dirigió al rey de

(1) Véase: Cartas del Rey Matías, II, IL, así como en las páginas 97, 104 y 369.

(2) Carta a Leonor, del 2 de Mayo de 1486, *Mon. Hung.* (D. E.) III, página 95.

(3) «Cum il dolze et cum lo amaro»: véase en los *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 57, la carta que escribió al embajador Belprato.

(4) Despachos del embajador de Milán, del 4 de Abril de 1486, *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 78, de la embajada de Nápoles del 20 de Febrero, en los Archivos de Estado de Módena, e ibid, la copia de una carta sin fecha, dirigida por Beatriz a Francisco Fontana en Nápoles.

(5) Despacho del embajador de Ferrara en Milán, del 4 de Abril; Archivos de Módena, secre, c. Es probable que también por esta época escribiera Matías a su embajador en Nápoles la carta de la que se conserva una copia sin fecha en los Archivos de Estado de Milán (Sez. Storica Pot,

Francia, al duque de Milán y a la República de Florencia para reclamar su ayuda en favor del rey de Nápoles; le parecía «deshonroso» para él abandonarle en esta necesidad (1). Al mismo tiempo obtuvo, por su influencia en Constantinopla, que el sultán, gran amigo de Venecia en aquel momento, impidiera que la República atacase a Nápoles (2).

Cumplió sin tardar su promesa concerniente al envío de socorros. Según informes de Ferrara, el rey y la reina empezaron, en el mes de Marzo, a mandar caballería a Manfredonia, y los envíos de tropas continuaron en Junio y hasta en Setiembre. Sucedió que una galera del Papa apresó, cerca de Ancona, un navío húngaro con treinta jinetes (3). Parece que Matías pensó también en aprovecharse de la presencia de sus tropas en Italia para realizar conquistas (4); la ocupación de Ancona, algo más adelante, parece confirmar esta suposición.

Sin embargo, la prontitud de este socorro no satisfizo todavía por completo al rey de Nápoles, impaciente por la situación penosa en que se encontraba. Las instrucciones que envía a principios de Julio a su embajador en Hungría, Antonio Brancia, con palabras lisonjeras para Matías y Beatriz, contienen también censuras; descríbele la alegría de él y sus partidarios, el terror que sus enemigos han experimentado ante el solo anuncio de que Matías enviaba tropas, y hasta de que vendría en persona; y he aquí que tales retrasos hacían que nacieran dudas respecto a la seriedad de esos proyectos. Lo espera todo de Beatriz; es preciso que el embajador se en-

Estere, Ungh.), y en la que habla del Papa en tono irritadísimo, diciendo «que no espera ya nada bueno de él».

(1) Carta de Matías al embajador en Nápoles, Francisco Fontana, del 28 de Abril de 1486. Archivos de Estado de Módena. (Cart. Dipl. Est.)

(2) Despacho del embajador de Ferrara, de 17 de Agosto de 1486. *Mon Hung.* (D. E.) III, pág. 173.

(3) Despacho del embajador en Milán, del 15 de Junio. Archivo de Estado de Milán, secr. c.

(4) Despacho del embajador de Ferrara en Milán, del 4 de Abril, relativo a este proyecto. Archivos de Estado de Módena.

tienda con ella; la discreción y el tacto de la reina le mostrarán lo que la salud de su Estado exige que haga (1).

En las instrucciones que dirige a principios de Agosto a su embajador Jerónimo Sperandio, Fernando habla ya con más aplomo (2). Anuncia la prisión de una parte de los conjurados, las confesiones que han hecho, y da a Matías consejos llenos de unción sobre la política que se debe seguir, y que consistiría en hacer la paz con el emperador para emplear todas las fuerzas contra los turcos, política que Beatriz debía apoyar.

Entretanto, las operaciones de guerra entre Roma y Nápoles continuaban bastante flojamente y con alternativas de éxito; por fin, los amigos de la paz en Roma, aprovechando la ausencia del cardenal Julián, el rey de España y Lorenzo de Médicis en Nápoles, lograron decidir al Papa y a Fernando a hacer prontamente la paz, lo que se realizó sin contar con los barones y los aliados; de suerte que una gran parte de las tropas auxiliares húngaras llegó efectivamente demasiado tarde. El rey, aunque pudo considerarse como el vencedor en esta guerra, aceptó todas las condiciones y prometió cuanto se quiso: tributo, juramento de sumisión al Papa y amnistía a los sublevados, naturalmente, con la intención de no cumplirlo. Los barones fueron sometidos a los tribunales, a pesar del juramento de fidelidad que habían prestado (3). Los favoritos enriquecidos del rey corrieron la misma suerte, generalmente por una simple sospecha de complicidad. Mujeres y niños encarcelados, hombres enviando desde el cadalso su último adiós a sus hijos, cadáveres arrastrados por toros salvajes por las calles de Nápoles, luego descuartizados; tales son las últimas escenas de la sangrienta aventura conocida en la historia con el nombre de conjuración de los barones, y que

(1) Instrucciones a los embajadores. Sección de manuscritos en Bibl. Nacional de Nápoles. (XIV, t. 5, f. 14.)

(2) Ibid, f. 186.

(3) Muratori. *Annali*, t. 46, págs. 169-170. Pastor, o. c.. III, pág. 190 y siguientes.

Gregorovius llama justamente «el drama más horrible del siglo XV» (1).

Beatriz hubo de regocijarse al saber «el triunfo de la justa causa de su padre»; el Papa se limitó a formular una tímida protesta contra el perjurio cometido con los barones a quienes él mismo excitara a la rebelión, y Fernando se esforzó en convencer a las potencias de lo legítimo de su conducta, enviándoles los documentos del proceso, que hizo imprimir (2). Pero la crueldad, con la que, a instigación sobre todo del Príncipe Alfonso, ahogó la rebelión, no contribuyó al afianzamiento del trono de los Aragón en Nápoles, cosa que su descendencia, aunque inocente de sus atrocidades, había de comprobar pronto cruelmente.

Mientras que en Nápoles son ejecutados los últimos condenados, baja a la tumba un hombre cuya muerte no pudieron saber sin emoción Beatriz y Leonor (3). Era Diómedes Carafa quien, después de haber servido toda su vida con gloria y honor a su soberano, se había dormido para el sueño eterno, el 17 de Mayo de 1487, en el castillo del Ovo, del que era comandante (4).

Durante estos acontecimientos, habíase producido una interrupción en la guerra con los turcos, pero las relaciones con éstos preocupaban constantemente a Matías y, a veces, a la misma Beatriz.

A la muerte de Mahomet II había estallado una guerra civil por la sucesión al trono. Pretendíanlo sus dos hijos, Bayaceto y Djem. Bayaceto triunfó, y el otro, obligado a huir, se puso bajo la protección del gran maestre de Rhodas. Matías, fundándose en que una hermana de su abuela, robada por los

(1) *Geschichte der St. Rom.*, VII, págs. 272-273.

(2) Muratori: t. c., págs. 174 y 175.

(3) Carta de Leonor a Beatriz, del 10 de Junio de 1487. *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 307.

(4) Notar Giacomo: o. c., pág. 163. V. también: Reumont, o. c., página 197, y T. Persico, pág. 140.

turcos, se casó, según ciertos rumanos, con Amurat II, y resultaba madre de Mahomet II, consideraba a Djem como primo suyo, y quiso darle asilo con la intención bien definida de hacer la guerra a Bayaceto, apoyándose en aquel pretendiente y su partido (1).

Parece que el mismo Djem deseaba ir al lado de Matías, el único del que pudiera esperar un apoyo para hacer triunfar sus reivindicaciones; pero Venecia, que se había puesto de parte de Bayaceto e intrigaba siempre contra Matías, logró que el gran maestre no le dejase marchar a Hungría y le internase en uno de sus castillos del Mediodía de Francia. A principios de 1486, se concibió un plan de evasión del Príncipe Djem, con objeto de traerle a Hungría. Beatriz mantuvo a este propósito una correspondencia secreta con la corte de Ferrara; tratábase principalmente de las instrucciones verbales que había que dar a un tal Andriolo Fortis, que les servía de agente (2), y respecto a las cuales, Hércules recomendaba a su cuñada que guardase el mayor secreto (3). Pero el proyecto fracasó, y Matías trató de lograr sus fines por la vía diplomática. Envió al rey de Francia a Juan Filipece, obispo de Nagyvarad, al que había nombrado canciller en sustitución de Pedro Varadi. El enviado partió con numeroso acompañamiento y ricos presentes, de los que una parte procedía de Beatriz; tenía también por misión proponer al rey una alianza contra el emperador de Alemania. Pero aunque el prelado se mostró locamente pródigo en Francia para hacer amigos a su amo (4), no pudo sacar a flote el asunto del Príncipe Djem. Venecia intervino de nuevo, y, para concluir, Djem fue llevado a Roma para ser guardado en la corte de Roma y bajo su vigilancia.

(1) Fraknoi: *El Rey Matías* (en húngaro), págs. 297 y siguientes.

(2) Véanse las cartas de Leonor y Beatriz. *Mon. Hung.* (D. E.) III, páginas 83, 100 y 180, y IV, pág. 367. Carta de Matías a Hércules, del 15 de Febrero. *Cartas del Rey Matías*, II, pág. 299.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 110.

(4) Bonfin: *Dec.* IV, lib. VII, pág. 464.

Mientras tanto, las hostilidades con Austria no habían cesado un instante, y Matías avanzaba lenta, pero seguramente, en la realización de su proyecto, que era someter todo el ducacado de Austria. El emperador de Alemania, con el que las cortes de Nápoles y Ferrara le seguían apremiando para hacer la paz (1), había irritado vivamente a Matías al hacer, en Febrero de 1486, que fuese elegido rey de los romanos su hijo Maximiliano, por una asamblea de electores, a la que no fue convocado el rey de Bohemia, y el haber así cortado para otro el camino del imperio. Matías trató de formar una coalición europea para hacer anular esta elección, tachada de ilegalidad; se dirigió primeramente a Ulaszló, que era el más directamente lesionado, y le invitó a una entrevista en la ciudad de Iglan, en Moravia.

Los dos reyes se encontraron el 1.° de Setiembre, y su entrevista se prolongó once días; esta vez, Beatriz no acompañaba a su esposo; se contentó con enviar al rey de Bohemia ricos regalos, consistentes sobre todo en ropas de cama, mantelerías, tan ricamente ornadas de oro y plata, que el embajador de Ferrara las estima en 5 a 6.000 ducados (2). La entrevista no tuvo gran resultado práctico porque no deshizo lo hecho en Francfort, y las deliberaciones sobre las que se guardó el más profundo secreto, hubieron de tener por objeto estrechar los lazos de amistad entre los dos soberanos (3).

Matías continuó, pues, sus operaciones cada vez con más vigor; en el verano y el otoño de 1486 se apoderó de Zellendorf (4), Laa, Retz y Eggenburg; después, habiendo pasado

(1) Carta de la duquesa Leonor a Beatriz, del 20 de Mayo de 1486. Archivos de Estado de Módena, secr. dic. c.

(2) Estudio de Orvay en los *Szazadok*, loc. cit. (en húngaro).

(3) Despacho del embajador Valentini, enviado desde Pozsony el 28 de Setiembre. *Mon. Hun.* (D. E.) III, pág. 188.

(4) No se puede entender Zellendorf bajo los nombres de «Ciscerstorf», «Czistorf» y «Cistertolph», que mencionan Bonfin y los despachos de los embajadores contemporáneos.

lo crudo del invierno en Viena, se presentó en los primeros días de la primavera, ante Wiener-Neustad, que sus tropas si tiaban desde hacía tiempo, y que Federico había abandonado. El rey tomó la dirección de las operaciones del sitio. Beatriz seguía al rey casi a todas partes; se la ve en Viena, Zuaim, Retz, Hainburg, Klosternemburg, Ebenfurt (1), en el dominio dado por el rey a Esteban Zapolyai y, frecuentemente, en Lichtenwörth (2), cerca de Wiener-Neustadt.

Días antes de su vuelta a Viena, a fines de 1486, habían presentado a Matías y Beatriz un hombre cuyo nombre hemos citado varias veces, y del que los historiadores de la época hablan con mucho encomio. Era Antonio Bonfin, natural de Arcoli, al que atraía, escribe, la fama de Matías y su mujer, y el cual, cuando se presentó, ofreció sus obras a los reales consortes. Bonfin dice que no tenía intención de permanecer en la corte, pero el rey le retuvo, ofreciéndole crecidos honorarios por ser el lector de la reina (3).

Hasta más adelante, a lo que parece, no le fue confiada la misión de escribir la historia de Hungría, y el mismo Bonfin declara que Matías le pidió solamente la historia de los primeros tiempos de la monarquía; por lo demás, no pudo ir más adelante durante la vida del gran rey, y dícese que Ulaszló fue el que le animó a continuarla. Sea como fuere, lo cierto es que las partes más notables de esta obra histórica son las que se refieren a la historia contemporánea, o, por lo menos, a la época más próxima. Hay en el papel de Bonfin analogías salientes con los ejemplos que ofrecen las cortes de la Italia contemporánea y, en particular, aquellas con las que Beatriz estaba en relaciones. También Fernando encarga a Pontano que es-

(1) Los escritos contemporáneos le llaman Embfurt.

(2) Esta localidad figura con los nombres de Linchebert, Lintheberg, Lintenberch o Lutenberg, en Bonfin, y en la correspondencia de Beatriz.

(3) *Decas*, IV, lib. VII, pág. 463. Sin razón, le hace Tiraboschi (o. c. XVI, pág. 208) preceptor de Beatriz.

criba la historia de las guerras civiles de su tiempo; y es muy probable que esta obra, del excelente latinista y ministro de Estado (1), sirviera de modelo a Bonfin, el cual se ha atenido, por lo demás, a Tito Livio para la división de sus *Decas*, igual que su contemporáneo Flavio Bicendo en su historia de Italia. Y así como el marido de Beatriz confiaba a Bonfin la misión de escribir la historia de los húngaros, el esposo de Leonor, hermana de Beatriz, daba a Pandolfo Collenuccio la de escribir la historia de Nápoles (2). En suma, la obra histórica de Bonfin es, desde el punto de vista de la seriedad, de la seguridad de las informaciones y de la perfección de la forma, muy superior a la mayor parte de las obras históricas de aquella época, y no es el menor mérito de Matías y Beatriz el de haber puesto al servicio de la corte de Hungría a un sabio, escritor fecundo y elocuente (3).

Mientras que Beatriz permanecía con Matías en los alrededores de Wiener-Neustadt, sitiada, recibió, a principios de Julio de 1487, la noticia de que su sobrino, el arzobispo Hipólito, había llegado a Zengg. Ella le había escrito ya para expresarle la mucha alegría que le causaba su llegada; le informaba de que se habían tomado todas las medidas para facilitarle el viaje, y que mandaba a su encuentro hasta Zagrab (Agram) a su primo el conde Bernardino Frangepan (4), mientras que ella contaba con ir a esperarle a Sopron (Oedenburg). César Valentini, que había hecho todos los preparativos para la recepción en Esztergom, iba también a Zagrab, y de Buda le enviaban carruajes a aquella población (5). El convoy se componía de

(1) *Historiae Napolitanae. De bello Napolitano, libri sex.* T. V. de la Colección Gravier, 1769.

(2) *Compendio dell'Istoria del regno de Napoli.* Venecia, 1591.

(3) V. el elogio de Matías como Mecenas y de Bonfin como escritor, en *Vecchioni* (Notizie), págs. 85-88.

(4) Se había casado con Eloísa, prima de Beatriz.

(5) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 312.

38 vehículos, y la escolta de 85 jinetes; estos últimos iban uniformados y llevaban ricas armaduras (1).

Retenida por una indisposición, Beatriz tuvo que renunciar en el último momento a ir a recibir en Saprón a su sobrino, tan impacientemente esperado. Se hizo representar por Esteban Fodor —Crispus,— más adelante obispo de Szerem, a quien las crónicas de la época llaman su favorito, y que tenía el dón de divertir a sus huéspedes. El rey se hizo representar en Sopron por Esteban Bathori, voivodo de Transylvania y gran juez de Hungría (2). He aquí cómo Hipólito da cuenta en una carta a su madre de la recepción que le hizo el rey (3):

«Continuando mi camino de excelente humor y buena salud—escribe de Wieder-Neustadt, el 22 de Agosto,—salí de Sopron el miércoles último, acompañado por uno de las capitanes del rey que se llama voivodo, y numerosos hombres de armas, para ir a encontrar a Sus Majestades el rey y la reina en su campo y presentarles mis homenajes. A unas cuatro leguas del campo encontramos una numerosa y brillante tropa, e inmediatamente vimos al rey que venía a mi encuentro. Le besé la mano y le saludé en nombre de Vuestras Altezas; me recibió con suma bondad, una afabilidad que no puedo describiros, y no permitió que me apease del caballo. En fin, Su Majestad me condujo a un castillo a veintitrés horas del campamento (4), en donde se encuentra Su Majestad la reina, que sufre desde hace poco unas tercianas. ¡Su Alteza mi madre puede imaginarse con qué alegría y qué bondad me recibió! Me colmó de tantas bondades y me procuró tantas distracciones, que no podría hacer más aun cuando yo fuera mil veces su hijo. Permanecí algún tiempo con ella; después, con su per-

(1) Despacho de Valentini y carta de Hipólito, *Mon. Hung.* (D. E.), páginas 322 y 325.

(2) Bonfin: *Dec.* IV, lib. VIII, págs. 467-468.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 327.

(4) Es Lichtenwörth, de donde salió Beatriz para hacer su entrada en W.-Neustadt. (Schober, o. c., pág. 279.)

miso, Su Majestad el rey me llevó a su campamento por tres o cuatro días, y Su Majestad quiso a todo trance que ocupara una de sus habitaciones, mientras que él iba a acostarse bajo la tienda. Mientras tanto, Wiener-Neustadt se ha rendido, y el rey ha entrado ayer con gran pompa y se ha posesionado de la ciudad.»

El hecho de que Hipólito asistiera a la entrada solemne en Wiener-Neustadt está confirmado por Bonfin, que dice que el joven arzobispo, en su calidad de primado del reino, seguía a caballo inmediatamente al rey (1). Le da diez años en este pasaje de su libro; en realidad, no los tenía, pero los retrasos de su nombramiento y de su viaje habían tenido, por lo menos, la ventaja de permitir que el nuevo favorito de los reales consortes alcanzase la edad de ocho años. ¡Qué edificante espectáculo debía ser el de un arzobispo de Esztergom, en cuyo séquito tenían los puestos principales el preceptor y una nodriza (2), y cuyos equipajes contenían una cantidad considerable de juguetes! (3)

Hipólito respondió a lo que pensaban los reyes, todo lo que podía esperarse de un niño de esta edad: desempeñó bien su papel: era amable y debía de ser despejado. Lo que autoriza esta opinión, no son solamente los informes del enviado de Ferrara (4), sino los hechos posteriores, que demuestran que Matías cobró mucho afecto a su sobrino, que permanecía gustosamente con su mujer en su residencia arzobispal de Esztergom; es probable que todo lo bueno que Matías escribió más adelante,

---

(1) *Dec.* IV, loc. c., y el *Prefacio* de Filostrato. (Kollar *An. Vind.*, página 819.

(2) Madame Cassandra della Pena. (Alb. Nyary, o. c. *Szazadok* (en húngaro), 1872, pág. 295.

(3) Su madre le envía aún pelotas para jugar, en Noviembre de 1488. *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 446.

(4) *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 329.

de Hipólito al padre de éste, no era sino la expresión sincera de su satisfacción y de su afecto (1).

La llegada de Hipólito a Hungría, que causó tanta alegría a Beatriz, que no podía ya vivir lejos de él, ha sido cantada por uno de los más grandes poetas de Italia, y al mismo tiempo favorito de la Casa de Este: Ariosto, en su célebre epopeya, el *Orlando furioso,* que dedicó a Hipólito, ascendido, entretanto, a cardenal. Predijo en términos hiperbólicos la elevación futura de la Casa de Este, objeto de los cuadros bordados por Cassandra en el tapiz mágico de la tienda, bajo la que Roger, el antepasado de la dinastía de Este, celebró sus bodas con Bradamante (2).

III

La llegada de Hipólito llevó a su apogeo la influencia italiana y coronó la creación de aquel «mundo italiano en Hungría», tal como sus conciudadanos lo esperaban de Beatriz, pero que se atrajo el odio de sus súbditos húngaros, aunque el hecho obedecía a algo más que a un efecto de su voluntad. Añadamos que no hay proporción entre los resultados de los efectos que obtuvo en ese terreno y la reacción que provocaron, cuyas duras consecuencias tuvo ella que soportar más adelante.

Numerosos hechos demuestran que Matías y Beatriz se esforzaban sinceramente en respetar todo lo posible el sentimiento nacional de los húngaros, sin perjuicio de hacer prevalecer una política imperialista conforme con los instintos naturales de Matías y el gusto de dominación innato de Beatriz. Es que importaba mucho al rey, sobre todo en sus comienzos, hacer popular a su nueva mujer, y debía saber que no podía imponer por la fuerza a la nación aquella vida de corte, aquella nueva civilización de que él gustaba.

(1) Carta fechada el 10 de Febrero de 1488: *Cartas del Rey Matías,* II, pág. 338.

(2) Canto XLVI, estancias 86 y 89.

Beatriz era bastante inteligente para conocerlo ella misma. Cierto es que la mayor parte del país le fue desconocida; no estuvo nunca en las provincias del Este, y pasó casi la mitad de su tiempo al lado del rey en territorio austriaco. Cuando no se hallaba en la capital, estaba en los campamentos o de caza, o bien visitaba ciudades habitadas casi exclusivamente por alemanes, como Buda (1); no iba a visitar sus propiedades, y la tradición no ha conservado ningún recuerdo de sus relaciones con el pueblo de los campos. Fuera de sus cortesanos, sus principales relaciones eran con soldados y sacerdotes, y no veía sino rara vez damas de la nobleza húngara. En Pozsony y en Viena invitaba a menudo a sus veladas a damas de la burguesía (2), y a estos círculos fue a buscar reposo a la muerte de su marido (3); aceptaba también regalos que la hacían los burgueses (4). En cambio, hacía ella también ricos presentes a tal o cual de sus partidarios húngaros, como el que hizo, por ejemplo, a Esteban Zapolyai con motivo de su boda (5). Abrigaba el propósito de unir su parentela con familias húngaras, mediante enlaces matrimoniales; sabido es el que proyectó para Fernando de Este; su prima Eloisa de Aragón era ya mujer del conde Bernardino Frangepan, antes de la llegada de Beatriz a Hungría. La reina dió la hija de esta prima, María Magdalena, en matrimonio al hijo del difunto voivodo de Transilvania, Jaran Dengelegi, Pongracz, que estaba emparentado con Matías, y los regios consortes la dieron una dote de 8.000 florines de oro (6). Otra hija de Bernardo Fran-

(1) V. Desiderio Csanki: «La geografía histórica de Hungría en tiempo de los Hunyadi» (en húngaro), t. I, pág. 5.

(2) Cuentas de la ciudad de Pozsony (archivos de la ciudad), notas de los meses de Diciembre de 1477, Setiembre de 1482 y 1483, Schover, o. c., página 397.

(3) Ibid, nota del 18 de Abril de 1490.

(4) Ibid, nota de 1483.

(5) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 257.

(6) Documento fechado el 23 de Junio de 1489 en los Archivos nacionales húngaros, publicados por Teleki, t. XII, pág. 455.

gepan, Beatriz, que fue más adelante mujer de Juan Corvino, hubo de ser, según toda verosimilitud, ahijada de la reina, y estaba educada en la corte (1). Beatriz hizo casar a una de sus damas, Antonieta, condesa de Salerno, con Juan Vajdafi de Leva, y le constituyó con el rey un dote de 6.000 ducados (2).

Parece cierto, además, que Beatriz había aprendido algo el magiar, y hablaba esta lengua; así se lo aconsejó, antes de su marcha, Diómedes Carafa. Matías, aunque sabía muchas lenguas, no pensaba nunca más que en húngaro (3), y se lo había probablemente exigido a ella, quien a su vez lo exigió de los parientes suyos que venían a Hungría, cosa que no habría podido hacer si no hubiese dado el ejemplo. A ello exhortaba también a Hipólito, y cuando se trató por segunda vez de hacer venir a su sobrino Fernando de Este, recomendó expresamente a su cuñado, el duque Hércules, que no enviase con su hijo muchos italianos; como el rey quiere considerarle como hijo, será preciso que se rodee de húngaros para hacerse a sus costumbres y habituarse a sus usos (4). Felipe Bergomensis dice, en el prólogo que sirve de dedicatoria a su libro, que los embajadores y los particulares podían hablar a la reina en latín, en húngaro o en alemán, y que nunca se veía perpleja para contestar en estas lenguas.

Su más próximo pariente, el mismo Hipólito—sin duda para complacerla,—trató en los comienzos de hacerse querer de los húngaros y aprender su lengua. Más adelante, tenía aún predilección por los objetos de lujo de fabricación húngara: importó a Italia coches de gala fabricados en Kassa (Cracovia); hacía frecuentes pedidos de orfebrería a maestros de Buda, Kormoczbanya, Nagybanya y Transilvania; incluso

(1) Schönherr: o. c., pág. 226.

(2) Archivos nacionales de Hungría. D. 24.762. (3 de Abril de 1482.)

(3) Fraknoi ve la prueba en su estilo latino. Introducción al t. II de la correspondencia de Matías.

(4) Carta de Beatriz a Hércules, del 28 de Julio de 1488, *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 428.

hizo traer a Ferrara, célebre entonces por sus arcabuceros, un mosquete fabricado en Miskolcz (1). Hay que pensar que sabía un poco de húngaro, porque los informes que los administradores de sus beneficios enviaban a Italia están llenos de términos magiares (2); pero se tiene también la prueba de que no sabía aún esta lengua en los tiempos que siguieron inmediatamente a la muerte de Matías (3).

Estas débiles concesiones y tentativas, estos esfuerzos no podían satisfacer a los húngaros, correr un velo sobre la continua extensión del espíritu y de los intereses extranjeros, y hacer cesar la oposición radical que existía entre el carácter, la manera de comprender la vida de los italianos llegados en montón en pos de Beatriz, y el carácter húngaro, que el mismo Bonfin califica de obstinado (4).

Bonfin hace constar con satisfacción en su *Historia*, que desde la llegada de Beatriz, «Matías ha introducido elementos italianos en las costumbres escritas de su pueblo, que ha purgado Hungría de usos rústicos, que hasta se esforzaba en hacer de ella una segunda Italia (5)». También Naldus Naldius esperaba que cuando Matías tenga un hijo hará de su reino otra Italia (6). Celio Calcagnini alaba a Beatriz por haber suavizado «las costumbres salvajes de un rey que fue educado entre los bárbaros (7). Atribuíase a la reina—y probablemente no sin razón—el cambio radical que se había efectuado en las costumbres de la corte. Bonfini cuenta que la guardia que Matías juzgaba en otro tiempo inútil se hizo permanente. El rey no fue ya accesible al primer llegado; las mesas puestas,

(1) B. Alb. Nyary, o. c., *Szazadok*, 1870, págs. 677-679.

(2) L. Ovari: *Investigaciones en los Archivos de Módena y de Mantua. Szazadok*, 1889, pág. 393.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 430.

(4) «Durae cervicis ungari», Dec. IV, lib. VIII, pág. 746.

(5) *Dec.* IV, lib. VIII, pág. 459.

(6) M. Bel: o. c., 1, 3, pág. 226.

(7) V. su *Elogio de Beatriz*, ed. cit.

las comidas en común del rey con sus capitanes, los grandes del país o hasta otras personas, la confianza y la sencillez que se encuentran, más bien en los campos que en la corte, desaparecieron; los húngaros encontraban al rey más frío, más reservado (1). Los trajes nacionales fueron reemplazados por la etiqueta italiana; pero la prodigalidad siguió siendo el rasgo distintivo de la corte, y, sobre todo, de la mesa del rey.

La influencia extranjera habíase ya hecho sentir bajo la dinastía de los Anjou en el traje de los grandes, y, sobre todo, de los cortesanos, y había también hecho conquistas en las otras clases de la población; pero la gran transformación en este punto se realizó bajo el reinado de Matías, y, en particular, desde la llegada de Beatriz.

Beatriz y su sobrino Hipólito se proveían en el extranjero de telas y paños finos, y a menudo, hasta de pieles y joyas; los hacían venir de Brabante, de Flandes, de Lyón, de Cambray, de Cracovia, de Florencia, de Incas, de Venecia; la reina tenía un sastre italiano—en 1480 era el maestro Simón,—al que encargaba también compras en el extranjero. Este sastre trabajaba igualmente para el rey (2).

Los trajes a la italiana no eran, pues, cosa insólita en la corte de Hungría, aunque, de otra parte, ciertos indicios hacen pensar que los italianos de la reina veíanse obligados a acomodarse, hasta cierto punto, a la moda y a las costumbres húngaras. El embajador del duque de Milán, al enviar, en los últimos años del reinado de Matías, un informe a su señor sobre los preparativos que se hacían para la recepción de la princesa María Blanca, recomienda que los miembros de su séquito se manden hacer trajes de cuerpo largo, porque tal es la moda de la corte en Hungría, y los justillos cortos italianos escandalizarían aquí (3). En cambio, Matías había introduci-

(1) *Apología de Udis* (barón Roszner), pág. 474.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 366, IV, pág. 118. B. A. Nyary, o. c., *Szazadok,* 1870, pág. 683.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 31.

do, por lo menos en su corte, entre sus grandes, sus prelados y sus capitanes, la moda de llevar el pelo rizado y flotante y de afeitarse el rostro, como era costumbre de las personas distinguidas en el siglo xv en Italia y en una gran parte de la Europa central y occidental.

Es cierto que esta moda data entre nosotros del segundo matrimonio de Matías, y, conociendo las tradiciones y el carácter de los húngaros, que les parece ver una muestra de virilidad en el uso de los bigotes, puede suponerse que tal moda no se introdujo sin oposición.

Además de las modas italianas, las relaciones comerciales, cada vez más activas entre los dos países, contribuyeron también a facilitar las conquistas que el gusto y los intereses italianos realizaban en Hungría en tiempo de Matías y Beatriz. Matías mismo envió varias veces agentes a hacer compras en Florencia, y los recomendaba a Lorenzo de Médicis (1); son conocidas las relaciones que mantenía con los pintores iluminadores de aquella ciudad, así como las medidas que tomó para la adquisición de obras de arte o productos del arte decorativo, y del establecimiento de artesanos y de artistas en el país. Su cuñada, la duquesa de Ferrara, le enviaba toda clase de caretas, cosa que le agradaba, según se dice (2); puédese suponer, por lo tanto, que se usaban también en la corte de Matías. Beatriz hacía compartir al rey y a la corte su afición a los productos delicados de la agricultura y la horticultura italianas. Hacíase enviar por la corte de Ferrara queso de Plasencia, comino dulce de Forli, anguilas en conserva para la Cuaresma, pepitas de melón y simientes de ensalada de Florencia, castañas, aceitunas, cebollas en vinagre y crudas de Ferrara; estas últimas, como golosinas, agradaron tanto a Matías, que

(1) *Cartas del rey Matías* (Mátyás Király levelei), págs. 340, 436.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.) IV, págs. 8-10. *Le Cortegiano* (I, pág. 118) demuestra lo mucho que los italianos de aquella época gustaban de los disfraces; sin embargo, servíanse también a veces de caretas contra el sol.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.) III, págs. 160, 208, 228, 247; IV, págs. 9-10, 15.

ordenó cultivarlas en el país (1). Probablemente también, con objeto de semejantes ensayos, y no solamente para el arreglo de sus jardines de adorno, hicieron los reyes que viniesen de Italia jardineros y hortelanos (2), porque los húngaros no entendían entonces sino el cultivo de viñas y cereales. La fabricación de dulces y de los panes de higo era también una especialidad italiana, y de Nápoles hizo venir Hipólito a su confitero de corte (3).

Los húngaros debían resentirse tanto más de la gran habilidad de los italianos para los negocios, cuanto que la banca y el alto comercio estaban casi enteramente centralizados en Hungría, en aquella época en manos de representantes de casas italianas. En tiempos de Matías, vense figurar en Buda los Cavalcanti, los Poli, los Buontempi, los Felice, los Caluri, los Antoni, los Valterra y los Amandoli, de Florencia; los Simonetti, de Nápoles, y más adelante, bajo Ulaszló II, los Cotta; por todos éstos, llamábase probablemente calle de los Italianos la actual calle de los Señores en Buda (4); por la misma razón, el heraldo de la reina de Florencia pudo decir, al hablar de las casas de esta calle, que eran de estilo italiano (5).

Hay todavía en Pozsony (Presburgo) una calle llamada Ventur, nombre de una familia de ricos comerciantes italianos (6). Los Bancos italianos hacían casi todo el cambio y todos los envíos de dinero al extranjero; pero realizaban sobre todo préstamos, usurarios por lo general, a causa del elevado interés y de la inseguridad del crédito (7).

---

(1) Bonf. *Dec.* IV lib., pág. 459.

(2) Relación del heraldo de armas de la reina Ana de Bretaña, referente a su viaje de Buda en 1500: *Magyar Tört.* Tár. t. XXIII, pág. 97.

(3) B. A. Nyary, o. c., *Szazadok*, 1872, pág. 363

(4) Csanki: *Geografía histórica de Hungría* (en húngaro), I, pág. 1.

(5) Loc. cit.

(6) Ortvay: *Historia de la ciudad de Pozsony* (en húngaro); II, 2, página 272.

(7) B. A. Nyary, o. c. *Szazadok*, 1870, pág. 685-686.

Como una cantidad de dinero húngaro pasaba de esta manera a Italia; como Matías gastaba sumas enormes para sus sabios, sus artistas y sus diplomáticos extranjeros; como su mujer y él enviaban sin cesar regalos de gran valor a Italia (1), concíbese la irritación que suscitaban algunos prelados de origen italiano, que se llevaban o se hacían mandar a Italia la mayor parte de los enormes ingresos que sacaban de sus beneficios en Hungría. Antes de Hipólito, Gabriel de Verona había ya dado lugar a quejas sobre este punto. Por este motivo, cuando, a la muerte de Juan de Aragón, pareció que el Papa iba a darle un sucesor italiano en la sede arzobispal de Esztergom, los Estados de Hungría hicieron una ley por la que los prelados residentes en el extranjero no podían poseer beneficios eclesiásticos en Hungría, y los que los poseían entonces, no podían cobrar sus rentas. Y el rey hizo inmediatamente ejecutar esta ley; enterado de que el cardenal obispo de Eger, residente en Roma, se había hecho enviar dos mil quinientos ducados, mandó un correo que alcanzó al portador en Zagrab (Agram), y le hizo devolver el dinero (2).

En tales condiciones, explícase el descontento que causaba en Hungría el aumento excesivo del número de italianos desde la llegada de Beatriz; las conquistas que realizaban en la corte, su acaparamiento de beneficios eclesiásticos y otros empleos. Los diplomáticos y los sabios que fueron llamados a Italia por Matías habían ya empezado a dar un tono italiano a la corte; después fueron los parientes y familiares de Beatriz, las gentes llegadas con Hipólito, hasta el punto de que ante una observación hecha un día por Matías respecto de aquéllos, la misma reina reconoció que eran demasiados (3). Gracias a la protección de Hipólito, los ferrarienses miraban a Hun-

(1) *Apología de Udis*, pág. 471.
(2) Fraknoi: *El rey Matías* (en húngaro), pág. 332.
(3) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 428.

gría «como su segunda patria (1). Sin embargo, hay que reconocer también que los duques de Ferrara atendían con especial solicitud a los jóvenes húngaros que iban a hacer sus estudios a Ferrara, y que de cuando en cuando enviaban informes sobre éstos a la reina (2).

Los grandes de Hungría y sus esposas tuvieron, pues, que apartarse poco a poco de una corte en donde los primeros puestos estaban ocupados por personas con las que, por lo general, ni podían siquiera entenderse. Esta es una de las razones por las que Matías se quejaba de que los húngaros fuesen tan ignorantes en lenguas extranjeras (3).

Además de su aislamiento desde el punto de vista del lenguaje, el interés de Estado había sido causa de que el país hubiera tenido, desde los orígenes de la monarquía, reinas de nacionalidad y, por lo tanto, de lenguas extranjeras. Instruídos por la experiencia, los húngaros, en tiempos de Andrés III, el último rey de la dinastía de Arpad, hicieron una ley que obligaba al soberano a dar a su reina «una corte brillante», pero compuesta de nobles húngaros y no extranjeros (4). Esta ley no fue probablemente menos estrictamente observada que en tiempos de Matías y Beatriz. Matías sabía hacer respetar a los parientes de Beatriz, así como a los otros extranjeros distinguidos; pero no se ve que tuvieran verdaderos amigos en Hungría. Es verdad que estos extranjeros, movidos por un sentimiento de interés o de rivalidad, se esforzaban a veces en desacreditarse mutuamente; el grave Bonfin no tenía escrúpulos en criticar y burlarse de Galeotti (5), a quien sus violen-

(1) Vacchioni: *Notizie*, pág. 79.

(2) Carta de la duquesa Leonor a Beltramo Costabili, de 7 de Setiembre de 1487. (Archivos de Estado de Módena, minutario cronológico. B.ª 1485-88.)

(3) Marki S: *El rey Matías y la escuela* (en húngaro), ed. cit., página 95. Csanki: *La corte de Matías* (en húngaro). *Szazadok*, 1883, pág. 477.

(4) Andrés III, ley de 1298, art. XXIV.

(5) *Symposion Trimeron*, págs. 66, 67 y 127.

cias y algunos de sus escritos habían hecho muchos enemigos en el reino (1). La administración del arzobispado de Esztergom daba lugar a denuncias e intrigas perpetuas entre los italianos inmigrados (2). Además, la rudeza que Beatriz ponía en todo para la defensa de los intereses de sus protegidos—seguramente con detrimento ajeno—debía hacerles odiosos, aunque no lograse ella, salvo en rarísimos casos, hacer que obtuvieran dominios de la munificencia de Matías.

Ya hemos dado antes los nombres de sus parientes más cercanos que se establecieron en Hungría por un tiempo más o menos largo.

Conocemos también la estancia entre nosotros de un tal Pedro de Aragón, que Matías recomendó encarecidamente, así como su madre, al rey de Nápoles, como hombre que merece su protección, a causa de su cuna y de sus cualidades personales, y que era muy estimado de toda la corte de Hungría (3). Esta recomendación prueba que no se trata aquí de un hijo del rey, ni probablemente siquiera de uno de sus parientes. Mencionamos antes a Eloísa, esposa de Bernardino de Fangepan; otra hija de la casa de Este, Isabel, moraba tambien en Hungría (4). Estas son, con Nardella, la madrina de la reina, la condesa Antonieta de Salerno, que casó con un Vajdafi, y una tal Margarita (5), las únicas italianas de la corte de Beatriz cuyos nombres conozcamos por esa fecha. Debían de ser numerosas, sin embargo, porque Galeotti dice, en su obra ti-

(1) *Monum. Romana Episcp. Vasprim.* III, pág. 279.

(2) Archivos de Estado de Módena: *Despachos de embajadores*, año 1489. *Mon. Hung.* (D. E.) IV, págs. 18, 20, 41, 404 y 406.

(3) *Cartas del rey Matías*, II, pág. 366.

(4) César Valentini cita, en una de sus cartas (D. E., III, pág. 201), al mismo tiempo que a Eloísa, una tal Isabel, ambas «attinete (attenente?) ad vostra Signoría» (la duquesa Leonor).

(5) Se la menciona en un fragmento de carta de Pandolfo, fechada probablemente en 1483, como una «gentile creatura». *Mon. Hung.* (D.E.), III, página 23.

tulada *Los propósitos de Matias*, que Beatriz había traído de su país, «según costumbre de las reinas», muchas damas de compañía, las unas de nacimiento regio, otras de familias ilustres, las cuales, al decir del autor, parecían feas al lado de Beatriz y de «tantas bellas húngaras»; por esto, un día que se habían sentado sin esperar el permiso de la reina, dijo el rey que habían hecho bien, «porque así se las advierte menos».

De las personas que sirvieron a Beatriz de soltera, parece que únicamente Nadella Parmesana y su marido Sabatino Viola fueron a la corte de Hungría y permanecieron al lado de la reina, que hizo que su esposo les regalara el castillo y dominio de Garignicza, en Croacia. El acta de donación dice que «la noble dama Nadella Parmesana ha sido la madrina de la reina, que como tal ha cuidado de la reina desde su cuna y ha ayudado, con su marido, a educarla». Se ignora si este último continuó en Hungría copiando manuscritos; parece que murió por 1490, dejando un hijo, llamado Francisco (1), que fue después administrador del patrimonio de la reina de Diosgyur (2). Encuéntrase también al lado de Beatriz al intendente Juan Monchajo, convertido más adelante en su factótum, de quien se habla en cartas de 1496, y que la sirvió hasta el día de su muerte (3); luego Sanctoro Bersano, que debía de ser una especie de secretario y de mensajero particular al mismo tiempo, y que permaneció también al lado de ella hasta su muerte (4).

(1) Archivos Nacionales de Budapest: los documentos de 1482-89 relativos a Garignicza se encuentran en los Archivos del duque Batthyany, en Körmond. Las *Cedola d. l. Tesorería* de Nápoles llaman a Nardella *N. di Nola*, pero está fuera de duda que es una sola y misma persona.

(2) *Ordenanza de Beatriz para la ciudad de Kassa* (*Casovia*), de fecha del 7 de Junio de 1495. Archivos de la ciudad de Kassa, núm. 726.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 161, y *Carta de Beatriz a Ludovico Sforza*, de 22 de Julio de 1496. (Archivos de Milán.)

(4) Carta del obispo de Bitetto, de 22 de Setiembre de 1508, relatando la muerte de Beatriz; Archivos de Módena, Lett. di Vescovi esteri, Italia B.ª 3. Respecto a Sanctoro, véase íbid. y *Mon. Hung.* (D. E.), III, páginas 228, 242, 315 y 348.

Mientras que Ferrara, más próxima, no hubo caído sobre Hungría, son, naturalmente, los napolitanos los principalmente favorecidos por Beatriz; sus familiares, sus secretarios eran casi todos de Nápoles, como aquel Perotto Vesach (1) que, aunque todavía al servicio de Ferrara en 1476 (2), llegó pronto a gobernador de Zolyom, desplegó mucho celo en pro de la candidatura de Hipólito a la sede arzobispal de Esztergom, y por otros buenos y leales servicios que prestó mereció el reconocimiento particular de la reina (3). Beatriz quiso también un napolitano para comandante del castillo de Esztergom, de su sobrino Hipólito (4), y el rey le hizo un día observar que había muchos napolitanos en aquella ciudad, probablemente desde que estuvo en ella Juan de Aragón (5). El sastre, mestre Simón, ya citado, que fue encargado de varias misiones en Italia, era también de Teano, del reino de Nápoles.

En cambio, no de Nápoles, sino de Cremona (en Lombardía), era aquel Bernardo Monnelli que figura, muy joven todavía, en 1480, como comandante del castillo de Diosgyur, perteneciente a la reina (6); fue después Prefecto de la Cámara de la gabelas de Marmaros , y era también, a lo que parece, mayordomo—palatii comes—del palacio de la reina en el antiguo Buda, cargo que desempeñaba todavía al morir a la edad de treinta y nueve años. Su monumento funerario se conserva en el Museo Nacional húngaro (7).

---

(1) *Mon Hung*. (D. E.), III, págs. 72, 92 y 108.

(2) Despacho del embajador de Nápoles en Ferrara, de Setiembre de 1476. Archivos de Módena, Cart. Amb. Napoli.

(3) Acta de confirmación, firmada por Urbano II, con fecha de 24 de Febrero, en los Archivos Nacionales de Budapest. (D. E. núm. 12, 601.)

(4) *Mon. Hung*. (D. E.), III, pág. 23.

(5) Fraknoi: *La vida de Pedro Varadi* (en húngaro). *Szazadok*, 1883; página 512.

(6) Teleki, XII, pág. 220.

(7) La losa lleva esta inscripción: *Bern. Mon. Cremen* (Cremensis), *palatii comes*.

Por lo demás, pocos de los italianos que rodeaban a la reina y poseían su confianza, han dejado de su paso huellas que permitan juzgar lo que eran; no sabemos más que sus nombres; parece que aspiraban, más que a desempeñar un papel, al de consejeros, confidentes secretos, informadores de su corte, y que a veces se ocupaban en maquinaciones. Habían ido a Hungría, más por el afán de ganancias que para adquirir nombradía (1).

Lo mismo puede decirse de los diversos secretarios de la reina, los cuales cifraban toda su ambición en dar informes curiosos o importantes y buenos consejos a los enviados de las cortes italianas (2), con la esperanza de que éstas les recompensaran. Una de las primeras cartas de Beatriz, después de su llegada a Hungría, está escrita por Benedicto Lopis (3); un despacho de embajada de 1486 menciona como secretario a messire Joanne Cándido; un informe de 1489 a Tomás Máximo (4), y otro al joven Nicolás Correggio (5); Bernardo Vidal, habilitado de la reina, que le enviaba a menudo en comisión, era también considerado por los embajadores como un hombre muy bien informado (6). A partir de 1480, la mayor parte de las cartas de Beatriz están escritas por Sanctus de Aversa, que sabía imitar admirablemente la letra de la reina. Los Archivos de Estado de Módena conservan tres cartas dirigidas por este secretario al duque Hércules y a la duquesa Leonor, recomendándose a la benevolencia de esta última, como «su humilde

(1) «... qui non tam oficii gratia, quam numerum spe allecti visitabant...», dice, sobre todo de los italianos, la *Apología de Udis* (loc. cit.).

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 200 y 201.

(3) Archivos de Módena; esta carta está publicada, pág. 368 del t. II de los *Mon. Hung.* (D. E.).

(4) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 161, y IV, pág. 252.

(5) Informe a la Duquesa Leonor, fechado el 18 de Setiembre de 1489. (Archivos de Módena, despacho de embajadores.)

(6) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 77, 90, 149 y 161. Se le llama *Scrivano di ragione.*

esclavo», prediciendo el cardenalato a Hipólito, y demostrando en todo un bajo servilismo (1). En la primera de estas cartas, cuenta también la historia de su vida; dice que nació en Aversa, cerca de Nápoles; que es nieto de un antiguo comandante de Somma; que empezó su carrera al servicio de la difunta reina Isabel—madre de Beatriz y de Leonor;—que después estuvo empleado en la cancillería del rey de Nápoles, que le envío tres veces comisionado a Hungría, y que, por fin, la reina se ha dignado tomarle por secretario.

Según un despacho del embajador de Milán, este Sanctus de Aversa se hizo reo de una escandalosa falsificación documental y de traición en el asunto del matrimonio de Juan Corvino con María Blanca Sforza (2). Cuando Matías envío en 1487 al obispo de Nagyvarad a Milán para el matrimonio por poderes, Beatriz, a lo que se dice, trató de inducir a su secretario Máximo a falsificar una carta del rey que retirase al enviado su comisión. Habiéndose negado este secretario a cometer la falsificación, Sanctus se encargó de ella y envió un correo tras el embajador con la carta falsificada; pero habiéndose descubierto la cosa, el rey pudo hacer que le detuviesen a tiempo, y en su cólera, estuvo a punto de hacer que mataran a Sanctus; y por todo esto se asegura que Beatriz echó a Máximo, porque—por lo que dice el embajador Marfio Trivillieuse—«no hay sitio para un hombre honrado en la corte de la reina».

Este relato deja subsistir muchas dudas. Por de pronto, no procede de una fuente auténtica. No es nada verosímil que Beatriz se dejara arrastrar por el ardor de la pasión hasta co-

(1) Cartas fechadas en Buda el 2 de Abril de 1486, en Pozsony el 4 de Agosto y en Retz el 8 de Noviembre del mismo año. Archivos de Módena; sec. cit.

(2) Despacho de Marfio Trivilliense de Buda a Milán; *Mon. Hung*, (D. E.), IV, pág. 251. El original no lleva la fecha del año; la hipótesis de 1490, emitida por los conservadores de los Archivos de Estado de Milán. se apoya en un error, porque no es nada probable que el rey de que se trata en este documento sea Ulaszló II.

meter un acto cuya divulgación hubiera ciertamente tenido para ella las más graves consecuencias. Sin embargo, aunque la cosa no haya pasado así, el relato es muy característico de la opinión que se tenía de Beatriz y de sus familiares en la corte de Hungría durante los últimos años del rey. Es lo cierto, que Sanctus de Aversa continuó, sin ser inquietado, desempeñando sus funciones cerca de Beatriz, y que en ellas se mantuvo después de la muerte de Matías; no se pierden sus huellas hasta el verano de 1497. Parece que no abandonó a la reina sino cuando ésta hubo caído en la miseria, o tal vez, porque se vió obligada a reducir los gastos de su casa (1).

Encontrábase también en la corte, además de estas gentes de puesto fijo, otra categoría de italianos: eran los mensajeros especiales que llegaban en ciertas ocasiones y permanecían una temporada más o menos larga. Por aquella época, sucedíanse sin cesar, en Buda, embajadas de Ferrara, de Milán, de Nápoles, sobre todo, a causa de los asuntos de Hipólito, de la boda de Juan Corvino y de la cuestión de sucesión al trono. Además de los embajadores, venían gentes para hacer compras o para ver a su familia; eran a menudo portadores de cartas o de mensajes importantes. Los embajadores recogían toda clase de noticias sin interés para el Estado, y hasta simples chismes, lo que era natural entonces por la completa carencia de todo otro servicio de información (2); pero su habilidad consistía, sobre todo, en interceptar los despachos de sus colegas, y si era preciso, en apropiarse la clave de los escritos cifrados, de lo que hablaban en sus relaciones como de una cosa naturalísima. Esta práctica explica por qué se encuentran en los archivos de las cortes italianas tantas copias de despachos destinados a otra corte. Matías y Beatriz se servían

(1) Cartas de Beatriz, fechadas en 1488, 1489, 1490 y 1497, llevan la contraseña de Sanctus, a veces en esta forma: *Sanctus Umbr.*

(2) El embajador de Milán en París hace él mismo constar, en 1479, que le consideran, a él y sus colegas, como espías y charlatanes propaladores de noticias. Reumont: *Lor. d. Médicis*, I, pág. 473.

a veces de esos italianos como de mensajeros; a otros confiaban empleos en el país mismo, como aquel César Valentini que fue administrador de los bienes de la diócesis de Esztergom, o Beltrán Costabili, que servía de mentor a Hipólito cuando llegó al país, y que no cesó, después, de enviar a Ferrara informes sobre toda clase de asuntos. Entre los que eran enviados a Italia en calidad de mensajeros, Francesco de Palude poseía especialmente la confianza de la reina (1); también a Sanctoro Bersano le encargaban a menudo cartas o mensajes confidenciales; entre los correos de la reina, se pueden citar, por los alrededores de 1480, Ludovico de Perusa (2), y en 1486, Benedetto de Leyra (3).

Por esta época, los estafetas regios (4) no eran simples subordinados encargados de llevar cartas, sino que, aun cuando no pudieran, por lo general, estar mucho tiempo en la ciudad, a la que habían llevado el mensaje, gozaban casi de los mismos honores que los embajadores, y eran los bienvenidos en la corte. El duque de Ferrara tenía, entre otros, un correo llamado Francesco Cattivello (5), que había caído en gracia a Beatriz. Entre 1486 y 1489, se le ve sin cesar recorrer el trayecto entre Ferrara y Buda o Pozsony y Viena; se le puede considerar como un elegante caballero, de donosa parla, un «cortegiano» de la especie corriente. El embajador de Ferrara aconseja que Hipólito traiga de regalo al rey armas lindas, una daga, por ejemplo, como la que Cattivello llevaba últimamente, lo que gustaría mucho en toda la corte (6). Si se quiere ser grato a la reina, tendrá que llevar Cattivello, y no otro, la no-

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 257.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), II, pág. 417.

(3) Ibid. III, pág. 93.

(4) Dábaseles, generalmente, el nombre de *cavaltaro*.

(5) Figura también con los nombres de Cativello, Captivello, Captinello, Cactinello.

(6) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 240.

ticia de la llegada, porque es «el favorito de S. M. la reina y de sus damas».

La misma Beatriz expresa por carta este deseo, porque «tiene un placer indecible en hablar con Francesco»; el embarazo de la segunda mujer del correo, dice la reina, no puede ser un obstáculo para el viaje de éste; en fin, cuando Cattivello hubo llegado a Viena, la reina le retuvo «por razones importantes», y se ingenió para retrasar su marcha (1).

Sobre todo, a los ferrarenses es a los que Beatriz colma de favores. Experimentando una desconfianza instintiva por los húngaros, los cuales tenían motivos para desconfiar de ella y hasta para detestarla; rodéase únicamente de italianos; con ellos solamente se atreve a ser familiar, sin temor de ser traicionada; con ellos sabe divertirse; de ellos solamente recibe consejos, y a ellos, en fin, confía los cuidados de su cuerpo y la salvación de su alma. Es, pues, natural que no solamente sean italianos sus secretarios y sus mensajeros, sino que sus lectores, sus confesores, sus médicos, son casi todos de esa nación. Muerto en el verano de 1486 su lector, Jerónimo Forte de Thezano, diríge-se ella en el acto a su hermana Leonor, rogándola que le procure otro; hasta le indica a un tal Jorge Alessandrino, que vive en Venecia o Padua, y al que quisiera tener. Lo que muestra el desenfado con que creía disponer de los bienes eclesiásticos, es que promete a ese lector, que era hombre de iglesia, obtenerle una buena prebenda (2). Pero Alessandrino se negó a ir (3), y fue, como se sabe, Bonfin quien ocupó el cargo de lector.

El recuerdo de graves complicaciones va unido a la persona de algunos de los confesores de la reina. Parece que su director espiritual fue primeramente Antonio de Zara—probablemente el prior de los dominicos de Buda;—la reina «donó», según su

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 142, 161, 235 y 247.
(2) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 209.
(3) Ibid. Pág. 272.

propia expresión, a este padre Antonio el obispado de Modrus (1); pero el Papa, sin cuidarse de esta donación, nombró obispo de Modrus a Cristóbal de Ragusa. De aquí el primer conflicto entre el Papa Sixto IV y Matías, al que puso fin Fernando de Nápoles con su intervención en favor de Cristóbal. Matías y Beatriz consintieron en este nombramiento, y la reina hasta llegó a tener gran simpatía por el nuevo obispo (2). Además de su confesor dálmata, tenía otro italiano, porque en 1485, cuando todavía estaba pendiente el asunto de Modrus, y en vida, por consiguiente, de Antonio de Zara, envía de Viena a su hermana Leonor los saludos de un religioso llamado Altavilla, su confesor (3), y este fraile permaneció a su lado hasta su muerte, en 1489. Entonces, por mediación de la duquesa de Ferrara, ocupó el puesto otro sacerdote italiano, Jacobo de Parma (4).

La fama de Italia en todas las ramas de las ciencias explica por qué Beatriz y hasta Matías no tenían sino médicos italianos. Francesco Fontana era—como ya hemos dicho—médico de profesión, así como Florio Roverella, pero ambos estaban consagrados por completo a la diplomacia. Ya en 1478, vemos a un maestro cirujano de Urbino presentarse a los reyes con una recomendación del príncipe de Calabria (5). Por 1480 gozaba de gran consideración en la corte de Hungría el médico Franceschino, o más exactamente Francesco da Bressa, al que los Este hicieron instruir en su arte en Ferrara, y que fue, por agradecimiento sin duda, un celoso promotor del nombramiento de Hipólito para el arzobispado de Esztergom (6). Francesco da Bressa cayó enfermo y murió en 1487;

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), II, pág. 240. Teleki (o. c. V. pág. 259), le llama Antonio de Jadra.

(2) Esto es lo que afirma Ranzanus en su *Epitome,* ed. c., pág. 417.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 45.

(4) Ibid. IV, págs. 14 y 43.

(5) *Mon. Hung.* (D. E.), II, pág. 367.

(6) Csanki: *La corte de Matías* (en húngaro). *Szazadok*, 1883. *Mon.*

pero aún vivía cuando Beatriz pedía ya a su hermana Leonor que la enviase un nuevo médico y un cirujano. No los quería jóvenes, porque «a ellos—dice—confiamos nuestra vida». Leonor la procuró, en efecto, un nuevo médico en la persona de Bautista Camano, y un cirujano en la de Egano de Florenо (1). Mientras tanto, por consejo de un médico y profesor de la Universidad de Viena, va Beatriz, en 1483, a los baños de Baden (2). Matías retiene a su lado, para aprovecharse de sus conocimientos médicos, al obispo de Caserta, venido de Nápoles con un mensaje del rey (3); en tiempos de Bonfin, había un médico, buen humanista, llamado Milio (4).

Prodúcese, en fin, una invasión de italianos, y sobre todo de ferrarenses, cuando la instalación de Hipólito en la sede arzobispal de Esztergom. Una antigua crónica ferrarense calcucula en cincuenta y seis el número de personas idas de Ferrara a Hungría con Hipólito (5); pero esta cifra no responde al estado de casa que tenía, el cual puede estimarse desde el principio en 245 (6) personas, de las que por lo menos la mitad eran italianos hallados en el país, o venidos en su séquito (7). Su madre juzgó necesario justificar lo numeroso de este acompañamiento, refiriéndose a las instrucciones que la misma Beatriz le había dado a este propósito (8). Al decir de la duquesa, la corte de Hungría solicitaba el envío de un tal Pandolfo, así

Hung. (D. E.), III, pág. 175. Por Bressa hay que entender probablemente Brescia.

(1) *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 304.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 389. Csanki, o. c., pág. 361.

(3) *Cartas del rey Matías*, II, pág. 368.

(4) Bonfin: Prefacio a *Filóstrates*; Kollar, pág. 827. Aquí se llama Julius Aemilius. *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 115, 130.

(5) *Cronaca Estense di Fra Paolo de Legnago*, pág. 148. Manuscrito de los Archivos de Estado de Módena.

(6) Barón A. Nyary, o. c., *Szazadok*, 1872, pág. 298.

(7) Antes de llegar Hipólito, Esztergom tenía ya un preboste de origen veneciano, Jorge de Priuli. *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 261.

(8) *Mon. Hung.* (D. E.); III, pág. 315.

como de un llamado Tadeo Lardí, que será el mayordomo del arzobispado (1). Pedíase también un obispo para desempeñar en nombre de Hipólito las funciones eclesiásticas, así como un capellán para decir la misa diaria, un criado y un aya que conocieran el régimen al que el niño estaba habituado y le ayudaran a criarle; además, dos médicos y un cirujano; necesitará también un mayordomo y un camarero. Igualmente será preciso traer algunos niños, para que Hipólito tuviera con quien hablar y jugar, mas dos preceptores para educarle, así como a sus amiguitos; esto es lo que hace, si se añade la servidumbre, que haya tantas personas.

Además de las gentes de que acabamos de hablar, puede citarse todavía, como formando parte de la casa de Hipólito durante los primeros tiempos de su estancia en Hungría, el protonotario apostólico Beltramo Costabili, oriundo de una buena familia de Ferrara, que era el consejero íntimo, el guía y el ayo del niño arzobispo, y que sucedió después, en la administración de los bienes de la diócesis, en donde reinaba el mayor desorden (2), al enviado Valentini, encargado de aquélla temporalmente. El intendente era un tal Bacchiamo; el chambelán, Francesco da Bagnacavallo; el jefe de la contabilidad, Pietro Pincharello, y el comandante del castillo, Alfarello Ferraris (3). El Ariosto habla en su *Orlando Furioso* del sabio Tomás Fusco, elevado después al episcopado, como de una persona que acompañó a Hipólito a Hungría (4); pero no se encuentra indicio alguno de su estancia en el país durante los primeros años que pasó allí Hipólito. Sin embargo, es induda-

(1) *Nyary*, loc. cit.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 100, 408. Nyary ob. cit., *Szazadok*, 1870, pág. 277. Según algunas cartas, Antonio Costabili, más ilustre aún que Beltramo, estuvo también en Hungría. V. su *Elogio fúnebre* por Calcagnini.

(3) Nyary, o. c., *Szazadok*, 1870, págs. 281, 284, 290; y 1872, pág. 298.

(4) Canto 46, estancia 89.

ble que varias personas contribuyeron, a más de Costabili, a educar al principito.

Si estas rápidas conquistas del elemento italiano, en todos los dominios en que podían ejercer su influencia y obtener ventajas materiales, podían por sí solas excitar los celos y el descontento de los húngaros, la explosión de estos sentimientos de hostilidad hubo de ser también provocada por el violento contraste que presentaban, sobre todo en aquella época, las dos naciones y sus representantes en la corte de Hungría, desde el punto de vista de la mentalidad, de las costumbres, de la cultura, en fin, de todas sus aspiraciones. En su admirable estudio sobre Maquiavelo, Macaulay ha mostrado cómo difería del de los otros pueblos el juicio que formulabau los italianos de aquel tiempo sobre el valor de las cualidades y de los talentos humanos; mientras que los otros estimabau sobre todo el valor, ellos apreciaban la superioridad intelectual. Mientras que en otras partes lo que más se despreciaba eran los vicios que, como la astucia y la hipocresía, son las armas defensivas del débil y del cobarde, y en cambio, la temeridad, en sus mayores excesos, podía siempre contar con la indulgencia y hasta con el respeto de los hombres, los italianos juzgaban con indulgencia relativa los crímenes que suponen dominio sobre sí mismo, habilidad, una inteligencia pronta, un genio inventivo y un profundo conocimiento del corazón humano. Estas oposiciones se manifestaban en Hungría con mayor violencia que en otra parte quizá. Puede decirse que, fuera de algunos raros puntos en que sus sentimientos coincidían, los italianos apreciaban poco lo que los húngaros estimaban más, y, en cambio, que los húngaros menospreciaban e incluso aborrecían las cosas que envanecían a los italianos, a las que estaban acostumbrados, que incluso les eran indispensables.

En donde el sentimiento de los dos pueblos estaba de acuerdo era en la persona de Matías. Era el rey nacional de los húngaros; pertenecía a la nobleza, aunque no fuese noble sino por su padre; era por su cuna uno de los principales señores del

país; habíase mostrado intrépido soldado desde su infancia; después, casi invencible como jefe de ejército. Estas son las cualidades por las que los húngaros, aunque le censurasen a menudo, a causa de su despotismo y de sus exigencias en materia de impuestos, estaban orgullosos de un rey que encarnaba a sus ojos todas las virtudes nacionales: y éstas son precisamente las cualidades que los italianos apreciaban y admiraban, no solamente en panegíricos escritos con el fin de una recompensa, sino en sus cartas más confidenciales. En sus instrucciones a Francisco de Aragón, Diómedes Carafa encuentra al joven príncipe digno de envidia por pasar sus días al lado del rey de Hungría, en donde aprenderá que la primera virtud del soldado es el valor llevado hasta la temeridad (1). Un hecho que demuestra la admiración que los italianos de la época tenían por la intrepidez de Matías, es que un romano hizo pintar, en vida misma del rey, en la fachada de la casa de aquél, Vía del Pellegrino, un gran retrato ecuestre de Matías blandiendo una espada, mientras que unos ángeles le ponen una corona en la cabeza (2).

Esta admiración se extendía al ejército del rey, cuya organización era, con justicia, considerada como obra suya, e incluso a las virtudes guerreras de los húngaros. Lo que demuestra la buena opinión que los italianos tenían de la fuerza física de los húngaros, es el proverbio que Maquiavelo pone en boca de un personaje de sus comedias: «Tengo confianza en ti como un húngaro en sus espadas» (3). Galeotti alaba la intrepidez unida a la prudencia de los húngaros (4); en Bonfin se

(1) Tom. Persico, o. c., pág. 231.

(2) Esta pintura, mencionada también por Paolo Giovio, fue destruída en el transcurso del siglo XVII; hay de ella una mala copia en la Biblioteca Barberini. (V. el art. de Müntz en las *Mezclas de Arqueología y de Historia*, 1868, pág. 145.)

(3) *Mandragola*, acto II, escena 2.ª

(4) *De egr. dictis*, capítulo primero.

lee: *invicta gens Ungarica* (1). El mismo autor hace, como testigo ocular, un magnífico elogio de las buenas costumbres y de la disciplina que reinaban en el campo de Matías; dice que no hay nación en el mundo cuyo ejército soporte mejor el calor y el frío, las fatigas y el hambre; que obedezca mejor a sus jefes, que afronte la muerte con mayor valor, y que, sin embargo, los soldados son pacíficos, honrados y piadosos en el campo; no blasfeman y desprecian la inmoralidad (2). Lo que más admira es que el ejército no levante el sitio de las fortalezas, ni cese en las otras operaciones guerreras al acercarse el invierno. Beatriz hace también observar en una carta a su familia, que los soldados de su esposo están habituados a hacer la guerra, lo mismo en verano que en invierno (3). Es natural que esto haya parecido asombroso a los italianos llegados a Hungría, porque en ellos era costumbre enviar las tropas a los cuarteles de invierno al llegar la estación mala, menos ruda sin embargo, en Italia. En fin, era la época en que el empleo de tropas mercenarias, el *condottierismo*, producía en los italianos sus más tristes efectos, cuando el rey de Nápoles se vió una vez en medio de una guerra, abandonado por sus tropas, que se volvieron a sus hogares (4); cuando su nieto se quejaba amargamente de haber perdido su reino, no por el valor de sus enemigos, sino por la cobardía de sus generales y de su ejército (5).

Pero si los italianos imparciales estaban de acuerdo con los húngaros en este punto, las contradicciones respecto a la situación, al papel, a la misión política de Matías son flagrantes. Las aspiraciones de su rey al Imperio de Alemania, que la mayoría de los húngaros consideraba, no sin temor, llenaban de entusiasmo a los italianos que le rodeaban. Está claro que

(1) Prefacio a *Philostratus*, Kóllar, pág. 821.
(2) *Dec.* IV, libro VIII, pág. 469.
(3) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 12.
(4) Reumont: *Lor d. Med.* I, pág. 256.
(5) Guicciardini: *Istorie d'Italia*, I, págs. 135-136.

a sus ojos, el emperador de Alemania era más que el rey de Hungría, y que las consecuencias que tendría para el país la realización de este proyecto les dejaban indiferentes. El papel de Beatriz en este asunto no nos parece muy claro: ha sido siempre amiga del emperador y ha impulsado siempre a su esposo a hacer la paz con él en interés de los Estados italianos; sin embargo, todo indica que no hubiera renunciado gustosa a las posesiones de Matías en Occidente, ni, sobre todo, a la de Viena como capital. Los italianos habían dado por adelantado a Matías el título de *Majestad Imperial* (1). Bonfin da a entender que el rey creyó su sueño imperial a punto de realizarse después de la toma de Wiener-Neustadt (2). Ludovico Carlo exclamá: «¡Que llegue cuanto antes el día que saludemos a Matías como rey de Roma y emperador de Alemania!» (3) La idea de hacer derivar el nombre de Corvino de los Valerios, de los Sabinos, de los Lacedemonios, de los Troyanos y hasta de Júpiter (4), no pudo ocurrírsele sino a humanistas italianos; no suscitaba ningún entusiasmo entre los húngaros (5); el mismo Matías no la tomaba en serio, pero no la rechazaba, porque concordaba con las ideas de la época; le daba un derecho más al Imperio y aumentaba las probabilidades de sucederle del príncipe Juan. Lo que prueba claramente cómo se engañaban los que atribuían únicamente a la influencia de Beatriz las conquistas del espíritu italiano en la Hungría de Matías, es la solicitud que los humanistas del rey ponían en saludar a Juan

(1) Orvary: *Copias de los documentos de la Comisión de Historia de la Academia húngara* (en húngaro, Budapest, 1890), pág. 149, núm. 600.

(2) Prefacio a *Philostratus*, pág. 821.

(3) *Diálogo sobre las hazañas de Matías*, etc. (en húngaro). Edic. G. Kazinczy, pág. 123.

(4) Bonfin, *Dec.*, III, lib. IX, pág. 371. *Discursos de Ransanus* (M. Florianus: *Fontes domestici*, Chron. min., pág. 129).

(5) Tubero (*Commentarium*, etc. Schevandtner, pág. 121) pone en boca de Esteban Bathori: «Mathian Hunyadem quem Italorum assentatio Corvinum vocavit...»

Corvino como un sol naciente, cosa que no era ciertamente para complacer a la reina.

Otro motivo de elogios por parte de los italianos era la liberalidad de Matías (1); estos elogios los merecía tanto como su mujer; pero precisamente allí en donde los extranjeros tenían ocasión de alabar esa liberalidad, veían los húngaros un motivo de crítica. En el estado de civilización de la Hungría de entonces, los tesoros artísticos y literarios que constituían el más bello ornamento de la corte de Matías no eran apreciados sino por un corto número de húngaros, mientras que los extranjeros, que vivían siempre en el círculo de ideas de su país natal, veían en la protección que el príncipe concedía a las artes la medida de su mérito.

Por esta misma razón, eran pocos los húngaros que apreciaban como los italianos la elevada cultura de Matías, su conocimiento de casi todas las lenguas europeas, su afición por los autores clásicos y los estudios humanistas, cualidades que los compatriotas de Beatriz debían alabar, tanto más cuanto que menos frecuentes eran en príncipes no italianos. Si los italianos y los húngaros no podían ser del mismo parecer respecto a las cosas de Hungría, sino sobre un reducido número de puntos, tanto más extenso era el terreno en que las divergencias de gusto y de humor debían conducir a conflictos.

A los húngaros tenía que mortificarles el desprecio con que—aparte las virtudes guerreras y el lujo de la corte—hablaban los italianos—no sin razón en más de un concepto—de las cosas de Hungría. Si Bonfin atribuye a Beatriz el mérito «de haber suavizado las costumbres feroces de los húngaros (2), y se da a sí mismo por misión el sacar a este pueblo de la noche del olvido (3)»; si Sabadino, Calcagnini y Philippus Ber-

(1) Bautista Guarinus. Abel (*Contribuciones históricas* (en húngaro), págs. 203 y sigs. Phil. Bergomensis, o. c., prólogo.

(2) *Symposion Trim*, II, pág. 174.

(3) *Dec.* I, lib., pág. 113.

gomensis trataban a los húngaros de bárbaros, o por lo menos de «semibárbaros», a los que solamente la reina de origen italiano había podido acostumbrar a llevar una vida un poco civilizada, todo esto acusa ideas cuya manifestación debía acarrear roces.

Hungría estaba en aquella época, como la mayor parte de los otros países de Europa, muy por bajo de Italia, desde el punto de vista de la civilización. Los italianos se lo echaban en cara, tanto a los franceses de entonces como a los húngaros (1). La nobleza no consideraba sino la carrera de las armas como una ocupación digna de ella (2). La mayor parte de los grandes no sabían sino escribir su nombre; a fines del siglo XVI, los concilios declaraban que la lectura y algunos conocimientos elementales eran suficientes para el ejercicio de las funciones eclesiásticas (3). La civilización se propagaba muy difícilmente por la carencia de medios de comunicación, del reducido número de poblaciones y de su defectuoso reparto, que hacía que en el centro del país hubiera inmensos territorios que no poseían ninguna. Las que existían no presentaban tampoco un estado de civilización muy adelantado. En vano Matías incitaba al pueblo, con sus palabras y su ejemplo, a construir las casas con más lujo o comodidad. Compréndese que, en tales condiciones, los italianos inmigrados se encontraban fuera de su centro. El embajador de Ferrara, llegado para preparar la recepción de Hipólito, se apresura a volver a Buda, porque el tedio le ha hecho envejecer diez años desde que se encuentra en Zagrab (Agram) (4). El descontento de los tales italianos crece aún más, como puede pensarse, después

(1) *Cortegiano,* I, págs. 74-75.
(2) Tubero: *Comentarios*, pág. 120.
(3) Barón A. Nyary, o. c., *Szazadok*, 1874, pág. 4.
(4) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 188.

de la muerte de Matías (1); todos experimentaban el sentimiento de un penoso destierro (2).

Como, fuera de la caza, no se conocían otros placeres que los de la mesa, entregábanse a ellos con exceso, mientras que en la Italia de entonces llamaba la atención del extranjero la sobriedad y la templanza de la población en general (3). Castiglione exige del cortesano que no coma ni beba con exceso, porque esto es de rústicos (4); y en oposición a esta delicadeza de gustos, el autor del *Symposion Trimeron* describe las cenas húngaras como el colmo de la glotonería. La afición a los manjares suculentos y muy picantes hacía difícil la templanza, y los vinos de Hungría eran, en general, más fuertes que los del extranjero. El Ariosto temió acompañar a Hipólito a Hungría, porque allí hay que beber vinos muy fuertes en los festines, y se considera como un sacrilegio aguar el vino o negarse a beberlo (5). Así como se bebía más en Hungría que en Italia, comíase también de otra manera. Los italianos servíanse ya de platos en el siglo XVI; en cambio, Galeotti, al describir la manera de comer de los húngaros de su tiempo, dice: «No comen como nosotros, cada cual en su plato, sino todos en la misma fuente, y, para coger los trozos no se sirven de tenedores, como se hace entre nosotros en Italia al Sur del Po, sino de sus dedos y de una rebanada de pan.» El mismo autor pone de relieve la asombrosa limpieza del rey, el cual, dice, «aunque sirviéndose también con los dedos, no se mancha nunca (6)». Como se ha visto, Beatriz hacía venir de Ferrara cu-

(1) Carta del agente de Hipólito en Roma (Episcopus Cupersanensis), de 26 de Setiembre de 1498. Archivos de Módena.

(2) Despacho de Tomás Damerius Mutinensis al duque Hércules, fechado en Buda el 15 de Junio de 1502. Archivos de Módena,

(3) Reumont: *Lor. d. Médici*, I, pág. 278, y II, pág. 427.

(4) T. I., pág. 160.

(5) Sátiras.

(6) *De egr. dictis*, etc., cap. XVII.

chillos y tenedores de precio, pero el uso de estos objetos no pudo implantarse hasta el primer tercio del siglo XVI (1).

Pero de lo que con mayor viveza se quejan los italianos es de las habitaciones. Por aquella época concedían ya mucha importancia al arreglo y comodidad de las casas: necesitaban que la casa tuviera un jardín y, herederos de las costumbres de los antiguos romanos, gustaban de pasar al aire libre la mayor parte del tiempo. Ahora bien; en Hungría no podían hacerlo por la crudeza del clima que, de lejos, se lo figuraban más riguroso todavía; Ariosto cree que Hungría está cerca del polo Norte, «al pie del áspero Rifeus», y que el aire de los Cárpatos hiela los pulmones; Galeotti menciona, a título de curiosidad, la costumbre que tienen los húngaros de encender fuego en invierno en las habitaciones, y hasta de dormir en un cuarto caldeado, lo que es perjudicial para la salud (2); al autor del *Orlando* le desespera que se haga todo en las habitaciones llenas de humo, en las que se come, se bebe, se juega y hasta se duerme. Compréndese la novedad que fue cuando se vió a Beatriz comer con su esposo en la terraza de su palacio de verano en Buda.

A esta superioridad, a menudo matizada de ironía, que los húngaros se veían obligados a sufrir por parte de los invasores italianos, podían oponer con derecho otro género de superioridad: el de la honradez. La mayor parte de aquellos extranjeros no debían parecer a los húngaros sino bajos cortesanos, o incluso cómplices de la reina en la explotación del país, y se consideraba su astucia, su habilidad en tramar intrigas como un rasgo del carácter nacional (3). De otra parte, por desdeñosos que se mostrasen ciertos italianos con las cosas

(1) Barón A. Nyary, o. c., *Szazadok*, 1872, pág. 360.

(2) Ob. cit., cap. XXX.

(3) «Italicae artes», como dice el obispo de Varad en Tubero (*Coment.*, página 140), y «Hungari encin, Italicae genti fraudem maxime oblicare solunt», ibid, pág. 128.

de Hungría, los más razonables veíanse obligados a reconocer que no habían visto en aquel país la inmoralidad, la relajación de los lazos de familia, el reinado de las amantes principescas, cosas todas a las que se estaba acostumbrado en Italia. Muy característico es el elogio mezcla de sorpresa que Galeotti tributa al rey por haber rechazado groseros halagos (1), o negádose, como le aconsejaban, a practicar una política de perjurio y de asesinato, diciendo «que en Hungría se baten con armas y no con el veneno» (2). Bien debían reirse de esto en Venecia, por ejemplo, en donde las comisiones que se daban a los espadachines eran tratadas como asuntos de Estado ordinarios, y hasta por escrito (3). Ludovico Carbo, en su Diálogo panegírico de Matías se hace dirigir estas palabras por Ernesto Segismundo, obispo de Pecz: «Con razón se ha enfadado nuestro rey contra vosotros italianos, de quienes nuestros compatriotas (es decir, los obispos rebelados) han tomado tan abyectas máximas, y ha costado trabajo hacer que no prohiba por decreto que vayan en adelante los jóvenes húngaros a hacer sus estudios en Italia.» A lo que Carbo replica: «No hay que acusar a nuestra patria italiana de que algunos de los vuestros hayan sido ingratos y perjuros. Con las ciencias enseñamos también la moral... No es culpa de la ciencia si un hombre se deprava y se corrompe instruyéndose, sino de los que abusan de las mejores cosas, porque no hay nada que no pueda resultar pernicioso por el mal uso que de ello se haga» (4).

Estas diferencias de costumbres se manifiestan, por ejemplo, en la correspondencia que Matías mantuvo con su suegro,

(1) Ob. cit., cap. XXIII.

(2) Ibid., cap. XV.

(3) Ovary: *Copias de documentos de la Comisión de Historia de la Academia húngara* (en húngaro), números 287, 296 y 298, y *Sentencia del Consejo de los Diez*, de 9 de Julio de 1477. (Archivos de Estado de Venecia, Filzo 1.)

(4) S. Kazinczy, págs. 79-80.

el rey de Nápoles, respecto a un domador de caballos que éste le había enviado. Matías confiesa, con franqueza mezclada de contrariedad, el asombro que le causa el envío de un servidor del que su suegro sabe bien que no necesita. «Porque, dice, nosotros manejamos las armas desde nuestra infancia; hemos hecho la guerra contra muchos pueblos y siempre con nuestros propios caballos, tales como están domados por nosotros... Nunca hemos deseado tener caballos que bailen a la española; no los queremos ni para los torneos ni para los combates serios como los hay entre nosotros...» (1) El mismo espíritu se manifiesta en la admonestación que dirige al obispo Gabriel de Verona en Roma. Le exhorta a no quejarse de las ligeras fatigas que ha sufrido en la liberación de Otranto, y a que piense más bien en los capitanes y en los soldados húngaros que hacen la guerra a los turcos y duermen al raso, calados por las lluvias de otoño, antes de volver, no como él, a la ciudad de los placeres, que es Roma, sino a sus pobres hogares (2).

Estos contrastes se hicieron cada vez más sensibles, a medida que el extranjero ganaba terreno, y, en los últimos años del reinado de Matías, era imposible no ver en las profundas capas de la nación los síntomas de una lucha sorda contra todo lo que llevaba el sello de la influencia o de los intereses italianos. Se odia, sin osar, no obstante, atacar directamente al objeto de este odio; pero en cuanto Matías y su esposa dejan de extender sobre ellos su mano protectora, el peso del enojo popular cae sobre los extranjeros establecidos en el reino; bajo Ulaszló II, estalla en Buda y en Pest una verdadera persecución contra los italianos, los cheques y los judíos (3), y la Dieta promulga una ley que prohibe expresamente dar beneficios

(1) *Cartas del rey Matías*, II, LXIX, págs. 367 y 368.

(2) *Cartas del rey Matías*, II, LXIX, pág. 152.

(3) Despacho de Donato Aretino, con fecha 2 de Agosto de 1496. (Archivos de Módena, despachos de embajadores.)

eclesiásticos a los italianos (1). Todo demuestra que Matías, al final de su reinado, encontraba él mismo excesivo el poder que los compatriotas de Beatriz habían adquirido en ciertos terrenos. Un enviado de Ferrara en Milán cree saber, en la primavera de 1485, que Matías no quiere que Juan Corvino se case con una princesa napolitana, porque ya hay bastante «de estas gentes que toman y piden siempre» (2); el mismo embajador se entera, dos años después, de que el rey no dará ya beneficios sino a húngaros, «porque no quiere ver tantos italianos a su alrededor» (3).

Matías debía sentir que los celos y los odios que excitaban los italianos coincidían con el descontento provocado en el país por varios actos de su Gobierno. Lo que llama desde luego la atención, es que la reacción húngara se dirige casi siempre contra las cosas por las que Matías era alabado con mayor entusiasmo por sus humanistas italianos y contra los favoritos de la reina y de los italianos. Galeotti, por razones fáciles de comprender, pone en las nubes al «generoso» tesorero del rey, el obispo Urbano Nagylucsci (4), de quien el historiador húngaro Gaspar Heltai ha dicho «que esquilmaba noche y día al reino para proporcionar al rey los medios de sostener sus inmensos ejércitos», «que era la causa, en gran parte, de que el país estuviera abrumado de impuestos». Heltai dice en otro pasaje: «Los húngaros estaban muy apenados al ver cómo se gastaba el dinero del país en futesas, y se quejaban continuamente de que el rey hubiera abandonado las sencillas costumbres de los antiguos húngaros» (5).

---

(1) Fraknoi: *El reinado de los Hunyadi y de los Jagellon* (en húngaro). (M. N. T. IV.) Pág. 361.

(2) Despacho de Jacopo Trotti de 20 de Marzo de 1485. Archivos de Módena. Disp. d. Oratori Est. a Milano.

(3) Despacho de Jacopo Trotti, del 3 de Setiembre de 1487. Archivos de Módena. (Cart. d. Amb. B.ª 5.)

(4) O. c., cap. XXXII.

(5) O. c. II, págs. 203, 204 y 220.

Y la opinión emitida, cerca de un siglo después, por aquel pastor protestante de Transylvania sobre los sentimientos del pueblo húngaro en tiempo de Matías, está perfectamente de acuerdo con el severo juicio formulado por un elocuente y animoso franciscano, sobre los actos de los poderosos en los últimos años del gran rey.

Pelbart de Temesvar es una figura saliente de fines de la Edad Media en Hungría (1). El instinto de expiación de la conciencia pública parece animarle e inspirarle sermones tan atrevidos como los que un franciscano francés fulminaba poco antes contra Luis XI (2), y que recuerdan a su contemporáneo de Florencia Girolamo Savonarola. La mentalidad y la vida de estos dos hombres ofrecen numerosas semejanzas, pero difieren, sin embargo, en más de un punto. Savonarola, como Pelbart, es un intransigente en materia de fe; ambos son sabios teólogos y algo poetas; el ardor del fanatismo los anima, los fortifica y los lleva incluso a lamentables exageraciones. Pero Pelbart no tiene otra ambición que reformar las costumbres, y no la Iglesia; está enteramente sometido a Roma, y no combate el poder real sino porque Matías desafiaba a menudo al Papa. Acusa a los grandes ante el rey; lo hace con violencia y, a veces, en el tono de un demagogo; y aunque permanece en los límites de la prudencia, es imposible no reconocer que sus ataques van dirigidos contra el rey mismo y su corte.

Censura a los príncipes y a los grandes por querer habitaciones cómodas y suntuosas, jardines embalsamados, ricos mobiliarios (3); dice que hay gentes que hacen ostentación de sus vestidos, mientras que Cristo vestía toscamente; otras que tienen ricas prebendas, mientras que Cristo no tenía en donde

(1) V. Aron Szilady: *La vida y las obras de Pelbart de Temesvar* (en húngaro), 1880.

(2) Antonio Fradin, 1870. (V. Reumont: *Lor d. Medici,* I, pág. 422.)

(3) *Sermones Pomerii* Fratris Pelbarti de Themesvar ord. Sti. Francisci, *de Sanctis;* edic. del siglo XVI; Sermo XI, I.

reposar la cabeza; que hay personas que nadan en la opulencia y abusan de los placeres de la mesa, mientras que Cristo se alimentaba de leche; personas que habitan palacios, mientras que Cristo nació en un establo; que se acuestan en lechos de marfil, mientras que el Señor de los cielos descansaba en un montón de heno; que se enorgullecen de tener una corte numerosa y brillante, mientras que Nuestro Señor Jesucristo, a cuyo servicio hay miles de ángeles, vino al mundo entre una mula y un buey (1).

En la esterilidad de la reina va el dedo de la Providencia. «Dios, dice, da al justo numerosos hijos. Vienen al mundo tantos lobos como ovejas; éstas son devoradas por aquéllos; los hombres también las matan para comérselas, y, sin embargo, hay más ovejas que lobos. ¿Por qué esto? Hay causas naturales; pero fuera de estas causas, es porque Dios lo ha querido así. Los incrédulos no pueden echar profundas raíces ni establecer fundamentos estables. (Eccl. 4 p. 3 s.) Así como los animales carnívoros no se multiplican, Dios ha querido que los malos no tengan posteridad o que, si la tienen, les sobreviva raramente y poco...» (2).

La reina, tan dada a las prácticas religiosas, ¿oyó algún sermón de Pelbart? No le faltaron ocasiones, porque este fraile predicaba en Buda en 1480, e iba a veces a Esztergom. No pronunciaba el nombre de la reina, como tampoco el del rey, pero todos hubieran podido nombrar a la persona que acusaba de ser la causa del general descontento. «La reina influía en el rey en todo, dice Heltai; le impulsaba a toda suerte de vanidades y de placeres carnales, lo que tuvo por consecuencia que los extranjeros se llevasen todo el oro y la plata que había en el país.»

La *Apología* anónima, escrita en interés de Ulaszló, atribuye a la influencia de Beatriz los gastos exagerados que el rey

(1) Ibid. *Sermo* XXXV. C.

(2) Ibid., Sermo I. IV. E.

hacía «para actores, músicos, cantores, aduladores... vagabundos de toda especie. Creíase y se decía que era ella la que, con su dureza, le había enajenado el corazón de sus súbditos, la que había hecho encarcelar o desterrar a los súbditos más fieles del rey, la que acaparaba todos los tesoros del país y los enviaba a su patria extranjera (1).

Aunque sea una exageración y una injusticia achacar a Beatriz todo lo que excitaba la cólera de los húngaros contra Matías, no hay duda de que ella fue en cierto modo, la expresión, el punto de encuentro de las oposiciones irreductibles que se alzaban entre las aspiraciones políticas y civilizadoras de Matías; la influencia extranjera, el espíritu del Renacimiento, de una parte, y el sentimiento nacional húngaro, las antiguas costumbres y la antigua manera de entender la vida, de otra; fuerzas enemigas que luchaban en Hungría en los confines de la Edad Media. Esta fue la causa primera del odio que el país concibió por Beatriz, y que no hizo sino crecer con el tiempo.

Es verosímil que la aversión de los húngaros no degenerase en odio, y no osara tal vez manifestarse aquí y allí sino cuando se notó que el rey y la reina no estaban de acuerdo sobre la cuestión de la sucesión al trono, y cuando la dignidad de primado de Hungría, conferida a Hipólito, hizo que llegara a su apogeo la influencia italiana. En el último año de su vida, el mismo Matías se vió obligado a confesar con sentimiento a su cuñado el príncipe de Calabria, que su esposa no gozaba del amor de sus súbditos y que quizá no trataba de hacerse amar de ellos (2).

Y si se ve que Beatriz tuvo, no obstante, hasta el fin un partido poderoso, que hubo unanimidad en entregarle el poder a la muerte de su marido, que la cuestión de la elección de rey

(1) Despacho del embajador Jac. Trotti, del 3 Oct. 1490. Archivos de Estado de Módena.

(2) Mort. Georg. Kovachich: *Scriptores rerum Hungaricarum minores, inediti*, I, pág. 343.

se resolvió con su asentimiento, y que las acusaciones—falsas en su mayoría—de haber traicionado al país e ido contra el honor, no se formularon contra ella sino cuando se la vió abandonada por todos, esto no es más que el espectáculo ofrecido por la vida pública de todos los tiempos. Un hombre en el poder tiene siempre un partido; en cuanto se le escapa el poder, no solamente desaparece el partido, sino que los aduladores y los panegiristas se convierten en acusadores, y los antiguos títulos de gloria se truecan en crímenes.

ALBERTO DE BERZEVICZY

(Continuará.)

FORMAS RUDIMENTARIAS DE LA NOVELA PICARESCA

Desde Séneca y Marcial hasta el Arcipreste de Hita, sobresalió España siempre en la sátira, y este mismo Arcipreste, Juan Ruiz, fue el progenitor español de la ficción picaresca. Dentro de la parodia y de lo burlesco, vive a sus anchas, y su misma confusión informe, su observación irónica y su afición por la autobiografía que manifiestan sus versos, es lo que aparece después en prosa en las novelas de pícaros. Su D. Furón es el arquetipo del conocido personaje del hidalgo hambrón y soberbio del *Lazarillo de Tormes;* y *La Celestina* sigue muy de cerca la inspiración de Juan Ruiz. En esta tragicomedia, los amantes Calixto y Melibea están pintados a imitación del don Melón y doña Endrina, del *Libro de Cantares*, y *La Celestina*, madre de iniquidad, es resurrección de la diligenciadora trotaconventos. El libro de *La Celestina* fue el más importante precursor del *Lazarillo*. Impresa por primera vez en Burgos al fin del siglo XV, constaba de diez y seis actos, y posteriormente ampliada hasta veintiuno, o más bien, veintidós viene a ser una novela dialogada o un drama novelístico, no adaptado a la representación, aunque construído en un plan completamente dramático; pero si su influencia fue grande en el teatro, más considerable lo fue todavía en la novela. Quienquiera que lo escribiese (y a pesar de tratarse de ajeno el primero, parece

indiscutible autor Fernando de Rojas), *La Celestina* hizo de una manera más seria lo que la novela picaresca intenta hacer más concretamente: inspirarse en lo real. Su asunto eran la vida simplemente y la pasión, no aventuras extravagantes; y su instrumento, la observación; pero en la emoción alcanzó realidad más intensa que la pretendida por los libros picarescos. La vida de la clase baja, convergiendo en derredor de la impúdica *Celestina*, tiene todos los rasgos de las mejores novelas picarescas; al paso que la pintura de los amantes se desenvuelve en un mundo superior, completamente arcano para los antihéroes.

El diálogo nervioso, nunca superfluo; la sobriedad en la expresión, tan desemejante al Arcipreste y a los libros picarescos, y el sentimiento del carácter, bastan para consagrar esta tragicomedia como una obra maestra. En el siglo XVI fue tan popular como el *Quijote* en el XVII. Un filósofo como Luis Vives podía censurarla como *requitiarum parens, carcer amorum;* con todo, tuvo que revocar su fallo, cuando, tanto los personajes principales de la obra como sus mismos dichos, pasaron a ser del proverbio común, y las ediciones, adiciones e imitaciones se multiplicaban prodigiosamente. Cepeda y Velasco pusieron a contribución su asunto, continuándola uno en prosa y otro en verso, y antes de ellos, Feliciano de Silva había resucitado de su tumba a la astuta zurcidora de voluntades en su *Segunda Celestina,* de 1530; Domingo de Castega añadióle segunda parte en 1534; y Gaspar Gómez de Toledo le puso tercera en 1539. La *diabólica vieja* Claudina de la *Tragedia policiana*, en la siguiente década, y la religiosa, pero infame Marcelia, de la *Florinea*, de 1554, fueron *Celestinas* amplificadas; y en el mismo año, en que también apareció *Lazarillo de Tormes*, se encuentra otro recuerdo de *La Celestina* en la *Comedia Selvagia*, de Alonso de Villegas. Las traducciones al latín y a las principales lenguas de Europa fueron cosa frecuentísima, como también su transcripción al verso y su reproducción en obras dramáticas españolas. De éstas, alguna,

como la *Comedia Eufrosina*, escrita en portugués, primero, y más tarde en castellano, eran menos picaresca que el original; al paso que otras lo eran más, como la *Segunda Celestina*, de Agustín de Salazar, y la *Escuela de Celestina*, de Salas Barbadillo. De las novelas picarescas de aquella época, la *Hija de Celestina*, de Barbadillo, y la *Sabia Flora Malsabidilla*, del mismo autor, se pueden contar como descendientes en línea recta de *Calixto y Melibea;* pero las novelas picarescas reconocen todas a *Celestina* como abuela.

La curiosa portada de las ediciones de 1605 y 1608, publicadas respectivamente en Medina del Campo y Bruselas, de la *Pícara Justina*, presenta a este personaje en la nave alegórica, *La nave de la vida pícara,* al lado de una vieja con anteojos. *La madre Celestina*, Sempronio, Parmeno y el Rufián Centurio, y Arensa y Elicia, jóvenes rameras, como las hubiera nombrado Middleton, gente de burdel, pero llena de verdad y de vigor. Todos ellos formando parte de la tribu picaresca, que si en la práctica son apenas informes esbozos, a la luz del examen contienen en sí el germen de la filosofía brillante del pícaro.

Elicia, en la antigua versión del inglés, de James Mabbe: «En lo que tengamos comida para hoy, no nos cuidemos de pensar en el mañana; cuídese él de sí mismo; tan bien muere el que allega mucho como el que vive pobremente; no hemos de vivir para siempre; así que riámonos y estemos alegres, porque son pocos los que llegan a gozar de larga edad; y los que la alcanzan rara vez mueren de hambre. Nada deseo en esta vida sino comer, beber, andar bien vestido y holgarme. Y aunque los ricos tengan más medios para conseguir esta fortuna que los otros, con todo, no se verá ninguno satisfecho, ninguno que se diga a sí mismo: tengo bastante. No hay ninguno entre ellos por cuyas riquezas cambiara yo mis placeres».

Este fue siempre el razonar del pícaro; y por esto es por lo que en aquélla, Lope de Vega, a los cuarenta años, quiso, como

Montalván asegura, probar la vida del pícaro, y en la novela D. Diego Carriazo y D. Tomás de Avendaño, de *La Ilustre Fregona*, hicieron otro tanto, yéndose a las almadrabas, que eran el *finibusterra* de la vida picaresca, como Cervantes las nombra. Puede *La Celestina* interpretarse aviesamente, como *Scelestina* (malvada); pero no por esto dejará de ser un estudio fiel del corazón humano y de la realidad externa, y el modelo de innumerables obras menores, entre las cuales corresponde su parte a las novelas picarescas.

Otro antecedente que en la literatura española encontramos para este género de libros, fue la sátira lucianesca, que ya en el 1528 hace su introducción en España con el *Diálogo de Mercurio y Carón,* de publicación anónima, pero que indudablemente se debe a la pluma de Juan de Valdés, y quizá también a la de su hermano Alfonso. A pesar de su heterodoxia y conexiones clandestinas con la Reforma, fueron los hermanos Valdés tolerados por Carlos V; y, a propósito para advertir abusos en la Iglesia y en el Estado no se descuidaron, Juan al menos, de atacarlos. Se confirma que poseía esta facultad crítica con su *Diálogo de la lenyua*, cuyo asunto es sobre literatura; y esta facultad satírica algo influyó probablemente en el *Lazarillo de Tormes.* De la misma suerte también el lucianesco *Crotalón*, obra a lo que se supone de Cristóbal de Villalón, puede haber ejercido alguna influencia, pues la infancia de Alexandre allí descrita guarda alguna analogía con la del pícaro de Tejares. Mas el estilo docto y sopesado de la sátira contrasta con el movimiento libre y fresco de las narraciones picarescas, siendo los herederos más manifiestos de producciones tales como el *Crotalón* y el *Mercurio* y *Carón*, *Los sueños* y *El Diablo Cojuelo.*

En vano sería buscar orígenes más definidos para la novela picaresca en España. Clemencín, y después de él Ticknor, afirman que la *Breve suma de la vida y hechos de Diego García de Paredes*, viene a ser una novela picaresca en pequeño. Paredes murió en 1533, y su breve autobiografía fue impresa por

los años de 1559 en Zaragoza, y vuelta a imprimir en 1584 en Alcalá de Henares, juntamente con la *Chrónica del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdova y Aguilar*. Este es aquel libro que el cura y el barbero examinan en el *Quijote*, donde el cura declara que las fuerzas de Paredes eran tan grandes que con un dedo podía detener una rueda de molino en la mitad de su furia. Mendoza en la *Guerra de Granada*, y Lope en la *Dorotea*, rindieron tributo semejante al «Sansón de Extremadura», que con este sobrenombre era conocido. Pero la autobiografía es sencillamente la de un vigoroso pillo que marcha a Italia, se agrega a la compañía de alabarderos pontificios, y, obligado por la pobreza, hace hurtos de noche, corta la cabeza al capitán que le reprende por ellos, mata a su carcelero y realiza increíbles hazañas en la guerra. Fuera de mostrar bravuconería, no ofrece nada de interesante, y está desprovista de humor, trazas y originalidad. La vida actual del personaje era, es verdad, más picaresca que la manera de referirla, pues la deserción y la piratería son elementos frecuentes de estas obras, como lo demostró más perfectamente la relación escrita por Tomás Tamayo de Vargas, publicada en Madrid en 1621. Ninguna otra circunstancia hace ver parentesco en García de Paredes con Lazarillo. *La Celestina* es la única de las novelas españolas que puede competir con él en cuanto a perfección artística y amenidad, y con ambos ningún otro libro, si se exceptúa el de las *Epístolas* de Guevara.

Así, pues, el derecho que posee el *Lazarillo de Tormes* a ser considerado como la primera novela picaresca y fuente de una manifestación literaria específica, no puede ponerse en duda. En 1554 publicó Juan de Mata, en Burgos, la edición más antigua que se conoce, y en el 26 de Febrero de aquel mismo año, el librero de Alcalá, Salcedo, la puso en circulación con leves variantes. Martín Nucio, en Amberes, repitió la edición de Burgos en el mismo año, y en lo sucesivo se aseguró para siempre el triunfo de esta novelita. En 1559, siendo arzobispo de Sevilla e Inquisidor general Fernando de Valdés, puso en

el *Indice Expurgatorio* al *Lazarillo*; mas este libro siguió circulando fuera de su jurisdicción y aun subrecticiamente dentro de ella, de tal manera que Felipe II hubo de contentarse con ordenar a su secretario Juan López de Velasco que lo enmendara e imprimiera juntamente con la *Propaladia* de Torres Naharro, también revisado, y los versos de Cristóbal de Castillejo (1). El *Al letor*, de esta edición castigada de 1573, declara que aunque no sea esta historia de tanta gravedad como las otras obras que la acompañan, con todo, es una representación tan fiel y animada, y describe con tanto ingenio y gracia, que en su género es muy estimable, y ha sido siempre muy gustosa a todos, por lo que, aun siendo prohibido en aquellos reinos, se leía y publicaba por todas partes. Las enmiendas inquisitoriales no fueron tan considerables como pudiera suponerse, y sólo porque el *Lazarillo* es algo atrevido, atendida la época y el país, se dió lugar a la especie de que se había publicado en Amberes la edición *princeps*, de 1553, cosa que no ha pasado de ser una invención.

La controversia de la paternidad de esta obra, ha dado resultados negativos sobre lo que antes parecía bien claro (2).

---

(1) Esta edición castigada, se publicó también con el *Galateo Español* de Gracián Dantisco, y el *Destierro de la ignorancia*, obra italiana de Horacio Riminaldo Boloñés, en 1559, en Madrid, y después repetidas veces y en distintas poblaciones. Por esta circunstancia, Navarrete, en el *Bosquejo histórico sobre la novela española*, con que se encabeza el tomo XXXIII de la Bib. de Autores Españoles de Rivadeneyra, supone enormemente que fue Dantisco el expurgador.

(2) Trata de este asunto con la extensión que merece, Alfredo Morel-Fatio, en la traducción francesa del *Lazarillo*, 1886, y en los *Études sur l'Espagne*. París, 1888, vol. I, págs. 121 y siguientes. Como crítica puramente negativa, las conclusiones de Morel-Fatio no han obtenido aceptación, aun cuando son inevitables en lo que no vengan nuevos hechos a contradecirlas. Autoridad como D. Pascual Gayangos se aparta de ellas, sin embargo. (*State papers, Spanish Series, Henry VIII*, vol. VI), y H. E. Watts, en su ensayo sobre Quevedo y la novela picaresca, tiene por erró-

El que más probabilidades tiene para ostentar título de autor de ella es Hurtado de Mendoza. Hay muchas probabilidades que lo confirman, y sin embargo, ninguna alusión a ella apareció hasta medio siglo después de su publicación. Tal es la del *Catalogus clarorum Hispania scriptorum... opera ac studio Valeri Andreæ Taxanari*, publicado en Maguncia en 1607. En él consta una breve noticia, dedicada a Mendoza, que dice concretamente: «Compuso también poemas en lengua vulgar y el gracioso librito titulado *Lazarillo de Tormes.*» Dos años antes suscitó la cuestión de la paternidad, el P. Sigüenza, en su *Tercera parte de la historia de la Orden de San Jerónimo*, publicada en Madrid. Juan Ortega, general de la Orden, la había compuesto, según Sigüenza, cuando era estudiante en Salamanca, basando su aserto sobre el descubrimiento de un manuscrito hallado en su celda después de su muerte. Es curioso que las dos versiones coincidan en algunos puntos, pues también Schott, en su *Hispania Bibliotheca*, afirma que Mendoza lo escribiera siendo estudiante en Salamanca. Pero el *Lazarillo* no se escribió antes de 1526, pues en él se hace referencia a las Cortes de Toledo, celebradas un año antes de esta fecha, después de la batalla de Pavía, cuando Mendoza era probablemente soldado y no estudiante. Tanto fundamento hay para atribuirlo a Ortega como a Mendoza. Los bibliógrafos posteriores la atribuyen, bien al uno, bien al otro. Nicolás Antonio la registra en su *Bibliotheca hispana nova* de 1783, con los nombres de ambos, pero ni la colección de las obras de Mendoza, publicada en Madrid en 1610, ni su biografía, publicada en Lisboa en 1627, atestiguan conexión ninguna de este escritor con el *Lazarillo*, cuya popularidad no consiente semejante omisión. Indicación posterior y más caprichosa, es la que da el inglés Dr. Lockier, decano de Peterborough, que en su conversación con el Rev. José Spence, atribuye la composi-

---

neas las afirmaciones de Morel-Fatio, que quieren hacer pasar por autor al fraile Jerónimo Juan Ortega.

ción del *Lazarillo* a algunos de los obispos de las órdenes mendicantes que, según él, la redactaron durante su viaje al Concilio de Trento (1). Ni Juan de Luna, autor de la continuación de 1620, ni López de Velasco, que tomó a su cargo el expurgo de la edición de 1573, dan muestra de haber conocido al autor del *Lazarillo*, aunque sí reconocen que la segunda parte no está escrita por la misma mano que la primera. Es, pues, de creer que la necesidad de dar al libro la sanción de nombre tan reputado como el de Mendoza, y el humor regocijado de este ingenio que se manifiesta en sus redondillas y versos burlescos, han dado base a esta tradición. Si a pesar de todo no se pudiera identificar al brillante autor de la *Guerra de Granada* con el incógnito del *Lazarillo*, aún queda bastante a Mendoza para ilustrar su reputación. Con la perfección de sus obras auténticas, tanto literarias como políticas, pudo quedar bien satisfecho, y no menos el pícaro Lazarillo con su influencia literaria.

Lazarillo refiere su historia con un brío de dicción y derechura, que sus imitadores ciertamente no han copiado. No usa al empezarla ambajes ni rodeos. En la primera frase da su nombre y el de sus padres, y en la segunda, el de su patria y cuna. Desembarazadamente prosigue la narración, delineando las aventuras del héroe que va de amo en amo sin volver nunca atrás la mirada. Cuando deja una ocupación, se ciñe por completo a hablar de la sucesiva. Del ciego a quien acompañara, termina diciendo: «No supe más lo que Dios hizo del ni procuré de saberlo.» En los siete *tractados* de la obra original, solamente hay cuatro episodios elaborados al detalle, correspondientes a otros tantos grados del servicio; el primero con un ciego, y los restantes con un clérigo avariento, con un hidalgo pobre y con un vendedor de bulas. Fuera de éstos, los demás amos de Lazarillo son figuras bosquejadas: un fraile entrome-

(1) *Anécdotas, Observaciones y Caracteres de los libros y de los hombres.* Londres, 1810, págs. 59-79.

tido y afanoso, un pintor a quien no se hace sino mencionar que le diera cargo de moler los colores, un capellán que le ajustó para que le llevara agua, un alguacil que le inició en los enredos de la justicia, y finalmente, mejora su suerte con un cargo público en servicio del emperador. En este oficio, que era el de pregonero, olvida sus pasadas congojas y calamidades, pues aunque su profesión no fuera otra que la de pregonar los delitos y castigos de los delincuentes por las calles de la ciudad, no dejaba de estar, como dijimos, al servicio del rey, cosa que, con la desaparición del feudalismo, llegó a ser el ideal de todas las clases sociales. Desde la más mísera condición, el pícaro llega a ser algo: desde la pobreza de su cuna a las orillas del Tormes, desde los golpes, hambres y embelecos, a un puesto de relativa comodidad. El arcipreste del Salvador, cuyos vicios pregonaba Lázaro, le da en matrimonio a su criada, y Lazarillo, después de una breve plática de inteligencia con su amo y su mujer, consiente en que ésta salga tantas veces como quiera, de noche o de día, a casa del arcipreste para evitar escándalos y murmuraciones. Y no se arrepiente de su complacencia. A todo el mundo confiesa que su mujer es tan buena como cualquiera otra en Toledo, y que le proporciona por la misericordia de Dios más satisfacciones que las que él esperó nunca merecer. Y así termina el libro con este ligero toque de ironía.

En el plan del conjunto y en la manera, de estos cuatro episodios que hemos dicho, es en lo que aparece la mayor originalidad de la obra, pues parece como si sólo esta porción se hubiera completado, y el resto no fuera sino bosquejo de otra parte destinada a elaboración más detenida. Así que los distintos aparecen catalogados, pero descritos exactamente o satirizados; mientras que la porción inicial está bien dibujada y redondeada. El ciego a quien primero confía la virtuosa Antonia Pérez al hijo de sus esperanzas, y que toma a su cargo mostrarle los caminos de la vida, en trueque de ser conducido a su vez por los del país, es un tipo característico español que

no cede a ningún otro, salvo al del hidalgo arruinado, cuyas maneras apacibles y hambre canina tan al vivo se describen. Las gracias de los ciegos y sus conductores fueron cosa conocida por mucho tiempo en España y aun por toda Europa. La conciencia medioeval no veía nada repulsivo en las brutalidades que se practicaban con los inválidos, y el teatro primitivo abundaba en obras de tosco ingenio que sacaban a plaza la despiadada lid entre Lazarillo y su amo pordiosero.

Entre éstas hay una farsa, titulada *Le garçon et l'aveugle*, de que hay recuerdo que fue representada en Tournai, en 1277; es seguramente idéntica en el fondo a la novela española (1), y esto, juntamente con el descubrimiento de dibujos de principios del siglo XIV, representando los de Lazarillo contra su ciego, confirma la conexión que guarda la novela con representaciones dramáticas anteriores (2). Con todo, la narración del antihéroe del Tormes fijó definitivamente estos lances graciosos en la pintura de un carácter, y extendió a todo el que tenía cargo de guiar a un ciego la denominación bien castellana de *lazarillo*. El primer poseedor de este nombre, desde el momento aquel en que su cabeza recibió el golpe contra el toro de piedra del puente de Salamanca, se dió a entender que tenía que medirse con la astucia y avaricia, recurriendo a su propia sagacidad. En adelante todos sus empeños se dedicarán a bastarse a sí mismo. Unas veces atrapa en el camino la moneda con que pagan al ciego sus oraciones, cambiándola por monedas más pequeñas; pero las más, el fruto de su rapiña es comida o bebida; y así hurta del fardel en que lleva su despensa el ciego, y chupa vino del jarro que junto a sí pone con una paja, o se vale para bebérselo también de un agujero practicado en el fondo del jarro, y convenientemente tapado con cera

(1) *Jahrbuch für rom. und eng. Litteratur*, vol. VI, págs. 163-172 (1865).

(2) En el Museo Británico, véase Royal, Ms. 10. E. IV, que empieza en el folio 217; véase tambien *Athenæum*, Diciembre 29, 1888, artículo de J. J. Jusserand.

en los ratos en que no puede beber. De nada aprovecha que el ciego, al caer en la burla, le quiebre los dientes golpeándole con el jarro; Lazarillo seguirá con sus mañas. Así lo manifiesta el suceso del racimo que convinieron en comer equitativamente, y el escamoteo de una longaniza puesta al asador, por un frío nabo, que descubrió por el olor el ciego, ayudado de su finísima y cumplida nariz. Para vengarse de los crueles tratamientos que el ciego le infligiera, le guía Lázaro por los peores caminos, no parando hasta que, poniéndole ante un pilar, y so pretexto de saltar un arroyo que no existe, le manda que salte con todas sus fuerzas, lo que él hace, abriéndose la cabeza contra el poste y cayendo sin sentido. «¿Cómo oliste la longaniza y no oliste el poste?» son las palabras de despedida de Lazarillo. De donde *oler el poste* ha venido a ser un dicho común de la lengua castellana. Shakespeare lo debió tener en cuenta en su comedia *Mucho ruido para nada*, al poner en boca de Benedick aquella expresión: «¡Oh, dais palos de ciego; vuestro lazarillo os hurtó la comida y vos dais en el poste!» (1) Al pasar a monaguillo, Lázaro cae del caldero en la sartén, porque el clérigo a cuyo servicio entra es un mezquino, comparado con el cual el ciego resultaba un Alejandro en generosidad. No acaba para él la antigua porfía con el hambre; mas aun en esta situación halla nuevos arbitrios para asaltar los bodigos de las ofrendas, hasta que, descubiertas sus invenciones, le despiden.

En Toledo viene a parar al servicio de un hidalgo, que es la creación más feliz de la obra y de las más verdaderas de la época. Nuevamente le persigue el hambre en poder de este amo, aunque aquí ya no es por causa de su avaricia. El hidalgo, con su empaque y sus galas, parece un gran señor, sin tener otra cosa que su orgullo; y tan hambriento como el mozo, es aún más desdichado con mucho, pues no tiene como él el re-

(1) De esta suerte traduce este pasaje D. B. Carlos Aribau, en su prólogo al t. III. de la Bib. de Aut. Esp. (N. del T.)

curso de mendigar. Si ya en la antigua farsa se señalaban analogías con los lances entre ciego y lazarillo, en la comedia desarrollada figura el escudero envanecido y hambrón. En él va envuelta una sátira contra España entera, la España en los comienzos de su decadencia, que tenía por mejor dar parecer que ser. En los esfuerzos lastimosos y desesperados por trepar hasta el ideal caballeresco tiene su parte la luz de un humorismo más benigno en esta narración, en que seguramente el alma del escritor sintió vibrar en sí alguna cuerda de simpatía. El papel de caballero orgulloso e indigente que hace fieros y presume, era demasiado interesante para dejar de señalarlo, tanto en su nación como fuera de ella; ni podía menos de llevarse a escena. La adaptación más ajustada a este género fue la del *Spannische Brabander*, escrita en holandés por Gerbrand Adriaensen Brederoo en 1617 e impresa en el año siguiente. En ella Resolimo Rodrigo se pavonea por las calles de Amsterdán como el galán señor de Lazarillo por las de Toledo; pero ni el mismo Brederoo pensó en desfigurar la nacionalidad de su héroe al cambiar de lenguaje. En realidad, el hidalgo era español, y español siguió siendo. De menos importancia que los otros tres episodios principales es el del *buldero*, toda vez que no es más que una historia algo arreglada del *Novellino* de Massuccio, que en la *novella* cuarta presenta a Girolamo de Spoleto, haciendo creer al pueblo de Sorrento que un hueso que va enseñando es de un brazo de San Lucas. Uno que está en connivencia con él le contradice, y entonces Fra Girolamo pide a Dios que para demostración de la verdad de sus palabras obre un milagro. Entonces el cómplice finge caer muerto, y Fra Girolamo le vuelve a la vida con sus oraciones, granjeando con la fama de su doble milagro una gran cantidad de dinero y el ser elevado a obispo, tras de lo cual él y su compañero se entregan a una vida de jolgorio y regalo (1).

(1) Este asunto informa también la primera historieta del cap. XXVI de *Il vagabondo*, publicada en 1627.

Tanto en la manera como en el asunto, distínguese el *Lazarillo de Tormes*, por su sencillez y naturalidad, y en ambas cosas ofrece poderoso contraste con las producciones del ciclo de *Amadís*. Juan de Luna, en su revisión de 1620, es cierto que critica el lenguaje como adoleciendo de construcción francesa más bien que española; pero Luna no echó de ver que sus observaciones eran aplicables a su tiempo, que iba reduciendo el uso de los pronombres en la lengua meridional, así como distinguiendo ciertas expresiones que anteriormente eran comunes a ambos idiomas. Los testimonios de más autoridad convienen en considerar esta obra como uno de los monumentos más puros y castizos del habla castellana. Siendo indudablemente el primero entre los libros picarescos, difiere en algunas cosas de los que le siguen. Lo que en éstos se encuentra frecuentemente, faltaba en él seguramente, como era aquella furia por moralizar, que tanto embaraza la lectura, o aquella pedantería y ostentación de anécdotas, que pecan derechamente contra la finalidad de la obra, haciéndola fastidiosa. El protagonista de esta novela hurta por necesidad, al paso que los pícaros de las otras adquirieron el hábito y arte de robar para contentar su afición. Su sátira, que era atroz, especialmente contra los clérigos, esa limitación a que llegó después, y Lazarillo, destacándose como persona de la consideración de sus obras, ya se aparta un paso del modo de ser de los Til Eulenspiegel. Hay que tener en cuenta, para explicar estas diferencias, el largo intervalo transcurrido entre esta obra y sus sucesoras legítimas; y la llaneza de su composición se comprende en parte, porque resultaba de los mismos materiales, que el autor se asimiló tal como los encontró. La farsa rudimentaria que inspiró el primer tratado; los pasajes bufos, que recaían en clérigos; la comedia intencionada del hidalgo, que predomina sobre toda otra cosa y muy en conformidad con la época; la *novella* refundida del *buldero*, y luego el alcance de los episodios fragmentarios severamente personales que se siguen, hasta el último aguijonazo irónico al arcipreste y su ama, todo

ello constituye una narración curiosamente remegida. La marcha de ella no es nunca la misma: sosegada al principio, acelerada después, y, por último, galopante, desbocada, a capricho y según que las condiciones del terreno recorrido lo iban exigiendo. Nada de esto se opone, sin embargo, a que *Lazarillo de Tormes* deba ser considerado como una de las novelas españolas de más influjo y renombre.

La continuación anónima que apareció en 1555, en las prensas de Martín Nucio, fue publicada con permiso para cuatro años, pero en el mismo tiempo salió a luz la primera parte, publicada por Guillermo Simón, a pesar del privilegio imperial de Nucio. No por esto debieron tener disgusto ninguno los libreros de Amberes, porque el éxito de este libro debió ser tan escaso como lo es su mérito, y en España no obtuvo el favor de la impresión hasta 1844. Cardoso, de quien Nicolás Antonio tomó la noticia, atribuye la composición de esta obra a Fray Manuel de Oporto, pero no existe en la narración interés suficiente para discutir su paternidad. Es de notar el que el fragmento de *La segunda parte de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades*, destinado a completar una pintura famosa, recayera precisamente sobre lo menos digno de la historia. Tal sucede con el breve capítulo inicial, titulado: «En que da cuenta Lázaro de la amistad que tuvo en Toledo con unos tudescos, y lo que con ellos pasaba». En la traducción más antigua al francés del *Lazarillo* en 1561 por Jean Sangrain, en París, se puso este capítulo de apéndice a la primera parte, y habitualmente, cuando se publica sola la narración original, se le acompaña de este insignificante fragmento de la continuación anónima (1). Salvo en las dimensiones, nada añadía al libro; y el que se incluyera en la primera vez, parece

(1) M. Morel-Fatio, en sus *Études sur l'Espagne*, cree que *todas* las ediciones de la primera parte, después de 1561, contenían este capítulo; pero, entre otras, la de Zaragoza de 1599, y la de Lisboa de 1526, no lo incluyen, y la traducción italiana de Barezzi, de 1622 y1626, termina de la misma manera que la parte original.

poco motivo para seguir haciéndolo en lo sucesivo hasta en la misma traducción inglesa.

El asunto de esta continuación parece haberse inspirado más directamente que su progenitora en el *Asno de oro,* pues a lo menos se aplica al pícaro una metamorfosis no menos extraña que la de Lucio. Contada su buena amistad con los tudescos, entra luego a referir cómo se embarcó en una expedición de Carlos V contra los turcos berberiscos, y, sorprendidos por una terrible tempestad, fortificándose contra la furia de los elementos con vino, húndese con su barco en el fondo del mar. Rodéanle multitud de peces, prontos a devorarle; mas él se retira a una cueva, y hace tan fervientes oraciones al cielo y promete tantas peregrinaciones en obsequio a la Virgen, que por su intercesión se realiza el milagro de convertirse Lázaro en atún.

Así transformado, prosigue en sus aventuras principales, que nada tienen que ver con lo picaresco, y en la que su espada, que por su buena suerte conserva, le da medios para tomar parte señalada en la política del mundo acuático. Cásase con una atuna, de la que tiene tres atunes; mas, después de haberse metido en enredos en la corte de los atunes, le sacan en una red unos pescadores de Gibraltar. Al agarrar su espada se encuentran con que está sujeta con una mano y un brazo de hombre que salen por su boca y que les habla en lengua española; ellos llevan su hallazgo a Sevilla para mostrarlo al duque de Medina-Sidonia. Deja su envoltura de pescado y, nuevamente hombre, marcha a Salamanca, donde se propone fundar estudios de lengua atuna. Conforme a ello, es examinado por los doctores de la Universidad, como Pantagruel por los de la Sorbona, y las preguntas que le hacen son precisamente las mismas propuestas mucho antes a Eulenspiegel en Praga.

No es menester insistir mucho sobre el hecho de que, salvo en el nombre, en lo demás no tienen nada de común el original y la continuación. Ya no vuelve a verse el servicio picaresco especialmente español que se presta para describir personajes di-

versos. La historia extravagante y desatinada reemplazó a la cuidadosa observación de la vida actual, y la sátira de los hombres y mujeres efectivos, cubiertos con las escamas de peces, como podrían estarlo con otra cosa, muestra sólo un retroceso y un desarrollo de nada nuevo. Si los triunfos en la corte mediante la influencia femenina se ven atacados rebozadamente, aquí el estilo todo de esta paupérrima novela tiene más relación con el género heroico que con el picaresco; hasta la espada del transformado Lázaro tiene reminiscencias de Excaliner. El parecer de Velasco, en 1573, de que esta segunda parte era *muy impertinente y desgraciada*, no se ha modificado nunca. Juan de Luna, sesenta y cinco años después, confesaba que se había determinado a componer la continuación del *Lazarillo* para reemplazar a un relato tan insulso y *sin rastro de verdad*.

Esta continuación tuvo poco favor al ser traducida. En 1596 apareció en Londres, publicada por John Oxenbridge y traducida al inglés por William Phiston. En 1598 dióla a luz, en Amberes, Guislain Jansens, con la primera parte en francés, por Juan Vander Meeren. La traducción italiana de 1635, por Barezzo Barezzi, de Venecia, tiene añadida una segunda parte, basada en ésta, pero repleta de retazos que llenan centenares de páginas de una prosa cansada, recogida de unos y otros autores, y que sale a borbotones de la boca de Lazarillo. No se le presenta al pícaro, hasta el capítulo XXXII, ocasión de embarcarse contra los turcos, y aun entonces su manía de discursear sigue siendo irrestañable. El *Lazarillo* original obtuvo más éxitos, con justísima razón, en otras lenguas, aunque no se vió libre de alguna que otra alteración. En 1561 fue impreso en Francia con el título de *L'histoire plaisante et facetieuse du Lazare de Tormes*, y después en Amberes, en 1594 y 1598, por Jansens. En 1601, Nicolás y Pedro Bonfons lo publicaron con los textos español y francés, siendo obra el último de P. B., parisiense, o, como más tarde se firmó, M. P. B. P. Después de 1620, la continuación de Luna apareció incluída en todas las traducciones, salvo la que en 1653 hizo en francés in-

correcto Le Sieur de B. En 1579 ya se publicó en Delft la traducción al holandés, titulada *De ghenuechlijke ende cluchtige historie van Lazarus van Tormes out Spaingen*, y en 1568 se dió licencia en Stationers'Register para la versión inglesa *Marvelons dedes and the Pyf of Lázaro de Tormes*. Posible es que ya en 1576 se hubiera impreso, pues en la copia de *Howleglass* (1), entregada a Gabriel Harvey por el autor de *Faerie Queeve*, habla el donante en una nota manuscrita de la última página de haber «recibido de Mr. Spenzer». «Este Howleglass, con Skoggin, Skelton y Lazarillo», en 20 de Diciembre de 1578, y sin género de duda se refería a *The pleasaunt historie of Lazarillo de Tormes a Spaniarde... drawen ont of Spanish by David Rouland of Anglesey*, que Bagford describe como publicada por Henrie Binneman, en 1576, y reimpreso en 1586 y 1596. De las muchas ediciones inglesas que siguieron, la de 1668 es la más alterada, impresa en Londres por J. Leake, en que aparecen añadidas la continuación de Luna, variada, que en 1622 se había traducido al inglés, y una parte titulada *The life and Death of Young Lazarillo, Son and Heir to Old Lazarillo de Tormes*. (Vida y muerte del joven Lazarillo, hijo y heredero de Lazarillo de Tormes el viejo.) Es una compilación de los hechos picarescos de las obras de Aleman, Quevedo y los autores del *English Rogue*, sin mérito ninguno. En Alemania publicó en 1617, Niclas Ulenhart su *Zwo kurtzweilige, lustige, und lacherliche Historien die erste, von Lazarillo de Tormes einem Spanier*, traduciendo el *Rinconete y Cortadillo*, de Cervantes, con el título de *Isaac Winkelfelder und Jobst von der Schneid*. El *Lazarillo* italiano, publicado por Barezzi con el título de *El picariglio castigliano*, con su segunda edición en 1622 y la tercera en 1626, se apropió otra novela de Cervantes, *La Gitanilla*, cuya narración pone en boca del hidalgo tercero, amo de Lazarillo.

(1) Esta copia única del *Eulenspiegel* inglés existe en la librería Bodleiana.

Si bien la obra original del Lazarillo obtuvo suficiente atención para prestar su nombre a la obra de Flandes de 1555, y en 1559 se hablaba de él en una comedia de Timoneda como de cosa muy conocida, en este segundo año prohibió la Inquisición ambas partes, y la novela picaresca, que entonces cortaba las amarras, tuvo que volverse atrás. Así por mucho tiempo pareció que la primera novela picaresca había de ser también la última. El temor a los censores eclesiásticos no fue la única razón que explica haber faltado entre los ingenios españoles quien siguiera la ruta de Lazarillo. Se ha de creer, más bien, que le había llegado su hora a este género. Según que la novela caballeresca va decayendo, empieza a cobrar favor la pastoral.

En la última mitad del siglo XVI siguen a la *Diana* obras tales comos *los diez libros de fortuna de amor:* la *Filida*, la *Galatea*, el *Desengaño de celos*, las *Ninfas y pastores de Henares*, y el *Pastor de Iberia*, hasta llegar a la *Arcadia* de Lope, publicada en 1598. Aún los lectores no estaban dispuestos a que sus aristócratas favoritos cedieran su sitio a los picarones de baja ralea. No habían llegado las condiciones sociales a aquel momento crítico que proporcionó después, no ya materia para la novela picaresca, sino público que gustara de ella. *El Patrañuelo*, de Timoneda, por el año 1566, trae acá y allá algún que otro rasgo de la manera picaresca, y en su *Sobremesa y alivio de caminantes* reproduce este estilo en sus anécdotas más breves; pero, fuera de esto y de la *Relación de la cárcel de Sevilla*, compuesta por Cristóbal de Chaves de 1585 a 1597, nada atrevió a publicarse hasta el *Guzmán de Alfarache*, publicado en 1599. Cierto que Ginés de Pasamonte dice en el *Quijote*, al alabar su autobiografía: «mal año para *El Lazarillo de Tormes* y para cuantas de este género se han escrito o se escribieren»; lo que hace suponer la existencia en aquel tiempo de varias obras correspondientes al género picaresco. Sin embargo, esto se escribió en 1605, cuando, por lo que es dado conocer, sólo el *Guzmán* se había impreso. *La Pícara Justina*, del mismo

año, pero autorizada antes que el *Quijote*, menciona la obra maestra de Cervantes, en unión de otras de mérito, en unas sextillas truncadas:

Más famo- que *Doña Oli-*
Que *Don Quixo-* y *Lazari-*
Que *Alfarache* y *Celesti-*.

Así es que la misma *Pícara* pudo difícilmente ser incluída en la cuenta de Pasamonte. Si *Guzmán*, pues, ha tenido algún predecesor, debe haber corrido bien pronto la suerte de todo lo perecedero; y a Mateo Alemán, de Sevilla, pertenece la gloria de haber sido el primero a quien hay que reconocer como autor de una novela picaresca.

Alemán fue un empleado público concienzudo y laborioso, por casi veinte años *contador de resultas* de Felipe II, y hombre de negocios, en pocas palabras. Se condujo con tanta rectitud en su cargo, que cayó en la pobreza y tuvo que retirarse a una vida de menos estimación, pues sus penosos afanes habían por igual perjudicado a su fortuna y a su salud. «Dondequiera que se oye conversación humana, allí se oyen publicar por todos sus alabanzas, no menos en España que en Italia, Francia, Flandes y Alemania, cosa que mis ojos y mis oídos pueden atestiguar y acreditar», dice su panegirista el teniente Luis Valdés; y tributa semejante elogio a la novela declarando: «En veneración debemos tener todos a Mateo Alemán... porque no se le puede negar ser el primero que hasta estos días haya llegado en un género de estilo como el suyo a descubrir y excomulgar el vicio» (1). Poco beneficio, sin embargo pudo sacar del inmenso éxito de su novela; y la preferencia que él da a ser un filósofo pobre antes que un rico lisonjero, la vió satisfecha al pie de la letra. Por su propio impulso dejó el cargo de contador, y fué a Méjico, donde en 1609

(1) *The Rogue: or. the Life of Guzmán de Alfarache*, James Mabbe, 1622, prólogo.

publicó, en la imprenta de Jerónimo Balli, la *Ortografía castellana*, comenzada antes de salir de España. Tradujo las *Odas* de Horacio; y en el tiempo que transcurrió de la primera a la segunda parte del *Guzmán*, compuso una *Vida* de San Antonio de Padua. Empleado todo el día en otros menesteres, le era forzoso a Mateo Alemán tomar gran parte de la noche para atender a la impresión de sus obras, ocupado hasta la madrugada. Tal facilidad tiene sus inconvenientes, que confirman la prolijidad de las aventuras del pícaro, no menos que los milagros del santo.

La *Primera parte de Guzmán de Alfarache*, dedicada a don Francisco de Rojas, Marqués de Poza, apareció por primera vez en Madrid, publicada por el licenciado Varez de Castro, en Marzo de 1599. A los pocos meses siguiéronle ediciones en Barcelona y Zaragoza, y en 1600 en Portugal, Francia y Flandes se publicaron reimpresiones españolas, dando una traducción al francés Gabriel Chappuys, en Paris. Mateo Alemán había halagado la imaginación popular; adoptando el plan fundamental del *Lazarillo* de satirizar a través de lo aprendido por un donoso pícaro al servicio de muchos amos, ensanchó el campo social de su examen, así como la función del pícaro mismo. Como Lazarillo, este antihéroe cuenta su propia historia empezando por su nacimiento y aun entrando en detalles previos a él, a la manera de Sterne. De orígenes ilegítimos, pero no bajos, tuvo por padre a un genovés de pasado borrascoso, y por madre a la amiga de un clérigo viejo y rico. El nombre de Guzmán le provino, por parte de su madre, de un enamorado que ésta tuvo de familia renombrada, y el título de Alfarache, de unas posesiones de su padre en San Juan de Alfarache, cerca de Sevilla. Provisto así de su genealogía el pícaro, a los catorce años deja a su madre, viuda y venida a menos, con el deseo de hacer fortuna por el mundo. La *Primera parte*, de 1599, está distribuída en tres libros, de los que el primero refiere las primeras vicisitudes de Guzmán, que le determinan a aprender a chasquear a otros para no ser él chas-

queado; y casi toda se ocupa en satirizar el tráfico de ventas y mesones; la segunda describe su iniciación en la vida picaresca activa de España, y sus fraudes y embelecos durante su servicio en este reino; y la tercera cuenta cómo se escapó a Italia, y allí ascendió, desde la comunidad de mendigos en Roma, hasta servir a un cardenal, en cuya mansión pasó sus días más felices, haciendo locuras que eran muy festejadas, y luego de paje a un embajador francés. Al fin del primer libro se incluye la novela romántica de *Osmin y Daraxa*, en boca de un un sacerdote con quien va Guzmán de camino, y al final del tercero, un caballero de la embajada refiere la trágica narración de *Dorido y Clorinia* escrita al modo de las *novelle* italianas; así como la anterior es del género de las popularisimas historias moriscas, cuya fuente y cabeza es la de Pérez de Hita, titulada *Guerras civiles de Granada*, y publicada en su primera parte cuatro años antes. Si se exceptúan estos dos episodios, el *Guzmán de Alfarache* es una novela picaresca como *El Lazarillo*, y mucho más derechamente conducida en este carácter.

Al comenzar el libro, Guzmán es a menudo víctima de fraudes y engaños desde que entra a padecer en el miserable ventorro de Cantillana hasta que le prenden inocentemente en su viaje. Pero después de esto, ya empieza a despabilarse, dando quince y raya al más sagaz. No sólo es un convencido en la eficacia teórica de la vida pícara, sino habilísimo en practicarla. Primero hace su aprendizaje en casa de un ventero sin conciencia, luego aparece en Madrid como mendigo, y después como pinche de cocina, en donde roba cuanto se le pone a mano. Luego estafa lindamente a un especiero, escapándose con su botín a Toledo, vistiéndose con buenas ropas y haciéndose muy maduro de seso en poco tiempo. Sus intrigas amorosas son harto desdichadas: una vez vese obligado a huir del hermano de su dama, buscando su salvación en una tinaja; en otras aventuras se gasta ruidosamente el dinero sin alcanzar otra ganancia que salir burlado. Vuelve a servir nuevamente,

hasta que, entusiasmado con el servicio militar, se alista en una compañía en Almagro. No hay ya enredo, artimaña ni robo de consideración en que, de acuerdo con su capitán, no éntre Guzmán. En Barcelona realiza la mejor de sus hazañas, que es engañar a un platero, acusándole de haberle robado un *Agnus Dei* de oro, por el que el joyero había dado cabalmente una crecida cantidad.

Despedido en Génova como compañero demasiado peligroso, busca el pícaro a sus parientes; pero le reciben muy malamente, y tiene que recurrir de nuevo a mendigar, caminando a Roma, en donde lleva una vida de vago entre los más viles pícaros italianos. El servicio del cardenal lleva a cabo burlas más divertidas que maliciosas, que recuerdan las trazas de Lazarillo para ver de sustentarse, con la diferencia de que Guzmán no las hace apremiado por la necesidad. Despídenle por jugador incorregible, y se ajusta con un embajador, a quien sirve de tercero en sus amoríos; y con esto termina la primera parte de esta novela picaresca; mas ya tenía Alemán ideado el plan de toda la obra, pues en el prólogo de 1599 advertía que Guzmán escribía sus aventuras, estando en galeras y de vuelta de Italia, habiendo pensado estudiar para hacerse eclesiástico, sino que sus frecuentes deslices le habían empujado a nuevas aventuras picarescas.

A causa de esta promesa, y con idea de completar el pensamiento de Alemán, Juan Martí, abogado valenciano, publicó su continuación, con intención de sorprender la credulidad del público (1). Esta edición debió aparecer en Valencia en 1602, como lo testifican las ediciones de Juan Flamenco en Madrid, en 1603, y de Rogerio Velpio en Bruselas, en 1604. El nombre de guerra de Martí, Mateo Luján de Sayavedra, trataba de ser confundido con Mateo Alemán, pues aquel pirata literario, al igual que el autor de la primera parte, firmaba *natural y veci-*

(1) Véase Fuster: *Biblioteca Valenciana,* tomo I, pág. 198, sobre este punto de la identificación de Sayavedra con Martí.

no de Sevilla. Tomando la narración donde Alemán la había dejado, Martí envía a Guzmán a Nápoles. Allí entra al servicio de un clérigo, que le trata bien. Preséntase tan galán como siempre en Toledo, y hace el amor a varias damas, una de las cuales, después de sacarle cuanto puede, lo despide, y hace que lo apaleen. Confundésele con un ladrón, y al salir de la cárcel se pone al servicio de un cocinero: estos incidentes reproducen perceptiblemente los de la primera parte de Alemán. Entra, pues, Guzmán en el servicio del cocinero, lo que da ocasión para una disertación enojosa sobre este oficio, que practica en casa de un Virrey, con el que regresa a Roma, y, finalmente, a España. En Barcelona, uno de sus antiguos compañeros de mendicidad, Micer Morion, le revela los arcanos del pordiosero. De allí, va el pícaro a Alcalá a proseguir sus estudios de Teología y Humanidades. Cansado de ellos, y camino de Valencia, donde va a servir, se encuentra con un lacayo vizcaíno, que llena tres capítulos de la novela con un discurso sobre el tema de que todos los vizcaínos son hijodalgos. Dondequiera, se intercala un sermón o un alegato forense. Una plática entera sobre el deber de perdonar a nuestros enemigos, oída por Guzmán, determina a este pícaro a hacerse fraile. Pero la resolución constante no es patrimonio suyo, como de ningún otro pícaro; así es, que en lugar de esto se junta con una compañía de comediantes, con motivo de haberse enamorado de una farsanta. Guzmán luego habla insaciablemente de la entrada triunfal en Valencia de Margarita de Austria, novia de Felipe III, fiesta en la que, acometido de irresistible tentación de robar entre el gentío, da ocasión de que le prendan y envíen a las galeras.

Promete también Martí otra tercera parte, que, afortunadamente, no llegó a publicar, pues sin dar entrada en su obra a episodios románticos como Alemán, la extendió en proporciones muy crecidas, aumentando mucho los defectos del original, sin retener ninguna de sus muchas excelencias. Mateo Alemán, en efecto, por más que su arte no sea muy exquisito,

ofrece un estilo viril y una sátira incontrastable. Martí, dotado de la misma intención, satírico y más preocupado de la forma, resulta, en cambio, pesado y flojo; su ironía es de escaso valor, y el único elemento nuevo que aporta, la vida de estudiante de Guzmán, tiene en su predecesor el punto de partida. En cuanto al estilo, es cierto que Mateo Alemán se deja arrastrar por un flujo de discursos que pone a prueba la paciencia del lector más indulgente; y su manía de moralizar es innecesaria y a destiempo; pero Martí en estas mismas cosas resulta intolerable. Amplificó las tiradas sermonarias más fatigosas de Alemán, dejándolas desprovistas del excitante condimento de los proverbios, que animaban algo la narración del anterior. Como el original, la obra de Martí fue repartida en tres libros, pero sin sujeción a criterio ninguno. La primera mitad es la mejor, revelándose como rasgo principal de Martí su falta de invención, y aun es probable que en ella tuvo a la vista el manuscrito de Alemán, y para la segunda, que es la más pobre, se atuvo a sus propios recursos.

Mas esta continuación tuvo más éxito que la publicada en Amberes del Lazarillo, por permanecer fiel al plan de novela picaresca, y por poseer algún mérito en sus detalles, incluso aquellos en que el carácter anecdótico daña a la observación fresca. Atendido el proyecto dado de Martí de emular la táctica de su pícaro, defraudando a Mateo Alemán, la conducta de este último parece admirable. Obligado como Cervantes cuando la impostura del *Quijote* de Avellaneda a publicar una segunda parte en defensa propia, Alemán, en 1605, en las observaciones preliminares a su *Segunda Parte* auténtica, da por hecho que él había sido demasiado pródigo en examinar sus escritos, si bien añade: «Debo reconocer en mi competidor... que su gran saber, su ingenio agudo, juicio profundo, conceptos deleitables, y su conocimiento universal en letras divinas y humanas, son de calidad y condición tales, que yo envidio y me preciaría mucho de poseer.» El ofendido novelista no se allanó a dejarse usurpar tranquilamente del otro. Avisa desde lue-

go diciendo: *Y advierta el letor que la segunda parte que salió antes desta no era mía, sólo ésta lo es;* y en el texto recurre a otro expediente más eficaz, que es hacer del plagiario uno de los principales personajes de la narración, y por de contado, un pícaro.

Guzmán aparece en esta segunda parte como lo dejara su autor al terminar la primera: en casa del embajador francés, actuando de hacedor de burlas y autor de intrigas. En este último oficio le acontece que una dama le da con la puerta en las narices, una noche de lluvia, y él escapa embarazándosele entre las piernas un cochino, encima del cual queda cabalgando contra su voluntad, sirviendo de irrisión a toda la ciudad; de modo que no pudiendo soportar el ridículo de que es objeto, se vuelve para la ciudad Eterna y marcha a Florencia. Hace esto por consejo de uno que previamente se le ofrece por amigo y luego trata de robarle, y resulta ser el tal, no otro que Sayavedra, el autor de la continuación falsificada con el que Alemán se junta para seguir la misma vida. En Siena, la compañía de Sayavedra roba el equipaje de Guzmán; pero a Sayavedra lo prenden y destierran, y Guzmán, amontonando planes en su cabeza, toma al ladrón en su servicio como lacayo. Llegado a Bolonia, en busca de sus bienes, le acontece a Guzmán ser encarcelado sin culpa; mas una vez en libertad, se hace acreedor al castigo padecido, llevando a efecto, en compañía de Sayavedra, un hurto que enriquece a entrambos. En el camino, Sayavedra le cuenta su vida picaresca, y para que no se pueda dudar de que con este nombre ataca Alemán a su rival, se le da a Sayavedra un hermano llamado Juan Martí, de Valencia. Guzmán roba a un mercader ingeniosamente, y al visitar en Génova a aquellos sus parientes que tan mal le habían recibido, paga su falta de hospitalidad estafando a su tío una cadena de oro falso, antes de embarcar para España. En el viaje sobreviene una tempestad, y aquí el autor administra a su émulo el golpe irónico final; porque vuelve loco a Sayavedra, que dándose a entender que él es Guzmán de Alfarache,

se tira al mar, donde encuentra la muerte. En Madrid, Guzmán se hace negociante y se casa, viviendo con gran boato, y confiando demasiadamente en las riquezas del suegro, llega a arruinarse; su mujer muere, quedándose él sin la dote. Como el Guzmán de Martí, también el de Alemán asiste a la Universidad de Alcalá. Cásase en esta ciudad con la hija de su patrona, y tomando de cebo a su mujer, vive a costa de un mercader y de otros sujetos. Un juez corteja a la mujer de Guzmán, pagando con provechosas atenciones sus complacencias; pero, cansado de ella, destierra de la corte al fiel matrimonio, y en Sevilla, esta verdadera mina se libra de la tutela de su señor, escapándose con un capitán de barco. Guzmán, obligado a servir como antaño, entra en casa de una viuda, por recomendación de un fraile de quien ella se aconseja. Aquí tiene ocasión de robar a diestro y siniestro, pues le han confiado la intendencia de sus bienes, y cuando se dispone a escaparse con el caudal que ha juntado, vistiéndose de mujer, le prenden y le castigan a galeras de por vida. En esta vida le ocurren varios sucesos, hasta que, por último, le conceden la libertad por haber descubierto un complot para levantarse con la galera y entregarla a los moros, con lo que termina, prometiendo tercera parte que no se publicó ni probablemente se escribió.

En toda esta segunda parte se percibe claramente paralelismo con la de Martí, y Alemán confiesa haber incorporado a su obra algunas de las ideas más selectas de su rival, prometiendo hacer de igual manera en la tercera parte si el falso Sayavedra le fuerza a ello. Retúvose la distribución en tres libros, volviendo Alemán a su práctica de interpretar episodios, cerrando su segundo libro con una *novella* italiana, que se lee para entretenerse durante el viaje a España, y que se titula *Bonifacio y Dorotea*, y en el primer libro inserta la anécdota de *Don Luis de Castro y Rodrigo de Montalvo*, relatada por el mismo caballero que contó la historia de *Dorido y Clorinia*, y que está tomada directamente de Massuccio (1). El estilo de

(1) Esta narración 41.ª de *Il novellino* reapareció en la *Précaution inu-*

esta *segunda parte* es mucho más discursivo y complicado que el de la primera, pero infinitamente menos que el de Juan Martí. La sátira exagerada, los incidentes se siguen en sucesión luminosamente rápida con más coherencia que la que Martí pudo esperar tener nunca. Una diferencia significativa se acusa aquí con respecto a la obra anterior, y es la mucha menor importancia que aquí se dá al servicio de los distintos amos que conoce el pícaro. Este es el que hace ya su presentación individual en la escena, y sus aventuras personales y sus hazañas picarescas obtienen ahora importancia casi igual a la de la sociedad que se describe. Alemán había llamado a su libro *Atalaya de la vida humana*, pero el público no admitió de grado este título, perserverando en llamar al libro *El Pícaro Guzmán de Alfarache*, viendo en él concentrado su interés (2).

Aunque la novela entera quedara incompleta, y esta continuación en muchos sentidos fuera inferior al original, la recepción que a una y otra parte se dispensó excedieron a cuanto pudiera esperarse. La afirmación de Luis Valdés, de que ya en 1605, el número de volúmenes impresos pasaba de cincuenta mil y el de ediciones de veintiséis, hay que acogerla como algo exagerada; mas no puede ponerse en duda que las reimpresiones se multiplicaron rápidamente. Y no fue menos señalada su fortuna en cuanto a traducciones. Inmediatamente fue traducida al francés por Chappuys en 1600, vuelta a traducir en 1619 por Juan Chapelain, con el título de *Le gueux*, y su segunda parte, en 1620, con el de *Le voleur*. En 1695, en Amsterdán, Gabriel Bremond, que por su parte era casi un pícaro, dió un arreglo de ella, añadiendo ataques a los ministros de la justicia y otras observaciones; y, por último, en 1732 apareció la traducción definitiva de Le Sage, con las moralidades del

tile, de Scarron, y en la obra *Little French Lawyer*, de Beaumont y de Flether.

(1) Alemán se lamenta de ello, diciendo de su libro *que habiéndolo intitulado Atalaya de la vida humana, dieron en llamarle Pícaro, y no se conoce ya por otro nombre.* Parte II, libro I, 6.

original suprimidas. En Italia, Barezzo Barezzi, infatigable en adaptarse obras ajenas, publicó la parte inicial, bastante fielmente para lo que él solía, en Venecia, por el año 1606, y las otras partes en 1615 y 1616.

En Alemania, Egidio Albertino publicó en Munich, en 1615, el *Guzmán*, con tenacidad absolutamente teutónica. Seguramente, en su última mitad, el libro de Albertino es una producción original, que se parece y ha contribuído algo a la creación del *simplicissimus*, pero queda muy inferior en mérito. Como si el español no hubiese abusado de las pláticas largas, Albertino se explaya en disertaciones interminables para dar cabida a las cuales reduce, en gran manera, lo puramente novelesco. La primera parte de Alemán fue comprimida hasta dar de sí no más que un centenar de páginas, y es de notar que en la segunda parte imita la obra de Martí y no la de Alemán. Con todo, introduce graves alteraciones. Cambia el carácter eclesiástico del amo de Guzmán convirtiéndolo en un conde, y la resolución del pícaro de consagrarse al estudio y a la vida religiosa, se debe aquí a las amonestaciones de un ermitaño. Cásase en Turín, se hace ventero, entra en un convento de benitos en Suíza, y aparece de comediante en Alemania con su compañía, y entrando en Francia hasta Amiens, volviendo nuevamente a España, donde es condenado a la horca, si bien se le conmuta esta pena por la de las galeras. Al cabo de tres años es puesto en libertad. Vuelve a escuchar en ciento sesenta páginas exhortaciones edificantes de otro ermitaño, que le dispone a una peregrinación de penitencia. La tercera parte que prometía salió once años después en Francfort, publicada por Martín Trewdennold, presentando analogía aún más marcada con Grimmelshausen. En cuanto a la peregrinación de Guzmán, que constituye el tema de esta parte, le conduce hasta Oriente en una carrera no desemejante de la del héroe Spessart. Cae en poder de turcos, roba a sus amos, y estando a cargo de los baños en el Cairo, se escapa con los bienes de un conde tudesco. Visita a Jerusalén, el Sinaí, se hace

vendedor ambulante, recorre el Éufrates, Babilonia y Nínive, y al volver, pasa de Trípoli a Venecia. Un alquimista le saca con engaños toda su fortuna, y él entonces se hace ganadero; roba a un judío, y se embarca para Amsterdán con un cómplice que a su vez le roba a él. Alistado en la tripulación de un barco de guerra, hace un viaje al Japón, que se describe minuciosamente, y a su regreso es sucesivamente autor de calendarios; es pícaro rufián y alcahuete, molinero, ladrón y hasta hechicero, consagrándose no menos de una docena de capítulos a reflexiones sobre el arte de adivinar, los sueños y las brujerías. Por fin, acordándose de las exhortaciones del ermitaño, se arrepiente.

FRANCK WADLEIGH CHANDLER

(Continuará.)

MAS HÁBIL QUE SHERLOCK HOLMES

PRIMERA PARTE

I

Ocurre la primera escena en el campo, en la provincia de Virginia, durante el año de 1880.

Un elegante joven de veintiséis años, de posición mediana, acaba de casarse con una muchacha muy rica. Matrimonio de amor a primera vista, precipitadamente concertado, pero al que el padre de la muchacha, un viudo, se ha opuesto con todas sus fuerzas.

El marido pertenece a una antigua familia, pero poco estimada, que se vió en la precisión de emigrar de Sedgemoor, por conveniencia del rey Jacobo. Tal era, por lo menos, la opinión general; unos la expresaban con un dejo de malicia, otros con íntima convicción.

Ella tiene diez y nueve años, y es muy agraciada. Alta, bien formada, sentimental, por extremo orgullosa de su origen y muy enamorada de su marido, ha desafiado para casarse con él las iras de su padre, ha soportado agrias censuras y ha rechazado con inquebrantable firmeza sus advertencias y predicciones; ha llegado hasta salir de su casa sin la bendición paterna, para afirmar mejor a los ojos del mundo la sinceridad de sus sentimientos por el joven.

Una cruel decepción esperábale al día siguiente de su boda. Su marido, poco sensible a las caricias que le prodigaba su joven esposa, la dirigió estas rudas palabras:

—Siéntate, tengo que hablarte. Te quería antes de pedir tu mano a tu padre; su negativa no me mortificó en modo alguno; me tuvo sin cuidado. Pero no me sucede lo mismo con lo que te ha dicho de mí. No trates de ocultármelo; lo conozco al detalle y por conducto auténtico.

Te ha dicho, entre otras cosas amables, que mi carácter está retratado en mi cara; que soy un individuo falso, disimulado, falaz, sombrío; en una palabra, un perfecto miserable sin el menor corazón, un verdadero «tipo de Sedgemoor», añadió.

Cualquier otro hubiera ido a buscarle y le hubiese matado en su casa como a un perro. Quise hacerlo, lo deseé, pero se me ocurrió una idea que me parece mejor. Quiero humillarle, llenarle de vergüenza, matarle por dosis pequeñas: tal es mi plan. Para realizarlo, te martirizaré a ti, que eres su ídolo. Por esto me he casado contigo; luego... ¡Paciencia! pronto lo verás si no me engaño.

A partir de este día, la joven sufrió todas las humillaciones, todas las vilezas, todas las afrentas que el diabólico espíritu de su marido pudo imaginar; no la maltrataba físicamente; en medio de tan dura prueba, la altivez de la joven vino en su ayuda y la impidió revelar el secreto de sus sufrimientos. De vez en cuando su marido la preguntaba:

—¿Por qué no vas a ver a tu padre y a contarle lo que sufres?

Después inventaba nuevas maldades, más crueles que las anteriores, y renovaba su misma pregunta. Ella contestaba invariablemente:

—Nunca sabrá nada mi padre de mis labios.

Aprovechaba estas cosas para burlarse del origen de su marido, y le recordaba que, según la ley, era el esclavo de un hijo de esclavos, al que obedecería, pero que nada más obtendría de ella. Podía matarla si gustaba, pero no la doblegaría;

su sangre y la educación que había formado su carácter la impedirían flaquear.

Al cabo de tres meses, díjola él con aire irritado y sombrío:

—Lo he probado todo, menos un medio, para domarte.

Y, como esperase una respuesta, replicó ella, lanzándole una mirada llena de desdén:

—Pruébalo.

Aquella noche, ya mediada, levantóse él, se vistió, y dijo a su mujer:

—Levántate y prepárate a salir.

Como siempre, obedeció ella sin decir palabra.

Llevóla a una milla aproximadamente de la casa, y se puso a pegarla no lejos de la carretera. Esta vez ella gritó y trató de defenderse. El la amordazó, la fustigó la cara y azuzó contra ella a sus perros, que la destrozaron los vestidos; se encontró desnuda. Después él llamó a los perros, y la dijo:

—Las gentes que pasen dentro de tres o cuatro horas te encontrarán en este estado, y propagarán la noticia de tu aventura. ¿Me oyes? Adiós. No me volverás a ver.

Y se marchó.

Llorando de vergüenza, pensó ella:

«Pronto tendré un hijo de mi infame marido. Dios quiera que sea varón.»

Los labradores, testigos de la horrible situación de la joven, la socorrieron y se apresuraron, naturalmente, a propagar la noticia. Indignados de tal salvajismo, excitaron a todos y juraron vengar a la pobre joven; pero el culpable había desaparecido. Ella se refugió en casa de su padre; éste, abrumado por su desgracia, no quiso ver a nadie; herido en su más viva afección, con el corazón destrozado, declinó de día en día, y su misma hija acogió como una liberación la muerte que llegó a terminar con el dolor del pobre padre.

Vendió ella entonces su patrimonio y abandonó el país.

II

En 1886, una mujer joven vivía retirada y sola en una casita de un pueblecillo de New England; su única compañía era un niño de unos cinco años. No tenía criados, huía de relaciones y no parecía tener amigos. El carnicero, el panadero y los otros proveedores decían con razón a sus convecinos que no sabían nada de ella; no conocían, en efecto, sino su nombre, «Stillmann», y el de su hijo, al que llamaba Archy. Todos ignoraban de dónde procedía; pero cuando llegó se dijo que su acento era el de una sudista. El niño no tenía ni compañeros de estudios ni compañeros de juego; su madre era su único profesor. Sus lecciones eran claras, bien comprendidas; este resultado la satisfacía plenamente; hasta sentíase orgullosa de él. Un día, Archy la preguntó:

—Mamá, ¿soy diferente de los otros niños?

—Claro que no. ¿Por qué lo preguntas, hijo mío?

—Una niña que pasaba por aquí me ha preguntado si había venido el cartero, y la he contestado que sí; me preguntó entonces cuánto tiempo hacía que le había visto pasar; yo le dije que no le había visto. Ella se quedó asombrada, y me preguntó cómo podía saberlo si no le había visto; le contesté que había olfateado sus pasos en el camino. Ella me trató de loco y se burló de mí ¿Por qué?

La madre palideció y pensó:

«He aquí la prueba cierta de lo que suponía: mi hijo tiene el poder olfativo de un sabueso.»

Cogió bruscamente al niño y le estrechó apasionadamente entre sus brazos, diciendo en alta voz: «Dios me enseña el camino.» Sus ojos lucían con brillo extraordinario, su respiración era anhelante y entrecortada. «Ya se ha aclarado el misterio, pensó: ¡cuántas veces me he preguntado cómo mi hijo podía hacer cosas imposibles en la oscuridad. Todo lo comprendo ahora.»

Le sentó en su sillita, y le dijo:

—Espérame un momento, querido mío, y charlaremos juntos.

Subió a su cuarto y cogió del tocador diferentes objetos que escondió; puso un limpiauñas en el suelo debajo de la cama, una tijeras bajo una carpeta, una plegadera de marfil debajo de su armario de luna. Después volvió con el niño, y le dijo:

—Mira. Me he dejado arriba diferentes objetos que tenía que bajar; sube a buscarlos y tráemelos—añadió, después de haberlos enumerado.

Archy se apresuró, y a los pocos instantes volvió con los objetos pedidos.

—¿Te ha costado algún trabajo encontrarlos, hijo mío?

—Ninguno, mamá; he buscado sencillamente por el cuarto siguiendo su rastro.

Durante la ausencia del niño, ella tomó de un estante varios libros y los abrió; luego rozó con la mano varias páginas, de las que recordó la numeración, los cerró y los volvió a poner en su sitio.

—Acabo de hacer una cosa mientras que no estabas, Archy—le dijo.—¿Crees que podrás adivinarla?

El niño fué derechamente al estante, cogió los libros y los abrió por las páginas tocadas por su madre.

Esta sentó a su hijo en las rodillas, y le dijo:

—Ahora puedo contestar a tu pregunta de hace un momentr, querido mío; acabo de descubrir que, en efecto, bajo ciertos conceptos, no eres como todo el mundo. Puedes ver en la oscuridad, olfatear lo que otros no huelen; tienes las cualidades de un sabueso. Es un dón precioso, inestimable, el que posees, pero guarda el secreto; sé mudo como una tumba sobre este asunto. Si se descubriera, te señalarían como un niño raro, un pequeño fenómeno, y los demás se burlarían de ti o te pondrían apodos.

En este mundo, ya ves, hay que ser como el común de los mortales, si no se quieren provocar ni burlas ni en-

vidias. La particularidad que has recibido en suerte es rara y envidiable; me siento feliz y orgullosa de ella, pero, por el amor de tu madre, no descubras nunca a nadie ese secreto; ¿lo harás así?

El niño comprendió, pero sin comprender. Durante todo el curso del día, el cerebro de la joven estuvo en ebullición; formaba los proyectos más fantásticos, forjaba planes, intrigas, a cual más peligrosos y horrorosos por sus consecuencias. Esta perspectiva de venganza daba a su rostro una expresión de alegría feroz y de no sé qué diabólico. La fiebre de la inquietud la consumía; no podía estar quieta, ni leer, ni trabajar. Solamente el movimiento era un derivativo para ella. Fundaba sobre el dón particular de su hijo las más vivas esperanzas, y se repetía sin cesar aludiendo a su pasado:

—Mi marido hizo que mi padre se muriera de pesar, y hace años que, noche y día, busco en vano el medio de venganza, de hacerle sufrir a su vez. Ya lo he encontrado ahora. He encontrado ese medio.

Cuando llegó la noche, su agitación fué en aumento. Continuó sus experimentos; con una luz en la mano, se puso a recorrer la casa, desde el sótano al granero, escondiendo agujas, alfileres, carretes de hilo, tijeras, debajo de las almohadas, de las alfombras, en las rendijas de las paredes, en la carbonera; después envió al niño a buscarlos en la oscuridad; Archy lo encontró todo, y se mostraba satisfechísimo del contento de su madre que le colmaba de caricias.

A partir de este momento, la vida le pareció bajo un nuevo aspecto; el porvenir le parecía asegurado; no tenía más que esperar el día de la venganza y gozar de esta perspectiva. Todo cuanto había perdido interés a sus ojos volvió a recobrarlo. Se dedicó de nuevo a la música, a los idiomas, al dibujo, a la pintura y a los placeres de su juventud, tanto tiempo abandonados. De nuevo sentíase feliz, y hallaba un encanto en la existencia. A medida que crecía su hijo, vigilaba sus progresos con un gozo indescriptible y una felicidad perfecta.

El corazón del niño era más abierto a la dulzura que a la dureza. Este era su único defecto a los ojos de su madre, pero comprendía ésta que el amor y la adoración que él la tenía vencerían aquella predisposición.

¡Con tal de que sepa odiar! Esto era lo principal; quedaba por saber si sería tan tenaz y tan fuerte en su rencor como en su afección. Esto era menos seguro.

Pasaron los años. Archy era ya un joven elegante, bien plantado, muy hábil en todos los ejercicios corporales, cortés, bien educado, de maneras agradables; tenía algo más de diez y seis años; una noche, su madre le declaró que quería abordar con él un asunto importante, añadiendo que era ya bastante mayor y razonable para llevar a bien un proyecto difícil que ella había concebido y madurado durante largos años. Después ella le contó su lamentable historia con todos sus detalles. El joven parecía aterrorizado; pero, al cabo de un momento, dijo a su madre:

—Comprendo ahora; somos del Sur; el carácter de su odioso crimen no comporta más que una expiación posible. Le buscaré, le mataré.

—¿Matarle? No. La muerte es un descanso, una liberación; es una merced del cielo, no la merece. No hay que tocar ni un pelo de su cabeza.

El joven reflexionó un instante, luego dijo:

—Tú eres todo para mí, madre: tu voluntad debe ser la mía; tus deseos son imperativos para mí. Dime lo que debo hacer, lo haré.

Los ojos de la señora Stillmann brillaban de alegría.

—Irás en su busca—dijo ella.—Desde hace once años conozco el lugar de su retiro; he necesitado más de cinco años para descubrirlo, sin contar el dinero que he tenido que gastar. Se encuentra en buena posición, y explota una mina en el Colorado. Habita en Denver, y se llama Jacobo Fuller. Es la primera vez que hablo de él desde aquella noche inolvidable. ¡Piensa, pues; ese nombre hubiera podido ser el tuyo, si no te

hubiese ahorrado esa vergüenza al darte uno más respetable. Le sacarás de su retiro, le acosarás, le perseguirás, y esto siempre sin descanso, sin tregua; envenenarás su existencia causándole terrores locos, pesadillas angustiosas, hasta el punto de que preferirá la muerte y tendrá el valor de suicidarse. Harás de él un nuevo judío errante; es preciso que no conozca ya un instante de reposo, y que, hasta en sueños, su espíritu se vea perseguido por el remordimiento. Sé, pues, su sombra; síguele paso a paso, martirízale, acordándote de que ha sido el verdugo de tu madre y de mi padre.

—Madre, obedeceré.

—Tengo confianza en ti, hijo mío. Todo está dispuesto, lo he previsto todo para tu misión. He aquí una carta de crédito; gasta en grande; no hay que contar el dinero. Necesitarás disfraces, sin duda, y otras muchas cosas en las que he pensado.

Sacó del cajón de su mesa varios cuadradillos de papel que llevaban escritas a máquina las siguientes palabras:

10.000 DÓLARS DE PRIMA

«Dícese que un cierto individuo, que vive aquí, es activamente buscado en un Estado del Este.

»Parece ser que en 1880, durante una noche, ató a su joven esposa a un árbol, cerca de la carretera, y la golpeó con una correa de cuero; asegúrase que la hizo desgarrar las ropas por sus perros, y la abandonó completamente desnuda al borde del camino. El individuo huyó en seguida del país. Un primo de la desgraciada joven ha buscado al criminal durante diez y siete años. (Dirección... Lista de Correos.) Se abonará al contado una prima de diez mil dólars a la persona que, en confidencia particular, indique al primo de la víctima el retiro del culpable.»

—Cuando le hayas descubierto y estés seguro de que sabes bien su pista, irás, durante la noche, a poner uno de estos

anuncios en la casa que ocupa; pondrás otro en un establecimiento importante de la localidad. Esta historia será la fábula de la comarca. Por de pronto, será preciso que, por cualquier medio, le obligues a vender una parte de lo que le pertenece: iremos poco a poco, le empobreceremos gradualmente, porque si le arruinásemos de una vez, podría, en un acceso de desesperación, tratar de matarse.

Sacó del cajón algunas muestras de anuncios diferentes, todos escritos á máquina, y leyó uno:

... 18...

«A Jacobo Fuller... Tiene usted... días para arreglar sus asuntos. No se le atormentará ni se le molestará durante este tiempo, que expirará a las... de la mañana del ...18... En este momento preciso tendrá usted que marchar. Si está usted todavía aquí a la hora en que le fijo como último límite, fijaré su historia en todas las paredes de esta población, daré a conocer su crimen con todos sus detalles, precisando las fechas y todos los nombres, empezando por el suyo. No tema ninguna venganza física; en ningún caso tendrá que temer una agresión. Ha sido usted infame con un anciano, le torturó el corazón. Lo que él sufrió, lo sufrirá usted a su vez.»

—No pondrás firma alguna. Es preciso que reciba este mensaje al despertar, temprano, antes que conozca la prima ofrecida, sin lo cual, podría perder la cabeza y huir sin llevarse dinero alguno.

—No olvidaré nada.

—Sin duda no necesitarás emplear estos anuncios sino al principio: tal vez hasta bastará con uno solo. Después, cuando esté a punto de dejar un lugar, arréglate para que reciba un extracto del mensaje que empieza con estas palabras: «Es preciso marchar; tiene usted... días.» Obedecerá, es seguro.

III

EXTRACTO DE CARTAS A SU MADRE

Denver, 3 de Abril de 1897.

Acabo de habitar en el mismo local que Jacobo Fuller, durante varios días. Ya tengo su rastro ahora; podría despistarle y seguirle a través de diez divisiones de infantería. A menudo he estado cerca de él, y le he oído hablar. Posee un buen terreno, y saca un buen partido de su mina; pero, a pesar de esto, no es muy rico. Ha aprendido el trabajo de minero, siguiendo el mejor de los métodos: el que consiste en trabajar como un asalariado. Parece de carácter bastante alegre; lleva gallardamente sus cuarenta y cuatro años; parece más joven de lo que es, y apenas se le darían treinta y seis o treinta y siete años. No se ha vuelto a casar y pasa aquí por viudo. Está bien visto y considerado, se ha hecho popular y tiene muchos amigos. Yo mismo experimento cierta simpatía por él; evidentemente grita en mí la voz de la sangre.

¡Cuán ciegas, insensatas y arbitrarias son ciertas leyes de la Naturaleza, la mayoría de ellas en el fondo. Mi misión se ha hecho bien penosa ahora. Lo comprendes, ¿verdad? ¿Y me perdonarás este sentimiento? Mi sed de venganza de al principio se ha calmado un poco, más aún de lo que me atrevo a reconocer ante ti; pero te prometo realizar bien la misión que me has confiado. Experimentaré quizá menos satisfacción, pero mi deber sigue siendo imperioso; lo cumpliré hasta el fin, ten la seguridad. Siento, sin embargo, un profundo sentimiento de indignación cuando veo que el autor del odioso crimen es el único que no haya sufrido con él. Su acción infame ha redundado por completo en su provecho, y en resumidas cuentas, es feliz. Él, criminal, ha eludido todos los sufrimientos; tú, la inocente víctima, los soportas con admirable resignación. Pero, tranquilízate, recogerá su parte de amarguras: me encargo de ello.

Silver Gulch, 19 Mayo...

He puesto el anuncio núm. 1 el 3 de Abril, a media noche; una hora después, he deslizado por debajo de la puerta de su habitación el anuncio núm. 2, significándole que saliese de Denver en la noche del 14, antes de las once y media.

Algún demonio de noticiero periodista me ha robado un anuncio; husmeando por toda la población, ha descubierto el segundo, que ha substraído igualmente. De esta suerte, ha realizado lo que se llama en términos profesionales «un buen scoop», es decir, que ha sabido procurarse un documento precioso, haciendo de manera que ningún otro periódico más que el suyo tenga la noticia; el cual, que es el principal de la localidad, la ha impreso en gruesos caracteres a la cabeza de su artículo de fondo a la mañana siguiente; venía después un largo ditirambo sobre nuestra desgracia, acompañado de violentos comentarios sobre el culpable; al mismo tiempo, el periódico abría una suscripción de mil dólars para reforzar la prima ya ofrecida. La prensa de este país se afana maravillosamente por sostener una noble causa..., sobre todo cuando entrevé un buen negocio.

Yo estaba sentado a la mesa como de costumbre, en un sitio elegido para poder observar y contemplar a Jacobo Fuller; podía al mismo tiempo oír lo que se decía en su mesa. Las ochenta o cien personas de la sala comentaban el artículo del periódico, deseando el descubrimiento del canalla que infectaba la población con su presencia. Para desembarazarse de él, todos los medios eran buenos; teníase la elección del procedimiento: una bala, un rompecabezas, etc....

Cuando Fuller entró, tenía en una mano el anuncio (doblado), en la otra el periódico. Al verle, me sobrecogí y me dieron palpitaciones de corazón. Tenía sombrío aspecto y parecía haber envejecido diez años, al mismo tiempo que muy preocupado; su color era terroso. ¡Y piensa, querida mamá, en todos los dichos que tuvo que oír! Sus propios amigos, que no sospechaban de él, aplicábanle los epítetos y los calificativos más

infamantes, sirviéndose del vocabulario muy atrevido de los diccionarios cuya venta está permitida aquí. Y, lo que es más, tuvo que tomar parte en la discusión y compartir las apreciaciones vehementes de sus amigos. Esta circunstancia le perturbaba, y no logró disimularlo; observé fácilmente que había perdido el apetito, y que comistraba para darse aplomo. Al fin, uno de los comensales declaró:

—Es probable que el vengador de ese crimen se encuentre entre nosotros en esta sala, y que comparta nuestra indignación general contra el incalificable forajido. Así lo espero, al menos.

¡Ah, madre mía! ¡Si hubieras visto la manera con que Fuller gesticulaba y miraba azorado a su alrededor! ¡Era verdaderamente lamentable! No pudiendo contenerse más, se levantó y salió.

Durante unos días, dió a entender que había comprado una mina en Méjico y quería liquidar su situación en Denver para ir cuanto antes a ocuparse de su nueva propiedad y administrarla por sí mismo.

Desempeñó bien su papel: anunció que se llevaría cuarenta mil dólars, la cuarta parte en dinero, el resto en billetes; pero como tenía mucha necesidad de dinero para saldar su reciente adquisición, estaba decidido a vender a bajo precio, para realizar en especies. Vendió, pues, su propiedad en treinta mil dólars. Después, adivina lo que hizo.

Exigió el pago en plata, pretextando que el hombre con el que acababa de hacer el negocio de Méjico era un nativo de New-England, lleno de manías, que prefería la plata al oro o a las letras de cambio. El motivo pareció raro, dado que una letra sobre Nueva York podía pagarse en plata sin la menor dificultad. Se habló de esta originalidad durante uno o dos días, y esto fue todo, pues los asuntos de discusión no duran nunca más en este hermoso país de Denver.

Yo vigilaba a mi hombre sin interrupción; en cuanto se terminó el negocio y tuvo el dinero en el bolsillo, lo que suce-

dió el 11, seguí sus pasos, sin perder de vista el menor de sus movimientos. Aquella noche, o más bien el 12 (porque era un poco más de media noche), le seguí hasta su cuarto, que daba al mismo pasillo que el mío, en el que entré después; me puse mi disfraz sórdido de labrador, me arreglé la cara en consonancia con el traje, y me senté en mi habitación a oscuras, teniendo al alcance de la mano una balija llena de trajes de recambio. Dejé mi puerta entreabierta, sospechando que el pájaro no tardaría en volar. Al cabo de media hora, pasó una mujer vieja; llevaba una maleta. Una ojeada rápida me bastó para reconocer a Fuller bajo aquel disfraz; tomé mi valija y le seguí.

Salió de la fonda por una puerta lateral, y, doblando la esquina del establecimiento, tomó una calle desierta, que remontó durante unos instantes sin preocuparse de la oscuridad y de la lluvia. Entró en un patio y subió a un coche de dos caballos que tenía encargado; sin pedir permiso, me subí a la trasera, sobre la tabla de equipajes, y arrancamos a buen paso. Después de haber recorrido unas diez millas, el coche se paró ante una estación pequeña. Fuller se apeó y se sentó en un carro que estaba bajo la marquesina, a prudencial distancia de la luz; entré para vigilar el ventanillo de los billetes. Como Fuller no tomó el suyo, le invité. Llegó el tren: Fuller se hizo abrir un departamento; subió al mismo carruaje por el otro extremo, y siguiendo tranquilamente el pasillo, me instalé tras él. Cuando pagó su asiento al conductor, le fue preciso indicar su estación de destino; me deslicé entonces un poco más cerca de él mientras que el empleado le devolvía el cambio.

Cuando me llegó el pagar, tomé un billete para la misma estación que Fuller, situada a unas cien millas hacia el Oeste. A partir de este momento, y durante una semana, hube de llevar una existencia imposible. Cada vez iba más lejos hacia el Oeste. Pero, al cabo de veinticuatro horas, había dejado de ser una mujer. Convertido en un buen labrador como yo, llevaba grandes patillas rojas. Su equipo era perfecto, y podía

desempeñar su personaje mejor que cualquiera, puesto que había sido realmente un obrero asalariado. Su mejor amigo no le hubiera reconocido. Por fin se ha establecido aquí, en un campamento perdido en una montaña de Montana; habita una casa primitiva, y evita toda relación con sus semejantes.

Yo me he albergado en una hospedería de mineros. No puedes figurarte lo incómodo que estoy. Nada falta aquí: las pulgas, la suciedad, el alimento infecto.

Hace cuatro semanas que estamos aquí, y durante este tiempo no le he visto más que una vez; pero, por la noche, sigo por el rastro sus idas y venidas del día, y me pongo en emboscada para observarle. En cuanto alquiló una cabaña, me dirigí a cincuenta millas de aquí para telegrafiar a la fonda de Denver que guardasen mi equipaje hasta nueva orden. Aquí no necesito más que algunas camisas de muda que he cuidado de traer conmigo.

Silver Gulch, 12 Junio.

Creo que el episodio de Denver no ha tenido eco aquí. Conozco a casi todos los habitantes del Campamento, y no han hecho todavía la menor alusión, por lo menos, delante de mí. Sin duda alguna, Fuller se encuentra muy feliz; ha alquilado a dos millas de aquí, en un rincón apartado de la montaña, una concesión que promete buen rendimiento, y en la que se ocupa muy seriamente. Pero, no obstante, ha cambiado de aspecto. Ya nunca sonríe, se concentra en sí mismo y vive como un oso, él, que era tan sociable y tan alegre, no hace apenas dos meses. Le he visto pasar varias veces estos últimos días, abatido, triste y con aire deprimido. Da pena verle. Ahora se llama David Wilson.

Me imagino que permanecerá aquí hasta que le desalojemos de nuevo. Puesto que lo quieres, continuaré persiguiéndole, pero no veo cómo puede ser más desdichado que ahora. Volveré a Denver, a permitirme unos días de reposo y agrado; me ofreceré un alimento mejor, un lecho más cómodo y traje

más limpio; luego tomaré mi equipaje y haré que vuelva a ponerse en movimiento el desdichado Wilson.

Denver, 19 Junio.

Todo el mundo aquí le echa de menos. Confíase en que hará fortuna en Méjico; los votos que se hacen por él son muy sinceros, y nacen del corazón. Comprendo perfectamente que demoro gustosamente mi estancia aquí, lo confieso; pero si estuvieras en mi lugar, me compadecerías. Sé muy bien lo que vas a pensar de mí; tienes en el fondo cien veces razón. ¡Si yo estuviera en tu lugar, y llevase en mi corazón una cicatriz tan profunda!... Está decidido. Mañana tomaré el tren de la noche.

Denver, 20 Junio.

¡Dios me perdone, madre! ¡Estamos sobre una falsa pista! ¡Perseguimos a un inocente! No he podido dormir en toda la noche; el día empieza a clarear, y espero impacientemente el tren de la mañana... ¡Pero qué largos, qué largos me parecen los minutos!...

¡Este Jacobo Fuller es un primo del culpable! ¿Cómo no pensamos antes que el criminal no llevaría ya su verdadero nombre después de su delito? El Fuller de Denver tiene cuatro años menos que el otro; vino aquí a los veintiuno, en 1879, y era viudo un año antes de la boda; las pruebas en apoyo de lo que digo son innumerables. Ayer noche he hablado largamente de él con unos amigos que le conocían desde el día de su llegada. No solté prenda, pero mi opinión está bien decidida: dentro de unos días le repatriaré, teniendo cuidado de indemnizarle por la pérdida sufrida en la venta de su mina; en su honor daré un banquete, una retreta con antorchas y una iluminación, cuyos gastos recaerán sobre mí solo; me tratarán tal vez de botarate, pero esto me es igual. Soy muy joven, ya lo sabes, y aquí está mi excusa. Dentro de algún tiempo no podrán ya tratarme como niño.

Silver Gulch, 2 Julio.

¡Madre! ¡Se ha marchado! Marchado sin dejar ningún indicio. Su rastro se había enfriado a mi llegada; no he podido encontrarle. Me levanto hoy por primera vez desde tal acontecimiento. ¡Dios mío! Mucho daría por tener algunos años más para soportar mejor las emociones. Todos creen que ha marchado hacia el Oeste; así es que voy a ponerme en camino esta noche; iré en coche a la estación más próxima a dos o tres horas de aquí; no se bien adónde voy, pero no puedo permanecer quieto; la inacción en este momento me atormenta.

Por supuesto, se ocultará bajo un nombre falso y un nuevo disfraz. Esto me hace suponer que tendré tal vez que recorrer el mundo entero para encontrarle. Así lo creo al menos. Ya ves, madre. El judío errante, en este momento, soy yo. ¡Qué ironía! ¡Y decir que habíamos reservado este papel a otro!

Todas estas dificultades desaparecerían si pudiera poner un nuevo anuncio. Pero me siento incapaz de hallar en mi cerebro un procedimiento que no asuste al pobre fugitivo; mi cabeza parece que va a estallar. Yo había pensado en este anuncio:

«Si el señor que compró últimamente una mina en Méjico y vendió otra en Denver quiere dar su dirección (¿pero a quién darla?), «se le explicará cómo ha habido un error respecto de él, se le darán excusas y se le reparará el daño que se le haya causado, indemnizándole lo más ampliamente posible.»

¿Pero comprendes la dificultad? Creerá en un lazo, cosa muy natural. Podría quizá añadir al anuncio:

«Se ha averiguado que la persona buscada no es la que se encontró; existía una igualdad de nombre; pero hubo cambio por razones especiales.»

¿Estaría así bien? Temo que se despierten las sospechas de las gentes de Denver. No dejarían de decir al recordar las particularidades de su marcha: ¿Por qué huyó si no era culpable? Si no logro encontrarle, quedará perdido en la estimación

de las gentes de Denver, que tanto le aprecian. Tú que tienes más experiencia e imaginación que yo, ven en mi ayuda, mi querida madre.

No tengo más que una clave, una clave única; conozco su letra; si escribe su nuevo nombre en un registro de hotel sin tener el cuidado de disimularla muy bien, podré reconocerla, pero es preciso para esto que la casualidad me haga encontrar al fugitivo.

San Francisco, 28 Junio 1898.

Ya sabes con qué cuidado he rebuscado por todos los Estados del Colorado al Pacífico, y cómo he estado a punto de lograr mi objeto. Pues bien, acabo de sufrir un nuevo fracaso, y esto no más tarde que ayer. Olfateé en la calle su rastro, todavía caliente, que me condujo a un hotel de segundo orden. Me equivoqué; debí haber seguido la contrahuella; los perros lo hacen muy bien. Pero, desgraciadamente, no poseo más que una parte de los instintos del perro, y a menudo me dejo inducir en error por mis facultades de hombre. Ha dejado este hotel hace diez días, me dijeron. Sé ahora que no permanece en ninguna parte desde los seis u ocho últimos meses, que experimenta una gran necesidad de movimiento y que no puede estarse quieto. Comparto esta sensación y sé lo penosa que es. Continúa llevando el nombre que había inscrito cuando estuve tan cerca de atraparle, hace nueve meses: «James Walker»; es también el que adoptó al huir de Silver Gulch. No hace esfuerzos de imaginación, y tiene decididamente poca afición por los nombres de fantasía. Me ha sido fácil reconocer su letra, muy ligeramente disimulada.

Me aseguran que acaba de marchar de viaje sin dejar señas y sin decir adónde iba; que tomaba un aire azorado cuando le preguntaban por sus proyectos; no tenía, a lo que parece, sino una maleta ordinaria por todo equipaje, y se la llevó a la mano.

—Es un pobre viejecillo—añadieron,—cuya marcha no hará gran huella en la casa.

¡Viejo! Supongo que habrá envejecido ahora; pero no sé más, porque no permanecí mucho tiempo. Me precipité sobre su rastro; me condujo a un muelle. ¡Madre! La humareda del vapor que le llevaba se perdía en el horizonte. Hubiera podido ganar media hora tomando desde el principio la buena dirección; pero era hasta demasiado tarde para fletar un remolcador y correr la probabilidad de alcanzar su barco. ¡Ahora está en camino para Melbourne!

Hope Canyon, California, 3 Octubre 1900.

Tienes razón al quejarte. Una carta en un año, es demasiado poco, lo reconozco; pero, ¿cómo ha de escribirse cuando no se pueden contar sino reveses? Todo el mundo se descorazonaría; por mi parte, no tengo ya ánimos para nada.

Ya te conté, hace mucho tiempo, cómo se me escapó en Melbourne; luego, cómo le perseguí durante meses en Australia. Después de esto, le seguí a las Indias, hasta creo que le vi en Bombay; he hecho tras él todo su viaje, a Barceda, Rawal, Pindi, Lucknow, Lahor, Cawnpor, Allahabad, Calcuta, Madras, semana por semana, mes por mes, con un calor tórrido y ¡con un polvo! Le acosaba de cerca, y creía cogerle; pero se escapaba siempre. Después a Ceylán, después a...

Pero ya te contaré todo esto detalladamente. Me llevó a California, luego a Méjico, y de aquí volvió a California. Desde este momento, le he perseguido por todos los países, desde el 1.° de Enero hasta el mes último. Estoy casi seguro de que se encuentra cerca de Hope Canyon. He seguido su rastro hasta treinta millas de aquí, pero le he perdido; para mí, alguien ha debido llevárselo en coche.

Ahora descanso de mis pesquisas infructuosas. Estoy rendido, madre, desalentado y muy a menudo cerca de perder mi última esperanza. Sin embargo, los mineros de este país son buenas gentes; sus maneras afables, que conozco hace tiempo, y su franqueza, son propias para calmar mi espíritu y hacerme olvidar mis disgustos. Hace más de un mes que estoy aquí.

Comparto la vivienda de un joven de unos veinticinco años, «Sammy Hillyer», como yo, hijo único de una madre que idolatra, y a la que escribe todas las semanas (en esto se me parece menos). Es tímido, y en cuanto a inteligencia..., ciertamente... no habría que pedirle que prendiese fuego a un río; esto aparte, le quiero mucho; es buen compañero, bastante distinguido, y bendigo al cielo por habérmelo dado por amigo; puedo, por lo menos, cambiar con él mis impresiones; es una gran satisfacción, te lo aseguro. ¡Si «James Walker», que gusta tanto de la sociedad y el compañerismo, tuviera siquiera esta compensación! Esto me hace pensar en él, en la última entrevista que tuvimos. ¡Qué caos es todo ello cuando lo pienso!

»Por aquella época luchaba contra mi conciencia para ponerme en su persecución. El corazón de Sammy Hillyer es mejor que el mío, mejor que todos los de esta pequeña república, me imagino; porque se declara el único amigo del punto negro del campamento, un tal Flint Buckner. Este no dirige la palabra a nadie más que a Sammy Hillyer.

Sammy pretende que conoce la historia de Flint, que solamente la pena le ha hecho tan sombrío, y que por este motivo se debería ser con él todo lo caritativo posible. Solamente un corazón de oro puede acomodarse al carácter de Flint, según todo lo que de él oigo decir. El siguiente detalle te dará una idea más exacta del buen corazón de Sammy, que cuanto podría contarte. En el transcurso de una de nuestras charlas me dijo poco más o menos:

—Flint es uno de mis compatriotas y me confía todas sus penas; derrama en mi corazón el colmo de sus tristezas cuando siente que el suyo está próximo a estallar. Es imposible encontrar un hombre más desgraciado, te lo aseguro, Archy Stillmann: su vida no es sino un tejido de miserias morales que le hacen parecer más viejo de lo que es. Ha perdido desde hace ya muchos años la noción del reposo y de la calma. No ha conocido nunca la buena suerte; es un mito para él, y le he

oído decir a menudo que suspira por el infierno del otro mundo para olvidarse de las miserias de esta vida.

IV

Era una mañana clara y fresca de principios de Octubre. Los lilos y los laureles, iluminados por un radiante sol de otoño, tenían reflejos particulares y formaban una bóveda ininterrumpida que la Naturaleza amable ponía a disposición de los seres que habitan en la región de las altas ramas. Los granados destacaban sus tonos rojos y amarillos, y proyectaban un tinte de alegría sobre aquel océano de verdura; el perfume embriagador de las flores efímeras embalsamaba la radiante atmósfera; muy alto en los aires cerníase un ave solitaria, majestuosa y casi inmóvil; por todas partes reinaba la calma, la severidad y la paz de las regiones etéreas. Esto ocurre en Octubre de 1900, en Hope-Canyon, y nos encontramos en un terreno de minas argentíferas en la región de Esmeralva. Solitario y apartado, el lugar es de reciente descubrimiento; los recién llegados lo creen rico en metal (bastará trabajarle durante uno o dos años para asegurarse de su valor). Como habitantes, el campamento se compone de unos doscientos mineros, de una mujer blanca con su hija, de algunos lavanderos chinos, de una docena de indios más o menos nómadas, que llevan trajes de piel de conejo, sombreros de esparto y collares de bisutería. No hay aquí ni molinos, ni iglesia, ni periódicos. El campamento no tiene más que dos años de existencia, y la noticia de su fundación no ha producido sensación alguna; ignórase en general su nombre y su situación.

A los dos lados de Hope-Canyon, las montañas se alzan a pico, formando una muralla de tres mil pies, y la larga fila de cabañas que se escalonan en el fondo de ese embudo no recibe más que una vez al día, a eso de las doce, la caricia pasajera del sol. El pueblo se extiende sobre cosa de dos millas a lo largo y las cabañas están bastante espaciadas entre sí. La

posada es la única casa verdaderamente organizada; hasta puede decirse que representa la única casa del campamento. Ocupa una posición central y es, por la noche, el punto de cita de la población. Allí se bebe, se juega a las cartas y al dominó; hay un billar, cuyo paño lleno de rotos, ha sido remendado con tafetán de Inglaterra. Hay también unos cuantos tacos, pero sin suelas; unas bolas melladas que, al rodar, hacen un ruido de cacerolas y se paran a saltos, y hasta un pedazo de tiza desportillada; el que consigue hacer seis carambolas seguidas, puede beber cuanto guste, por cuenta del bar.

La vivienda de Flint Buckner, situada al Sur, era la última del poblado; su concesión estaba en el otro extremo, al Norte, un poco más allá de la última cabaña en esa dirección. Era de un carácter huraño, poco sociable, y no tenía amigos. Los que trataban de acercársele, no tardaban en arrepentirse y le abandonaban al cabo de poco tiempo. No se sabía nada de su pasado. Creían unos que Sammy Hillyer sabía algo de él; otros afirmaban lo contrario. Si se le preguntaba sobre esto, Sammy contestaba siempre que no sabía nada. Flint tenía a sueldo a un joven inglés de diez y seis años, muy tímido, y al que trataba duramente, tanto en público como en la intimidad. Naturalmente, dirigíanse al muchacho para informarse de su amo, pero siempre sin resultado. Fletock Jones (tal es el nombre del inglés), contaba que Flint le había recogido al recorrer una mina, y como no tenía en América ni familia ni amigos, le pareció conveniente aceptar las proposiciones de Buckner; a cambio de la penosa labor que le estaba impuesta, Jones recibía por todo salario tocino y alubias. Esto era todo lo que el joven quería contar de su amo.

Hacía ya un mes que Fletock estaba al servicio de Flint; su aspecto, ya enfermizo, podía inspirar de día en día serias inquietudes, porque se le veía desmejorar bajo la influencia de los malos tratos que le hacía sufrir su amo. Sábese, en efecto, que los caracteres dulces sufren amargamente con la menor brutalidad, más amargamente quizá que los caracteres vigoro-

sos que estallan en palabras y hasta se dejan ir a las vías de hecho cuando su paciencia está agotada y se desborda el vaso. Algunas personas compasivas querían ayudar al desgraciado Fletock, y le animaban a que dejase a Buckner; pero el joven acogía esta idea con espanto mal disimulado, y contestaba que no se atrevería nunca.

Pat Riley insistía, diciendo:

—Deja a ese maldito ogro y vente conmigo. No tengas miedo; yo me encargo de hacerle entrar en razón si protesta.

Fletock le dió las gracias con lágrimas en los ojos, pero se puso a temblar con todos sus miembros, repitiendo que no se atrevería porque Flint se vengaría si le llegaba a encontrar a solas en medio de la noche.

—Y ya ve usted—exclamaba;—solamente el pensamiento de lo que me ocurriría, me pone carne de gallina, señor Riley.

Otros le aconsejaban:

—Escápate, te ayudaremos y desaparecerás una buena noche.

Pero ninguna sugestión podía decidirle; Fletock pretendía que Flint le perseguiría y le atraparía para saciar su venganza.

Nadie comprendía semejante idea de venganza. El estado miserable del pobre muchacho seguía su curso, y las semanas pasaban. Es probable que los amigos de Fletock se hubieran dado cuenta de la situación, si hubiesen conocido el empleo de los momentos perdidos de aquel. Dormía en una cabaña próxima a la de Flint, y pasaba las noches reflexionando y buscando un medio infalible de matar a Flint sin ser descubierto. No vivía más que para esto; las horas durante las que maquinaba su proyecto eran los únicos momentos que anhelaba con ardor y que le daban la ilusión de la felicidad.

Pensó en el veneno. No, no era posible; las investigaciones revelarían en donde lo había adquirido y quién se lo había vendido. Se le ocurrió alojarle una bala en la espalda cuando volviera Flint por la noche de su paseo acostumbrado.

Pero alguien podría oirle y sorprenderle. Pensó también en

apuñalarle durante su sueño. Pero su mano podría temblar; su golpe no sería quizá bastante seguro; Flint entonces se apoderaría de él. Imaginó cientos de procedimientos variados; ninguno le parecía infalible, porque los medios más secretos ofrecían siempre un peligro, un riesgo, una posibilidad de ser descubierto. No adoptó, pues, ninguno.

Pero tenía una paciencia sin límites. «Nada me apremia», se decía. Prometíase no dejar a Flint sino cuando le hubiera reducido al estado de cadáver; más valía esperar, ya encontraría la ocasión de satisfacer su venganza. Este medio existía y lo descubriría, aunque tuviese que sufrir todas las vergüenzas y todas las miserias.

Sí, encontraría seguramente un procedimiento que no dejara ninguna huella de su crimen, ni el menor indicio; nada apremiaba; pero cuando lo hubiera encontrado, ¡oh! ¡qué alegría entonces la de vivir para él!

Mientras tanto, era prudente conservar religiosamente intacta su reputación de dulzura, y se esforzaba más que nunca en no dejar oír la menor palabra de su resentimiento o de su cólera contra su opresor.

Dos días antes de la mañana de Octubre a la que acabamos de aludir, Flint había comprado diferentes objetos que llevaba a su cabaña, ayudado por Fletock: un paquete de velas que pusieron en un rincón, una caja de explosivos que colocaron encima de las velas, un barrilito de pólvora que depositaron bajo el catre de Flint y un manojo de cohetes que colgaron de un clavo.

Fletock dedujo de esto que el trabajo de pico iba pronto a ser reemplazado por el de la pólvora, y que Flint quería empezar a hacer saltar las rocas. Había ya asistido a este género de explosiones, pero no conocía su preparación. Su suposición era exacta; había llegado el tiempo de hacer saltar la mina.

Al día siguiente por la mañana, llevaron al pozo los cohetes, los taladros y la caja de pólvora. El agujero tenía, poco más o menos, ocho pies de profundidad, y tanto para llegar al

fondo como para salir de él, había que servirse de una escala pequeña. Bajaron, pues; al mandárselo, Fletock tomó un taladro (sin saber cómo servirse de él) y Flint se dispuso a martillar. Al primer martillazo, el taladro se escapó de manos de Fletock, y salio disparado.

—¡Maldito hijo de negra!—vociferó Flint,—¡valiente manera de tener un taladro! Recógele y procura tenerle bien sujeto. Ya verás cómo te enseño el oficio. Ahora carga.

El joven empezó a verter la pólvora.

—Idiota—gruño Flint, dándole en la mandíbula un puñetazo tal, que le hizó perder el equilibrio.—¡Levántate! Me figuro que no vas a quedarte tumbado en el suelo. Vamos, pon primero la mecha, ahora la pólvora: ¡basta! ¡basta! ¿Quieres llenar todo el agujero? ¡Qué sapo eres! Pon tierra, grava, y tapa todo. Anda, imbécil, sal de ahí.

Y se puso él mismo a arreglar la carga, jurando y blasfemando como un condenado. Después prendió la mecha, salió del pozo y corrió a cincuentra metros de allí, seguido de Fletock. Esperaron unos instantes; produjose una densa humareda, y trozos de roca volaron por los aires con gran estrépito; cayó una lluvia de piedras, y todo volvió a quedar tranquilo.

—¡Qué lástima que no haya estado ahí dentro!—exclamó Flint.

Bajaron otra vez al pozo, lo limpiaron, prepararon un nuevo agujero, y volvieron a hacer la misma operación.

—¡Mira lo que haces, en vez de echarlo todo a perder! ¿Pero es que no sabes arreglar una carga?

—No, amo.

—¿Qué no lo sabes? En verdad que no he visto nadie más bestia que tú.

Salió del pozo, y gritó a Fletock que permanecía abajo:

—Pero, ¿qué haces, idiota? ¿Vas a quedarte ahí todo el día? Corta la mecha y préndela.

El pobre muchacho contestó, todo tembloroso:

—Haré lo que usted quiera, amo.

—¿Cómo? ¿Te atreves a replicarme a mí? ¡Corta y prende, te digo!

El muchacho hizo lo que se le mandaba.

—¡Por vida de...!—rugió Flint;—cortas una mecha tan corta... Deberías volar...

En su cólera, retiró la escala y huyó.

Fletock se quedó aterrado.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¡Socorro! ¡Estoy perdido! ¿Qué hacer?

Se arrimó al muro y se apelotonó cuanto pudo; el chisporroteo de la pólvora que ardía impedíale articular ningún sonido; paralizóse su respiración, estaba sin fuerzas, inerte; dos o tres segundos más, y volaría por el aire con los bloques de piedra. Acudió una súbita inspiración. Alargó el brazo, cogió la mecha y cortó el extremo a una pulgada ya del suelo; estaba salvado. Cayó medio desvanecido y muerto de miedo, pero murmurando con una sonrisa en los labios:

—¡Me lo ha indicado! ¡Bien sabía yo que con paciencia lo lograría!

A los cinco minutos Buckner se dirigió al pozo, molesto e inquieto, y examinó el fondo. Comprendió la situación y vió lo que había ocurrido; puso la escala. Fletock pudo subir por ella, a pesar de su debilidad y su emoción. Estaba lívido; su expresión de espanto pareció impresionar a Buckner, que trató de mostrar pesar y un asomo de simpatía; pero estos dos sentimientos le eran harto desconocidos para que supiese expresarlos.

—Es un accidente—le dijo.—No se lo cuentes a nadie, ¿oyes? Estaba enervado y no me daba cuenta de lo que hacía. Me parece que estás fatigado, has trabajado hoy mucho. Vete a mi cabaña y come lo que quieras; luego, descansa a gusto. No te olvides de que este accidente es debido solamente a mi excitación.

—Me ha dado usted un susto enorme—le dijo Fletock al marcharse;—pero, a lo menos, he aprendido algo, no me pesa.

—No es difícil de contentar—murmuró Buckner mirándole de reojo.—¿Se atreverá a hablar de la cosa? ¡Qué lástima que no se haya matado!

Fletock no pensó en aprovechar el permiso que le habían dado para descansar; lo empleó en trabajar con ardor y en preparar febrilmente su plan de venganza. Una espesa maleza cubría la montaña del lado de la vivienda de Flint. Fletock se ocultó allí para maquinar su proyecto. Sus últimos preparativos debían hacerse en la choza que le servía de albergue.

—Hará mal en tener la menor sospecha de que vaya yo a contar lo que ha pasado—se dijo.—De todos modos, no lo creerá mucho tiempo; pronto se irá al otro barrio. Mañana no desmentiré mi mansedumbre y mi timidez habituales, que cree inalterables. Pero pasado mañana, durante la noche, habrá sonado su última hora, sin que nadie en el mundo pueda sospechar de su muerte ni de la manera de haber ocurrido. Lo picante de la cosa es que él mismo me haya sugerido la idea.

V

El siguiente día transcurrió sin incidente alguno. Van a dar las doce de la noche, y, dentro de pocos instantés, empezará un nuevo día. La escena ocurre en el bar, en la sala de billar. Unos hombres de aspecto común, trajes toscos y sombreros de anchas alas, llevan sus pantalones metidos en botazas con polainas; están agrupados alrededor de una estufa que, atiborrada de carbón, les distribuye un generoso calor; las bolas de billar ruedan con un sonido a cascajo; en el interior de la sala no se oye otro ruido; pero, afuera, la tempestad ruge. Todos parecen aburridos y como en espera.

Un minero, cuadrado de hombros, de cierta edad, con patillas grises, la mirada dura, el rostro sombrío, se levanta sin decir palabra; se cuelga del brazo un ruedo de mecha, recoge algunos objetos de su pertenencia y sale sin despedirse de sus compañeros. Es Flint Buckner. Apenas se ha cerrado la puerta

tras él, la conversación, violentada por su presencia, recobra su animación.

—¡Qué hombre tan metódico! Vale por un reloj—dijo Jack Parker, el herrero;—sin ver la hora, se sabe que son las doce cuando se levanta para salir.

—Su regularidad es el único mérito que posee—replicó el minero Peter Hawes;—no le conozco otro; tampoco vosotros, que yo sepa.

—Es un borrón entre nosotros—dijo Ferguson, el socio de Well-Fargo.—Si yo fuera el propietario de este establecimiento, le obligaría, ciertamente, a que se quitara el bozal, un día u otro, que lo quisiera o no.

Al mismo tiempo lanzó una mirada significativa al amo del bar, que fingió no comprender, porque el hombre en cuestión era un buen parroquiano, y todas las noches volvía a su casa después de haber consumido una bonita colección de bebidas variadas en el bar.

—Decid—amigos—preguntó el minero Ham Sandwich,—¿se acuerda alguno de vosotros que le haya ofrecido nunca Buckner un cocktail?

—¿Quién? ¿Él? ¿Buckner? ¡Ciertamente que no!

Esto fue dicho con unanimidad perfecta por todos los circunstantes.

Tras un corto silencio, Pat Riley, el minero, dijo:

—Ese pájaro es un verdadero fenómeno. Y su ayudante otro. No los entiendo, palabra.

—Y, sin embargo, eres listo—contestó Ham Sandwich;—pero, en verdad, que esos dos individuos son unos enigmas imposibles de adivinar. El misterio que rodea al patrón envuelve igualmente al acólito. ¿No opináis así?

—Seguramente.

Todos asintieron. Solamente uno de ellos guardaba silencio. Era el que acababa de llegar, Peterson. Mandó servir una ronda, y preguntó si, además de aquellos dos tipos raros, no había en el campamento un tercer fenómeno.

— Nos olvidábamos de Archy Stillmann — contestaron todos.

—También ese es un buen fenómeno—dijo Peterson.

—No se puede verdaderamente decir que lo sea—replicó Ferguson, el empleado de Well-Fargo;—Archy Stillmann me hace más bien el efecto de un chiflado.

Ferguson parecía saber lo que se decía. Y como Peterson deseara conocer todo lo concerniente a Stillmann, cada cual se declaró dispuesto a contarle su historieta. Empezaron todos a la vez; pero Billy Stevens, el dueño del bar, llamó a todo el mundo al orden, declarando que era mejor que cada uno hablara a su vez.

Distribuyó las bebidas, y dió la palabra a Ferguson.

Este empezó:

—Primeramente hay que decir que Archy no es más que un niño; esto es todo lo que sabemos de él; es trabajo perdido el querer sonsacarle; no se le puede sacar nada; es completamente mudo sobre sus intenciones y sus asuntos personales; ni siquiera dice de dónde es ni de dónde viene. En cuanto a adivinar la naturaleza del misterio que oculta, es imposible, porque sobresale en desviar las conversaciones que le molestan. Puede suponerse todo lo que se quiera; cada cual es dueño de hacerlo; pero, ¿a qué conduce esto? A nada, que yo sepa.

¿Cuál es, en resumidas cuentas, su rasgo de carácter distintivo? ¿Posee una cualidad especial? ¿La vista, tal vez? ¿El oído? ¿El instinto? ¿La magia? ¡Quién sabe! Elegid, jóvenes y viejos, mujeres y niños. Las apuestas están abiertas. Pues bien, voy a enteraros de sus aptitudes; vosotros podéis venir aquí, desaparecer, esconderos donde queráis, en cualquier sitio; cerca o lejos, os encontrará siempre y os pondrá la mano encima.

—¡No es posible!

—Como tengo el gusto de decíroslo. El tiempo no representa nada para él, el estado de los elementos le deja indiferente, no le presta ninguna atención; nada le molesta.

—¡Bah! ¿Ni la oscuridad, ni la lluvia, ni la nieve?

—¿Y eso?

—Todo eso le tiene sin cuidado. Se burla de ello.

—¿Y la niebla?

—¡La niebla! Sus ojos la atraviesan como una bala de cañón. Oid, muchachos. Os voy a contar algo mejor. Vais a tratarme de bromista.

—No, no, le creemos—gritaron todos a coro.—Continúa, Well-Fargo.

—Pues bien, señores, suponed que os dejáis aquí a Stillmann charlando con unos amigos: salid sin decir nada, idos al campamento y entrad en la cabaña que mejor os parezca; coged un libro, varios si queréis, abrid las páginas que gustéis, acordándoos de los números; irá derechamente a esa cabaña y abrirá él los libros por las páginas que hayáis tocado; os las señalará todas sin equivocarse.

—Eso no es ser un hombre, es un demonio.

—Lo mismo opino. Y ahora, os contaré una de sus hazañas más maravillosas. La noche última, ha...

Fue interrumpido por un fuerte rumor del exterior; la puerta se abrió bruscamente, y una muchedumbre emocionada se precipitó en el bar, rodeando a la única mujer blanca del campamento, que gritaba y lloraba.

—¡Mi hija, mi hija! ¡Ha desaparecido, se ha perdido! Por el amor de Dios; decidme dónde está Archy Stillmann, ya no sabemos adónde ir.

—Siéntese, señora Hogan—la dijo el dueño del bar.—Siéntese y cálmese. Stillmann está aquí desde hace tres horas; ha tomado una habitación después de haber rondado todo el día en busca de una pista, según su buena costumbre. Ha subido en seguida a acostarse. Ham Sandwich, sube a despertarle, y tráele; está en el núm. 14.

Archy se vistió y se presentó a escape. Pidió detalles a la señora Hogan.

—¡Ah! No puedo darlos. ¡Si los tuviera! La dejé acostada

a las siete, y cuando volví, hace una hora, no estaba ya. Fuí apresuradamente adónde vive usted; no le encontré; luego, le he buscado por todas partes, llamando a todas las puertas; he venido aquí desesperada, loca, aterrada, con el corazón destrozado. Gracias a Dios, le encuentro al fin, y usted descubrirá a mi hija. ¡Venga pronto, pronto!

—Estoy dispuesto, señora, la sigo; pero antes vuelva usted a su casa.

Todos los habitantes del campamento tenían deseos de tomar parte en la caza. Los de la parte Sur del poblado estaban en pie, y un ciento de hombres vigorosos balanceaban en la oscuridad los débiles resplandores de sus linternas vacilantes. Formáronse en grupos de tres o cuatro, para escalonarse más fácilmente a lo largo del camino, y tomaron rápidamente el paso de los guías. No tardaron en llegar a la casita de los Hogan.

—Dadme una linterna—dijo Archy.

La puso en la tierra endurecida y se arrodilló en actitud de examinar el suelo atentamente.

—He aquí sus huellas—dijo indicando con el dedo dos o tres señales en el suelo. ¿Las veis?

Algunos de los mineros se agacharon y arquearon los ojos para ver mejor. Los unos se imaginaron percibir algo; los otros hubieron de confesar, meneando la cabeza contrariados, que la lisa superficie no tenía ninguna señal perceptible a su vista.

—Puede ser—dijo uno—que el pie de la niña haya dejado su huella, pero no la veo.

Archy Stillmann salió, llevando siempre la lámpara cerca del suelo; giró a la izquierda y anduvo unos pasos examinando el suelo cuidadosamente.

—Tengo el rastro, venid ahora, y que alguien tome la linterna.

Se puso en camino, con paso alegre, en dirección del Sur, escoltado por los curiosos, y siguió, describiendo curvas, to-

das las sinuosidades del desfiladero durante cosa de una legua. Llegaron a una planicie cubierta de salvia vasta y sombría. Stillmann dió la voz de ¡alto!, añadiendo:

—Hay que evitar el seguir una falsa pista; orientémonos de nuevo en la buena dirección.

Volvió a empuñar la linterna y examinó el camino en una longitud de unos veinte metros.

—Venid—dijo,—todo va bien.

Y echó a andar otra vez, registrando los matorrales de salvia, durante un cuarto de milla, y oblicuando siempre hacia la derecha; después tomó otra dirección, dió una gran vuelta, y, por fin, marchó resueltamente hacia el Oeste durante la media milla. Se paró, y dijo:

—La probrecilla ha descansado aquí. Tomad la linterna y mirad; allí se ha sentado.

En aquel lugar, el suelo estaba liso como una plancha de acero y se necesitaba cierta audacia para pretender observar en aquella tersa superficie la menor huella reveladora. La desgraciada madre, a la que volvía el desaliento, cayó de rodillas, besando la tierra y sollozando.

—¿Pero dónde está entonces?—preguntó uno.—El caso es que no se ha quedado aquí, porque la veríamos, a lo que me figuro.

Stillmann continuó examinando el lugar con la linterna en la mano; parecía absorto en sus pesquisas.

—Pues bien—dijo en tono malhumorado,—no lo comprendo.

Volvió a examinar.

—No hay duda alguna. Se detuvo aquí, y ella no volvió a marchar. Respondo de ello. Hay que encontrar el enigma.

La pobre madre se desconsolaba cada vez más.

—¡Oh, Dios mío, y vos, Virgen María, venid en mi ayuda! Algún animal se la ha llevado. Se ha concluído. ¡Ya no la veré nunca más!

—No pierda usted la esperanza, señora—le dijo Archy.—La encontraremos, no se desanime.

—Dios le bendiga por esas buenas palabras de consuelo, señor Archy—y le cogió una mano que cubrió de besos.

Peterson, el último llegado, murmuró con ironía al oído de Ferguson:

—La verdad que es una maravilla haber descubierto este sitio. Lo cierto es que no valía la pena venir tan lejos; cualquier lugar hubiera servido para semejante resultado. Me parece que nos hemos lucido.

La insinuación no era del gusto de Ferguson, que contestó con tono desabrido:

—¿Quieres tal vez hacernos creer que la niña no ha venido aquí? Pues yo te digo que esa pequeña ha pasado aquí. Si quieres tener un disgusto serio, no tienes más que...

—¡Todo va bien!—exclamó Stillmann.—Venid todos aquí y mirad bien. La señal nos saltaba a la vista, y ni unos ni otros habíamos visto nada.

Todos se agruparon, agachándose, en el lugar donde se suponía que la niña había debido de sentarse y se pusieron a escudriñar con los ojos el punto designado por el dedo de Archy. Tras una pausa seguida de profundos suspiros de desaliento, Pat Riley y Ham Sandwhich, dijeron a la vez:

—¿Y qué, Archy? No vemos nada.

—¿Nada? ¿Llamáis a esto nada?

Y con su dedo hizo en el suelo un signo cabalístico.

—Ahí está, ¿reconocéis ahora la huella de Injin Billy? El es quien tiene la niña.

—¡Alabado sea Dios!—exclamó la madre.

—Tomad la linterna. Tengo de nuevo la buena dirección. Seguidme.

Partió como un rayo, cruzó rápidamente los matorrales y desapareció tras un montículo de arena; a los demás les costaba trabajo seguirle; le alcanzaron por fin porque le encontraron que se había sentado tranquilamense para esperarlos. Diez

pasos más allá, veíase una miserable choza, un pobre albergue informe, hecho de trapos y de jirones de mantas de caballo que dejaban filtrar una luz apenas tamizada.

—Tome usted el mando, señora Hogan—dijo el joven.—Usted tiene el derecho de entrar la primera.

Todos la siguieron y pudieron ver el espectáculo que ofrecía el interior de aquella choza: Injin Billy estaba sentado en el suelo; la niña dormía a su lado. La madre la alzó en sus brazos y la sofocó a caricias; su corazón desbordaba de gratitud hacia Archy Stillmann; lloraba a lágrima viva. Con voz ahogada por la emoción, dejó brotar una oleada de esas palabras tiernas, de esos acentos suaves y ardorosos que solamente puede encontrar un corazón irlandés.

—La encontré a eso de las diez—explicó Billy.—Estaba adormecida, muy fatigada, con el rostro humedecido por las lágrimas, a lo que supongo; la traje aquí y la di de comer porque se moría de hambre; desde entonces no ha cesado de dormir.

En un impulso de gratitud sin límites, la feliz mujer le abrazó a él también llamándole «Mensajero del cielo». Si se admite que fuera un mensajero del cielo, hay que reconocer por cierto que era un ángel muy disfrazado y disimulado, porque su aspecto y su vestimenta no tenían nada de seráficos.

A la una y media de la mañana, el cortejo entró de vuelta en el poblado, cantando un himno triunfal y blandiendo las linternas; era una verdadera retreta con antorchas. No se olvidaron de beber durante el camino y, para matar las últimas horas de aquella noche accidentada, se metieron en el bar, en espera del día.

MARCK TWAIN

(Continuará.)

CUESTIONES DE PREHISTORIA

Cuestión de nombre.—Si en el país en que se dijo aquello de «¡Palabras, palabras y palabras!» no deja en el día de discutirse sobre ellas, y en aquel otro en que dicen que el nombre no hace a la cosa, se hace no poco aprecio del nombre, no deberá extrañar al lector el que, a pesar de nuestra aversión hacia semejantes cuestiones, tengamos que empezar las de Prehistoria por la del nombre mismo de ésta, aunque no sea más que por la enemiga que muchos especialistas españoles le mostraron.

Considerando como Historia, no la narración de sucesos, sino la sucesión misma, sería ciertamente imposible admitir el concepto de prehistoria; pero el hecho es que cuando hablamos de historias todos entendemos narraciones: unas veces con cierta dosis de fantasía, como cuando alguien quiso afirmar la absoluta y completa veracidad de lo que contaba, añadiendo: «no es histórico, sino que es verdad»; otras veces dándoles la sanción definitiva, a la manera que se hace con la santidad de la cosa juzgada, como cuando algún rebuscador de archivos considera exacta «comme un procès verbal» una crónica que, por ser anterior a una canción, le merece entero crédito, no sólo en lo que de ésta difiere, sino en las apreciaciones subjetivas del cronista. Ni queda en esto la limitación de sentido del concepto de Historia, sino que se suelen contraponer la tradicion y la historia, con lo cual la última se reduce propiamente a la escrita.

Si absurdo sería admitir una ciencia de sucesos anteriores a los primeros sucesos, tan absurdo es negar de primera intención que, antes de los primeros sucesos de que nos dan cuenta las narraciones escritas y las tradiciones de un país, ocurrieran en este país otros sucesos de que ni unas ni otras nos dicen nada, y que, por ser anteriores a los históricos, forzosamente han de calificarse de prehistóricos. En este sentido, que es el corriente, no hay por qué ni para qué preocuparse de si sucesos contemporáneos en otro país se han de considerar o no como históricos, ni la ilación, que más tarde se pudiera descubrir entre unos y otros, les quita a los primeros en nada su carácter en cuanto a las fuentes de conocimiento que han servido para descubrirlos y estudiarlos, fuentes de conocimiento que son las que verdaderamente distinguen a unas ciencias de otras.

Así es como el intento persistente y estéril de suplantar el nombre de Prehistoria por el de Protohistoria, hijo de apriorismos, no menos que de reivindicaciones de mayorazgo en los pleitos de jurisdicción o competencia científica, no ha conseguido imponerse entre los especialistas, ni menos traspasar las fronteras.

Se dirá que los alemanes designan dicha ciencia con el nombre de Urgeschichte, pero la partícula *Ur* no tiene el sentido preciso y determinado que se suele dar a *proto*, sino otro más indefinido, de primitivo, primordial u originario; tanto es así, que, por ejemplo, Hoernes, al definir la Prehistoria, la llama Urgeschichte oder Vorgeschichte.

Tampoco se detienen los inconvenientes, que trajo consigo la vaciedad de los motivos aducidos para llamar Protohistoria a lo que con el nombre de Prehistoria todo el mundo sabe a qué se refiere, al empleo de una denominación para andar por casa, sino que, en realidad, algunos prehistoriadores han comprendido la utilidad, en algunos casos, de la palabra Protohistoria, no para designar la Prehistoria en general, sino para aplicar aquélla a períodos o épocas de que se poseen testimonios de escritores extranjeros contemporáneos y monedas indí-

genas, aunque no inscripciones descifrables (S. Reinach: *Guide illustré du Musée de S^t Germain*), o abarcando en ella la edad del bronce y primeras del hierro, en virtud de la consideración de que para estas edades posee ya la Arqueología de la Europa occidental los primeros elementos de una cronología absoluta, aunque sólo aproximada (J. Déchelette: *Manuel d'Archéologie préhistorique*), es decir, a tiempos de los que tenemos datos, siquiera incompletos, inseguros, escasos y a menudo contradictorios, escritos por autores extraños, o a épocas, que arqueológicamente se demuestra ser contemporáneas de las históricas de otros países.

Por la manera prácticamente necesaria para avanzar en los descubrimientos respectivos en la mayoría de los casos, se ha llamado gráficamente *ciencias del azadón* a la Prehistoria y la Arqueología; siendo esta última de mayor abolengo, estando ya instalada con más o menos comodidad entre las enseñanzas y profesiones oficiales, viendo en aquella de común con sus procedimientos comparativos el tipológico, y olvidando la importancia primordial de la estratigrafía, geología, paleontología y antropología, ciencias todas naturales, en la determinación y clasificación de los hallazgos prehistóricos, procuró, y en muchos casos consiguió, constituirse en tutora y madre adoptiva de su hermana menor, llamándola *Arqueología prehistórica*. Por su parte, la última sintió, como es natural, pujos de independencia, y en Francia, principalmente los señores de Mortillet, salieron por los fueros de ésta, queriendo evitar al mismo tiempo el sentido sintético del sustantivo Prehistoria y el subordinativo del nombre compuesto Arqueología prehistórica, mediante la neutralización del adjetivo, pues han dado en llamar a esta ciencia *Lo prehistórico*.

En Italia se prefiere el nombre de *Paleoetnología* o *Paletnología*, que solamente se confundiría con la Paleontología humana o estudio de los restos fósiles humanos, principalmente de las razas extinguidas, si se entendiese la Etnología en el sentido en que se entiende generalmente en Francia, pero no

en Alemania; en el otro caso tendría la ventaja de relacionar directamente aquella ciencia, más que con la Historia, con la Etnología en su parte tecnológica principalmente y, por seguro, que no está en contradicción con este criterio la afirmación de Marcel Baudouin (Congrés préhistorique de France; Beauvais, 1909), de que la Paletnología no es más que una ciencia natural, ciencia de colecciones y laboratorios.

No merecería traerse aquí a colación el criterio verdaderamente invertido, de considerar como capítulos de Historia primitiva o Prehistoria los que están henchidos de datos etnográficos actuales, y a su estudio comparativo se dedican en un modesto tomo de Etnología, publicado por mí hace una docena de años, si aquella inversión de criterio no fuese a la par con la infatuación mediterránea de afirmar que en vano se buscará en aquél nada que pertenezca a la cultura de los pueblos civilizados y que los pueblos bárbaros y salvajes llenan todas sus páginas (para ser verdad esto, sería menester clasificar entre los últimos a pueblos que dieron y dan pruebas de tanta o mayor cultura que el propio del crítico improvisado), y si no procediese de endiosados en el concepto jurídico-político, que, por lo visto, habilita para entender y juzgar en todo (1).

En realidad, aunque lógica, o mejor dicho, apriorísticamente, debería la Prehistoria incluirse en la Etnología con el nombre ya indicado de Paleoetnología, se constituyó ya como ciencia independiente con cierta anterioridad, y es el verdadero lazo de unión entre la Geología o Historia de la Tierra y la Historia universal, ahondando el campo de visión en el tiempo (antes de la Historia), como la Etnología lo agranda en el es-

(1) Dice el Dr. Vierkandt, que en la ciencia del derecho está cristalizada la pretensión de querer explicárselo todo, atinar en todo y juzgarlo todo. No sé qué político influyente fue quien, al enterarse de que un recomendado a lo que salga era abogado, contestó:—¡Ah! en tal caso, ya puede ser hasta reina madre.

pacio (fuera de la Historia), y el Folklore lo intensifica en la estructura (más adentro que la Historia) (1).

Cuestión de método.—Excavaciones se han de realizar en la inmensa mayoría de los casos para hacer descubrimientos prehistóricos, como se realizan para los descubrimientos arqueológicos; idénticos instrumentos se han de utilizar; idéntico cuidado se ha de tener en distinguir las tierras removidas de las que no lo son, y no menor en evitar la confusión de unas capas con otras en la superposición por épocas sucesivas, y en anotar con cada objeto todas las observaciones que a sus circunstancias de yacimiento se refieran; análogas precauciones se han de tomar en la recolección, transporte y conservación de muchos de los objetos, como en la reconstitución de otros.

Pero las ciencias auxiliares de la Prehistoria demandan precauciones y perspicacias especiales, a que no está tan acostumbrada la arqueología clásica; la geología, principalmente la *estratigrafía*, la paleontología y la antropología, no pueden contentarse con que se recurra a consultarlas en el laboratorio y la biblioteca; sino que exigen tenerlas en consideración en todo momento de los trabajos de excavación, desde el primero y aun antes de él, no olvidando que también ellas tienen cuestiones litigiosas o prematuramente dadas por resueltas.

Además, en la clasificación de los objetos hallados, sin poder buscar el apoyo de la Historia para completarla y contrastarla como hace la Arqueología clásica, se debe recurrir a la comparación *etnográfica* y folklórica (2), no menos que a la

(1) Todavía queda por considerar otra relación con la Historia en conceptos como el aplicado en lo que los arqueólogos franceses llaman fortificaciones anhistóricas, es decir, no históricas, con lo cual quieren dar a entender que tampoco son prehistóricas.

(2) Es muy curioso el efecto de desencanto que en algunos descubrimientos espeleológicos produce un descubrimiento folklórico; pongo por caso, entusiasmados con el hallazgo de una aguja de hueso en las excavaciones de una caverna, y después de resolver que era neolítica, se la compara con las actuales de tribus salvajes; pero un hombre de pueblo

técnica, para explicarse el uso propio de cada uno de aquéllos, y para tener en cuenta, de una parte, la semejanza de la naturaleza humana en toda la redondez de la tierra, y de otra, que para artefactos ya más complicados y con área de dispersión más limitada, el tráfico puede quizás explicar mejor que las invasiones muchos hechos prehistóricos.

También se suele recurrir al método *tipológico*, fundado en las diferencias y semejanzas de hechura o manufactura y ornamentación de los objetos, considerados como signos de la diferenciación evolutiva y étnica, pudiendo señalarse los más perfeccionados como más modernos y consecutivos de los otros, de los que conservan ciertos rasgos que establecen la filiación; pero muchas veces, el instrumento más perfeccionado no sustituye en absoluto al primitivo, sino que se establece una división del trabajo que permite la contemporaneidad de los dos, o ésta persiste en clases o tribus convecinas; otras veces puede haber en un punto dado estancamiento o regresión, y por todas estas razones el método tipológico no puede pretender el mismo grado de certidumbre que el estratigráfico. Por recurrir sólo a aquél, y olvidar que los cuchillos y raspadores de la edad neolítica o de la piedra pulida no son ellos pulidos, se cometió en algún museo arqueológico el desliz de calificarlos de paleolíticos; error tan garrafal como el que se cometería si se considerase de la edad del bronce un imperdible de bronce de los de la edad del hierro, sólo por ser el bronce el metal con que aquel objeto estaba confeccionado.

Si el arqueólogo De Morgan, por pedir a las ciencias auxiliares más de lo que pueden dar de sí o por preguntarles lo que

---

ofrece por una peseta cuantas agujas iguales se quisiera, añadiendo que su suegro las trabajaba muy bien y vendía muchas; y entonces, casi dan intenciones de arrojar aquella al torrente; no porque se hubiese juzgado oportuno acordarse de los llamados salvajes, y ahora resulte ser cosa de uso corriente en el siglo xx entre los indígenas cercanos a cierto monasterio, sino porque un objeto de uso actual en aldeas españolas, francesas, alemanas, etc., parece que viste poco a la Prehistoria.

no debía, o como no debía, se muestra excesivamente escéptico en cuanto a los resultados que pueda dar el estudio de las razas, el Dr. Schliz de Heilbronn le sale al paso en la 40.ª asamblea de antropólogos, etnólogos y prehistoriadores alemanes en Posen en 1909, diciendo que «de entre las filas de los sistemáticos en las investigaciones de la Prehistoria, sistemáticos cuya fatigosa y fructífera labor en la elucidación de las conexiones culturales prehistóricas no podremos nunca estimar bastante, hemos oído surgir el grito de ¡separémonos de la antropología!; porque la importancia de su labor no les aparecía bastante dignificada en el marco común con las otras ciencias; pero, separada del cimiento sobre el que también esta ciencia creció, la arqueología prehistórica corre peligro de venir a ser nada más que una doctrina formalista con diferencia de tipos cada vez más sutiles, y teniendo además siempre dificultad para que la reconozcan como de iguales derechos los arqueólogos clásicos».

Sean de la época que sean los restos de la industria humana encontrados en una excavación, el desentenderse de los restos humanos que con ellos yacían será siempre tan bárbaro, por lo menos, como pueda ser el desentenderse de los cacharros cuando se va en busca de un tesoro. El celo extremado y exclusivista por lo que una sola ciencia enseña, yendo en perjuicio de las otras ciencias afines o auxiliares, hace de rechazo disminuir en proporción múltiple el valor de los hallazgos para aquella misma.

Si el arqueólogo clama contra el vandalismo (1) de los rebuscadores de tesoros, que rompen las ollas y todo lo demás que encuentren al paso para arramblar con los objetos de metal llamado precioso, o contra el vandalismo de los viajeros

(1) En España no necesitamos acordarnos de los vándalos para expresar la barbarie de los hozadores de sepulcros; más recientes y más vecinos eran los que vaciaron los sepulcros de los reyes de León, el de Arrigorriaga, etc., etc.

curiosos que se llevan esquirlas de un monumento, o contra el vandalismo de los coleccionadores, que se llevan los objetos de más presencia, y esparcen y pisotean todo lo que a ellos no les llame la atención; si el arqueólogo concienzudo recoge todos los muchos pedazos de cada vaso roto (o que se rompe en el acto de la excavación) y los reúne en un cesto o saco aparte, para luego en casa lavarlos, armar de nuevo el vaso y así llegar a veces a determinar tipos de cerámica antes desconocidos; no sabemos en qué grupo de barbarie habría que clasificar a quienes esparcen y pisotean o trasladan a un osario los esqueletos de los primitivos poseedores de aquellos cacharros, o se llevan de ellos, para que la colección conserve más semblante de venerable antigüedad, una que otra tibia, o un pedazo de mandíbula, o un cráneo sin esta última; ni sabemos la diferencia esencial que con aquéllos tendrían quienes destruyen 30 esqueletos para recoger un pobre cuchillo (1), quienes tomándose un trabajo minucioso, paciente y pesado para los más menudos, deshechos y dispersos cacharros, tropiezan en seguida con la palabra imposible en presencia de unos huesos deleznables o muy reblandecidos por la humedad y adherentes a la tierra, y si los recogen, es a golpes de pico y mezclando todos los pedazos de distintos esqueletos; cuando no hacen una selección, basada en alguna rareza, curiosidad o particularidad, o en un estado de conservación que los haga más lucidos para figurar en un estante de la colección, descabalando, desviando, desfigurando ydesnaturalizando la verda-

(1) «L. Manouvrier: La protection des antiques sépultures et des gisements préhistoriques.» *Revue de l'Ecole d'Antropologie de Paris*, 1901.—Sabido es que la mayor parte de los dólmenes y casi todos los cementerios galo-romanos y merovingios han sido saqueados en Francia por coleccionadores que se dicen arqueólogos, y que se cuidaban de los esqueletos tanto como un ratón de las ideas contenidas en el libro que roe. L. Manouvrier: «*Mém.s. de la Soc. d'Anthrop. de Paris*, t. II, 3.er fasc. 1902.»

dera característica general del grupo humano a que aquellos esqueletos pertenecían.

Es verdad que, principalmente en las tumbas de piedra al ras de tierra, los esqueletos a veces son tan deleznables, que nada más con tocarlos se hacen polvo; pero en último extremo, lo menos que se puede hacer es fotografiarlos, y aun se podría intentar el silicatarlos en masa, antes o después de la extracción, cuando tienen algo más de consistencia.

Claro es que los huesos manchados de tierra muy adherente no son muy lucidos para figurar en una vitrina; además, suelen romperse al menor choque o estirón, por su reblandecimiento, debido a la humedad; pero si sabemos considerarlos como hallazgos de interés nada secundario, adoptaremos con todos las precauciones necesarias. Desde que aparece el primer hueso, no debe trabajarse a pico, sino raspar la tierra con un instrumento corto, procurando desprender un esqueleto o una primera capa de huesos y recogiendo, sin mezclarlos con otros, los de un esqueleto; si hay algo de adherencia, se espera algunas horas, para que se sequen antes de arrancarlos, mediante nuevas raspaduras de la tierra con un cuchillo, y habida cuenta de cuáles son los puntos de menor y mayor resistencia en el hueso; si se rompe, a pesar de nuestros cuidados, se marcan los pedazos. Se marcan ademas en seguida, con un número, todos los que seguramente son del mismo esqueleto; y hecho esto, se sigue la exploración. Los huesos extraídos se dejan secar y endurecer al aire libre por algunas horas antes de transportarlos; el transporte requiere también cuidados, y conviene no amontonarlos en sacos en que peligran las caras, parte de la calavera, importantísima en antropología. (L. Manouvrier: *La protection...*, 1901.)

Todo esto exige diez o veinte veces más tiempo que el generalmente empleado en un dolmen por arqueólogos concienzudos, y un gasto en proporción, que pueden llegar a varias semanas de trabajo y cientos de pesetas; pero ¿no es más razonable buscar la probabilidad de obtener más tarde datos feha-

cientes en un calcáneo, astrágalo, vértebra, tibia, mandíbula, etcétera, etc., que no divagar y fantasear acerca de encorvamiento de piernas, estado rudimentario de la mentalidad, parentesco o identidad con los negros o con las huestes de Osiris, Atlas, Hércules o Nino, etc., etc., sin más apoyo que unos garabatos o algunos cacharros, conchas y pedernales?

Cuestión de competencia.—Considerada como sustantivo la Prehistoria, constituye propiamente una síntesis, edificada con los resultados de análisis muy heterogéneos, debidos a estratígrafos, paleontólogos y antropólogos, como también a espeleólogos, geólogos y arqueólogos, y acudiendo, como fuentes de conocimiento auxiliar, a la historia, la geografía física, la toponimia, la etnografía y el folklore, sin dejar de intervenir una dosis mayor o menor, según los autores, de fantasía deductiva.

La heterogeneidad de los métodos analíticos de aquellas ciencias, y, por consiguiente, la heterogeneidad de tendencias y resabios en las individualidades científicas, que desde tan distintos campos han acudido al de la Prehistoria, dificultan su unificación como cuerpo de doctrina verdaderamente metódico, y por eso, a pesar de que los asuntos que a esta ciencia conciernen se tratan en los centros de cultura superior, no hay propiamente una cátedra ni una institución de Prehistoria. Cierto es que esto último se podría también decir en cuanto a Francia respecto de la Etnología, y en muchas Universidades alemanas, incluso Berlín, de la Antropología; pero ello no es más que aparente, pues se encuentran incluídas la una en la otra. Lo mismo pudiera decirse en principio de la Prehistoria, por la necesidad que tiene de atenerse de preferencia a métodos de investigación tomados de las ciencias naturales; pero su mismo nombre y los escarceos a que con ella se entregan los espíritus educados en otras ciencias más deductivas, especulativas o discursivas, y hasta los dedicados al arte del historiador, nos indican la dificultad de recabar para aquélla su inclusión privativa, absoluta y definitiva en la Antropología.

O si no, ¿qué quiere decir que el autor de uno de los más recientes y concienzudos manuales de Arqueología prehistórica, Mr. Déchelette, nos dé la noticia de que la Prehistoria ha conquistado su puesto en la enseñanza del Colegio de Francia, porque el profesor de Historia y Antigüedades nacionales, Mr. Camille Jullian, en la lección de principio de curso de 7 de Diciembre de 1907 (1), reivindicase para la Historia, en un brillante discurso de defensa, el derecho de estudiar los pedernales y los bronces anteriores a los textos? Sin embargo, tal reivindicación no impide que todavía un año después se evidenciase en sus conferencias sobre la historia de la Galia, dadas todos los miércoles, la necesidad psicológica en que se encontraba el hombre de la Facultad de Filosofía y Letras de tomar como materiales de estudio lo que propiamente no son tales, sino ideas elaboradas por los especialistas dedicados a excavaciones prehistóricas. No es, pues, la Historia, o mejor dicho, el hombre dedicado a estudios históricos, puesto que la Historia no es más que pura abstracción o el resultado del trabajo de aquél, quien puede revindicar para sí la aptitud, y sin aptitud no hay derecho para estudiar pedernales y bronces.

Una cosa es que el especialista se felicite de la difusión de las aficiones a la Prehistoria, y de que a ésta se le dé cierta estimación dentro del espíritu clásico de las Humanidades, y otra que el arqueólogo, aunque no sea más que en nota del prefacio, dé su conformidad a tales quid pro quo de pericia.

La pluralidad de nombres que de diversos lados surgieron para esta ciencia hasta venir a parar a la excéntrica neutralización de un adjetivo; las oscilaciones del método según la preparación científica o el campo de que procedían los especialistas y la posición adjetiva de aquélla en el cuadro de las enseñanzas, dieron una cierta mácula de ambigüedad a las cuestiones de competencia que desde un principio se plantearon.

(1) No estará demás consignar, para los que miden la tarea del profesor por horas de clase, que el curso termina antes del Domingo de Ramos, y no es de los más cortos.

Así, los geólogos consideraban a Boucher de Perthes, dramaturgo y arqueólogo, como incompetente, o séase aficionado en cuestión de fósiles y de los discutidos instrumentos paleolíticos; toda la plana mayor de los hombres de ciencia, sin más paladín defensor enfrente que nuestro maestro Vilanova, dejó ahogado por diez y seis años el descubrimiento de Santuola en Altamira, hasta que un francés descubriese en Francia algo parecido, para venir a decir después uno de ellos que aquella localidad no había sido nunca *estudiada*, y arrogarse la gloria del descubrimiento y la iniciación; el antropólogo alemán Klaatsch considera a los sacerdotes franceses descubridores del esqueleto de La Chapelle aux Saints como profanos, y que como tales comprobaron menos cuidadosa y circunstanciadamente de lo que era menester las condiciones de yacimiento, por no citar más que algunos ejemplos.

En cambio, el antropólogo francés Verneau califica de defectuoso el trabajo de restauración hecho por Klaatsch en un cráneo desenterrado por él mismo en presencia de varios otros antropólogos alemanes y con toda clase de precauciones; como también es cierto que los hombres de ciencia y las revistas científicas dan la alternativa en la Prehistoria a maestros de escuela, notarios, jueces, farmacéuticos, médicos, sacerdotes, etcétera.

Pero la *Praehistorische Zeitschrift* (II Band, 4 Heft, 1910, pág. 416) nos dice que «el descubrimiento de la celtibérica Numancia y del cerco de Escipión, realizados por el profesor de Erlangen, Dr. Schulten, dió el primer impulso para empezar a cavar por todas partes, lástima que con más entusiasmo que método», aunque tales excavaciones sean oficiales y, por consiguiente, dirigidas por oficialmente competentes.

Es verdad que más entusiasmo que método revelan otras excavaciones si son guiadas por imaginaciones seudo-clásicas, capaces de ver ejércitos, coturnos, clámides, mantos, túnicas y velos en terrenos geológicos, arcillas, areniscas y anhidri-

tas, cuando no piernas encorvadas (1), a la vez que cabelleras flotantes, monosilábicos sones (2), inteligencias en que ni se inicia, ni se sostiene, ni se procura sino una sola idea, en seres que no dan más motivo para aquella suposición que los bien erguidos australianos y las muy largas cabelleras de sus mujeres, ni por su capacidad craneal nada pequeña, absoluta y relativamente considerada, ni por su ángulo facial no menor que el del australiano. Y es verdad que más entusiasmo que método revelan algunas otras colecciones, cuya falta de autenticidad estratigráfica y hasta local, las hace definitivamente inservibles para ningún fin científico, que no sea el de rellenar estantes de un museo, como se rellenan de encuadernaciones las vitrinas del despacho de algunos facultativos y letrados.

La competencia suele entrar en cuestión también de una manera franca o velada en otro sentido. Los coleccionadores y aficionados y los que se pirran por hacer de sabios, en ocasiones también los competentes, dan más importancia, que al interés general de los datos científicos bien determinados, a su amor propio, a la vanidosa prioridad, al pretendido derecho de adelantarse a otros o de estorbarles con menos competencia real que legal, y sea por ignorancia y atolondramiento, sea por otros motivos más vituperables, reducen a nada o poco más que nada, muchísimos datos prehistóricos.

---

(1) «El chauvinismo francés se refociló con la idea de habernos fallado el triunfo del descubrimiento del cráneo de Le Moustier, que se nos había echado en cara como una *indélicatesse...;* y la antigua idea, recalentada ahora en las revistas francesas, de que los hombres de Neander andaban encorvados, a veces a cuatro patas, es sencillamente un disparate (Unsinn). Por los caracteres puramente anatómicos, podría con el mismo derecho suponerse, por los huesos de las piernas de los australianos, que sus dueños no podrían andar derechos. Semejantes suposiciones anticientíficas exigen repulsa dura.» Klaatsch: *Umschau*, 1909, pág. 250.

(2) El ladrido del perro es bisilábico; ¿se habría quedado más atrás el hombre primitivo? Esta es la estúpida consecuencia de considerar, con preferencia supersticiosa del número 3, los tres grupos de idiomas hasta hace poco admitidos como escalones ascendentes.

Como ejemplo, nos bastará recordar que Mr. Piette, a quien tantos descubrimientos de arte prehistórico pirenaico debemos, se lamentaba en cierta ocasión de que, a pesar de saber por experiencia que hay en las ciencias, como en todas partes, piratas siempre dispuestos a meterse en el camino de otro, si no se tiene la prudencia de ocultárselo, le faltase ésta en cierta ocasión, y se produjesen hechos vituperables y delictivos, quizás para hacer desaparecer pruebas por las que se pudiera apreciar el carácter del yacimiento, y de que en el Congreso de la Asociación francesa para el progreso de las Ciencias (Pau, 1892) se atreviese alguien a proponer el acaparamiento de las excavaciones, en perjuicio de los que verdaderamente las habían hasta entonces explorado y estudiado con abnegación y con fecundos resultados para la ciencia. (Ed. Piette: *L'époque éburnéenne*. St. Quentin, 1894).

Lo mismo en cuestiones de vandalismo antimetódico o exclusivista que en las de piraterías de competencia, me he inspirado principalmente en lo que autores franceses de respetabilidad se han decidido a decir al público; y lo he hecho por razones fáciles de comprender, razones que, por otra parte, me obligan a no ser más explícito que ellos, ni traer a colación sus episodios menudos. Sólo añadiré que si Mr. Salmon dió ya en 1895 una lista de 147 yacimientos neolíticos, cuyos huesos habían sidos destruídos, dispersados o abandonados, y si Mr. Cartailhac en 1893 decía que los arqueólogos han destruído, ellos solos, más osamentas que los agentes naturales y los obreros del campo, también Mr. Hervé extendía el reproche de vandalismo estúpido a los arqueólogos españoles y portugueses en las grutas de Lycea (Lisboa), Furninhia (Peniche), Murciélagos (Albuñol), Orihuela, megalito de Monte Abrahao (Lisboa), megalitos de Granada, etc. (*Revue de l'Ecole d'Anthropologie de París* 1899).

Cuestión de protección. Tales clamores trajeron consigo la demanda de protección, emitida por el Congreso internacional de Antropología y Arqueología prehistóricas de 1900, en el

sentido en que ya estaba en vigor hacía mucho tiempo en Suecia y Dinamarca; pero la contestación del ministerio francés no fue todo lo satisfactoria que se deseaba, pues ponía por delante el derecho de propiedad (de uso y abuso). Mr. Manouvrier pensó en la eficacia de la opinión pública, ilustrándola convenientemente; pero sí ésta ha probado ya no ser bastante eficaz cuando se trata de tesoros artísticos de los últimos siglos, no se le puede pedir más fuerza respecto de las cavernas y demás yacimientos prehistóricos, cuanto menos respecto de la primera exploración y quizás la definitivamente desastrosa de los hoy ignorados.

Hay además casos de perentoriedad en obras de ingeniería privadas o públicas, y aunque en menor escala y menos verídicas también suelen ciertos coleccionadores alegar las prisas del agricultor.

Sin embargo de todo lo dicho, y de que la marea de exploradores, en mayor proporción que su competencia y honorabilidad, crecía de una manera aterradora, fue menester otro acicate muy distinto para que los poderes públicos tomasen por su cuenta el asunto en Francia. En terrenos adquiridos por él en el Perigord había descubierto, y seguía descubriendo el arqueólogo suízo Hauser, esqueletos y restos de la industria del hombre prehistórico muy valiosos para la ciencia, y las mejores piezas habían ido a parar al Museo de Berlín (1); al francés le parece muy bien que la corona votiva de Recesvinto y la dama de Elche descansen en Cluny y el Louvre hasta que un émulo del jocondista se las lleve (y no hablemos del procedimiento por el que llegaron a su actual destino muchos cuadros de Murillo, y alhajas del emperador de la China), pero le sabe a cuerno quemado que los hallazgos de la actividad pri-

(1) No se recataron los alemanes para decir (Soc. Antrop. de Würtenberg, 12 Diciembre 1908) que a la ciencia alemana hay que agradecer este importantísimo resultado de las excavaciones, pues los franceses todavía no han publicado nada acerca del esqueleto hacía veinte años encontrado en la misma localidad de Le Moustier.

vada en la propiedad o arrendamiento expreso de un extranjero salgan de Francia para ir precisamente a Berlín. Los clamores de los más o menos especialistas movieron al ministerio a proyectar una ley prohibiendo a O. Hauser la continuación de sus excavaciones; pero entonces vieron que habían lanzado arena a sus propios ojos, y 90 sociedades científicas francesas con 20.000 socios han protestado contra una ley de excavaciones que causaría estragos en el ánimo de los que se sintieran impulsados a trabajos de exploración y excavación. Hauser mismo ha declarado ya que, en lo posible, los hallazgos importantes quedarán en Francia, y él incitó además a la fundación de un museo local prehistórico en Les Eyzies de Tayac, lugar de poco más de 1.000 habitantes a 40 kilometros de la capital del departamento (Périgueux), que también tiene su museo.

Esto último es una muestra de la descentralización, quizás más acentuada que en otros en estos museos que, dice el profesor Conwentz, «contribuyen a educar la voluntad para la conservación y estudio de las antigüedades locales, deberían gozar de autonomía para explorar y excavar aun en terrenos del Estado, y ser los encargados del estudio y conservación de los hallazgos; las medidas necesarias para una cosa y otra podrían tomarse con más garantías de acierto, y además sus empleados conocen el país y sus habitantes, lo cual facilita mucho y hace más fructíferos los trabajos y estudios» (27.° informe administrativo del Museo provincial de la Prusia occidental para el año 1906. Danzig). Claro es que aplicar estas consideraciones a museos de lugares como Les Eyzies puede conducir a un absurdo, pero son muy razonables para casos como el de Danzig o el de Périgueux.

Por su parte, el profesor Georg Thilenius, a propósito de la proyectada división y traslación del Museo etnográfico de Berlín, dice que «la Prehistoria es la ciencia en que la centralización trae las menores ventajas positivas; el Museo provincial tiene todas las relaciones personales, todas las conexiones oficiales y la ventaja de poder intervenir *en seguida,* si se des-

cubren en algunas remociones de tierras objetos prehistóricos. Todo esto falta al Museo de Berlín, y su intervención no ha sido siempre afortunada. Peligroso podría parecer que el Museo de Berlín conservase el derecho de elección de los hallazgos típicos e importantes. Esto sólo debe valer para los de terrenos del Estado. La Prehistoria actualmente no se propone ante todo adquirir *hallazgos, sino averiguar las circunstancias* de éstos, y cuidar y proteger los restos, cada vez más escasos, como verdaderos monumentos que son. En este cometido, el Museo de Berlín ha de declinar de antemano en la colaboración de los Museos provinciales, y la tarea será tanto más fácil y completa, cuanta más confianza se muestre en la colaboración de éstos. Por su parte, el Museo central parece predestinado a elaborar las cuestiones de conservación, tratamiento técnico de los yacimientos, protección del monumento, etc.» (Georg Thilenius: *Correspondenzblatt für Anthr. Ethnol. u. Urgeschichte,* 1907, pág. 39.)

Por último, también el Estado español ha estimado que era llegada la hora de tomar medidas protectoras contra el vandalismo, la codicia y el atolondramiento de los aficionados; sin que al decir por último, quiera dar a entender que marcha a la cola de los demás Estados europeos, según el modelo estereotipado que para el español usaba el novelista alcalde de Amiens. Ni la densidad de población, ni la intensidad de remoción de tierras con ocasión de apertura de vías públicas, etc., ni el número relativo y actividad de los codiciosos y aficionados fatuos es en España tan grande como en algunos otros países, ni la tardanza del Estado en acudir a evitar para lo sucesivo aquellos males, ha sido mayor que la de algunos otros de la misma Europa, que suelen servir de modelo; sin embargo de lo cual, hay que reconocer la oportunidad y el buen criterio que ha inspirado la ley que D. Amalio Gimeno ha tenido la satisfacción de llevar a la sanción de S. M. el 7 de Julio de 1911.

Sin embargo, si por una parte esta ley, con la condición de

inspección oficial del Estado para la concesión de excavaciones, establece una traba que todos los que han sufrido lentitudes y dificultades burocráticas y saben la perentoriedad de muchos de los casos que se presentan en la práctica, comprenderán lo que significa; por otra parte, muestra cierta candidez para con los descubridores extranjeros al otorgarles pleno dominio sobre todos los objetos duplicados y autorizarles para llevar fuera de España por un año los no duplicados. Muchos objetos, que a primera vista se consideran duplicados, no lo son en un estudio más detenido, y conocemos bien el tesón y la astucia de muchos de esos señores para no contar con la facilidad del contrabando de exportación en las mismas narices del inspector. El año de ostracismo de los objetos no duplicados se podría evitar muy bien con un molde, y así precaverse de que tal año se convierta en una eternidad; pues si hay muchos hombres de ciencia extranjeros con la conciencia suficiente para cumplir como buenos con este plazo, dado caso que enfermedad, muerte u otra fuerza externa no se lo impida, también los hay cuya conciencia en este puuto es como la de aquel político bibliófilo, a quien no se le podía prestar impunemente ningún libro; o la de aquel otro personaje a quien ocurrió que, en una visita suya a un archivo, se notó la desaparición de un códice, y cerradas todas las puertas y ventanas, y una vez a oscuras, conminados todos los presentes para que el ladrón se desprendiese de su adquisición, volvió el códice a su sitio; o la de aquel conocido de Mr. Piette, que en vez de devolver a su legítimo dueño el ejemplar auténtico prestado, le entregó un molde pintado, muy bien imitado.

Muy aventurado nos parece el poder asegurar que un yacimiento dado no tenga más interés que el histórico o artístico, o solamente arqueológico o nada más que paleontológico, por lo que el inspector designado podrá no ser realmente competente en parte, y aun quizás en todo lo que a las excavaciones y hallazgos de aquel caso se refiera; lo cual le conducirá, o a confiarse demasiado, o a influir perniciosamente, o a servir de

pura rémora, según cuales sean las características de las personalidades en contacto. Mas si hemos de buscar el inspector perfecto, sospecho que nos podría ocurrir lo que a Bertoldo cuando buscaba el árbol de donde ahorcarse.

Mr. L. Manouvrier indica (loco citato) la alegación de algunos particulares, y hasta de algunas sociedades científicas de la falta de local como escusa, para no coleccionar los huesos, y dice por su parte: «¿Es, pues, tan difícil y tan caro en provincias arrendar algún pobre local para alojar en él huesos rotulados? Poco importa a la ciencia que estos restos descansen en soberbias vitrinas, y en un edificio con nombre de museo, con tal que estén al abrigo de la destrucción.» Lo cual se presta a menos interpretaciones que la exigencia de la nueva ley antes citada, de que «las condiciones en que los objetos se conserven permitan cumplir los fines de cultura a que se destinan». Encajonados y almacenados hay en el magnífico Museo Etnográfico de Berlín muchísimos objetos, en condiciones en que es imposible estudiarlos, cuanto menos exponerlos al público y, por otra parte, no hace mucho se lamentaba ten Kate, en una nota a un artículo bibliográfico de *L'Anthropologie*, de que una colección de huesos, que trajo él de California, y donó a la Sociedad de Antropología, de París, hayan desaparecido o, por lo menos, no se sepa dónde están.

Muy conveniente para la verdadera utilización y fecundidad científicas nos parece la tendencia descentralizadora de la ley referida, al consignar que si la localidad lo solicitare, «el Estado *deberá* autorizar la permanencia en ella de la colección»; pero éste deber queda un tanto en el aire con lo consignado en el art. 12, por el que se admite la posibilidad de que el Estado no entregue a los Museos de provincias o locales los hallazgos o colecciones adquiridos por aquél y, en ese caso, se dice tendrá por lo menos que donarles un ejemplar de cada objeto duplicado. ¿No sería mejor que el Museo provincial o local conservase los originales y el núcleo de la colección, y el central se proporcionase molde, como se hace con muchísimos

objetos en el Museo de Antigüedades nacionales de St. Germain en Laye, incluso para originales de otros Museos de París, y aun objetos de otras salas de aquel mismo Museo?

En cuanto a los merodeadores por el estilo de ciertos bañistas de unas aguas sulfurosas, que volaron con dinamita algunos dólmenes respetados por cientos de generaciones de indígenas, no valen contra ellos las leyes, ni la Guardia civil y los carabineros por sí solos; es menester que el paisanaje se penetre bien de su derecho al respeto de las creaciones indígenas y de su obligación a contribuir para que no queden impunes los actos de vandalismo, con perdón de los vándalos de la Historia, así llamado.

TELESFORO DE ARANZADI

LA AMÉRICA MODERNA

La *Zollverein* de las Repúblicas centroamericanas. Dificultades de las uniones aduaneras. El comercio exterior de las Repúblicas centroamericanas. Valoración política de las uniones aduaneras.—Antropogenia argentina. Los descubrimientos del Dr. Florentino Ameghino en los terrenos pampeanos. Aplicación de los métodos morfológicos de clasificación craneana. Nueva especie humana.—Saldo de deudas internacionales de Venezuela.—El bálsamo del Perú.

El movimiento unionista en las Repúblicas de Centro América no se contrae a vagos sentimentalismos, como la adopción de cantos patrióticos centroamericanos, o a procedimientos pedagógicos, como la fundación de la Universidad centroamericana, sino también, y aparte de las medidas de inteligencia política, se encamina ahora a la adopción de medidas de política económica trascendental, como las ligas aduaneras, si bien todavía no se trata más que de un generoso intento. La *Zollverein* de los Estados de Centro-Europa ha dado la pauta para todas las uniones aduaneras que se intentan en Europa y en América. Los escritores centroamericanos intentan enfilar el mismo rumbo. Es indudablemente la *Zollverein*, o liga aduanera, un medio indicadísimo para llegar a la unión de pueblos afines. Cuando en España el iberismo estaba más en boga que en la actualidad, hombres como Joaquín Costa proponían una *Zollverein* hispano-portugesa para conseguir la unión de Es-

paña y Portugal. Esta es hoy la idea que se agita en Centro-América, desenvuelta por José V. Ferrer en un extenso trabajo, del cual transcribiremos lo más saliente (1).

El principal obstáculo que encuentran estas uniones aduaneras estriba en el interés fiscal, tanto más acentuado cuanto mayor es la representación que los derechos de importación tienen en los ingresos de la Hacienda nacional. Precisamente la dificultad que ofrecen los Estados hispanoamericanos para desenvolver una amplia política de tratados de comercio, arranca de la importancia que en sus ingresos financieros tiene la renta de aduanas. El tratado de comercio, al ligar las partidas, rebaja los derechos de importación o aplica las tarifas mínimas, según esté construído el Arancel; pero en todo caso, el tratado se resuelve en una aminoración de las tarifas, y consiguientemente, por de pronto, en una diminución de ingresos. Claro está que, estimulado el intercambio por el tratado, el aumento del volumen comercial puede llegar a compensar la rebaja de derechos determinando mayores ingresos. Pero lo cierto es que la dificultad que se ofrece en primera línea es innegable. Un estudio del movimiento comercial de un país y de sus tarifas arancelarias, es el preliminar de todo trabajo que se dirija a plantear la unión aduanera. Y así procede el escritor centroamericano a quien hacemos referencia.

«El buen sentido político—dice José V. Ferrer—aconseja a los centroamericanos que se supriman de una vez para siempre todos los obstáculos aduaneros que dificulten evidentemente el desarrollo constante y progresivo de la actividad comercial entre nosotros. Protéjase eficazmente ésta, y se verá cómo se imprime vigor y energía a las fuerzas vivas nacionales, cual un organismo al recibir la savia que lo nutre y vivifica. Recuérdese que cuando las masas se alimentan—y esto puede tomarse en su acepción más lata—producen mucho más y consumen en

(1) *Centro-América*, órgano de publicidad de la Oficina Internacional Centroamericana, 1912.

proporción, pues el aumento de la producibilidad y del consumo son siempre, y en todos tiempos y lugares, causa y signo verdaderos de un acrecentamiento correlativo en la riqueza pública.

Una vez eliminado todo espíritu de proteccionismo entre los países centroamericanos, sus deudas habrían de existir tan sólo para las naciones extranjeras, propiamente dichas; deberían, sí, reorganizarse bajo un principio estrictamente fisca moderado, que no dejara de ajustarse en todo caso a las necesidades y conveniencias administrativas de cada sección, ni llegase a herir en ninguna circunstancia muy profundamente los grandes intereses comerciales, que deben ser por igual protegidos en todas las Repúblicas del istmo.»

Una liga aduanera entre los cinco Estados, bien estudiada y acordada, podría, a lo que creemos, conducir a resultados muy prácticos, que tal vez colmaran en toda su extensión el patriotismo centroamericano.

José V. Ferrer hace el estudio de la situación final de Centro América con relación a su aduana, antes de llegar a las conclusiones, de la siguiente manera:

«Dada la unidad sociológica de la población centroamericana y la falta de fronteras naturales, se tiene ya uno de los supuestos verdaderamente estimables para toda *Zollverein*.

En una extensión superficial de unas 172.999 millas cuadradas inglesas de esta región privilegiada con todos los dones de la Naturaleza, vegeta una población que, según estadísticas aceptadas, alcanza a unos 4.458.204 habitantes, lo que viene a dar una población relativa de 25,7 por milla cuadrada; mas esa densidad no es uniforme, sino que llega a quedar representada en El Salvador por 139,3; en Guatemala, por 39,4; en Honduras, por 16,8; en Costa Rica; por 14,5, y en Nicaragua, por 10.

Adoptando el año de 1905, en que se disfrutó la paz uniforme en las cinco Repúblicas, es decir, el período más reciente, sin que haya sufrido alteración ninguna la actividad económica del pueblo en ninguna parte; según los documentos

oficiales que hemos tenido a la mano, observamos que Centro-América presentó un movimiento comercial con el extranjero, equivalente a 49.541.394 pesos oro, de cuyo volumen correspondieron: 15.082.202 pesos a Guatemala; 12.832.806 pesos a Costa-Rica; 10.001.995 pesos a El Salvador; 6.988.741 pesos a Nicaragua, y 4.635.650 pesos a Honduras. Este volumen se representa, en este mismo orden, por los guarismos siguientes: 30,5 por 100, 25,9 por 100, 20,2 por 100, 14,1 por 100 y 9,3 por 100; proporciones que expresan, sin duda, la escala de la capacidad media comercial de las secciones del istmo. Mas esta capacidad, individualmente considerada, es decir, en relación con las poblaciones, nos puede dar el grado característico verdadero del poder productivo de cada una de las cinco Repúblicas, a saber: Costa-Rica, 38,38 pesos por habitante; Nicaragua, 13,93 pesos; El Salvador, 9,93 pesos; Guatemala 8,18; pesos, y Honduras, 5,98 pesos. De manera que, al par que la producción absoluta máxima corresponde, en primer término a Guatemala y en segundo a Costa-Rica, dos países que juntos casi componen la mitad de la población de Centro América, en la producción relativa, Costa-Rica, que cuenta la población más pequeña, viene a ser la primera en un término que se aproxima a casi cuatro veces la de El Salvador y como tres la de Nicaragua; descendiendo Guatemala al cuarto lugar, a la vez que Nicaragua asciende al segundo.

El importe del comercio general extranjero, para el año que hemos adoptado, se descompone en 27.986.905 pesos oro para la exportación, 21.554.489 pesos oro para la importación; lo que equivale a un 56,5 por 100 para la primera corriente y a un 43,5 por 100 para la segunda. Pero esta proporcionalidad se halla, en lo particular, en un grado muy vario, y observamos que en todo caso, la exportación supera a la importación; en Costa-Rica, la primera es de un 63,8 por 100, y la segunda, de un 36,2 por 100; en El Salvador, de un 56,4 por 100 y un 43,6 por 100; en Guatemala, de un 54,6 por 100 y un 45,4 por 100; en Honduras, de un 53,4 por 100 y un 46,6

por 100 y en Nicaragua, de un 50,7 por 100 y un 49,3 por 100, respectivamente, en cada uno.

Conforme a estos datos, en cuanto a exportación, ocupa el primer lugar Guatemala, con 8.237.758 pesos; el segundo, Costa-Rica, con 8.094.910 pesos; el tercero, El Salvador, con pesos 5.639.533; el cuarto, Nicaragua, con 3.541.814 pesos; y el quinto, Honduras, con 2.472.890 pesos. Y obsérvese que guardan ese mismo orden en lo que toca a la importación, pues aquí Guatemala vuelve a ocupar el primer lugar, con pesos 6.844.444; Costa Rica, el segundo, con 4.737.896 pesos; El Salvador, el tercero, con 4.362.462 pesos; Nícaragua, el cuarto, con 3,446.927 pesos; y Honduras, el quinto, con 2.162.760 pesos.

Conviene, sin embargo, buscar aquí también el término relativo que indique, en cuanto a la exportación e importación, el tipo que corresponde particularmente a cada República centroamericana.

Y por último, de la Costa-Rica, el café forma el 46,6 por 100; el banano, el 45 por 100; los metales, el 3,1 por 100, y los productos diversos, el 5,3 por 100.

Bueno es observar que entre las cantidades tan considerables que, en la clasificación de *Metales* del cuadro anterior, exhiben El Salvador y Costa-Rica, figura, en su mayor parte, la exportación de oro y plata acuñados; hecha esta advertencia, puede afirmarse con verdad que Honduras y Nicaragua dominan en la produción de metales preciosos, así como en la del ganado. Cuanto a la producción de café, se hallan colocadas las Repúblicas en este orden: Gnatemala (42,9 por 100), El Salvador (25,6 por 100), Costa-Rica (22,2 por 100), Nicaragua (9 por 100) y Honduras (3,10 por 100). En la de bananos: Costa-Rica (73 por 100), Honduras (18,5 por 100), Nicaragua (5,9 por 100) y Guatemala (2,6 por 100). Y en la de productos diversos: Nicaragua (28,9 por 100), Guatemala (27,3 por 100, El Salvador (16,3 por 100), Costa-Rica (14,5 por 100) y Honduras (13 por 100).

Examinando el cuadro de las importaciones centroamericanas para el año que venimos analizando, encontramos que las Repúblicas se hallan colocadas en este orden, guardando las proporciones o equivalencias de importancia que se verán en seguida: Guatemala, un 31,8 por 100; Costa Rica, un 22 por 100; El Salvador, un 20,2 por 100; Nicarágua, un 16 por 100, y Honduras, un 10 por 100.

En lo relativo al estudio de las cuestiones sobre derechos de aduanas en Centro-América, hay que tomar en cuenta la diferencia de moneda entre las Repúblicas, pues, como es bien sabido, las estadísticas en esta materia no aparecen en ninguna de ellas estimadas a un tipo fijo de moneda de oro, cual es costumbre hacerlo respecto del movimiento comercial.

Hemos procedido, pues, a la reducción previa, a oro, de las varias monedas centroamericanas, sirviéndonos, al propósito, de los tipos de cambio que han debido regir sobre Londres, en todo el año de 1905, en cada uno de los mercados de Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua (1). Estos tipos de cambio, en su media correspondiente, son: para Guatemala, 12,36 por 1 pesos; para El Salvador, 2,23 pesos; para Honduras, 2,35, y para Nicaragua, 7,09 pesos. En cuanto a Costa-Rica, la paridad es la de 2,15 colones por cada peso oro, según la equivalencia aproximada establecida por la Dirección de la Casa de Moneda americana.

Durante el año de referencia, Centro-América tributó en favor de sus respectivos Estados la cantidad de 12.511.948 pesos oro; de este total corresponde el 30,59 por 100 a El Salvador; el 23,09 por 100 a Costa-Rica; el 22,02 por 100 a Guatemala; el 13,06 por 100 a Nicaragua, y el 11,24 por 100 a Honduras. Y si buscamos ahora la tributación relativa, por habitante, para cada uno de los Estados, tanto en moneda de oro como en la particular de ellos, encontramos que:

---

(1) *Thirthy-third Annual Report of the Corporation of Foreig Bondholder*. Londres, Enero de 1907.

Guatemala tributó: en oro, 1,49 pesos; en moneda nacional, 18,48 pesos.

El Salvador tributó: en oro, 3,80 pesos; en moneda nacional, 8,47 pesos.

Honduras tributó: en oro, 1,81 pesos; en moneda nacional, 4,20 pesos.

Nicaragua tributó: en oro, 328 pesos; en moneda nacional, 23,15 pesos.

Costa-Rica tributó: en oro, 8,64 pesos; en moneda nacional, 18,58 pesos.

Todo Centro-América tributó: en oro, 2,86 pesos por habitante.

Por este cuadro observamos que en orden de tributación en oro, Costa-Rica produce más al Estado, y ocupa el primer lugar; El Salvador, el segundo; Nicaragua, el tercero; Honduras, el cuarto, y Guatemala, el quinto; pero esto deja de ser así en orden a la moneda particular de cada Estado, en que Nicaragua resulta produciendo más, y tiene el primer lugar; Costa-Rica, el segundo; Guatemala, el tercero; El Salvador, el cuarto, y Honduras, el quinto.

El rendimiento de las Aduanas, en el año que hemos adoptado para nuestro estudio, alcanzó a 8.095.752 pesos oro, suma que representa el 63,2 por 100 del importe general de la tributación que dejamos consignado más arriba. Este total se descompone como sigue, con el tipo de relación que le corresponde entre cada Aduana parcial y su respectiva tributación:

REPÚBLICAS	Producto aduanero. *Pesos oro.*	Por ciento
Guatemala	1.991.760	72,5
El Salvador	2.502.694	65,5
Honduras	640.555	45,5
Nicaragua	1.114.098	68,5
Costa-Rica	1.846.645	64,0
Suma	8.095.752	63,2

Por donde se ve que la Aduana de El Salvador es la primera, por las entradas que rinde al Estado, y en este orden le siguen Guatemala, Costa-Rica, Nicaragua y Honduras; sin embargo, también se observa que no concurren de manera análoga a formar el total de tributación que demanda cada Estado. En este concepto, el Estado de Guatemala es el que saca más producto de su Aduana; le siguen en el mismo sentido Nicaragua, El Salvador, Costa-Rica y Honduras. Es decir, no es la Aduana más opulenta la que entra en mayor proporción en el presupuesto rentístico de cada Estado; así, El Salvador, que es la primera, no entra al igual de la de Guatemala; y la de Costa-Rica, que es casi igual en importancia a la de Guatemala, queda entrando por debajo de ésta en más de ocho puntos de sus respectivas equivalencias.

Ahora bien; veamos en qué proporción del volumen de importaciones y exportaciones se encuentra el rendimiento aduanero de los Estados; y hechas las calculaciones del caso, encontramos que la Aduana de El Salvador representa el 25 por 100 de su comercio; la de Nicaragua, el 16 por 100; la de Costa-Rica, el 14,4 por 100; la de Honduras, el 13,8 por 100, y la de Guatemala, el 13,2 por 100. Esta escala de proporciones nos está indicando suficientemente el grado en que gravitan los derechos aduaneros de Centro-América, sobre sus respectivos comercios de importación y exportación. A la par de El Salvador, que parece ser el que más grava su comercio, está Guatemala, que sin duda lo grava menos, y el promedio de gravamen entre todos ellos resulta igual a un 16,3 por 100, próximamente, la misma proporción en que pesa la Aduana de Nicaragua sobre su comercio. Sería interesante ver si estos resultados, contraídos a un solo año, son o no los mismos, o en qué grado varían, extendiendo la investigación a una serie considerable de años; pero, por falta de datos y de tiempo, no estamos por hoy en aptitud de hacerlo.

Carecemos de datos completos, en cuanto a la descomposición de los productos aduaneros; hemos podido determinar, sin

embargo, que para la Aduana de El Salvador, un 13 por 100 representa los derechos de exportación y un 87 por 100 los de importación; para la de Nicaragua, un 13,8 por 100 los de exportación y un 86,2 por 100 los de importación, y para la de Honduras, un 7 por 100 los de exportación y un 93 por 100 los de importación. En el año que venimos analizando, los derechos de exportación que nos dan las proporciones connotadas, montaron, en la moneda de sus respectivos países:

En Nicaragua, a 1.091.495,00 pesos.
En El Salvador, a 731.175,00 ídem.
En Honduras, a 106.081,00 ídem.

Mas si hacemos las reducciones a oro, según los tipos de cambio que hemos adoptado, en tal caso los derechos de exportación de que tratamos quedan colocados así:

Los de El Salvador montan a 327.881,00 pesos oro.
Los de Nicaragua a 153.949,00 pesos oro.
Los de Honduras a 45.541,00 pesos oro.

En la falta de estadísticas completas, referentes al comercio de importación y exportación de las otras Repúblicas centroamericanas y a los derechos aduaneros que sobre él gravitan, cuyo estudio arrojaría, sin duda, mucha luz acerca de las cuestiones que son objeto de este trabajo, nos concretaremos a exponer simplemente los datos que de Nicaragua hemos podido tener a la mano. En el año de 1905, Nicaragua exportó a las Repúblicas centroamericanas, por valor de 249.757 pesos oro, e importó de ellas por valor de 12.927 pesos oro, lo que dió una media mensual de 20.813 pesos para la exportación y 1.072 pesos para la importación, y pone desde luego de manifiesto que Nicaragua exporta casi veinte veces más a las Repúblicas centroamericanas que lo que importa de ellas. Al par que esta exportación representa un 70 por 100 de total exportado en el año, la importación apenas resulta ser, próximamente, de unos 0,4 por 100 del total respectivo. Indudablemente que tal resultado es el efecto del gran número de productos

que Nicaragua se halla, con particular ventaja, en aptitud de suministrar a sus hermanas Repúblicas del istmo.

Si, pues, como hemos visto, la Aduana de Nicaragua es el 16 por 100 de su propio comercio, para el año de referencia parece claro que Nicaragua habría podido percibir, como derechos aduaneros sobre su comercio centroamericano, nada menos que unos 42,029 pesos, repartidos 39.928 sobre la exportación y 2.101 sobre la importación; pero bien sabemos que esto se halla muy lejos de haber sido la realidad, dado que en Nicaragua no tiene derechos ninguno la exportación a las Repúblicas centro-americanas, al menos sobre los productos y manufacturas que Nicaragua puede suministrarles, si se exceptúa el ganado, cuya exportación a Costa-Rica será próximamente libre.

Un asunto de grande importancia nos queda aún por tratar, acerca de las cuestiones que son objeto de este trabajo: el examen comparativo de las tarifas que rigen en las Repúblicas de Centro-América para derechos sobre la importación.

Nos contentaremos por ahora con exponer los gravámenes que pueden tomarse como medidas características más generales que nos sugieran una idea relativa de los sistemas arancelarios, contrayéndonos tan sólo a un corto número de artículos de más general consumo en las Repúblicas centroamericanas, en cuanto a los derechos de importación.

Nos valemos para este examen de las tarifas publicadas por el *Boletín internacional de Aduanas*, de la oficina de Bruselas, cuyos datos nos parecen suficientemente autorizados. Estas tarifas son: la de Guatemala, fecha 1.° de Enero de 1894 y sus reformas, que alcanzan hasta 1899; la de El Salvador, de 21 de Setiembre de 1900; la de Nicaragua, de 15 de Diciembre de 1908; la de Honduras, de 7 de Abril de 1900, y la de Costa Rica, de 7 de Setiembre de 1885, y sus reformas, que llegan hasta 1898. De estas tarifas, las de Guatemala, de Honduras y de Nicaragua no consignan recargos ni aun sobre impuestos que hayan de acrecer los aforos arancelarios; pero, en cambio, la

de Nicaragua exige que se paguen los derechos en oro, y la de Guatemala que se cubra el 30 por 100 en oro nacional (1) al cambio corriente; de éstas sólo tomaremos los aforos correspondientes. Por otra parte, recargaremos los aforos de la de El Salvador en ocho centavos, por impuestos varios generales que tienen carácter fiscal, a la vez que la de Costa-Rica ha de ser recargada con un centavo y medio que estableció para el teatro nacional la ley de 20 de Mayo de 1893. La tarifa de Honduras está calculada por medios kilos, y por lo mismo, duplicaremos sus aforos para equipararla a las otras cuatro, que gravan por cada kilogramo de peso bruto. Hechas estas advertencias, expondremos los aforos uniformes de cada tarifa, pudiendo entenderse que son la moneda nacional de cada país. He aquí la nómina de los artículos que hemos adoptado:

Manta cruda de algodón, indianas o gasas, madapolanes, driles de algodón, driles de lino, casimires de lana, rebozos de algodón, rebozos y chales de seda, sombreros de fieltro, calzado de cuero, harinas, fríjoles, arroz, maíz, cacao, azúcar, sal común, carnes conservadas, quesos, jabones, petróleo.

Los aforos de estos pocos artículos, examinados con atención, bastan para demostrar que, salvo pocas excepciones, las cinco tarifas centroamericanas se encontrarían próximamente al mismo nivel, si hubiera de ser única la moneda en que hubiesen de cubrirse los derechos; por tanto, nos parece que fácil sería alcanzar un mutuo acuerdo para cinco comisiones técnicas que llegasen a emprender el estudio de nivelarlas, tomando en cuenta peculiaridades indispensables que acaso pudieran existir en cada República, a la vez que la cuantía de la renta aduanera que anualmente cada Estado debiese deducir de los derechos de importación y exportación, así como de los de puerto y navegación.

En cuanto a los derechos sobre la exportación, existen ciertos gravámenes aduaneros que recaen en algunos productos

(1) Ahora el 50 por 100.

naturales, y no hay uniformidad en las tarifas de esta especie.

Ciertamente que toda unión aduanera supone, por regla general, una merma en los intereses comerciales de los países que formen la unión; pero el interés superior, colectivo, queda a salvo. En la *Zollverein* alemana, los Estados del Sur, como hace notar el profesor vienés Eugen v. Philippovich, no se pudieron comparar ni con mucho a las ventajas que obtuvieron los Estados del Norte de la confederación alemana. No obstante, las ventajas de la *Zollverein* han sido grandes, y, desde el punto de vista político, de trascendental eficacia.

*
* *

Los esqueletos humanos fósiles que han sido identificados en la Argentina por el Dr. Florentino Ameghino, fueron encontrados a unos 60 kilómetros al Norte de Fecochea, en un punto situado entre la boca del arroyo La Mala Cara. La región de la costa en este punto es parecida a la costa medanosa atlántica de la provincia de Buenos Aires. Entre estos médanos hay grandes hondonadas o desplayados, cuyo fondo o piso está constituído por el terreno pampeano, al descubierto por efecto de la denudación de las aguas pluviales, y sobre todo por la fuerte erosión que producen las arenas impelidas por los grandes vientos que con frecuencia soplan en la costa.

El desplayado de terreno pampeano a descubierto tiene unos 200 metros de largo por unos 100 en su mayor ancho.

En los contornos del desplayado, la arena movediza de los médanos reposa encima del pampeano, sin interposición de la capa de tierra negra reciente, de modo que no puede haber ninguna causa de error, ni mezcla alguna. Los pozos de donde se sacaron los esqueletos están excavados en el terreno pampeano *in situ* atravesado por filones de tosca, absolutamente igual a la que envuelve y también rellena muchos de los huesos humanos. De la tierra sacada de las excavaciones se recogieron todavía algunos fragmentos de los esqueletos, varios

huesos partidos longitudinalmente, y un instrumento hecho de un fragmento de hueso largo destinado al retoque de las lajas de piedra.

Toda la superficie del terreno estaba sembrada de piedras trabajadas, unas representando verdaderos instrumentos, y otras residuos y desperdicios de fabricación. Es la industria de la piedra hendida.

También había muchos fragmentos de escoria y algunos de tierra cocida.

Por fin, en toda la extensión del yacimiento había numerosos huesos fósiles, particularmente de animales jóvenes, de los cuales sólo se recogieron los restos indispensables para la determinación de las especies o de los géneros.

Esos restos se refieren a *Viscacia, Mastodon, Macranchenia, Equus? Auchenia* o género parecido, *Cervus, Scelidotherium, Mylodon, Megatherium, Sclèrocalyptus pseudornatus, Glyptodon Munizi, Panochtus, Eutatus Seguini, Dasypus, Tolypeutes.*

Los dos son de individuos, no sólo completamente adultos, sino ya próximos a la vejez, o sea alrededor de unos cincuenta años de edad. Uno, el de cráneo más completo, es incuestionablemente de mujer; el otro no presenta los caracteres femeninos tan acentuados.

Se trata, dice Ameghino, de una raza hasta ahora desconocida y de caracteres tan profundamente distintos y particulares, que la considero como una verdadera especie que designo con el nombre *Homo sinemento.*

Eran hombres muy pequeños, casi pigmeos, cuya talla aproximada calculo alrededor de 140 centímetros.

Todos los huesos del esqueleto indican no tan sólo una raza de talla muy pequeña, pero a la vez esbelta, no muy robusta, y, por consiguiente, de inserciones musculares poco desarrolladas.

Algunos huesos, como el fémur, el calcáneo y el astrágalo presentan caracteres propios muy particulares, pero su examen exigiría demasiado tiempo. Sólo vamos a ocuparnos de

los cráneos. Estos, de acuerdo con la talla, son muy pequeños. El femenino indiscutible tiene 186 milímetros de diámetro anteroposterior y 121 de diámetro transverso, lo que da un índice cefálico alrededor de 72. El fenómeno probable tiene 174 de diámetro anteroposterior y 130 milímetros de diámetro transverso, medidas que corresponden a un índice de 74. Ambos cráneos son, pues, netamente dolicocéfalos. En cuanto a la forma general del cráneo, no se nota nada de extraordinario. Visto de arriba, presenta un contorno algo ovoide, pero con el mayor ensanchamiento transversal colocado muy atrás, y la región frontal muy angosta, de manera que hasta cierto punto reproduce la forma *byrsoide* de la nomenclatura de Sergi. La apófisis mastoidea es muy pequeña, y todas las inserciones musculares son poco desarrolladas. No hay un *torus occipitalis*, y el inion es apenas prominente. La bóveda del cráneo es más bien baja que alta, y la frente es regularmente convexa y sin visera. No hay bureletes suborbitrarios; pero, a pesar de eso, hay una depresión transversal regularmente acentuada, que se extiende de una a otra apófisis orbitaria del frontal. El frontal es corto y ancho, con la sutura coronal casi transversal; esto es, poco oblicua hacia adelante y poco arqueada hacia atrás. La glabela en su parte inferior no presenta inversión hacia atrás, de modo que el nasion no estaba colocado en una depresión, en lo que concuerda con *Homo pampaeus* y *Diprothomo*. Las órbitas son profundas, y a juzgar por el cráneo más completo, son más altas que anchas, carácter primitivo que ya conocemos en el *Homo pampaeus*. El rostro es bastante prognato, pero este prognatismo es debido casi exclusivamente al maxilar, que avanza mucho hacia adelante.

Las particularidades más notables de estos cráneos consisten en el aparato dentario y en la conformación de la mandíbula.

Los dientes, en proporción del tamaño del cráneo, son pequeños, bien conformados y gastados horizontalmente, todos al mismo nivel. Los caninos son más o menos del mismo ta-

maño que los incisivos y los premolares, y la corona no sobresale más arriba de los dientes contiguos. Las muelas verdaderas disminuyen gradualmente de tamaño de la primera a la última, siendo la primera notablemente más grande que la segunda. Esta diferencia de tamaño es todavía más notable en las muelas inferiores. La última muela inferior no existe ni hay vestigios de que nunca haya existido. Se ha partido la mandíbula al nivel del borde posterior de la última muela existente, y el tejido óseo es perfectamente normal, sin el menor vestigio de que haya habido un alvéolo atrofiado u obliterado correspondiente a la última muela. En la implantación de los incisivos, caninos y premolares superiores hay una pequeña inclinación hacia adelante, produciendo un pequeño prognatismo dental y subnasal. En la mandíbula inferior los mismos dientes están implantados, no inclinados hacia adelante, sino hacia atrás; es decir, que la mandíbula, en vez de ser prognata, es ortognata o más que ortognata, ultra ortognata. Este carácter es tanto más sorprendente, cuanto la mandíbula carece en absoluto de prominencia mentoniana, reproduciendo en este punto la conformación de las mandíbulas, de la Naulette, Spy y Krapina, clasificadas como pertenecientes a *Homo primigenius*.

El nuevo tipo de hombre del pampeano de la laguna Mala Cara difiere de *Homo sapiens* por el mismo carácter, en una forma todavía más acentuada, de modo que no puede incluirse en la misma especie. Difiere también de *Homo primigenius* por la ausencia de prognatismo, por la conformación más humana de la dentadura, y la conformación absolutamente distinta de la región anterior del cráneo. Se trata, pues, de una nueva especie de hombre que designa Ameghino con el nombre de *Homo sinemento*.

Con ésta tenemos en la formación pampeana, sin tomar en cuenta el *Homo sapiens* de los estratos más superiores, cuatro especies distintas de hominideos: *Diprothomo platensis, Homo pampaeus, Homo caputinclinatos* y *Homo sinemento*. Estas cua-

tro especies presentan entre ellas diferencias mucho mayores que las que observamos entre las razas humanas actuales las más distintas unas de otras. Esto no sólo comprueba las diferencias específicas, sino que también aporta una nueva comprobación del origen suramericano del hombre, puesto que es acá en donde ha adquirido su mayor diversificación y tuvo su mayor número de representantes específicos.

Pero en *Homo primigenius*, la ausencia de mentón está acompañada de un fuerte prognatismo de la región alveolar anterior, y de los dientes que en ella se implantan, especialmente los incisivos y los caninos; además, estos dientes son proporcionalmente de mayor tamaño, y el canino más fuerte y de corona más alta que la de los dientes contiguos.

Esta conformación en *Homo primigenius* ha sido interpretada como sumamente primitiva, como un carácter simiesco heredado de los antropomorfos.

Es sabido que hace años combato esta manera de ver, dice Ameghino. Para mí, el tipo de Neanderthal, u *Homo primigenius*, representa una especie extinguida, sumamente especializada en la vía de la bestialización. El gran prognatismo dentario que lo caracteriza, así como la ausencia de mentón, serían caracteres adquiridos secundariamente. Sestengo que el tipo hominideo primitivo presentaba una dentadura ortognata, sin grandes caninos, y con la cara anterior de la sínfisis mandibular, recta o casi recta.

El descubrimiento de este nuevo tipo fósil viene a echar por tierra de una manera definitiva la teoría de la descendencia simiesca del tipo de Neanderthal. Si ésta fuera exacta, la ausencia de mentón debería siempre estar acompañada de un gran prognatismo dental. Acá tenemos el caso completamente contrario. La ausencia de mentón está acompañada de una dentadura implantada verticalmente, de un ortognatismo tan perfecto como en las razas humanas actuales más elevadas. La teoría de que el tipo de Neanderthal es un intermediario filo-

genético entre el hombre y los antropomorfos queda, con sólo este hecho, derrumbada.

El nuevo tipo actual, por estos caracteres, representa una forma anterior a la de Neaderthal, u *Homo primigenius*.

Desde el punto de vista taxonómico, *Homo primigenius* se distingue de *Homo sapiens*, principalmente por la ausencia de mentón.

En Santiago del Estero (Río Hondo) se han descubierto cráneos y huesos fósiles de dos razas de hombres muy distintas: una fuerte y de gran talla, que no parece alejarse mucho de la forma normal, y otra, muy pequeña, que parece presentar algunas relaciones con los negritos (?). En Necochea se han recogido nuevos ejemplares del *Homo pampaeus*. Al Norte del Moro, frente a la laguna Mala Cara, a unos 60 kilómetros al Norte de Necochea, en el pampeano antiguo, se acaban de descubrir dos esqueletos con sus cráneos pertenecientes no a una raza, sino a una verdadera especie extinguida, de talla reducida, con sólo cuatro muelas inferiores en vez de cinco (falta la posterior) y una mandíbula sin barba o mentón sobre el tipo de las de Spy y de Krapina. Y en el pampeano superior del arroyo Siasgo se ha descubierto el esqueleto de un tipo humano, sumamente primitivo, tan simioideo o quizá más simioideo que el *Homo pampaeus*.

El *Homo caputinclinatus* le describe así Ameghino:

Se trata de un esqueleto humano fósil, encontrado en Enero de 1911 por el naturalista viajero del Museo Nacional, señor Carlos Ameghino, en las barrancas del arroyo Siasgo, a unos 300 metros de la casa-estancia «La Georgina», del señor Jorge M. Méndez, en el partido de Ranchos, cerca de la estación Villanueva, del ferrocarril del Sur.

Con el objeto de comprobar la posición que ocupaba el esqueleto, visité la localidad a mediados de Marzo último.

El arroyo Siasgo es un afluente poco caudaloso de la margen izquerda del Río Salado, que corre de Norte a Sur con una pequeña inclinación hacia el Este.

Antes de llegar al Salado, al que penetra por una zanja muy angosta, el cauce o valle del Siasgo se ensancha de una manera extraordinaria, formando una profunda cuenca de 4 kilómetros de largo por cerca de 2 de ancho. Esta cuenca, hoy seca, fue en época muy reciente un lago, que se ha desecado, desaguando en el Salado.

Esta cuenca está limitada al Este por una barranca de unos 8 metros de elevación, contra la cual batían las aguas del lago. Esta barranca forma parte de un trozo de la antigua y alta meseta que en otros tiempos separaba el Siasgo del Salado, y cuya parte más elevada ya ha desaparecido.

El terreno de esta meseta está constituído por una capa de tierra vegetal de unos 50 centímetros de espesor, que pasa gradualmente a un loes eólico muy suelto, de color pardo rojizo, el cual se vuelve algo más compacto hacia abajo.

Este depósito de la barranca del Siasgo fue magistralmente descrito por Burmeister en 1863, quien encontró en él muchos fósiles que se conservan en el Museo Nacional de Buenos Aires. Una coraza de *Glyptodon*, casi completa, se encontraba, dice Burmeister, a sólo un pie de profundidad de la superficie del suelo.

El esqueleto humano se encontraba sepultado en este depósito de loes no removido, a una profundidad de $1^{m},80$ de la superficie del suelo, a mayor profundidad que muchos restos de *Glyptodon, Sclerocaliptus*, *Eutatus*, etc., que hemos recogido en la misma localidad.

El esqueleto se compone del cráneo, al que falta la mandíbula y la parte facial debajo del frontal, varios huesos largos, muchas vértebras y costillas, el sacro, la cadera y varias articulaciones de los pies, entre otras, el astrágalo casi intacto.

Los huesos largos indican que se trata de un individuo todavía joven; comparados con los del hombre actual, corresponderían a un individuo de diez y seis a diez y ocho años. Se trata además de un individuo de talla muy reducida, probablemente no mayor de 1,40 metros.

Los huesos del esqueleto presentan particularidades muy notables, de las cuales por ahora sólo mencionamos la forma de la superficie de la faceta articular ectal del astrágalo, que no es profundamente cóncava como en el hombre actual, sino mucho más plana; y la forma del fémur, cuya línea áspera es apenas visible, y presenta hacia la mitad de su largo una sección transversal casi circular, como en el fémur de muchos monos.

El cráneo es excesivamente pequeño y muy dolicocéfalo. Tiene un diámetro antero-posterior máximo de 169 milímetros y 115 milímetros de mayor diámetro tranverso, lo que corresponde a un índice cefálico aproximadamente de 68.

Es muy bajo en la parte anterior y sumamente alto en la parte posterior, de modo que el vértex viene a caer muy atrás del bregma más o menos en los dos tercios posteriores de los parietales, en lo que coincide con el *Homo pampaeus*.

La capacidad craneana no pasa de 1.000 centímetros cúbicos.

En la parte posterior no hay un «torus occipitalis»; la región inial no es saliente, sino redondeada, y todas las inserciones musculares son muy poco desarrolladas. Las suturas son sumamente simples, casi rectas, incluso la lambdoidea. Las apófisis mastoideas son sumamente pequeñas. La región frontal, muy deprimida, se levanta gradualmente hacia atrás, y la bóveda craneana continúa levantándose en esa forma hasta el vértex que, como lo he dicho, se encuentra colocado en los dos tercios posteriores de los parietales. El frontal es muy notable por su forma alargada y estrecha, en lo que presenta un notable parecido con la conformación propia del *Diprothomo*. En línea recta, sin tomar en cuenta la curva, tiene 106 milímetros de diámetro antero-posterior y 98 milímetros en su mayor diámetro transverso. El enangostamiento post-orbital es muy poco acentuado; el diámetro transverso mínimo en este punto, siendo de 91 milímetros, sólo 7 milímetros menos que el diámetro transverso máximo. De esto resulta que la parte

anterior de la frente es proporcionalmente muy ancha, en lo que difiere en absoluto del *Homo pampaeus*, que es al contrario de región frontal anterior sumamente estrecha. La frente de este cráneo aparece así no sólo muy larga y angosta atrás, pero también de un contorno rectangular muy característico. Todo el frontal aparece arqueado de delante hacia atrás, formando una curva convexa no muy pronunciada, pero sí muy regular. Esta regularidad se extiende también a la parte anterior super-orbital, que no tiene vestigios de bureletes, suborbitarios, ni de la depresión transversal que los acompaña, pero las protuberancias frontales son bien aparentes.

De la depresión post-glabelar tampoco quedan vestigios visibles, ni hay tampoco visera. La glabela no es saliente, pero se encorva notablemente hacia abajo. La parte inter-orbitaria de los frontales desciende notablemente muy abajo del borde superior de las órbitas, pero su borde inferior no presenta inversión hacia atrás; de modo que el nasion no estaba colocado en una depresión transversal, como en el hombre actual; por este carácter, este nuevo tipo de hombre concuerda con *Diprothomo* y *Homo pampaeus*. La superficie de inserción de los nasales es única y sencilla, pero ancha, alta, muy extendida y con las rugosidades de inserción formando protuberancias no alargadas de arriba hacia abajo, sino irregulares, y cuyos puntos más salientes se encuentran en la misma dirección del prolongamiento frontal inter-orbitario, de donde es dado suponer que los huesos nasales seguían también la misma dirección.

Una conformación particular es la de las órbitas; a juzgar por la parte superior existente, de borde muy arqueado, parecen haber sido notablemente más altas que anchas, tal como sucede en *Homo pampaeus*. Además, son *excesivamente* superficiales el tabique óseo del fondo de las órbitas, formando con la superficie externa de la región anterior del frontal un ángulo casi obtuso; son mucho más superficiales que en *Diprothomo*.

La parte posterior del cráneo no es menos singular. A la primera ojeada salta a la vista que el agujero occipital está colocado más hacia atrás que en el hombre actual. El hueso occipital, en vez de prolongarse por un largo trecho detrás del *foramen magnum*, en una forma más o menos horizontal, como es la regla general, asciende rápidamente hacia arriba, apareciendo el agujero como colocado casi en la parte posterior del cráneo, y en una forma más acentuada que en muchos monos.

La orientación que tuvo el cráneo en vida es un problema interesantísimo y de solución precisa muy difícil.

Es indudable que la frente es muy fuyente o deprimida. En casos parecidos, algunos antropólogos muestran una tendencia a levantar el cráneo detrás e inclinar la frente hacia abajo, con lo que obtienen la ilusión, simplemente la ilusión, de que ésta sea menos fuyente, porque en realidad, su elevación, con relación a las órbitas y al bregma, no sufre modificación alguna. Si quisiera aplicarse este procedimiento al cráneo en cuestión, levantando el frontal desde atrás e inclinándolo hacia abajo adelante, la frente haría la ilusión de ser más levantada; pero el agujero occipital se encontraría transportado en la parte más posterior del cráneo y dirigido parcialmente hacia atrás, carácter simio todavía más notable que el de la frente fuyente.

Si, por el contrario, levantamos el cráneo hacia adelante de manera a hacer rotar la parte postero-inferior hasta dar al agujero occipital una posición próxima a la normal, entonces tenemos toda la extensión del frontal mirando hacia arriba en un plano casi horizontal; tendríamos un cráneo completamente desprovisto de frente. Por otra parte, el agujero occipital, en vez de estar dirigido directamente hacia abajo, miraría en parte hacia adelante. Es claro que también esta posición es imposible.

Quedaría un tercer jalón o punto de partida; la dirección del borde posterior de la apófisis mastoidea que en el hombre

actual se inclina constantemente hacia adelante, formando con el plano horizontal un ángulo agudo que puede variar desde 40 hasta 70 o más grados. También en este caso obtendríamos una posición imposible, pues el frontal quedaría en posición casi horizontal y el agujero occipital estaría parcialmente dirigido hacia atrás.

Hay además otra conformación que hace imposible esta orientación, y es la posición absolutamente superficial de las órbitas en las cuales no podría encontrar colocación el glóbulo del ojo, por pequeño que fuera.

Para obtener una orientación que se aproxime a que tuvo en vida, no queda otro recurso que guiarse por las órbitas, inclinando el frontal hacia abajo todo lo suficiente para que las cavidades orbitarias presenten una profundidad bastante para que quepa en ellas el glóbulo del ojo. En esta posición el frontal, aunque poco elevado, se inclina bastante hacia abajo, las apófisis mastoideas caen casi verticalmente, y el agujero occipital queda muy atrás, en una posición más posterior que en un considerable número de monos. Además, la parte más alta del cráneo, o vertey, que ya hemos visto está colocada muy atrás, cae encima del agujero occipital, confirmando que ésta debe ser la posición que el cráneo tuvo en vida.

Pero un cráneo con una frente fuyente dirigida hacia abajo y un agujero occipital colocado casi en la parte posterior del cráneo, indica una cabeza que en vida debía presentar un notable grado de inclinación hacia abajo. Es por esta razón que designo esta especie ahora completamente extinguida, con el nombre de *Homo caputinclinatus*.

***

El bálsamo del Perú viene de la República de El Salvador. Esta paradoja es una pequeña ironía de la tradición, pero el término se ha implantado de un modo tan firme en nuestro

lenguaje, que no hay corrección que pueda cambiarlo nunca.

La República de El Salvador sólo tiene costas en el Océano Pacífico, y de consiguiente, sus productos se exportan por ese lado. Al tener que pasar estos productos por el Itsmo de Panamá, como ha sucedido por más de trescientos años, los cargamentos se confunden con los que llegan del Perú (Sur-América). De aquí que se llame «del Perú» al bálsamo de El Salvador. Esta costa es rica en selvas y en recursos agrícolas; pero se la conoce principalmente por el árbol cuyo jugo da el famoso bálsamo.

La costa balsámica se extiende a lo largo de la vertiente pacífica occidental de El Salvador, entre los puertos de Acajutla y La Libertad, distantes uno de otro escasamente 40 millas; y, tomando en consideración una corta distancia, en ambos lados, en donde se encuentran aún árboles de bálsamo, los límites extremos de la región en donde está reconocido que se les encuentran distan entre sí solamente 50 millas. Concediendo que esta faja de tierra tenga, desde la costa, una profundidad de 15 millas hacia el interior (lo cual es apreciar muy liberalmente las cosas), existe a lo sumo un área de 750 millas cuadradas, en donde se explota el árbol. El por qué la Naturaleza restringe y limita de este modo sus trabajos de producción, es un problema que debe tener mucho interés para los botánicos.

Como en el tráfico primitivo se mandaba este bálsamo dentro de cortezas de cocos, se le llamó «bálsamo de cocos», y finalmente, para darle un nombre que indicara con más acierto el lugar de su origen, se le ha llamado «bálsamo sonsonatense», a causa de que el comercio del bálsamo se ha hecho principalmente en la ciudad de Sonsonate.

El árbol de bálsamo es de la familia de las leguminosas, y de consiguiente, tiene parentesco con los guisantes, frijoles y acacias. Su más exacta denominación es *myrospermum* (periuferum es un nombre inadecuado que debemos omitir), o *myroxilon Pereirae;* el antiguo nombre indígena era *Hoitziloxitl,* sea cualquiera el significado que haya podido tener esta pala-

bra. Sin embargo, los hombres de ciencia de la República prefieren una nomenclatura bien definida, y han aceptado expresamente la designación de *myrospermun sonsonatense*, o mejor aún, *myrospermum salvàdorense*, como más apropiado para todas las ocasiones. Desean también que se le conozca con el nombre popular de «Bálsamo del El Salvador», o de Sonsonate.

El árbol de bálsamo es uno de los más hermosos que se pueden ver en una selva tropical. Puede encontrársele, en su estado natural, en grupos distribuído ordenadamente, como si los hubiese arreglado la mano del hombre; pero, por regla general, crece bastante alejado de los de su especie, y aun separado de sus vecinos á respetuosa distancia. Su apariencia es la de un árbol grueso, que, en completo desarrollo, mide más o menos un metro de diámetro (40 pulgadas próximamente); su copa se eleva hasta una altura de 25 o 35 metros (de 80 a 115 pies). El tronco es cilíndrico; la corteza algún tanto grietada, de color grisáceo o ceniciento, con erupciones blanquecinas, debido a las parásitas que se le adhieren. Pocas ramas salen del árbol antes de llegar a la altura de la copa; pero las robustas raíces, y esto especialmente en los árboles viejos, se extienden a lo largo de la superficie del suelo antes de hundirse finalmente hacia dentro. La corteza de las ramas grandes y chicas es también de color gris o rojizo, y cubierta con numerosas manchas pequeñas, duras y blancas, que aparecen excrecencias; la madera exterior es blanca; la interior es roja o casi negra y extraordinariamente dura; como también es muy durable y fuerte, forma un material espléndido para trabajos de construcción y ebanistería.

Las flores de este árbol salen de un tallo que tiene unos 10 centímetros (4 pulgadas) de largo, con numerosas florescencias. El fruto es una vaina amarillo-pálida, membranosa y plumosa, que generalmente no tiene más que un hueso o semilla. Las flores brotan cada año en Febrero y Marzo, y las semillas pueden usarse para sembrar; pero si el árbol ha de ser cultiva-

do, es mejor recoger los pequeños retoños que crecen espontáneamente alrededor del tronco padre, y trasplantarlos al lugar destinado para el efecto, poniéndolos a una distancia mínima de 4 metros (de doce a trece pies) uno de otro. El tiempo más a propósito para esta operación, es a principios del invierno. Generalmente, sin embargo, se utilizan los árboles que crecen en estado silvestre, y aunque ya se han hecho plantaciones de ellos en El Salvador y en Nicaragua, esto es la excepción de la regla, porque los árboles crecen muy despacio, y no comienzan a dar bálsamo antes de los veinticinco o veintiséis años, y la generación presente no tiene mucho interés en sembrar para que recoja el fruto de sus trabajos la generación que sigue.

Aunque el árbol tiene siempre jugo durante todo el año, lo tiene más abundante en la estación seca, y por esta razón, las cosechas se hacen durante el verano.

La fruta es insignificante; bastante pequeña, de color amarillo, y tiene generalmente sólo una semilla. Esta puede usarse para sembrar; pero es mejor usar para el efecto los retoños que crecen al azar alrededor de la base del tronco padre.

El jugo balsámico no sale continuamente ni con facilidad. Es, pues, necesario tener un medio para lograr que sea absorbido antes de que se seque o se ensucie mientras está expuesto al aire. El que emplean los nativos es aplicar un trapo limpio a la herida que abren en la corteza del árbol. La tela absorbe rápidamente el jugo cuando éste sale, y entonces se cambia por otra que esté seca.

La pequeña estación de Bebedero, sobre la línea del ferrocarril de El Salvador, a 36 kilómetros (22 millas) del puerto de Acajutla y a 69 kilómetros (43 millas) de la capital de la República San Salvador, es uno de los lugares más apropiados para enviar el bálsamo al exterior. El bosque de bálsamo está al Sur del pueblo, a corta distancia, y a caballo se llega a él en una hora sin dificultad.

Cuando llega la estación seca, el nativo elige su árbol, y durante el período de luna nueva lo prepara debidamente para

sacarle el jugo (porque los nativos siempre comienzan sus labores de acuerdo con las fases de la luna, lo cual, por alguna razón desconocida, les da frecuentemente buenos resultados). Comienza golpeando o raspando la corteza con una piedra o con cualquiera otro instrumento sin filo, alrededor del tronco, de la manera que mejor le parece, y en algunos casos golpeando de abajo arriba desde cerca del suelo. La contusión hecha así tiene por objeto separar la corteza exterior, dejando expuesta la copa segunda o interna. La abertura hecha así se llama «ventana», y se trata de hacerla rectangular, de 25 a 28 centímetros de alto por 15 o 16 de ancho (10 u 11 por 6 o 7 pulgadas.)

De esta parte tierna transpira, después de un período cuya duración varía entre cinco y ocho días, el jugo maduro del árbol, y este último no parece resentirse de la mutilación que se le hace. Brota lenta, pero seguramente, pudiendo recogérsele sin que se ensucie.

El método más popular para sacar el jugo consiste en aplicar a la «ventana» un trapo, del tamaño que convenga, para cubrirla bien, y de calidad lo bastante absorbente para recoger todo el líquido que salga. El método adoptado por los colectores de hule y chicle, que consiste en poner pequeños receptáculos que recojan el jugo que brota de la herida, no es aceptado por los balsameros. El trapo que se pone en la «ventana» debe estar extremadamente limpio, porque de otro modo no se consigue que brote debidamente el jugo, y además la suciedad dificulta la parte posterior del procedimiento.

Al fin de un período incierto, que varía entre ocho y diez días, según el tiempo que haga, cesa el flujo, que necesita ser estimulado nuevamente por una «segunda irritación». Esta se consigne aplicando calor al árbol con una antorcha encendida, prefiriéndose para ésta la mejor clase de madera que pueda obtenerse, por ejemplo, el laurel. Se necesita ser muy diestro para aplicar el calor debidamente y conseguir el fin que se persigue, porque si la antorcha se aproxima demasiado, el bálsamo se incendia y hay riesgo de que todo el árbol sea des-

truído por el fuego. El calor se aplica cada dos meses y entre cada dos estimulantes o «quemaduras» de esta clase hay que cambiar cinco o seis trapos. Puede obtenerse también una colección final de jugo raspando la herida y las varias capas de corteza hacia adentro, y cociendo con agua esta corteza después de pulverizarla.

La vida del árbol balsámico es, poco más o menos, de un siglo. La extracción del jugo comienza a la edad de veinticinco años, y puede continuarse indefinidamente, a no ser que afecte al árbol algún accidente imprevisto. La cosecha anual comienza en Diciembre y dura hasta Junio; pero cuando llueve muy poco puede proseguirse durante todo el año. La producción disminuye en Febrero y Marzo, cuando el árbol está en floración, y durante este tiempo hay que cuidarlo. La experiencia ha demostrado que el costurón causado por una contusión queda curado al cabo de un año, pero el que causa una incisión necesita tres años para su cicatrización completa. Todos estos puntos son del dominio de los balsameros, quienes discuten animadamente sobre el particular, cada vez que se presenta alguna duda, como lo hacen los que se ocupan del cultivo de la caña, del maíz y del café.

No está demás dar una breve explicación de la manera de sacar el bálsamo que empapa los trapos aplicados a las «ventanas» de los árboles. Al quitar del palo estos trapos, se les echa en agua hirviendo, y luego se les oprime usando redes compresoras que para el efecto fabrican los salvadoreños nativos. El bálsamo crudo se exprime vertiéndolo dentro del agua caliente, donde no flota, sino que cae al fondo. Después de esto, se quita el agua. Se puede echar los trapos de uno o más árboles, hasta doce de estos últimos, en un caldero u otro receptáculo de agua, en donde se les pone a cocer durante media hora; algunas de las impurezas se elevan durante el cocimiento a la superficie del agua, de donde se las retira, pero el bálsamo queda todavía detenido entre el tejido de la tela, y los lienzos se echan entonces (debiendo estar a la temperatura del

agua hirviendo) en una especie de prensa de carácter primitivo, compuesta de una pequeña malla o red, que se hace de cordón o de trencilla. La red está arreglada de manera que quedan ojales en la orilla exterior de su tejido, y por medio de ellos se suspende la misma red en estacas colocadas al efecto, mientras una barra pasa por otro ojal preparado, sirviendo de palanca para comprimir la red haciéndola girar.

Al ser comprimidos los trapos, el jugo transpira y cae al fondo de la caldera que hay debajo, porque el peso específico del bálsamo es mayor que el del agua. El licor que queda encima del bálsamo puede verterse luego, quedando solamente lo que se llama «bálsamo bruto», que tiene que ser purificado todavía nuevamente antes de enviarlo al extranjero.

En este estado bruto es entregado el bálsamo por el colector al negociante, quien da por él el precio que así merece, y lo toma desde ese momento a su cargo, y asume toda la responsabilidad del negocio, dependiendo su ganancia de la excelencia del artículo y del estado de los precios del mismo.

Cuando el comerciante recibe el bálsamo no depurado, lo pone en una tina debajo de la cual se mantiene encendido un fuego no muy vivo; conforme se calienta el líquido glutinoso, el agua se va evaporando y las impurezas orgánicas se acumulan gradualmense en la superficie. La masa debe mantenerse en movimiento casi continuo, en parte para ayudar a la evaporación; pero principalmente para impedir una ebullición repentina de la substancia, que podría ser desastrosa, porque si se la hace hervir hasta rebosar, se perdería una cantidad, y si se incendia, se destruiría más, y el resto perdería mucho en calidad.

Después de estar concluída la depuración, se vierte el líquido en latas rectangulares, cada una con capacidad para 55 libras de bálsamo, y por último, se le envía a los Estados Unidos o a Europa. Hoy día es ya el bálsamo un artículo de comercio bien conocido, y a su llegada a las farmacias es muy poca la preparación que necesita para llenar su objeto en Medicina.

Un árbol de bálsamo bien cuidado rinde, por regla general, de tres a cuatro libras de jugo cada año; el mejor árbol, si se le cuida empleando conocimientos de agricultura moderna, puede rendir hasta ocho libras cada año y quedar todavía en buenas condiciones para la estación siguiente. Hay gran diferencia entre el método salvaje de destruir el árbol para sacar unas pocas libras más de jugo, y el principio moderno de conservación; pero la experiencia ha demostrado y enseñado que los mejores resultados se obtienen obrando con moderación, y, además, el Gobierno de El Salvador ha llegado a comprender que la agricultura científica es una gran ayuda para el enriquecimiento de las naciones, y no solamente fomenta la explotación productiva de los productos selváticos, sino que también está llevando a la práctica planes para trabajos de servicultura en áreas dentro del territorio de la República, cuyos bosques primitivos han desaparecido ya del todo.

Si aumenta la demanda del bálsamo, es probable que se harán más plantaciones, con métodos científicos, bajo la dirección del Gobierno.

El Salvador exporta anualmente unas 130.000 libras de bálsamo (en bruto). De esta cantidad se envían a Alemania unas 65.000 libras; a los Estados Unidos, casi 57.000, y a Francia 7.500. Hamburgo es el mercado principal, y las cotizaciones de allí fijan el precio mundial, que ha fluctuado entre 12 y 22 marcos por kilogramo (de 2,86 pesos a 5,24 pesos oro, por 2,2 libras). Como la cifra indicada representa el abasto para todo el mundo, y como la demanda crece siempre, el negocio es bastante bueno para todos los que tienen que ver con él.

El Gobierno de El Salvador ha decretado últimamente que por cada quintal en bruto (101,4 libras) que salga del país, se pague un peso (unos 0,40 pesos oro), como derechos de exportación. Esto tiende, naturalmente, a aumentar el precio del artículo.

El uso histórico, o mejor dicho prehistórico del bálsamo, era casi exclusivo para la cirugía. Aplicado a las heridas,

parecía tener un maravilloso poder curativo, siendo al mismo tiempo un antiséptico natural, incapaz de causar daño. Aun hoy, con todas las eliminaciones que se han hecho en las prácticas de la cirugía, y siendo un producto natural, no de laboratorio, el bálsamo muestra su afinidad allí donde fallan otras drogas. Es bueno para algunas enfermedades de la piel y para las irritaciones parásitas que afligen con tanta frecuencia a los habitantes de los trópicos, sean nativos o extranjeros. Su importancia hoy día, sin embargo, se debe al ingrediente particular que caracteriza el bálsamo, y al que se ha llamado «cinnamic acid». Las preparaciones de «cinnamic acid» han estado de moda en el tratamiento de la tuberculosis, y ciertamente, si por sus efectos se logra la curación de la tuberculosis, aunque sea en un caso, esta medicina debe ser atesorada como una de las grandes cosas con que ha contribuído al bien de la humanidad la flora de América.»

VICENTE GAY,
Profesor en la Universidad de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Crítica: Gazapos y planchas de escritores.=Ocultismo: El conocimiento del porvenir.=Psiquiatría: La verbomanía.=Impresiones y notas: Verlaine y su mujer.—Los comienzos de Francisco Coppée.—Lo que vale saber hacer una ensalada.—Los nombres y las cosas.—Un poeta anónimo del siglo x.

CRITICA

Gazapos y planchas de escritores.—Los disparates que vemos en un impreso son a veces debidos a torpezas o distracciones de los cajistas; pero tales erratas, graciosas y ridículas con frecuencia, son fácilmente corregibles: «El señor Tal acaba de ser *devorado* (condecorado) por el sultán de Marruecos;» «El rey de Siam y su séquito estaban alojados en el mismo *bocal* (local)»; El Consejo de Ministros se ha reunido para *delirar* (deliberar)», etc. No tratamos aquí, con Alberto Cim, de tales faltas tipográficas, sino de los verdaderos lapsus y disparates cometidos por los autores más empingorotados y famosos.

Las muletillas o lugares comunes hacen incurrir a los escritores descuidados en las más disparatadas combinaciones: «Penetramos en uno de esos bosques vírgenes en que *la mano del hombre* no ha puesto nunca *el pie*», «Su sombrero, abollado y desgarrado, no tenía ya *figura humana*,» etc. Con tales frases corren parejas los pleonasmos incorrectos, como «los recuerdos del pasado», «los previsores del porvenir», «sorprendido de im-

proviso», «la panacea universal», etc., en que suelen dar hasta los más conspicuos.

Un grado de incorrección menos frecuente, pero todavía bastante extendido, es el de los descuidos del tipo de estas frases: «Llevaba una chaqueta y un chaleco de cuadros con un pantalon *del mismo color* (Leopoldo Hapleaux);» «Tenía setenta años, y parecía de *doble* edad (Id.)»; Los dos adversarios fueron colocados a igual distancia *uno de otro»;* «Con una mano le acarició los cabellos, y *con la otra* le dijo (Emilio Richebourg)».

Más graves son las cometidas por ignorancia: «Aquella aldea está situada en el centro del *triángulo obtuso* que forman las tres ciudades de Dijón, Chatillón y Langres (Richebourg)»; como si fuera posible la existencia de un triángulo obtuso, que forzosamente había de contener más de tres ángulos rectos, cuando es sabido que la suma de los tres ángulos de todo triángulo no vale más que dos rectas. «Aquel viejo, impotente e *ingambe,* no dejaba nunca su sillón», creyendo el autor, sin duda, que eso de *ingambe* quiere decir *sin piernas,* cuando es todo lo contrario, pues *ingambe* es vivaracho, ligero de piernas, ágil.

Calificada de perla del galimatías, cita Cim la famosa *frase del sombrero* del académico Patin: «Digámoslo de paso: aquel sombrero, muy clásico, llevado en otro tiempo por Orestes y Pílades, llegando de un viaje, cuyos amplios bordes ha descrito Calímaco en versos conservados, precisamente con motivo del pasaje que nos ocupa, por el escoliasta, que cada cual ha podido ver suspendido del cuello, y ostentándose en la espalda de ciertos personajes de bajorrelieves, ha apenado a Brumoy, que lo ha reemplazado con un quitasol.»

Engenio Scribe, en su discurso de recepción en la Academia, acusó a Molière de no haber hecho ni una sola alusión en sus obras a la revocación al edicto de Nantes. ¿Cómo había de hacerla, si Molière murió en 1673, y el edicto no fue revocado sino doce años más tarde, en 1685? Y sin embargo, la Academia

se tragó el discurso, sin percatarse de lo disparatado de la reconvención.

El príncipe de la crítica, Julio Janin, ha cometido tan «increíbles borricadas» (así las llaman Flaubert y Maupassant) como las siguientes, sin hablar del famoso *cardenal de los mares*, nombre dado por Janin a la langosta; hacer pasar el Ródano por Marsella; creer que Smirna es una isla; llamar al Atlántico «un lago francés»; confundir el Cannes de la *Cote d'Azur* con el *Cannas* de la batalla ganada por Aníbal; llamar a San Juan Crisóstomo, que nació en Antioquía, «un Bossuet africano»; acusar a Luis XI, que nació en 1423, de haber perseguido a Abelardo, nacido en 1079, cuatro siglos antes, etc.

Pero todavía gana a Julio Janin en inexactitud otro inmortal: Ernesto Legouvé. Apenas hay una cita en su *Arte de la lectura* que no esté truncada o falseada; se imaginaba que sabía *ad unguem* los versos de Corneille, Racine, Molière y Lafontaine, y los estropea a cada paso.

Hasta Víctor Duruy, el sabio historiador, deja escapar en su *Resumen de historia griega* este despampanante *lapsus:* «Los manantiales se agotan, y el torrente, furioso poco ha, *corre en seco.*»

Las distracciones de Víctor Hugo son numerosas. En las *Orientales* (I, 8), describe un islote que se funde y se borra «como un carámbano frío», como si hubiera carámbanos calientes; en la *Leyenda de los siglos* nos pinta la Tierra en tiempo de Booz «todavía mojada y blanda del diluvio», que, por lo menos, había ocurrido mil trescientos años antes, y luego pretende que Betania y Jerusalem están a tres días de marcha de distancia, cuando están a mucho menos de una hora, poniendo también en boca de Carlomagno la frase «estás soñando, como curial en Sorbona», cuando la Sorbona no se fundó sino cuatro siglos y medio después de la muerte de Carlomagno.

Alfredo de Musset, en sus *Primeras poesías,* nos muestra un pez, el esturión, «que levanta con su dorso el manto azul de

los mares y mira *en silencio* pasar el astro de las noches». ¿Cómo había de mirar un pez?

Para tropezón, fue bueno el que un cajista hizo dar al académico Bernier en sus versos a la memoria de Ponsard; Bernier había escrito:

Tu mourus en pleine lumière	Tú moriste en plena luz,
et la Victoire coutumière	y la victoria acostumbrada
t'accompagna jusqu'au tombeau.	te acompañó hasta la tumba.

Y en uno de los periódicos que reprodujeron el elogio fúnebre, salió así este párrafo:

Tu mourus en pleine lumière	Tú moriste en plena luz,
et Victoire, ta couturière,	y Victoria, tu costurera,
t'acompagna jusqu'au tombeau.	te acompañó hasta la tumba.

De Eugenio Scribe son los descubrimientos de las «máquinas redondas con cuatro esquinas», y otros no menos curiosos. «En los *cuatro ángulos* de la *redonda* máquina—un viejo soldado sabe sufrir y *callarse—sin murmurar.*»—«Se reemplaza un mando—más fácilmente que un padre.»—«Me gloriaré sin cesar—de haber podido *matarlo vivo.*»

Clovis Hugues ha hecho también otro descubrimiento: el de un todo compuesto de tres mitades. «¡Cómo! Porque un bribón que se adelanta arrastrándose—mitad tigre, mitad chacal, mitad serpiente...» Puede juntarse con el de Eugenio Labiche al afirmar que las «mujeres gustan apoyarse en un brazo que lleve una espada en su cintura».

OCULTISMO

El conocimiento del porvenir.—Flammarión ha publicado con este título, en *La Revue* de París, varios artículos, fruto de cuarenta años de observaciones, durante los cuales ha recogido cuantos datos ha podido hallar relativos a previsiones, sueños o visiones premonitorias y demás hechos relacionados

con el conocimiento del porvenir. De estos artículos entresacamos lo que estimamos más curioso, sin quitar ni poner, pues en estas materias ni afirmamos ni negamos; oímos, apuntamos y esperamos. Ni debe creerse todo lo que nos quieran contar, ni debe rechazarse de plano todo lo que nos aseguran, sin más razón que lo extraordinario de la cosa o la imposibilidad *actual* de explicarla.

«Valentina X***, de Forcalquier, afirma en carta a Flammarión, que el viernes, 13 de Julio de 1911, a las tres semanas de haber dado a luz su segundo hijo, y estando su marido en otro pueblo en busca de nodriza, había soñado que, hallándose en una ciudad desconocida, preguntó por la criada, y la dijeron, que «como era sábado, había ido a lavar»; la buscó y, al hallarla, la preguntó por su hijo Renato, y la criada contestó que lo había dejado arrimado a la pared; fué corriendo en su busca, y lo encontró desnudo, con el cuerpo negro como el hollín y con un agujero en la garganta, por donde salía la traquearteria. Su marido se burló del sueño, pero hacia las cuatro de la tarde, el niño fue presa de un violento acceso de tos; era el crup. Llamaron al médico, y a las dos de la mañana del *sábado* 14 de Julio, cuatro médicos se preparaban para hacer al niño la operación de la traqueotomía; el niño fue acostado desnudo en una mesa, le abrieron la garganta, le pusieron una cánula, y casi terminada la operación, se desprendió la tráquea del gancho que la sostenía y, ahogado por la sangre, el cuerpo del niño se puso negro; gracias a una fuerte dosis de ipecacuana, un golpe de tos hizo subir la tráquea, que quedó sujeta. —Valentina—la dijo el marido,—he ahí tu sueño de anoche, de que me burlé.

A. Regnier, padre de la famosa actriz, escribe a Flammarión que en 1869 soñó que era soldado, sufriendo todas las miserias de la vida militar, fatiga, hambre y sed, oyendo voces de mando, cañonazos y fusilería, todos los ruidos de la guerra; de pronto se vió en una aldea, donde tenía que sostener el ataque del enemigo, dragones badeneses, cuerpo que jamás

había visto; en cierto momento vió a un oficial subir a lo alto del campanario con un anteojo de campaña, y luego bajar, ordenando una carga a la bayoneta contra una batería prusiana, en cuyo momento, y cuando recibía un sablazo en la cabeza, se despertó, caído de la cama. Por entonces no se pensaba siquiera en la guerra. El 6 de Octubre del año siguiente, 1870, el sueño se realizó en todas sus partes y con todos sus pormenores.

Pablo Leroux, de Neoburg, dice que estando empleado, a los diez y siete años, en casa de un tío suyo en 1868, su tío le contó una mañana que había soñado que, estando en el umbral de su puerta mirando hacia la calle, había visto desembocar un ómnibus de la Compañía del Norte, que se paró a la puerta, y del que se bajó su madre, continuando el coche con otra señora de negro con un cesto en el halda. Los dos se rieron de lo extravagante del sueño, pues no esperaban a la madre, que escribía siempre para que salieran a buscarla a la estación en un coche de punto, cuando iba a París desde Beauvais. ¿Cuál no sería su sorpresa cuando aquella tarde, estando su tío en el umbral, ve venir un ómnibus con dos señoras, una de ellas de negro y con un cesto en el halda, y la otra, la madre de su tío, que jamás había ido en ómnibus?

En su *Terapéutica sugestiva*, refiere el Dr. Liebault, de Nancy, que el 7 de Enero de 1886, a las cuatro de la tarde, recibió en consulta a un cliente, el Sr. Ch... en estado de nerviosidad inquietante. Seis años antes, picado por la curiosidad, había visitado a la famosa nigromántica Lenormand, que, después de estudiarle la mano, le había dicho: «Perderá usted a su padre dentro de un año, día por día; luego será usted soldado, pero estará usted poco en el servicio; se casará usted joven, tendrá usted dos hijos y morirá a los veintiséis años.» Ch... contó la profecía a varios amigos, riéndose de ella; pero su padre murió el 27 de Diciembre de 1880, al año justo de la predicción; después fue llamado al servicio, en el que sólo estuvo siete meses; se casó en seguida y tuvo dos hijos, y estaba

a punto de cumplir los veintiséis años. Como todo lo predicho había resultado exacto, Ch... temblaba de miedo y acudía a Liebault en súplica de socorro. El doctor trató de adormecer a Ch... para disipar su obsesión, pero no pudo conseguirlo por su extremada agitación. Entonces se le ocurrió llevarlo a la consulta de un sonámbulo, llamado el Profeta, y éste, a la pregunta de Ch... «¿Cuándo me moriré?» le contestó que «dentro de cuarenta y un años». El efecto fue maravilloso. Ch... recobró su buen humor, y se marchó lleno de esperanza. Pero el 30 de Setiembre de 1886, Liebault, que ya se había olvidado de aquella historia, recibió la sorpresa de la papeleta de defunción del pobre Ch..., muerto a los veintiséis años, como lo había predicho la señora Lenormand.

El venerable Federico Passy, de reputación mundial por sus campañas pacifistas y sus trabajos económico-sociales, subió con sus ochenta y nueve años los cinco pisos del cuarto de Flammarión para referirle el relato de un hombre tan escrupuloso como el cuákero Esteban de Gallet, a quien la condesa Tuchkoff había contado que tres meses antes de la entrada de los franceses en Rusia hallándose ella con el general su marido en Tula, soñó que, estando en una fonda de una ciudad desconocida, había entrado su padre llevando a su único hijo de la mano, y la había dicho tristemente: «Tu dicha ha terminado: tu marido ha muerto en Borodino.» Este sueño se repitió tres noches seguidas, y la tercera la angustió tanto, que despertó a su marido y le preguntó: «¿Dónde está Borodino?» El general no lo sabía, y por la mañana se pusieron ambos a buscar el nombre en el mapa sin poderlo encontrar. Poco después el general fué nombrado para dirigir el ejército de reserva, y una mañana, antes de que los franceses entraran en Moscou, el padre de la condesa, teniendo a su nieto de la mano, entró en el cuarto de la fonda ocupado por la condesa, y con rostro tan triste como lo había visto en sus sueños, la dijo: «Ha caído, ha caído en Borodino.»

El 27 de Junio de 1894, estando en su cuarto por la maña-

na preparando sus exámenes del Doctorado de Medicina, en Lyon, el hoy Dr. Gallet, en compañía del hoy Dr. Varay, de Annecy, se sintió de pronto asediado por un pensamiento tan absorbente, que, para librarse de la obsesión, lo escribió en su cuaderno: «Casimiro Perier es elegido Presidente de la República por 451 votos.» Aquel día, en efecto, poco después, se celebraba la elección en Versalles; pero ni se pensaba apenas en Casimiro Perier, ni el estudiante era aficionado a la política, entregado por completo a su preparación. Lo raro del caso hizo que diera cuenta de su obsesión a su compañero Varay y luego a otros dos estudiantes, Bouchet, hoy médico de Cruseilles, y Deborne, hoy farmacéutico en Thonon; todos, como es natural, se rieron de él. La sorpresa fue cuando, a la caída de la tarde, comenzaron a circular los periódicos con los telegramas de París que anunciaban el resultado de la elección: «Casimiro Perier, elegido por 451 votos.» El Dr. Galley, que remite este relato a Flammarión, lo hace acompañar de los testimonios del Dr. Varay, del Dr. Deborne y del Dr. Bouchet, que confirman el extraño fenómeno, inexplicable por la telepatía, y sólo atribuíble a una coincidencia inverosímil o a una lucidez maravillosa.

Los casos citados por Flammarión son muchísimos, pero no es cosa de reproducirlos todos, ni aun extractando su sustancia como lo hacemos. Concluyamos con el de Julio Pachen, sacerdote bretón, que en Diciembre de 1906 escribía a los *Annales des Sciences psychiques:* «En una aldea de Finisterre, el párroco, dicha la misa, sube a su habitación para guardar el cáliz; al bajar luego al comedor, se encuentra en la escalera con un cadáver que bajaban del primer piso. ¡Era él mismo en un ataúd que llevaban en hombros cuatro curas conocidos suyos! Presa de gran emoción, entra en el comedor, donde se hallaba su vicario. Este, al ver su palidez, le pregunta, y el párroco cuenta lo que le acaba de ocurrir. El vicario se encoge de hombros, pero el cura sostiene el hecho, y nombra los cuatro colegas que llevaban su féretro. Por la tarde, cantadas

vísperas, el cura arregla sus asuntos temporales y espirituales, cae enfermo y a los pocos días muere. El vicario anuncia la muerte, los párrocos vecinos acuden eomo de costumbre a rendir su último tributo al compañero difunto, y los cuatro que éste había visto se presentan para bajar el cuerpo al comedor, convertido en capilla ardiente.

Ni un comentario ni una explicación; el lector incrédulo se burlará de estas *chifladuras de sabios*, como Flammarión, Passy, Schopenhauer, Lombroso, Crookes y tantos otros; el lector crédulo tragará todos estos relatos sin la menor objeción. Nosotros ni creemos ni dejamos de creer; tomamos nota, y el tiempo se encargará seguramente de descorrer el velo de estos fenómenos como ha descorrido el de tantos otros que hoy nos parecen naturales y antes pasaron por maravillosos.

PSIQUIATRIA

La verbomania.—El profesor de la Universidad libre de Bruselas, Ossip-Lourié, ha publicado un interesantísimo libro sobre *El lenguaje y la verbomanía,* analizado por Andrés Chaumeix en la *Revue Hebdomadarie*, de París. El punto de partida del autor es la afirmación de que el lenguaje es normal cuando representa el pensamiento; pero es un estado morboso en cuanto deja de expresar ideas precisas, constituyendo entonces la enfermedad de la verbomanía.

La verbomanía es enfermedad tan antigua, que ya la Biblia la citaba; pero claro es que con el régimen parlamentario, con todas sus secuelas de mitins y de discursos hueros, ha llegado a su máximo desarrollo, pasando a revestir los caracteres de una verdadera *verborrea*, que es el nombre que conviene al caso, mejor que el de *verbomanía*, que le da Ossip-Lourié. Así como hay enanos y gigantes, hay individuos dotados de una facultad normal de hablar o de escribir, y donde sólo vemos nosotros un simple charlatán, Ossip-Lourié ve un estado patológico.

Hay verbómanos de todas clases y en todos los oficios y profesiones; la verbomanía además es contagiosa en alto grado, y por lo mismo que parece cosa inofensiva, se difunde sin que se trate de atajarla. Lo que hace peligrosa la verbomanía no es sólo el exceso del hablar, sino que el verbómano crea situaciones sin realidad, y cuanto más vivo de ingenio, más nocivo es, y cuanto más culto, más capaz de engañar o ilusionar. Y adviértase, añade Ossip-Lourié, que el desarrollo de la facultad de hablar nada tiene que ver con el desarrollo de las facultades intelectuales; hay afásicos que siguen pensando tan razonablemente como antes de perder el uso del habla. El verbómano puede ser hombre de talento, y hombre sin instrucción ni inteligencia. Si no tiene talento, su charla será objeto de mofa; si tiene talento, su verborrea será un arma de guerra para seducir y prosperar, pues el verbómano es, ante todo, «un inventor de fábulas»; inventa sensaciones, sentimientos, ideas que no tiene, y que sólo conoce por su expresión. Así puede suceder que las personas faltas de juicio tomen al verbómano por un gran talento.

El verbómano no se apura por cuestiones de principios, y sale del paso como puede, ofuscando y aturdiendo con su palabrería; sus discursos y sus actos revelan su anormalidad, pero sólo a los iniciados, que son rarísimos; la inmensa mayoría toma en serio como moneda de buena ley cuanto le viene a la boca. El verbómano es vanidoso, y no conoce timidez ni escrúpulos; está predispuesto a la mentira, no por maldad, sino por la inconsistencia de su organización mental. Esta predisposición, en su grado elemental, es humana; pero exagerada en el verbómano, se hace morbosa. Las palabras y las ideas no son por sí mismas verdaderas ni falsas; lo son con relación a lo real; y como esa relación tiene al verbómano sin cuidado, pues él tiene ante sí todo el campo de lo posible, elige en ese campo lo que le acomoda por el momento, y no se preocupa más.

Esta despreocupación de la realidad es el rasgo más curio-

so de la verbomanía, y Ossip-Lourié lo analiza profundamente. Un hombre que explica una cosa que existe o puede existir, lo hace con sencillez y precisión; el verbómano, al contrario, al hablar de cosas que no existen sino entre nubes de palabras, se gasta, se agita, hasta conseguir dar una existencia artificial a los objetos que describe; hecho este gasto de energía, ya no tiene el verbómano más que hacer. El apóstol de guante blanco y gaban de pieles que predica la abnegación, y vive a lo grande, y el político demócrata e igualitario que quiere privilegios para sí o para los suyos, son unos verbomaníacos, desequilibrados y egoístas, y en el fondo unos criminales.

La verbomanía, mal antiquísimo y universal, como el egoísmo o la lujuria, es un fenómeno social, alentado por la educación y fortalecido por la vida común, la conversación y los hábitos oratorios. Ossip-Lourié cita el caso de un estudiante. hecho médico sin haber visto jamás un enfermo (yo conozco tres casos semejantes, pero eso no es cuestión de verbomanía, sino de memorismo, librismo y psitacismo), y el de un joven de diez y siete años, que en el mismo mes dió tres conferencias: una sobre Víctor Hugo y Nietzsche, otra sobre las ideas de Spencer, y otra sobre la aviación, cosa que en verdad nada tiene de sorprendente, dada la complejidad de nuestra instrucción, no sólo por los medios académicos, sino por el ambiente mismo (prensa, conversación, conferencias, exposiciones, cosas vistas), que nos permite, casi sin esfuerzo, adquirir un grado de cultura, imposible en otros tiempos sin largos y profundos estudios.

No es la cantidad la mala, sino la calidad; se conocen y se usan muchas palabras, pero se emplean sin conocer su valor exacto. La transmisión puramente verbal del saber, en vez de infundir energía a los oyentes, les acostumbra a la pereza intelectual y a la fraseología vacía. La conversación es de ordinario la expresión de lo inexacto: se emplean términos abstractos cuyo contenido se ignora; se citan nombres propios y hasta ilustres sin saber lo que representan; se usan fórmulas que a fuerza de desgaste han perdido su valor; se echa mano de imá-

genes que no evocan nada por lo empañadas que el uso las ha puesto; se abusa del adjetivo y del superlativo, haciendo imposible toda fidelidad de matización; y sobre todo esto, se emborrona todo con una tinta gris de cortesía falsa que no permite a nadie hablar con sinceridad, o hace aparecer al que es sincero, como grosero o ridículo. Y no se olvide que, además, siempre es aplicable a la conversación lo que de ella decía La Rochefoucauld: «Una de las cosas que hace se encuentren tan pocas gentes razonables y agradables en la conversación, es que no hay casi nadie que no piense más bien en lo que quiere decir que en responder con precisión a lo que le dicen.» La conversación se reduce, de ordinario, a dos monólogos intermitentes.

De todos los verbómanos, charlatanes de plaza pública, peroradores de feria, reclamistas, etc., el más temible es el orador, y sobre todo el orador político. Para el orador lo importante es lo escogido de las palabras, la entonación, el gesto, el arte de presentar los hechos o las ideas; ninguno se cuida de la verdad, y a veces nada importa ni al que habla ni a los que escuchan. Los oradores, dice Ossip-Lourié, no son artistas, sino decoradores, y en el porvenir hay que confiar en que la oratoria dejará de figurar en la vida para refugiarse en el circo, donde figurará, como cosa curiosa, entre las gracias del payaso y las habilidades del malabarista y del acróbata. Entretanto, desgraciadamente, ocupa la tribuna de los Parlamentos y hace estragos en todas las naciones. Yo lo he dicho en verso, en una de mis poesías inéditas:

«¿Qué es en el fondo
nuestra política
sino contienda
vil y raquítica,
por la conquista
de alguna cumbre
en que a la Audacia
la Inepcia encumbre
de quien gritando
más, nos recrea
en un torneo
de verborrea,
cual si las lenguas
y los pulmones
de los Estados
fueran timones?
Con tan sofística,
necia teoría
vamos derechos
á la anarquía.
Bien que se lleven
los oradores
oro y aplausos
cual los tenores;
pero las cosas
saca de quicio
quien da carteras
por tal servicio;
que el buen gobierno
de las naciones
no es de palabras,
sino de acciones.»

¿Qué hacer contra los charlatanes? Los verbómanos son para Ossip-Lourié peligros permanentes para la sociedad. Les tiene su responsabilidad sin cuidado, y faltos de sentido moral, cometen delitos de esos que jurídicamente no son perseguibles por los tribunales, aunque sean mucho más graves que los delitos ordinarios. La sociedad debe combatir tan peligrosa plaga, que lleva la perturbación al país entero, desmoralizando la política, la hacienda y la administración de justicia, y transmitiendo el virus verborreico por contagio con mayores daños que los que causa el alcoholismo y la tuberculosis. Pero, ¿cómo se combate? Ossip-Lourié propone el aislamiento temporal de los verbómanos y las curas de silencio; pero eso es completamente impracticable. La verbomanía es incurable; lo que hace falta es educar desde la escuela a las nuevas generaciones en el desprecio del verbómano, hasta reducirle a su verdadero papel social: el de charlatán, desde la categoría del sacamuelas de feria, distracción de papanatas, hasta la de orador de mitin, de club o de Parlamento, distracción de personas cultas, incapacitándole para intervenir en la gestión de los intereses sociales, jamás confiados al éxito oratorio. Para esto, bastaría que los Parlamentos se transformaran, suprimiendo todo discurso; presentado un proyecto de ley, los representantes del país que hubieran de intervenir en su discusión se limitarían a exponer sus razones por escrito, en breves conclusiones, que serían leídas por turnos y contestadas tranquilamente del mismo modo en la sesión siguiente, sin apasionamientos, ni efectismos posibles. Todo así quedaría simplificado, y quedaría suprimida toda la actual tramoya, con sus golpes de magia, sus falsas reputaciones y sus aplicaciones indebidas a la gobernación del país y a la jefatura de los partidos. La cosa es difícil, pero no imposible, y ese es el único modo de sanear el corrompido y corruptor régimen parlamentario.

IMPRESIONES Y NOTAS

VERLAINE Y SU MUJER.—Fernando Vanderem ha contado en el *Fígaro* la separación del matrimonio Verlaine. Es una aventura que no carece de sabor, y que contribuye no poco a reconstituir la fisonomía moral de aquel desdichado, ídolo de tantos otros extraviados del verdadero arte.

Habla la viuda de Verlaine, confortable jamona al cabo de cuarenta años, sin apariencia alguna de tísica, como se creyó lo fuera en su juventud por su flacura y su palidez: «Volvíamos del campo, de casa de mi marido, en Fampoux. Pasamos por casa de Lemerre. Mi marido encuentra allí una carta con versos firmados por Rimbaud. —Están muy bien, nos dijo. Enseña los versos a mi madre, a Carlos Cros, a Banville. —Están muy bien, dicen todos; hay que hacer venir a ese muchacho. Y escotan para pagarle el viaje. Habitábamos entonces, con mis padres, un hotelito en la calle Nicolet. Había en el ropero una cama de hierro, donde de cuando en cuando, mi hermano, Carlos de Sivry, daba hospitalidad a camaradas apurados. Se decide destinarla a Rimbaud. Mientras Verlaine va a buscarlo a la estación, Rimbaud llega. Espesas greñas encrespadas, mejillas regordetas, tez caldeada por el sol, lindos ojos, un pantalón demasiado corto; bastante huraño o tímido. Diez y siete años, la misma edad que yo tenía... Se habla... Desde aquel momento, Verlaine cambió mucho conmigo. Volvía al café, al aperitivo... Volvía malo.

«Yo era entonces muy joven, y me daba cuenta de que Rimbaud debía escribir muy buenas cosas, puesto que tanto le admiraban; pero, sin embargo, me decía que debía ejercer una mala influencia. En resumen: yo había tenido ya a mi hijo Jorge, y eso me consolaba un poco de las escenas, cuando una mañana me despierto con una neuralgia. Verlaine sale para ir a llamar al doctor Cros. Llega el medio día, y no vuelve; la noche, y tampoco. Durante cuatro días, mi padre revuelve

todo París en su busca. Se había ido con Rimbaud. Se había llevado todo su dinero, y digo el suyo, porque yo no tenía dote, sino sólo una renta. Los primeros días, yo estaba anonadada. Luego quise luchar. Tuve su dirección y le escribí, consiguiendo que me citara para Bruselas. Parto con mi madre, dejando el niño en París. Encuentro a Verlaine. Era por la mañana, en un hotelito, creo que el *Hôtel Liégeois*. Le suplico que vuelva a París. Se niega. Le propongo viajar. Se niega. Entonces se me ocurre una idea. ¿Y si fuésemos a Nueva Caledonia? Sí, allí abajo, en el presidio, tiene varios antiguos amigos de la *Commune*, Luisa Michel, entre otros. Habrá relaciones, se verá mundo. Eso parece seducirle, y pide hasta la noche para reflexionar.

»Por la tarde, á las cinco, le encuentro en un jardín público, cerca de la estación. Tenía el aire algo sombrío, como lo tenía frecuentemente después del café. Y en seguida me dice vagamente que acepta. Yo me vuelvo a mi madre.—¿Qué hay?—Que acepta.—¿Qué?—No lo he comprendido bien; pero aprovechémonos de que quiere partir; después, ya veremos. Se entra en la estación, y subimos al tren que sale para París. Se come pollo frío, y Verlaine no chista. Se echa el sombrero sobre los ojos y se duerme. Llega a la frontera, y nos bajamos para la aduana. Cuando despachamos, ¡búscate a Verlaine! Buscamos, llamamos. Nadie. Los empleados nos empujan para el tren. Yo estaba como loca. De pronto, en el muelle, muy tieso, ¿qué es lo que vemos? A Verlaine, que nos mira con ojos fijos.—¡Subid, subid aprisa, que el tren sale!, le grita mamá; Verlaine nos sigue mirando con ojos fijos, y dice:—¡Me quedo!—Y se da un golpe en el sombrero, hundiéndoselo hasta los ojos. Y no le he vuelto a ver más.

—¿Y después?—preguntó Fernando Vanderem.

—¿Después? ¡Oh! He sido muy desgraciada... Verlaine ha hablado en un poema de mi vocecita de tísica... Y es verdad, a fuerza de disgustos, me puse enferma del pecho. Durante cinco años, eso ha sido morir. Pero me he defendido por mi

hijo. Una vez tuvo la escarlatina, y jamás olvidaré mi desesperación. Mirad, en aquel momento precisamente, Verlaine obtuvo el venir a verle, a su hijo. Mi madre creía en un arreglo. Yo no sabía lo débil y voluble que era. Me quedé en la habitación inmediata, negándome a verle. E hice bien, pues jamás ha vuelto. Como sus cartas. Me escribía a más y mejor. Durante tres años las he guardado sin abrirlas. En una de ellas me decía: «Si a medio día no has vuelto a mí, me mato.» No la he leído sino tres años después. Evidentemente me quería todavía. Pero ¡tan voluble, os digo, tan terrible!... He querido olvidarlo... Y lo he conseguido... ¿Qué queréis? Sí, he querido olvidar...»

***

Los comienzos de Francisco Coppée.—En un artículo sobre «Coppée y los parnasianos», exhuma Monval estos recuerdos de Catulo Mendes, en su *Leyenda del Parnaso contemporáneo*: «En nuestro saloncito de la calle Douai hubo un día un acontecimiento. Yo había recibido por la mañana, bajo sobre, un poema escrito con escritura magnífica y no firmado. Los versos me habían parecido notables, y por la noche, cuando nuestros amigos (Heredia, Dierx, Glatigny, Cladel, Isle-Adam, Merat, Valade, Lafenestre, Des Essarts, Sully-Prudhonunse) los leyeron a su vez, todo fueron exclamaciones de placer y de entusiasmo; allí había un verdadero poeta, aunque inexperto todavía. ¿Quién podía ser el autor de aquella pieza *Flores mortales?* En un rincón estaba Francisco Coppée, silencioso, como de costumbre; me hizo señas para que le siguiera a la habitación inmediata, y allí me dijo:—Yo soy el autor, pero no lo digáis.—¡Cómo! ¡Era él el poeta! Hacía versos y no lo decía! No pude contenerme, y todo fueron felicitaciones y apretones de manos. Yo me llevé aparte a Coppée, y le dije:—Dejadlos que digan. No es uno artista por algunas buenas estrofas. ¿Habéis hecho muchos versos?—Seis mil.—Traédmelos mañana, todos.—Me los llevó, y los leí todos en una hora.—¿Qué

os han parecido?—me preguntó por la noche.—Amigo mío, todo eso es execrable. Estáis admirablemente dotado, pero no sabéis ni una palabra del oficio.—Enseñádmelo. Y sin molestarse lo más mínimo por el rudo golpe de mi franqueza, echó al fuego los seis mil versos que me había traído.

***

Lo que vale saber hacer una ensalada.—La moda, en materia de ensaladas, como en materia de bailes, está hoy por los rusos, y hasta las revistas serias no vacilan en dedicar alguna página a la ensalada rusa, que no es otra cosa que una macedonia de legumbres, a la que se unen como accesorios, jamón, crestas de gallo, trufas, anchoas, langosta, corazones de lechuga, etc., acomodada con una mayonesa algo fuerte. A propósito de esta ensalada, Vesco de Kéréven recuerda una graciosa anécdota de Brillat-Savarin. El héroe, gentilhombre de buena cepa, completamente arruinado, era el caballero de Albignac, emigrado en Inglaterra a consecuencia de la Revolución. Brillat-Savarin cuenta a Gide la historia:

«Mientras acababa un suculento rosbeef en una de las más famosas tabernas de Londres, donde se permitía el lujo de ir, a pesar del mal estado de su bolsillo, por ser de aquellos que tienen por sistema el comer bien con un solo plato, con tal de que sea bueno, cinco o seis jóvenes de las primeras familias de la capital se regalaban en una mesa inmediata; uno de ellos se levantó y, acercándose a Albignac, le dijo con el tono más cortés: —Señor francés, dicen que vuestra nación sobresale en el arte de hacer ensaladas; ¿os dignaríais favorecernos preparando una para nosotros?—Albignac accedió después de algunas vacilaciones; pidió todo lo que creyó necesario para hacer la obra maestra esperada; puso en ella todos sus cuidados, y tuvo la fortuna de quedar bien. Mientras estudiaba sus dosis, respondía con franqueza a las preguntas que le hacían sobre su situación actual; dijo que era emigrado, y confesó su pobreza,

no sin ruborizarse un poco, lo que autorizó, sin duda, a uno de los jóvenes a deslizarle en la mano un billete de cinco libras esterlinas, que aceptó después de una débil resistencia; había dado sus señas, y algún tiempo después quedó medianamente sorprendido de recibir una carta en que le rogaban, en los términos más políticos, que fuese a preparar una ensalada a uno de los más bellos hoteles, Grosvenor-square. Albignac, comenzando a prever alguna ventaja duradera, no vaciló un instante, y llegó puntualmente, después de haberse provisto de algunos nuevos ingredientes que juzgó convenientes para dar a su obra el más alto grado de perfección. Había tenido tiempo de pensar en su tarea; tuvo la fortuna de alcanzar otra vez éxito, y recibió una gratificación que no hubiera podido rehusar sin perjudicarse.

Los primeros jóvenes para quienes había trabajado, habían alabado hasta la exageración el mérito de la ensalada que había sazonado para ellos. La segunda prueba hizo todavía más ruido, y la reputación de Albignac se extendió prontamente; le designaron con el calificativo de *fashionable salat-maker*, y en aquel país, ávido de novedades, lo más elegante de la capital de los tres reinos, se murió por una ensalada del *gentleman* francés. Albignac se aprovechó, como hombre de talento, del favor de que era objeto. Pronto tuvo un carrito para trasladarse con más rapidez a los diversos sitios donde era llamado, y un criado que llevaba en un cofrecito de caoba todos los ingredientes con que había enriquecido su repertorio, tales como vinagres de diferentes perfumes, aceites con o sin gusto de fruta, trufas, anchoas, caviar, jugo de carne y hasta yemas de huevo. Más tarde hizo fabricar cofrecitos semejantes, que vendió a centenares, y siguiendo con exactitud y prudencia su línea de conducta, llegó a realizar una fortuna de más de 80.000 francos, que llevó a Francia cuando los tiempos fueron mejores. Vuelto a su patria, no se entretuvo en brillar en el pavimento de París, sino que se ocupó de su porvenir: colocó 60.000 francos en fondos públicos, que estaban entonces a 50 por 100,

y compró por 20.000 francos una finquita de hidalgo en el Limousin, donde acabó sus días, contento y feliz por haber sabido limitar sus deseos.»

*
* *

Los nombres y las cosas.—En *A B C* protesta, con valentía y sobra de razón, José M. Salaverría, del nombre de *latino-americanos* con que, no ya en la América del Sur (¡del Sur y no del Sud, galiparlantes!), sino hasta en la misma España se califica a los suramericanos. En boca de españoles, semejante denominación es una herejía blasfema y una dejación de los derechos más elementales. Los franceses tienen interés en que corra la palabreja *latino-americanos*, porque con lo de latinos se llaman a la parte, y todo es ventaja para ellos; pero por lo mismo es una necedad que nosotros asintamos, falseando la historia y renunciando a nuestra herencia legítima. Tomados los pueblos todos de raza latina (admitiendo lo exacto del nombre, que sobre eso habría mucho que decir) españoles, italianos, franceses, portugueses y rumanos con sus colonias efectivas o emancipadas, puede hablarse de *mundo latino;* pero tratándose sólo de América del Sur, no puede ni debe decirse con verdad más que *pueblos hispano-americanos*. ¿Por qué Italia entera se llamó *latina*, y no etrusca ni ligúrica ni lombarda? Porque el Lacio fué el pueblo preponderante. ¿Por qué la antigua Galia ha tomado el nombre de *Francia*, y no el de Normandía ó Picardía, Borgoña o Provenza, Gascuña o Auvernia? Porque el territorio de la Isla de Francia, con su capital París, ha ido amplificándose por conquistas, herencias y tratados, hasta constituir el antiguo reino, hoy república francesa. ¿Se le ocurre a nadie llamar a los pueblos italianos lombardo-etruscos o liguro-vénetos, ni a los franceses normandos-borgoñones o picardo-provenzales? Pues lo mismo es llamar a los americanos del Sur latino-americanos. Esos pueblos son hispano-americanos y no otra cosa, y es mal español quien los nombre de otro modo y es falseador de la Historia quien de otra manera los designe.

Estas minucias de nombres parecen no tener trascendencia y la tienen muy grande; falseado el nombre, se falsean los hechos, y se falsean a la larga sentimientos y tendencias. Si los políticos que tanto han hablado de catalanismo, hubieran dado a lo que así llamaban su verdadero nombre de barcelonismo (encarnado hoy en un Cambó o en un Prat, como ayer pudo encarnar en un Durán), no tendríamos planteado hoy un problema que quedó resuelto siglos ha, y que hoy resucita envenenado como nunca y amenazando costar ríos de sangre por la inepcia y la desidia de nuestros gobernantes. Dicen los franceses que *le nom ne fait rien à la chose*; pero, a veces, los nombres tienen importancia decisiva.

***

Un poeta anónimo del siglo x.—Se trata de *El jardín de las caricias*, colección de poesías eróticas escritas en España por un moro desconocido del siglo x, y descubiertas en Tombuctú, en los Archivos de la antigua Universidad de Sankoré. Las ha traducido del árabe Franz Toussaint, y he aquí como muestra algunas de las que figuran en la colección:

«*Desafío.*—He pulido tu cuerpo con tantas caricias, que se parece ahora a la piedra sagrada del Djuf, que tantos labios han gastado. Puede apagarse el sol y caer la luna, que él me alumbrará con luz deslumbradora.

»*Sobre el amor.*—No dejes dormir al halcón que estás domesticando.—No lances tu caballo al galope sin haberle hecho antes trotar.—No hagas ramonear a tu meharí sino en la linde de los oasis.—Y no digas nunca a una mujer que la quieres.

»*La serpiente.*—Ella estaba sentada sobre mis rodillas. Yo había deslizado mi mano bajo su traje, y con voz indiferente hablaba de rebaños, de perros, de pastos. Las piernas eran lisas y firmes. Ella pareció al fin notar que yo la acariciaba. —¡Hay una serpiente bajo mi traje!, me dijo riendo.—Precisamente, la respondí, la estoy buscando.»

Fernando Araujo

ÍNDICE

Págs.

Joyas robadas y restituídas, por Juan Pérez de Guzmán y Gallo.. 5

Beatriz de Aragón, reina de Hungría, por Alberto de Berzeviczy. 26

Formas rudimentarias de la novela picaresca, por Franck Wadleigh Chandler..... 76

Más hábil que Sherlock Holmes, por Marck Twain..... 105

Cuestiones de prehistoria, por Telesforo de Aranzadi..... 138

La América Moderna, por Vicente Gay..... 158

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 188

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 25. NUM. 290.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

FEBRERO 1913

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

FORMAS RUDIMENTARIAS DE LA NOVELA PICARESCA

En inglés, la novela de Mateo Alemán obtuvo mejor fortuna que entre los tudescos; porque James Mabbe, inteligente traductor de la *Celestina*, fue también como el ayo de *The Rogue: or the Life of Guzmán de Alfarache*, impresa en Londres por Eduardo Blount, en 1622. Aquella edición excelente, en folio, contenía las dos partes escritas por Alemán, con sus prólogos fielmente traducidos y con copiosas notas marginales añadidas por Mabbe; algunas, por cierto, eran sentenciosas reflexiones morales, pero la mayor parte, auxiliares de la inteligencia del texto. Siguiéronse nuevas ediciones encuadernándose con la *Celestina*, traducida por el mismo en la serie Oxford de 1630, y también se hizo esto con algunos ejemplares de la edición de Londres en 1634. También se publicaron ediciones abreviadas sobre la base de la de Mabbe, destacándose del texto la historia de Osmin y Daraxa, que en cambio se agregó a las *Novelas* de Cervantes en 1723. Antes de la publicación latina de la *Celestina* de Gaspar Barth, titulada *Pornoboscodidascalos Latinus*, hizo su aparición en esta lengua Guzmán de Alfarache, por el estudio de Gaspar Ens, de Colonia, que en 1623 publicó la primera parte con el nombre de *Vitae humanae proscenium*. La *Pars secunda* fue publicada por el mismo Ens en 1624; pero la tercera parte, compendiada, no aparece hasta la edición entera del *Dantisci*, *sumptibus Georgii Tors-*

terii. La primera parte en sus acontecimientos principales refleja el original de Alemán, aunque abreviado y con pegotes en varios pasajes, tales como la enorme descripción de la ciudad de Roma, y discursos con citas de Horacio, Séneca y Plutarco. Su rasgo más notable es la inclusión de Lazarillo de Tormes como personaje de ella. Éste se encuentra en un camino con Guzmán, y le cuenta su propia historia en el punto en que el original español se refiere la de *Osmin y Daraxa*. En la continuación latina, seguía la segunda parte de Alemán, pero en lugar de la historia de *Dorido y Clorinia* se insertaba otra, y el episodio de *Claudio y Dorotea* se omitió por completo. Este volumen termina más apresuradamente que el español, pues Guzmán, no prosiguiendo más allá de su segundo matrimonio y de su ida a Madrid, prorrumpe de repente: *Sed expectas forte ut narrem quæ mihi Madriti evenerint? Narrabo tum quum mortem meam ipse narrabo. Nunc valete et plaudite.* En la tercera parte que se publicó cuando Ens, ya que no Guzmán, era muerto el pícaro; después de verse libre de las galeras, se hace comediante y por fin ermitaño, conclusión que evidencia haberse sacado de la traslación alemana. En Holanda se tradujo por autor anónimo, con el título de *Het leven van Gusman d'Alfarache't afbeeldsel van'it menschelijk leven*. La primera edición fue la de Harlem, 1655, y la segunda se publicó en el mismo año, en Rotterdam, por Abraham Pietersz, con una tercera parte bajo los mismos auspicios, en 1658. Aunque abreviada y sin los episodios románticos, comprendía esta obra los principales sucesos de la obra original, y la misma división en partes y libros. Siguiéronse otras ediciones, y así como Brederoo, a imitación del tercer tratado de *Lazarillo*, hizo el *Spaansche Brabandor*, Tomás Asselijn, en 1893, desenvolvió el asunto de esta novela en la comedia *Guzmán de Alfarache of de door-sleepene bedelaers*. Por toda Europa llegó a ser Guzmán héroe tan popular como Eulen Spiegel, Gargantúa o Harlequin, y en Inglaterra a las historias de criminales más conocidas con regularidad indefectible, se las anunciaba por vía de reclamo, asegurando al

público «que nuestro Guzmán inglés es tan famoso en estos tiempos como lo fuera en los suyos el español» (1). Ninguna otra novela picaresca española alcanzó nunca tan general celebridad ni ejerció tanta influencia como ésta (2).

En el mismo acto en que se publicó la continuación auténtica del *Guzmán*, salió también a luz el *Libro de entretenimiento de la Pícara Justina*, en Medina del Campo, en la imprenta de Cristóbal Lasso Vaca, escrita por el Licenciado Francisco de Ubeda, *natural* de Toledo, según allí se manifiesta. Mas el autor real parece haber sido un fraile dominico, Andrés Pérez de León, que tuvo empeño en ocultar su identidad, por razón de su hábito y por haber escrito otras obras de distinto carácter. En 1601 había publicado una vida de San Raimundo de Peñafort, y también de su pluma salió una serie de *Sermones de Cuaresma y de los Santos*. Parece ser que la *Pícara Justina* se compuso durante la vida estudiantil del piadoso Pérez de Alcalá, como el *Lazarillo* lo escribieran según la tradición, bien Mendoza o bien Ortega, siendo escolares en Salamanca. Y seguramente que se percibe poco el sello sacerdotal en el libro, a pesar de sus frecuentes moralidades. Guzmán de Alfarache fue el principal modelo que el autor se propuso, aunque se mencionan en el libro, juntamente con otros, la *Celestina* y el *Lazarillo*. En el *Prólogo sumario* (3) dice que ha de mandarse a Guzmán la descripción de Justina en vísperas de su casamiento con él; y al fin de la historia, prometiendo

(1) *The English Guzman, or The History of that Unparallel'd Thief, James Hind*, por S. F(idge). Londres, 1652.

(2) Por lo que se refiere a la influencia del *Guzmán* en *Grimmelshausen*, véase *Eine Quelle des Simplicissimus*, por Rudolph von Payer, en *Zeitschrift f. deutsche Phil.* Vol. XXII, pág. 93 y sigs.

(3) Justina dice en él: *No hay enredo en Celestina, chistes en Momo, simplezas en Lázaro, elegancias en Guevara, chistes en Eufrosina, enredos en Patrañuelos, cuentos en Asno de Oro, y generalmente no hay cosa buena en Romancero, comedia ni poeta español cuya nota aquí no tengo, cuya quinta esencia aquí no saque.*

continuación, se declara ya Justina la esposa del famoso pícaro. Nadie que lea esta novela negará que Justina hubiera sido digna compañera de Guzmán, aunque en la novela no se utilizan las relaciones entre ambos.

Como otras obras de su clase, es también ésta autobiográfica. La heroína, después de prólogos menudamente elaborados y dedicatorias a la pluma, tinta y papel, en estilo intermitente y enrevesado, saca a plaza su genealogía; porque un pícaro ha de atestiguar su patrimonio picaresco, según ella dice. El padre de su padre fue un barbero tahur; su bisabuelo, un enano y titiritero. Bufones y saltimbanquis, sastres y tamborileros, fueron siempre sus antepasados. Como hija de un mesonero, trata de este oficio y de cómo murieron sus padres: él a manos de un huésped a quien había estafado, y ella atragantándose una longaniza robada. La vida aventurera de Justina comienza, después de estos sucesos melancólicos, con un viaje que emprende a la fiesta de Arenillas. Esta termina para ella con caer en poder de una caterva de estudiantes alborotados, de los que se desenreda astutamente conduciéndolos a latigazos al pueblo de ella, Mansilla, donde tienen que escapar para salvar su vida. La segunda peregrinación es a León, donde hace una burla a su mesonera; cambia un *Agnus Dei* de plata por otro de oro, enreda a un ermitaño, roba un borrico para reemplazar al que a ella le han robado; se disfraza de mendiga para allegar recursos, y, después de una peregrinación irreverente a un santuario próximo, chasquea a un estudiante con un panal de miel. Luego, en combinación con un barbero, hace una burla a una posadera que se pone enferma, haciéndose él pasar por médico; y cuando la pícara a su vez burla al barbero, vuelve a su casa de Mansilla, triunfante por segunda vez. La tercera salida de Justina se debe a la persecución de sus hermanos y hermanas, que tratan de desheredarla. Se las arregla, sin embargo, con un amante, para que éste robe en provecho de ella alhajas y vajilla, y así le es fácil salir sin ser notada, yendo a Ríoseco, donde presenta una demanda legal contra su familia.

Los letrados la despojan de su dinero, en términos que le es menester entrar al servicio de una hilandera morisca. Aquella vieja hechicera muere rica, y Justina se queda con su caudal, pretendiendo que la ha dejado por heredera. Con riquezas venidas a buena sazón y más juicio, prosigue su querella, que termina en su favor, y Justina vuelve por tercera vez a Mansilla victoriosa. Cada una de estas salidas es materia de un libro, intitulándose el primero *La pícara montañesa*, el segundo (que es el más largo) *La pícara romera*, y el tercero *La pícara pleitista*. El cuarto y último es *La pícara novia*. En él tiene Justina por amantes chasqueados a un fabricante de juguetes, a un disciplinante tonto y a otros pretendientes de menor cuantía; por fin, acepta a un jugador viudo, viejo veterano, nombrado por la corte guardia, y que resulta para Justina el más provechoso de elegir. Sigue la narración con la fiesta de la boda en una posada, donde es tanta la algazara, que el mismo Corregidor baila, y Justina se despide diciendo: «Es la noche de la boda. ¡Buenas noches!»

Cada capítulo va precedido de una glosa en verso, usándose en todos ellos cincuenta y un metros diferentes, y entre éstos los *versos de cabo roto*, que también se encuentran en el *Quijote*. Con ser tan mezquina la invención de esta obra, por lo general, el autor parece muy satisfecho de su talento, y llega a decir de su obra, en la primera página, que *Es juntamente Arte Poética*. Empezando así en metro cada capítulo, lo cierra, sin más ni más, con un *aprovechamiento* que contiene la moraleja que de él ha de sacarse, «que te mostrará, dice el título, cómo has de aprovecharte de su lectura para evitar los engaños comunes del día». Y en su prólogo al lector, dando por cierto que sean pocos los que por la lectura de su obra puedan adoctrinarse, espera, sin embargo, el autor que todos puedan conocer algo para evitar la malicia del mundo, y que si su libro fuera todo de vanidades y frivolidades, no lo hubiera dado a la estampa; si, por el contrario, todo él fuera santo, serían muchos menos los que lo leerían. Estas moralidades nos dan a entender

que al comenzar a escribir la obra faltábale demasiado de aquella santidad que para permitir que se publicara exigiría la Inquisición, y como medio de remediar esta falta ideó el autor agregarle aquellos *aprovechamientos* como apéndices. Pero si estas observaciones morales de la *Pícara Justina* están puestas de tal modo que pueden omitirse en la lectura sin dejarla manca de sentido, en cambio es tan sermonario e intrincado el estilo general de la obra, y tan atormentado y revuelto, que se hace fatigosísima la narración. Se le ha considerado como el primer corruptor de la prosa española, ya desde que Cervantes, en su *Viaje del Parnaso*, la juzgó con severidad (1); y sus conceptos extravagantes, sus aliteraciones, juegos de palabras, equívocos y afectación erudita, son inseparables del escritor. Como en Juan Martín, su mayor defecto es la falta de invención, pero es superior en ingenio y agudeza satírica a aquél, el primer precursor del burlesco chispeante del *Gran Tacaño*, y fue también el primero en utilizar como protagonista picaresco una mujer, en lo que se adelantó a Barbadillo y a Solórzano. Por el mero hecho de reemplazar el antihéroe por una heroína, queda eliminado el plan de las otras novelas de hacer pasar al héroe por el servicio de varios amos, pues las mujeres, en aquellos tiempos, no eran admitidas en muchos empleos. Justina misma no tuvo más que un ama: la Morisca; y en lo sucesivo, hasta Moll Flanders, lás mujeres de las novelas picarescas figuraron más bien en conexión con sus amantes, y considerándose sólo sus obras personales independientes del cambio de servicio.

La pícara obtiene de esta suerte más libertad de movimiento que el pícaro, y por instrumento de ella ascendió en su evolución la novela picaresca a un grado superior de condición, cuando el tema llegó a ser, no ya la descripción de las clases sociales, sino las aventuras y aspectos individuales de la vida, Justina fue una personalidad distinta, como no lo había sido

(1) Mayans y Siscar: Prefacio a la *Pícara Justina*, 1735, Madrid.

Lazarillo, y la Rufina de Solórzano aún confirma más esta individuación del carácter. Los incidentes de la novela de Pérez eran vulgares y adolecían de cierta candidez; las correrías de Justina se redujeron a círculo bien limitado, de ningún interés real, y la acción que los determina es igualmente circunscrita por demás. Únicamente el manejo juglaresco de la narración ha bastado a salvarla del olvido. No incluye cuentos de extensión, ni numerosas anécdotas, pero en su lugar abundan discursos cargantes y apelmazados. Se percibe en esta novela sobrada descripción de viajes para tan limitado circuito, y se advierte aquella procacidad de que dan muestra los libros de chistes germánicos y el *Buscón* de Quevedo. Pero la censura de torpeza lasciva con que se ha condenado a Pérez es infundada. Le era ajeno el arte intencionado del *conteur* francés, y su antiheroína se mostró casta en los ataques y seducciones de desconocidos. Se anunciaba un *segundo tomo,* que no se llegó a publicar, a pesar del regular éxito que obtuvo el original, que en 1608 fue publicado en Bruselas por Olivero Brunello, y en 1640 en Barcelona, con el título de *La pícara montañesa llamada Justina.*

Por lo que hace a las ediciones italianas, en 1624 salió a luz en Venecia, por obra de Barezzo Barezzi, una traducción titulada *Vita della picara Giustina Diez,* mas incompleta, pues no da más que la primera parte, y esa sólo hasta referir la victoria que obtuvo Justina sobre los estudiantes de la Vigornia. Agregásele un total de doscientas páginas, ajenas a la novela original, constituídas por anécdotas y seis cuentos amatorios, entresacados de distintas fuentes, y que se finge que a la pícara refirieran seis caballeros de Mansilla para festejar su regreso. En 1629 publicó Barezzi su *Volume secondo intitolato la dama vagante*, que llega sólo hasta la jornada de Justina a León, y el robo del asno. Dos tercios de esta mezquina composición lo constituyen interpelaciones absurdas de Barezzi, a saber: *molte vaghe historie, nouvellette detti, sentenze e facetie singolari.* El resto del original lo reservó, sin duda, Barezzi

para que le sirviera de esqueleto que rellenar en otra tercera y cuarta con que amenaza a los lectores. Aunque retuvo los versos, no hizo ánimo de traducirlos, considerando despectivamente que servían *piú a pompa che ad utile*. En Alemania la versión italiana valió de base para el libro titulado *Der Landstürtzerin Justinae Dietzin Picarae die frewdige Dama genannt*, impreso en Francfort, por Gaspar Röteln, en 1627 (1). Se cita en su portada a Barezzi, y redacción de éste es la seguida en esta versión. En 1.° de Mayo de 1635 se fecha el privilegio de una tradución francesa anónima, en favor de Pierre Blaise, Pierre Bilaine y Antoine de Sommaville, titulada *La narquoise Justine lecture pleine de recreatives aventures et de morales railleries contre plusieurs conditions humaines*. En el prólogo se reconoce que la superfluidad de discursos de Justina debería descartarse e imponerse algún freno a su mezcla de lo divino y lo profano; mas no se puede menos de advertir al lector *que ce n'est pas une vièrge de cloistre qui parle, mais une narquoise libertine*. En inglés, la obra de Pérez figura la primera en la lista de novelas análogas, incluídas en la colección *The Spanish Libertines*, del Capitán John Stevens, impresa en Londres por Samuel Bunchley en 1707. En ella la *Pícara* se nombra *Justina, the Country Jilt*. Stevens dice de su versión que es «no una traslación, sino más bien un extracto de todo lo mejor y más divertido del original, que estaba atiborrado de mucho comento y reflexiones que lo hacían fastidioso y desagradable». Dígase cuanto se quiera de Stevens como traductor de la *Celestina*, no se podrá dudar que su *Justina* en ocho capítulos acusa gran perfección sobre el original español, del que ha retenido los lances ingeniosos y principales situaciones, sacrificando los *aprovechamientos* inútiles.

El *Lazarillo*, el *Guzmán* y la *Justina* fueron en grado sumo obras de la primera fase de la novela picaresca, no ya cronoló-

(1) Gräsze da el año 1618 para la traducción alemana de *Justina;* según él, esta traducción forma la 2.te Theil (parte) del *Guzmán,* de Albertino.

gicamente, sino por su carácter en general. Informes en el plan y de estilo burlesco, muestran hechura rudimentaria, su sátira sin rebozo, su moralidad, cuando se encuentra, pegadiza. Otras novelas de este mismo orden de las picarescas pudieran ponerse al lado: la *Desordenada codicia*, de 1619; *El Lazarillo de Manzanares*, de 1620; *Alonso, mozo de muchos amos*, de 1624 y 1626, y *Vida i hechos de Estevanillo Gonzalez*, de 1646. Entre éstas había amplias diferencias, pero en todas predominaba la observación; el pícaro no hacía sino empezar a destacarse de sus propias acciones, y patentizaban su proximidad a los orígenes de la novela picaresca.

La de *Estevanillo Gonzalez*, aunque publicada mucho más tarde que las otras, es mucho más rudimentaria que cualquiera de ellas. Apareció en Amberes, publicada por la viuda de Juan Chobbart, dedicada a Ottavio Piccolomini; en todo descubre ser obra de un bufón, oficio que se da a sí mismo Estevanillo, *hombre de buen humor* (1). Contenía esta edición versos laudatorios de los compañeros del pícaro en el servicio del duque de Amalfi, y el prólogo denuncia el abolengo literario de la obra. «Adviértoos», dice de su narración el pícaro, «que no es ni la vida que dicen de Guzmán de Alfarache, ni la fabulosa de Lazarillo de Tormes, ni la fingida del Cavallero de la Tenaza, sino una vida verdadera», y viven aún los testigos, añade, que pueden acreditar su veracidad. A pesar de ello, es seguro que a la autobiografía, si fue tal, se juntó mucho de las novelas picarescas y mucho también de la propia fantasía del autor, pudiéndose notar señales bien claras de la influencia picaresca, en particular de la de *Lazarillo*, de *Guzmán* y del *Buscón*. Al contar su vida, pasa Estevanillo rápidamente sobre su paren-

(1) Nicolás Antonio creía que existieran las ediciones apócrifas de Bruselas 1619, y Madrid 1620, las cuales son generalmente rechazadas. La fecha de 1645 se menciona especialmente en el capítulo III, y el mismo Piccolomini no nació hasta 1599. No hay fundamento para atribuir tampoco esta obra al autor del *Diablo Cojuelo*.

tesco y educación: de su padre dice que estuvo en Italia, y de su madre que murió envenenada por haber comido unas setas; y dice cómo se las ingeniaba en la escuela para fortificar su memoria. Siendo aprendiz de barbero, trabajaba tan torpemente, que tuvo que huir para librarse de la indignación de un parroquiano; y llegado al santuario de Loreto, y luego a Siena, empezó a frecuentar el trato de pícaros, y a jugar con trampas a dados y naipes en combinación con unos mesoneros. En Liorna se embarca en la armada del duque de Toscana, teniendo que padecer harto agravio de parte de los soldados. En Palermo trata de robar al secretario de Doña Juana de Austria, a quien entró a servir, y luego viene a ser pinche en la cocina del arzobispo. En Roma se ajusta con otro barbero, pero al poco tiempo se larga con las herramientas de su amo, y se instala de cirujano en Nápoles; tras de una larga carrera en que despliega toda clase de aptitudes, desde la de alguacil a la de ladrón, se da a la vela para Barcelona. Acompañado de otros dos pícaros, viaja por toda España en hábito de peregrino, viviendo del merodeo y de la limosna y poniendo mano en toda clase de profesiones, siendo ora fraile, ora cabrero, bien aguador o herbolario. Después de haber servido en el ejército de mar y tierra sucesivamente, fue también buhonero, cantor de romances y pescador, y por último, se embarca para Saint-Malo, y viaja por la Normandía y la Bretaña. Se alista en el ejército contra los ingleses, embolsándose adelantada la paga y desertando. Saca dolosamente el dinero a los judíos de Ruan, vendiéndoles las cenizas de su padre, de quien dice falsamente que fue mártir de la Inquisición. Se hace un tumor fingido en una pierna en París, a imitación de lo que hiciera Guzmán en Roma y en Gaeta, y se vuelve, pasando el Rhin, para Italia, vendiendo agujas y repitiendo con éxito la suerte de la Bretaña. De Nápoles vuelve a España, donde se le condena a muerte como autor de una sedición en filas, e indultado torna a Lombardía, y luego a Baviera, donde, como siempre, se hace notar por su ausencia en los sitios de peligro. Hace de

vivandero en los Países Bajos, y cuando el conde Piccolomini le recibe por su paje y bufón, entra en los días de su gloria. Se le concede el honor de permanecer cubierto ante la emperatriz de Austria, y de conversar con el virrey en Praga. Dispone mascaradas satíricas en Carnaval, se le confían despachos importantes del uno al otro cabo de Europa, tiene familiaridad con todos los soberanos, y brilla en toda bufonada que tenga lugar en la corte o en el campamento. En Flandes roba a un comisario, ocultándose bajo su misma cama. En Polonia gana una apuesta entre bebedores, valiéndose de unas esponjas que se pone en las botas. En el Tirol pasa la pena negra al servicio de un capitán, a media ración. A bordo de un falucho italiano, agujerea una barrica de vino; se acuesta al lado de ella, y venida la noche, empieza a gritar que está humeando, que esto le hace imaginar su borrachera. En una fiesta de aldea, otra vez en España, se lleva el premio de un certamen poético, por una poesía cuyo destino es ponerla en la puerta de la iglesia; nadie entiende lo que ha escrito, y se le reputa por un segundo Góngora. En Falmouth (Inglaterra) se dedica a vender limones, y habla en latín con los habitantes de aquel país; y en Bruselas se encuentra con que una querida que él ha dejado se le ha escapado con otro. Descontento, y tomando ejemplo de Carlos V, se decide también a abdicar. Su San Yuste es Nápoles, donde va a hacerse cargo de una casa de postas que le ha concedido el rey de España. Escribe versos a su dama y una elegía a la muerte de la emperatriz María. Después, despídese de su señor el duque de Amalfi, componiendo un poema de despedida sin el uso de la letra O.

Esta relación extraordinaria y apresurada con sus juegos de palabras y giros satíricos, su falta absoluta de plan o desarrollo, era única en algunos sujetos entre las novelas picarescas. Ruda y despreocupada venía a ser una sucesión de burlas prácticas de ínfima calidad, perpetradas sin malicia y sin consideración también. La verdadera comedia no aparece en este escrito sino grosera e irónica, con una devoción al hecho que

no siempre divierte; narración estruendosa y vacía de conciencia íntima, significación y moralidad. La serie de viajes que en ella se emprenden es la más larga que pueda verse en la novela picaresca, y en descripciones de viajes se agota la mayor parte del cuento. Pero en el espíritu burlador del antihéroe predominan las trapacerías y no aparece la observación. Estevanillo en ella se manifiesta pícaro regocijado, cobarde y tragón. Ningún otro pícaro bebió tanto ni tan a menudo como él. En más de una manera se asemeja a Falstaff, que también fue un pícaro amigo de gente de posición elevada, mantenido por sus distinguidos patronos, que gustaban de sus vicios sazonados por el ingenio; y con todo, si se le compara con Falstaff, no pasa de ser un bufón, no es un hombre. Conservada la tradición del servicio a varios amos en el Estevanillo, se utiliza, empero, con tan exagerada rapidez, que arriesga echar a perder las ventajas a que se presta esta disposición de las novelas picarescas. Pocas veces se detiene para mirar a su alrededor, y su historia abocetada no da al por menor sino chanzas y burlas particulares suyas. Ni posee tampoco los méritos realísticos de otros libros de su clase, y como obra de arte queda claramente muy inferior a ellos.

La traducción inglesa llevada a cabo por el capitán Stevens, en la serie *The Spanish Libertines* de 1707, proclama a Estevanillo como el «más redomado y regocijado de los pillos»; y el mismo Stevens dice en su prólogo: «En opinión de muchos, parece haber eclipsado a Lazarillo de Tormes, Guzmán de Alfarache y todos los demás pícaros que han salido a luz hasta ahora», añadiendo que «si antes hubiera llegado el libro a sus manos, le hubiera puesto en lugar preferente en su libro; ya que así no ha sido, espera que el lector no dejará de obtener de él el fin para que está escrito, que es la diversión». La traducción se hizo con gran inteligencia y sin omitir nada sustancial; únicamente se suprimieron las composiciones en verso, excepto dos, y se hizo otra distribución de capítulos a partir del séptimo del original. En Francia, 1734, publicó una

obra Le Sage con el título de *Histoire d'Estevanille Gonzalés surnommé le garçon de bonne humeur: tirée de l'Espagnol*. El título autoriza a creer que la obra francesa es, en efecto, una traslación de otra, y así se ha afirmado repetidamente, mas no hay nada de esto. Lo único que Le Sage ha tomado del español se encuentra en su primer capítulo en que refiere las primeras proezas de Estevanillo en el arte barberil, y su servicio como cirujano en el Hospital de Nápoles, imitados de los capítulos primero y tercero del original; pero fuera de esto, no aparece conexión entre la narración española y la suya. No se menciona a Ottavio Piccolomini en ella, y toda la acción gira históricamente en torno al conde de Lemos, y más especialmente al Duque de Osuna, a quien Estevanillo sirve en su desgracia y al tiempo de su muerte. La filiación más cierta de la novela de Le Sage no se ha de buscar en el *Estevánillo*, sino en la *Vida de Don Gregorio Guadaña*, en el *Siglo Pitagórico*. Otros pasajes le sugirió el *Rinconete* y *Cortadillo*, y el *Alonso moço de muchos amos* y el *Marcos de Obregón*. De este último incorporó enteramente algún capítulo (1); y de la misma fuente tomó la narración del cautiverio de Joachim en Argel. El autor del *Gil Blas*, que mejoró el Guzmán en su traducción francesa al suprimirle muchas cosas superfluas, pensó tal vez que para hacer algo análogo con Estevanillo tendría que rehacer por completo la obra, no reteniendo del original otra cosa que el nombre. Sea cual fuere la razón que tuvo Le Sage para cebar al público con una pseudo-traducción, obtuvo éxito seguro. Ya en su *Gil Blas*, en cambio, había incluído en la historia de Escipión el intento de fuga de Estevanillo cuando estaba en Palermo, después de haber robado a su amo, que en la obra francesa era un jugador, y también está tomado del Estevanillo aquel suceso en que Escipión representa de rey de León, y se escapa con sus vestiduras reales del secuestro de los moros. Le Sage decía también de Escipión: «*On aurait pu le surnom-*

(1) *Estevanillo*, chap. 20; *Marcos*, Relación III, 4.

mer à juste titre le garçon de bonne humeur» (1). Si la novela española de Solórzano no puede lisonjearse de haber sido muy imitada, ha tenido, en cambio, alguna influencia; y muy capital entre las que se le asemejan es la ejercida en la titulada *Avantures tragi-comiques du Chevalier de la Gaillardise* del Sieur de Préfontaine, publicada en 1662.

En 1620, publicó en Madrid la viuda del impresor Alonso Martín, el *Lazarillo de Manzanares, con otras cinco novelas*, obra de Juan Cortés de Tolosa. Todas aquellas novelas, menos una, se habían dado a conocer en los *Discursos morales* de Tolosa tres años antes, dos de ellas picarescas, pero el *Lazarillo de Manzanares* era más rigurosamente aún imitación marcada de la primera novela picaresca. El pícaro, al empezar su historia, llega hasta a usar casi de las mismas palabras con que el del Tormes se dirige al lector: *Ansi que sabrá vuessa merced*. Nació en Madrid, de un padre ladrón, encarcelado por haber querido ahorcar a su madre, sospechada de hechicería. Enviado Lazarillo a los estudios de Alcalá, se enamora allí de una pastelera a quien ayuda en la confección de pasteles con carne de caballos muertos, pero le sobrevienen dos infortunios: su amiga se le presenta con una hija y a su madre la prende la Inquisición. Yendo a Guadalajara, entra a servir a un sacristán tuerto, cuya mujer tiene de querido a un barbero. En Madrid, más tarde, va a servir a un chulo que se dedica a explotar a los caballeros que van a visitar a su señora, que es una taimada; mas habiéndose quedado viuda, se consuela prontamente con otro, lo que da lugar a que Lazarillo se vea envuelto en las querellas domésticas que surgen entre la desposada y su nuevo marido, y por jurar en falso, le desnudan y azotan. Todo entristecido, toma el camino de Sigüenza, y encontrándose con un ermitaño impostor y trapacero, conciertan vivir en compañía. Por varios años andan corriendo por toda España hasta que Lazarillo encuentra a su madre en un *auto*

(1) *Gil Blas*, X, 10; X, 5, y *Estevanillo*, 2.

de fe en Toledo, y la oye confesar, con gran satisfacción suya, que no es realmente su hijo. Después de la muerte del ermitaño, Lazarillo lleva a cabo varios enredos desgraciados en servicio de un caballero joven de Sevilla; se hace el mendigo y pasa por tutor de los sobrinos de un canónigo. Estos pupilos son unos pícaros que le hacen creer que está herido y sangrando, llenándole de vino y que roban a su tío valiéndose de pilluelos alquilados a quienes visten con sábanas, introduciéndolos en el aposento donde están sus caudales, de manera que parezcan estatuas. Abandona este empleo Lazarillo pasándose a ser víctima de un portugués que dice ser alquimista; y comiendo, sin darse cuenta, con un ladrón, meten en la cárcel a los dos. Puesto en libertad, establece una escuela en donde le va perfectamente; mas por su mal, un casamentero le arregla una boda con una mujer, muy buena sí, pero que no posee otras cualidades con las que él pudiera contar, al extremo de que decide huir de ella. No pará en esto el asunto, pues el agente de matrimonios le persigue en juicio, quedando condenado Lazarillo a destierro y su mujer a las galeras. Vuelto de su condena, se ajusta con un hidalgo para emprender negocios comerciales en Méjico—«*donde me sucedió lo que a vuessa merced prometo en la segunda parte, prosiguiendo hasta que ya por mi mucha vejez no me pude contar entre los vivos*».—No debió alcanzar favor para publicar esta segunda parte, pues no llegó a aparecer, y la primera parte no se ve que llegara a gozar de una segunda edición ni de ser traducida.

La narración fue escrita en el estilo jocoso acostumbrado, rayano en bufonesco, con inserción de anécdotas y un largo sueño de Lazarillo que debió sugerir la fábula del *Diablo Cojuelo*. Era ruda e informe, y carecía de unidad aún más que ninguna otra de las novelas precursoras sin contar con muchos de sus incidentes, que no merecen ser referidos. No faltan reminiscencias de otras novelas picarescas, y ya el título declara su estrecha relación con el *Lazarillo de Tormes;* pero el prototipo cierto de esta obra insignificante se ha de buscar en el *Buscón*

de Quevedo, que aún estaba en manuscrito. Alguna duda puede haber sobre la conexión de entrambas novelas, y aunque es posible que tomara algo Quevedo para su propia obra, que no se imprimió hasta 1626, pero estaba ya compuesta diez años antes, y alterado un poco el original, es más probable que Tolosa fuera el plagiario. Como Don Pablos, empieza Lazarillo de Manzanares contando su vida de estudiante y termina bruscamente con su viaje a Indias y los pasajes relativos a la hechicería de las madres de los respectivos anti-héroes y el oficio de pastelero, y, en una palabra, la manera de narrar, descubre a cada paso la imitación. El *Marcos de Obregón*, publicado dos años antes, sugirió muy probablemente la aventura amorosa del barbero con la mujer del sacristán; mas en todo caso, no copió *Lazarillo de Manzanares* tan de cerca a sus predecesores que alcanzara con los méritos de éstos a redimirse de su propia mediocridad, y su único interés en el dia, aparte del lugar que ocupa en la evolución picaresca, estriba en su rareza.

Escribieron versos encomiásticos para los *Discursos morales* de Tolosa, publicados en Zaragoza en 1617, Lope de Vega, Barbadillo y Vélez de Guevara; pero las *novelas* publicadas en el tercer libro eran, si cabe, peores que el *Lazarillo de Manzanares*. La primera de ellas, la *Novela del licenciado Periquín*, era picaresca, y en ella se refiere la historia del hijo de Pedro de la Oliva y de María la Carga de Segovia. Después de una mocedad picaresca, sirve a un herrador, a un barbero y a un mesonero, hurtando en todos estos oficios, y finalmente, camina tan perdidamente, que de resultas de una pendencia va a parar a un hospital. Su último recurso es la mendicidad, tras de la cual va a servir a un cura, a un letrado y a un médico. Confíasele una curatela en Ciudad Real, y procura concertar un matrimonio tramposo con la hija de un boticario. Le sale mal este asunto; después se pasa cuatro años en Salamanca, estudiando y escribiendo un libro sobre las propiedades morales de los animales. Obligado a dejar sus estudios a

causa de un susto, se alista como alférez para Sicilia, ascendiendo a la categoría de Don Pedro. Luego tiene intrigas amorosas con dos damas, que le persiguen mientras él procura deshacerse de ellas embarcándose; una de ellas se ahoga, y la otra se casa con él, y viven ambos prósperos y felices, «muriendo lleno de días y no falto de merecimientos». De pícaros como éste pudiera decirse: «Rió con los dichosos, lloró con los tristes y jugó con los pícaros... Fue, en pocas palabras, camaleón que muda de color según el paño en que está colocado.» Más vigorosa, aunque en lo picaresco menos exacta, y de estilo en lo general más apacible y perfeccionado, era la *Novela de la comadre*, o sea la relación de una burla que hace a la comadrona Beatriz y su linda hija Felipa de Jaén, Molino, el lacayo del prometido de Felipa. El verdadero novio se encuentra en Indias, habiendo dejado a Molino la guarda de sus bienes. Mas él se concierta con otro granuja, y fingiendo doble papel, primero como penitentes religiosos y luego como mejicanos ricos, se dan traza para arruinar a Beatriz, a Felipa y a su prima Isabel, escapándose con sus caudales, a quienes persuaden de que son sus herederas. El chiste principal de la historia es cuando se disfrazan al punto de padres confesores y luego de galanes, ayudando y favoreciendo su embuste con el venerable disfraz.

La *Desordenada codicia de los bienes ajenos*, publicada en 1619 por el Dr. Carlos García, si bien difiere de las novelas picarescas de la primera fase, ofrece, al mismo tiempo que una ficción picaresca bien distinta, la observación rudimentaria de este género de vida. Su autor, de quien Nicolás Antonio dice *Nescio quis, doctorem sese nuncupans*, había ya impreso en París, en 1617, una obra más famosa de que el sabio bibliógrafo tuvo noticia, titulada *Antipatía de los franceses y españoles*. Trataba de la alianza entre las dos naciones mediante el matrimonio de Luis XIII con Ana de Austria, lo que explica suficientemente su gran interés y el que se publicara en español y en francés en 1622, y se repitiera posteriormente varias veces

su publicación, traduciéndose al italiano en 1658, al alemán en 1676 y al inglés en 1704 (1). García debió estar refugiado en la capital francesa en aquel tiempo en que las antesalas de los grandes se veían llenos de aventureros castellanos, y en aquella corte, en la imprenta de Adrián Tiffaine, es donde se publicó la *Desordenada codicia*. El libro compara con tono zumbón las miserias de una cárcel a las penas del infierno, y describe la vida de los prisioneros, que viven apostólicamente, sin alforja, báculo ni zapatos y sin superfluidades ni dobleces. Para comer, usan de sus cinco dedos a guisa de cucharas, y se ven obligados a beber en el hueco del sombrero, tragando más grasa que vino. Usan de sus camisas en cuenta de servilletas, y «es su mantel una manta vieja y mezquina, raída y más llena de bichos que el lienzo que vió San Pedro en Damasco». El autor compra con sus dádivas la buena voluntad de aquella ralea, informándose de modo que puede satisfacer a las preguntas de los moradores infernales, enterándole singularmente un ladrón nombrado Andrés, que diserta largamente sobre la antigüedad y nobleza de su profesión. «Con esta profesión—le dice—haréis de la nada algo. Todos los monarcas de la tierra la practican, ni más ni menos que los sacerdotes o los mercaderes.» Refiriendo su misma historia, cuenta Andrés el lastimoso fin de sus padres, Pedro y Esperanza, que fueron ahorcados con otros miembros de la familia por una insignificancia; la ejecución la llevó a cabo el propio hijo, que no vaciló en cumplir con este deber para poner en cobro su propia garganta. Fue aprendiz de zapatero, con el que pasó algún tiempo en aprender a coser, él, que no había aprendido hasta entonces más que a rasgar; mas, sorprendido en un hurto, le azotaron por las calles y le desterraron. Entrando después en las filas de los pícaros profesionales, encomia también el robar como arte liberal,

(1) Se encontraría más amplia noticia de esta versión y del Dr. García en el prólogo de la *Codicia de los bienes ajenos*, publicada en el tomo VII de *Libros de antaño*, Madrid, 1877.

practicada por todos, desde el ciego que roba la mitad de cada romance que le mandan cantar, hasta el médico que pone cataplasmas para alimentar el mal e hinchar la bolsa. Luego se describen los trece órdenes de ladrones y las prácticas de cada uno. Las reminiscencias personales del narrador en unos y otros le conducen, por último, a referir cómo fue empaquetado y transportado así a casa de un platero a quien pretendían robar.

Al querer rasgar el saco para ponerse en salvo, acuchilla a un aprendiz que estaba dormido encima, y en esta guisa le descubren y lo envían a las galeras de Marsella. Mas no le abandonó su industria aquí tampoco, pues haciéndose pasar por nigromante, promete al capitán de la galera y su mayordomo que les dará medio de ablandar los corazones empedernidos de sus damas, valiéndose de sus artes. Persuádeles una noche de luna llena a que vayan con él solo al campo, y allí el crédulo capitán se deja desnudar y encerrar en un saco, y el mayordomo a ser atado desnudo también con un cordel y pelo de su dama, tras de lo cual, desanudando su cadena, y apoderándose de los caballos de los fatuos amantes, que se quedaban temblando de frío, así como de sus ropas y dinero, se marcha a galope. En Lyón hace el amor a una señora no muy virtuosa, prendado, más que de su hermosura, de cierto hilo de perlas que lleva al cuello. Una noche, creyéndola dormida, se levanta, y viéndose a punto de ser descubierto en el robo, se traga las perlas una a una. Los alguaciles descubren el fraude por medio de un vomitivo que le hacen tomar, y Andrés vuelve a probar el corbacho. En París vuelve a usar de la misma estratagema del fardo, y cuando va a entrar su complice embalado de aquella suerte en el almacén de un comerciante, y se dispone a echar por una ventana el fruto de su rapiña a Andrés, que está en la calle, llega la ronda y prende a entrambos. El cómplice sale condenado a galeras, y Andrés en la cárcel espera sentencia parecida. Allí es donde comunica al autor de la obra los estatutos y costumbres de los ladrones, y de esta manera termina este interesante libro.

El único precedente en español de esta obra, en lo que toca a la observación del lenguaje picaresco, fue el libro de Juan Hidalgo, titulado *Romances de germanía de varios autores, con el vocabulario por la orden del a b c*, publicado en 1609. Cristóbal de Chaves al terminar la segunda parte de la *Relación de la cárcel de Sevilla*, 1585-1597, decía: «*Parecióme poner aquí un breve discurso de algunos vocablos desta gente*», pero no cumplió su promesa. Hidalgo, además de sus versos germanescos, añadió un diccionario de más de doscientas palabras de la jerga de los ladrones que incidentalmente presenta algunas frases de pícaros, aunque sin gradación explícita entre ellos. El *Rinconete y Cortadillo*, de Cervantes, ofrece aún más analogía: en él pinta en conjunto el *hampa* de Sevilla, y se esboza lo que García describió al por menor. Andrés, obligado a confesar su verdadero nombre y patria, da la misma respuesta que dió Rincón, y que fue del gusto de Monipodio, haciendo ver que los ladrones discretos deben callar cosas como éstas, pues si una vez se ven envueltos en un proceso, pueden excusar a sus parientes el disgusto de oír que los han condenado a la horca. También los libros de donaires proporcionaron su fondo a esta historia, y se echan de ver varios pasajes que ofrecen íntima analogía con el *Til Eulenspiegel*. Pero lo que más importa en esta novelita es la influencia que ejerció en obras posteriores. La pretendida hechicería de que Andrés echó mano en las galeras, se encuentra repetida en *La vraye histoire comique de Francion* (1622).

El suceso de las perlas da la materia del décimo cuento del tercer libro en la *Historie générale des larrons* en 1625 (1). Este mismo episodio apareció también en el *English Rogue* (el pícaro inglés), de Ricardo Head y Francisco Kirkman, 1665-

(1) Publicóse el primer libro en París en 1623, por Martín Collet; el segundo y tercero por Rolin Baragues, en 1625; los tres juntos se publicaron por primera vez en Ruan, por M. du Souillet, o J. de la Mare. Fue su autor el Sieur d'Abrincourt o F. D. C., seudónimo de Francisco de Calvi.

1661, así como el robo famoso del botín que llevó a cabo Andrés, y la relación que hace de cuando fue descubierto de debajo de una cama por un perro y un gato que andaban en trifulca. Esto último se recogió en las *Novelas morales* de Agreda y Vargas, y en inglés en la *The Complete History of the Lives and Robberies of the Most Notorious Highwaymen* (Historia completa de las vidas y robos de los salteadores de caminos más famosos), por el capitán Alejandro Smith, publicada de 1714 a 1720. Otras muchas cosas se aprovechan en esta obra, tomadas de la *Desordenada codicia*, como el suceso de las perlas, la descripción puntual de la vida en la cárcel, y el embuste de hacer que un pregonero anunciase el hallazgo de unos objetos robados, para de esta manera, distrayendo la atención de la gente, se hiciera lugar al ladrón para ponerse en salvo.

Con todo, en España no obtuvo la *Desordenada codicia* más que una edición, logrando en el extranjero mejor fortuna. Fijándose en el subtítulo *La antigüedad y nobleza de los ladrones*, hizo una traducción al francés D'Andignier, nombrándola *L'antiquité des larrons*, en 1621, saliendo ediciones posteriores de París en 1623 y de Ruan en 1632. En inglés apareció con el título *The Sonne of the Rogue, or the Politick Theeve; With the Antiquitie of Theeves* (El hijo del pícaro, o el ladrón político; con la antigüedad de los ladrones), vertida del francés por W. M., y en la que se señala el hecho de haberse publicado una redacción holandesa de la misma obra. Otra impresión inglesa de 1650 no hizo sino variar el título, *Lavernae or the Spanish gipsy; the whole Art, Mystery, Antiquity, Company, Noblenesse, and Excellenas of Theeves and Theeving*. Es bien natural que la *Desordenada codicia* fuera bien acogida en Inglaterra, porque seguía más de cerca que ninguna otra obra española el camino iniciado en los folletos picarescos de Harman, Greene y Dekker, y si se exceptúa su humorismo y carácter satírico, poco se diferencia de sus contemporáneas las inglesas, especialmente los *Ensayos y caracteres de una cárcel*

y sus encarcelados, por Geffray Mynshul, en 1618; o más aproximadamente, *The Compter's Commonwealth*, por Guillermo Tennor, en 1617, reimpresa en 1619 con el título de *The miseries of a Jaile*.

En la línea divisoria entre las novelas picarescas rudimentarias y las del género más elaborado, figuran el *Buscón*, de Quevedo, y el *Alonso moço de muchos amos,* del Dr. Jerónimo de Alcalá Yáñez y Rivera. La última se asemeja a sus precursoras, en que aún se usa como recurso del plan el servicio a los amos, y se da más espacio en ella a la observación de las distintas condiciones de la vida por el pícaro que a las obras personales de éste; pero en el *Buscón* se acentuaba la sátira del género de *Lazarillo*, y pasando ligeramente por el plan del servicio y observación de las clases sociales, se espacía hablando del pícaro mismo como modelo de su profesión, delineando de este personaje un carácter más definido, en el que radica el interés principal de la narración. Se ha de contar, pues, como la primera de las novelas picarescas perfeccionadas, aunque sigue siendo grosera y virulenta, al paso que el *Alonso*, si está falto en la sátira, conserva el tipo primitivo de novela picaresca, cuyo último representante es. Esta novela fue publicada en dos partes, separadamente: la primera en Madrid, 1624, y la segunda en Valladolid, en 1626. Su autor, que se firmaba *médico y cirujano, vecino y natural de la ciudad de Segovia*, había estudiado Humanidades y Teología en Alcalá, y Medicina en Valencia. El dedicarse al cultivo de la novela a la edad de cincuenta y un años, con más éxito que en otra clase de escritos, logrando una segunda edición del *Alonso moço de muchos amos*, en Barcelona, año de 1625, pudo animarle a componer la continuación, aunque en el prólogo afirma que la tenía escrita de hacía muchos años, pero que había temido imprimirla a causa del tamaño del libro. La historia va en forma dialogada, mas en el fondo es una autobiografía; pues de los dos personajes que hablan en la primera parte, el vicario y Alonso, el papel del vicario es meramente un pre-

texto para que Alonso vaya contando su vida a las preguntas y brevísimas interrupciones que el otro le hace. El pícaro, al comenzar la narración, figura como lego de un convento, y cuenta su historia al vicario durante un paseo vespertino que hacen para tomar el aire. De muy niño se quedó sin padres, pues el padre murió y la madre quedó al cuidado de un su hermano, un cura miserable, por quien fue tan mal tratado Alonso, que tuvo que huir de casa, yéndose a Salamanca. Aburrido y disgustado de la Universidad, se hace soldado, y en compañía de unos foragidos merodea por España, hasta que en reyerta con unos aldeanos se ve obligado a buscar refugio en casa de un sacristán. Por haberse atrevido a reprender a su amo, le despide, y caminando para Toledo, se asienta de criado con un hidalgo pobre, casado con una mujer horrorosa y sin un real. Las miserias que allí sufrió y los furores poetizantes del recién casado y el mal humor de su consorte, fuerzan a Alonso a buscar otro acomodo, que encuentra en Madrid como secretario de un juez nombrado en aquella sazón para Córdoba. En esta población le fué mejor; pero su manía de dar consejos le obliga a marchar a Sevilla. Luego cuenta aventuras que le ocurrieron en un mesón del camino, y cómo un matrimonio le dispensó su entera confianza, cómo sirvió a un médico, lo que le da lugar a emprender una calurosa apología sobre esta profesión; pero nuevamente se encuentra castigado por su irrestañable flujo de palabras. En Valencia entra como escudero al servicio de una viuda pobre. Esta señora mata a un mulato en defensa de su honestidad, y a Alonso, llamado ante las autoridades para declarar, lo prenden como cómplice. Al ser puesto en libertad, se parte a las Indias como criado de un alguacil de Méjico, y allí se hace rico ejerciendo hábilmente el comercio. Un naufragio de un barco que hace el tráfico con China le deja reducido a la más completa ruina, y, en consecuencia, torna a Sevilla, donde se junta con una compañía de comediantes. Por algún tiempo nada tiene que lamentar; pero un día, un chico que trataba de forzar la puerta de entra-

da para ver la representación, cae herido mortalmente de un golpe que le dan con un costal de dinero; todos los comediantes se dispersan, y Alonso entre ellos, encontrando más tarde refugio al servicio de unas monjas. Despedido después de una enfermedad, éntrase en el convento, donde cuenta su vida, y donde lleva pasados ya catorce años en calidad de *donado*, lo que explica el título de *Donado hablador*, con que bautizaron el libro los editores siguientes.

La continuación está conforme en plan y procedimiento con la primera parte, dispuesta también en diálogo; pero Alonso ha pasado a ser ermitaño, y el vicario es ahora un cura de San Zoles. Este es también figura accesoria como el vicario de la primera parte, aunque se le conceden más discursos y licencia para comentar y moralizar por su propia cuenta. Alonso, recobrando el hilo de su narración donde lo había dejado, cuenta cómo tuvo que renunciar a su profesión de donado a causa de su mucho hablar. Después fue asaltado por unos gitanos que le despojaron de su vestidos, y empezó en su compañía una vida de robos, hasta que por fin logró escapar de entre sus manos. Vase después a Zaragoza, donde figura como un caballero, y asiste a funciones de sociedad sin que nadie le invite, y se casa por fin con una viuda rica. Los hijos de ella le dan muchos disgustos, de los que no se ve libre hasta que ella muere después de dos años y medio de purgatorio que ha tenido él que pasar. Pobre otra vez, vase para Lisboa, donde anduvo errante, entrando al servicio luego de un embajador, cuya hija tenía harto que hacer para defenderse de las procacidades de un amante frenético.

Búrlale Alonso, si bien él cuenta con el favor de la embajadora, y los demás criados pónense en contra suya, a causa de su charlatanería, con lo que tiene que dejar su empleo; después en Toro sirve a un pintor, en cuyas obras el sol y la luna han menester de un letrero para que se sepa lo que son. En Segovia se hace Alonso cardador de lana, y después va a Alicante, de donde se embarca para Barcelona, empujándoles

una tempestad a él y a sus antiguos amigos los comediantes hacia las costas de Argel, donde son apresados. Rescatados por el Instituto de la Santísima Trinidad, Alonso, por resultas de un voto, se hace al volver a España ermitaño, en cuya condición tiene lugar su plática con el cura de San Zoles.

Ambas partes de la novela están sumamente recargadas de discursos, conteniendo en total unas cincuenta anécdotas, puramente ilustrativas, que embarazan la acción que, sin ellas, resultaría animada e interesante. Además de estas anécdotas, donaires y narraciones populares por todo el curso de la obra predomina constantemente el afán moralizador, sin que se vea compensada la seriedad aquí con la sátira aguzada del *Guzmán de Alfarache* o de la *Pícara Justina*. A veces se la ve envuelta en situaciones picarescas intencionadas; pero el antihéroe viene a ser menos pícaro que sus cofrades, y las más veces se nos manifiesta como un aventurero que cruza por la sociedad con ojos observadores. Su carácter es inconsistente como lo era el de Guzmán, pues unas veces aparece como pícaro, otras declara piadosos y devotos propósitos, «mostrando un justo celo e intención de aprovechar, sirviendo la causa divina con sus buenos consejos». Esta repartición de consejos, de que se muestra tan pródigo, señálase como rasgo principal del donado y acarréale sinnúmero de dificultades. Quizá el digno autor de la obra pretendió regalarse a su sabor satirizando defecto tan común, del que por su desgracia tampoco estaba él exento. En frecuentes digresiones trata de paso multitud de cosas, nada pertinentes al relato algunas de ellas, haciendo al fin el elogio de su ciudad natal, Segovia, y llamando la atención del lector sobre un folleto que él escribiera sobre los milagros de Nuestra Señora de la Fuencisla, y emprendiendo discusión extensa, llena de citas de los libros sagrados, para probar que la Virgen era rubia. Fuera de estas digresiones, la fábula era de suyo entretenida, y sus observaciones sobre la vida española gráficas y exactas. El anti-héroe siempre es súbdito de las circunstancias, como en las novelas anteriores su

carácter fatalista. Cuando se ve arruinado por aquel naufragio que abismó toda su fortuna, exclama: «Ya no tengo nada que hacer ni que perder; pobre era y pobre soy; la suerte ha desvanecido todo; pero si me consideré un príncipe siendo un pícaro, pícaro sigo siendo, venga lo que viniere.»

Aunque el *Alonso* fue reimpreso muchas veces en España, no encontró traductores ni influyó cosa fuera de su país (1). A pesar de esto, no le han faltado admiradores: desde Jorge Felipe Harsdörffer, traductor al alemán, en el siglo XVII, de la *Diana*, de Gil Polo, hasta el contemporáneo Jorge Borrow, que dijo de él: «Quizá, con la única excepción de la grandiosa obra de Cervantes, no hay novela en el universo que pueda competir con ésta en grave y reposado humorismo, sin que su conocimiento del espíritu humano y su perspicaz observación puedan encontrar semejante.» Después de tan exagerado tributo, no parecera ya extraño que el mismo Borrow añada, con más fervor que tino: «*Gil Blas* queda inmensamente por bajo del *Alonso* del Dr. Segoviano» (2).

FRANCK WADLEIGH CHANDLER

(Continuará.)

(1) Con todo, en el *Trutz-Simplex* de Hans Christoph von Gimmelshausen, 1670, cap. XIX, hay alguna analogía entre las artes de las gitanas que figuran en el *Alonso* y la descripción general de la vida de los gitanos. También en el cap. XXVII es muy análogo.

(2) *The Zincali*, o *An Account of the Gypsies in Spain*, Londres, 1843, I, pág. 26.

CRÓNICAS DEL TIEMPO DE ISABEL II

PRIMERA SERIE

Diversiones públicas.

Para formar concepto de una época, conviene saber cómo se divertía la gente, el gusto del público que sostenía los teatros y el género de espectáculos que prefería; por esto, el conocimiento de las diversiones que se ofrecieron a los habitantes de Madrid durante el reinado de Isabel II, es factor no despreciable para calificar aquella sociedad que ha pasado oficialmente a la Historia, si bien quedamos todavía algunos testigos de los acontecimientos verificados en la segunda mitad del espacio del tiempo que comprenden estos apuntes.

Dividiremos nuestras crónicas en cuatro períodos: 1.° De 1830 a 1839.—2.° De 1840 a 1849.—3.° De 1850 a 1859.—Y 4.° De 1860 a 1868. En cada ciclo trataremos, con la brevedad que nos sea posible para no cansar al lector, de los teatros de verso, como entonces se decía, de las óperas, zarzuelas y conciertos musicales, de la coreografía teatral y bailes públicos, de los circos, de los toros y de las demás diversiones, a las que, por su difícil clasificación, daremos el nombre de Variedades.

Y basta de preámbulo.

Primer período, 1830 a 1839.

TEATRO DEL PRÍNCIPE

Mucho dejaba que desear la situación del teatro español en 1830; la literatura dramática se hallaba en una decadencia indiscutible, alimentándose los teatros de innumerables traducciones, no todas guiadas con buen acierto.

«Tocaba, pues, a los hombres nuevos—decía nuestro amigo y maestro Mesonero Romanos (1),—a los jóvenes estudiosos, la importante tarea de suplir la ausencia de los ingenios ya conocidos, de alimentar aquel fuego sagrado que a impulsos de la intolerancia parecía apagarse ya.

»D. Antonio Gil y Zárate y D. Manuel Bretón de los Herreros fueron los dos que primeramente osaron dar un paso hacia tan noble objeto, y luchar con los obstáculos, con las censuras, con la ignorancia, y con lo que es peor, hasta con la indiferencia general. El primero de los dos había ya compuesto, en 1822, sus dos piezas tituladas *¡Cuidado con las novias!* y *El entremetido*, ambas al gusto francés y con ciertas reminiscencias de Moratín, las cuales piezas consiguieron llamar la atención del público hacia su modesto e ignorado autor. El nombre del segundo apareció por primera vez en los carteles del teatro el 14 de Octubre de 1824, anunciando su comedia titulada *A la vejez viruelas*, que fue escuchada con interés.

»Ambos continuaron con ahinco la noble tarea que se habían impuesto, y ya trasladando a nuestra escena las más notables producciones contemporáneas del teatro francés, ya produciendo algunas suyas, cultivando siempre los recuerdos clásicos, siguieron por más de diez años trabajando con constancia, para volver a llamar la atención del público hacia el teatro y los autores dramáticos.

(1) *Semanario Pintoresco:* Diciembre, 1842.

»De los trabajos más importantes del Sr. Gil y Zárate en aquella época, fue la comedia en cinco actos, titulada *Un año después de la boda,* interesante y esmerada composición, la más notable de su autor en lo que podremos llamar *su primera manera,* y que, conservando la sencillez del plan y el objeto moral de las de Moratín, aspiraba a cierto grado de elevación en el tono, a pintar una sociedad un tanto más elegante, aunque más reducida y menos original.

»El Sr. Bretón de los Herreros, dando desde luego muestras de esa gran fecundidad de que le ha dotado el cielo, ofreció también por entonces otras dos comedias muy notables: *Los dos sobrinos* y *A Madrid me vuelvo;* la primera le adquirió para los hombres de estudio el título de autor dramático; la segunda hizo que el público le saludase con el no menos grato de autor popular. *La Marcela o ¿a cuál de los tres?*, representada en 1831, comedia ingeniosa y escrita con sujeción a las reglas, aunque siguiendo en el estilo el buen sabor de nuestros antiguos dramáticos, acabó de fundar la reputación de su joven autor.

»Entretanto que estos escritores y algún otro, como don Francisco Flores Arenas, autor de la linda comedia *Coquetismo y presunción*, cultivaban por acá el arte dramático, según las tradiciones recibidas de sus antecesores, una gran revolución literaria se obraba en el vecino reino, cuyos ingenios, rebelados contra el no contradicho decálogo de Horacio y Boileau, acababan de levantar la nueva bandera de lo que apellidaron *romanticismo*, y cambiaron en pocos meses la faz de los teatros de Europa.»

Durante toda esta década se debatió extensamente la cuestión del romanticismo, en la Prensa y en los círculos literarios; siendo notables, entre otros, los discursos que pronunciaron en el *Ateneo*, Martínez de la Rosa y Alcalá Galiano, y en el *Liceo*, Patricio Escosura y Espronceda, sin olvidar los concienzudos artículos que publicó en el periódico *El Tiempo*, de

Cádiz, D. Alberto Lista. Todos convenían en que debía permitirse mayor vuelo a la fantasía, rompiendo los moldes recomendados por Moratín al hacerse defensor de las llamadas *unidades dramáticas*, lugar, tiempo y acción; pero se ponían de parte de aquel maestro en lo de que las obras dramáticas debían perseguir un fin moral, circunstancia que consideraba secundaria la escuela romántica; pues para ésta lo principal era excitar el interés del público, cualquiera que fuese el medio pertinente a conseguir este resultado. Así, pues, el romanticismo descansaba no sólo en lo extrínseco, sino en lo intrínseco, es decir, en el fondo y en la forma de las obras dramáticas. Por eso ponía reparos graves D. Alberto Lista a los dramas de Víctor Hugo.

Los párrafos que de Mesonero hemos transcripto nos dan idea cabal del estado anémico de la literatura dramática española al comenzar la época de Isabel II; estado que fue, aunque paulatinamente, mejorando merced al impulso que diera a las artes y a las letras la Reina Gobernadora D.ª María Cristina. Abolió la censura de los teatros, permitió que estuvieran abiertos durante la Cuaresma, excepción hecha de los viernes y de la Semana Santa, y autorizó la representación de obras prohibidas por disposición de los ministros de Fernando VII, como *El hipócrita*, de Molière, traducida por el famoso don José Marchena.

El primer éxito grande que encontramos en este período es el de *Marcela o ¿a cuál de los tres?*, comedia original de Bretón de los Herreros, interpretada por la Concha Rodríguez, Latorre, José Valero, García Mate y Antonio Guzmán. «El autor—decía *El Diario* de 30 de Diciembre de 1831—se ha propuesto conciliar en esta producción la sencillez y regularidad de la comedia moderna con el lujo poético que caracteriza a la antigua, sin perjuicio de la viveza y naturalidad que reclama un diálogo destinado a hacer reir a expensas de ciertos caracteres que intervienen en la fábula.» Se representó durante una semana, lo cual era mucho para aquellos tiempos, y quedó de

repertorio, de tal manera, que ocho años después seguía poniéndose en escena para cubrir claros.

De 1834 a 1838 se presentaron al público varios principiantes, que luego alcanzaron unos justa y merecida fama, y otros abandonaron la carrera de las letras por la política, que, indudablemente, les ofrecía mejor porvenir.

Mariano José de Larra, conocido por el pseudónimo *Fígaro*, dió su primera producción dramática (1) en 24 de Setiembre de 1834, poniendo en el anuncio del *Diario* el reclamo siguiente:

«Decidida la empresa a fomentar por cuantos medios están a su alcance, las composiciones originales que tanto escasean en nuestra moderna literatura dramática, no podía menos de acoger con celoso afán un drama que, como el *Macías*, se recomienda, cuando menos, por el notorio interés de su argumento y por la pintura de las costumbres nacionales de la Edad Media. Así es, que nada ha perdonado para favorecer su mejor éxito, a cuyo objeto han coadyuvado, con no menor anhelo, los actores. ¡Ojalá que todos esos esfuerzos, unidos a los del autor, encuentren la deseada recompensa en el juicio que del *Macías* forme este ilustrado público.»

Interpretaron el drama la Concha Rodríguez, la Jerónima Llorente, Carlos Latorre y García Mate, y aunque los cuatro eran de primer orden, y la obra fue aplaudida, no duró en el cartel más que cuatro noches.

El 1.° de Marzo de 1836 se estrenó *El Trovador*, a beneficio del *gracioso* D. Antonio Guzmán, quien «tenía una complacencia, aprovechando la ocasión que se le presentaba, de ofrecer al público de Madrid la primera composición original de un joven patriota, que voluntariamente acababa de alistarse en las filas de los defensores de la libertad». Guzmán no

(1) Había escrito en 1832 el libreto de la ópera *El rapto*, de que hablaremos en su lugar; pero el buen nombre del autor merece que pasemos por alto este ensayo que tuvo un éxito poco halagüeño.

tomó parte en la representación del drama, y sí sólo en la de una pieza que se hizo después. La ejecución de *El Trovador* estuvo a cargo de la Concha Rodríguez, de Bárbara Lamadrid, de Latorre y de Julián Romea. El éxito fue espontáneo, general, sin distingos, y el joven *voluntario* Antonio García Gutiérrez adquirió aquella noche la categoría de autor dramático. La obra se hizo diez noches, casi seguidas.

En 23 de Mayo del mismo año 1836 presentó su primer obra dramática D. Ramón Navarrete y Landa, con *Elvira de Albornoz*. El autor escribió poco para el teatro, se dedicó más bien a las revistas de salones, trabajos que firmaba con el pseudónimo de *Asmodeo*.

En 3 de Junio de 1837 se estrenó *La corte del Buen Retiro*, primera producción de Patricio Escosura, que fue de los que abandonaron la literatura, aunque no del todo, por la política.

En 24 de Julio de 1837, estreno de *Doña María de Molina*, primera producción dramática de D. Mariano Roca de Togores, luego Marqués de Molins. «El autor—decía el *Diario*,—al presentar en nuestro teatro una de las heroínas más célebres de nuestra Historia, no se ha propuesto observar servilmente los preceptos clásicos, ni seguir a ciegas el rumbo adoptado por los románticos.» Se representó nueve días seguidos, por la Baus, Latorre, Romea, García Luna y González Mate.

D. José de Castro y Orozco dió al público su primera, y quizás única producción, pues no recordamos otra suya, en 15 de Agosto de 1837; titúlase *Fray Luis de León o El siglo y el claustro*. Se representó cuatro noches consecutivas, por la Llorente, Matilde Díez, García Luna, Julián Romea y Perico Sobrado. El autor se dedicó por completo a la política, donde le vemos figurar años adelante.

D. Gaspar Fernando Coll dió su primera producción, en 28 de Agosto de 1838, con *Adel el Zegri:* lo representó Matilde Díez, la Baus, Latorre y Romea. Dos noches de cartel.

D. Luis González Brabo, aquel ministro de Isabel II que,

por la intransigencia de su carácter, fue causa, en gran parte, de la revolución de 1868, demostraba ya en su juventud los bríos con que se aprestaba a la lucha, anunciando en el *Diario* el estreno de su primera producción dramática, titulada *Intrigar para morir*, con el siguiente aviso:

«El asunto, de pura invención, no se apoya en la Historia, ni se ha recurrido al auxilio de aparato escénico, en decoraciones y trajes, para producir el efecto a que también se puede aspirar por otros medios. En esta ingenua manifestación no se envuelve, sin embargo, pretensión alguna, pero sí se desea interesar con ella la ilustrada benignidad de un público que tantas pruebas de benevolencia tiene dadas a los ingenios que se esfuerzan por sacar nuestro abandonado teatro de la vergonzosa dependencia en que se ha visto.»

Le representaron la obra Matilde Díez, García Luna y Romea, y no resistió más que tres noches.

Ni los tratados de literatura, ni la crítica, ni las revistas de periódicos, ni las gacetillas, suelen a veces poner en claro el éxito de una obra dramática; resulta más seguro consultar la taquilla del despacho de billetes, es decir, el anuncio diario de la sección de espectáculos de la Prensa, pues allí podremos apreciar que dramas como *Angelo, tirano de Padua,* y *Hernani*, de Víctor Hugo, con *Marino Faliero*, de Casimiro Delavigné, precedidos de pomposos reclamos por parte de la empresa, y francamente aplaudidos en la noche de la primera representación por el público selecto que concurre a los estrenos, no se pudieron sostener muchos días en el cartel, prueba de que no producían los rendimientos esperados.

Hagamos historia.

El día en que se estrenó *Lucrecia Borgia*, drama del que habían hecho desmedidos elogios los periódicos franceses, y que la empresa esperaba causase asombro general a los habitantes de Madrid, se puso como preámbulo al anuncio del *Diario de Avisos* lo siguiente:

«Es indudable que el gusto general en punto a literatura

dramática ha variado notablemente de algunos años a esta parte. Las producciones de nuestro teatro antiguo han ido perdiendo su prestigio, hasta el extremo de ejecutarse ya en estos últimos años casi siempre para tan reducido número de espectadores, que podían contarse de una ojeada, y esto a pesar de ser representadas por los mismos actores que en ellas han adquirido justa celebridad. En vano se ha procurado reanimar a este género en su agonía con refundiciones encargadas a los mejores ingenios, y con reproducir sobre la escena comedias ya olvidadas, de los más célebres autores del siglo XVII, ejecutándolas tales como las escribieron, y procurando escoger aquellas en que más libremente campeó su lozana imaginación. Preciso ha sido, pues, el renunciar casi del todo a un género que formaba antes la base del repertorio de nuestros teatros.

»La comedia clásica, introducida a fines del siglo pasado, es poco más feliz: raro es el día en que se logra reunir más de cien personas en la representación de una obra maestra de Moratín; cortísimo es el número de comedias de esta clase que en la actualidad se escriben; efímero el triunfo de las pocas que se aplauden; y como los escritores nacionales no bastan a satisfacer el general afán de novedades, hay que recurrir a traducciones que, en punto a comedias de costumbres, se adaptan difícilmente a la escena española.

»El drama llamado *sentimental* por unos, y *llorón* por otros, que tan afortunado fue a principios de este siglo, hace ahora bostezar o reir. La llamada *comedia de espectáculo* por el estilo de *El perro de Montargis*, ya no se tolera sino en las tardes de los días festivos; el género de dramas que ha reemplazado a este último en los teatros subalternos de París, y que impropiamente se ha denominado *romántico*, porque se aparta, muchas veces gratuitamente, de todas las reglas, también ha caducado ya entre nosotros, aunque pareció anunciarle mayor aceptación y más larga vida la gran boga que tuvo *La vida de un jugador*. Por manera que se hace cada día más difícil el acertar con los medios de satisfacer las exigencias del público.

»Se ha dicho, y acaso no sin fundamento, que esta dificultad nace principalmente de la instabilidad de gustos y opiniones que lleva consigo la época de transición en que nos hallamos; que ya es forzosa una verdadera revolución literaria, y que, en materia de espectáculos teatrales, nada puede convenir tanto al severo carácter de las ideas modernas como el drama grave, profundo, filosófico, de la novísima escuela francesa, a cuya cabeza brillan Víctor Hugo y Alejandro Dumas, y que no habiendo hecho conocer aún al público de Madrid nada de esta escuela, en medio del cúmulo de traducciones que por desgracia invaden todavía nuestro teatros, faltaba hacer la prueba más esencial para conocer el rumbo que puede darse a la moderna escena española» (1).

Pues a pesar de este bombo, *Lucrecia Borgia,* que se estrenó el 18 de Junio de 1835, no duró en el cartel más que hasta el día 23, poniéndose otra vez una sola noche, el 1.° de Agosto, con el aliciente, para el público, de un nuevo y sorprendente efecto de luna, merced a cierta combinación de luces que hasta entonces no se había podido conseguir.

En cambio, *Muérete y verás*, de Bretón, un juguetillo que se anunció sencillamente y sin reclamos, se ejecutó dos días más y quedó de repertorio. No era mucho dos días, pero ya hemos visto la rapidez con que pasaban por el cartel las obras que alcanzaban buen éxito. Madrid tenía escasamente unos 230.000 habitantes, y dígase lo que se quiera, no estaba tan generalizada como hoy la afición al teatro. Sin embargo, *La redoma encantada* se estrenó el 28 de Octubre de 1839, y duró en los carteles cerca de un mes, indicio de que producía entradas por haberle gustado al público (2). La hicieron Teodora,

(1) Aquí hay una equivocación, quizá a sabiendas, porque *Lucrecia Borgia*, como todos los dramas de Víctor Hugo, no representaba ya una escuela nueva, sino que era un ejemplar del romanticismo, un modelo, y de gran relieve, dentro del género.

(2) Francisco Lucini, pintor escenógrafo y director de la maquinaria, tenía pintadas once decoraciones a su capricho, y con esta base encargó la

María Vierge, Francisca Casanova, García Luna, Lombía, Fabiani, Antonio Campos, Lumbreras, Alverá y otros.

«*La redoma encantada*—decía un crítico—es una obra maestra, considerada tal como es en sí: como comedia de magia. La originalidad del pensamiento capital sobre el que está fundado su argumento, la finura y buen tino con que está desenvuelto y el modo ingenioso y dramático con que se presentan los accesorios, colocan a esta composición en primera línea entre las de su género.»

Vaya otro ejemplo: hallábase de paso en esta corte, por Agosto de 1839, un actor de provincias, llamado Joaquín González, que no llegaba a tener cinco pies de estatura y pesaba 18 arrobas; éste había representado con aplauso en Barcelona, Valencia, Murcia, Granada, Málaga y Cádiz, una pieza en un acto, de Bretón, titulada *El hombre gordo*, y como recurso por ver si se conseguía animar el teatro, se contrató por una noche a González, a fin de que representase su obra favorita, para la que tenía condiciones adecuadas como ningún actor. Cayó bien la idea, y *El hombre gordo* se hizo en el Príncipe once noches, aunque no seguidas, repitiéndose tres veces la función de despedida. Lo que no había podido conseguir Víctor Hugo con un *chef d'œuvre*, lo consiguió Bretón con un juguete literario y un actor de segundo orden, por más que era indudablemente artista de peso.

González había sido cajista de imprenta. Siéndole luego imposible continuar en la escena, por su gordura, aunque tenía relativamente mucha agilidad, se hizo apuntador; pero también tuvo que abandonar su nueva profesión, porque no había *concha* donde cupiese.

---

empresa a D. Juan Eugenio Hartzenbusch que escribiese una comedia de magia, como lo ejecutó con gran acierto, y dió al público *La redoma encantada*. Resulta, pues, que la comedia se escribió para las decoraciones. Siguiendo la costumbre de representar comedias de magia en tiempo de ferias, se quiso poner en escena *La redoma* a mediados de Setiembre, pero las dificultades que ofrece siempre el estreno de este linaje de obras lo retrasó hasta fines de Octubre.

Para que el lector se forme idea del gusto del público durante esta época, vamos a hacer relación de algunas obras que se representaron en el teatro del Príncipe, durante el período de 1830 a 1839, sin mencionar el repertorio del siglo XVII y el de la época anterior inmediata a la que relatamos:

Gonzalo de Córdoba, por D. Manuel Hernando Pizarro, con decoraciones nuevas y gran aparato.

El gastrónomo sin dinero, por Ventura de la Vega.

La expiación, traducida por el mismo (1).

Oros son triunfos y *El tutor inglés*, traducciones de D. José María Carnerero.

Astucia contra la fuerza, traducción de Bretón de los Herreros.

El mante jorobado, por D. Manuel Eduardo Gorostiza.

Shakspeare enamorado, *Miguel y Cristina*, *El testamento* y *Acertar errando o El cambio de diligencia*, traducciones de Vega.

La familia del boticario, por Bretón.

El Cid, de Corneille, traducido por D. T. G. S. A. (¿D. Tomás García Suelto?)

Las bodas de Fígaro, de Beaumarchais, traducida por Bretón.

Don Alvaro o La fuerza del sino (22 Mayo 1835), por el Duque de Rivas.

Blanca de Borbón, por D. Antonio Gil y Zárate.

Angelo, tirano de Padua, de Víctor Hugo, traducción anónima.

Los hijos de Eduardo (4 Octubre 1835), de Casimiro Delawigné, traducida por Bretón.

El marido ambicioso, traducción de Carnerero.

---

(1) Hallándose D. Ventura en cama, retenido por una dolencia que no le impedía dedicarse a trabajos mentales, dictó la traducción a nuestro padre, de quien era amicísimo, con cuyo auxilio pudo terminarla en un plazo breve, por exigirlo así la empresa con apremiantes avisos.

Luis Onceno, traducción de Carnerero. Se había estrenado en 1825.

Aben-Humeya (8 Junio 1836). La traducción del *Cid*, de Corneille, resultaba un caso peregrino para los españoles; pero el estreno de *Aben-Humeya* es más peregrino todavía, porque el autor, Martínez de la Rosa, lo escribió en francés para que se lo representasen en París, como se realizó, y después hizo una traducción española, a fin de que la obra, aun siendo original, resultase traducida.

La redacción de un periódico, por Bretón.

Hernani, de Víctor Hugo (25 Agosto 1836). No gustó el acto quinto, y se suprimió en las demás representaciones.

El compositor y la extranjera, traducción de D. Juan del Peral.

Incertidumbre y amor, por D. Eugenio de Ochoa.

Las capas, tradución de Vega.

Carlos II el Hechizado, por Gil y Zárate (2 Noviembre de 1837).

El Rey monje, por García Gutiérrez.

Don Jaime el Conquistador, por Patricio de la Escosura.

La mujer de un artista (10 Agosto 1848), de Scribe y de Vanderbuch (autor de *El pilluelo de París* y *El sargento Federico*). La tradujo Vega y la representaron Matilde, Romea, Sobrado y Guzmán. Dicen que fue un primor de ejecución.

Macbeth, de Shakspeare, traducción de García Villalta, para el beneficio de Matilde Díez, con objeto de dar a conocer al gran dramaturgo inglés, pues aquí no se había representado más que *Otello*. No hizo gran efecto.

No ganamos para sustos, por Bretón, imitación afortunada del teatro del siglo XVII.

El Conde Don Julián, drama escrito en variedad de metros por D. Miguel Agustín Príncipe. Lo desempeñaron la Baus, Teodora, Luna, Lombía, Pedro López y doce personajes más, con acompañamiento de condes, duques, esclavos, moros, go-

dos, judíos y fantasmas. De este drama es aquella frase tan conocida, que el autor pone en boca del protagonista:

Miente la tradición; miente la Historia.

Cada cual con su razón, drama en tres actos, de Zorrilla, por Bárbara, la Llorente, Luna, Lombía y López: las tres *eles*, como les llamaban. Luna salió vestido con la propiedad que le distinguía, según dijo la prensa.

El ramillete y la carta, comedia en dos actos, traducida por D. Juan Lombía. Es modelo de argumentos enrevesados, y, por lo tanto, difíciles de entender en una primera audición; pero el público se rió grandemente, y cuando la graciosa Teodorita pidió un aplauso al final de la obra, el público colmó con creces los deseos de la actriz. «¿Cómo negar—decía *El Entreactó*—cosa tan merecida, y más pidiéndolo una niña con unos ojos tan gachones?»

La degollación de los inocentes, drama traducido del francés por D. Gaspar Fernando Coll y D. Isidoro Gil. Se recibió de París el 11 de Diciembre de 1839 (1), y se representó el 24 de aquel mes; de modo que en trece días se tradujo, se copiaron los papeles, se ensayó y se pintaron las decoraciones; ejemplo notable de actividad.

En resumen: según noticia publicada por *El Entreacto*, desde el 26 de Marzo de 1837 hasta fin de Octubre de 1839, se estrenaron en el teatro del Príncipe quince obras originales, número escaso para lo que debía esperarse en una población donde existía un núcleo importante de buenos escritores dramáticos.

De actrices y actores marchábamos bien durante esta época: teníamos a Concepción Samaniego; las tres hermanas Antera, Teresa y Joaquina Baus; la Concha Rodríguez, la Jerónima Llorente, la Lorenza Campos, la Josefa Virg, la Bárbara Lamadrid, su hermana Teodora, Juana Pérez, Matilde

(1) Se había estrenado allí un mes antes.

Díez y Josefa Palma. De ellos se puede citar a D. José García Luna, Carlos Latorre (1), José Valero, Joaquín Caprara, Antonio Guzmán, Agustín Azcona, Pedro Mate (2), Pedro Cubas, Julián Romea, Juan Lombía, Calixto Boldún, Pedro Sobrado y Mariano Fernández.

Bárbara Lamadrid, procedente del teatro de Cádiz, debutó en Madrid con *La huérfana de Bruselas*, el 18 de Mayo de 1832, y su hermana, la niña Teodora (así la llama el *Diario*) el 23 de Julio siguiente, con *La hermanita o La lección indiscreta*, de Scribe (3).

Matilde Díez vino contratada de Sevilla para la temporada de 1833-34, y comenzó a hacer segundos papeles, sin que el público se fijase en el mérito de su trabajo, hasta que su talento se impuso, y apareció ya como primera dama del teatro de la Cruz, en 1837.

Para la salida de Julián Romea se echaron las campanas a vuelo, poniendo el *Diario* el siguiente reclamo, el 21 de Abril de 1833, al anunciar la representación del drama *El testamento*: «En el cual desempeñará el Sr. Julián Romea el pa-

(1) El Ayuntamiento acordó en 1833 que en la formación de la lista de los individuos de las compañías cómicas se pusiera el *Don* a los actores Latorre y García Luna.

(2) D. Pedro González Mate, según dicen, fue años después el mejor intérprete del *Tenorio*. En 5 de Julio de 1838 leyó un discurso sobre la historia del teatro, con motivo de la apertura de la cátedra de Declamación en el Liceo filarmónico barcelonés. No consiguió añadir noticias ni conceptos nuevos a los conocidos entonces.

(3) Jerónimo Lamadrid, barba, y sus hijas Bárbara y Teodora estaban contratados para el teatro de Granada, por el empresario José Máiquez, en 70 reales para los tres. El Corregidor Barrafón y la Comisión de teatros tuvieron empeño en que viniera Bárbara de primera dama al Príncipe, como se consiguió *embargándola*, y teniendo que abonar el Ayuntamiento un préstamo que había tomado la familia, y los gastos de viaje, que importó todo en conjunto 7.000 reales. Aquí les daban 84 reales; pero muerto el padre en 16 de Enero de 1833, quedó reducido el sueldo de las dos mujeres a 64 reales.

pel de Roberto, que anteriormente lo ha ejecutado su maestro el Sr. Latorre, confiado aquél en la indulgencia de un público tan bondadoso, y que mirará este ensayo como una prueba de los buenos deseos que le animan emprendiendo tan árida carrera en el difícil arte de la declamación.»

D. Juan Grimaldi tuvo necesidad de sacar una Real orden para contratar a Romea en el teatro del Príncipe, pues sin este requisito no se permitía salir del Conservatorio a aquel alumno sobresaliente. Por eso decían que Julián Romea era un cómico de Real orden. Poco después cayó enfermo Carlos Latorre, y se encargó Romea de desempeñar el papel principal de *El colegio de Tonnington*, (1) indudablemente por influencias de su maestro. Así, pues, entró en el teatro sentando plaza de primer actor.

Calixto Boldún, alumno también del Conservatorio, se presentó como gracioso en 28 de Enero de 1835.

Fue notable la función que se hizo en el Príncipe el 31 de Enero de 1835, a beneficio de la Concepción Rodríguez, ejecutándose el drama en cinco actos, de Chenier, titulado *Fenelón o Las religiosas de Cambray*, prohibido durante el reinado de Fernando VII. Joaquín Caprara, profesor de Declamación del Conservatorio de María Cristina, estaba retirado de la escena, y en atención a la Rodríguez, accedió gustoso a tomar parte, ejecutando el protagonista del drama.

Cuenta Ferrer del Río que aquella noche se reunió en el Príncipe lo más escogido de la sociedad intelectual madrileña, y que tributó a Caprara una ovación entusiasta.

«Distinguíase en la escena—dice el escritor citado—por su grave y majestuoso continente, por la naturalidad de su acción, por la flexibilidad de su fisonomía y por la admirable expresión de sus ojos. Aún se advertía su origen extranjero (2) cuando articulaba ciertas palabras, pues no siempre pronun-

(1) De Bretón de los Herreros.
(2) Había nacido en Boloña, hacia 1770.

ciaba con soltura; mas estos breves lunares hasta adquirían cierto encanto para los que tenían la costumbre de oirle. Si consideramos al hombre privado, difícilmente se encontraría quien le superase en lo metódico y austero de sus costumbres, en su constancia como amigo, en su proceder como caballero. Solícito y laborioso, él mismo se disponía los trajes y pelucas que usaba en la escena, y sabido es que nadie vestía las funciones con más propiedad y con mayor gusto.»

Censuraban a la Concepción Rodríguez porque tenía resabios de la escuela francesa, esto es, «aquella cadencia acompasada, aquella especie de sonsonete que proviene de apoyarse constantemente sobre un mismo tono en los finales de los períodos. Máiquez evitó este escollo: conoció que el verso alejandrino que recitan los franceses, en razón del mecanismo de su construcción, no puede correr con la rapidez y soltura de nuestros versos, y antes bien, la cisura y continuo martilleo de sus rimas es natural que arrastre a la afectación.»

Las actrices solían cantar para amenizar las funciones. Concha Samaniego cantó un romance de Mercadante, acompañada al arpa por el maestro Rosi, en la comedia *La Expiación*, el 10 de Febrero de 1831; Joaquina Baus cantó otro romance de Carnicer, en *Acertar errando*, el 16 de Diciembre del año citado; y Matilde Díez cantó un aria de la ópera *La rosa blanca*, en 1.° de Enero de 1835.

La disposición externa del teatro, es decir, la parte donde se situaba el público, seguía en esta época casi como en tiempo de Carlos IV; la platea, dividida en lunetas para las primeras filas y bancos para las posteriores; palcos en las laterales, tertulia donde hoy los llamados anfiteatros, y la *Cazuela,* ocupada única y exclusivamente por las mujeres. Un revistero nos describe con gran realce esta localidad, en 17 de Julio de 1839, y vamos a transcribir algunos párrafos:

«*Cazuela*, es una cueva practicada frente a frente del escenario para albergar hacinados unos cuantos centenares de mujeres. Desde la boca de esta cueva hacia el fondo, va bajando el

techo y el precio de los asientos, pero también va subiendo el piso y la incomodidad. En la delantera se oye casi todo lo que se habla en el foro; en la trasera, se oye casi todo lo que se habla en la *cazuela*.

»La *cazuela* presenta en su vanguardia, en la que llaman delantera, una fila de mujeres, que son las que arrastran, por decirlo así, las miradas del público; de aquí viene que se ha puesto en uso el que sólo ocupen la delantera personas que no tienen por qué temer al público, mujeres que pueden ir por todas partes con su cara descubierta, señoras que no deben nada a nadie, y que son tan buenas como la más pintada.

»La segunda fila es la *primera fila*, y la fila tercera es la *segunda*. Esto no lo entenderán algunos; como de esas cosas hay en la cazuela que no las entendería el mismo demonio. A estas dos filas y a las inmediatas siguientes concurren las elegantes que van a ver más que a ser vistas; a las filas posteriores, concurren las personas de más modesto bolsillo y de más acendrada afición.

»En el fondo de la *cazuela* hay a cada lado una puerta que da paso a diferente escalera. Desde estas puertas para dentro, no tienen ya entrada los hombres, pero sí los chismes; no puede pasar un hermano a buscar a su hermana, pero sí un billete a que se encuentre una amante; no puede introducirse un marido que quiere cerciorarse de si su mujer está en el asiento número 19, pero sí un cartucho de dulces que va derechito al asiento que está antes del número 20.

»En las puertas de la *cazuela* hay un centinela macho que despide a los hombres, y otro centinela hembra que recibe a las mujeres; ésta se llama con mucha propiedad *acomodadora*. Una vez introducida cualquiera mujer en la *cazuela*, joven o vieja, soltera, casada o viuda, recibe una verdadera emancipación; el billete de su asiento es una especie de carta de libertad. Tal hay que entra por la una puerta soltando la mano del propietario, y se sale por la otra tomando la del arrendatario.

»La *cazuela* en su interior es el paraje más animado de todo el teatro. Antes de empezar la comedia, se habla, se disputa, se grita, se alborota, se mueven pendencias y hasta batallas campales. A veces es tal el estruendo, que el pueblo varón empieza a gritar desde el patio y las lunetas: *¡Callad cotorras! ¡Silencio el gallinero!*

. . . . . .

»Las de atrás llaman a las de delante usías y señoronas; las delanteras llaman a las de atrás groseras y canallas; aquéllas se quejan de que éstas apestan a almizcle; éstas se lamentan de que aquéllas apestan a vino. Las de la parte baja, soltando la corriente de su enojo, lanzan a las otras miradas insolentes; las de la parte alta se vengan soltando otras corrientes que se deslizan por el piso bajo de la cazuela.

»Las personas discretas están clamando, hace muchos años, por que las mujeres puedan ir en nuestros teatros indistintamente a los mismos asientos de los hombres; sin embargo, a despecho de la razón, mil rancias preocupaciones sostienen la *cazuela* con sus incomodidades, sus vicios y sus faltas de decoro. La civilización de un pueblo se conoce, entre otras cosas, por el estado de sus teatros.»

En 1836 la tertulia de hombres y la de mujeres se hicieron de uso común para los dos sexos; pero la innovación, sin que sepamos el motivo, no produjo los resultados satisfactorios que de ella se esperaban, y se volvió al antiguo sistema de separación: en cambio, se dividieron en asientos aislados, para despacharlos separadamente, los palcos laterales, con el nombre de *palcos por asientos*, reforma que gustó a los señores.

En el año citado de 1836 se aumentó el número de quinqués de la platea, y en 1839, la lucerna, que estaba colocada en el centro del teatro, a corta elevación, molestando a gran número de espectadores, se elevó a mayor altura, aumentando la luz por medio de reverberos.

Las funciones comenzaban en verano a las siete y media, y desde 1.° de Noviembre una hora más temprano.

Durante una grave enfermedad que tuvo Fernando VII no hubo funciones de teatro, desde 18 de Setiembre a 11 de Octubre de 1832, en que se cantó el *Te Deum*. Se volvieron a suspender en los días 12, 13 y 14 de Julio de 1833, con motivo de unas rogativas que se verificaron a fin de que desapareciera el cólera de Huelva y Ayamonte; pero no dió resultado, y, una vez en España, el cólera hizo de las suyas por toda la Península: en igual fecha del año siguiente se produjo en Madrid una terrible mortandad. Los cómicos no se atemorizaron y siguieron con el teatro abierto los días en que hubo mayor número de defunciones, consiguiendo así distraer el abatido espíritu de los habitantes de Madrid.

El luto por la muerte de Fernando VII tuvo cerrados los teatros los meses de Octubre y Noviembre de 1833.

Las representaciones de ópera alternaban con las de dramas y comedias en ambos coliseos del Príncipe y de la Cruz; pero de este espectáculo no podemos hablar aquí, porque tiene su lugar correspondiente.

Por Real orden de 26 de Enero de 1834 se mandó que la presidencia de los espectáculos públicos, que había correspondido hasta entonces a los Alcaldes de Casa y Corte, la desempeñaran en lo sucesivo los individuos del Ayuntamiento.

Nos lamentamos hoy de la situación económica en que se halla el *Teatro Español*, es decir, el que sirve, o pretendemos que sirva, de guía y modelo de nuestra literatura dramática; pero puede consolarnos el estado en que se encontraba a la fecha del comienzo de estas crónicas. La información de la Prensa, los críticos y los documentos que se custodian en el Archivo municipal de Madrid, demuestran, sin dejar resquicio a la duda, la decadencia de ambos coliseos, del Príncipe y de la Cruz, únicos con que contaba la villa para rendir culto al arte en este linaje de diversiones públicas.

A más de que los rendimientos eran escasos, las cargas que tenían los teatros citados, y que se pagaban por cuenta de las empresas, hacía ilusoria toda ganancia, al punto que, según

se decía, en el arrendamiento que había terminado en 1829, el arrendatario perdió cerca de 20.000 duros. Las cargas a que nos hemos referido eran las siguientes:

Al Colegio de niñas de la Paz	22.000 reales.
Al Hospicio	22.725
Al Hospital de San Juan de Dios	10.440
Al del Buen Suceso	10.440
Al de los cómicos	1.800
A la Casa Galera	70.000
Jubilados, huérfanos y viudas	237.303
Obras y reparos de los edificios en que estaban los dos teatros	3.000
Gratificaciones a la Guardia que acudía durante las horas de función	34.610
Al Censor político, por su sueldo	3.000
Dos Alcaides, uno para cada teatro	11.680
Cuatro Alguaciles	11.916
TOTAL	427.814 reales.

Cantidad que, dividida entre dos, venía a resultar de carga para cada coliseo, 213.907 reales.

La entrada del teatro del Príncipe, en un lleno completo, el año 1831, importaba 9.634 reales y 18 maravedís.

En vista de que no había empresa que se atreviese con la explotación de los teatros del Príncipe y de la Cruz, el Conde de Puñonrostro quiso abordar el negocio; pero convencido de que las cargas se llevaban la ganancia, pidió una compensación, que consistía en permitirle dar bailes de máscara, de Diciembre a Carnaval, conciertos, y, lo que es más grave, imponer un arbitrio para cobrar 6 maravedís por cada cuartillo de cerveza. El Ayuntamiento, con acertado acuerdo, desechó lo del nuevo arbitrio, agradeciendo al Conde sus buenos deseos; éste se quedó sin ser empresario de teatros, y eso que estaba apoyado por el Ministro Calomarde.

A pesar de los escasos rendimientos que producía el negocio, no faltaron empresarios que se atreviesen con él, espe-

ranzados de tener buena suerte, y al fin de esta década, en 1839, solicitaron los dos teatros, porque iban unidos para el arrendamiento, una empresa formada por Carlos Latorre y Antonio Guzmán, y otra que se constituyó con Elías Noren, *barba* jubilado, Francisco Salas, Julián Romea y el pintor escenógrafo Francisco Lucini. Estos hicieron mejores proposiciones al Ayuntamiento, y se les concedió el arriendo, logrando defenderse, como veremos más adelante.

TEATRO DE LA CRUZ

Era reflejo del *Príncipe,* y no ofrece su historia antecedentes de la importancia de su compañero (1). En él se estrenó, con un anuncio precedido de un preámbulo muy modesto, la primer producción de Mariano José de Larra *No más mostrador*, que se hizo ocho noches, con alguna interrupción, comenzando el 29 de Abril de 1831; y allí también dió su primera producción dramática al público el joven D. Francisco Flores Arenas, con la obra *Coquetismo y presunción*, el 13 de Mayo del mismo año.

Los espectadores del teatro de la Cruz demostraban cierta simpatía hacia el melodrama y las comedias sentimentales como las siguientes: *Rodulfo o el asesino del bosque*, traducción de D. Juan de la Puerta; *Los asesinos del correo de Nápoles, Eduardo en Escocia o la terrible noche de un proscripto*, traducida por Enciso Castrillón; *El molino de Keber o aventuras del Conde Tequeli* y *El Duque de Braganza o la revolución de Portugal.*

En este teatro hicieron su primera salida la Concha Samaniego, el 13 de Mayo de 1831, con la comedia *Coquetismo y presunción*; Florencio Romea, que era muy inferior a su hermano, con la comedia de Ventura de la Vega, compuesta ex-

(1) Se hallaba situado en la calle del mismo nombre, en lo que hoy es prolongación de la de Espoz y Mina, con accesorias a la plaza del Angel.

presamente para el objeto, *Quiero ser cómico* (10 Octubre 1834); y Mariano Fernández, discípulo del Conservatorio, el 22 de Noviembre del mismo año 1834, haciendo el papel de gracioso en las comedias *La mogigata* y *Un paseo a Bedlan*; trabajaron con él, aquella noche, Matilde Diez y García Luna.

Un acontecimiento teatral fue la representación, en 28 de Junio de 1831, de *Jokó o El orangután*. «Este melodrama—decía el *Diario*,—tan extraordinariamente aplaudido en los primeros teatros de Europa, presentará al público de Madrid un espectáculo absolutamente nuevo, no sólo por reunir en sí los tres géneros cultivados en la escena, declamación, música y baile, sino por la circunstancia de ser un mono de los conocidos con el nombre de orangutanes el personaje principal de la pieza. Se ha contratado al primer bailarín francés Mateo Alard, que a su natural habilidad para el intento, reúne la circunstancia de haber observado en la misma Naturaleza, con particular estudio, los gestos, los movimientos, la índole del animal que se propone imitar. La música es del Maestro Pichini; las decoraciones, de Angel Palmerani, y los bailes, por Alard.» No necesita más el lector para formarse idea de lo que es el melodrama en cuestión. Se representó durante todo el mes de Julio, alternando con otras obras y algunas óperas.

En 24 de Diciembre de 1832 se hizo en la Cruz la comedia de Ventura de la Vega, *Don Quijote de la Mancha en Sierra Morena*, con éxito regular.

Nuestro público ha demostrado desde antiguo cierta tendencia por lo que hoy se llama *género chico*, pues en aquella época se daban frecuentemente funciones compuestas de tres piezas en un acto, intermediadas de baile, canto, y a veces hasta de volatines. Dice el *Diario* de 22 de Febrero de 1832: «Habiendo acreditado la experiencia lo gratas que son al público las funciones variadas, se ejecutará una extraordinaria», que consistió en lo siguiente: *Un abrazo al portador*, comedia en un acto; Bolero, por la Pando y Pacheco; *La despedida o El amante a dieta*, comedia en un acto; cuarteto polonés, baile;

La vieja o los dos calaveras, otra pieza en un acto, traducida, como las anteriores, dando fin con unas seguidillas manchegas. En las tres comedias trabajó García Luna.

Menudearon otras funciones variadas; como muestra citaremos una que se verificó en el Príncipe, el 15 de Mayo de 1838. Sinfonía de *La Muta di Portici.—El pro y el contra*, comedia en un acto, de Bretón.—Cavatina de la ópera *Il nuovo Figaro*, cantada por D. Francisco Salas, con decoraciones y trajes.—*Pas-de-deux* portugués, por la Pepita Díez y el Sr. Casas.—Sinfonía de *Semíramis*, con la magnífica decoración del templo de Vesta, pintada por D. Francisco Lucini para el teatro de la Cruz.—*Ella es él*, comedia en un acto, de Bretón.—Sinfonía de *Guillermo Tell*.—Aria de la ópera *Il fanático per la música*, cantada por Salas, con decoraciones y trajes.—Adrasto y Lircano, baile compuesto y dirigido por D. Antonio Cairón. No se podía exigir más variedad en el espectáculo, atendida la época.

Durante este período se hicieron, tanto en la Cruz como en el Príncipe, funciones patrióticas con motivo de la guerra carlista que asolaba al país. El 14 de Diciembre de 1835 se puso en escena, en el Príncipe, el apropósito en dos actos, titulado *1835 y 1836 o Lo que es y lo que será*, bosquejo político-profético sobre la guerra civil, por D. Juan Grimaldi, Bretón de los Herreros y Ventura de la Vega. En 26 de Marzo de 1836 se representó en la Cruz, desempeñada por los milicianos nacionales, una pieza en un acto, debida a la pluma de D. Pedro Sobrado, subteniente de la 2.ª compañía de Cazadores y actor de aquel teatro. El 26 de Octubre de 1835, en otra función patriótica del Príncipe, cantaron Bárbara Lamadrid y Matilde Díez; aquélla unas coplas alusivas a la guerra, y ésta una aria llamada de las *Cuatro naciones*, y a más una canción de Manuel García titulada *El bajelito* (1).

(1) Julián Romea, Salas y una cómica llamada Monreal cantaron en el Príncipe, el 24 de Diciembre de 1837, la tonadilla *El Trípili*, con un *duo bufo* que se había añadido, música de Carnicer y letra de Azcona.

Fue muy celebrada la función que se dió en la Cruz, el 16 de Junio de 1838, a beneficio de los heroicos defensores de Gandesa: se hizo *El suplicio en el delito o Los espectros* (de Bretón) y la pieza *¡Un ministro!* (de Vega), ésta desempeñada por milicianos, terminando con un *himno patriótico*, compuesto por el subteniente de Granaderos del 5.° batallón, D. Manuel Bretón de los Herreros, con música de Carnicer.

En la Cruz trabajaron como principales actores Antera y Teresa Baus, Concepción Samaniego, Bárbara Lamadrid, Concepción Rodríguez, Matilde Díez, José García Luna, Pedro Montaño, Pedro González Mate, Juan Antonio Campos y Pedro Cubas.

Este teatro, huyendo de la seriedad artística, que era el lema de su compañero el del Príncipe, no desperdició ocasión de dar variedad al espectáculo, utilizando muchas veces los cantantes de la compañía de ópera para amenizar las funciones *de verso*, consecuente al propósito de halagar al público por cualquier medio que viniese a mano, lo mismo disponiendo un concierto que intercalando unos volatines.

El atractivo principal del teatro de la Cruz, durante este período, puede decirse que consistió en la ópera, pues desde 1830 a 1839, ni un año dejó de ofrecerse este espectáculo al público de Madrid. Como el Ayuntamiento arrendaba al mismo empresario ambos coliseos, las compañías *de verso* solían alternar en uno y otro, y también las de ópera, aunque siempre era preferido el coliseo de la Cruz para las representaciones líricas.

TEATROS DE SEGUNDO ORDEN

Teatro de la calle de la Sartén. — Este era el más antiguo de los que hemos calificado de segundo orden, pues aparece ya funcionando al ocurrir el nacimiento de Isabel II. Actuaba aquí una compañía, cuyo primordial objeto era dar funciones en los Sitios Reales, Aranjuez y La Granja, durante la estancia en ellos de los Reyes en primavera y verano, y aprovechaba el

invierno para trabajar en Madrid y Toledo. Estaba formada por gente joven y actores de *poco cartel*. Allí figuraban Angel López, Antonio Pallardo, M. Escobar y Antonio Argüelles; María Chiquero, Josefa Galindo, María Alvarez y Josefa Palma, característica, parienta indudablemente de otra Josefa Palma que debutó en aquel teatro en 1835 y que, casada con Florencio Romea, trabajó en el Príncipe con gran aceptación: era una actriz de arrogante presencia, muy estudiosa, y que gozaba de simpatías generales entre el público.

En la *Sartén* no se estrenaba: hacían las comedias que habían tenido aceptación durante el año anterior en el Príncipe o en la Cruz, y cubrían claros con las obras del siglo XVII, mostrando cierta predilección por Tirso de Molina. Este teatrito fue el último en que se cantaron tonadillas casi a diario: *La vuelta del arriero*, *Los hidalgos de Medellín*, *El Trípili*, *El torero y la maja*, *La vieja burlada*, *La venida del soldado*, y tantas otras que forman la rica colección que guarda cuidadosamente la Biblioteca municipal de Madrid.

Teatro de Buenavista, situado en la calle de la Luna, casa que fue del Banco de San Carlos, esquina a la de Silva: el piso bajo, hoy dedicado a almacenes de comercio, a lo largo de la fachada de la calle de Silva indicada, tenía un gran salón, que se inauguró como teatro de figuras mecánicas en 14 de Noviembre de 1830; y en 26 de Junio de 1837 comenzó a trabajar en él una compañía de jóvenes, en su mayoría discípulos del Conservatorio, lo mismo que la orquesta, dirigida por un tal D. Juan Gil. Lo inauguraron con *La Expiación*, traducción de Ventura de la Vega, estrenada en el Príncipe el 10 de Febrero de 1831, y la desempeñaron Manuela Pérez, Valentina Muñoz, Trinidad Parra, Francisco Val, Ceferino Hernández, Pedro Rojas, Juan Berzosa y José Banovio, que fue un buen actor, pero por su genio díscolo no llegó nunca a formar parte de compañías principales.

El año 1839 se quiso poner en escena algunas óperas, y hasta se contrató una modesta compañía lírica; pero no se rea-

lizó el proyecto, y todo se redujo a que en los intermedios se cantase un dúo, un aria, una cavatina, dando a la función aquel carácter de variedad que tanto gustaba al público, según declaración de la empresa de la Cruz.

Las lunetas (butacas) costaban dos pesetas.

Teatro de las Tres Musas.—Se hallaba en la Plaza de la Cebada, donde hoy Novedades. Se inauguró en 29 de Mayo de 1838, haciendo la competencia al de *Buenavista*, con tan buena suerte, que consiguió desbancarle, por cuanto el otro cesó de dar funciones al año siguiente. Figuraban en la compañía las Sras. Martín, Martínez, Corona, García, Bañuelos y Castillo, y los Sres. Pacheco, Porcar, Edo, Hernández, Rojas, Martínez, Bousellas y Moreno. Las lunetas costaban 8 rs., los palcos 9, las gradas 4 y el patio 2. En todas las localidades se admitían personas de ambos sexos, menos en el *patio*, donde sólo entraban hombres.

Hacían, como en *Buenavista*, obras del repertorio contemporáneo y del teatro de los siglos XVII y XVIII. Abrieron la temporada con *La villana de la Sagra*, de Tirso, y más adelante hicieron *Indulgencia para todos*, de Gorostiza; *Lo que son mujeres*, de Rojas; *El parecido en la corte*, de Moreto; *El diablo predicador; El hombre de la selva negra,* melodrama antiguo, traducido por D. Bernardo Gil; *El imperio de las costumbres*, de Le Mière, traducida por D. Gaspar Zavala y Zamora, y *El triunfo del amor o La discípula de Cambray*, un melodrama que se anunciaba como *romántico*, y para demostrarlo insertaba el *Diario* los títulos de los cuadros en que se dividía: 1.° Declaración de amor por Orlán a su discípula Carolina. 2.° Robo de Carolina por los salteadores. 3.° Entrevista de ambos amantes en París. 4.° Demanda del Duque de Nancy pidiendo la mano de Carolina. 5.° Castigo de Carolina y muerte del Duque por su rival Orlán. 6.° Delirio de Carolina por el suplicio de su amante, y encuentro de ambos en el calabozo, donde proyectan el suicidio. No cabe duda de que era un drama romántico.

El periódico *El Panorama* hablaba mal del teatro de las *Tres Musas*.

De las funciones que se celebraban en el teatro del *Liceo* (1) no debemos hablar, porque una vez las dedicó D. Juan del Peral un artículo en la prensa (Agosto de 1839), más bien de alabanzas que de censuras, y protestaron los socios, manifestando que el *Liceo* no era un establecimiento público, y no debía, por lo tanto, hacerse la crítica de sus veladas literarias y musicales. Ciertamente que hoy no nos dirigirían protestas los socios, si es que queda alguno para muestra; pero la prudencia nos aconseja respetar la voluntad de aquellos escritores y artistas memorables, dignos de toda consideración,

Óperas.

El público de Madrid era ya en aquella época aficionado a la ópera, y, a decir verdad, las empresas procuraban tenerle contento, pues en 1835 se cantaron nueve óperas de repertorio y siete nuevas, lo que supone cierto trabajo por parte de los cantantes, de la orquesta y del director, D. Ramón Carnicer, de cuyas especiales condiciones se hacían lenguas los periódicos de entonces.

He aquí la relación de las obras estrenadas en el período que vamos señalando de 1830 a 1839:

En el Príncipe:

Cristóforo Colón, de Carnicer, 12 Enero 1831.
La Vestale, de Pacini, 9 Mayo 1831.
Il Contestable di Chester, de Pacini, 26 Julio 1831.
I crociati a Tolemaida, de Pacini, 10 Setiembre 1831.
Bianca di Mesina, de Vaccaj, 11 Febrero 1832.

(1) Sociedad fundada en 1837 por D. José Hernández de la Vega, en unión de Zorrilla, Escosura, Pastor Diaz, Salas Quiroga, Ramón Navarrete, Jenaro Villamil, Esquivel y otros. Daban funciones dramáticas, bailes, conciertos y conferencias: el domicilio social estaba en la casa-palacio de Vista Hermosa, Plaza de las Cortes, núm. 7.

L'esule di Roma, de Donizetti, 21 Mayo 1832.
L'eroina di Messico, de Ricci, 14 Julio 1832.
Chiara di Rosemberg, de Rossi, 3 Diciembre 1832.
Eufemio de Messina, de Carnicer, 14 Diciembre 1832.
Il diluvio Universale, de Donizetti, 2 Marzo 1834.
La sonámbula, de Bellini, 21 Julio 1834.
Parisina d'Este, de Donizetti, 27 Agosto 1834.
Guglielmo Tell, de Rossini, 19 Noviembre 1834.
I due Figaro, de Mercadante, 26 Enero 1835.
Caterina de Guisa, de Coccia, 3 Mayo 1835.
La muta di Portici, de Auber, 19 Setiembre 1835.
Torcuato Tasso, de Donizetti, 9 Junio 1835.
Inés de Castro, de Persiani, 3 Mayo 1837.
Monsieur de Chalumeaux, de Ricci, 30 Octubre 1837.

En la Cruz:

La represaglia, de Mercadante, 4 Noviembre 1830.
Bianca e Fernando, de Bellini, 18 Abril 1831.
L'orfano della selva, de Coccia, 6 Junio 1831.
Enrico e Clotilde o *La rosa bianca*, de Genovés, 17 Agosto 1831.
Gabriela di Vergy, de Carafa, 3 Diciembre 1831.
I Capuleti ed i Montecchi, de Bellini, 18 Junio 1832.
Ana Bolena, de Donizetti, 21 Agosto 1832.
Fausta, de Donizetti, 23 Enero 1833.
I normanni a Parigi, de Mercadante, 20 Julio 1833.
L'elixir d'Amore, de Donizetti, 10 Diciembre 1833.
Il nuovo Figaro, de Ricci, 3 Abril 1834.
Il furioso, de Donizetti, 31 Mayo 1834.
Norma, de Bellini, 1.° Julio 1834.
Don Giovanni, de Mozart, 15 Diciembre 1834.
La casa desabitata, de Rossi, 20 Junio 1835.
Olivo e Pasquale, de Donizetti, 16 Agosto 1835.
Il castello di Kenilworth, de Donizetti, 17 Octubre 1835.
Gemma di Vergy, de Donizetti, 4 Agosto 1836.
Erano due or sono tre, de Ricci, 26 Agosto 1836.
I Puritani, de Bellini, 26 Setiembre 1836.
Belisario, de Donizetti, 22 Noviembre 1836.

La nina pazza per amore, de Coppola, 13 Diciembre 1836.
Un aventura di scaramuccia, de Ricci, 18 Febrero 1837.
Lucia di Lammermoor, de Donizetti, 2 Agosto 1837.
Beatrice di Tenda, de Bellini, 12 Diciembre 1837.
I permestra, de Saldoni, 20 Enero 1838.
Ismalia o Morte ed amore, de Carnicer, 12 Marzo 1838.
Le convenience teatrali (1), de Donizetti, 13 Enero 1839.
Lucrecia Borgia, de Donizetti, 4 Julio 1839.
Ugo, Conte di Parigi, de Donizetti, 11 Setiembre 1839.
Marino Faliero, de Donizetti, 25 Setiembre 1839.
Il carrozzino da vendere, de Basili, 5 Octubre 1839.
Il Conte Ory, de Rossini, 16 Noviembre 1839.
I Briganti, de Mercadante, 12 Diciembre 1839.

Las compañías de ópera estuvieron formadas, principalmente, por los cantantes que a continuación se expresan, de los que tenemos escasas noticias.

Tiples: Adelaida Tosi, Enriqueta Meric-Lalande, Clelia Pastori, Matilde Palazzesi, Emma Albertazi, Almerinda Manzochi, que gustó mucho (1835) y salió tan caprichosamente vestida en *La casa desabitata*, que su traje se hizo célebre en Madrid; Telestris Fontana, poca voz; Mariana Brighenti, Judit Grissi, de la cual recordamos haber oído grandes elogios; Cristina Villó, que tenía exquisita sensibilidad y cantaba admirablemente *La sonámbula*, pero necesitaba más estudio en 1839; Manuela Oreiro de Lema (2), Concepción Lleó, Antonieta Marini, guapa y de buena voz, como su compañera la Concepción Ridaura, y por fin, la famosa Antonia Campos; en 1831 figura entre las segundas tiples, y en 1839 hizo Salas, por encargo de la empresa, un viaje a París para contratarla, porque estaba allí nuestra compatriota dando conciertos y recibiendo, al

(1) Se desempeñó por artistas españoles. Salas hizo papel de mujer, cantando en falsete la parte de Ágata.

(2) De ella decía Rubini que «no había encontrado compañera que tuviese el alma, la voz, la acción y el canto tan enérgico.» Casó esta cantante en 1.º de Abril de 1838 con Ventura de la Vega.

propio tiempo, lecciones de canto, del maestro Donizzetti (1). Se presentó en la Cruz el 14 de Junio de 1839, con *Un'avventura di Scaramuccia*, obteniendo una verdadera ovación: poseía gracia, *gachonería*, frescura, lozanía, voz clara y de extensión, y era *atrevidamente* hermosa.

Contraltos: Fanny Eckerlin, Brígida Lorenzani y María Carrasco.

Tenores: Ignacio Pasini, Antonio Ronzi, Carlos Trezzini, Lorenzo Viacchi, Antonio Arigotti, Juan Bautista Guerrero y Pedro Unanue.

Bajos: Juan Inchandi, Juan Bautista Rossi, profesor de arpa, además; Felice Botelli, José Rossi Gallierno (bufo), Pedro Lej, Juan Cavaceppi y Francisco Salas. Este aparece en 1831 formando parte del coro; en 1832, como *partiquino*, y en 1834, haciendo la parte del Doctor Dulcamara en *L'elixir d'amore*, donde conquistó su reputación. Durante los últimos días del reinado de Isabel II, nosotros llegamos a oirle en esta obra, y, aunque había ya perdido mucha voz, pudimos formar idea de lo que Salas sería en sus buenos tiempos; no hemos conocido cantante que interprete mejor el tipo de Dulcamara.

Las representaciones de ópera alternaban indistintamente en ambos teatros con las de comedias y dramas.

En el teatro de Buenavista, ya citado, se formó, el año 1838, una compañía de ópera, dirigida por el maestro don Francisco de la Cámara, y compuesta de las Sras. Damiana Feijas, Margarita Antunes y Josefa Andújar, y los Sres. Jerónimo Cámara, tenor; Laureano Aguilón, bajo, y José Cisneros, caricato; pero se contentaron los cantantes con dar algunos conciertos, según se ha indicado en el artículo *Teatros de segundo orden*.

---

(1) Por cierto que a Salas le cogieron los carlistas cerca de la frontera, y le hicieron pasar un susto de marca mayor; gracias a que un titulado coronel Polo, al saber quién era, le dió un salvoconducto, y con esto pudo el ya célebre cantante continuar su viaje.

Merece especial mención el estreno de *El rapto*, en la Cruz, el 17 de Junio de 1832, ópera española, en dos actos, música de D. Tomás Genovés. «Este profesor—decía *El Diario*,—cuya primera producción fue *Enrique y Clotilde* (1), presentará a los filarmónicos madrileños su segundo ensayo, esperando que una ópera en que el argumento, el idioma, el compositor y las partes que lo ejecutan, todo es español, podrá merecer algún interés e indulgencia, a pesar de la extrañeza que puede causarles este género fuera de uso.»

Fue interpretada por la Antonia Campos, que todavía no era *prima donna*; la Leonor Serrano, Pablo Galdón, Salas, Rodríguez y Ceyanes, todos ellos, entonces, cantantes de segunda fila.

No hemos incluído esta obra en la relación de óperas que antecede, porque realmente era una zarzuela. El anuncio del *Diario* decía: «Los versos que no están destinados al canto serán representados, según costumbre, de la que no ha querido apartarse el compositor», y esto indica que tenía escenas para ser declamadas, como en las zarzuelas.

En efecto; anteriormente se habían representado en castellano, con el nombre de óperas, algunas obras musicales que tenían escenas habladas, y en este sentido, Genovés llamó ópera a *El rapto*, siendo así que para nosotros no rebasa la categoría de zarzuela.

En defecto del libreto, que conceptuamos perdido, hemos revisado la partitura, que se custodia en la Biblioteca municipal, y podemos asegurar que, a más de los diez números musicales de la obra, tenía ésta algunos diálogos intermedios, cuya extensión no es factible determinar, pero de indudable importancia para el desarrollo del argumento.

Lo curioso es que el libreto había salido de la pluma de Mariano José de Larra (Fígaro), y resultó una equivocación de

(1) Estrenada en la Cruz el 17 de Agosto de 1831.

aquel autor insigne. Veamos cómo se le juzga en las *Cartas españolas*, de 21 de Junio de 1832:

«El poema de esta composición es de lo más sublimemente detestable que puede ponerse en escena: no concebimos cómo el Sr. Genovés ha elegido tan mal, ejercitando su ingenio y su paciencia sobre una *parola* tan macarrónica y absurda. Las piezas de música están colocadas sin el menor discernimiento; se han desaprovechado muchas ocasiones de ingerirlas oportunamente; así es que suele hallarse un aria colocada sin motivo perentorio después de otra, y reina en todo el conjunto un desconcierto nocivo a los resultados musicales, al efecto teatral y a los intereses del compositor. Por otra parte, dicho *libretto* tiene traza de ser un cajón de sastre, hecho a remiendos, y cosido, y añadido, y recortado por manos diversas, cada una a cual más inhábil. El murmullo desaprobador del público lo ha hecho sentir en varios pasajes, mucho mejor que pudiera hacerlo el artículo de un periódico.

»En la música hay centellas de genio, viveza en algunos temas, no desnudos muchos de ellos de reminiscencias; pero que, hasta ahora, sólo indican disposiciones en el autor. No creemos, sin embargo, que esta nueva producción contribuya en nada al aumento de su crédito.

»La ejecución ha sido cual debiera ser: en todos los actores competía la inexperiencia de la escena; pero, en fin, hicieron lo que pudieron, y la cosa salió menos mal de lo que hubiera podido suceder.»

El éxito, por lo que se ve, fue muy dudoso; pero constituye un paso más en el género lírico español, y esto es lo que deseamos hacer constar.

Opera o zarzuela, *El rapto* es una prueba de la afición que el público demostraba por el género lírico, que tenía también sus adversarios. Don Manuel Montes de Oca, Alférez de navío de la Real Armada, escribió y publicó en Palma, el año 1831, una *Sátira contra las óperas del día*, en que las llamaba *fatal recreo*,

que afemina al varón, y en las mujeres
despierta de lascivia las torpezas.

Pedía, en nombre de la moral, del arte, del buen gusto y de otra porción de cosas más, que desaparecieran las óperas, y confiando en la razón que le asistía, y hasta en la galanura de su *Sátira*, cuya versificación es ramplona y chabacana, decía al terminar:

Y plegue al cielo que al sentir mi tunda
recobre su vigor la gran Castilla,
y caiga a silbos la función inmunda.

Pero la función no cayó, como ha tenido ocasión de ver el lector en los párrafos anteriores, y verá, con más curiosas noticias, en la década siguiente.

Conciertos.

Como durante la Cuaresma no se consentía la representación de comedias, dramas ni óperas, las empresas, para resarcirse de la falta de entrada de fondos, idearon dar conciertos, y esto lo permitieron las autoridades; pero lo gracioso era que en estas fiestas musicales se cantaban arias, romanzas y dúos de óperas, cuya representación estaba prohibida en el período cuaresmal, con la diferencia de que los cantantes salían a escena de frac, ellos, y luciendo las *divas* elegantes *toilettes* de la época. Careciendo el público de otra diversión, acudía al llamamiento, y hubo año que se dieron en el Príncipe catorce conciertos.

Vista la aceptación que éstos tenían, se repitieron fuera de Cuaresma, intermediando piezas dramáticas; los cantantes salían vestidos con el traje que les correspondía, según la ópera, y se exhibía la decoración consiguiente. Además de esto, podemos reseñar que en Marzo de 1831 el profesor Brunetti tocó en el *violoncello* un capricho y variaciones sobre el tema del *zapateado;* el violinista Juan Wanski, en Agosto de 1833,

tocó en el Príncipe unas variaciones de Beriot con acompañamiento de orquesta, y D. Luis Vicente Arche, en el mismo teatro, en Marzo de 1836, unas variaciones de violín, con motivo del beneficio de Bárbara Lamadrid. La Villó dió un concierto en la Cruz (Octubre de 1834), cantando varios números de óperas.

Fue un acontecimiento musical la ejecución en el Príncipe (23 Agosto de 1839) de una sinfonía compuesta por el niño de once años Ignacio Ovejero, a quien en nuestra juventud llegamos a conocer; la interpretó magistralmente la orquesta, acompañada al piano por el autor.

Estaba de moda Strauss; en uno de estos conciertos se tocaron cinco tandas de valses suyos (19 Agosto 1839): *La hermosa Gabriela*, *La Filomela*, *Los cohetes voladores*, *Los homenajes* y *Los encajes de Bruselas*. Aquella noche se saturaron bien de valses los concurrentes al teatro del Príncipe.

Inútil parece añadir que en los días de la guerra civil se cantaron y tocaron himnos patrióticos; Carnicer compuso un par de ellos para cantarse en el teatro, y no dejaron de rendir su tributo musical al patriotismo Basilio Basili, esposo, más adelante, de Teodora Lamadrid; el popular Iradier, el niño Ignacio Ovejero y el maestro Sobejano, que escribió un *zorzico patriótico*.

En algunos salones de baile, como el de *Vensano*, o *Las Delicias*, de que hablamos más adelante, solían darse conciertos de piano, arpa o guitarra, en el cual instrumento gozaba entonces fama de maestro D. Trinitario Huerta.

El primer café que introdujo la moda de obsequiar con música a los concurrentes, sin abonar más estipendio que el del consumo, fué el llamado de *San Vicente*, que estaba situado en la calle de Barrionuevo, hoy Conde de Romanones. El 17 de Julio de 1834 dió comienzo el agasajo a los consumidores, y es fecha doblemente memorable, porque ese día fue uno de los más señalados por la mortandad con que el cólera asolaba a la población.

Coreografía.

Era un recurso que servía de atracción en las funciones teatrales, por la música y por las bailarinas, que habían de ser guapas y de buena figura, aliciente no desprovisto de valor en los espectáculos públicos.

No parece que había en esta época estrella refulgente que cautivara la atención, ni que despertase entusiasmos, a excepción de Pepita Díaz, quien con su arte y hermosura logró conquistar unánimes aplausos al finalizar el período cuya crónica hacemos.

Figuraron en este tiempo Josefina Volet, María Vives (a quien tratamos ya retirada de las tablas), Mariana Castillo, Dolores Lamadrid (quizá parienta de Bárbara y Teodora), Gertrudis Fontanellas y Matilde Saavedra. De ellos, mencionaremos a Mateo Alard, Juan Bautista Cozzer, Mariano Camprubi, Antonio Cairón (pariente sin duda de una Antonia Cairón, actriz más adelante y esposa del actor D. José Valero), Ginés Fontanella, y el célebre Manolito Casas, ya también en las postrimerías de este período. Gastaba patillas, bigote y pelo rizado, y así había de salir siempre a escena, cualquiera que fuese el baile en que tomara parte, por lo que la Prensa le dedicó algunas chanzas.

Generalmente se representaban bailes españoles, sobre todo las *boleras,* que las había *de la matraca*, *del charandel*, *intermediadas*, *del sereni*, *de las fraguas*, *del Bartolito*, *de la Marica*, *del Chinorri*, *del Tripili*, *de la Caleta* y *del escondite*. Para completar las funciones patrióticas del tiempo de la guerra civil, se inventaron también las *boleras de la libertad*.

En el Príncipe se ejecutó, el 15 de Mayo de 1838, un gran baile compuesto y dirigido por Cairón, y que se titulaba *Adrasto y Lircano*. He aquí el argumento, tal como lo describe un periódico de aquellos días: «Olmira, princesa de belleza extremada, viuda del soberano de una de las islas del Archipiélago

griego, era solicitada a porfía en matrimonio por Adrasto y por Lircano; éste, jefe del ejército, propone que el más diestro en los ejercicios gimnásticos sea favorecido con la mano de la princesa, y Olmira, confiando en el valor y destreza de su amado Adrasto, consiente a pesar suyo. Lircano muere víctima de una traición que había premeditado, y Adrasto se presenta a su amante con el laurel de la victoria.»

En el mismo teatro se representó el 21 de Julio de 1838, el baile pantomímico titulado *La espada del mago*. Se dividía en siete cuadros, y cada uno tenía su título particular: *El campamento de los cruzados*, *El triunfo del Soldán*, *Enrique y Margarita*, *Martín Gull*, *El asalto* y *El triunfo de la Cruz*. No se le había compuesto música á propósito, sino que para obtenerla buena a poco precio, se le adaptaron trozos de Gluk, de Mehul, de Gretry, de Mozart, de Haynd, de Herold y de Rossini, con una gran *sinfonía oriental* compuesta por Carnicer.

CARLOS CAMBRONERO

(*Continuará.*)

MAS HÁBIL QUE SHERLOCK HOLMES

SEGUNDA PARTE

I

Sherlock Holmes entra en escena.

Al día siguiente circuló por el poblado un rumor sensacional. Un extranjero de gran nombradía, de aspecto grave e imponente, de porte distinguidísimo, acababa de llegar a la hospedería. Había inscrito en el registro el nombre mágico de:

SHERLOCK HOLMES

La noticia corrió de cabaña en cabaña, de boca en boca en la mina; todos dejaron el trabajo para correr e informarse bien. Un minero que pasaba por la parte Sur del pueblo, comunicó la nueva a Pat Riley cuya pertenencia lindaba con la de Flint Bucker. Fletock Jones se mostró muy impresionado ante semejante acontecimiento, y llegó a murmurar:

—¡El tío Sherlock! ¡Qué contrariedad! Precisamente se presenta cuando...

Luego se puso a reaccionar, y se dijo a sí mismo:

—Después de todo, ¿por qué he de tenerle miedo? Todos los que le conocen como yo, saben perfectamente que no es capaz

de descubrir un crimen, sino en cuanto haya podido preparar su plan por adelantado, clasificar sus argumentos y acumular sus pruebas.

«En caso de necesidad, incluso se procura (mediante dinero) un cómplice de buena voluntad que ejecute el crimen punto por punto como él lo ha previsto... Pues bien; esta vez Sherlock se verá muy perplejo; carecerá de pruebas y no habrá podido preparar nada. En cuanto a mí, todo está dispuesto. Me guardaré muy bien de diferir mi venganza... ciertamente que no. Flint Buckner abandonará el mundo terreno esta misma noche y no más tarde, es cosa decidida.

Después reflexionó:

—El tío Sherlock va a querer esta noche hablar conmigo de nuestra familia; ¿cómo haré para esquivarle? Es preciso absolutamente que yo esté en mi choza, a eso de las ocho, por lo menos unos instantes.

Este punto era dificultoso y le preocupaba mucho. Pero un minuto de reflexión le dió el medio de vencer la dificultad.

—Iremos a pasearnos juntos, y le dejaré solo en el camino durante un segundo en el que no verá lo que yo he de hacer; el mejor medio de burlar a un policía, es tenerle al lado cuando se prepara un golpe. Sí, esto es lo más seguro, le llevaré conmigo.

Mientras tanto, los alrededores de la hospedería estaban interceptados por una muchedumbre ansiosa de ver al gran hombre. Pero Holmes se obstinaba en permanecer encerrado en su cuarto, y no se mostraba con gran descontento de los curiosos. Solamente Ferguson, Jake Parker el herrero y Ham Sandwich tuvieron mejor suerte. Estos fanáticos admiradores del hábil policía tomaron la habitación que servía para guardar los equipajes, y que daba a un estrecho pasillo frente al cuarto que ocupaba Sherlock Holmes; escondiéronse allí y practicaron unas mirillas en las persianas.

Las de Holmes estaban todavía cerradas, pero no tardó en abrirlas. Sus espías se estremecieron de alegría y de emoción,

cuando se encontraron frente a frente con el hombre célebre que asombraba al mundo por su genio verdaderamente sobrenatural. Allí estaba, sentado ante ellos, en persona, en carne y huesos, bien vivo. Ya no era un mito para ellos y casi podían tocarle alargando el brazo.

—Mira esa cabeza—dijo Ferguson con voz temblona de emoción.—¡Dios mío! ¡Qué fisonomía!

—¡Oh, sí!—contestó el herrero con acento convencido.—Mira esos ojos, esa nariz. ¡Qué cara tan inteligente y tan despierta tiene!

—Y esa palidez, que es la característica de su poderoso cerebro y la imagen de su claro pensamiento—replicó Ham Sandwich.

—Es verdad: lo que tomamos por pensamiento no es a menudo más que un dédalo de ideas informes.

—Tienes razón, Wall-Fargo; observa un poco ese pliegue acentuado en medio de su frente; es el surco del pensamiento, lo ha labrado a fuerza de descender a lo más profundo de las cosas. Apuesto a que en este momento rumía alguna idea en su cerebro infatigable.

—Diríase que sí, cierto es; pero mira ese aire grave, esa solemnidad que impresiona. Diríase que en él está el cuerpo absorbido por el espíritu. No te equivocas mucho al prestarle las facultades de un espíritu puro; porque ya ha muerto cuatro veces, es cosa averiguada: ha muerto tres veces naturalmente y una vez accidentalmente. He oído decir que exhala un olor de humedad glacial, que huele a tumba; dícese también que...

—Cállate y observa. Mira cómo se toma la frente entre el pulgar y el índice; apuesto que en este momento está elaborando una idea.

—Es más que probable. Y ahora alza los ojos al cielo, acariciándose distraídamente el bigote. Se ha puesto de pie; ordena sus argumentos, contándolos por los dedos de su mano izquierda con el índice derecho; ¿lo ves? Se toca primeramente él índice izquierdo, luego el medio, después el anular.

—Cállate.

—Mira su expresión de enojo. No encuentra la clave de su último argumento, entonces él...

—Mírale cómo sonríe ahora con sonrisa felina; cuenta rápidamente por los dedos sin la menor nerviosidad. Está seguro de su asunto; tiene todos los cabos. Así lo parece. De todos modos, me alegro de no ser yo el que trate de despistar.

Holmes acercó la mesa a la ventana, sentóse de espaldas a sus observadores y se puso a escribir. Estos dejaron de observarlo, encendieron las pipas y se instalaron cómodamente para hablar. Ferguson empezó, convencido:

—No hay para qué hablar. Ese hombre es un prodigio, todo lo revela en él.

—Nunca has hablado mejor, Well-Fargo—replico Parquer.—¡Qué lástima que no estuviera aquí ayer noche con nosotros!

—Verdad que sí—asintió Ferguson.—Hubiéramos asistido a una sesión científica, a una exhibición de «purísima intelectualidad», la más elevada que se pueda soñar. Archy es ya bastante asombroso, y haríamos muy mal en tratar de rebajar su talento; pero la facultad que posee no es más que un dón visual. Es un dón natural, un instinto innato, en el que la ciencia no entra en juego. El carácter sorprendente del dón de Archy no puede en modo alguno compararse con el genio de Sherlock Holmes, como tampoco... Mira, déjame decirte lo que hubiera hecho Holmes en tales circunstancias. Hubiera ido en derechura a casa de los Hogan y hubiera sencillamente mirado en rededor. Una sola ojeada le basta para verlo todo, hasta el menor detalle; en cinco minutos sabría más que los Hogan en siete años. Después de su breve inspección, se habría sentado con calma y habría hecho preguntas a la señora Hogan... Mira, Ham, imagínate que tú eres la señora Hogan; yo te interrogaré, y tú me contestarás.

—Entendido, empieza.

—Permítame, señora, haga el favor. Sírvase prestar gran

atención a lo que voy a preguntarla: ¿A qué sexo pertenece la criatura?

—Al sexo femenino, señor.

—¡Ah! Al femenino; muy bien, muy bien. La edad.

—Seis años cumplidos.

—¡Ah! pequeña... débil... dos leguas. Ha tenido que sentirse cansada. Se habrá sentado, dormido luego. La encontraremos al cabo de dos leguas. ¿Cuántos dientes?

—Cinco, señor, y el sexto a punto de brotar.

—Muy bien, muy bien, perfectamente.—Ya veis que no deja pasar ningún detalle, y se fija hasta en los que parecen más insignificantes.—¿Lleva medias y zapatos?

—Sí, señor, las dos cosas.

—¿De qué clase las medias y los zapatos?

—De algodón las primeras, de cuero los segundos.

—¡Ah! ¿Cuero? Esto complica la cuestión. Sin embargo, sigamos; ya la resolveremos. ¿Qué religión?

—Católica, señor.

—Muy bien, córteme un pedacito de la manta de su cama, le ruego; gracias. Mezcla de lana, y de fabricación extranjera. Muy bien; un pedacito del vestido de la niña, si me hace el favor; gracias; de algodón y ya en bastante uso. Este es un excelente indicio. Deme, tenga la bondad, un poco de polvo recogido en el cuarto; gracias, muchas gracias. ¡Admirable, admirable! Ya estamos en el buen camino, a lo que creo.

Ya lo veis. Tiene en su mano todos los hilos, y se declara plenamente satisfecho. ¿Qué hará, después de esto, este hombre prodigioso? Pondrá los pedazos de tela y el polvo en la mesa, comparará estos objetos tan diferentes, y los examinará hablándose en voz baja y palpándolos delicadamente:

«Niña, seis años, cinco dientes, otro en brote; católica. Algodón, cuero. ¡Váyase al diablo este cuero.» Después lo ordena todo, levanta los ojos al cielo, se pasa la mano por el pelo, la vuelve a pasar nerviosamente repitiendo: «¡Al diablo el cuero!» Levántase entonces, frunce las cejas y recapitula sus

argumentos contando por los dedos; se detiene en el anular, un minuto solamente; luego se ilumina su rostro con una sonrisa de satisfacción, levantándose entonces, resuelto y majestuoso, y dice a la multitud: «Que dos de ustedes tomen una linterna y vayan a casa de Injin Billy, para buscar allí a la niña; los demás pueden ir a acostarse. Buenas noches, señores.» Y diciendo esto, habría saludado a la concurrencia con aire solemne, y se habría marchado.

—He aquí su manera de proceder. Es única en su género, científica e inteligente; un cuarto de hora le basta, y no necesita registrar las malezas y los caminos durante horas enteras en medio de una multitud azorada y tumultuosa. ¿Qué decís? ¿Habéis comprendido su procedimiento?

—Es prodigioso, en verdad—contestó Ham Sandwich.—Has comprendido maravillosamente el carácter de ese hombre, Well-Fargo; tu descripción vale por un libro, por el libro mejor hecho del mundo. Me parece verle y oirle. ¿No es así?

—Así es. Esa descripción de Holmes es un estupendo retrato.

Ferguson estaba satisfechísimo con su triunfo; la aprobación general de sus compañeros le entusiasmaba. Permanecía sentado, tranquilo y silencioso para saborear su contento.

Murmuró, sin embargo, con voz alterada:

—Es cosa de preguntarse cómo Dios ha podido crear semejante fenómeno.

Al cabo de un momento contestó Ham Sandwich.

—Si lo ha creado, me imagino que ha tenido que hacer varios ensayos.

II

Al finalizar aquel mismo día, a eso de las ocho de una noche brumosa, dos personas caminaban a tientas por las cercanías de la cabaña de Flint Buckner. Eran Sherlock Holmes y su sobrino.

—Haga el favor de esperarme aquí un instante, tío—dijo Fletock;—voy a mi choza, es cosa de dos minutos.

Pidió algo a su tío, que se lo dió, y desapareció en la oscuridad; pero en seguida estuvo de vuelta, y reanudaron, charlando, su paseo. A las nueve, su marcha errante les llevó a la hospedería. Abriéronse paso hasta la sala de billar, en donde se había agrupado una multitud compacta, con la esperanza de ver al «Hombre ilustre». Acogiéronle con frenéticos vivas; Holmes dió las gracias saludando amablemente, y cuando salió su sobrino se dirigió a la reunión, diciendo:

—Señores, mi tío Sherlock tiene que hacer un trabajo urgente que le retendrá hasta las doce o la una, pero volverá en cuanto pueda, y espero que todavía estarán aquí algunos de ustedes para beber con él.

—¡Por San Jorge! ¡Qué señor tan generoso!

—Amigos míos: tres vivas a Sherlock Holmes, el hombre más eminente que haya vivido nunca—exclamó Ferguson.—¡Hip, hip, hip! ¡Hurra, hurra, hurra!

Todos los circunstantes contestaron a estos clamores con tal entusiasmo, que hicieron trepidar la casa. Al llegar a su cuarto, Sherlock dijo a su sobrino, sin enfado:

—¡Qué demontre! ¿Por qué me has endilgado esa invitación?

—No creo que quiera usted hacerse impopular, tío. Sería enojoso que no se granjease usted las simpatías de todo este campamento de mineros. Esos muchachos le admiran; pero si se fuera usted sin beber con ellos, tomarían su abstención por «snobismo». Y, además, nos ha dicho usted que tenía que contarnos muchas cosas, capaces de tenernos despiertos una parte de la noche.

El joven tenía razón, y daba pruebas de buen sentido. Su tío lo reconoció. Servía, al mismo tiempo, a sus propios intereses, y se hizo esta práctica reflexión en su fuero interno:

—Mi tío y los mineros van a tener la bondad de proporcionarme una coartada que no podrá ser discutida.

El tío y el sobrino hablaron en su cuarto durante tres horas. Luego, a las doce, Fletock bajó solo, se apostó en la obscuridad, a una docena de pasos de la taberna, y esperó. A los cinco minutos, Flint Buckner salía contoneándose de la sala del billar, le rozó casi con el hombro al pasar.

—Ya le tengo—pensó el joven;—y añadió para sí, siguiendo la sombra con los ojos: —Adiós, amigo mío; adiós para siempre, Flint Buckner. Has tratado a mi madre de... Está muy bien; pero acuérdate de que hoy das tu último paseo.

Entró en la taberna sin apresurarse, haciéndose esta reflexión:

—Es algo más de las doce; todavía hay que esperar una hora; la pasaremos con los amigos...; será magnífico para la coartada.

Introdujo a Sherlock Holmes en la sala de billar, que estaba atestada de mineros, todos impacientes por verle llegar. Sherlock encargó las bebidas, y empezó la fiesta. Todo el mundo estaba contento y de buen humor; pronto se rompió el hielo. Sucediéronse canciones, anécdotas, bebidas (también los minutos transcurrían.)

A la una menos seis, la alegría estaba en su colmo.

De repente oyóse una explosión seguida de una conmoción terrible.

Todos se callaron instantáneamente. Un sordo redoble llegaba del lado de la colina; el eco repercutió en las sinuosidades del desfiladero, y fué a morir cerca de la taberna. Los hombres se precipitaron a la puerta, diciendo:

—Algo acaba de volar.

Afuera gritaba una voz en la obscuridad:

—Ha sido hacia abajo del desfiladero; he visto el resplandor.

La muchedumbre corrió hacia allí, incluso Holmes, Fletock y Archy Sillmann. Salvaron la distancia, que era de una milla, en unos cuantos minutos. A la luz de una linterna reconocieron el lugar en que se alzara la cabaña de Flint Buckner; no

quedaba de ella ni el menor rastro. Tampoco lo había de Flint. Buscáronle alrededor; de pronto gritó alguien:

—¡Aquí está!

Era verdad. A cincuenta metros más abajo habíanle encontrado, o, más bien, habían descubierto una masa informe e inerte que le representaba. Fletock Jones acudió con los demás, y miró.

El sumario fue asunto de un cuarto de hora. Ham Sandwich, jefe de los jurados, dió el veredicto, bajo una forma bastante primitiva, que no carecía de cierto estilo literario, y su conclusión fue que el difunto se había suicidado, o bien que había que atribuir su muerte a una o varias personas desconocidas del jurado; no dejaba ni familia ni herencia; por todo inventario, una cabaña que había volado. Descanse en paz. Tal era el deseo de todos.

Después de esta breve oración fúnebre, el jurado se apresuró a reunirse con la masa de circunstantes en donde se encontraba la atracción general personificada en Sherlock Holmes. Los mineros formaban círculo y guardaban un silencio respetuoso; en el centro del círculo estaba el lugar de la cabaña destruída. En aquel espacio vacío agitábase Holmes, el hombre prodigioso, ayudado por su sobrino, que empuñaba una linterna. Tomó con una cinta métrica la distancia de los cimientos de la cabaña al camino, la altura de la maleza próxima y otras medidas.

Recogió un trapo, una madera, un poco de tierra, los examinó atentamente y los dejó cuidadosamente a un lado. Determinó la longitud del lugar por medio de una brújula de bolsillo, corrigiendo hasta una diferencia de dos segundos las variaciones magnéticas. Tomó la hora del Pacífico en su reloj, y le hizo sufrir la corrección de la hora local. Midió a grandes pasos la distancia desde el lugar en que estuvo la cabaña hasta el cadáver, teniendo en cuenta la diferencia de la marea. Anotó la altura, la temperatura, con un aneroide y un termó-

metro de bolsillo. Por fin, declaró magistralmente, saludando con la cabeza:

—He terminado; podemos marcharnos, señores.

Y echó a andar para volver a la hospedería, seguido de la multitud, que comentaba el acontecimiento y consagraba al «Hombre prodigioso» un verdadero culto de admiración, haciendo cábalas sobre el origen y el autor de aquel drama.

—¿Sabéis, amigos, que podemos considerarnos dichosos de tener a Sherlock entre nosotros?—dijo Ferguson.

—Así es; he aquí tal vez el mayor acontecimiento del siglo—replicó Ham Sandwich.—Dará la vuelta al mundo, acordaos de lo que os digo.

—Apostemos—dijo Jake Parker el herrero—a que va a dar un gran renombre al campamento. ¿No opinas lo mismo, Well Fargo?

—Pues bien, ya que queréis mi opinión sobre el asunto, puedo deciros esto: Ayer, hubiera vendido mi pertenencia, sin vacilar, a dos dólars el pie cuadrado; hoy, os respondo de que ninguno de vosotros la vendería a diez y seis dólars.

—Tienes razón, Well-Fargo. No podíamos soñar con una suerte mayor para el campamento. Dí, ¿le has visto coleccionar esos trapos, esa tierra y lo demás? ¡Qué vista tiene! No deja escapar ningún detalle; quiere verlo todo, es mucho hombre.

—Es verdad. Y esos detalles, que parecen insignificancias al común de los mortales, representan para él un libro abierto, impreso en caracteres gruesos. Estad convencidos de que esas nonadas ocultan misteriosos secretos; en vano creen que nadie se los podrá arrancar; cuando Sherlock pone la mano, preciso es que hablen, que se rindan.

—Amigos, ya no lamento que no se encontrara cuando la busca de la niña; lo que acaba de ocurrir aquí es mucho más interesante y más complejo; Sherlock va a poder mostrar ante nosotros su arte y su ciencia en todo su esplendor. Es inútil decir que todos estamos contentos del giro que ha tomado la investigación.

—Contentos es poco decir, ¡por San Jorge! Más le hubiera valido a Archy quedarse con nosotros e instruirse mirando cómo procede Sherlock. Pero, en vez de hacerlo, ha perdido el tiempo registrando las malezas, y no ha visto nada.

—Opino como tú; pero, ¿qué quieres? Archy es joven. Ya llegará, más adelante, a tener más experiencia.

—Decid, ¿quién, según vosotros, ha dado el golpe?

La pregunta era embarazosa; provocaba una serie de suposiciones más o menos plausibles. Designóse a varios individuos considerados como capaces de cometer aquel acto, pero fueron eliminados uno a uno. Nadie, excepto el joven Hillyer, había vivido en la intimidad de Flint Buckner; nadie en realidad había disputado con él; había tenido, sí, diferencias con los que trataban de corregirle el carácter; pero nunca habían degenerado en riñas que pudieran acarrear una efusión de sangre. Un nombre estaba en todos los labios desde el principio de la conversación, pero no fue pronunciado sino en último resorte: era el de Fellock Jones; Pat Riley lo lanzó.

—¡Ah, sí!—dijeron los demás.—Claro está que todos habíamos ya pensado en él, porque tenía un millón de razones para matar a Flint Buckner; hasta añado que constituía un deber para él; pero, bien considerado todo, dos cosas nos sorprenden: en primer lugar, no había de heredar el terreno; en segundo, que estaba lejos del lugar en donde se produjo la explosión.

—Perfectamente—dijo Pat.—Estaba en el billar en el momento de la explosión. Estaba allí incluso desde hacía una hora.

—Es una suerte para él; de otro modo, se le hubiera inmediatamente sospechado.

III

Habían quitado todos los muebles del comedor en la hospedería, a excepción de una larga mesa de pino y una silla. Habíase puesto la mesa en un extremo y colocado la silla misma.

Sherlock Holmes estaba sentado en aquella silla, con aire grave, imponente y casi impresionante. El público estaba en pie y llenaba la sala. El humo del tabaco oscurecía el aire, y la concurrencia guardaba un religioso silencio.

Sherlock Holmes levantó la mano para concentrar en él la atencion del público; después, en términos breves, cortados, formuló una serie de preguntas, subrayando las respuestas con «hums» significativos y movimientos de cabeza; su interrogatorio fue muy minucioso, y recayó sobre cuanto concernía a Flint Buckner: su carácter, su conducta, sus costumbres y la opinión que de él tenían las gentes. Pronto comprendió que su propio sobrino era el único en el campamento que hubiera podido cobrar a Flint Buckner un odio mortal. Holmes acogió estos testimonios con una sonrisa de piedad, y preguntó en tono indiferente:

—¿Hay alguno de ustedes, señores, que pueda decir dónde se encontraba su compañero Fellock Jones en el momento de la explosión?

Todos respondieron a coro:

—Aquí mismo.

—¿Desde cuándo estaba aquí?—preguntó Holmes.

—Desde cosa de una hora.

—Bien, cosa de una hora. ¿Qué distancia hay desde este lugar al teatro de la explosión?

—Una buena legua.

—Es una coartada, cierto es, pero mediana.

Una inmensa carcajada acogió esta reflexión. Todos se pusieron a gritar: ¡Buena salida! Debes sentir ahora, Sandy, lo que acabas de decir.

El testigo, confuso, bajó la cabeza, enrojeciendo, y pareció consternado del resultado de su declaración.

—Una vez examinada la conexión algo dudosa entre el llamado Jones y este asunto (risas)—siguió Holmes,—llamemos ahora a los testigos oculares de la tragedia e interroguémosles.

Exhibió sus fragmentos reveladores y los alineó en un car-

tón puesto sobre sus rodillas. Toda la sala contenía la respiración y escuchaba.

—Poseemos la longitud y la latitud con la corrección de las variaciones magnéticas, y conocemos también el lugar exacto del drama. Tenemos la altura, la temperatura y el estado higrométrico del lugar; estos datos son para nosotros preciosísimos, puesto que nos permiten apreciar con precisión el grado de la influencia que estas condiciones especiales han podido ejercer sobre el humor y la disposición de espíritu del asesino en aquella hora de la noche. (Rumor de admiración, reflexiones murmuradas. ¡Por San Jorge, qué profundidad de espíritu!)

Holmes tomó entre sus dedos las piezas de convicción.

—Y ahora, pidamos a estos testigos que nos digan lo que sepan:

He aquí un saco de tela vacío. ¿Qué nos revela? Que el móvil del crimen ha sido el robo y no la venganza. ¿Qué indica también? Que el asesino era de mediana inteligencia o, si lo preferís, de un espíritu ligero y poco reflexivo. ¿Cómo lo sabemos? Porque una persona verdaderamente inteligente no se hubiera entretenido en volar a Buckner, un hombre que no llevaba nunca mucho dinero encima. Pero el asesino hubiera podido ser un extranjero. Dejad que vuelva a hablar el saco. Tomo de él este objeto: es un trozo de cuarzo argentífero. Es singular. Examinadle, os lo ruego, uno por uno.

Ahora hacedme el favor de devolvérmelo.

No hay en este distrito más que un sólo filón que produzca cuarzo exactamente de esta especie y de este color. Este filón se extiende en unas dos millas de longitud y está llamado, según opino, a conferir a este lugar en un tiempo muy próximo una celebridad que dará la vuelta al mundo; los doscientos propietarios que se reparten su explotación, adquirirán riquezas que sobrepasen todos los sueños de la avaricia. Hacedme el favor de designarme este filón por su nombre.

—La ciencia cristiana consolidada y Mary-Ann—le contestará sin vacilar.

Al punto repercutió una salva frenética de *hurrahs;* cada cual tomó el fragmento de manos de su vecino, y lo estrechó con lágrimas de enternecimiento en los ojos; Well-Fargo y Ferguson exclamaron:

—El «Flush» está sobre el filón, y la cotización sube a ciento cincuenta dólars el pie. ¿Oís?

Cuando volvió la calma, Holmes continuó:

—Vemos, pues, que hay tres hechos claramente probados, a saber: que el asesino era de un espíritu ligero, que no era extranjero; que su móvil era el robo y no la venganza. Continuemos. Tengo en mi mamo un pedacito de mecha que conserva todavía el reciente olor a quemado. ¿Qué prueba? Si relaciono este pedacito de mecha con la evidencia del cuarzo, deduzco que el asesino es un minero. Digo más, señores: afirmo que el asesinato se ha cometido recurriendo a la explosión. Creo poder aventurar que la máquina explosiva fue puesta en el lado de la cabaña que bordea el camino aproximadamente en medio, porque la he encontrado a seis pies de ese punto.

Tengo entre mis manos una cerilla sueca, como las que se encienden en las cajas de seguridad. La he hallado en el camino, a seiscientos veintidós pies de la cabaña destruída; ¿qué prueba? Que la mecha se prendió en ese mismo lugar. Añado que el asesino era zurdo. Vais a preguntarme en qué me fundo. Imposible me sería explicároslo, señores, porque estos indicios son tan sutiles, que solamente una larga experiencia y un estudio profundo pueden llegar a hacer que se perciban. Pero los hechos están ahí; se hallan además robustecidos por un hecho que habéis debido observar a menudo en los grandes relatos policíacos: es que todos los asesinos son zurdos.

—A fe que es verdad—dijo Ham Sandwich, golpeándose ruidosamente el muslo con su manaza;—que me aspen si me había fijado antes.

—Ni yo tampoco—exclamaron los otros;—decididamente nada se puede escapar a esa mirada de águila.

—Señores, a pesar de la distancia que separaba al asesino

de la víctima, el primero no ha resultado enteramente sano y salvo. Este pedazo de madera que os presento ahora ha alcanzado al asesino, arañándole hasta producirle sangre. Lleva seguramente en su cuerpo la señal reveladora del golpe que ha recibido. Lo he recogido en el sitio en que aquél debía de estar cuando encendió la mecha fatal.

Miró al auditorio desde lo alto de su asiento, y su actitud se ensombreció inmediatamente: alzando lentamente la mano, designó con el dedo a un asistente diciendo:

—¡He ahí el asesino!

Ante esta revelación, la concurrencia quedó estupefacta; luego más de veinte voces se alzaron gritando a la vez:

—¿Sammy Hillger? ¡Ah, no! ¿El? Eso es una locura.

—Fijaos, señores, no os arrebatéis; miradle: lleva en la frente la señal de la sangre.

Hillger se puso lívido de miedo. Pronto a estallar en sollozos, se volvió a la concurrencia, buscando en cada cara ayuda y simpatías; tendió sus manos suplicantes a Holmes, e imploró su piedad diciendo:

—Escúcheme, ¡oh!, escúcheme; no soy yo, le doy mi palabra de honor. Esta herida que tengo en la frente procede de...

—Préndale, agente de policía—gritó Holmes.—Se lo ordeno formalmente.

El agente avanzó a su pesar, vaciló y se detuvo.

Hillger requirió una nueva ayuda.

—¡Oh, Archy! No los dejes hacer; mi madre se moriría. Tú sabes de qué procede esta herida. Díselo y sálvame, Archy, sálvame.

Stillman se abrió paso entre la multitud, y dijo:

—Sí, te salvaré. No tengas cuidado.

Y añadió dirigiéndose a los demás:

—No deis ninguna importancia a esa cicatriz, que no tiene nada que ver con el asunto que nos ocupa.

—Dios te bendiga, Archy, mi querido amigo.

—¡Hurrah por Archy, compañeros!—gritó la asamblea.

Todos anhelaban ver exculpado a su compatriota Sammy; este leal sentimiento era, por lo demás, muy excusable en sus corazones.

El joven Stillmann esperó a que se hubiese restablecido el silencio; luego continuó:

—Rogaré a Tom Jeffries que se ponga en esa puerta y al agente Harris que permanezca en la otra de enfrente; no dejarán salir a nadie.

Se hizo así.

—El criminal se encuentra entre nosotros, estoy persuadido de ello. Os lo probaré antes de poco, si, como creo, son exactas mis conjeturas. Ahora, dejadme describiros el drama desde el principio hasta el fin:

—El móvil no ha sido el robo, sino la venganza; el asesino no es un espíritu ligero. No estaba a seiscientos veintidós pies. No ha sido alcanzado por una astilla. No ha puesto el explosivo contra la cabaña. No ha llevado un saco. Afirmo incluso que no es zurdo. Aparte esto, el informe de nuestro distinguido huésped sobre el asunto es perfectamente exacto.

Una risa de satisfacción corrió por la asamblea; cada cual hacía signos con la cabeza, y parecía decir a su vecino: «He aquí el cogollo de la historia; Archy Stillmann es un buen muchacho, un buen compañero. No ha arriado el pabellón ante Sherlock Holmes.» La serenidad de este último no parecía en modo alguno perturbada. Stillman continuó:

—Yo también tengo testigos oculares, y en seguida os diré dónde podéis encontrar otros.

Exhibió un trozo de alambre grueso. La multitud tendió el cuello para ver.

—Está recubierto de una capa de sebo fundido. Y aquí hay una vela que ha ardido hasta la mitad. La otra mitad lleva señales de incisión en una longitud de tres centímetros. Dentro de un instante os diré en dónde he encontrado estos objetos. Por el momento, dejaré a un lado los razonamientos, los argumentos, las conjeturas, en una palabra, todo el tin-

glado que constituye el bagaje del policía, y os diré, en términos sencillísimos y sin rodeos, cómo ha ocurrido este lamentable acontecimiento.

Hizo una pausa para juzgar del efecto producido y para permitir que la concurrencia concentrase en él toda su atención.

—Al asesino—siguió diciendo—le ha costado mucho trabajo concebir su plan, que estaba bien entendido y era muy ingenioso; denota una inteligencia verdadera y nada de espíritu débil. Es un plan perfectamente combinado para apartar toda sospecha de su autor. Empezó por señalar puntos en una vela de tres en tres centímetros, y la encendió, anotando el tiempo que tardaba en arder. Halló así que se necesitaban tres horas para arder doce centímetros. Yo mismo lo he probado allí arriba durante media hora, mientras que el Sr. Holmes procedía a la información sobre el carácter y las costumbres de Flint Buckner. He podido, pues, apreciar el tiempo que tarda una vela en consumirse cuando está al amparo del viento. Después de su experimento, el asesino apagó la vela, ya creo habéroslo dicho, y preparó otra.

Puso esta última en una palmatoria de hojadelata. Después, en la división correspondiente a la quinta hora, hizo un agujero con un alambre al rojo. Ya os he mostrado ese alambre revestido de una delgada capa de sebo; este sebo procede de la fusión de la vela.

Con trabajo, con gran trabajo, trepó por las malezas que cubren el talud situado a espaldas de la casa de Flint Buckner; llevaba arrastras un barril vacío que había contenido harina. Le ocultó en aquel lugar perfectamente seguro, y puso la palmatoria en el interior. Después midió unos treinta y cinco pies de mecha, que es la distancia del barril a la cabaña. Practicó un agujero en el barril, y aquí tenéis hasta la barrena de que se sirvió para ello. Terminó su preparación macabra, y cuando todo estuvo dispuesto, un extremo de la mecha llegaba a la cabaña de Buckner, el otro cabo, que tenía una cavidad

destinada a recibir la pólvora, estaba colocado en el agujero de la vela; la disposición de este agujero estaba calculada de manera que hiciera volar la cabaña a la una de la mañana, admitiendo que la vela se encendiera a las ocho de ayer noche, y que un explosivo unido a este cabo de la mecha fuese depositado en la cabaña. Aunque no pueda probarlo, apuesto a que así se realizó todo.

El barril está en el talud, el resto de la vela se ha encontrado en la palmatoria; la mecha quemada, la hemos reconocido en el agujero abierto con la barrena; el otro cabo está en el lugar de la cabaña destruída. He encontrado todos estos objetos hace apenas una hora, mientras que el maestro Sherlock Holmes se entregaba a cálculos más o menos fantásticos, y coleccionaba reliquias que nada tenían que ver con el asunto.

Calló. El auditorio lo aprovechó para respirar y descansar sus nervios fatigados por una atención sostenida.

—¡Qué diablo!—dijo Hom Sandwich, echándose a reir.—Por eso se paseaba solo por los matorrales, en vez de tomar puntos y temperaturas con el profesor. Os digo, compañeros, que Archy no es un imbécil.

—¡Ah, no! Ciertamente...

Pero Stillmann continuó:

—Mientras que estábamos allí, hace una hora o dos, el propietario de la barrena y de la vela de prueba, las quitó del sitio en que primeramente las puso, por no parecerle bueno el escondite; las llevó a otro lugar que le parecía mejor, a doscientos metros en el pinar, y los tapó con agujas de pino. Allí las he encontrado. La barrena es justamente del tamaño del agujero del barril. En cuanto a la...

Holmes le interrumpió, diciendo con cierta ironía:

—Acabamos de oír un bonito cuento de hadas, señores, ciertamente muy bonito; pero quisiera hacer una o dos preguntas a este joven.

La concurrencia pareció impresionada.

Ferguson murmuró:

—Temo que Archy quede derrotado esta vez.

Los otros no reían ya, y parecían ansiosos. Holmes tomó la palabra a su vez:

—Penetremos en este cuento de hadas con paso seguro y metódico, con progresión geométrica, si puedo expresarme así; enlacemos los detalles y subamos al asalto de esa ciudadela de error (pobre juguete de relumbrón), sosteniendo un impulso firme, vivo y resuelto. No encontramos ante nosotros sino la lucubración fantástica de una imaginación apenas formada. Para empezar, joven, deseo no haceros más que tres preguntas. Si he comprendido bien, esa vela, según usted, se encendió anoche a eso de las ocho.

—Sí, señor; a esa hora.

—¿Puede usted decirme a las ocho en punto?

—Eso, no; no puedo precisar tanto.

—¡Hum! Luego si una persona hubiera pasado por allí a las ocho, hubiese infaliblemente encontrado al asesino. ¿Qué le parece a usted?

—Supongo que sí.

—Gracias. Por el momento, me basta con esto; sí, es todo lo que pido por ahora.

—¡Diantre! Da de firme sobre Archy—observó Ferguson.

—Así es—dijo Ham Sandwich.—Esta discusión no promete cosa que valga.

Stillman añadió, mirando a Holmes:

—Yo mismo estaba por allí a las ocho y media, o más bien cerca de las nueve.

—¿De veras? Eso es interesante; muy interesante. Tal vez encontró usted al asesino.

—No, no encontré a nadie.

—¡Ah! Entonces, perdóneme que le haga observar que no veo bien el valor de su dato.

—No tiene ninguno por ahora. Digo, nótelo usted bien, por ahora.—Y Stillman añadió:—No encontré al asesino, pero estoy sobre su rastro, respondo de ello; hasta creo que se

encuentra en esta habitación. Os ruego a todos que paséis uno a uno ante mí, aquí, a la luz para que os pueda ver los pies.

Un murmullo de agitación recorrió la sala y empezó el desfile.

Sherlock miraba con el firme deseo de conservar la seriedad. Stilmann se agachó, se tapó la frente con la mano y examinó atentamente cada par de pies que pasaba. Cincuenta hombres desfilaron lentamente sin resultado. Sesenta, setenta. La ceremonia empezaba a ser ridícula, y Holmes observó con dulce ironía:

—Los asesinos escasean esta noche.

La sala comprendió la sorna y lanzó una carcajada. Otros diez o doce candidatos pasaron o más bien desfilaron danzando trenzados cómicos que excitaron la hilaridad de los espectadores.

De repente, Stillmann alargó el brazo y exclamó:

—¡He aquí el asesino!

—¡Fetlock Jones!—surgió la multitud, acompañando la explosión de asombro con observaciones y gritos confusos que denotaban bien el estado de alma del auditorio.

En lo más fuerte del tumulto, Holmes extendió el brazo para imponer silencio. La autoridad de su gran nombre y el prestigio de su personalidad electrizaron a los asistentes, que obedecieron en el acto. Y en medio del completo silencio que siguió, Sherlock tomó la palabra, diciendo con unción:

—Esto es demasiado grave. Se trata de la vida de un inocente, de un hombre cuya conducta desafía toda sospecha. Escuchadme, voy a daros la prueba completa y reducir al silencio esa acusación tan falsa como culpable. Amigos míos, ese muchacho no se apartó de mí en toda la tarde de ayer.

Estas palabras causaron una profunda impresión en el auditorio; todos se dirigieron a Stillmann con miradas inquisidoras.

Este, con aire radiante, se contentó con responder:

—¡Bien sabía yo que había otro asesino!

Y diciendo esto, se acercó prontamente a la mesa y examinó los pies de Holmes; luego, mirándole fijamente le dijo:

—Estaba usted con él. Se encontraba usted apenas a cincuenta pasos de él cuando encendió la vela que prendió fuego a la mecha (sensación). Y, lo que es más, usted mismo proporcionó las cerillas.

Esta revelación dejó estupefacto a Holmes; el público pudo advertirlo, porque cuando abrió la boca para hablar, apenas pudo pronunciar estas palabras entrecortadas:

—Esto... ¡ah!... Pero es una locura... Es...

Stillmann sintió que ganaba terreno y adquirió confianza. Enseñó una cerilla quemada.

—Aquí hay una, la encontré en el barril; mirad, aquí hay otra.

Holmes recobró inmediatamente el uso de la palabra.

—Sí. Usted mismo las ha puesto.

La respuesta estaba bien hallada todos lo reconocieron, pero Stillmann replicó:

—Son cerillas de cera, un artículo desconocido en este campamento. Estoy pronto a dejarme registrar a ver si se me encuentra la caja.

Sherlock permanecía estupefacto. Todos lo veían. Movió los dedos; una o dos veces se entreabrieron sus labios, pero las palabras no salían. La concurrencia no podía más y quería a toda costa ver el desenlace de aquella situación. Stillmann dijo sencillamente:

—Esperamos su decisión, señor Holmes.

Tras un silencio de unos minutos, Sherlock contestó en voz baja:

—Prohibo que me registren.

No hubo ninguna demostración ruidosa, pero en la sala cada cual dijo a su vecino:

—Esta vez la cuestión está resuelta. Holmes está vencido por Archy.

¿Qué hacer ahora? Nadie parecía saberlo. La situación

era embarazosa, porque los acontecimientos habían tomado un giro tan inesperado y tan repentino, que los espíritus se habían dejado sorprender, y desvariaban como un reloj descompuesto. Pero, poco á poco, el mecanismo se restableció, y las conversaciones reanudaron su curso; formando grupos de dos ó tres, los hombres se reunieron y trataron de emitir su parecer en forma de proposiciones. La mayoría opinaba que se dirigiese al asesino un voto de gracias por haber desembarazado a la comunidad de Flint Buckner: esta acción bien merecía que se le dejase en libertad. Pero los más reflexivos protestaron, alegando que los cerebros mal equilibrados de los Estados del Este se escandalizarían y meterían un ruido espantoso si se absolvía al asesino.

Esta última consideración prevaleció y obtuvo la aprobación general.

Decidióse que Fetlock Jones sería preso y juzgado.

La cuestión parecía, pues resuelta, y las discusiones no tenían ya razón de ser. En el fondo, todos se alegraban de esto, porque todos en su fuero interno tenían ganas de salir y trasladarse a los lugares del drama para ver si el barril y los otros objetos estaban allí realmente. Pero un incidente inprevisto prolongó la sesión, y produjo nuevas sorpresas.

Fletock Jones, que había llorado silenciosamente, inadvertido casi en medio de la excitación general y de las emocionantes escenas que se sucedían desde hacía un momento, salió de su estado cuando oyó hablar de su prisión y de su juicio; su desesperación estalló y exclamó:

—¡No! No vale la pena. No tengo necesidad de prisión ni de juicio, mi castigo es bastante duro ya; no aumentéis mi desgracia, mis sufrimientos. Colgadme y que se acabe todo. Mi crimen tenía que ser descubierto, era fatal; nada puede salvarme ahora. Él os lo ha contado todo, absolutamente como si hubiera estado conmigo, y me hubiera visto. ¿Cómo lo sabe? Es para mí un prodigio, pero encontraréis el barril y los otros objetos. La suerte está echada; no tengo ni una probabilidad de

salvación. Le maté, y vosotros hubierais hecho lo mismo en mi lugar, si, como a mí, os hubiesen tratado como a un perro; no olvidéis que yo era un pobre muchacho débil, sin amparo, sin un amigo para defenderme.

-Y lo ha merecido en grande—exclamó Ham Sandwich.

Voces.—Escuchad compañeros.

El agente de policía.—¡Orden, orden, señores!

Una voz.—¿Sabía tu tío lo que hacías?

—No, no sabía nada.

—¿Estás seguro de que te dió los fósforos?

—Sí, pero no sabía el uso que yo iba a hacer de ellos.

—Cuando te ocupabas en preparar el golpe, ¿cómo te atreviste a llevarle contigo, a él, un policía? Es inexplicable.

El joven vaciló, dió vueltas a los botones de su blusa con aire perplejo, y contesto tímidamente:

—Conozco a los policías, porque los tengo en mi familia, y sé que el medio más seguro de ocultarles un delito, es tenerles junto a uno en el momento psicológico.

La explosión de risas que acogió esta confesión ingenua no hizo más que aumentar el azoramiento del pobre acusado.

IV

Fletock Jones ha sido encerrado bajo cerrojo en una habitación desocupada, en espera del juicio. El agente Harris le ha dado su ración para dos días, recomendándole que no haga ascos al alimento; le ha prometido volver pronto para renovarle las provisiones.

Al día siguiente por la mañana fuimos unos cuantos con nuestro amigo Hillger, para ayudarle a enterrar a su pariente difunto y poco sentido, Flint Buckner; yo desempeñaba las funciones de primer oficiante y llevaba los cordones del paño mortuorio; Hillger presidía el cortejo. Cuando terminábamos nuestra triste tarea, un extranjero harapiento, con aire extraviado, pasó junto a nosotros; llevaba en la mano una maleta

vieja; iba con la cabeza baja y cojeaba. En el mismo instante percibí el olor en cuya busca había recorrido la mitad del globo. Para mi esperanza desfalleciente, era un perfume paradisíaco.

En un segundo me acerqué á él y le puse suavemente una mano en el hombro. Se desplomó en el suelo como si acabara de herirle el rayo en su camino. Cuando mis compañeros llegaron corriendo, hizo grandes esfuerzos para ponerse de rodillas, alzó hacia mí sus manos suplicantes, y con labios temblorosos me pidió que no le persiguiera más.

—Me ha perseguido usted por todo el universo, Sherlock Holmes, y, sin embargo, Dios me es testigo de que nunca he hecho daño a nadie.

Al ver sus ojos extraviados, era fácil comprender que estaba loco. ¡He aquí mi obra, madre! Solamente la noticia de la muerte de usted podrá un día renovar la tristeza que experimenté en aquel momento; será mi segunda emoción.

Los muchachos levantaron al viejo, y le colmaron de atenciones y cuidados; prodigáronle las palabras más tiernas y trataron de consolarle, diciéndole que no tuviera ya miedo, que estaba entre amigos, que le cuidarían, le protegerían y ahorcarían al primero que le pusiera la mano encima.

Son como los demás hombres, estos rudos mineros, cuando se reanima el calor de su corazón; podría creérseles niños descuidados e irreflexivos, hasta el momento en que alguien hace vibrar las fibras de su corazón. Ensayaron todos los medios de reconfortarle, pero todo fracasó, hasta el momento en que el hábil estratega, que es Well-Fargo, tomó la palabra y dijo:

—Si es únicamente Sherlock Holmes el que le inquieta, es inútil que se preocupe usted más.

—¿Por qué?—preguntó vivamente el desgraciado loco.

—Porque ha muerto.

—¿Muerto, muerto? ¡Oh! No bromee usted con un pobre náufrago como yo. ¿Ha muerto? ¿Me dais todos vuestra palabra de que dice la verdad?

—Tan cierto como que está usted ahí—dijo Ham Sandwich; y los demás sostuvieron la afirmación de sus compañeros como un solo hombre.

—Le ahorcaron en San Bernardino la semana última—añadió Ferguson,—mientras que estaba en busca de usted. Se equivocaron y le tomaron por otro. Lo sienten, pero no pueden ya remediarlo.

—Le van a elevar un monumento—apuntó Ham Sandwich con el tono del que ha contribuído a la suscrición y está bien informado.

James Walker lanzó un gran suspiro, evidentemente un suspiro de alivio; no dijo nada, pero sus ojos perdieron la expresión de espanto; su actitud pareció más tranquila, y sus facciones dejaron de contraerse.

Volvimos todos a nuestras viviendas, y los jóvenes le prepararon la mejor comida que podían proporcionar nuestras provisiones; mientras que cocinaban, Hillger y yo le vestimos de pies a cabeza; nuestras prendas nuevas le daban un aspecto de viejecito cuidadoso y respetable. «Viejo» es la verdadera palabra, porque lo parecía con su abatimiento, la blancura de su cabeza y los estragos que las penas habían hecho en su cara; y, sin embargo, estaba en la fuerza de la edad. Mientras que él comía, fumábamos y hablábamos; cuando concluyó, encontró por fin el uso de la palabra y, voluntariamente, nos contó su historia. No pretendo reproducir sus propios términos, pero lo procuraré todo lo posible en mi relato.

Historia de un inocente.

«He aquí lo que me sucedió:

»Yo estaba en Denver, en donde vivía desde hacía mucho tiempo; a veces me acuerdo del número de estos años, otras los olvido; pero poco importa. Un día me significaron que me marchase, bajo pena de ser acusado de un horrible delito cometido hacía mucho tiempo en el Este. Yo conocía aquel deli-

to, pero no lo había cometido; el culpable era un primo mío, que llevaba el mismo nombre que yo.

»¿Qué hacer? No lo sabía. Me daban muy poco tiempo, veinticuatro horas, creo. Estaba perdido, si se llegaba a conocer mi nombre. La población me hubiera linchado sin admitir explicaciones. Esto es siempre lo que ocurre con los linchamientos; cuando se descubre la equivocación, se lamenta, pero es demasiado tarde... (Ya sabéis que lo mismo le ha sucedido a Holmes.) Entonces, resolví venderlo todo, hacer dinero de todo, y huir hasta que hubiera pasado la tempestad; más adelante volvería con la prueba de mi inocencia. Salí, pues de noche, y me marché muy lejos, a la montaña, en donde viví disfrazado bajo un falso nombre.

»Cada vez me encontraba más inquieto y ansioso; en mi turbación veía espíritus, oía voces y me era imposible razonar cuerdamente sobre el menor asunto; mis ideas se oscurecieron de tal manera, que hube de renunciar a pensar, por lo que me dolía la cabeza. Este estado no hizo más que empeorar. Siempre voces, siempre espíritus que me rodeaban. Al principio, no me perseguían sino de noche, pronto fue también de día. Murmuraban a mi oído alrededor de mi cama, y maquinaban contra mí; ya no podía dormir y me sentía rendido de cansancio.

»Una noche, las voces me dijeron al oído: «Jamás lograremos nuestro fin, porque no podemos ni verte, ni, por consiguiente, designarte al público.»

»Suspiraron; después dijo uno: «Es preciso que traigamos a Sherlock Holmes; puede estar aquí dentro de doce días.» Aprobaron, cuchichearon entre sí, y saltaron de alegría.

»Mi corazón latía a punto de romperse, porque yo había leído relaciones sobre Holmes, y presentía la caza que iba a darme aquel hombre con su tenacidad sobrehumana y su actividad infatigable.

»Los espíritus marcharon a buscarle; me levanté en medio de la noche y huí, sin llevarme más que la maleta que conte-

nía mi dinero: treinta mil dólars. Las dos terceras partes están todavía en mi maleta. Necesitó cuarenta días aquel demonio para encontrar mis huellas. Le escapé. Por costumbre, había empezado por inscribir su verdadero nombre en el registro del hotel, luego lo había borrado para poner en su lugar el de «Dagget Barclay». Pero el miedo le hace a uno perspicaz. Habiendo leído el verdadero nombre, a pesar de los borrones, escapé como un ciervo.

»Desde hace tres años y medio, me persigue por los Estados del Pacífico, por Australia y las Indias, por todos los países imaginables, de Méjico a California, dándome apenas tiempo de descansar; felizmente, el nombre de los registros me ha guiado siempre, y he podido salvar mi pobre persona.

»Estoy muerto de fatiga. Me ha hecho pasar un tiempo bien cruel, y sin embargo, os lo juro, yo no he hecho nunca daño ni a él ni a ninguno de los suyos.»

Así terminó el relato de esta lamentable historia que trastornó a todos los jóvenes; en cuanto a mí, cada una de aquellas palabras me quemó el corazón como un hierro candente. Decidimos adoptar al viejo, que sería mi huésped y el de Hillger. Mi resolución está bien decidida ahora; le instalaré en Denver y le rehabilitaré.

Mis compañeros le dieron el vigoroso apretón de manos de los mineros, y se dispersaron para propagar la noticia.

Al amanecer del día siguiente, Wen-Fargo, Ferguson y Ham Sandwich nos llamaron en voz baja, y nos dijeron confidencialmente:

—La noticia de los malos tratos sufridos por ese extranjero ha corrido por los alrededores, y todos los campamentos mineros se sublevan. Llegan en masa de todas partes, y van a linchar al profesor. El agente Harry tiene un pánico formidable, y ha telefoneado al sheriff.

—¡Vamos, venid!

Fuimos corriendo. Los demás podían interpretar la aventura como quisieran. Pero en mi fuero interno, deseaba yo vi-

vamente que el sheriff pudiese llegar a tiempo, porque no tenía ninguna gana de asistir con sangre fría a la ejecución de Sherlock Holmes. Había oído hablar mucho del sheriff; pero experimenté, no obstante, la necesidad de preguntarme: «¿Será verdaderamente capaz de contener a la muchedumbre?»

—¿Contener a la muchedumbre? ¿El, Jack Fairfak, contener a la muchedumbre? Te olvidas de que ese energúmeno tiene diez y nueve escalpelos a su cuenta, sí, diez y nueve.

Al acercarnos oímos claramente gritos, gemidos, rugidos que se acentuaron a medida que avanzábamos; los gritos redoblaban cada vez más, y cuando llegamos a la multitud amontonada en la plaza, a la puerta de la taberna, el ruido nos ensordeció por completo.

Varios mocetones de «Dalys Gorge» se habían apoderado brutalmente de Holmes, quien, sin embargo, afectaba una calma imperturbable.

Una sonrisa de desprecio se dibujaba en sus labios, y, aun admitiendo que su corazón de bretón hubiera podido conocer por un instante el miedo de la muerte, su energía de hierro se había prontamente sobrepuesto, y dominaba a todo otro sentimiento.

—Venid pronto a votar, vosotros—gritó Shabelly Higgins, un compañero de la banda de Daly;—tenéis la elección entre ahorcado o fusilado.

—Ni una cosa ni otra—rugió uno de sus compañeros.—Resucitaría la semana próxima. La hoguera, ese es el único medio de que no vuelva.

Los mineros, en todos los grupos, contestaron con una tempestad de aplausos, y se dirigieron en masa al prisionero; rodeáronle gritando: «¡A la hoguera, a la hoguera!» Luego le llevaron a un poste, le encadenaron en él, y le rodearon hasta la cintura de leña y piñas. En medio de estos preparativos, su rostro enérgico no hacía la menor contracción, y la misma sonrisa desdeñosa seguía esbozada en sus labios finos.

—¡Una cerilla! Traed una cerilla.

Schadbelly la encendió, protegió la llama con su mano, se agachó y prendió las piñas. Me pareció oir un ruido lejano de galope de caballo. El ruido se acercaba y se hacía cada vez más claro; pero la multitud absorta parecía no oir nada.

El fósforo se apagó. El hombre encendió otro, se agachó y volvió a brotar la llama. Esta vez corrió rápidamente por las astillas. Algunos de los presentes volvieron la cabeza. El verdugo tenía en la mano el fósforo apagado y vigilaba la marcha del fuego. En aquel instante, un caballo desembocó a pleno galope por la esquina de las rocas en nuestra dirección.

Se oyó un grito:

—¡El sheriff!

A través de la multitud, el jinete se abrió un paso hasta la hoguera; al llegar allí, paró su caballo en seco, y gritó:

—¡Atrás, colección de canallas!

Todos obedecieron, excepto el jefe, que se plantó resueltamente y empuñó el revólver. El sheriff cayó sobre él, gritando:

—¿Me oyes, bandido? Apaga el fuego y quita las cadenas al prisionero.

Concluyó por obedecer. El sheriff tomó la palabra, poniendo a su caballo en actitud marcial; no se arrebató y habló sin vehemencia, en tono mesurado y preciso, bien adecuados para no infundirles ningún temor.

—¡Bonita cosa hacéis! Sois dignos de igualaros a ese tunante de Shadbelly Higgins, ese infame... reptil que ataca a las gentes por la espalda y se cree un héroe. Lo que yo desprecio sobre todas las cosas es una muchedumbre que se entrega al lynchamiento. Nunca he encontrado en ella un hombre de carácter. Es preciso eliminar ciento antes de encontrar uno que tenga suficiente corazón para atreverse a atacar solo a un hombre, por débil que sea. La muchedumbre no es sino un montón de mandrias, y de cien veces, noventa y nueve el mismo sheriff es el rey de los cobardes.

Calló, evidentemente, para saborear estas últimas palabras y juzgar del efecto producido; luego añadió:

—El sheriff que abandona un prisionero al furor ciego de la muchedumbre, es el último de los cobardes. Las estadísticas demuestran que hubo ciento ochenta y dos sheriffs, el año último, que cobraron honorarios injustamente ganados. Por el camino que van las cosas, se verá pronto figurar una nueva enfermedad en los libros de Medicina. con el nombre de «mal de los sheriffs». Las gentes preguntarán: «¿Continúa enfermo el sheriff?» Sí, sufre siempre la misma enfermedad incurable. No se dirá ya: «Fulano ha ido a buscar al sheriff de Rapalso», sino: Fulano ha ido a buscar al «mandria» de Rapalso. ¡Dios mío! ¡qué cobarde hay que ser para tener miedo de una multitud que va a linchar a un hombre!

Miró al prisionero de reojo, y le preguntó:

—¿Quién es usted y qué ha hecho?

—Me llamo Sherlock Holmes; no tengo nada de qué censurarme.

Este nombre produjo en el sheriff una impresión prodigiosa. Volvió a arengar a la multitud, diciendo que era una vergüenza para el país ultrajar tan ignominiosamente a un hombre, cuyas hazañas eran conocidas del mundo entero por su carácter maravilloso, y cuyas aventuras se habían granjeado las simpatías de todos los lectores por el encanto y el atractivo de su exposición literaria. Presentó a Holmes las excusas de toda la nación, le saludo muy cortésmente y ordenó al agente Harris que le llevase a su casa, significándole que le haría personalmente responsable si Holmes era de nuevo maltratado. Volviéndose en seguida a la multitud, exclamó:

—Volved a vuestras guaridas, alimañas.

Obedecieron; luego se dirigió a Shadbelly:

—Tú sígueme, quiero yo mismo saldar tu cuenta. No, guárdate ese juguete que te sirve de arma; el día que yo tenga miedo de sentirte detrás de mí con tu revolver, será tiempo para mí de ir a juntarme con los ciento ochenta y dos cobardones del año último.

Y diciendo esto, puso su caballo al paso, seguido por Shadbelly.

Al ir a nuestra cabaña a la hora de almorzar, supimos que Feltock Jones se había escapado. Nadie lo sintió en el fondo. Que su tío le persiga, si quiere; es cosa suya; todo el campamento se lava las manos en este asunto.

V

Vuelve el diario.

Diez días después.

«James Walker» va bien físicamente, y su cerebro está en vías de curación. Salgo con él para Denver mañana por la mañana.

A la noche siguiente.

Escribo a escape unas cuantas palabras desde una estación. Al despedirme esta mañana, Hillger me ha murmurado al oído:

—No hables de esto a Walker sino cuando estés seguro de no perjudicarle deteniendo los progresos de su restablecimiento. El delito al que alude ante nosotros fue efectivamente perpetrado, como dice él, por su primo.

La otra tarde hemos enterrado al verdadero culpable, al hombre más desdichado del siglo, a Flind Buckner. Su verdadero nombre era «Jacobo Fuller».

Así, pues, mi querida madre, mi misión ha terminado. Acabo de cumplir mi mandato. Sin sospecharlo, he conducido a su última morada al marido de usted, a mi padre. ¡Que descanse en paz!

MARCK TWAIN

FIN

BEATRIZ DE ARAGON, REINA DE HUNGRIA

(1457-1508)

IV

El año 1487 fue señalado por una victoria de Beatriz, que tuvo al fin la alegría de tener a su lado a su sobrino Hipólito como arzobispo de Esztergom y favorito del rey; pero sufrió al mismo tiempo la contrariedad de que se realizara por poderes el matrimonio del hijo natural de Matías, el príncipe Juan, con María Blanca Sforza, lo que debía tener por consecuencia interesar a una poderosa casa italiana en los derechos de Juan Corvino a la sucesión del trono.

Está claro que el rey no había accedido tan fácilmente a la atrevida petición de su mujer respecto al dón del arzobispado sino a título de indemnización por la resolución que había tomado en el asunto del matrimonio de Milán.

Pero fue concesión perdida; Beatriz no cejó, y continuó intrigando, lo mismo contra aquella boda que contra el reconocimiento del príncipe como heredero del trono; y lo que favorecía estas cábalas era que el rey aplazaba sin cesar la consumación del matrimonio, tal vez a causa de lo muy joven que era el príncipe Juan—no tenía más que catorce años,—y también por otras razones.

Durante el verano de 1487, Beatriz estuvo constantemente

apremiando a Matías para que abandonara este proyecto de matrimonio, y abogando por un antiguo proyecto de unión de Juan Corvino con la hija del príncipe Federico de Nápoles. Hacía espejear a los ojos de su marido la extravagante esperanza de que la princesita, cuya madre era pariente del rey de Francia, obtendría de éste como regalo de boda la libertad del príncipe Djem (1).

La boda se celebró en Milán el 25 de Noviembre (2); Juan Corvino estaba representado por el enviado favorito del rey, Juan Filipecz, obispo de Nagyvarad, que había ya recibido en Enero las credenciales para hacer un tratado con el duque de Milán y el duque de Bari, Ludovico Sforza, nombrado separadamente, así como para fijar el dote, recibirlo y dar recibo. No lo recibió, sin embargo, entonces, porque los prudentes milaneses esperaban a que se hubiese consumado el matrimonio (3).

Beatriz supo pronto la condición del matrimonio, porque cuando su hermana la informó del acontecimiento (4), no era ya nuevo para ella; su contestación no revela irritación alguna, y no hace a este respecto sino la enigmática observación siguiente: «Cuando venga la novia—quiera Dios que sea pronto,—me encontrará aquí, y podrá convencerse de que mi consejo era bueno y de que lo que yo he hecho ha sido con buena intención» (5).

Reinó calma en apariencia durante algún tiempo en lo relativo a este matrimonio; por lo menos Matías no tuvo, a lo que parece, nuevos motivos de queja; de otra parte, su ternura

(1) Informes de Jac. Trotti, emb. de Ferrara en Milán, del 30 de Agosto y 3 de Setiembre de 1487. Archivos de Estado de Módena. (Cart. d. Amb. Est. in Mil. B.ª 4 y 5.)

(2) Donati Bossii Candifrei, etc.: *Gestorum dictorumque memorabilium,* etc. Liber. 1492. (Mediol.)

(3) Véase, para el dote y los regalos de boda, el texto del contrato de boda en los *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 360.

(4) Ibid, pág. 371.

(5) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 422, fechada por error en 20 de Junio.

por su esposa no se desmintió nunca, y las relaciones entre los dos esposos continuaron ofreciendo un cuadro de paz y de concordia perfecta. El rey fué varias veces con su mujer a pasar temporadas con el niño primado de Esztergom, en donde los reyes eran festejados brillantemente.

Mientras tanto, las cortes de Ferrara y de Buda cambiaron una correspondencia activa respecto a las rentas del joven arzobispo; los administradores se acusaban recíprocamente; los empleados, mal retribuídos, se habían quejado a Ferrara (1), y Beatriz hubo al fin de justificarse de la sospecha de apropiarse las rentas de Hipólito, lo que le valió excusas y explicaciones de la corte de Ferrara (2).

Aparte estas cuestiones de dinero, la correspondencia de esta época está llena de elogios al arzobispito, y de la explosión de la gratitud de sus padres. Hipólito es «hermoso como una flor», escribe Beatriz.

Hasta le ha favorecido la ligera fiebre sufrida, porque ha crecido durante la enfermedad (3). Su madre le da a veces encargos para el rey y la reina, que cumple con mucha gentileza (4); tenía, por lo demás, bastantes ocasiones para ver a su tía, porque Beatriz, enferma a menudo por aquella época, mandaba venir a Hipólito para que la consolara en cuanto se sentía indispuesta; así fue como le hizo ir a Viena en la primavera de 1488; luego a Baden en el otoño del mismo año. Los reyes quieren ya proveer al porvenir del niño; preparan el camino a fin de hacer que obtenga un día el capelo cardenalicio por mediación del rey de Nápoles y de algunos de sus

(1) Carta de Gregorio de Pannonia a la duquesa Leonor, del 24 de Octubre de 1487. Archivos de Módena. (Arch. Duc. Secr. Casa.)

(2) Véanse las cartas, págs. 18, 20, 41, 404, 406 y 417 del tomo IV de los *Mon. Hung.* (D. E.).

(3) Cartas de Beatriz, Costabili, Beltrami e Hipólito en los *Mon. Hung.* (D. E.), tomo III, págs. 368, 378, 385 y 424, y tomo IV, págs. 105, 336 y 394.

(4) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 8.

amigos de Roma; pero Beatriz, en razón de la tirantez de las relaciones entre la Santa Sede y su esposo, de una parte, y el rey de Nápoles, de otra, se esfuerza en calmar la impaciencia de Ferrara, y recomienda a Hércules que obre con prudencia en este asunto (1).

No le bastaba a Beatriz un solo hijo adoptivo, y vuelve al antiguo proyecto de hacer que venga Fernando de Este, su otro sobrino, y Matías lo apoya con todas sus fuerzas. Las gestiones sobre este asunto duran sin interrupción desde la primavera de 1488 hasta la muerte del rey: no hay sino invitaciones y ruegos insistentes de parte de Beatriz, de Matías y de Hipólito; promesas alternando con excusas de parte de los padres. Como el proyecto había fracasado una primera vez, porque el príncipe heredero de Nápoles había llevado a Fernando a su corte, Beatriz explica a su hermano que Matías, que desearía atraerse por completo a ese niño y darle una perfecta educación militar, podría asegurarle mayores ventajas y un porvenir más brillante que sus padres de Nápoles (2).

Los duques, al ver a Beatriz inquebrantable en su proyecto, concluyeron por ceder muy agradecidos. Tratábase ya del acompañamiento del príncipe y de los detalles relativos al tren de casa que tendría en Hungría, cuando el viaje hubo de aplazarse bruscamente, hecho que se repitió varias veces. Convínose al fin que el duque enviaría a su hijo en la primavera de 1490 (3), pero en esta primavera ocurrió la muerte de Matías.

Beatriz, tan afecta a su familia, hubo de experimentar, en otoño de 1487, una viva satisfacción por el segundo matrimonio de su hermano Federico; este príncipe se casó el 18 de No-

(1) Carta de Beatriz a Hércules, del 13 de Enero de 1490. *Mon. Hung.* (D. E.) IV, pág. 127. Informe de Beltr. Costabili a Hércules del 3 del mismo mes y el mismo año. Ibid, págs. 410-418.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 412.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.) III, págs. 102 y 107.

viembre con su prima Isabel del Balzo, que fue la prometida del hermano menor de aquél, Francisco, muerto prematuramente, y cuyo padre fue encarcelado por Fernando cuando la conjuración de los barones. Isabel no sospechaba, al dar su mano al hijo segundo del rey, que había de ser un día reina de Nápoles, la última de la dinastía de los Aragón (1). Apenas hubo contraído Federico estas segundas nupcias, cuando su hermano mayor, Alfonso, el príncipe heredero, quedó viudo de su espiritual esposa Hipólita Sforza, cuñada de Beatriz, muerta a la edad de cuarenta y dos años, en el verano de 1488. Al morir tenía un hijo ya adolescente, Ferrandino, príncipe de Capua, al que Beatriz hubiera querido casar con María Blanca Sforza, en vez de Juan Corvino, y una hija, crecida también, Isabel, prometida desde su infancia de Juan Galeas, duque de Milán. No se esperó a que terminase el año de luto para concluir el matrimonio entre la hija de la difunta reina y el duque de Milán. La encantadora Isabel salió de Nápoles a fines del mismo año, y a su cortejo se unió Fernando de Este, que volvía de Nápoles, y se disponía a ir a Hungría (2). Pero la fatalidad pareció pesar sobre este matrimonio consumado en año de duelo, porque «Isabel fue desgraciada como hija, esposa, princesa y madre» (3), y ninguna de las esperanzas puestas en esta unión se realizó.

Fuera de las alianzas de familia, otros asuntos solicitaban grandemente por entonces la atención de Beatriz, y sobre todo de Matías, en Italia.

La ciudad de Ancona veía desde hacía tiempo con mirada celosa la hegemonía de Venecia en el Adriático, y, descontenta, además, del gobierno papal aliado de Venecia, se puso, en la primavera de 1488, bajo la protección de Matías; negó la

(1) Passero, o. c. pág. 51. Notar Giacomo, o. c., pág. 152. Ben. Croce: *Isabella del Balzo, regina di* Nap., págs. 3 y 4.

(2) *Antichità Estensi*, pág. 255.

(3) Litta, o. c., libro 15 y cuadro genealógico.

obediencia al Papa, su soberano, y enarboló el pabellón húngaro. El asunto terminó, sin embargo, con la renuncia de Matías a sus pretensiones sobre Ancona y su reconciliación con el Papa y hasta con Venecia. Durante esta querella, Beatriz—con anuencia de Matías, ciertamente,—escribió varias cartas al Papa para calmar su cólera, explicarle las razones de su marido, suplicarle que hiciera la paz y ofrecerle su mediación (1). Estas cartas demuestran que Beatriz recibió también breves del Papa, y que el nuncio acudió más de una vez en audiencia y enviaba a Roma comunicaciones sobre lo que aquélla decía (2). La reina, que se daba el título de «la hija más obediente del Papa», se esforzaba por todos los medios en hacer que el Santo Padre entregase al príncipe Djem a Matías, quien, en este caso, se declara dispuesto a atender todas las demandas de la Curia, porque, teniendo a Djem en su poder, encontrará ayuda por todas partes, y «en tres años echará a los turcos de Constantinopla; Venecia no es capaz de esto; solamente el rey de Hungría está en condiciones de hacerlo, tanto por sus cualidades personales como por la situación de su reino, y quiere y puede hacer contra ellos una guerra victoriosa». Por esto es por lo que, «arrojándome a los pies de Vuestra Santidad —escribe ella,—os ruego que peséis bien lo que vais a decidir... Yo sé lo que digo, Santísimo Padre... Por amor de Dios, reflexionad, os ruego, entre las consecuencias posibles del asunto del príncipe turco, y que vuestra resolución se inspire en la sabiduría divina».

Sabido es que Djem no fue entregado nunca a Matías, ni tampoco a Venecia; lo que demuestra que el rey estaba más bien solamente celoso de la ciudad de las lagunas, es que algunos meses después declaró que nada tenía que hacer con el

(1) Cartas de Juan Vitez, obispo de Szerem de los años 1488 y 1490, en los archivos de Venecia. (Bolle y Atti della Curia Rom. B.ª VIII.) Carta del Papa, de 26 de Marzo de 1489, conservada en los dichos Archivos.

(2) Fraknoi: *Pecchinoli Aug.*, págs. 33, 53 y 74.

príncipe turco. Beatriz, por su parte, se alegró mucho de la amnistía concedida a los de Ancona, la cual puso fin a la querella (1).

En general, Matías se encuentra, en los últimos años de su vida, visiblemente hastiado de guerras, y aspira a la paz. Esto se explica por el quebrantamiento de su salud, y también porque las querellas domésticas hubieron de paralizar una energía que empleó en adelante casi exclusivamente en asegurar la sucesión a su hijo. Por esta razón se inclina a la paz en los asuntos de Alemania, en donde se encuentra frente a Maximiliano, rey de Roma, personalidad mucho más simpática de lo que fue la de su padre, y en lo que Matías estaba perfectamente de acuerdo con Beatriz, a la que su parentesco impulsaba siempre a hacer la paz con los alemanes. En la primavera de 1486, la duquesa Leonor envía ya, con una carta de recomendación, a un familiar del emperador a Beatriz, para que trate con ella de la paz con Maximiliano, y dice en su carta que él es «partidario de una paz honrosa» (2). El rey de Nápoles escribe, el 7 de Agosto de 1487, a su embajador en Buda, que importa a la cristiandad que Matías y Federico hagan cuanto antes la paz; que influya, pues, en este sentido, de acuerdo con la reina, que será el más firme sostén de esta causa (3). A fines de Noviembre, Beatriz puede ya anunciar a Hércules que su marido desea avistarse con el duque de Sajonia para tratar de la paz (4), y en Enero siguiente (1488) le hace saber que se ha pactado una tregua (5).

Entonces empezó en la primavera un activo cambio de notas entre las dos cortes, porque Maximiliano había tomado con calor la idea de que su padre y Matías debían no sola-

(1) Fraknoi: o. c., págs. 74 y 85.

(2) Archivos de Estado de Módena, min. 'de lett. a Princ. Est. Ungh.

(3) Biblioteca Nacional de Nápoles, carta del 20 de Mayo. (Cod. manoser, XIX. A. 15. 1.186.)

(4) *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 266.

(5) Ibid, pág. 425.

mente hacer la paz, sino formar una sólida alianza, cuyo fin proyectaba una entrevista de los dos soberanos, y la reunión de un Congreso, en el que estarían también representadas las cortes italianas amigas (1). Matías, al renunciar a sus miras sobre la corona imperial, reconoció la elección de Maximiliano como rey de Roma, y mandó publicar el 18 de Junio, con gran solemnidad la prolongación de la tregua. En medio de estos acuerdos, Beatriz no perdía de vista los intereses de su familia; así recomendó por mujer a su cuñada la infanta Juana, que apenas contaba diez años, a Maximiliano, viudo desde hacía siete años, o al hijo de éste, Felipe; pero semejante proyecto fracasó más pronto todavía que los otros.

Matías se vió obligado, por su enfermedad, a confiar a Juan Filipecz, obispo de Nagyvarad, la dirección de las negociaciones que se celebraron en Linz en el otoño de 1489; pero los enviados de Maximiliano fueron en Diciembre a presentar sus homenajes a los reyes en Buda. En esta ocasión ofrecieron separadamente a la reina los «saludos de pariente y hasta de hermano» de Maximiliano, y la suplicaron que pusiera su influencia al servicio de una causa tan importante para la cristiandad (2), a lo que Beatriz contestó que anhelaba la paz y la alianza (3).

Ya hemos dicho que Beatriz estuvo frecuentemente enferma por estos años. Su reuma había empezado antes de la llegada de Hipólito, y parece que la enfermedad ofreció el carácter más agudo en el invierno de 1487 a 1488. Hipólito escribe en Noviembre de 1487 que la reina está curada—según se dice—y que trata de recobrar sus fuerzas. Leonor, a principios de Diciembre, la ruega que se cuide y le dé noticias de

(1) Correspondencia relativa a las misiones diplomáticas ferrarenses. *Mon. Hung.* (D. E.), tomo IV, págs. 90, 94, 106 y 398.

(2) Despachos de los embajadores de Ferrara: *Mon. Hung.* (D. E.) IV, páginas 390-393.

(3) Carta de Maximiliano, del 8 de Enero de 1490, citada antes. Archivos de Estado de Viena.

su salud. Beatriz contesta desde Viena que no va peor, pero tampoco mejor; que los médicos le afirman que su caso no es grave y qne la buena estación la devolverá la salud. Sin embargo, se ve obligada a escribir a principios de Abril que no está todavía restablecida, por lo que sigue en Viena y conserva a su lado a Hipólito; su hermana hace votos por su restablecimiento y la anima; aprueba todo lo que pueda curarla (1). Estos estímulos contribuyeron, en parte, a la decisión que tomó en Setiembre de 1488, por consejo de su médico de Viena, a ir a los baños de Baden, cerca de Viena, localidad situada en un delicioso paraje, en donde tomó una quincena de baños, acompañada por Matías e Hipólito (2). Las aguas le probaron bien; su cuñado Hércules la felicita por su restablecimiento (3), y, desde entonces, ya no se vuelve a hablar del reuma. Sin embargo, desde su primera enfermedad, y probablemente también a causa del estado de salud de su esposo, que declinaba cada vez más, la reina viaja y cambia de lugar mucho menos. Ya no va de cáza, y ésta es probablemente una de las causas por la que Beatriz empieza por este tiempo a engordar considerablemente, como lo muestran los retratos de la época.

También, en atención a este estado de salud, usa Matías de los mayores miramientos al rechazar los repetidos asaltos de Beatriz contra los proyectos de aquél, relativos a Juan Corvino. Matías no parece haberse enterado entonces de las intrigas por medio de las cuales trataba Beatriz, probablemente con ayuda de su hermana, de indisponer a Milán contra semejante matrimonio. Aprovechándose de un ligerísimo defecto que el príncipe Juan tenía, a lo que se dice, desde la infancia,

(1) *Mon. Hung.* (D. E.) III, págs. 367, 371, 395, 423.

(2) Carta de Beatriz: «Datum in balneis Poden prope Vienna». Ibid, página 431.

(3) Archivos de Estado de Módena (Arch. Propr. Miner. Crondo, 1485-88.)

describíale como un monstruo de fealdad a su prometida, hasta el punto que ésta quiso un día, desesperada, entrar en un convento (1). Es un hecho que las cortes de Buda y de Milán dieron prueba, en el transcurso de 1488, de cierta desconfianza recíproca—o más bien de una gran circunspección—en todo lo referente al matrimonio, sin que éste se pusiera, no obstante, en tela de juicio de una manera seria. Ludovico Sforza, al quejarse al rey de Nápoles de la actitud hostil de su hija Beatriz, expresa a su vez dudas sobre la exactitud de las noticias propaladas a este propósito, y ruega al rey que envíe alguien a la corte de Hungría para expresarle su satisfacción por esta boda (2). El duque de Milán, hermano de la prometida, refiere en varias de sus cartas cómo su hermana crece y embellece, y, queriendo inmediatamente aprovechar la coyuntura, pide un obispado de Hungría para su tío el cardenal Ascánio.

Los enviados de Milán dejaron tranquilos, a lo que parece, la ciudad de Viena, en la que los reyes habían pasado casi todo el año de 1488, y se convino en que la boda se celebrara, no en el otoño del mismo año, como se decidió al principio, sino en la primavera de 1489, y el rey mandó incluso hacer los preparativos necesarios.

Mientras tanto, el rey de Nápoles había seguido el consejo de Ludovico Sforza, y enviado como embajador a Viena, en el verano de 1488, al obispo de Lucera, Pietro Ranzano, bien conocido en la corte de Hungría, para felicitar a Matías por la boda de Juan Corvino. Pero esto no fue más que un pretexto para enviar alguien; el obispo hizo en la audiencia pública un pomposo elogio de Matías, de Beatriz y del príncipe Juan, asegurando incluso a este último y a su prometida los sentimientos maternales de la reina (3); pero en audiencia privada,

(1) Véase, a este propósito, Schönherr, o. c., págs. 71 y sig.

(2) *Mon. Hung.*, (D. E.) III, págs. 404 y 405.

(3) El texto del discurso se encuentra en las *Fontrs domestici*, de Florianus, Index I, pág. 122.

Ranzano empleó toda su elocuencia en apartar al rey de su proyecto relativo a la sucesión al trono de Juan Corvino, proyecto ofensivo para la reina, que está todavía en la flor de su edad, y en ganarle a la idea de designar a Beatriz para sucederle (1). Es tal vez el mismo enviado que llevó a Matías una carta de Fernando fechada el 27 de Julio, que le exhorta a que profese a su mujer un afecto inalterable y atienda a su porvenir. Esta carta estaba evidentemente destinada a apoyar las pretensiones de Beatriz, y es una de las recomendaciones á las que se refiere Matías en unas instrucciones que da más adelante a su embajador (2).

En apoyo de estas pretensiones, Beatriz había imaginado—sin duda con el consejo de sus familiares italianos (3)—una teoría de derecho público completamente nueva, que su padre hizo suya y desarrolló más adelante ante el embajador de Milán (4). Según él, la reina, una vez coronada, queda reina para toda la vida y no puede ser privada de sus derechos; si su esposo muere sin posteridad, toma ella el gobierno al frente de un Consejo compuesto de unos magnates, pero está obligada a volverse a casar, y su esposo se convierte en rey por el solo hecho de la boda.

Es evidente que Beatriz y su círculo sacaban conclusiones erróneas, o más bien arbitrarias y falsas, de algunos precedentes muy distintos, con ayuda de los cuales exponían su tesis de derecho público.

Es probable que Ranzano se adhiriera también a esta ab-

---

(1) Relación de Jac. Trotti del 27 de Setiembre de 1488, Archivos de Módena, división citada.

(2) El original está en los Archivos del Capítulo de la catedral de Esztergom.

(3) F. Nunciante: *Castel Capuano sede dei Tribunali*, Napoli Nobil. II, página 116.

(4) Despacho del embajador Giac. Trotti del 11 de Marzo 1489. Archivos de Módena.

surda teoría, lo que desagradó vivamente al rey (1). Ignórase si logró convencer de su error al enviado; con Beatriz, es cierto que llegó a los últimos límites de la paciencia y la delicadeza, como lo veremos, por la declaración que hizo, más adelante, y de la que daremos un extracto.

Mientras tanto, Matías juzgó todavía oportuno aplazar hasta la primavera de 1490 la boda fijada primeramente para la primavera, después para el mes de Setiembre del año anterior. Puso por razón que el camino que había de recorrer el cortejo imperial, y en particular la travesía del Friul, estaba sembrada de peligros, a consecuencia de la hostilidad de Venecia y del emperador, y que antes quería asegurar el viaje de su futura nuera con la conquista o la adquisición por las buenas de aquellos territorios. La cosa pareció sospechosa, hasta el punto de que la corte de Milán juzgó necesario hacerse representar en adelante, en Hungría, por un agente perpetuo, y envió a Maffeo del Naso Trivilliense con misión de inquirir la verdadera causa de tales aplazamientos. No creemos equivocarnos buscándola en las negociaciones entabladas entonces con Maximiliano, las cuales, como se sabe, hacían entrever la posibilidad de un matrimonio entre el príncipe Juan y la hija del rey de Roma.

No fue esto por mucho tiempo un secreto para la diplomacia milanesa, que, siguiendo las tradiciones de la política italiana contemporánea, trató inmediatamente de sacar partido de una defección pasible de Matías, y empezó a ocuparse en un proyecto de matrimonio entre María Blanca y Maximiliano, el rey de Roma y futuro emperador (2).

Naturalmente, estas vacilaciones de Matías animaron a Beatriz a continuar sus intrigas. No poseemos más que datos defectuosos y vagos referentes a cierta carta cifrada que escri-

(1) Despacho del embajador citado, de 27 de Setiembre de 1488. Archivos de Módena.

(2) Shönherr, o. c., págs. 83, 91, 92, 99 y 100.

bió a la duquesa de Milán, y que ida a parar a manos de Ludovico, le encolerizó enormemente (1). No sin buenas razones, tampoco hizo el rey que se interceptara la carta en la que el obispo de Lucera refería la escena lamentable desarrollada entre el rey y la reina, y retuvo al obispo en Buda para que ni siquiera pudiese relatarla verbalmente (2). Lo que se quería ocultar, era probablemente la violenta disputa cuya relación enviaron a Ferrara las personas del círculo de Hipólito. La causa primera de esto fue la acusación que formulaba Beatriz, aconsejada por sus italianos, contra la madre de Juan Corvino, de haberla hecho estéril con maleficios. Por este motivo, hubo un violento altercado, en presencia del rey, entre la reina y el príncipe Juan; llegaron a los insultos, y, finalmente, Matías levantó, según se dijo, la mano sobre su hijo (3). No hay que decir que semejantes escenas no hacían sino estimular a Beatriz a continuar la lucha contra la elevación al trono del príncipe Juan.

El rey, que, de otra parte, se sentía cada vez más enfermo, perdió al fin la paciencia y se decidió a revelar a la familia de Beatriz la conducta intolerable de su mujer, advirtiéndole los peligros que podían acarrearle los manejos de la reina. Lo más natural hubiera sido dirigirse directamente a su suegro; pero, por graves razones, había perdido toda confianza en el viejo Fernando. Hemos visto la solicitud con que Matías acudió en ayuda del rey de Nápoles, cuando la conjuración de los barones o cuando los turcos penetraron en sus Estados, y esa solicitud en servirle no se había entibiado nunca. Su querella con el Papa no se hubiera agriado tanto, si la Santa Sede no hubiese atribuído la actitud provocadora de Fernando

(1) Despacho de Trotti, de 20 de Mayo de 1489. Archivos de Módena, div. citada.

(2) Así lo escribió el rey de Nápoles a Leonor el 1.° de Noviembre de 1489. *Mon. Hung.* (D. E.), pág. 101.

(3) Despacho de Ant. Contabili, citado antes, de Setiembre de 1489. Archivos de Módena.

a los alientos de su yerno (1). Matías declaró terminantemente al legado del Papa que «el honor no le permitía abandonar a su suegro y a sus aliados» (2). Y en recompensa de todos estos servicios, su suegro contrarrestaba sus proyectos en Milán, apoyaba clandestinamente las absurdas pretensiones de Beatriz a la sucesión al trono y le importunaba con sus solicitudes para que triunfaran aquéllas. En los últimos tiempos, Matías no ocultaba ya su irritación con su suegro; declaraba al legado del Papa que el rey de Nápoles no cumplía nunca su palabra, que todo lo que se hacía por él era trabajo perdido, y que le había causado tantos disgustos, que «toda la vitela que pueda proporcionar un buey no podría contener la descripción de los mismos (3)». Por fin, estalló, en presencia del embajador de Milán, contra la codicia y la perfidia de su suegro, y dijo que él era quien excitaba a la reina contra sus proyectos; que tenía la prueba por cartas interceptadas (4).

En tales circunstancias, es muy natural que Matías, buscando en la familia misma de su mujer remedio a los enojos que le causaban las cizañerías y las perpetuas intrigas de Beatriz, no se dirigiera a su suegro, sino a su cuñado Alfonso, heredero del trono y príncipe de Calabria.

Podía suponerle menos prevenido que su padre en favor de su hermana, y sabía, de otra parte, que nadie tenía tanta influencia como él sobre el viejo rey. Envió, pues, a Nápoles, en la primavera de 1489, un mensajero en la persona de Antonio Sankfalvi, preboste de Pozsony, que fue luego obispo de Nyitra (5), y encargándole secretamente que informase al

(1) Poster: o. c., III, pág. 200.

(2) Fraknoi: *Pechinoli Ang.*, pág. 86.

(3) Fraknoi: *Pechinoli Ang.*, págs. 63, 64, 65 y 69.

(4) Despacho de Maff. Trivilliense (de 1490 en vez de 1489). *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 251.

(5) Fraknoi: *Los diplomáticos húngaros* (en húngaro). *Szazadok*, año 1898, pág. 874.

príncipe sobre la situación, le entregó una especie de Memoria, que es un acta de acusación en regla contra Beatriz, y hace al mismo tiempo un cuadro profético de las desgracias que la reina atrajo sobre ella posteriormente (1).

«Nós hemos hecho, y seguimos haciendo con gusto—dice Matías en esa Memoria,—todo nuestro posible, para complacer a Su Majestad el Rey; pero cuando nos piden cosas que no está en nuestro poder concederlas, o que son absolutamente imposibles, no se nos debe acusar porque nos veamos obligados a negarlas. Su Majestad y Su Alteza el Príncipe heredero nos recomiendan encarecidamente la causa de la Reina nuestra esposa; pero sabemos bien que estas recomendaciones no son debidas a la iniciativa de Su Majestad ni de Su Alteza, sino de la reina misma, que aspira, si no abiertamente, en secreto por lo menos, a una cosa que no está en nuestro poder hacer. La reina desea a nuestra muerte—en el caso de que muramos antes que ella—sucedernos en el trono y empuñar las riendas del gobierno, cosa que no podríamos prometerle aun cuando lo quisiéramos, ni tampoco proponer a nuestros súbditos, si no queremos excitar en ellos un odio eterno contra Nós y contra la reina. El pueblo húngaro es capaz de hacerse matar hasta el último hombre antes que someterse al gobierno de una mujer; recuerda todavía con amargura haberlo sufrido un tiempo, el cual fue malo y desastroso para el país.

»Debemos añadir, con toda franqueza, que la reina no es nada querida de nuestros súbditos, lo que observamos con pena; pero, en fin, Nós no podemos infundirles el amor, y la reina no se esfuerza en ganarse su afección. He aquí, en particular, por qué no podemos hacer lo que ella desea; pero no quiere resignarse, y noche y día nos persigue, no solamente con sus ruegos, sino con sus quejas continuas, con sus recriminaciones y sus lágrimas. Para calmar sus inquietudes respecto a lo futu-

(1) Kovachich: *Scriptores Usinores*, I, págs. 341 y 350.

ro, formamos el proyecto de asegurar a nuestra esposa, después de nuestra muerte, en el caso en que muriéramos sin hijos, una situación digna de ella. Rechazó nuestras proposiciones, porque quiere sucedernos en la plenitud de nuestro poder, lo que es imposible, como ya hemos dicho, en atención a los húngaros y hasta a nuestros otros pueblos. Hemos llegado incluso a informarnos en secreto, pero hemos encontrado a nuestros súbditos inquebrantables en este punto. En cambio, nos suplican que designemos como sucesor a nuestro hijo Juan Corvino, príncipe de Silesia, y que le hagamos elegir rey en vida nuestra, sin perjuicio de estipular que si la reina llegara a dar a luz un hijo, fuera éste el heredero del trono. Y Nós no hemos podido acceder al deseo de nuestro pueblo, a causa de la oposición de la reina...

»De esta suerte, nuestros disgustos van en aumento. En atención a S. M. el Rey nuestro Padre, a Su Alteza, a toda la casa de Aragón, a nuestra propia dignidad y al amor que siempre hemos tenido y todavía tenemos a la reina, teníamos el designio de proveer a su porvenir, después de nuestra muerte, de una manera digna de su augusto padre y de su real esposo; queríamos además que nuestro hijo, al que nuestros súbditos desean ver heredarnos, y su futura esposa, adopten desde hoy a la reina por madre, la respeten como tal, la defiendan a ella y sus bienes y le conserven sus derechos. Y en el caso en que la reina no se fiase de las promesas de nuestro hijo, para obligar a éste a cumplirlas, hubiéramos obtenido de los Estados de Hungría que reconociesen para siempre a nuestra esposa como su reina.»

Todo esto hubiera podido hacerse en el caso que no tuviéramos hijo de la reina. Pero viendo que todo era inútil, que los razonamientos no hacían más que irritar a la reina en vez de calmarla, hemos concluído por callarnos sobre este asunto, y no le hemos vuelto a hablar de la situación en que la dejaremos a nuestra muerte—puesto que todos somos mortales,—porque es evidente que los mejores consejos, cuando se opo-

nen a sus miras, no tienen otro efecto que hacerle persistir en su resistencia tenaz y excitar su descontento.

»Ordena en consecuencia al preboste, que declare al príncipe que cuando se vea que toma mal aspecto la suerte de la reina, no habrá que acusarle a él, porque ya lo había previsto, sino que será culpa de la reina misma; que el príncipe ruega, pues, al rey que exhorte a su hija a cambiar de conducta. «Porque—dice Matías—sabemos lo que decimos al declarar que si la reina se niega a ello, no solamente cubrirá de oprobio para una eternidad nuestra gloria y nuestra fama adquiridas a costa de tantos trabajos, sino que causará su pérdida y la de nuestro hijo. El derecho de elegir su rey pertenece a la nación, y puede hacer una elección contraria a nuestros deseos; sólo Dios sabe lo que oculta el corazón de los súbditos, porque sólo Él penetra en las conciencias y lee en los corazones. Pudiera ser que la nación, olvidando nuestras mercedes, elija precisamente al que es por el momento el peor enemigo de nuestra persona y de nuestro reino (1), el que, en cuanto suba al trono, expulsará ignominiosamente a la reina y a nuestros hijos y les confiscará todos los bienes; es hasta posible que maten a la reina (2), porque, como ya hemos dicho, no es amada, y nadie conoce mejor el carácter de los húngaros que Nós, que reinamos sobre ellos desde hace tanto tiempo.»

»Quisiera preservar al rey y a la reina, su hija, de estos peligros; pero esto no es posible si no renuncia esta última a sus desdichados designios, y consiente en que Juan Corvino sea elegido rey en vida de su padre.»

¿Hizo la corte de Nápoles algunas gestiones cerca de Beatriz en vista de las invitaciones del enviado, y, si se hicieron, produjeron algún efecto en su alma? Se ignora; pero lo cierto es que, durante los últimos meses de Matías, la reina cesó por

(1) Alude sin duda al emperador Federico.

(2) Pensaba probablemente en la horrible suerte de Gertrudis, mujer de Andrés II, y de la reina Isabel, viuda de Luis el Grande.

lo menos de combatir el matrimonio de Juan Corvino, y hasta mostró en esta cuestión una actitud tan amistosa, que el duque de Milán juzgó oportuno agradecerla por carta su benevolencia (1), y el enviado de Milán pudo anunciar que la reina había declarado que amaría a Blanca María como a su hija (2). Es posible, sin embargo, que la reina quisiera solamente obtener con su fingida resignación que su marido no apresurase el matrimonio, y pusiera su esperanza en los aplazamientos, en lo que no se vió defraudada.

Pero Beatriz se mostró intransigente en el asunto de la elección de Juan Corvino, y Matías tuvo que contentarse con hacer lo posible para aumentar poco a poco y en silencio las probabilidades de elección del príncipe, como lo hizo prever en su advertencia al rey de Nápoles. No es verosímil por lo demás, que la oposición de Beatriz fuese el único obstáculo para la elección de Juan en vida de su padre, y que la nación lo exigiera de manera tan unánime y apremiante como Matías trataba de hacerlo creer en Nápoles, porque la severidad de principios del húngaro respecto a la santidad de la familia, no le permitía cerrar tan fácilmente los ojos sobre el vicio de nacimiento del príncipe.

Si Matías no rompió con Beatriz y sus partidarios, declarados o secretos a causa de la elección de Juan—si es cierto que la creía realmente posible,—debe atribuirse también al hecho de que estaba abrumado por la enfermedad; no quería ya sino paz, paz en su reino y en su hogar. Bonfin dice que el rey cayó gravemente enfermo de la gota a principios de 1489 (3), pero los síntomas del mal eran ya antiguos; el enviado de Ferrara, escribe en el otoño de 1489, que el rey, desde que volvió de Viena a Buda embarcado, en el mes de Marzo, no puede ya

(1) Carta del 27 de Febrero de 1490. *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 100.

(2) Carta del 27 de Febrero de 1490. *Mon. Hung.* (D. E.), IV, páginas 158 y 159.

(3) Dec. IV, lib. VIII, pág. 47.

tenerse en pie y se ve obligado a ir en litera, llevado por cuatro hombres (1). No tenía más que cuarenta y nueve años, pero una carrera accidentada, y la suerte, que le había puesto desde su infancia al frente de un país perturbado y en guerra perpetua, habían gastado pronto sus fuerzas físicas. Su manera de vivir, su temperamento fogoso y su segundo matrimonio, hubieron también de contribuir a arruinar su salud (2).

Debió de producirse alguna mejoría en el transcurso del verano, porque el rey hizo viajes en Agosto y en Setiembre con Beatriz e Hipólito por la región comprendida entre el Danubio y la Drave (3); pero al llegar el otoño manifestáronse de nuevo síntomas alarmantes: sus piernas se hincharon, tuvo fiebre; además, los astrólogos de la corte—en quienes Matías tenía confianza ciega, como tantos otros grandes hombres del Renacimiento—le conjuraron a que desconfiase de los meses de Noviembre y Diciembre. El rey y su numeroso acompañamiento estuvieron, pues, inmovilizados, durante tres meses, hasta el 8 de Enero de 1490, en que, restablecida un poco la salud de Matías, y siendo más favorables las constelaciones, pudo ponerse en camino con su mujer, su hijo e Hipólito para su último viaje, que tenía Viena por término (4).

Es probable que el viaje se hiciese todo él por agua, porque el rey hizo alto en todos los castillos y todas las poblaciones del Danubio, en donde había mandado hacer construcciones importantes, y que deseaba volver a ver como despedida (5). La primera etapa fue Visegrad, de donde Beatriz escribió a Francisco de Gonzaga, marqués de Mantua, que celebraba sus bodas al mes siguiente con Isabel de Este, la ma-

(1) *Mon. Hug.* (D. E.), IV, pág. 394.

(2) Teleki: o. c. V, pág. 474.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 82.

(4) Bonfin: o. c., pág. 472. La autenticidad de la fecha está garantizada por la carta que Beatriz escribió aquel día a Maximiliano.

(5) *Mon. Hug.* (D. E.), IV, pág. 127.

yor de las sobrinas de Beatriz, de la que era prometido hacía mucho tiempo, y a la que su tía destinó en un tiempo al rey de Bohemia. Le felicitaba efusivamente por su boda, lamentaba que el rigor del invierno y la enfermedad de su esposo les impidieran asistir en persona, y anunciaba el envío de una embajada (1).

De Visegrad, el rey y la reina marcharon a Esztergom, en donde fueron durante tres días los muy obsequiados huéspedes de Hipólito; toda la corte estaba con ellos, y recibió también del niño arzobispo una hospitalidad regia (2). Luego, después de haber pasado algunos días en Komaron (Comorn), Tota (Totis), Pozsony, el rey hizo su entrada en Viena, adonde no tardó en ir Hipólito, por invitación de Beatriz.

En la antigua capital austriaca, que le recordaba su más brillante triunfo, el rey consagró casi todo el tiempo al porvenir de su hijo. Consiguió asegurarle la posesión de Viena con la de casi todos los castillos de la Baja Austria, y la satisfacción que esto le causaba veíase aumentada por el cambio sobrevenido en las disposiciones de Beatriz que ya hemos indicado; además, su salud iba mucho mejor desde que había llegado la primavera, de suerte que se puso a hacer proyectos para el porvenir y hasta convocó los Estados de Hungría en Buda para San Jorge.

Como por invitación del rey habíale enviado Venecia un nuevo embajador en la persona de Domingo Bollani, prometióle, en el acto de la recepción, armarle solemnemente caballero el domingo siguiente (3).

Aquel día, 4 de Abril, era Domingo de Ramos, y el rey, por motivos de salud probablemente, no quiso que la ceremonia se

(1) Archivos del Estado de Mantua. (Archivos de los Gonzaga, t. 532.)

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 133 y 421.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.) IV, págs. 158-66 e instrucciones a los embajadores, del 21 de Agosto de 1489, en los Archivos de Estado de Venecia, Cod. IV. Secreta.

celebrase en la iglesia de San Esteban, demasiado lejana; por esto hizo construir una capilla de madera en el patio del castillo que habitaba, y la hizo arreglar y decorar para el acto. La ceremonia duró mucho tiempo, y el rey, cuyo buen color y buen humor llamaron la atención de los asistentes (1), se retiró un poco fatigado a sus habitaciones. Como la comida se hacía esperar, porque la reina, en su ardorosa devoción, quiso visitar varias iglesias, el rey, para calmar su hambre, mandó que le trajeran higos; pero le supo tan mal el primero que comió, que se encolerizó mucho. En esto volvió la reina, que ofreció toda suerte de manjares a su esposo; pero éste los rechazó todos, y sintiendo que su cabeza le daba vueltas y se le obscurecía la vista, pidió que le acostaran. Pronto no hubo duda de que se trataba de un ataque de aplopejía; el príncipe Juan, sus parientes Pedro y Matías Gereb, Urbano de Nagylucse, el obispo Tomás Bakocz, Esteban Zapolyai y Esteban Bathori permanecían consternados junto al lecho; los gemidos del enfermo y el hecho de que le era imposible hacerse comprender, hacían la escena más aterradora. Todo el mundo había perdido la cabeza; solamente la reina se ocupaba en atender a su marido: abríale la boca para ingerirle medicamentos, gritábale al oído palabras de aliento, le estrechaba las manos, le alzaba los párpados; en una palabra, hacía esfuerzos desesperados para conservarle la vida, apremiando, conjurando a los médicos desalentados para que le ayudasen.

Por la mañana, el enfermo se sintió algo aliviado y durmió unos instantes; pero los dolores no tardaron en despertarle, y solamente la disminución de sus fuerzas hacía menos violenta la lucha que sostenía con la muerte. La reina le suplicaba le dijese lo que quería; le hacía preguntas para tratar de adivinar su pensamiento; él permaneció mudo, pero fijaba miradas suplicantes, ya en su mujer, ya en su hijo, como si qui-

(1) Relato del obispo de Orte (Pecchinoli). Archivos de San Marcos en Venecia (clase X., Cod. CLVXV, pág. 87).

siera hacerles comprender que deseaba unir sus corazones, como si conjurara a Beatriz en sus últimos instantes a hacer por el muerto lo que había negado al vivo. Así pasó el enfermo la noche y el día, perdiendo lentamente sus fuerzas, mientras que los que le rodeaban pasaban las horas en esfuerzos desesperados. Por fin, el gran rey entregó el alma, entre siete y ocho de la mañana, el 6 de Abril, que era martes de la semana de Pascuas (1).

La consternación de los amigos del rey, reunidos alrededor del lecho de muerte, veíase aumentada con los peligros de la situación que creaba lo imprevisto de la catástrofe y la inseguridad del día siguiente. Juan Corvino, que tenía diez y siete años a la muerte de su padre, se arrojó llorando a los pies de Beatriz y la suplicó, abrazándola las rodillas, que no abandonase a un huérfano, que no olvidase la memoria del que tanto la había amado, que le adoptase por hijo, dispuesto como él estaba a venerarla como madre. La reina, muy conmovida, estrechó al joven contra su corazón, y le prometió cuidar de él como de su hijo; después se recomendó ella y el príncipe a la fidelidad de los grandes que unían sus ruegos a los de Juan, y entonces, sobre el cuerpo tibio aún del rey, juraron todos fidelidad y obediencia a Beatriz y a Juan Corvino, en cuyas manos ponían confiados los destinos del reino.—Como dice Bonfin, «una vez puesto el sol volvemos nuestras miradas a la luna» (2).

---

(1) A Bonfin debemos el relato de la muerte de Matías (Dec. IV, lib. VIII, págs. 473 y 474), y a esta fuente acudió Fraknoi (o. c., págs. 389 y 390), que demuestra, apoyándose en la opinión de los médicos, que la causa de la muerte fue una congestión cerebral. El enviado de Milán indica también como causa, en su despacho del día del fallecimiento, un accidente apoplético. *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 161.

(2) *Hist.*, loc. c.

LIBRO QUINTO

Luchas e intrigas.

I

El momento y las circunstancias en que ocurrió de una manera tan imprevista la muerte de Matías, hacían de ella un acontecimiento de importancia universal.

Había llevado a bien casi todas sus empresas, sin haber podido, sin embargo, garantizar los resultados adquiridos contra todas las eventualidades futuras. Por esto, sus conquistas en Austria, la posesión de Viena, la sucesión al trono, la integridad de su imperio, el sostenimiento de las reformas que había introducido en la administración, la continuación de la guerra contra los turcos, eran, en el momento de su muerte, otras tantas cuestiones planteadas que esperaban una solución: tenían infaliblemente que provocar un choque de los intereses nacionales y extranjeros, y agitar a la mayor parte de los Estados de la Europa central (1).

Los sentimientos de dolor de la nación no se manifestaron sino poco a poco; las voces poco sinceras que se alzaban, en medio de las exageraciones del duelo oficial, no podían ahogar el rumor de las luchas por el poder, que iban pronto a estallar. Nosotros no podemos conocer los verdaderos sentimientos del pueblo sino por la consternación general, el espanto instintivo que experimentó en el momento de la catástrofe, y las cándidas creencias populares que rodeaban de prodigios la muerte del rey (2).

---

(1) Segism. del Contr. (o. c. II, pág. 5) dice: «Cucie (Matiæ) obitu es maier christianæ rei iactura facta videbatur, quod aparabat graves de regero contentiones futuras.»

(2) «Omnia timore et pavore plena sunt», escribe el obispo de Orta

En fin, el dolor de aquella pérdida, la protesta contra la muerte, sugirieron al pueblo la idea de que la muerte del rey no podía deberse a una causa natural, que debía de haberse cometido un crimen que era preciso vengar. Para algunos, la culpable era Beatriz, que habría sido corrompida por Maximiliano, rey de Roma, o por algún príncipe italiano. Maximiliano le habría ofrecido el matrimonio, decíase, en el caso de que hiciera desaparecer a Matías (1). En cambio, otros sospechaban de los magnates, y en particular del ambicioso Esteban Zapolyai (2).

Desde Pray, todos los historiadores húngaros están de acuerdo para rechazar estas acusaciones, que mejor todavía rechazan los síntomas de congestión cerebral, de la enfermedad del rey, y que contradicen el carácter de Matías, así como el hecho de que no había un solo «príncipe» italiano que tuviese interés en la muerte de Matías. Con Venecia era con la que estaba peor; pero había hecho la paz con ella, y los acontecimientos ulteriores excluyen la existencia de un pacto secreto entre Beatriz y la República, y hasta demuestran que desconfiaban mucho la una de la otra (3).

Lo cierto es—y esto es lo que excitó las sospechas de sus enemigos—que su marido no pudo morir más a propósito, desde el punto de vista del triunfo posible de las aspiraciones de Beatriz. Matías no podía ya aumentar el esplendor y el poder

---

en su despacho al Papa, el mismo día de la muerte del rey. (Archivos de San Marcos en Venecia.)

(1) Cartas de un tal Esteban de Cremona, fechadas en Pésaro y Bolonia, el 20 de Abril y el 12 de Mayo 1490, *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 175 y 198; Prefacio de Juan Sambucus al *Ejértama* de Ransanus, ed. Schuvandtuer, II, págs. 513 y 514.

(2) Pray: *Anales*, págs. 2 y 3, y L. Szalay, o. c. III, pág. 342.

(3) En una carta del 24 de Noviembre de 1489 (Archivos de Estado de Venecia, Cons. del X. Misti reg. 24, c. 115.), el Consejo de los Diez censura a Dom. Bollani, su embajador en Hungría, por haber aceptado dinero de Beatriz, en una ocasión, y le prohibe severamente que vuelva a aceptarlo.

de su corona, y no habría podido realizar su más caro deseo, es decir, asegurar la sucesión al trono a su hijo Juan. Si hubiera vivido algún tiempo más, es muy probable que el matrimonio de su hijo con la princesa Sforza se hubiese realizado, y que, por consiguiente, esta rica y poderosa casa hubiera puesto su fortuna y su influencia al servicio de los intereses de Juan. Pero esta boda se hizo pronto problemática; el príncipe designado para suceder al rey no tenía aún diez y ocho años, y aunque Matías había vencido a tal edad dificultades no menores, pronto se vió que su hijo no había heredado ni su genio ni su firmeza de carácter. En fin, por lo que concernía a su persona, la reina podía entregarse a la creencia halagadora para su amor propio, de que sus treinta y tres años, su belleza todavía alabada, harían apetecible a cualquier pretendiente la posesión de su persona, si estaba unida a la de la corona de Hungría.

Estas circunstancias, y el hecho de que los prelados y los grandes del país, presentes en Viena en el momento de la muerte del rey, al poner la dirección de los asuntos en manos de un consejo presidido por la reina y el príncipe Juan, habían hecho por un instante de Beatriz la dueña de la situación, alentaban las esperanzas de la reina respecto al triunfo de sus más ambiciosos proyectos. Jamás ella se había visto tan poderosa como en los primeros días que siguieran a la muerte de su esposo; pero esto no era más que un engaño de la suerte, que la reservaba una caída tanto más profunda.

No hay que ver una falta del respeto que se debe a la muerte, en el hecho de que las luchas por el trono y las intrigas en las que la viuda y el huérfano tomaron una parte muy activa, empezaran antes de los funerales. En la situación creada por esta muerte, y en un país en el que el derecho de elegir un rey pertenece a la nación, era inevitable; pero lo que nos desagrada es el apresuramiento que puso Beatriz en hacer abortar los planes de su glorioso esposo y en deponer sus velos de viuda para alcanzar sus ambiciosos fines.

Bonfin cuenta que después de la conmovedora escena desarrollada en torno del lecho mortuorio de Matías, la reina, con el pelo suelto, el rostro arañado por las uñas y completamente agotada, se retiró a sus habitaciones (1). Tuvo, sin embargo, la fuerza de asistir con el príncipe Jnan al Consejo de gobierno que celebraban los grandes, y en el que habían de tomarse graves resoluciones. Por temor a un motín o a una irrupción de los enemigos, hiciéronse cerrar las puertas del castillo y de la ciudad (2). Esteban Zapolyai fue mantenido en su puesto de gobernador de Viena y lugarteniente del rey en los territorios conquistados en Austria; el gobierno de Morabia y de Silesia fue confiado a Juan Filipecz, obispo de Nagivarad; el tesoro a Juan Corvino, a quien adjuntaron el obispo Urbano como administrador. Por temor de que se hiciera mal uso de ellos, los sellos del rey difunto fueron rotos, en presencia de la reina y el príncipe, y substituídos provisionalmente por los de Beatriz y Juan Corvino. Decidióse que el cuerpo del rey se trasladase a Buda y de allí a Szefehervar (Alba-Real), para ser inhumado; que la reina convocase para el 17 de Mayo los Estados de Hungría para la elección de rey, y que la asamblea se celebrase en el tradicional Campo del Rakos. Hubiera debido tratarse también, en esta primera sesión del Consejo, del nombramiento de un regente mientras duraba el interregno (3), pero el Consejo no tomó ninguna decisión en este punto, aunque la reina y los grandes de su partido lo hubieseu deseado, a lo que parece (4).

El embajador de Milán, Maffeo Trivilliense, saltó en seguida a la palestra para defender con las armas de un diplo-

(1) *Dec.* IV, lib. VIII, pág. 474.

(2) Despacho del enviado suizo Melchor Russ, publicado por Carlos Szabó en el *Budapest Szemle*, año 1862, pág. 163.

(3) Despacho de Pecchinoli, obispo de Orta, citado antes. Archivos de San Marcos en Venecia.

(4) Despacho del embajador, del 8 de Abril. *Mon. Hung.* (D. E.), IV, página 167.

mático hábil y experimentado los intereses de Juan Corvino; porque los Sforza, sus mandatarios, hubieran naturalmente deseado, por lo que respecta al matrimonio de María Blanca — ya realizado por poderes, — que se cumpliese la última voluntad de Matías (1). El embajador esperó con impaciencia la llegada del obispo de Nagyvarad, a quien destinaba, con razón, un papel importante en la serie de los acontecimientos, y se puso en relaciones con él en cuanto llegó, el 9 de Abril; en cambio, evitó con cuidado toda gestión con la reina. Había penetrado tan bien en los designios de ésta, que ni la entregó siquiera la carta que el duque de Milán le había escrito en interés del príncipe, porque «ella se le hubiera reído en la cara» (2). Lo que demuestra bien que no compartía el optimismo del príncipe Juan, es que el 9 de Abril, a los tres días, por consiguiente, de la muerte del rey, preguntaba ya, en un despacho, si no era el caso de ofrecer la mano de María Blanca al rey de Roma, el cual aceptaría seguramente la proposición, porque el cuantioso dote de la princesa milanesa remediaría la penosa situación en que le ponía la avaricia de su padre (3).

Esto demuestra que, aun cuando los grandes continuasen alentando al príncipe Juan, la atmósfera estaba ya llena de candidaturas reales desde los primeros días del duelo; los unos proponían a Maximiliano, que hacía valer sus derechos sobre el tratado concluído entre su padre y Matías; otros proponían a Ulaszló (en cheque, Wladislao), rey de Bohemia, nieto por línea femenina de Alberto, rey de Hungría; hasta se hablaba de Casimiro, el anciano rey de Polonia. Solamente Beatriz guardaba un silencio enigmático. Se recomendó sencillamente, y sin especificar nada, a la benevolencia del Papa, por mediación del Nuncio (4); por lo demás, no se la menciona sino en

(1) Despachos del emb., de los dias 6, 9 y 11 de Abril de 1490. *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 161-171

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 202.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 169 y 170.

(4) Despacho del obispo de Orta, citado antes.

un despacho del ayo de Hipólito, en el que hace resaltar el respeto que rodea a la reina viuda y la solicitud con que se la pide consejo; dice que todo el mundo la designa como esposa del futuro rey, pero que ella no está dispuesta a volverse a casar (1). Ella confesó después que en los momentos de la muerte de su marido estaba firmemente resuelta a pasar el resto de sus días en un convento (2). En el círculo de Maximiliano parecía ya presentirse que la mano de Beatriz desempeñaría un gran papel en el asunto de la sucesión al trono; por esto el rey de Roma la escribió inmediatamente después de la muerte de Matías, para decirla que estaba dispuesto a hacer todo en interés de su «elevación y gloria» comunes; pero se guardó muy bien de hacer ninguna clase de promesa formal (3). Entre los prelados y grandes del reino, Beatriz, en atención a la fidelidad que le habían demostrado en vida de su esposo, creía poder contar sobre todo con el apoyo de Urbano de Nagylucse, de Tomás Bakocz y de los Gerab.

Al día siguiente de la muerte, celebróse con gran solemnidad un servicio fúnebre en la iglesia de San Esteban, en donde el cuerpo del rey estaba expuesto en un rico catafalco; seis días después, el 13 de Abril, la reina, el príncipe, la corte, todos de riguroso luto, embarcados en numerosas embarcaciones con el féretro de Matías, se pusieron en camino para Buda, la capital que acababa de perder a su soberano. El convoy llegó al día siguiente a Pozsony; la reina desembarcó con el príncipe y pasó dos días en aquella ciudad, a la que quería mucho (4), en la que había pasado tantos días felices, y en

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 425 y 426.

(2) Declaración hecha por Beatriz al legado del Papa, con fecha 18 de Setiembre de 1494. (Una copia contemporánea se encuentra en la división de manuscritos de los Archivos de San Marcos de Venecia. (Mss. Lat. Cl. 10, núm. 178.)

(3) Fraknoi: *La elección de Ulaszló* (en húngaro), *Szazadok*, 1885, páginas 7 y 8. Despacho del enviado Brasca en Innsbruck, 17 Abril. *Mon Hung.* (D. E.), IV, pág. 174.

(4) Archivos de Pozsony: Cuentas de la Ciudad (en alemán).

donde las matronas acudieron a recibirla, ahora vestidas de luto para llorar con ella a su ilustre esposo. El viernes siguiente a Pascua, 16 de Abril, volviéronse a poner en camino, y al día siguiente, Beatriz publicó en Komarom el decreto, visado por los magnates, por el que «la reina de Hungría, por la gracia de Dios», convocaba la Dieta para la elección de un rey (1).

El convoy fúnebre llegó a Buda el 20 de Abril. El comandante del castillo, Blas Raskai, que ocupaba ya este puesto en tiempo de Matías, abrió las puertas a la reina y al príncipe Juan, y entregó a éste la fortaleza confiada a su custodia. El príncipe no hizo más que una breve parada en Buda, porque tenía que ir a Szekesfehervar (Alba-Real) para los funerales; pero Beatriz, enferma a fuerza de llorar, no siguió al feretro de su esposo más allá de Buda, y así, pues, sin ella, se celebraron los funerales con regia pompa en la antigua necrópolis de los reyes de Hungría.

Es cierto que la muerte de Matías proporcionó a las cortes extranjeras la ocasión de enviar numerosos mensajes de simpatía, aunque la mayor parte se haya perdido para nosotros. La respuesta dada por Beatriz prueba que los duques de Ferrara enviaron el pésame (2), y poseemos además una carta de Hércules al duque de Milán, en la que le da las gracias por el sentimiento que el duque le expresa por la desgracia sufrida (3). El primero que escribió a Beatriz, ya el 15 de Abril, fue Ludovico Sforza, cuya carta acusa cierto despecho por no haberse enterado de la muerte de Matías sino por noticias procedentes de Alemania y Venecia; expresa el respeto sin límites y la afectuosa amistad que profesaba al difunto rey, y manifiesta la esperanza de que la reina, para atenerse al deseo de su ilus-

(1) Un ejemplar del decreto se encuentra en los Archivos de Kassa (Casovia), y ha sido publicado por Teleki XII, pág. 486.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 207 y 213.

(3) Ibid, pág. 183.

tre esposo, apoyará con el ardor de una madre las legítimas pretensiones de Juan Corvino al trono (1).

Juan Corvino, de vuelta de los funerales de su padre, vivía en Buda, bajo el mismo techo que la reina, y se formó a su alrededor una verdadera corte (2); era el dueño de las fortalezas, era el guardián de la corona, podía contar con el ejército y con la mayor parte de los grandes del reino; en fin, la diplomacia de Milán trabajaba por él. Ludovico Sforza escribió directamente al obispo Urbano para recomendarle la causa del príncipe (3), y, por mediación de su hermano Ascanio, se esforzó en hacer que el Papa, en atención a los méritos de Matías y a los intereses del mundo cristiano, abrazara también esta causa, e influyera en tal sentido sobre Beatriz (4).

El 7 de Mayo envía Maffeo Trivilliense, desde Buda, a su soberano el primer despacho alarmante (5). También entonces se manifiestan los primeros indicios de los disentimientos entre Beatriz y Juan. Hasta aquí la reina no había salido de su reserva; hay, sí, algunas pruebas de que había alentado a algunos de sus partidarios a perseverar en la fidelidad a su persona, y les había rogado que no dejasen de asistir a la Dieta para la elección (6); pero se había guardado cuidadosamente de dar a conocer el nombre de su candidato. Sin embargo, había debido de transpirar algo de los conciliábulos que celebraba con sus partidarios de estancia en Buda, y así el embajador de Milán creyó poder afirmar, en la carta citada, que Beatriz había primeramente querido hacerse reconocer como soberana y que, no habiéndolo logrado, había propuesto a su hermano mayor, Federico, príncipe de Nápoles, candidatura que tropezó igual-

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 172.
(2) Schönherr: *Corvín János*, pág. 119.
(3) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 177.
(4) Ibid, pág. 187.
(5) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 188.
(6) Carta del 23 de Abril a Ladislao Losonczi. Archivos de los condes Erdody, en Galgocz.

mente con la oposición de los magnates (1). No se encuentra ningún indicio de este supuesto proyecto de la reina en las declaraciones suyas llegadas hasta nosotros; y no es nada creíble tampoco que Federico fuera por un solo instante un candidato serio, porque se hubiera sabido en Nápoles. Ahora bien; a mediados de Mayo, el rey Fernando estaba dispuesto, de acuerdo con el duque de Milán, a intervenir cerca del Papa en favor de Juan Corvino (2). Además, debía de haber sabido poco después que el nuevo rey estaba obligado a casarse con Beatriz; así, desde los primeros días de Mayo hubo de estipularse, a este propósito, entre los partidarios de Beatriz, un acuerdo, real o simulado (3).

Una circunstancia, todavía más sospechosa, de que habla el despacho del embajador, es que los obispos Urbano, Juan y Tomás se oponían enérgicamente al proyecto del príncipe Juan, de poner en libertad, por deseo del legado, a su antiguo partidario, el arzobispo de Kalocsa, que todavía estaba encarcelado.

No se podría atribuir a la persona de Pedro Varadi una importancia lo suficientemente considerable para que la cuestión de su libertad hubiera podido motivar una ruptura ruidosa entre la reina y su partido y el príncipe Juan. Si la hubo, sin embargo, algo más adelante, no hay duda de que no buscaban más que un pretexto para hacer la oposición al príncipe, y que a principios de Mayo tenían ya su candidato, que lo era Ulaszló, rey de Bohemia, y que a esta candidatura habían puesto por condición la promesa de que se casaría con Beatriz (4).

Cuando, pasados cuatro años, sometió su causa al arbitraje

---

(1) Menciónase también la candidatura de Federico en la *Apología de Udis*. (V. Goszner, págs. 452 y sig.)

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 199.

(3) Lo prueba la carta del rey de Nápoles a Leonor, del 24 de Mayo, citada antes.

(4) Schönherr, o. c., págs. 123 y sig.

del Papa, he aquí cómo Beatriz expuso los hechos al legado (1): Cuando quedó viuda, quiso retirarse a un convento, y persistió en su resolución, a pesar de que los obispos y magnates la impulsaban, en interés del Estado y de la paz pública, a casarse con el que fuese elegido rey. Reconoce, sin embargo, que al entrar en el convento no había entendido nunca renunciar por completo al mundo, y hasta había pedido a los Estados que le devolviesen su dote y otros bienes que tenía asegurados, en caso de viudez, por convenio escrito, y los cuales, por un cálculo atrevido, valoraba en ochocientos cincuenta mil escudos de oro. A estas reivindicaciones no contestaron los grandes, según Beatriz, sino redoblando sus instancias, motivándolas por el hecho de que el país, privado de su rey y amenazado por todas partes por sus enemigos, no podría pagar semejante suma sin arruinarse; y he aquí por qué, a propuesta del obispo Tomás Bakocz, se rogó al rey de Nápoles que instara a su hija a que accediera al deseo de sus Estados, y hasta que se pidiera al Papa que interviniese en el conflicto. El rey de Nápoles la escribió, según dice ella, una carta autógrafa en este sentido; con esto los grandes de Hungría prestaron juramento de fidelidad en manos del embajador de Nápoles, Francisco de Monti, y juraron no abandonar nunca a su reina en la necesidad.

De este relato, intencionadamente adornado sin duda, se puede conjeturar que Beatriz, conociendo la penuria de dinero en que se encontraba el país, trató de ejercer presión sobre los ministros y asegurarse una influencia decisiva en el asunto de la elección de rey. De esta confesión de la reina, desprén-dese además con evidencia—cosa que de otra parte sabían muy bien los iniciados—que nunca había abrazado ella seriamente la causa de Juan Corvino, sino que tenía presentes sus propios intereses. No es verosímil, sin embargo, que se dejara guiar por consideraciones personales en la elección que hizo de Ulasz-

(1) Declaración de Beatriz del 18 de Setiembre de 1494, citada antes. (Biblioteca de San Marcos, Venecia.)

ló, lo que haría tal vez un poco más simpática su conducta, o, por lo menos, excusable. Hemos demostrado antes cuán poco fundamento tenía la sospecha de haber concebido ella, en vida de su marido, un amor apasionado por Ulaszló; la aserción de que Maximiliano la hubiera ofendido no se apoya en fundamento más serio (1). Es probable que aceptara más gustosa por marido a Ulaszló, al que conocía y le era simpático, que a Maximiliano, al que nunca había visto; pero si hubiera creido que la elección de este último triunfara más fácilmente, seguramente hubiese renunciado a Ulaszló; en una palabra, «su corazón permaneció mudo, solamente su ambición dictó su elección (2)».

Ulaszló, en efecto, parecía tener más probabilidades; los húngaros podían inclinarse con mayor facilidad a la candidatura de aquél que a la de Maximiliano, y como algunos grandes—el astuto obispo de Nagyvarad, entre otros,—dispuestos a abandonar el partido de Corvino, estaban persuadidos de que no tendrían el apoyo sincero de Beatriz del que necesitaban para su preferido, sino en el caso de que éste prometiera casarse con ella, hubo de ocurrírseles necesariamente la idea de ofrecerle a Beatriz la mano de su candidato, y esto no a la ligera, como para sondar el corazón de la reina, sino con la intención bien decidida de no cumplir su palabra. Así, pues, el plan de campaña que parecía tender al triunfo común de Beatriz y Ulaszló frente a los otros pretendientes, fue, en realidad, un engaño para uno de los presentes vencedores, y causó su ruina.

El 20 de Mayo, Juan Corvino puso efectivamente al arzobispo de Kalocsa en libertad, y a los pocos días, el 24, Beatriz

(1) Maximiliano no llamó a Beatriz «madre suya» en una carta famosa, lo cual, al decir de los antiguos historiadores, la había ofendido; el hecho lo ha desmentido Fraknoi, según Firnhaber: *La elección de Ulaszló*, II (en húngaro), págs. 7 y 8, y nota.

(2) Fraknoi, pág. 7.

dejaba el castillo de Buda para establecerse, no en su palacio de la ciudad, sino en el de Urbano, obispo de Eger, situado en las afueras, a orillas del Danubio. Quería aparentar no sentirse en seguridad en el castillo, a causa de Juan Corvino, que, decía Beatriz, no dejaba ir y venir libremente a las gentes de la reina (1). Según un despacho del ayo de Hipólito (2), este cambio de residencia se hizo por consejo de los ministros, que no querían separarse de la reina, y deseaban a toda costa mantenerla en su dignidad, aunque ella se hubiese declarado pronta a dejar el reino. Es probable que el embajador de Milán estuviera en lo cierto al considerar este acto de la reina como la señal de la ruptura con el príncipe Juan, y destinado al mismo tiempo a servir de orientación a los grandes reunidos para la elección; había también adivinado que se establecía no lejos del castillo, para permanecer en contacto diario con los grandes de su partido y tener en la mano los hilos secretos de la intriga de la que había de salir la elección de Ulaszló (3).

El embajador habíase ya dado cuenta de que la candidatura de Juan no triunfaría sino con ayuda de las armas, y consideraba sobre todo la actitud que tomara Juan Filipecz, obispo de Nagyvarad, como decisiva sobre las resoluciones de la Asamblea. Ahora bien; este obispo, como para prevenir el más íntimo deseo de Maffeo, se esforzó en separarle del partido de Corvino y atraerle al de Ulaszló, proponiendo para esposo de María Blanca al rey de Bohemia en vez del príncipe Juan. Es, pues, evidente que el astuto canciller estaba ya resuelto a prescindir de Beatriz en el momento que le pareciese propicio; de otra parte, la reina parece haber querido demostrar su desinterés, haciendo correr el rumor de que no era ella la que quería casarse con Ulaszló, sino lo que deseaba era casar a éste con la

(1) Bonfin: Dec. IV, lib. IX, págs. 483 y 484.
(2) *Mon. Hung.* (D. E.) IV, pág. 212.
(3) Despachos del 22 y 25 de Mayo, págs. 201 y 204.

hija menor del rey de Nápoles, hermanastra de Beatriz, que tenía a la sazón once años (1).

Aunque la Dieta se había convocado para el 17 de Mayo, los electores no empezaron a reunirse hasta fines de mes. Al mismo tiempo llegaron también los delegados de los pretendientes: los del emperador de Alemania y del rey de Roma, del rey de Bohemia y del rey de Polonia. Los últimos, no habían ido para defender los intereses del anciano rey Casimiro, ni siquiera los de su hijo mayor, el rey de Bohemia, sino en calidad de representantes de su tercer hijo, el príncipe Juan Alberto, cuya candidatura había puesto su madre por propio impulso, según se decía, en oposición a la de su hijo mayor (2). Desde los primeros días de Junio, la nobleza con sus vasallos en armas—10.000 jinetes en total—acampaban en tiendas en la llanura de Rakós.

Los grandes se reunieron en la iglesia de Nuestra Señora en Pest, y las deliberaciones se llevaron en húngaro; de suerte que Hipólito no pudo seguirlas (3). Bien característico de la situación es, entre otros, el compromiso que debía aceptar el nuevo rey de abrogar las innovaciones introducidas por Matías y devolver los dominios «indebida e injustamente ocupados» por Matías y Beatriz (4); pero, en cambio, la garantía de las rentas cobradas hasta entonces por la reina figuraban también, a lo que parece, entre las condiciones impuestas; por lo menos, así puede deducirse de las proposiciones formuladas por Maximiliano (5).

El 7 de Junio, los magnates, presididos por el obispo Urbano de Nagylusce, en sustitución del palatino, se dirigieron al campo de Rakós, para oír en presencia de la nobleza a los delegados de los pretendientes. Los primeros que se presenta-

(1) Según los mismos despachos citados antes.
(2) Tubero, o. c. pág. 123.
(3) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 430.
(4) Fraknoi: *La elección de Ulaszló* (en húngaro), pág. 103.
(5) *Mon. Hung.* (D. E)., IV, pág. 377.

ron, diciéndose sostenedores de las pretensiones de Juan Corvino, fueron los obispos Juan Filipecz y Tomás Bakocz, aunque todos supieran que sus discursos floridos y vacuos ocultaban miras distintas (1). Tras ellos, tomaron la palabra los delegados extranjeros.

Contando con la impaciencia de la nobleza menor, los partidarios del bravo Juan Alberto quisieron decidir la elección por sorpresa, y durante los discursos de los delegados, proclamaron al príncipe polaco rey de Hungría. Pero estaban en tan exigua minoría, que su tentativa fracasó ridículamente y abandonaron el campo al día siguiente. Este fracaso fue, sin embargo, causa de muchas perturbaciones, porque Juan Alberto se consideraba como elegido legalmente y no tardó en penetrar en el país.

Esteban Bathori se pasó del partido de Juan Alberto al de Ulaszló. Esteban Zapolyai, del mismo partido, llegó también a Buda. Los prelados y los grandes, agrupados alrededor de la reina y de Ulaszló, empezaron á creerse tanto más seguros del triunfo, cuanto que la marcha del partido polaco había arrastrado la de una gran parte de la nobleza menor, que carecía de víveres; ahora bien, entre ella es en la que Corvino contaba con más partidarios. Los obispos Filipecz y Bakocz pusiéronse entonces al habla con el príncipe, cuyas probabilidades disminuían de día en día, para hacer que renunciase a sus pretensiones y entregase la corona. Hasta se llegó a un acuerdo en este punto el 11 de Junio. Según los términos de este tratado, Corvino se hubiera contentado con el título de rey de Bosnia y la posesión de esta provincia, de Croacia, Esclavania, Dalmacia y numerosas fortalezas en Hungría y Austria. Pero el rico y poderoso obispo de Pecs, Ernesto Segismundo, que había abrazado, con el arzobispo de Kalocsa, la causa de Juan, abandonó repentinamente la asamblea, y fué a la Hungría meridional, de donde volvió con el príncipe Lorenzo de Uglaki,

(1) Schönherr, o. c., págs. 131 y 132.

hijo del antiguo rey de Bosnia, con los principales señores de la región y con unos siete mil soldados. A la vista de este inesperado socorro, Corvino se arrepintió de la docilidad que había demostrado, y sus nuevos partidarios hicieron fracasar el proyecto del partido adverso, que quería hacer que la Dieta, cuyos miembros se encontraban, por lo menos en gran parte, dispersos, proclamase rey a Ulaszló el 15 de Junio.

Las oposiciones chocaron con más violencia que nunca, el partido de Corvino se encerró en la fortaleza de Buda, y Esteban de Bathori se disponía ya a sitiarla, cuando Corvino abandonó la ciudad, dejando en ella una guarnición de 1.000 hombres, y se dirigió al Sur, llevándose la corona, el tesoro y las riquezas del palacio (1).

Mientras tanto, Beatriz no había salido de su reserva aparente, aunque todos supieran que estaba perfectamente de acuerdo con los prelados que dirigían el partido de Ulaszló; todo el mundo le rendía honores reales como al jefe del poder ejecutivo, hasta el punto de que los grandes del Mediodía, agrupados en torno de Lorenzo de Ullaki, creyeron de su deber ir a presentarle sus homenajes en cuanto llegaran a Buda.

Habiendo apartado totalmente de los negocios a Juan Corvino, con quien no estaba al principio sino asociada, la reina gobernaba el país desde el palacio del obispo de Eger, en donde había establecido su residencia, por mediación de este último, que substituía al palatino (2). Publicaba edictos en materia de administración y de hacienda, administraba justicia, otorgaba y confirmaba franquicias (3) y hacía dones de

(1) Schönherr, o. c., pág. 134 y sig.

(2) Léese en la *Apología de Udri* (ed. Roszner), pág. 472: «... ipsa (Regina) gradatim, ac sensim interea Regni protestatem occuparet...»

(3) V. en los archivos secretos de la ciudad de Kassa el número 102; en los archivos públicos los núms. 633, 634, 635, 638 y 639 del año 1490, y en los archivos de la ciudad de Beszterczebanya, un documento fechado el 29 de Abril de 1490.

dominios; dedicada sobre todo a reclutar partidarios para su candidato, lo que puso fuertemente a contribución su fortuna personal y la obligó más adelante a buscar compensaciones. Regalaba también numerosos objetos de valor, hacía aún más promesas, y hasta amenazaba en ocasiones (1). Según un despacho enviado a Milán, se esforzaba en llevar a su partido al arzobispo de Kalocsa, con la promesa del birrete cardenalicio o, lo que parece menos verosímil, con la del arzobispado de Esztergom (2).

Los húngaros se engañaban grandemente cuando, deslumbrados por las liberalidades de Beatriz, creían que había aumentado tesoros durante el reinado de su marido. Sin duda, había pasado por su mano mucho dinero; pero, como se había visto, era demasiado gastadora para haber podido reunir una gruesa fortuna. El envíado de Milán, de ordinario muy bien informado, escribe a su soberano a principios de Setiembre, después de la muerte de Matías, que la reina apenas posee dinero contante; pero que, en cambio, tiene unos 100.000 escudos de oro de deudas (3), afirmación que parecen justificar los fuertes impuestos que puso desde aquella época a las ciudades mineras (4) y, más adelante, sus desesperados esfuerzos para procurarse dinero.

Por lo que concierne a la situación y administración del tesoro público en aquel tiempo, Matías, al decir de Bonfin, había dejado a su muerte 400.000 ducados en especies y bienes muebles; ignoramos la suma de dinero acuñado que figuraba en este total; pero el enviado dicho creía saber, el 8 de Mayo, que no había quedado bastante dinero contante para pagar

(1) *Apología de Udis*, pág. 475. Tubero, o. c., pág. 128. Kachelmann. t. c., pág. 117.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 209.

(3) *Mon Hung.* (D. E.), IV, pág. 256.

(4) Hatvani (Horvath): *Magy. Tört. Okmanylar* (Colección de documentos para la historia de Hungría), págs. 11 y 14.

los funerales (1). Es igualmente un hecho que los acreedores de Matías asaltaran a Juan Corvino con sus reclamaciones; nada más que en Florencia debía 26.000 florines oro por suministros de alfombras y tapices para el ornato de su palacio (2), y el príncipe, así como sus partidarios, pedían sin cesar dinero a Milán; en cuanto a Ulaszló, encontró a su llegada el tesoro completamente exhausto.

En la cuestión del matrimonio, Beatriz desempeña siempre para el extranjero el papel de víctima resignada, dando a entender que solamente los intereses superiores del país podrían hacer que se despojase de su velo de viuda. Dice al embajador de Milán que desea retirarse a un claustro (3); en una carta a su hermana, tiene presentimientos de muerte. «Monseñor (Hipólito)—dice ella—goza de una excelente salud, y cuando sea mayor podrá elevarse aún en dignidad (pensaba sin duda en el cardenalato), lo que seguramente ocurrirá, con tal de que la reina de Hungría no muera antes (4).»

No tiene una confianza absoluta en Filipecz y sus otros partidarios de Hungría; por esto mantiene relaciones secretas con Maximiliano, que contaba a su primo Frangepan entre sus fieles, y cuyos delegados habían recibido orden de prestarle ayuda; es también probable que únicamente tendía ella a hacer desistir a Maximiliano del matrimonio milanés. Preténdese que pidió al Papa, por mediación de un legado, que la obligara a volverse a casar para bien del mundo cristiano (5), y puede ser que ella misma impulsara al rey de Bohemia a enviar nuevos delegados a Buda, a mediados de Junio, cuando había ya él perdido toda esperanza de hacerse elegir (6). Fue

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, 197 y 198.
(2) Schönherr, o. c., pág. 182.
(3) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 224.
(4) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 231.
(5) Despacho de Maffeo Tri, *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 206.
(6) Despacho de Costahili, pág. 430.

también la desconfianza demostrada por la reina la que hizo que los magnates del partido de Ulaszló enviase, por la misma fecha, a Filipecz a Viena, para invitar al rey de Bohemia, que marchaba sobre Hungría con un ejército de 15.000 hombres, a prometer el matrimonio a Beatriz, aunque los iniciados estuviesen ya perfectamente de acuerdo para no permitir que se realizase nunca semejante boda, y desembarazarse de la reina en cuanto pudieran hacerlo sin peligro (1).

La marcha imprevista de Corvino precipitó los acontecimientos. Un ejército considerable, al que se habían unido los vasallos de la reina y de Hipólito, marchó a las órdenes de Bathori y de Kinizsi en persecución de los fugitivos. Los alcanzó cerca de Gyönk, a orillas del Sar, y en el lugar llamado Csontmazó (Campos de los huesos), el 4 de Julio, los derrotó y dispersó las tropas del príncipe tras una lucha de corta duración. La caballería de la reina desempeñó un papel decisivo en la batalla (2). Este combate decidió de la suerte de Corvino, que en adelante no figura ya como pretendiente. Los vencedores volvieron a Buda el 12 de Julio; Bathori y Kinizsi traían también prisioneros, entre los que figuraba el prior de Urana, Bartolomé Beriszló, lleno de heridas, y en cierto modo ofrendaron su botín a la reina (3).

Desde entonces, nadie más que Beatriz podía ya cerrar el camino del trono a Ulaszló; pero sabíase que no solamente le deseaba por rey, sino por marido, y sabíase muy bien igualmente que, si su deseo no se realizaba, estaba dispuesta a abrir a Maximiliano las puertas de las fortalezas que Hipólito y ella conservaban, cosa con la que a menudo había amenazado a los grandes (4). Había varios magnates que le eran afectos, ya por

(1) Schönherr, o. c. pág. 142 y siguientes.

(2) Bonfin: *Dec.* VI, lib. IX, págs. 485 y 486. Tubero: o. c., páginas 231 y 232.

(3) Tubero: o. c., pág. 135.

(4) Carta de Bakocz a Maffeo del 29 de Abril de 1491. (Archivos de Estado de Milán.)

agradecimiento o respeto a la memoria de Matías, ya deslumbrados por sus promesas; sabíase también que si la destronaban, formularía pretensiones exorbitantes, que el reino no podría satisfacer dada la situación de su hacienda. Preténdese que el mismo Matías había aconsejado que, muerto él, se dejase marchar a Beatriz, asegurándole una situación de fortuna digna de su rango (1), como ya los Estados lo aseguraron antaño a Catalina Podjebrad (2), y, si se puede creer en la sinceridad de las declaraciones que el obispo de Nagyvarad hizo al embajador de Milán, opinaba con Bakocz conformarse con la voluntad del rey; pero no podían entablar la lucha con los otros prelados y magnates que habían sido, decía él, corrompidos por la reina (3). Dícese también que Beatriz prometió a Ulaszló doscientos mil florines de oro como regalo de boda, así como su apoyo en la guerra contra sus rivales (4); por último, había también que contar con el rey de Nápoles, emparentado con tantas poderosas casas.

En cambio, convenía oponer a estas importantes razones los odios que Beatriz había excitado contra su persona durante la vida de su esposo y que no podían tardar en estallar; después, el temor de ver perpetuarse y hasta aumentar las perniciosas influencias que había hecho ella prevalecer en vida de Matías. También había que tener en cuenta la esterilidad de Beatriz, que expondría probablemente al país a nuevas agitaciones a la muerte de Ulaszló; preténdese que entre los duques había también una ley que prohibía a su rey casarse con una viuda (5). En fin, quedábale todavía a Ulaszló por salvar

(1) Joannes Sambus: Apéndice al *Epítome* de Ranzano, ed. Schwantner, II, págs. 513 y 514.

(2) Stephanus Kaprinay: *Hungaria diplomatica temporis Math. de Huuyad, Vindobonae*, 1771, pár. II, XLVIII, pag. 453.

(3) *Mon. Hung* (D. E.), IV, págs. 226, 229, 241 y 242.

(4) Despacho del obispo de Teano, del año 1494, citado antes.

(5) Bonfin: *Dec.* V, lib. I, pág. 498.

una grave dificultad de orden personal: estaba ligado, por un contrato de matrimonio, desde 1476, con la hija de Aquiles Alberto, marqués de Brandeburgo, la bella, pero infortunada Bárbara, con la que se negaba a casarse, porque, habiendo perdido la princesa sus derechos al ducado de Glogan, aquella unión no le ofrecía ya las mismas ventajas que antes (1).

Por esta razón probablemente se opuso el legado del Papa, según se dice, a que Ulaszló hiciese una nueva promesa de matrimonio (2).

Todo esto fue ciertamente objeto de profundas discusiones en la conferencia que los mandatarios de la nobleza mayor y menor tuvieron el 14 de Julio, y a cuyas resoluciones se habría seguramente adherido por adelantado el candidato al trono, Ulaszló.

Es difícil dar otro nombre que el de estafa al medio al que se decidieron recurrir. Si hubieran seguido el consejo de Matías, y despedido a Beatriz, satisfecha o no, a su país, o si la hubiesen encarcelado como peligrosa para la paz pública, si hubiesen incluso confiscado sus bienes, el procedimiento habría sido más brutal, más arriesgado, pero seguramente más honrado. En vez de esto, los Estados—de acuerdo probablemente con su candidato—decidieron proponer solemnemente a Beatriz la mano de Ulaszló, a quien harían prometer la boda, engañar a la reina mientras que tuvieran necesidad de su apoyo material y moral, pero no permitir a Ulaszló cumplir su promesa, hacerle contraer otro matrimonio, y deshacerse de la reina cuando y como pudieran. El cronista dálmata contemporáneo, Tubero, refiere que los autores del proyecto se jactaron más adelante «de haber empleado procedimientos italianos» con la astuta italiana (3).

El primer acto de esta indigna comedia se representó el

(1) Fraknoi: *La elección de Ulaszló* (en húngaro), pág. 196.
(2) Despacho del obispo de Teano, citado antes.
(3) «Italica sane arte adversus Italam usi», d. c., pág. 128.

mismo día; los obispos y magnates se presentaron a la reina, la rogaron «que diera su consentimiento a la elección de Ulaszló, y le aceptara por esposo, de manera que pudiera seguir siendo la reina de los solicitantes». Declararon solemnemente que si Ulaszló «cediendo a una tentación diabólica», llegara a negarse a consumar el matrimonio, le abandonarían todos, y tomarían el partido de su «dama y reina», y confirmaron esta promesa con un juramento. Beatriz contestó que consentía en la unión propuesta, que levantaba acta de la promesa hecha en nombre de Ulaszló, y daba su adhesión a que la Dieta proclamase rey a Ulaszló, y reina a ella». Los grandes replicaron que podía considerar el matrimonio como cosa hecha, y considerarse como la mujer de Ulaszló, y por consiguiente, dejar ella y su corte el luto que llevaba por su difunto marido.

La descripción de esta escena no se apoya únicamente en una declaración de Beatriz, sino en un acta notarial, levantada más adelante, en presencia de numerosas notabilidades laicas y eclesiásticas (1); además, este relato se encuentra corroborado en sus grandes líneas, por las relaciones que nos han dejado de este acontecimiento los autores contemporáneos, y por las consecuencias que tuvo. Se halla en contradicción formal, cierto es, con las declaraciones ulteriores de Ulaszló; pero, en vista del poco crédito que merecen los dichos de una y otra parte, es imposible considerar como desprovisto de todo fundamento lo alegado por la viuda, que afirmó después que la procuración autorizando a los magnates a hacer la promesa de matrimonio estaba confirmada por una carta autógrafa del rey (2).

Al día siguiente los Estados se reunieron en la iglesia de San Jorge, de Buda, y celebraron una asamblea pública, a la

(1) V. la declaración de Beatriz de 1494, citada antes, así como el acta notarial hecha por orden de la reina, el 22 de Marzo de 1492, y cuyo original se encuentra en el Museo Nacional húngaro.

(2) V. la nota anterior.

que asistieron también los delegados extranjeros. Después de la misa, a propuesta del obispo de Eger, que ocupaba la presidencia en calidad de representante del palatino, la Dieta proclamó por unanimidad a Ulaszló rey de Hungría, a condición de casarse con la viuda de Matías y tomarla por compañera de reinado (1).

Al notificar su decisión a las potencias y a las autoridades, los Estados se refieren también expresamente al consentimiento dado por la reina viuda a esta elección (2), y hasta pidieron seguidamente a Beatriz, según se dice, una importante cantidad de dinero para alistar soldados (3).

Al decir de Bonfin, el pueblo acogió con mucha alegría la noticia de la elección, y en las calles resonó todo el día el nombre de Ulaszló. Pero la más satisfecha era Beatriz: hizo que se arrojara dinero a la multitud que se agolpaba bajo las ventanas (4); al nuncio, que la felicitaba, creyó poderle prometer un triunfo completo sobre los turcos (5), e hizo que Hipólito escribiera al marqués de Mantua diciéndole que la elección hecha redundaría en el mayor bien del reino (6).

A decir verdad, las perspectivas estaban lejos de ser tan brillantes. Los delegados de Maximiliano habían hecho una declaración llena de censuras, conteniendo incluso amenazas, y al poco tiempo se supo, por noticias llegadas de Alta Hungría, que el príncipe Juan Alberto de Polonia había lanzado un manifiesto, en el que, pretendiendo que había sido elegido

---

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 242 y 243.

(2) *Carta de aviso de los Estados de Hungría a la ciudad de Sanct-Pölten*, *Történelmi Tár* (Colección de documentos históricos), 1908, lib. I, pág. 154.

(3) Acta notarial de 1492; carta del rey de Nápoles a la duquesa de Ferrara, del 13 de Agosto de 1490. (Archivos de Módena, div. cit.)

(4) Bonfin: *Dec.* IV, lib IX, pág. 427. M. Bel: *Notitia*, etc., 1, 3, pág. 231.

(5) Fraknoi: o. c., pág. 198.

(6) Carta de Hipólito, del 16 de Julio. Archivos de Estado de Mantua.

por la asamblea de Rakós, invitaba al pueblo a unirse con él (1).

En estas circunstancias, lo más urgente pareció hacer venir a Ulaszló con su ejército; después, entenderse con Juan Corvino para que devolviese la corona. El arreglo con este último se hizo sin grandes dificultades. Dirigióse entonces una brillante diputación, presidida por el obispo de Nagyvarad, a la frontera del reino para recibir a Ulaszló, a quien le habían ya enviado, al decir del embajador de Milán, 10.000 ducados para sus primeros gastos (2).

El encuentro se celebró el último día de Julio, en Farkashida, en donde Juan Filipecz saludó al rey en nombre de sus nuevos súbditos y le dió a conocer las condiciones con que se le había elegido. Su discurso no decía palabra de la comedia que se iba a representar con Beatriz, pero es cierto que entre Ulaszló y los magnates se había hecho el pacto sobre la conducta que había de seguirse (3).

He aquí cómo Tubero expone los hechos: El obispo de Nagyvarad, al terminar su arenga oficial, dijo a Ulaszló, a título de consejo: «En nuestro país se encuentra la mujer de Matías Corvino e hija del rey de Nápoles, a la que bien debes conocer de fama... Sabemos que ella quiere inducirte a casarte con ella, y que se esfuerza en ganar a toda costa a los grandes del reino a la realización de tal proyecto. Pero has de saber también que los húngaros quieren proceder con ella a la moda italiana: engañarla con hermosas promesas mientras no la hayan quitado todo su dinero, que constituye su principal fuerza. Líbrate, pues, de dejarte seducir por sus promesas, y contraer una unión estéril, como Matías, que se arrepintió de ella, o comprometer

(1) L. Szalay: o. c., III, pág. 362.

(2) Despacho de Maffeo. Triv. del 26 de Julio. *Mon. Hung.* (D. E), IV, pág. 244.

(3) Un ejemplar del convenio de Farkashida se encuentra en los Archivos Nacionales de Budapest. D., núm. 19.658.

frívolamente el honor legendario de tu familia haciendo una promesa que no podrías cumplir. Callaré por pudor las otras razones que tienes de abstenerte... mas, para cumplir con mi deber y con la misión que Hungría me ha confiado, te aconsejo que huyas de esa napolitana como de la peste y el espíritu maligno, y considera sus falaces promesas como envenenadas; contempla, para instruirte, el triste ejemplo de Matías; créate un hogar más feliz, preserva la sencillez de las costumbres cheques del contagio de los ejemplos procedentes de Ultramar.» Y Ulaszló declaró acceder con solicitud a todo lo que se le pedía (1).

No es nada creíble que el orador de la delegación húngara hablara con semejante cinismo del artificio que pensaba usar; pero las palabras que pone en sus labios el sabio cronista están en perfecta conformidad con los procedimientos que efectivamente emplearon los grandes con Beatriz; caracterizan el odio que los húngaros la habían consagrado, y, al mismo tiempo, el temor que les inspiraba. El hecho de que los diputados dieran tales consejos a Ulaszló, y hasta de que le obligaran a jurar que no se casaría con Beatriz, está probado por la declaración que hizo el rey cuatro años después ante el legado del Papa (2), aunque un escrito apologético anónimo, aparecido algún tiempo antes, pero que puede ser considerado como un alegato oficial, presenta los hechos de la manera siguiente: los grandes le pidieron que accediera a casarse con Beatriz, o, por lo menos, a simular acceder, y él fue quien rechazó formalmente la idea del matrimonio, en atención a la promesa que tenía hecha a Bárbara de Brandeburgo (3).

El 9 de Agosto, Ulaszló hizo su entrada solemne en Buda, con todo su séquito; pero se le había adelantado su hermano, el belicoso Juan Alberto, que la víspera había establecido su

(1) Tubero: o. c., págs. 140-143.
(2) Despacho del obispo de Teano, del año 1494, citado antes.
(3) *Apología de Udis*, pág. 455.

campamento cerca de Pest, en la orilla izquierda del Danubio, de manera que los dos pretendientes y sus tropas no estaban separados sino por el río. Ulaszló envió diputados a su hermano, después fué él mismo a verle, pero las negociaciones no dieron ningún resultado. Por fin, las tropas de Juan Alberto marcharon a la Alta Hungría, con la esperanza de aprovisionarse allí más fácilmente.

Beatriz, que seguía recluída en su morada, esperaba con impaciencia bien comprensible a Ulaszló, al que creía poder considerar como su esposo. Había mandado a Nápoles informes tan positivos sobre el acontecimiento, que ya se disponían allí a festejar, el 12 de Agosto, con torneos, el nuevo matrimonio de la reina de Hungría (1); y Fernando, en cartas a su otra hija, la duquesa de Ferrara, expresaba su satisfacción por el feliz giro que habían tomado los asuntos de Beatriz y de Hungría (2). En fin—después de muchos ruegos, a lo que parece (3),—Ulaszló fué a ver a la reina el 14 de Agosto; pero esta visita la causó una espantosa decepción. El rey se limitó a asegurar a Beatriz que la respetaría y la protegería como una hermana, en memoria a la amistad fraternal que le unió con Matías. La reina esperaba, naturalmente, una cosa muy distinta, y aquel comienzo la produjo tal confusión, que ella, que de ordinario no se turbaba fácilmente y que nunca la faltaban buenas frases, no supo entonces qué responderle. Pero, cuando salió Ulaszló, la sorpresa de la reina se trocó en furor; llenó de violentas censuras y de injurias a los grandes que la rodeaban; después mandó llamar a otros, que acudieron a la fuerza; les acusó de perfidia, y les reprochó, sobre todo, no ha-

(1) Leostello: *Effemeridi*, etc., pág. 358.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 253; véase una carta anterior del rey de Nápoles en los Archivos de Módena. (Lett. d. Princ. Est. Napoli. Busta I.)

(3) «Cuasi mendicato», dice el enviado de Milán en el despacho del que tomamos estos detalles. *Mon. Hung.* (D. E).), IV, pág. 255 y siguientes.

berla permitido ocupar el castillo real después del arreglo hecho con el príncipe Juan, para entregárselo ella misma al rey que hubiera comprendido entonces que no puede considerarla como una «hermana». Los señores se esforzaron en calmarla, tratando de probarla que cumplirían su promesa; dijéronla que harían lo posible para que el rey consintiese en casarse; pero que no podían nada contra su voluntad. Todo esto no calmó la cólera de Beatriz; dió ocho días al rey para hacer una declaración categórica, sin explicar claramente, sin embargo, lo que hará ella a la terminación de este plazo. Una vez le amenazó con pedir su dote y todo lo que había desembolsado desde la muerte del rey, sumas que estimaba elevarse a quinientos mil escudos de oro; pero a las que los húngaros empezaban a oponer, a lo que parece, las enormes cantidades de dinero y los objetos valiosos que la reina y sus partidarios habían quitado al país (1); otra vez, decía a manera de amenaza, que se marcharía de Buda para retirarse a Esztergom. El rey contestaba evasivamente cuando se le hablaba de boda; decía que no hay que precipitarse en estas cosas; después hablaba del dote con que podía contar si hacía otra boda, porque era pobre y el país estaba exhausto y amenazado de guerra por dos lados. No tenía gran confianza, a lo que parece, en el dote prometido por Beatriz, porque el rey de Nápoles es el único que hubiera podido darlo, y era difícil arrancarle nada.

La necesidad de proceder cuanto antes a la coronación sirvió de pretexto para prolongar el plazo, porque la ofensiva tomada por los pretendientes derrotados hacía la consagración urgente. Maximiliano se había apoderado de Viena y Juan Alberto recorría la misma Hungría; pero Beatriz ignoraba que, en medio de estas circunstancias, no se habían abandonado los proyectos de boda del rey, pero encaminados a otra persona. El embajador de Milán, al ver que no se había elegido a Juan

(1) Despacho de J. Trotti, enviado de Milán en Ferrara, del 3 de Octubre de 1490; Archivos de Módena, div. cit.

Corvino y que los Estados habían prometido la mano de Ulaszló a Beatriz, consideró terminada su misión y, después de expresar su enojo respecto a la violación de los compromisos contraídos con él, salió de Buda para retirarse a la abadía de Pecsvarad, regalo del rey difunto a Ascanio Sforza. A principios de Setiembre se celebró una conferencia secreta en casa del obispo de Eger; había que deliberar sobre la penuria del tesoro; pero no se encontró otro medio de remediar la situación que inclinar al débil Ulaszló a hacer proposiciones de matrimonio a los Sforza, con la esperanza de tener un dote lo antes posible. Los obispos de Nagyvarad y de Györ transmitieron inmediatamente esta proposición a los mandatarios del embajador de Milán. Es innegable, por lo demás, que en favor de este proyecto militaban importantes razones políticas, aunque fuese, como se sabe, una violación de la fe jurada, y los grandes tenían tanto más derecho a esperar que su proposición fuese acogida favorablemente, cuanto que el duque de Milán, al enterarse del proyecto de matrimonio entre Ulaszló y Beatriz, preguntó «si no podría impedirse semejante unión» (1).

Mientras que los mismos que habían prometido la mano de Ulaszló a Beatriz apoyaban semejantes proyectos, el nuevo rey se apresuraba a hacerse coronar con la corona traída de Visegrad. Salió de Buda el 13 de Setiembre, después de haber hecho una segunda visita a la reina, y la coronación se celebró en Szekesfehervar, el 18 del mismo mes. Preténdese que el rey juró entonces casarse con Beatriz (2). El nuevo rey hizo de Tomás Bakocz, obispo de Györ, su canciller, puesto vacante al mismo tiempo que la Sede episcopal de Nagyvarad, porque el obispo Juan Filipecz, que había contribuído a la elevación

(1) Fraknoi: *La elección de Ulaszló* (en húngaro), págs. 25-5, 2-9. Despachos de embajadores. *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 245, 253 y 259. Instrucciones del duque de Milán a su embajador, del 8 de Agosto de 1490, en los Archivos de Milán. Sez. Stur. Por. Est. Ungheria.

(2) Acta notarial de 1492.

de Ulaszló, pero que había también creado una situación excesivamente embrollada por su conducta artificiosa en el asunto del matrimonio, había dimitido su cargo y renunciado a los bienes de este mundo para cumplir, a lo que se dice, un antiguo voto, y se había retirado al convento de franciscanos que fundara en Olmutz (1).

Beatriz aprovechó la situación penosa en que se encontró Ulaszló, atacado por Maximiliano y Juan Alberto, para dirigirle nuevas amenazas; dejando Buda con su sobrino, el arzobispo Hipólito, habíase retirado a Eztergom (2), y hacía anunciar que entregaría al enemigo los castillos de Esztergom, Diosgyor y Zolyom, si Ulaszló no cumplía su palabra; y, para dar más fuerza a sus amenazas, reforzó sus tropas (3). Los grandes conjuraron entonces al rey a que calmara de una manera o de otra a la irritada viuda, a la que él hizo también por entonces varias visitas, a lo que se dice (4), pero insistieron vivamente en que no se casara de modo alguno. El que ha mentido una vez se ve obligado a seguir hasta el fin el camino de la mentira; tal fue el caso de Ulaszló.

Apenas de vuelta a Buda, mandó llamar en secreto al embajador de Milán, Maffeo Trivilliense, que hubo de acudir de noche disfrazado; el rey le recibió en presencia de Bakocz, obispo de Györ, y de Schellenberg, su canciller por Bohemia, y habló de un matrimonio entre él y Blanca Sforza, insistiendo principalmente en la cuestión del dote, que fue objeto de un verdadero regateo entre el embajador y los dos cancilleres (5). No se tomó ninguna resolución definitiva; decidióse solamente

(1) Bonfin: *Dec.* IV, lib. X, págs. 493-497. Tubero: o. c., págs. 126, 141, 142, 145 y 146.

(2) Istvanffy: *Historiarum de regus Ungaricis*, libro XXXIV, pág. 8.

(3) *Udis*, pág. 467 y otras.

(4) Despacho del embajador de Milán en Ferrara de 1.° de Noviembre. Archivos de Módena, div. cit.

(5) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 273 y 279. Fraknoi: *Tomás Bakocz* (en húngaro), págs. 41 y 42.

que Maffeo saldría inmediatamente para Milán, a fin de arreglar el asunto de viva voz.

Casi al mismo tiempo, el 4 de Octubre, el rey convocó un consejo de ministros, y les declaró solemnemente que se veía obligado a contraer un matrimonio de fórmula con Beatriz, pero que esta unión no se consumaría, y que la consideraba de antemano como nula, puesto que se le imponía a la fuerza.

El texto de esta «protesta» de Ulaszló, publicado por su historiador y cortesano Banficir (1), concuerda casi palabra por palabra con el del alegato anónimo escrito por orden del rey, tres años después, cuando su proceso de nulidad de matrimonio (2); he aquí en sustancia la declaración:

«Cuando mi elección como rey de Hungría, varios me suplicaron que aceptase por mujer a Beatriz de Aragón, y me prometieron que en este caso desistiría ella no solamente del reembolso de los 200.000 ducados de su dote, sino de los 300.000 que le corresponden por otros conceptos; es decir, que entregaría estas cantidades para los gastos de guerra. Pero, cambiando de parecer, Beatriz se ha negado a cumplir su promesa, sin perjuicio de exigir que me case con ella; ha alistado un gran ejército, ha contraído alianzas con soberanos extranjeros, les ha excitado en secreto contra mí, me ha amenazado, si no me caso con ella, con entregar sus castillos a mis adversarios, echarme del reino, tratar como enemigos a mis partidarios. Juro aquí, ante Dios que, por todas estas razones, y, en particular a causa de su esterilidad, no me casaré con la reina Beatriz, y que si le hice en el pasado y le hago para el porvenir semejante promesa, es a instancias vuestras, en interés del país y obligado por la necesidad, porque habiendo licenciado mis tropas cheques, no tengo otro medio de evitar los peligros que amenazan al reino y a la cristiandad por parte de la reina. Por esto, obligado a luchar con la astucia, contraeré,

(1) *Dec.* V, libro I, págs. 498 y 499.

(2) *Apología de Udis* (ed. cit.), págs. 456 y 457.

siguiendo vuestro consejo, un matrimonio por fórmula con Beatriz, a fin de expulsar tanto más fácilmente al enemigo, cuanto que la situación en que nos pone la reina habrá mejorado. Pero para que no se me pueda acusar de engaño, os declaro que nunca he deseado ni deseo casarme con Beatriz, y que si contraigo un matrimonio de fórmula—*per verba de praesenti*, como se dice—lo tendré siempre por nulo.»

Con arreglo a estas intenciones, Ulaszló avisó a la reina que estaba dispuesto a contraer el matrimonio, pero que razones importantes exigían que se hiciese en secreto. Beatriz, sin sospechar, a lo que parece, el lazo, y para lograr más pronto sus fines, consintió en que la ceremonia se celebrase en su morada, en presencia solamente de algunos familiares (1).

Ulaszló se hizo acompañar de los obispos de Eger y de Györ, de Esteban Bathori, Pablo Kinizsi y Shellenberg, su canciller por Bohemia; Beatriz estaba rodeada por numerosos personajes de su corte, entre otros, Pedro Gereb, Ladislao Losanczi y de los enviados de Nápoles, cuando el rey se presentó de noche, inmediatamente después de la declaración a los grandes arriba mencionados (2). Después de cambiados los saludos de rúbrica, el rey, la reina, el obispo de Györ y algunos iniciados se retiraron a un rincón de la sala. Entonces el obispo de Györ, juntando las manos, hizo al rey esta pregunta: «¿Quiere Vuestra Majestad tomar por esposa legítima, según las reglas de la Santa Iglesia romana, a Su Majestad la Reina, aquí presente?» El rey, según su propia declaración, contestó: «Sí», y según la de la reina, confirmada por las personas presentes: «Quiero». El obispo, dirigiéndose entonces a la reina, la dijo: «¿Quiere Vuestra Majestad tomar por esposo, según las reglas de la Santa Iglesia romana, a Su Majestad el Rey, aquí presente?» A lo que la reina contestó: «Quiero», y el obispo dió la bendición nupcial a los desposados. Ulaszló repitió entonces su

(1) Fraknoi: *Bakocz* T., págs. 39 y 40.

(2) Según el acta notarial de 1492 y la declaración de 1494, citadas.

ruego respecto al secreto «hasta que se quitara cierto obstáculo», y se retiró, sin demostrar «con un beso, una sonrisa o una caricia», que se despedía de su mujer, sino, por el contrario, «con aire serio, como un extraño se despide de un extraño», dejando a la reina conturbada, de una parte, por la alegría del triunfo; de otra, por las sospechas que se alzaban en su alma, agriada por las decepciones (1).

ALBERTO DE BERZEVICZY

(Continuará.)

(1) Bonfin: loc. cit.; el relato (1494), varias veces citado, del obispo de Teano, pone textualmente las palabras del matrimonio. El acta notarial, mandada levantar por Beatriz, y su declaración, no se apartan de este texto sino en las pabras «vis y volo»; más adelante se puso como caso de nulidad el que Ulaszló había dicho «sí» en vez de «quiero».

LA AMÉRICA MODERNA

Necesidad de la alianza de los grandes Estados suramericanos. Europa contra la doctrina de Monroe. El reparto del Brasil. Necesidad de la fuerza militar en la vida económico-nacional. La experiencia europea. La era mercantilista. La era librecambista. El neomercantilismo. La tendencia imperialista. Los pacifistas en América y en España. La discutida doctrina de Costa. Error de sus glosadores.—Las supersticiones nacionales. Las supersticiones en la Argentina, según el Dr. Korn.—El estado financiero en Cuba.—Los salarios en Cuba.—Alfonso XIII y España juzgados en la Argentina. El viaje del Rey a América.

La formación de la gran alianza suramericana, bautizada con el nombre de A B C suramericano, despierta en algunos escritores resabios de viejo pacifismo. La Argentina, el Brasil y Chile, para constituirse en alianza, necesitan realizar fuertes desembolsos para aumentar su poder ofensivo y defensivo, y esto se combate por los pacifistas, que no ven las amenazas de los Estados Unidos, ni las líneas de fuerza que su expansión guerrera y comercial va trazando en el continente colombino. Los suramericanos no deben olvidar la experiencia europea ante el problema de su defensa. Pero hay algo más en el problema de la alianza del A B C suramericano, y es que Europa no renuncia a su expansión en América, a pesar de la manoseada doctrina de Monroe.

La idea de tal expansión ha sido lanzada en Inglaterra.

El inglés que lanzó la idea en el *Spectator,* de Londres,

y que reproduce la revista *Hispania,* de Londres también, en 1.° de Enero del corriente año, decía así:

«La queja que Alemania tiene de nosotros, es que le hemos obstruído su expansión colonial, de la que ese imperio tanto necesita para su excedente de población. Hay un medio de que los alemanes, que son nuestros parientes consanguíneos, realicen sus aspiraciones de desarrollo colonial sin herir nuestras susceptibilidades. Existe una región, que si no es la más rica del mundo, lo es tanto como la que más lo sea, y es al mismo tiempo un país de los peor gobernados que existen en el hemisferio occidental. Ese país es el Brasil. Que Alemania se apodere del Brasil. Así Alemania encontraría campo para su expansión, y el Brasil vendría a ser un país seguro para la vida civilizada y enormemente próspero. Pero ya oigo que se me dice: ¿y la doctrina de Monroe? Mi respuesta es que la doctrina de Monroe en nuestros tiempos actuales es el más falaz y temerario de los engaños *(bluff),* que se saca generalmente a relucir con objetos electorales, inmediatamente antes de una campaña presidencial... La doctrina de Monroe no está reconocida en el derecho internacional. En el año 1835, la Gran Bretaña extendió sus límites en territorio hondureño. Mr. Andrew Jackson, que era Presidente de los Estados Unidos a la sazón, dijo «que no se preocupaba por esas cosas». En 1841, la Gran Bretaña se apoderó de la isla Ruatán, cerca de la costa de Honduras, sin que los Estados Unidos protestaran. Alemania, con idéntica inmunidad, bloqueó los puertos de Nicaragua con objeto de obtener compensaciones por insultos dirigidos a uno de sus cónsules. Además, Francia desembarcó tropas en Méjico en 1864, con objeto de colocar al emperador Maximiliano en el trono. Por consiguiente, es razonable suponer que, con excepción de ciertos casos, la doctrina de Monroe no sería sostenida por los Estados Unidos. Pero aunque lo fuera, Alemania, con su marina superior, no podría ser detenida por ninguna combinación naval que se organizara en el hemisferio occidental. Para la anexión del Brasil no es probable que se necesite un

grande ataque de hombres y de armas, *vi et armis*. Además, hay una fuerte población alemana, sobre todo en San Pablo... El Gobierno brasileño nunca es popular, y una suma de dinero para ser empleado secretamente realizaría mejores resultados que el retumbar de la artillería o el fragor de las armas menores. Una vez realizada esa anexión, los inmensos recursos del país, bajo un Gobierno estable que obtuviera una reducción del crimen y de la corrupción, se abriría a la civilización del mundo y el comercio se duplicaría. La Gran Bretaña obtendría ventajas notables con el aumento de su comercio en el Brasil, con el robustecimiento de su amistad con Alemania, y la vida y la prosperidad de los ciudadanos brasileños se encontrarían relativamente aseguradas. Repito que es necesario que Alemania se apodere del Brasil.»

Si estos propósitos no justificasen bastante la política de defensa de los Estados suramericanos, las exigencias de la expansión comercial la demandarían. Los pacifistas hablan mucho de obras de la paz, de las expansiones comerciales independientemente de las fuerzas de guerra, como si la expansión comercial pudiese llevarse a cabo sin fuerza militar. Aun en el caso de no estar amagados los Estados suramericanos por enemigos poderosos, las exigencias de sus respectivas economías nacionales harían necesarios los aumentos de guerra. Cuando se discutió en Alemania el gran aumento de la flota, se hizo una propaganda por los más ilustres historiadores y economistas sobre la conexión de un poder militar y la expansión comercial notable por todos conceptos. De tal información reproduciremos lo más saliente, debido a Gustavo Schmoller.

La política comercial, ¿puede desenvolverse independiente de la política militar de los Estados? Los pacifistas, los políticos radicales y los partidos obreros, imbuídos de idealismos, afirman la posibilidad de tal separación; pero la realidad demuestra que tales afirmaciones tienen un valor muy relativo, sobre todo en la época presente no tienen ninguno.

Durante la época de formación de las modernas nacionali-

dades del siglo XVI al XVIII, cuando éstas luchaban por conquistarse el mundo colonial conocido, y obtener sus ventajas cuando se esforzaban por dominar el gran comercio, ponían en práctica medidas político-comerciales de gran rigor; se establecían leyes nacionales de protección aduanera y de navegación, se ponían trabas a la exportación, se ponía gran dureza en el derecho para los extranjeros, y se proclamaba un bárbaro derecho de gentes; las colonias se explotaban brutalmente, e innumerables guerras comerciales y coloniales completaban el cuadro de fuerza; la teoría del mercantilismo afirmaba la necesidad de la intervención de los medios de fuerza, de los ejércitos y de las flotas, en la vida económica; el comercio le concibe como una lucha: un Estado sólo puede ganar lo que otro Estado pierde. Los tratados de comercio se hacían con toda clase de engaños para sacar grandes ventajas; los pequeños Estados fueron maltratados y explotados. Las guerras napoleónicas constituyen la cúspide de esta clase de política económica y comercial que perseguía el aniquilamiento de los concurrentes mediante actuaciones de fuerza, arrebatándo las colonias ajenas y destruyendo su marina mercante.

Las ideas cambiaron en este orden con las concepciones de la Enciclopedia, y con las teorías económicas de Adam Smith; se contrapusieron otras ideas a las mercantilistas respecto de las relaciones de los Estados entre sí, de su política comercial y de sus relaciones varias, imperando tales ideales rectores desde 1815 a 1870. Tales concepciones fueron unilaterales, pero más humanas, más idealistas; como correctivos de las antiguas concepciones y hasta como necesarias y saludables pueden considerarse. La utilidad recíproca del comercio internacional era concebida unilateralmente, descartando todo medio de fuerza en la concurrencia económica entre los Estados. Se concebían los Estados en su totalidad iguales en poder y dotados por la naturaleza de distinta manera para fomentar pacíficamente el intercambio gracias a la Providencia. Apareció un derecho de gentes más humano y un derecho de guerra marítimo menos

duro; se admitió en la concurrencia interior a los extranjeros y las mercancías del comercio exterior. Parecía que la rivalidad mercantil y las guerras comerciales habían desaparecido, y todo se había de desenvolver en medio de una paz inacabable, sin otra concurrencia que la naturalmente dada por las cualidades naturales de las cosas.

Todas estas concepciones tuvieron su repercusión en las leyes. La ley aduanera de Prusia de 1818 en ellas se inspiraba; las grandes reformas comerciales y aduaneras de Inglaterra de 1842 a 1860, bebieron en las mismas fuentes, y los mismos principios fueron observados por Napoleón III bajo el influjo de Chevalier, Rouher y Cobden. La declaración política en la vida de los partidos la hacía Cobden cuando afirmaba que Inglaterra no necesitaba de ningún aumento de flota de guerra que, por otra parte, no haría sino despertar el odio de las demás naciones; la superioridad comercial estaba garantizada por la excelencia de la producción inglesa; solamente la reducción de los gastos del Ejército y de la Armada elevaría el bienestar nacional. Inglaterra necesitaba renunciar al derecho de bloqueo, al de visita e inspección de los buques extranjeros en caso de guerra... Hasta el imperio colonial inglés se juzgó como una carga más bien que como una ventaja, por lo que era conveniente el reconocer su independencia cuanto antes. La política comercial y colonial de la mayor parte de los Estados europeos se inspiró al igual de Inglaterra en estas ideas durante los años de 1840 a 1870. Los hamburgueses dijeron entonces que la marina de guerra les perjudicaba en su comercio porque precisamente la falta de protección en el exterior obligaba a los comerciantes a ser más inteligentes, honrados y previsores. Hasta llegaron estos buenos hamburgueses a escuchar con paciencia al presidente Jackson, que les llamaba gallinas metidas en el corral americano, que sólo la piedad les libraba de ser pisoteadas por el casco de los americanos.

El mismo Bismarck siguió en sus primeros tiempos estas teorías del derecho liberal que habían abierto a los comercian-

tes alemanes las colonias, principalmente las inglesas; pero a medida que los hechos le iban demostrando la falta de igualdad de trato con los alemanes, comenzó el canciller a procurar una flota y colonias para Alemania.

Esta orientación consiguió grandes progresos con sus tendencias liberales, librecambistas, pacifistas, sobre la base de igualdad de todos los Estados. La economía mundial moderna creció sobre estas bases. Los Estados poco poderosos pudieron desenvolverse como Bélgica y Suíza, y Alemania pudo, sin grandes fuerzas militares, aumentar su comercio y su exportación.

Si hubiese perdurado aquella política que preconizaba Cobden y representó Gladstone, la de renunciar a nuevas colonizaciones, la de emancipar las existentes, la de no aumentar la flota de guerra, entonces otros Estados, como Alemania, no habrían necesitado nuevas defensas por mar.

Pero tal estado de cosas no podía prolongarse; la concepción liberal, librecambista, pacifista, era muy unilateral, idealista y no podía mantenerse. El movimiento proteccionista del año 70 comenzó a rectificarla, movimiento que fue una consecuencia de la creciente concurrencia internacional, de los grandes aumentos de población que se notaban por doquier, de la dificultad, cada vez mayor, de procurarse dentro de cada país los medios financieros necesarios y de mantener la exportación indispensable para la producción nacional.

La nueva tendencia de los Estados que se esfuerzan en busca de extensiones coloniales y de esferas de intereses en otras partes del mundo, está en conexión con los determinantes ahora mencionados. La política comercial y colonial de Inglaterra permanece en buena parte siendo librecambista; pero no en su principio fundamental, o sea la abstención en el empleo de los medios de fuerza, que con Disraeli comenzó a orientarse en sentido contrario al observado por Gladstone. En los últimos cuarenta años se ha venido demostrando que la concurrencia internacional es, a pesar de los progresos del derecho liberal,

una lucha de fuerzas, mediante prohibiciones y aduanas, flotas y posesiones coloniales, con amenazas de guerra, bloqueos, inspecciones de buques, prohibiciones para utilizar cables y estaciones carboníferas... Cuando se preparó de 1860 a 1890 el gran reparto de la tierra, se vió que todo poder y bienestar de los Estados dependía de su expansión. Los progresos de la industria, de la navegación, de la población, constriñeron a los Estados a conquistar mercados, colonias de plantación, esferas de influencia, estaciones de carbón, a asegurar la comunicación de los cables, y, finalmente, todos han reconocido que los grandes territorios en poder de los bárbaros, hoy inutilizables, sólo pueden serlo mediante el protectorado de la administración de los pueblos cultos, y para eso es necesario que se posean flotas y se soporten luchas y se afronten conflictos.

La nueva tendencia se impuso más o menos pronto en Europa, y de desear es que se conserve lo bueno de todo lo conquistado por el derecho liberal, porque de lo contrario, se caería en las antiguas exageraciones del mercantilismo, en las luchas comerciales de los siglos XVII y XVIII. No hay que conceder gran valor a las declaraciones de los gobernantes que alardean de pacifistas. En 1876 declaraba Disraeli que Inglaterra no era un Estado agresivo, y lo mismo se expresaron Salisbury y Roseberry; pero al mismo tiempo que así hablaba Disraeli, ponía su mano en el Natal, Chipre, Egipto y Birmania; el territorio británico se extendía desde 1866 a 1899, de 12,6 millones de kilómetros cuadrados a 27,8. Otros grandes Estados no se quedaron atrás: los Estados Unidos crecieron, de 1800 a 1900, de 2 a 9,3 millones de kilómetros cuadrados; Rusia, desde 1866 a 1899, de 12,9 a 22,4. Añádase a esto lo ganado por Inglaterra en el Sur de Africa, por Francia en Marruecos, por Alemania e Italia en Africa; por España...

La expansión imperialista crece en velocidad; sus causas determinantes no son inspiraciones guerreras, sino exigencias de la vida nacional; pero ellas reclaman los grandes aumentos de fuerzas militares por mar y por tierra, a fin de no resolver en

la impotencia los grandes conflictos que la expansión acarrea:

Hoy, lo mismo en España que en América, se escuchan las voces de los extemporáneos, de los que viven todavía en el ya pasado pacifismo, como si aún no hubiésemos alcanzado el año transformador de 1870, de que nos habla la incomparable autoridad de Schmoller. En América se invoca algo muy semejante a lo que en España: las obras de cultura en contraposición, y en relación de prelación con las obras militares, y de expansión o defensa. España se prepara para los aumentos en defensa naval.

Volveremos a oir el sonsonete: «Ni guerra ni escuadra; despensa y escuela»; y bajo este lema, impresa la estampilla de Joaquín Costa. Y yo me encuentro que al repasar lo que el gran aragonés escribiera en los días de su mayor lucidez y equilibrio mental, se convierte en afirmación la parte negativa del lema plataforma política de los antimilitaristas. «Guerra y escuadra...», pondría yo como apostilla al final de los estudios que Costa escribiera para un Congreso Geográfico español; en ellos se pedía una escuadra y se exaltaba la moral de la lucha. Véalo el lector:

España ha menester de una fuerte escuadra.

La escuadra que pedía Costa en 1883 había de ser formada por 119 buques, de los cuales serían acorazados de primera clase, 5; de segunda, 8; del tipo *Duilio* o *Inflexible,* 1; cruceros de primera clase, 10; de segunda, 25; de tercera, 40; torpederos, 30. Costa preveía la objeción vulgarísima de lo gravoso del coste de tal escuadra, y decía: «Una semana de guerra con la Gran Bretaña ocasionaría a nuestras poblaciones del litoral, a nuestras provincias ultramarinas y a nuestra marina mercante, daños de mucha más consideración que ese total de millones que parece propio para asustar a primera vista.»

Costa afirmaba que el principal elemento de defensa nacional española estaba en la Armada, en la base de operaciones movible, porque por tierra sólo teníamos que atacar o resistir a una nación, Francia, con la cual no podemos tener la rivali-

dad que Alemania, ni el valor fronterizo de los Pirineos es para ella lo que los Vosgos, mientras que por mar hemos de resistir a todas las naciones. Por no haber conservado Castilla la tradición marítima de Aragón, ha costado el cetro del mundo a nuestra raza, adelantándosele Inglaterra, dice el escritor aragonés. Un país que, como España, tiene 20.000 kilómetros de costa, debe proceder, en la organización de su defensa, como nación casi insular, al igual de Inglaterra.

El pacifismo es una doctrina inactual; hay que luchar, porque:

«Mientras el imperio de la fuerza no termine, víctima de sus propios excesos, vencida por sí misma, y se inaugure el reinado de la justicia, distante todavía de nosotros tal vez siglos, *sólo será digno de la vida quien pueda invocar para conservarla los únicos títulos valederos por el momento, títulos de acero, fusiles, cañones, lanzas, ametralladoras, torpedos y espolones.* ¿Es que nada hemos adelantado desde la Edad de hierro? Sí, hemos adelantado; *entonces era preciso triunfar; hoy basta combatir.* Hace dos años preguntaron a Europa algunos españoles: ¿Por qué no ha de ser España potencia de primer orden, si lo es Italia? Y Europa respondió, por órgano de una revista política: «Italia ha entrado una vez en guerra con Rusia y dos con Austria; sus campañas podrán haber sido desgraciadas; pero el hecho es que ha peleado.»

«Quien lucha, daña al contrario, aun siendo vencido de él; y como es tan varia la fortuna, quien ha sido vencido hoy puede triunfar mañana; mientras restaña sus heridas y llora sus muertos, está demostrando que vive, y viviendo, que espera. Por esto, Austria y Alemania temen a Italia y a Francia vencidas, más que la víspera de Sedán y de Lissa. *Lo peor que puede sucederle a un pueblo es que no le suceda nada;* señal segura de descomposición y pronóstico de muerte. Con el que no puede hacer frente no se mete nadie, *pero tampoco cuenta nadie con él:* está fuera de los sucesos, independiente del tiempo; no vive, es muerto insepulto; sus bienes son tenidos por mos-

trencos, y pasan a poder del más audaz o del más fuerte. ¿Llevamos nosotros este camino? Yo no he de decir sino una cosa: España ha retrocedido tan largo trecho desde Trafalgar, que sus marinos ni siquiera pueden ser derrotados, pues hasta para ser derrotados hace falta tener una escuadra, y España no la tiene. Y vive derrotado por sí, en estado de derrota permanente, quien no puede exponerse a que le derroten los contrarios.»

Para europeizarse hay que tener una escuadra.

Para estimar el valor político de la defensa naval, recordaba Costa que en 1881 una revista inglesa decía: «En pago de su entrada en los Consejos europeos, España se vería obligada a tomar parte activa en la primera guerra. *Como no tiene marina* que merezca el nombre de tal, sólo podría hacer la guerra a Francia o a Inglaterra en concepto de aliada de Portugal y dueña de Gibraltar.»

He aquí lo que Italia se ha dicho a propósito de la significación que para ella tenía el poder naval: «La primera condición de existencia de la futura monarquía italiana, será el constituirse en potencia marítima, a fin de defender sus costas y mantener su autoridad en las islas»; decía Napoleón I; «en la armada está el porvenir de Italia, su seguridad, su dignidad, su prosperidad», escribía Garibaldi. «Si Italia no se decide a hacerse gran potencia marítima, no será respetada, ni temida, ni feliz, ni rica», escribía Marselli en su *Política del Estado italiano.*

«Pues si esto es verdad—añade Costa—una vez respecto de Italia, es *tres veces* verdad respecto de España. La marina ha de ser su todo; baluarte de la nacionalidad; garantía necesaria de su existencia; fiador único de sus colonias presentes y futuras; custodio tutelar de su marina mercante; base de sus relaciones con las demás potencias; llave para entrar en los Consejos europeos; fortaleza flotante para defender sus desguarnecidas costas, las puertas marítimas de su territorio, los emporios de su comercio; condiciones *sine qua non* de su futuro engrandecimiento.»

La flota de guerra tiene valor económico reproductivo.

La marina mercante recibe de la marina de guerra el prestigio de su bandera y la libertad en los mares; «y esa libertad y ese prestigio le son tan necesarios, que sin ellos, *en tiempos de paz no puede desenvolverse y en tiempos de guerra perece sin remedios*», escribía Costa, quien aducía como ejemplo histórico de esta conexión el desarrollo comercial de Génova, Venecia y Cataluña, debido al apoyo que los cónsules encontraban en los Almirantes.

El valor de la marina de guerra no está todo determinado por la significación que tiene para la marina mercante, para conservación de colonias y adquisición de otras nuevas, sino, como el mismo Costa afirma, «el problema de la Armada tiene un punto de vista más general, que abarca el conjunto todo de las condiciones en que se realiza y en que ha de realizarse la vida nacional».

Es el mismo pensamiento el de Costa en 1883 que el estampado por el ilustre Adolfo Wagner, el profesor berlinés, en 1900, con ocasión de los planes de construcción de la flota de guerra alemana.

Ciertamente que la esfera de intereses españoles en Ultramar ha sufrido una modificación colonial; pero hay que pensar que no es sólo la exigencia colonial lo que hace necesaria una escuadra, sino la vida total de la nación; perdidos los intereses coloniales, han venido nuevos intereses territoriales y avances en el volumen comercial exterior que demandan una escuadra para España más potente aún que la planeada por Costa. En 1883 se estimaba el valor de la importación en España en 893 millones de pesetas, el de la exportación en 719; en 1910 los valores respectivos han alcanzado la cifra de 1.104 y 1.075 millones, respectivamente. El aumento de volumen no puede ser más claro. En todo caso, firme queda el fundamento objetivo de los razonamientos de Costa.

Pero, por otra parte, hay que pensar que la resurrección del Extremo Oriente, el desenvolvimiento del Oriente europeo,

el ensanchamiento del Canal de Suez y otros hechos, levantan la significación política del Mediterráneo a mucha mayor altura de la que señalaba el francés Izoulé. En el sistema de fuerzas en el Mediterráneo, hay un conjunto de líneas y de triángulos de fuerza determinados por las posesiones mediterráneas de las potencias europeas, y España está incluída en el sistema, amagada por ellos y en condiciones de hacer valer los propios, neutralizando y aun dominando los ajenos sólo por medio de una escuadra.

***

La Sociología tiene capítulos muy interesantes; pero como recreativos y pintorescos, ninguna otra rama de la cultura le aventaja en presentar otros iguales. Entre estos capítulos están los relativos a las primeras manifestaciones del sentimiento religioso, al folklore, etc.

Las supersticiones populares cuentan con una respetable literatura en los países viejos; pero es el caso que los países nuevos no carecen de tales engendros de los bajos fondos históricos de la humanidad. Una demostración de esto la ofrecen las inquisiciones hechas por el Dr. Alejandro Korn sobre las supersticiones nacionales en la Argentina. Como otros autores de Antropología y de Psicología (Tylor, Sergi, Ribot), el doctor Korn hace la valoración del animismo, de las supersticiones como manifestaciones primarias de los sentimientos religiosos.

En realidad, las supersticiones son fósiles mentales tan importantes para la historia intelectual del hombre, como los restos paleontológicos para su historia natural. Hoy, dice Korn, que el problema religioso vuelve a interesar; que estudiamos y analizamos las fuentes del sentimiento místico, su expresión en cultos y su sistematización en dogmas; las supersticiones nos señalan el camino recorrido por el hombre en el penoso afán de satisfacer su inextinguible necesidad metafísica. Porque sin entrar ahora a dilucidar el problema religioso y

las múltiples teorías que intentan resolverlo, hay que adherirse, sin embargo, a aquellas cuyo punto de partida es el sentimiento de la sujeción a fuerzas extrañas. Este sentimiento, en efecto, surge de una manera espontánea en el espíritu humano ante fenómenos benéficos o maléficos, que intervienen en su existencia con energías arbitrarias, substraídas al imperio de la voluntad, desconocidas y misteriosas. El instinto de la propia conservación no puede menos de sentirse afectado; y como su corolario práctico, fluye de semejante situación de ánimo el deseo de propiciarse las influencias favorables y de conjurar las adversas. Reconocen este origen humilde las religiones más universales, las especulaciones filosóficas más altas y las supersticiones más vulgares. Testigo del remoto génesis son estas últimas, y refieren las etapas sucesivas, pues ellas también emergen de la sensación de impotencia, que deprime y atemoriza al espíritu en los lindes de nuestro saber, y satisfacen el ansia por poner a nuestro servicio las fuerzas ignotas.

La gran mayoría de las supersticiones alguna vez han sido ciencia. Hoy patrimonio de las masas, fueron antes el saber de pocos privilegiados. Pero muchas son tan antiguas, tan primitivas y difundidas, que pueden considerarse como un producto natural de estados incipientes, mientras que otras han descendido de las cumbres intelectuales y derivan de nociones presistentes en el espíritu del vulgo con la autoridad científica que otrora tuvieron.

Estos rezagos de la ciencia se hallan sobre todo en la medicina popular.

El origen remoto de las supersticiones nos explica la uniformidad con que se las vuelve a encontrar en las regiones geográficas más distantes y dentro de los ambientes étnicos más diversos.

También nuestras supersticiones nacionales—acentúa el doctor Korn—carecen de originalidad. Ellas se encuadran dentro de formas comunes a toda la especie humana, y hasta en sus detalles coinciden con las creencias vulgares de pueblos

con los cuales no mantenemos relación alguna. Sólo para uno que otro rasgo secundario no he hallado la práctica paralela en el folklore que conozco. Es esta la razón por que en nuestra población tan heterogénea, nativos y extranjeros abrigan en el fondo las mismas supersticiones.

El doctor Korn cita la obra de David Granada *Las supersticiones del Río de la Plata*, publicada en Montevideo en 1896, y los interesantes trabajos que sobre este tema ha publicado el Sr. Ambrosetti.

Debemos distinguir, dice, en primer lugar la teoría y las prácticas supersticiones.

La primera abarca el conocimiento de hechos ajenos a nuestra voluntad, y que sobrevienen por causas superiores, pero que son de buen o mal agüero. «Agüerios» les llaman nuestros paisanos, porque si bien los augurios primitivos únicamente se referían a las aves, la voz ha adquirido en la boca del pueblo una acepción mucho más amplia. En realidad, casi no hay un objeto, un hecho, un fenómeno, una circunstancia que no tenga un valor augural. Para esta concepción egocéntrica, el eje del universo pasa por el individuo y cuanto ocurre guarda relación en un sentido u otro con nuestros intereses personales, repercute en los acontecimientos que nos esperan, significa para nosotros suerte o desgracia e importa una advertencia o un presagio. La Naturaleza en todas sus manifestaciones se interpreta con este criterio agorero.

Todavía hay aves y animales de mal y buen agüero: la lechuza, el murciélago, el gato negro y el caballo tordillo se hallan en el primer caso; en el segundo, la golondrina y el hornero. La influencia cabalística de los números se mantiene desde Pitágoras hasta la fecha. Hay días fastos y nefastos; las publicaciones del Registro civil revelan que en ciertos días disminuyen los matrimonios. «El que ríe en viernes, llora en domingo.» La izquierda es siempre la mano siniestra; tropezar con el pie izquierdo, es un «contratiempo» grave. Si el muerto en pelea cae de cara al suelo, no escapa el autor de la «des-

gracia». Los ensueños son de variado augurio, y su interpretación es un arte. La luz mala, con sus reflejos fosforescentes, anuncia la presencia poco grata de ánimas en pena. El influjo de los astros no puede ponerse en duda; no es lo mismo sembrar, tuzar o castrar los animales en luna menguante o en creciente. No menciono la acción de nuestro satélite sobre los fenómenos meteorológicos, pues ofendería a muchos que se consideran libres de prejuicios. El demonio sugerente de los antiguos sobrevive en el «pálpito», que nos dice a ciencia cierta el camino a tomar en los trances apurados.

No agota por cierto esta enumeración, demasiado breve, los casos de los augurios naturales, y, sin embargo, hay que agregarles aún los provocados intencionalmente—llamémoslos artificiales,—que emplean las adivinas y curanderas en el ejercicio de su ministerio. Las cartas en sus múltiples combinaciones, las formas caprichosas del sebo derretido o de la albúmina coagulada, son los elementos de estos augurios.

La fascinación, por fin, es la teoría de los agüeros aplicada al hombre, pues su maléfico poder es involuntario y de consecuencia fatal. Esta superstición tan difundida, que puede clasificarse de universal, es la del mal de ojo, conocida entre nosotros por «ojeo». Es la jettatura del Mediodía de Italia. En el ánimo de nuestro pueblo va unida generalmente a la idea de codicia o envidia, y de ahí la regla social de no exteriorizar jamás sentimientos que pueden tener relación con éstos. No se debe, por consiguiente, ponderar o alabar ninguna cosa o persona, ni fijar con demasiada insistencia la vista en nada. Si un caballo experimenta un percance desgraciado, es que «me lo han codiciado». Una serie de frases consagradas que se repiten por hábito, no tienen otro objeto sino evitar los efectos de la fascinación. Cuando se elogia un niño, hay que apresurarse a decir: «Dios lo guarde». Cuando se alaba un animal, el dueño inmediatamente se desprende de su propiedad, diciendo: «Es suyo». Si en la conversación se nombra alguna región del cuerpo es menester agregar: «Salva sea la parte». Existe desde

luego una serie de recursos para contrarrestar la influencia temible del ojeo; entre nosotros lo más eficaz es tocar un objeto de hierro. Otra cosa prefieren tocar los napolitanos, si no les cuadra hacer un gesto ostensible.

El tipo opuesto al de los malos ojos es el hombre de «buena mano». La semilla que arroja, el parejero que cuida, el negocio que emprende prospera, y si acaso sus cualidades revisten un grado superior, se convierte en el «mano santa», en el taumaturgo que cura por simple contacto.

Con esto ya pasamos al orden de las prácticas supersticiosas puestas al servicio intencionado de la voluntad, destinadas unas a neutralizar las influencias malignas que nos acosan en la vida, y otras a producir efectos buenos o malos, pero solicitados por nuestros intereses y nuestras pasiones. Podemos distinguir el uso de los amuletos, los procedimientos mágicos, los conjuros y el empleo de los filtros. De todas estas prácticas ofrecen ejemplos nuestras supersticiones nacionales.

Los amuletos tienen por objeto desviar la influencias de los malos agüeros y de la fascinación. A este objeto responde el uso del escapulario, que jamás falta a los hombres del campo; los adornos de oro y plata y las piedras preciosas se emplean con igual fin. El coral goza de prestigio, principalmente entre los italianos. En las clases superiores de la sociedad persiste el uso de una serie de dijes, cuyas formas recuerdan antiguos amuletos. El tatuaje acaso también hace las veces de talismán protector.

Por procedimientos mágicos se ejerce una acción a distancia. Tal es en primer lugar el viejo procedimiento de hincar agujas en el muñeco de cera o de trapo, que simula la imagen del ser odiado o amado. Es el procedimiento que, según Horacio, empleaba la simpática pareja de Canidia y Sayana, y que tan extraño efecto produjo en aquel tronco de higuera, convertido en Driapo, custodio del sembrado. Se utiliza con frecuencia entre nosotros, y algunas veces la vetusta práctica se aplica a las efigies, que provee el moderno arte fotográfico. El

corazón traspasado por una flecha, símbolo decorativo de todas las misivas eróticas, es también una reminiscencia de la misma superstición.

Otras veces se emplean cabellos o prendas de vestir para lograr el fin deseado. Por estos medios se puede pasar una enfermedad o un estado de ánimo de un sujeto a otro, hasta de un ser humano a una planta.

Dar vuelta a la pisada, es decir invertir con el cuchillo la huella dejada por el casco del caballo, es un procedimiento genuinamente criollo que tiene varias aplicaciones. Es, entre otros uno de los medios para realizar la «ligadura», que tiene por objeto atar a nuestra voluntad los actos ajenos. El caballo ligado tiene que perder en la carrera, y el hombre ligado es impotente con toda otra mujer que no sea la autora del maleficio.

Los procedimientos de esta clase generalmente se refuerzan con fórmulas consagradas por una larga tradición. Es que también la palabra posee una acción mágica. Así en la curación por palabras se emplean dichos, que los paisanos guardan con excepcional desconfianza, y jamás enseñan a los profanos. Citaré como ejemplo la que sirve para curar las úlceras de los animales invadidos por larvas de mosca, las «llagas agusanadas»:

En el nombre de Dios Todopoderoso
Y por la señal de la cruz:
Gusanos malditos, caigan de esa llaga:
De nueve en nueve,
de ocho en ocho,
de siete en siete,
de seis en seis,
de cinco en cinco,
de cuatro en cuatro,
de tres en tres,
de dos en dos,
de uno en uno,
hasta no quedar ninguno.

El conjuro, que a veces toma la forma del exorcismo, también emplea la palabra como vehículo. Sirve para desalojar los parásitos de las huertas y para curar los males de hombres y de bestias. La culebrilla es el nombre del Herpes zoster, y si los dos extremos de éste se llegan a tocar, el enfermo muere. Para evitarlo se circunda la culebrilla con las palabras: «Jesús, María y José», escritas sin interrupción, con tinta, sobre la piel, de modo que constituyan un circuito perfectamente cerrado e infranqueable.

Las fórmulas de los conjuros son, en general, sencillas, y se reducen a una invocación de Dios o de los santos, acompañada del signo de la cruz. Los maestros que se han dignado iniciarse en estos misterios, siempre han insistido en que lo más importante no son las palabras, sino la «intención». Ninguna de nuestras fórmulas, en verdad, posee el énfasis retórico de los clásicos conjuros caldeos.

«Siete son, siete son. Siete son, en las profundidades del abismo. Siete son, enemigos del cielo. Salen de los fondos del mar y de los antros de la tiniebla. No son varones, no son hembras; en sus entrañas llevan la tormenta. No poseen mujer, no engendran hijos; no saben de compasión ni de misericordia, no escuchan las preces ni los ruegos. Son la lepra que baja de la montaña, son los instrumentos de la ira de Dios. Perversos son, perversos. Siete son, siete son, siete dos veces son. Espíritu del cielo, que sean conjurados. Espíritu de la tierra, que sean conjurados.»

Comparando este trozo cuneiforme con sus pálidos remedos, se aprecia la decadencia de un concepto, que deja de ser la expresión de una alta cultura para servir a los instintos del vulgo.

Los filtros, por último, sirven para producir el «daño», nuestra superstición nacional por excelencia, profundamente arraigada en el espíritu del pueblo. El vehículo del daño es, por regla general, el mate, y de los múltiples agentes mencionaré los más eficaces. En primer lugar, ocupa la sangre mens-

trual, el gran filtro en materia erótica; luego, la raspadura de las uñas, el agua en que se han lavado las manos, los pies o la vulva, y, por fin, ciertas hierbas de la medicina casera.

La creencia profunda y generalizada en estas prácticas, da lugar a que sean numerosas las gentes que atribuyan sus males, ciertos o imaginarios, a una influencia maléfica, y desde luego se suponen víctimas del daño. No existe estado persistente y crónico, sobre todo cuando se trata de perturbaciones mentales más o menos intensas, que no se atribuya a la acción de un filtro, y cuando al interesado mismo no se le ocurre semejante sospecha, no tardan en sugerírsela sus allegados. El delirio de las persecuciones y las obsesiones hipocondríacas afectan casi siempre esta forma. Las alteraciones histéricas también se achacan, en general, a la acción de un filtro.

Los enfermos desesperados reaccionan de distinto modo. La gran mayoría cae en manos de los embaucadores de uno y otro sexo, que explotan los prejuicios populares, los fomentan y agravan en provecho propio.

Pero en otros casos y en temperamentos más impulsivos sobreviene el delito con el propósito de vengar la mala acción.

Obligado por razones del oficio a examinar un número crecido de delincuentes de nuestra población rural, he aprendido a valorar la importancia de las supersticiones vulgares como factores del delito. Esta importancia pasa casi desapercibida a causa de la ninguna atención que se presta a la psicología de las clases bajas y, sin embargo, ante un hecho de sangre sin motivo aparente, en el cual no tiene parte ni el lucro ni el factor pasional, es menester pensar en la superstición del daño.

Puede en casos semejantes plantearse para el perito la necesidad de hacer un diagnóstico diferencial entre la superstición y la locura. No me refiero naturalmente a los casos típicos, cuando existe un delirio sistematizado, quizás con alucinaciones e incoherencias. Entonces, la situación es demasiado clara. Pero los fronterizos presentan problemas de difícil solución. Con frecuencia se trata de individuos con parestesias o

hiperestesias y un estado de ánimo melancólico o submelancólico, pero sin mayor alteración intelectual. Todo el delirio se reduce a decir que fulano le ha hecho daño y que por eso le agredió.

En presencia de una legislación penal como la nuestra, que aún opera con el concepto de la responsabilidad, he ahí un dilema. No tengo por cierto una solución hecha para estas dificultades; cada caso requiere una apreciación individual, y sólo ponderando con cautela todos los elementos que los determinan, puede llegarse a una solución aceptable.

Este estudio del Dr. Korn sobre las supersticiones americanas, demuestra la universalidad del hecho. Y lo digo esto tratando de estudios americanos, porque en estudios españoles sobre la superstición (uno de Publio Hurtado sobre las supersticiones en Extremadura, y otro, de Sales y Ferré), se examinan como algo propio de España y desconocido en otras partes...

*
* *

En el Mensaje presidencial de Cuba, leído hace unos días a las Cámaras, encontramos los siguientes párrafos por lo que hace a la Hacienda y Obras públicas:

Durante el año, en el ramo de Aduanas se han venido aplicando los Aranceles y demás disposiciones con toda regularidad, velando por los intereses del Estado y respetando los de los importadores de modo tal, que se mantiene la mejor armonía entre gobernantes y gobernados.

La Marina nacional, que es uno de los elementos que más auxilia al desenvolvimiento de la riqueza pública, en los países de extensas costas como el nuestro, aumenta de día en día, amparada por las disposiciones que se han dictado, habiéndose efectuado los exámenes reglamentarios para capitanes, pilotos y maquinistas, de los cuales han sido aprobados 30 de los 36 que se presentaron.

Con la amplitud del comercio en general, han aumentado los Distritos aduaneros, existiendo 22, contra 14 que había

al instaurarse la República en 1902, sin contar con la habilitación de no pocos subpuertos enclavados en nuestras costas para facilitar el desenvolvimiento de las industrias agrícolas y mineras.

Las deudas de la República han sido atendidas debidamente con sujeción a los contratos y compromisos existentes, en cuya virtud han sido canceladas la que correspondía a los bonos de la Revolución (1896 y 1897), por 2.196.585 con el producto del empréstito de 16.500.000. Emitidos ya todos los bonos de esta operación de crédito, han sido satisfechos los intereses del mismo hasta el cupón núm. 6, vencido en 1.° de Agosto último, así como los gastos originados por la recogida de cupones, comisión, seguros marítimos, habiendo tenido una disminución la Deuda contraída por el empréstito de pesos 35.000.000, de 1.020.000, en virtud de haberse amortizado bonos ascendentes a esa cantidad.

Los intereses de la misma están totalmente satisfechos hasta los que han de vencer en 1.° de Mayo de 1913. De la Deuda interior han sido emitidos bonos por valor de 11.250.000 pesos, y satisfechos los cupones vencidos del 1 al 13, que importan 3.579.987,55 pesos, a excepción de 15.728,26 pesos, cantidad que está reservada para cuando se presenten al cobro por los interesados los respectivos cupones.

La recaudación de los impuestos del empréstito que responden a compromisos internacionales, mejora de día en día, comprobándolo el hecho de haberse recaudado en el período de Marzo a Agosto de este año, la cantidad de 1.885.214,47 pesos, contra 1.845.247,30 pesos en igual período del año anterior, lo que da una diferencia a favor del actual ejercicio de 39.967,17 pesos.

En anteriores ocasiones he tenido la honra de recomendar al honorable Congreso que resolviera un asunto de mucha importancia, a saber: el pago de lo que se adeuda por «Transportes» de todas clases, cuyo aumento es debido al creciente movimiento industrial y comercial de la República. A reserva de

lo que sobre el asunto acuerde el Congreso, el Poder Ejecutivo se vió en la necesidad de dictar el decreto de 2 de Octubre último, en el que se dispuso tomar del superávit de pesos 3.966.052,98, calculado en la ley de 29 de Julio, las cantidades necesarias para el pago de las obligaciones contraídas por el Gobierno y las necesarias para cubrir las diferencias y pago de los déficits que resultan en los servicios cuyos créditos son insuficientes.

En virtud de haberse aumentado sensiblemente los buques de la Marina nacional, se hace necesario atender ciertos detalles que con ellos se relacionan, toda vez que los gastos se aumentan porque las necesidades se multiplican. A ese efecto, señalada la conveniencia de adquirir por el Estado un aljibe para dotar de agua a los buques surtos en este puerto, cuyo servicio actualmente lo efectúa una empresa particular.

La circunstancia de ser actualmente el 50 por 100 o más de la dotación de los buques de la Marina nacional de procedencia extranjera, aunque de los buques naturalizados, me determina a reiterar a ese honorable Congreso la conveniencia de adquirir un buque apropiado para Escuela de grumetes, capaz para cien jóvenes cubanos que aprenderían a ser marinos.

La situación del Tesoro nacional ha mejorado notablemente. Desde 1.° de Marzo hasta el 30 de Setiembre de este año, por el ejercicio de 1909-10, se han expedido órdenes de adelanto por valor de 444.964,41 pesos de los 717.714,54 pesos que quedaron pendientes en la primera citada fecha; del presupuesto de 1910-11 se expidieron órdenes por valor de 48.899,62 pesos de los 197.858,70 pesos que resultaron de saldos en 1.° de Marzo; del presupuesto de 1911-12, cuyo saldo de 1.° de Marzo y los aumentos por ampliaciones y reintegros asciende a pesos 12.028.497,62, han sido situados 11.295.657,50 pesos; y, por último, del ejercicio actual ascienden a 8.530.585,86 pesos los situados en el primer trimestre, o sea hasta 30 de Setiembre, arrojando una suma de 20.320.107,39 pesos los situados en todas las épocas de los siete meses referidos.

El estado de los ingresos y desembolsos verificados por la Tesorería general en los siete meses expresados, demuestra por la ascendencia de los primeros que ha sido de 30.434.882,02 pesos y la de los últimos de 29.544.427,90 pesos, por todos conceptos, quedando una existencia en 30 de Setiembre de 890.454,12 pesos; cifras todas que demuestran el rendimiento de los impuestos y derechos, y su aplicación conforme a las leyes y demás disposiciones que regulan la inversión de los fondos públicos.

Durante el período de Abril a la fecha se continuó la ejecución de las obras comenzadas en el anterior, algunas de las cuales fueron recibidas definitivamente, suspendidas varias por agotamiento de los créditos que tenían asignados, e iniciado el comienzo de otras, por virtud de consignaciones concedidas y subastas efectuadas.

Para la terminación de las partes proyectadas que comprenden los contratos de otras obras que se ejecutan en territorios de la República, también son precisos nuevos créditos por la cantidad de 1.680.000 pesos, distribuídos en la siguiente forma: 300.000 pesos para Pinar del Río, 200.000 pesos para la de la Habana, 125.000 pesos para la de Matanzas, 565.000 pesos para la de Santa Clara, 460.000 pesos para la de Camagüey y 60.000 pesos para la de Oriente.

La continuación del dragado del puerto de la Isabela de Sagua y los estudios del acueducto de Santa Clara, y el comienzo de esta obra, exigen respectivamente un crédito de 200.000 pesos y 25.000 pesos.

Habiéndose agotado las consignaciones que del empréstito de 16.500.000 pesos para el alcantarillado y pavimentación de la Habana y otras obras, se señalaron para el mejoramiento del sistema de abasto de agua de la ciudad de la Habana, se hace igualmente necesario que el honorable Congreso, tomando en consideración la importancia de esa obra, los fines a que tiende y lo sensible que sería para la ciudad la paralización de los trabajos que se realizan por falta de consignación oportu-

na, conceda un crédito de 300.000 pesos que por ahora se estima necesario para proseguir los proyectos aprobados.

En el período que nos ocupa, se hizo la recepción del abasto de agua y alcantarillado de Cienfuegos, abonándose al contratista lo que se le adeudaba, y comenzó a separarse el 10 por 100 de la recaudación de las aduanas para atender a la continuación del alcantarillado y pavimentación de la Habana, por haberse agotado el crédito que le correspondió del empréstito de 16.500.000 pesos que se hizo para esta y otras obras.

Por la terminación y recepción de las obras del abasto de agua y alcantarillado de Cienfuegos se empezó a surtir de agua a la ciudad, y se aprobó el reglamento que regulará todos los actos en lo que a dicho servicio se refiere; habiendo aprobado, asimismo, el que regulará el servicio de agua a la ciudad de Camagüey, por estar próximas a terminarse estas obras.

El primer lunes de Abril del año pasado existían en el territorio de la República, según comuniqué en mi anterior Mensaje, 1.702 kilómetros de carreteras abiertas al tránsito público, y a partir desde esa fecha se han construído 60.658 kilómetros más, haciendo un total de 1.762.658 kilómetros.

Habiendo pasado en anterior período a la Compañia de los puertos de Cuba trabajos que estaban encomendados al Negociado de Mejoras en Ríos y Puertos, en el que comprende este Mensaje, fueron reducidos los gastos, pues sólo se ha invertido en obras con el material y personal necesario la cantidad de pesos 189.812,66.

En el período que comprende este Mensaje, lo invertido en Aguas, Cloacas e Ingeniería municipal, en el territorio de la República, ascendió a la cantidad de 3.199.857.15 pesos, incluyéndose en ella el resto de las obras que se vienen realizando en la ciudad de la Habana para su alcantarillado y pavimentación, el de las que se ejecutan para evitar las inundaciones del Roque, y el que resultó de la liquidación practicada después de la recepción en las del abasto de agua y alcantarillado de Cienfuegos.

En el período mencionado se ha invertido en construcciones civiles y militares, así como en reparaciones y obras sanitarias, en distintos edificios del Estado, la cantidad de pesos 107.472,27.

Por la Jefatura de la ciudad de la Habana se ha invertido la cantidad de 1.130.473,77 pesos, por los conceptos de personal y material en el mejoramiento del abasto de agua de la ciudad, en la reparación de las tuberías de agua y limpieza de cloacas, en la composición de calles, parques y paseos, en los riegos de los mismos y diversas obras de saneamiento para impedir la propagación de la peste bubónica, secundando con ellas a la Secretaría de Sanidad y Beneficencia.

***

Se ha publicado una interesante relación sobre los salarios y el costo de la vida en Camagüey, Guantánamo y otros lugares de Cuba.

Esos datos han sido remitidos por el Cónsul de España en Santiago de Cuba, por lo que, tanto por su origen como por la índole de la publicación que los inserta, tienen un valor indiscutible para la Prensa de información de la Península y Canarias y para los emigrantes españoles que se dirigen a América.

A nuestro juicio, la Prensa de la Península haría un bien inapreciable a los elementos de trabajo que se ven obligados a emigrar del suelo patrio o que desean cambiar de país en busca de mayor bienestar, dando a la publicidad los datos oficiales que inserta el *Boletín del Consejo Superior de Emigración*, en lo referente a los jornales que se pagan en Cuba a los trabajadores de campo, y al costo de la vida en este país, donde la subsistencia es poco costosa para las clases obreras en relación con los jornales que ganan.

Según el *Boletín*, los peones de diversas clases ganan los siguientes salarios mensuales:

Peones de limpieza pública, de 30 a 33 pesos.

Peones agricultores, de 30 a 33 ídem.

Peones jardineros, etc., iguales sueldos que los anteriores.

Servicio doméstico: hombres, de 12 a 15 pesos; mujeres, de 7 a 10 pesos.

(Estos sueldos son libres para el sirviente, pues van unidos a ellos la manutención y el lavado de ropa.)

Los informes que contiene el *Boletín*, con respecto al costo de la subsistencia en Camagüey, son también muy interesantes, comprobándose por aquéllos que la modicidad de la vida para un labrador o jornalero en la citada provincia permite a éste hacer notables ahorros sin tener que sufrir privaciones en su alimentación. Esos informes comprenden los precios de los artículos de primera necesidad, algunos de los cuales se venden igual que en Europa, como son: la carne, las judías, el arroz, etc.; y otros a precio más bajo, como el azúcar, el café, la batata dulce y otros tubérculos y raíces más nutritivos que la patata, siendo los precios iguales, con muy pequeñas diferencias, en todas las provincias de la isla.

También se dan a conocer los precios de las prendas de vestir de más uso para las clases obreras, precios que son notablemente más bajos y están más al alcance de los trabajadores que los que existen en otros países de la América latina adonde también se dirige la emigración española.

He aquí algunos de esos precios en pesetas, y sus fracciones:

Carne de buey, 0,50 pesetas libra.

Carne de vaca, 0,50 ídem íd.

Carne de novillo, 0,50 ídem íd.

Carne de ternera, 0,60 ídem íd.

Carne de carnero, 0,60 ídem íd.

Cane de cerdo, 0,90 ídem íd.

Tocino, 1 peseta libra.

Huevos, docena, 2 pesetas.

Pescado, 0,50 pesetas libra.

Pan de primera, 0,50 pesetas libra.
Harina de trigo de primera, 0,50 ídem íd.
Harina de trigo de segunda, 0,25 ídem íd.
Harina de maíz, 0,25 ídem íd.
Fideos de primera, 0,50 ídem íd.
Fideos de segunda, 0,50 ídem íd.
Arroz de primera, 0,30 ídem íd.
Judías, 0,40 ídem íd.
Garbanzos, 0,50 ídem íd.
Patatas, 0,20 ídem íd.
Boniatos, 0,12 ídem íd.
Vino de primera, 1,50 ídem íd.
Leche de vaca, 0,30 pesetas litro.
Café, 1,25 pesetas libra.
Aceite, 1 peseta.
Alcohol, 0,50 pesetas botella.
Fósforo, 0,10 pesetas caja.
Carbón, 2 pesetas saco.
Jabón, 0,30 pesetas.
Velas, 0,75 pesetas.
Sombreros de fieltro, 20 y 10 pesetas.
Pantalón de dril, 7,50 y 5 pesetas.
Chaqueta, 20 y 10 pesetas.
Botas, 17,50 y 7,50 pesetas.
Alpargatas, 2 y 1,25 pesetas.
Camisa de trabajo, 7,50 y 5 pesetas.
Calzoncillos, 4 y 2 pesetas.
Camisetas, 2,50 y 1,50 pesetas.

Según el *Boletín* a que nos referimos, el abono mensual de comidas para jornaleros en fonda es de 60 pesetas; pero esos abonos se obtienen también a más bajos precios, hasta a 50 pesetas, en las fondas de los ingenios, los cuales dan comida a los trabajadores. También suelen éstos reunirse en cuadrillas de 8 ó 10 individuos y hacer sus comidas en casas que, con ese objeto, les cede gratuitamente el central, comprando

ellos mismos al por mayor los artículos de consumo, con lo que obtienen alguna reducción en el costo de la subsistencia, no excediendo entonces ésta, para cada uno, de 8 ó 9 pesos al mes.

Por lo que hemos expuesto, se deduce que un jornalero o trabajador de campo, puede ahorrar fácilmente 150 pesos, trabajando doce horas durante ocho meses de labor, que es el tiempo que duran los trabajos de la zafra, y que esos ahorros pueden aún ser mayores si ese jornalero se halla en buen estado de salud para trabajar mayor número de horas durante el día, o si posee una práctica especial en las faenas del campo para hacer trabajos a destajo o por ajuste.

Cuba es actualmente uno de los países del mundo en que mejores jornales se pagan al trabajador de campo, con relación al costo de la vida para éste, y no creemos aventurado decir que no hay en América, incluyendo el Canadá y los Estados Unidos, otro país que ofrezca mayores ventajas al inmigrante para hacer rápidos y considerables ahorros, según se demuestra con los datos que ha publicado el *Boletín del Consejo Superior de Emigración* de España. Es de sentirse, por este motivo, que esos informes no sean publicados también por la Prensa de la Península, para encauzar de ese modo hacia el país más favorable al emigrante, la gran corriente de trabajadores que todos los años deja el suelo de España y se dirige a la América en busca de bienestar o de fortuna, o simplemente de trabajo por corto tiempo, para regresar a su pueblo con ahorros, al final de cada zafra.

***

Al regresar a la Argentina el Dr. Figueroa Alcorta, después de haber representado a su país en las fiestas del Centenario de las Cortes de Cádiz, ha hecho declaraciones respecto de España y de su rey, que comenta así un diario de Buenos Aires:

«El Dr. Figueroa Alcorta, que fue como embajador a las fiestas celebradas en España al cumplirse el primer centenario de las Cortes de Cádiz, llegó ayer a esta capital.

Las impresiones que trae de su viaje el ex-presidente son altamente satisfactorias en cuanto se refieren al afecto que se tiene en la madre patria por este país.

Ser argentino, o ir simplemente de la Argentina—dice el Dr. Figueroa Alcorta,—es en España la mejor carta de introducción. Allí no se encuentran más que amigos; y el argentino que llega a Madrid, cualquiera que sea su representación, puede considerarse en casa propia.

Don Alfonso manifestó al Dr. Figueroa que estaría resuelto a visitar la Argentina en el Centenario de la Independencia, esto es, dentro de cuatro años. En este sentido lo autorizó a que así lo dijera al Dr. Sáenz Peña, sin que por ello contrajera un compromiso formal, ni abriera una gestión diplomática que tal vez no sea oportuna.

El rey ha querido expresar, sencillamente—agrega el doctor Figueroa,—un sentimiento particular que podría quizá convertirse en un hecho oficial, llegado el caso.

En las conversaciones tenidas por el rey con nuestro embajador, S. M. demostró conocer muy detenidamente a la República en su comercio, en su industria y especialmente en las condiciones que ofrece al inmigrante.

Queriendo ratificar o ampliar sus informes, pidió datos bastante minuciosos de los territorios nacionales, de las comunicaciones que los ligan a la metrópoli y de las ventajas que prometen al capitalista y al colono.

El rey de España—refería el Dr. Figueroa Alcorta—posee una ilustración vastísima, y sobre todo, revela un espíritu superior en armonía con la época en que gobierna.

Hablando con Don Alfonso se tiene la impresión de que se habla con un gobernante moderno, que sabe lo que quiere y lo que debe hacer.

Si como rey tiene la plena conciencia de sus deberes, como hombre la tiene igualmente de la dignidad y el honor.

En el entierro del malogrado Canalejas—agrega el doctor Figueroa,—Don Alfonso dió la nota más gallarda y más simpática.

Me hallaba—dice nuestro ex-embajador—esperando en un balcón el paso del fúnebre cortejo. La multitud desbordaba en la calzada, apenas contenida por las filas de tropas tendidas a lo largo del trayecto. De pronto aquella masa humana se agitó como las olas del mar azotado por el huracán, y una exclamación intensa, colosal, hirió el ambiente.

En medio de la calle, solo, cortado del grupo de sus ministros, destacándose por el brillo del uniforme, elegido de intento llamativo, avanzaba el rey, casi codeándose con la multitud, sereno sin provocación, gallardo sin petulancia, tributando al jefe de su Gabinete, asesinado, la más noble, la más sentida manifestación de dolor y de cariño.

El pueblo de Madrid, al ver ese gesto de su rey, bravo sin jactancia, altivo sin soberbia, no pudo contenerse, y a la vuelta del cementerio lo arrebató, llevándolo hasta palacio en la mayor y más unánime de las apoteosis.

Cambiando de asunto, piensa el Dr. Figueroa Alcorta que ha llegado el momento de estrechar las relaciones que unen a España con la Argentina, estableciendo tratados que faciliten el comercio entre ambos países.

«No he cambiado al respecto—dice—una sola palabra con la gente del Gobierno, porque eso no era su misión; pero los periodistas y las personas particulares que lo visitaron le dejaron entender que España celebraría con júbilo cualquier medida que tendiese a ese fin.»

Estas palabras sinceras, dadas a conocer en el importante periódico de Buenos Aires *La Nación,* encierran cosas tan promisorias de grandes esperanzas, que deben ser un acicate para todos los hispano-americanos que se esfuerzan por convertir en realidad el tesoro sentimental que alienta sus esfuerzos.

Una visita hecha por el rey a la Argentina puede considerarse como el acto más trascendental de toda la labor americanista realizada hasta ahora. Don Alfonso es la representación egregia de la España nueva y el símbolo tradicional de una realeza secular que levantó el velo del misterio que envolvía el continente americano. España entera iría tras él.

VICENTE GAY,
Profesor en la Universidad de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Ocultismo: La Cábala y sus influencias.=Historia literaria: Periodistas y literatos en el siglo XVIII.=Criminología: Cómo se descubren los crímenes.=Ciencias naturales: Los ojos de las plantas.=Impresiones y notas: Entre la Tierra y Marte.—¿Hay alguna razón fisiológica para que el hombre muera?—Sin tartamudeo, ¡nada!—Valor educativo de la Gramática.—La enseñanza y los padres.

OCULTISMO

La Cábala y sus influencias.—B. Pick, en *Open Court*, de Chicago, estudia con raro dominio de tan abstrusa materia, lo que es la Cábala y sus relaciones e influencias. La esencia suprema de la Cábala es el *En Soph* (lo infinito, lo ilimitado), representando, por esta ilimitación, propia de su naturaleza, una unidad absoluta e inescrutable, inmanente en todas sus manifestaciones; del *En Soph* nada puede decirse, fuera de esto, sino que no puede ser comprendido por la inteligencia, ni menos descrito por la palabra.

Como el *En Soph* no puede formar por sí objeto de conocimiento, por ser lo incognoscible, se manifiesta mediante diez *Sephiroth,* inteligencia, radiaciones y emanaciones, que en su complejidad representan el *Adam Kadmon*, el hombre-arquetipo, que es una primera manifestación, intermedia entre Dios y el mundo, un *segundo Dios*, una *divina palabra* (Logos, el

verbo). Según las más recientes investigaciones cabalísticas, del *En Soph* proceden cuatro emanaciones o mundos, «del mismo modo que el punto produce la línea, la línea el plano, y el plano el espacio», y cada una de estas emanaciones o mundos tiene su jerarquía en los diez *Sephiroth*; el mundo *de las emanaciones* contiene los poderes divinos; el mundo *de las creaciones* es asiento de la santidad y de las perfecciones morales; el mundo *de las formaciones* es sede de los ángeles; y el mundo *de las acciones* está constituído por la materia limitada del espacio, y es perceptible por los sentidos.

El Universo, constituído por estos mundos, se completa con la creación del hombre, microcosmo que reúne en sí la totalidad de las creaciones, a semejanza de Adam Kadmon. El cuerpo del hombre no es más que el revestimiento de su principio espiritual, es el *Merkaba* (el carro divino); el elemento espiritual del hombre es de triple naturaleza: *nephesh* (vida), inmediatamente ligada al cuerpo, y causa directa de sus funciones inferiores, instintos y vida animal; *ruach* (alma), asiento del bien y del mal, de la conciencia moral y de los sentimientos; y por último, *neskama* (espíritu), el más alto grado de la criatura humana, el que la permite unirse a Dios. El alma es eterna, y se reviste hasta tres veces del cuerpo para alcanzar la experiencia que la permite gozar la eterna contemplación del esplendor de Adam Kadmon. Para el alma, cada reencarnación es un sacrificio, y así implora a Dios: «¡Señor del Universo! Soy feliz aquí (sin el vestido corporal), y no deseo ir a otro mundo, donde seré esclava y estaré expuesta a toda clase de contaminaciones.»

La parte más conocida y característica de la Cábala es la exegética, el modo de interpretar las Sagradas Escrituras. Para la Cábala, el sentido literal de la Biblia no tiene ningún valor; el sentido real de las palabras contenidas en el Antiguo Testamento sólo se descubre mediante manipulaciones especiales de hermenéutica cabalística. Los principales procedimientos de la Cábala son tres: la *Gematria*, o arte de descubrir

el sentido recóndito de los textos mediante los equivalentes numéricos de las letras; el *Notarikon*, que consiste en tomar cada letra de cada palabra como inicial o sigla de otra palabra, y el *Temurah*, o permutación, consistente en substituir una letra de una palabra por la que la sigue o la precede en el alfabeto, después de haber sometido éste a especiales trasposiciones. Con estos tres procedimientos, la Cábala llega a penetrar el verdadero sentido de las revelaciones bíblicas.

La influencia ejercida por la Cábala en el judaísmo, deriva precisamente de su especial exégesis y de la negación de toda interpretación de las Sagradas Escrituras que no arranque de las reglas de la hermenéutica cabalística. La concepción monoteista de la figura bíblica de Jehová, creador y regulador del mundo, aparece desfigurada por la Cábala con tintes paganos politeístas; la unidad de Dios resulta despedazada en los diez Sephiroth, que poco a poco se divinizan. Este influjo de la Cábala, alcanzando a rechazar todo sistema filosófico y toda literatura, se ha traducido en la formación de varias sectas, la última de las cuales fue la de los *Chassidim*, fundada por Baal-Shem en 1740, y que llegó a seducir con sus Tsaddik (santones) en una oleada de fanatismo, a gran número de judíos de Polonia y de Galizia.

El mismo Cristianismo ha sido en ocasiones influído por la Cábala, viendo en sus misteriosas reglas la ciencia destinada a fundir las doctrinas del Antiguo Testamento con las del Nuevo. La orientación del Cristianismo hacia la Cábala se acentuó al notarse que a través de las enseñanzas cabalísticas, grandes personajes judíos (como Pablo de Heredia de Aragón, Pablo Ricci, G. Corrado Otto, J. Esteban, Rittangel, etc.), se convertían a la religión cristiana. La fascinación ejercida por las misteriosas manipulaciones de la Cábala, fue sentida por inteligencias tan excepcionales y tan cristianas como las de Pico de la Mirandola, Reuchlin y el franciscano Pedro Galatino, para no citar sino los más eminentes.

Sólo más tarde, la preponderancia de los problemas religio-

sos y eclesiásticos con sus repercusiones políticas, al dar impulso más positivo a la mentalidad humana y más sustancial fundamento a los estudios, hizo decaer la Cábala. Por otra parte, gracias a los trabajos, cada vez más profundos, de la enseñanza cabalística, y, sobre todo, a la obra de Knorr de Rosenroth, que tradujo y publicó en latín en Francfort todas las escrituras de la Cábala, se empezó a comprender que entre ella y el Cristianismo nada había de común, y que la Santísima Trinidad nada tenía que ver con la primera triada de los Sephiroth, y que la unidad de Dios era incompatible con las diez divinidades cabalísticas, aunque emanaran de un principio informador único, imposible de comprender ni de expresar.

En la doctrina que influyó también la Cábala fue en el neoplatonismo, especialmente en cierta tesis monista, que no ha dejado de influir en las escuelas filosóficas modernas. Pero donde el influjo de la Cábala es más perceptible es en el magismo antiguo y moderno: la Cábala tiene un contenido mágico considerable en sus fórmulas y en sus procedimientos, y no es extraño que haya influído hasta en las prácticas ocultísticas. El estudio de la Cábala, bastante abandonado hoy, no deja, sin embargo, de excitar la atención de los investigadores sin prejuicios, ganosos de sacar partido del fruto de los pacienzudos y abstrusos trabajos de tantas generaciones de sabios.

HISTORIA LITERARIA

Periodistas y literatos en el siglo xviii. — En el siglo xviii puede decirse que se realizó la evolución del periodismo, pasando a ser, de profesión despreciable, profesión honrosa y conveniente.

El Abate La Porte, en su *Viaje a la morada de las sombras*, hace hablar así en 1751 a Desfontaines, lamentando no ser recibido en el hotel de la Sra. de Lambert: «Yo no era académico ni podía lisonjearme de serlo nunca; el oficio de periodista

es título de exclusión. Y es que, en efecto, se mira esta profesión como la más vil de la literatura, como una mancha original y un ejercicio villano, impropio de la nobleza literaria de que hay que hacer prueba para entrar en la Academia.»

A los ojos del mismo Voltaire, los periodistas son los que componen esa «canalla de la literatura», tantas veces fustigada por su pluma mordaz. Rousseau, al saber que su amigo Vernes piensa fundar un periódico, procura apartarle de tal propósito: «Siento, le dice, ver hombres hechos para levantar monumentos, contentarse con llevar materiales, y de arquitectos convertirse en peones de albañil. ¿Qué es un periódico? Una obra efímera, sin mérito y sin utilidad, cuya lectura, descuidada y despreciada por los literatos, no sirve sino para dar a las mujeres y a los tontos vanidad sin instrucción, y cuya suerte, después de haber brillado por la mañana en el tocador, es morir por la noche en el orinal.» Diderot no es menos duro: «Todos esos papeles, dice, son el pasto de los ignorantes, el recurso de los que quieren hablar y juzgar sin leer, la plaga y el asco de los que trabajan.» Para Grimm, «esa multitud de hojas periódicas son la ruina de las letras». Favart, a pesar de su buen carácter, se exalta hablando de los periodistas: «Son otros tantos perros bajo la mesa de su amo, esperando que les echen huesos que roer; se los disputan entre sí, y después de hartarse de ellos, hacen un sábado del diablo bajo la mesa, mordiendo las piernas de quienes los sostienen.» Para justificarse Brissot de hacerse periodista, dice: «Bayle ha sido preceptor de niños, Postel galopín de colegio, y Rousseau lacayo de una marquesa; bien puedo yo ser gacetillero; honremos el oficio y no me deshonraré.» Delisle de Sales, en su *Ensayo sobre el periodismo de 1735 a 1800*, define la profesión como «la necesidad de desvariar junta con la necesidad de morder»; los periodistas son «una secta antiliteraria, audazmente abyecta, de la que la sola existencia pública es un delito y el nombre una injuria, secta que sólo existe por el vicio y sólo se sostiene por el ridículo».

Mauricio Pellisson explica en el *Mercure de France* este disfavor del periodismo por el carácter crítico y hasta satírico de la Prensa de entonces, molesta para todo escritor, por restarle lectores con sus juicios y con sus noticias. La política estaba casi vedada, y el gusto aristocrático de los literatos se avenía mal con los aires populacheros del periódico. Pero el motivo principal del desdén y del desprecio con que se miraba al periódico era la insignificancia real del mismo. La *Gazette*, la decana, fundada en 1631, podía suministrar materiales para la Historia; pero no hay que ver sino los nombres de sus directores, Renaudot, Verneuil, padre e hijo, la Bruère y Meslé, para comprender su valor literario. El *Journal des Savants*, decano de la prensa científico-literaria, fundado en 1665, es seguramente una colección hecha con cuidado; pero sus directores, Sallo, Gallois, la Roque y el presidente Cousin, no son ciertamente nombres imponentes ni mucho menos. El *Mercure Galant*, fundado en 1672 por Donneau de Visé, respondía al tipo de los actuales *magazines*, y la Bruyère lo juzgaba diciendo, con excesiva severidad, que «estaba inmediatamente debajo de la nada». Desfontaines, en 1730, fundó el *Nouvelliste du Parnasse*, tan picante y agresivo, que fue suspendido a los dos años, mereciendo su fundador el desprecio de todos, por sus costumbres fangosas y su cínica venalidad. Prévost hubiera podido, con su *Pour et Contre*, dar cierto lustre al periodismo; pero se cansó pronto y convirtió su periódico en un revuelto *pot-pourri*. Este nombre y el de Bayle, que fundó y sostuvo tres años las *Nouvelles de la République des Lettres*, son los nombres más ilustres de los cultivadores del periodismo; los demás son tan oscuros, que no suenan nada. ¿Cómo extrañarse del desdén con que se les miraba?

Al lado de los diarios impresos, sin gloria, pero no indignos de aprecio, había los manuscritos, las *gacetillas*, como entonces se las llamaba. El personal que las componía se reclutaba entre los desheredados, pasantes despedidos, curas privados de misa, estudiantes sin recursos, aventureros, lacayos, espías

de policía, rateros y mujeres más o menos perdidas, gente sin vergüenza, capaces de mentir y difamar por cuatro ochavos, siempre hambrientos e insaciables, como decía — lo dejamos en latín — la *Gaceta Burlesca* en 1649: «Sunt quatuor quæ numquam dicunt satis: mare, vulva mulieris infernus et bursa gazetarii.» Estas *gacetillas* corrían de mano en mano, sin que ni órdenes ni leyes ni persecuciones pudieran acabar con ellas; los *nouvellistes à la main* pululaban, a pesar de azotes, postes, destierros, cárceles y galeras. El Gobierno se convenció de que era preferible domesticar la fiera, y el conde de Argenson, y luego Hérault y Marville, lugartenientes de policía, compraron a los periodistas, lo que no impidió, como es natural, que hubiera gacetillas de contrabando.

Claro es que si el oficio no hubiera sido lucrativo, no se hubiera encontrado a nadie que lo ejerciera; pero lo era. El abono a la hoja de Dubreuil en 1728 era de 6 libras al mes por cuatro páginas en 4.°, y 12 por ocho; era el término medio: 12 libras al mes son 144 al año, unos 500 francos, valor actual. Los gacetilleros de segundo orden aceptaban suscripciones a 3 libras mensuales; pero en cambio había *gacetillas* que costaban 600 libras, unos 2.000 francos de nuestra moneda, al año. Con 20 suscripciones, cosa fácil de hacer, sin más gastos que los copistas, el negocio era excelente. Los periódicos impresos daban también una buena renta: Renaudot confiesa que la *Gazette de France* le había valido unas 12.000 libras anuales; después bajó esta cifra, y Verneuil no sacaba en 1749 más que 8.000 libras, y vendió la propiedad al presidente Orillon en 100.000; del *Mercure* sacaba Davoust, limpias, de 21 a 22.000 libras, y el *Año literario* producía a Freron 20.000; según Brissot, Linguet ganó más de 100.000 francos con sus *Anales*.

El Gobierno, sabedor del éxito de estas empresas, quiso sacar partido de ellas, y no las autorizó sino a condición de que parte de los beneficios se distribuyera en pensiones a los literatos, y éstos fueron entonces, poco a poco perdiendo su repugnancia al periodismo. La influencia que por la propaganda

se ejercía en el público era otro aliciente, y así decía Brissot que «no veía en los papeles públicos sino canales abiertos para la razón y la libertad». Marmontel se hizo cargo de la dirección del *Mercure* en 1758; Grimm estuvo un momento al frente del *Journal Étranger*, y el mismo Voltaire no se desdeñó de enviar artículos al *Journal Enciclopédique* y a la *Gazette Littéraraire*, y hasta pensó, según Malesherbes, en fundar una revista.

Los horizontes de la prensa periódica se iban por otra parte ensanchando y elevando; y con el *Journal économique* y las *Ephémérides du citoyen* iban apuntando cada vez más alto y con más seriedad; el periodista se convertía en publicista, ganando en crédito y en influjo. Hasta las gacetillas manuscritas mejoraron, y entre los gacetilleros figuraron Favart, Grimm y la Harpe. De 1750 a 1780, los progresos del periodismo son innegables: mejor hechos los periódicos y mejor vistos los periodistas. la opinión se rehizo, y en 1771 y en 1774 la Academia admitió en su seno a Arnaud y Suard, sin más títulos que sus artículos de periódico. Así se explica que en 1785 dijera el duque de Nivernois en la recepción de Target: «En un tiempo en que el progreso de los conocimientos inspira a todo el mundo el gusto y la emulación del saber, pero en que no todo el mundo tiene tiempo ni paciencia para estudiar, los periódicos son útiles, quizá hasta necesarios, y el empleo de periodista es digno de ser ejercido por los mejores espíritus. Sí; el periodista ejerce una especie de ministerio público y legal; es un relator que, después de haber hecho el inventario de los materiales cuya sustancia saca, no puede, sin prevención, disfrazar nada, exagerar nada ni omitir nada. El que, no perdiendo jamás de vista sus deberes ni la dignidad de su empleo, no ofrece al lector sino análisis exactos y precisos, resultados claros y legítimos, conclusiones juiciosas e imparciales, ése merece el reconocimiento de los autores, de los lectores y de la república de las letras.» ¿No es verdad que hoy mismo, siglo y medio después, podían repetirse estas palabras del du-

que de Nivernois sin quitar una letra, y con mucho mayor motivo que entonces? ¡Qué distancia tan enorme en el concepto público del periodismo! Pero también... ¡de cuántos y cuántos periodistas puede todavía decirse, por desgracia, lo que decía Favart!

CRIMINOLOGIA

Cómo se descubren los crímenes.—El criminal moderno se va transformando con el tiempo, asimilándose todos los progresos y utilizando todos los adelantos: el falsario y el envenenador son químicos consumados, el ratero conoce perfectamente todos los secretos de la mecánica y de la electricidad, y el asesino tiene su patente de automovilista, y maneja maravillosamente los brownings más perfeccionados. La sociedad estaría perdida si no se dispusiera de medios para garantizar la seguridad pública. El verdadero policía moderno, dice el Dr. Neuville en *La Revue,* es el médico legista, versado en todas las disciplinas del humano saber, antropología, anatomía, fisiología, física, química, fotografía, microscopia, análisis orgánicos e inorgánicos de todo género. El público no lo conoce; profesor de Universidad o de Instituto, encerrado en la modestia de su laboratorio, se llama Lacassagne, Bertillon, Reiss, Weingart, Gross, Frecon, Masson, Balthazar, Masaryk. Casi nunca se le nombra en los procesos célebres, pero él es él más temible enemigo del crimen, descubriendo, identificando y confundiendo a los culpables. Neuville cita al efecto numerosos ejemplos.

En una casa de aspecto sospechoso del pasaje de los Maturinos, en el Havre, vive una marsellesa de treinta y cinco años, morena y fuerte marimacho que aloja en los dos pisos de la casa parroquianos de ocasión. La policía la vigila porque recibe falsarios y aventureros, y vende ilícitamente tabaco y licores. Los vecinos cuentan que tiene una hucha y que hace dinero. Ella está en guardia, y en cuanto el día declina, echa el

cerrojo a puertas y ventanas; de día vigila la vivienda un soldado viejo, que se marcha por la noche. La marsellesa se emborracha con frecuencia.

En la noche del 10 de Octubre de 1909, un gendarme retrasado quiere hacerse abrir, y se sorprende al ver que la puerta cede y se abre. Entra, y a la luz de una cerilla ve a la patrona con la cabeza y los brazos echados sobre la mesa. La empuja con la mano, y ésta se cubre de sangre. Se fija, y ve que la mujer ha muerto. Se advierte a la justicia, y el juzgado se presenta, acompañado del médico forense. La puerta de entrada ha sido fracturada; se miden los astillados que presenta. En una astilla hay sangre, lo que hace suponer que el asesino ha debido herirse. En el corredor no hay señales de pasos, sino sólo algunas huellas de sangre, lo mismo que en la pieza donde se ha cometido el asesinato, durante el sueño de la víctima. El especialista pasea su microscopio sobre las diferentes huellas del crimen.—¿Cuál es el último barco que ha entrado en el puerto?—pregunta.—El *Donna María*, de Sicilia.—Esa mujer —dice el forense sin vacilar—ha sido asesinada por un individuo zurdo, con un pequeño bigote. Debe haber llegado al Havre en el *Donna María*. Es un hombre de más de cinco pies y seis pulgadas. Conocía a la patrona y ha debido vivir aquí en otro tiempo. Sabe que se embriaga con frecuencia. Ha entrado con fractura de la puerta, ha matado a la dormida por temor de que se despertara mientras la robaba, y se ha marchado, creyendo no dejar ningún indicio. Quizá tiene todavía en el bolsillo un cabo de vela que ha encendido.

Se envía al inspector al puerto para registrar el *Donna María*, y entretanto el forense explica sus afirmaciones: «El asesino se ha herido en la puerta, al entrar. La astilla manchada de sangre me ha hecho suponer que es zurdo. Al lado de la sangre ved en el suelo las escurriduras de una bujía. El hombre tenía la vela en la mano derecha, y en la izquierda el instrumento del crimen, probablemente un rompecabezas. Le estoy viendo: sigue el corredor después de haberse hecho un ara-

ñazo en la puerta; entra, ve a la mujer dormida y la da un golpe en la cabeza con su arma; la cree muerta, y va en busca del dinero al armario, donde su mano herida deja ligera mancha de sangre; en seguida acabé de convencerme de que era zurdo, por haber abierto el mueble con la mano izquierda. Las huellas de la bujía, examinadas al microscopio, han probado que era semejante a las que fabrican en Sicilia; he recordado este detalle gracias a la colección Bertillon, que tiene muestras de todas las bujías del mundo. En esas mismas huellas he encontrado dos pelitos rojos, evidentemente del bigote, que el asesino se ha arrancado mordiéndose el bigote por un movimiento reflejo. Nada, pues, más sencillo que deducir que el asesino es zurdo, tiene bigote rubio y viene de Sicilia.

Poco después llegó el inspector con un individuo maniatado, Foforazzo, pasajero del *Donna María*. El médico le tendió un papel y lo cogió con la mano izquierda; le miró la mano, y la tenía herida; le registraron, y tenía todavía el cabo de vela en el bolsillo. Foforazzo confesó, y fue condenado y ejecutado. La criminología le había descubierto.

Una linda cantante de café, de Berlín, Kate, muchacha arreglada y prudente que aspiraba a entrar en la Ópera, apareció una noche de Diciembre asesinada en su cuarto, extendida en la cama, con el torso desnudo, huellas de dedos en torno del cuello y una oleada de sangre escapándose del brazo izquierdo; entre los dedos tenía varios pelos de barba, largos y negros, y en el lecho había una esponja que olía todavía a cloroformo; pedazos de vidrio estaban esparcidos por el suelo. El forense envió su informe al juez de instrucción al día siguiente. Afirmaba que el asesinato había sido cometido por un médico muy alto, delgado, con barba negra, y cuyos dedos ofrecían la particularidad de ser tan largo el índice como el medio, y ambos un centímetro más largos que el anular; llevaba calzado claveteado, padecía la enfermedad del sueño, y tenía que tener una profunda incisión en el antebrazo izquierdo. Este médico, que debía proceder del Congo, sabía que los hechiceros del país

creen que la enfermedad del sueño puede curarse bebiendo sangre pura de una joven o de un niño. Los trozos de cristal hallados en el suelo eran fragmentos de un tubito de los que se emplean para trasvasar la sangre; examinados al microscopio, se vió contenían trypanosomos, gérmenes de la enfermedad del sueño; procedían, sin duda, del médico, y revelaban que se habían extraído del brazo para la transfusión.

Con estos datos era fácil reconstituir el crimen: el médico había visto a la cantante, y la habría propuesto la transfusión; a su negativa, obsesionado por el deseo de curarse, el médico acecha la llegada de la cantante, escondido en su cuarto; la deja acostarse y la aplica el cloroformo; corta la arteria braquial de la joven y la suya, y procede a la transfusión; pero Kate se despierta, y el médico, exasperado, la estrangula; al huir se le escapa la pipeta de transfusión, y la pisa; escapa, pero deja en el cuello las señales de sus dedos; entre los dedos de Kate, pelos de su barba; en la tupida alfombra, huellas de sus pasos, y en los cristales, microbios de su enfermedad. La precisión de los datos sirve de guía a la policía, que no tarda en hallar, a los dos días, un individuo procedente del Congo, médico, con la enfermedad del sueño y con el brazo vendado. Confesó su culpa, y no llegó a comparecer ante el tribunal, porque murió en el hospital antes de que se viera la causa.

En un castillo señorial, cerca de Baden-Baden, la baronesa de E ***, su propietaria, guardaba una colección de esmeraldas maravillosas, tesoro de familia encerrado en una caja de caudales, incrustada en la pared del dormitorio de la baronesa, y oculta por un tabique movible, que se corría por un resorte secreto. Una mañana, el Dr. W *** fue llamado por teléfono. Habían robado las esmeraldas; el tabique estaba corrido, y la caja vacía. Aquella noche, la baronesa había dormido con sueño pesado, y al despertarse, se encontró robada. El doctor avisó a la policía, y acudió con sus ayudantes, que llevaban varios paquetes y un dinamómetro Bertillon. Quitó el tabique y desatornilló la cerradura de la puerta de la habitación; dió

orden de no dejar salir a nadie del castillo, y rogó a la baronesa que le dejara examinar unas gotas de su sangre; la baronesa, aunque sorprendida, dejó hacer, y el doctor la picó junto a la uña del pulgar, y recogió unas gotas de sangre en una placa de cristal. Preguntó después por qué estaba abierta una de las ventanas, y la baronesa dijo que lo ignoraba; pero que de ordinario estaba cerrada por la noche. Luego examinó la puerta de la caja, hizo quitar la cerradura y la sumergió en una cubeta donde había echado el líquido de tres frascos, traídos por sus ayudantes, analizando el resultado al microscopio. Tras esto, el doctor dijo, después de meditar un poco:

—Las esmeraldas han sido robadas por un hombre y una mujer, uno de los cuales vive en el castillo; el hombre es cojo, tiene la pierna derecha más corta que la izquierda. La mujer es anémica. El embotamiento sufrido por la baronesa ha sido producido por el gas azótico, que han hecho pasar por el agujero de la cerradura del dormitorio. Cuando su acción se ha hecho sentir, los ladrones han entrado en la pieza, y conociendo el secreto del resorte, han abierto el tabique, valiéndose luego del gas acetileno para abrir la caja; luego han dejado la ventana abierta para que saliera el gas, pues no eran asesinos. La mujer es anémica, y tiene un eczema; el hombre lleva medias de lana gruesa gris, y es ambidestro. ¿Hay en el personal del castillo alguien que responda a estas indicaciones?

Se pasó revista a la servidumbre, sin resultado; se inspeccionaron las habitaciones, y al fin se encontró en un cajón una de las sortijas de esmeraldas con un frasquito en que había algo de cloroformo. El doctor examinó al criado que vivía en aquel cuarto; era el sumiller, un hombrecillo obeso, de cinco pies de alto, que se quedó asombrado del hallazgo. El doctor tomó la sortija con pinzas, echó en la piedra unos polvos de un paquete traído del laboratorio, sopló y dejó al descubierto en la esmeralda una ligera huella de dedos casi imperceptible; sometió el frasquito a la misma operación, y en el cristal aparecieron huellas de los mismos dedos. Comparó estas huellas con

las del sumiller, y afirmó que éste no había tocado la sortija.

En esto entró un inspector para decir que un lacayo, que estaba fuera, acababa de regresar.—¿Es alto?—preguntó el doctor.—Muy alto.—Detenedle inmediatamente y arrestad a su novia.—Pero ese hombre no es cojo—objetó la baronesa, y es muy buen servidor.—¡No importa!

Trajeron al lacayo.—Coged esa silla—dijo el doctor,—y levantadla primero con una mano y luego con la otra.—Nada más fácil—dijo el hombre,—pues manejo lo mismo las dos.—Está bien, descálcese.—El lacayo tenía el talón derecho mucho más alto que el izquierdo; cojeaba, y se comprobó que llevaba medias de lana gris. Le llevaron a otra habitación y trajeron a su novia.—Veamos esos dedos—dijo el doctor.—¡Ah! El anular está con un trocito de piel levantada.—La mujer se turbó. El doctor la picó ligeramente el pulgar, y recogió unas gotas de sangre en la placa de cristal examinándolas al microscopio: era sangre de anémica, igual a la encontrada en la sortija. —¡Ahí tiene usted a los ladrones!—dijo a la baronesa.

Y explicó sus manipulaciones: «Las persianas estaban intactas; por allí no habían entrado. Había usted sentido gran pesadez de cabeza; supuse que la habían anestesiado. Desatornillé la cerradura de la puerta, y vi en ella las señales de corrosión que produce el ácido azótico. Saqué a usted una gota de sangre, y en sus glóbulos noté la absorción de ázoe. Usted había sido anestesiada por el gas metido por el agujero de la cerradura. El dinamómetro me ha dado la convicción, por sus pesadas, de que la fractura se ha cometido por un hombre que manejaba un cincel con las dos manos; luego el ladrón era ambidestro; otras pesadas más débiles revelaban manos de mujer. El suelo había sido encerado la víspera; observé con el microscopio residuos de lana gris; las huellas de los pasos eran de presión desigual; luego el ladrón cojeaba. En cuanto a la mujer, se ha vendido dejando huellas de su sangre y un trocito de la piel de su dedo anular en el tabique de madera al correrlo; el examen de esa piel y de esa sangre me demostró que se trataba

de una anémica eczematosa. Todo se ha comprobado. ¿Dónde habéis enterrado las esmeraldas?

El lacayo se quedó estupefacto.—¿Y cómo sabe usted que las hemos enterrado?—Por vuestras uñas, que todavía conservan restos de tierra.—¡Usted es brujo!—dijo el criado asustado.

Y confesaron que habían escondido las alhajas al pie de un árbol del jardín. Allí se encontraron, en efecto, sin que faltara más que la sortija que habían escondido en otro sitio para despistar. El ladrón resultó ser un escapado de presidio, que había entrado al servicio de la baronesa con el propósito de robarla. Los ladrones fueron condenados a trabajos forzados.

Y esos son los servicios de la criminología y de los forenses estudiosos. ¡Oh! ¡Si hubiera muchos así!

CIENCIAS NATURALES

Los ojos de las plantas.—El profesor Gottlieb Haberlandt, del Instituto Botánico austriaco de Gratz, en Stiria, ha hecho un descubrimiento que en el mundo de las ciencias naturales constituye una revelación inesperada. Más que descubrimiento, pues la cosa en sí era conocida ya, se trata de una afirmación: la de que muchas plantas están dotadas de vista.

Como se trata de un sabio concienzudo, cuyos trabajos gozan entre los especialistas de particular estimación, fuerza es levantar acta de lo que dice, aunque no se acepte por su solo dicho, para estudiarlo y controvertirlo. Hay muchas plantas, según él, que, a juzgar por los resultados de largas y repetidas observaciones, pueden compararse a ciertos animales inferiores en cuanto a los órganos de la vista, siendo sus células epidérmicas en realidad otros tantos lentes convexos tan perfectos como las facetas del ojo del insecto.

Sabido es que la mosca común tiene conformados sus ojos de tal manera, que constituyen un poliedro con más de 4.000 facetas, número que en la mariposa llega a 17.000. Pues bien; en los vegetales, cada una de estas facetas tiene por análoga una

célula de la hoja, resultando en ambos casos la reproducción de una cantidad infinita de imágenes reflejadas en el foco visual. Un bosque, desplegando su lujuriosa vegetación al sol, recogería así los rayos solares de multitud de espejos, formando cada célula epidérmica una lentícula distinta.

Esta visión no es consciente para las plantas, como tampoco el insecto tiene conciencia de lo que se pinta en cada una de sus facetas oculares; pero existe indiscutiblemente según Haberlandt, que lo ha demostrado fotografiando partes minúsculas de la epidermis del limbo con ayuda de un aparato combinado con el microscopio. Estos experimentos, corroborados por el Dr. Nutall, de Londres, y por el Dr. Haroldo Wager, han permitido reconocer en cada una de las células epidérmicas imágenes muy claras de los objetos dispuestos a diferentes distancias, hasta de personas y de casas. De esto puede deducirse, según estos botánicos, que las plantas tienen verdaderos ojos, comparables a los rudimentarios de las abejas y de ciertos himenópteros, lepidópteros y dípteros, que les permiten distinguir en la penumbra lo que se ofrece a su vista con poco alejamiento. Haberlandt ha notado más especialmente estos ojos rudimentarios en las hojas del sicomoro, del erablo de Noruega y del acanto del Perú.

Los ojos de las plantas se distinguen, no obstante, notablemente de los ojos de los insectos, en que no tienen pigmento; pero queda por probar el papel de éste en la visión, y hasta qué punto la clorofila, esa materia verde de las células de la hoja, no suple al pigmentum. Ya se verá en las investigaciones que Haberlandt y sus colegas siguen haciendo. Pero lo dicho basta para demostrar la analogía de las especies vegetales y animales en apoyo de la teoría de la homogeneidad de la vida en los diversos dominios de la Naturaleza.

Nosotros creemos, sin embargo, que las conclusiones sacadas por Haberlandt de los fenómenos citados son, por lo menos, prematuras. No hablemos de visión consciente, porque esa, probablemente, la tiene sólo la especie humana. Hablemos

de visión activa, pues la visión pasiva la tienen también los minerales, reduciéndose a la receptividad de los rayos luminosos y a su mayor o menor reflexión. Porque un espejo refleja lo que tiene delante, ¿vamos a decir que ve? Porque una piedra recibe los rayos solares o las imágenes más o menos confusas, según su mayor o menor pulimento, de las cosas circundantes, ¿vamos a decir que goza de visión? Sería una conclusión exagerada. Una piedra se calienta y se enfría, se humedece y se seca, brilla y se pone opaca, sin que por eso podamos decir que percibe ninguno de esos fenómenos; es sensible al calor y al frío, pero no lo siente activamente. Y lo mismo ocurre con la pretendida visión de las plantas.

IMPRESIONES Y NOTAS

Entre la Tierra y Marte.—El profesor Pickering, de la Universidad de Harward, ha estudiado en la *Scena Illustrata*, de Florencia, los medios propuestos para entrar en comunicación con los habitantes de Marte, si es que existen como nos lo hacen suponer ciertos fenómenos, observados por los astrónomos, que parecen relacionados con la ejecución de grandes obras de que solo son capaces seres inteligentes y poderosos.

Estos medios de comunicación son cinco: 1.° El método eléctrico, basado en el principio de la telegrafía sin hilos. Como hasta el presente no se han podido obtener sino mensajes a 6.000 kilómetros de distancia, y se necesita extenderlos a una distancia 10.000 veces mayor, no hay que pensar en utilizar este medio por ahora, ni probablemente nunca. 2.° El empleo de una hoguera potentísima, que durante la noche pudiera llamar la atención de los supuestos marcianos. Este procedimiento es puramente teórico, pues es casi del todo impracticable. 3.° Producir sobre un plano blanco un punto negro que desaparecería y reaparecería alternativamente. Este plano, para ser visto desde Marte con instrumentos o aparatos ópticos semejantes a los nuestros, necesitaría ser de 50 kilómetros

de diámetro; aun en este caso, el punto negro aparecería gris por la atmósfera; Pickering parece también rechazar este método, pero nosotros no vemos razón valedera para que no se ensaye; en la Tierra tenemos muchos espacios llanos de esa y de mayor dimensión, en los que sin dificultades insuperables podría ensayarse la comunicación; con que cualquier Carnegie o Rockefeller que pueda tirar unos millones, muy pocos, sin detrimento grave de su fortuna, se anime a dedicar al ensayo la suma necesaria, podíamos asegurarnos de la eficacia o ineficacia de este medio. 4.° Imitar en la Tierra, por medio de grandes plantaciones, las figuras que observamos en Marte; por ejemplo, los canales marcianos. Este medio sí que es largo, difícil, inadecuado e ineficaz. 5.° El último procedimiento por el que Pickering se decide es el de construir grandes reflectores de la luz solar para lanzar los reflejos hacia Marte. Para esto se necesitaría una superficie de un kilómetro cuadrado de espejos, con los que se obtendría un haz luminoso que tendría el brillo de un astro de cuarta magnitud a la distancia de cien millones de kilómetros. Con uno solo o con varios de estos reflectores cabría establecer la comunicación si los marcianos lo veían y querían y podían contestar. Siempre en el supuesto de que los marcianos existan.

***

¿Hay alguna razón fisiológica para que el hombre muera?—R. Shirley, en la *Occult Review*, de Londres, contesta resueltamente que no, apoyándose en los estudios hechos por Carrington y Meader en su obra *La muerte.—Sus causas y fenómenos.*

La ciencia no ha dado todavía una explicación de la vida, y claro es que no sabiendo resolver el problema magno de la vida, menos puede resolver su natural consecuencia, el problema de la muerte o de la cesación de la vida. La Fisiología se ingenia lo que puede en explicarnos los fenómenos de decadencia del cuerpo, la vejez con todos sus achaques; pero, ¿por

qué el hombre deja de vivir en determinado momento? No lo sabe.

Para Carrington, el cuerpo humano es un instrumento a través del cual se transmite la *fuerza vital*. Cuando el cuerpo pierde la aptitud para vibrar en correspondencia con las vibraciones de la fuerza vital, ésta, no pudiendo servirse ya de este instrumento, se extingue. La muerte sobreviene, no porque se empobrezca la fuerza vital inicial, sino porque a sus manifestaciones, por medio del cuerpo, se oponen obstáculos dependientes del ambiente físico. La recepción de la fuerza vital por el cuerpo puede estimarse como una *concentración de energía* a semejanza de la concentración de un haz de rayos solares por una lente; la descomposición del cuerpo no indica la extensión de la fuerza vital, como la rotura de una lente no indica la desaparición del sol. Cómo el cuerpo absorbe esa fuerza, eso es lo que no se sabe. La Teosofía tiene su solución, y la ciencia debe ocuparse seriamente de los fenómenos mesméricos y mediánicos, para resolver o encauzar estos problemas.

*
* *

Sin tartamudeo, ¡nada!—Tiene gracia la anécdota que, contada por Monselet y repetida por Mauricio Boisard en el *Mercure de France*, se refiere al tiempo en que Néstor Roqueplan dirigía el teatro de Variétés, de París.

«Una mañana se presentó a Roqueplan el vaudevillista Boulé, para leerle una obra que acababa de componer. Roqueplan se resignó y tomó en el sofá su postura habitual. Boulé era muy tartamudo, y Roqueplan no lo sabía. Apenas hubo empezado la lectura, Roqueplan murmura lanzando una bocanada de humo:

—¡Hola! ¡Un tartamudo! ¡Es bastante original!

Boulé no le oyó o fingió no oirle, y continuó su lectura. Al cabo de algunos instantes, cuando salió otro personaje a escena, Roqueplan murmuró de nuevo:

—¡Ah, ah! ¡Dos tartamudos! ¡Muy bien!

Boulé no oía nada, siempre entregado a su lectura. Cuando hubo acabado, Roqueplan le dijo:

—¿Sabe usted que es una idea original la de hacer tartamudear a todos vuestros personajes?

—Pe... pe... pero si no tar... tarta... tartamudean—replicó Boulé desconcertado.—Soy yo quien tar... tarta... tartamudeo.

A estas palabras, Roqueplan se levanta, y dirigiéndose al pobre Boule, atortolado, le dice:

—Desde el momento en que vuestros personajes no tartamudean, rehuso la obra.»

***

El valor educativo de la Gramática.—Tal es el tema que trata, un poco superficialmente, en *L'Education*, el Sr. Brelet. Las ciencias, según él, forman especialmente el espíritu, y las letras el espíritu y el corazón. Pero para poder apreciar la acción benéfica de las letras, es preciso saber Gramática. La Gramática tiene un valor educativo propio hasta en sus partes más áridas, ejercitando al mismo tiempo la memoria, la inteligencia y la voluntad. Es una gimnasia intelectual de primer orden que vigoriza el espíritu, enseñándole a poner orden en las ideas, a restablecer la lógica perturbada por los hechos, y a discurrir y precisarlo todo. El análisis, sobre todo, es un trabajo que requiere voluntad para sujetar la atención, y dominio de la materia para establecer las relaciones que deben existir entre las palabras. La sintaxis requiere mucha reflexión, y el empleo acertado de los tiempos y de los modos sólo puede hacerse bien con gusto depurado y juicio inteligente. Todas las facultades intelectuales entran en juego para acertar con el empleo preciso de cada palabra. Los profanos se imaginan que se trata de algo difícil y abstruso; nada de eso. El estudio de la Gramática es de los que más contribuyen a la formación del espíritu, y pueden estimarse como eminentemente educadores

por sí mismos y por los hábitos de orden y precisión que crean, y como iniciadores de la cultura general, que tiene en la Gramática sus raíces.

***

La enseñanza y los padres.—La primera y la segunda enseñanza no persiguen fines individuales, sino sociales; no se trata de obtener un especialista, sino un miembro útil para la sociedad, capacitándole para que elija con acierto el camino que debe seguir en la vida para su bien y para el bien de todos. Este fin social no es comprendido por las familias que sólo se preocupan de que el estudiante se halle cuanto antes en condiciones de ganar la subsistencia dejando de ser una carga. De ahí los apresuramientos, de ahí la presión sobre el profesorado para que no haya retrasos en la carrera de ningún alumno, y de ahí la falta de cordial inteligencia entre las familias y los profesores, y la ninguna ayuda que éstos encuentran en aquéllas para la formación del corazón y de la inteligencia del educando. Es un mal general, de que en todos los países se quejan, los educadores de una parte, y las familias de otra, sin acertar a entenderse. Mientras el profesor no vea secundados sus esfuerzos por las familias, será ineficaz o incompleta su labor; la educación corresponde a las familias, pero debe tener su complemento en las aulas; la instrucción corresponde a las aulas, pero debe tener su complemento en el hogar doméstico; sin este mutuo auxilio, la educación y la instrucción serán siempre deficientes.

Fernando Araujo

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La sociologia del partito politico nella democrazia moderna.—Studi sulle tendenze oligarchiche degli aggregati politici, per R. Michels. Traduzione del Dott. Alfredo Polledro, riveduta e ampliata dall' autore.—Torino. Unione tipografico-editrice torinese, 1912.—XXXII-439 págs., 6 liras.

El autor, que es profesor en la Universidad de Turín, escribió primeramente su libro en alemán, y ahora lo publica en edición italiana, corregida y aumentada.

He aquí los motivos de su publicación, según él mismo los expone: Hay ciertos problemas formidables que agitan la vida social y nacional, y cuya solución persiguen millares y millares de estudiosos. Para resolver la cuestión lingüística y étnica se ha formulado el principio de las nacionalidades, o de la autonomía de los pueblos. Para la cuestión social, el principio del derecho al producto íntegro del trabajo. Para la cuestión política, el principio de la soberanía popular, fundamento de la democracia. Al examen del problema de la democracia se consagra este volumen. Pero sólo desde un punto de vista, que hasta ahora ha permanecido casi virgen, a saber: el de la acción que ejerce la democracia sobre la vida interna de los partidos que se tienen por democráticos. Pues la vida social y política de los últimos ciento veinte años no se ha limitado a experimentar sólo los efectos del antagonismo entre el individuo y el Estado, sino que se halla también trabajada por un

tercer combatiente que ha descendido a la arena, ocupando un lugar intermedio entre los dos anteriores. Este nuevo elemento es el partido político, el cual, teniendo de común con el Estado el principio de organización, puede ser comparado sin hipérbole a un Estado individualizado, a un Estado dentro del Estado. Y la ciencia consagrada al estudio de tal nuevo elemento social es también una disciplina intermedia entre las sociales y económicas, las psicológicas y las históricas; es la *Ciencia analítica del partido político* (la *Biología de los partidos políticos*, que escribió el otro, años hace, aquí en España), a cuya formación el autor piensa contribuir por manera importante con este libro.

Tales, los intentos. Y hay que decir que la ejecución responde bastante bien a los mismos. La obra resulta muy interesante y sugestiva. El material que para escribirla ha recogido y ordenado el profesor Michels es abundantísimo y de buenas fuentes. Las consideraciones, observaciones y reflexiones que su examen sugiere al autor, agudas y exactas, en general. Pero yo tendría que oponer algún reparo.

En primer término, me parece que el autor, más que del partido político, o más, si se quiere, que del partido político democrático en general y de las leyes de su vida—las cuales pueden, según la doctrina de Michels, condensarse en esta fórmula: *la democracia conduce a la oligarquía,*—se ha preocupado de poner tal fórmula de relieve con relación exclusivamente al partido socialista, al que creo que no mira con mucha simpatía. Esa es la impresión que yo saco de la lectura del libro, impresión inferida del espíritu que me parece circular a través del interlineado, no de expresiones concretas y terminantes. Verdad es que el partido socialista aspira a representar la democracia más genuina y puramente que otro alguno en nuestros días; pero eso no impide el considerar que también otros partidos—el republicano, v. gr., del que Michels prescinde, podemos decir, por completo—se titulan democráticos, al igual del socialista.

De otro lado, en la consideración del asunto, tan bien estudiado por Michels, hay, a mi juicio, bastante menos novedad y originalidad de la que él se figura. La tiene, indudablemente, el haber reunido en un volumen y en un cuerpo de doctrina sistemáticamente organizado y debidamente documentado multitud de observaciones dispersas aquí y allá, sin conexión visible y sin que sirvieran de base para inferencias generales, o digamos, si se quiere, científicas, ni, por lo tanto, para constituir una disciplina nueva que añadir a las ya existentes. Pero las observaciones y reflexiones críticas que forman el contenido de la disciplina aludida no son, a lo menos en su mayor parte, invención nueva, sino que más bien, al contrario, han estado siempre, y siguen estándolo, en la mente de gran número de personas, sobre todo si su perspicacia está bastante desarrollada para percibir los fenómenos que ante su vista se producen.

Pues la tendencia a la dominación y a asegurar la dominación de unos hombres sobre otros es un hecho universal y constante, y no solamente propio de la democracia socialista, como parece ser la preocupación del autor. Ni siquiera es exclusivo de la mecánica social, aun cuando en ella presente su relieve mayor; no hay vida posible, ni aun existencia alguna, sin dominación, que es como decir sin organización estructural y presión de unas partes sobre otras.

Con ésta, que podemos llamar ley soberana de la existencia, se explican ciertas aparentes singularidades del vivir humano. Recuerde el autor que «la aparición de fenómenos oligárquicos aun en el seno de los partidos revolucionarios es una prueba particularmente concluyente de que existen tendencias oligárquicas inmanentes *en toda organización humana* que se proponga la consecución de determinados fines». Por eso, si, como dice Michels en la misma página donde escribe lo anterior, «en la vida moderna de los partidos, la aristocracia propende a revestir forma democrática, mientras que el contenido de la democracia está penetrado de elementos aristocráticos»,

el fenómeno no es característico de nuestro tiempo, sino común a todas las épocas.

No hay quien no busque dominar. Si los conservadores y realistas, vencidos, halagan al pueblo, y aun al elemento plebeyo y revolucionario, es porque quieren servirse de él para tales fines. Por igual razón, el liberalismo odia a las masas. Todos se parapetan tras «el bien del pueblo o de la humanidad», pero es para disfrazar (aun inconscientemente y de buena fe) sus propósitos. Como el éxito perseguido depende de la organización y la disciplina, que son por fuerza autoritarias e impositivas, a ellas se acude. Es sabido de siempre que toda fuerza rebelde o revolucionaria se torna oportunista y conservadora cuando, no habiendo sido vencida en un principio, consigue crecer y tener eficacia, y mucho más si logra apoderarse del gobierno. Después de haber creído encontrar la clave del gobierno libre en el representativo, al cual propende por modo indefectible toda organización social, nos hemos convencido de que ello no es más que una ilusión, pues tal gobierno, como todos, conduce a la oligarquía.

¿La razón íntima de tales fenómenos? Ahora no es posible buscarla. Baste indicar que el gobierno—y todo partido, por consiguiente, que al gobierno aspira—es una verdadera empresa, constituída (como la de trasportes o la de sombrerería, v. gr.) para prestar servicios, y, prestándolos, dominar, en la esfera respectiva, a la masa que los recibe. Justamente para esa dominación necesita profesionistas, cuanto más especificados mejor, los cuales, apoyándose en su competencia, reclaman ser ciegamente obedecidos por los incompetentes; y así, sin dejar de ser órganos y mandatarios de la masa a quien representan, esos profesionistas vienen a la postre a convertirse en mandantes y jefes de la misma, de la que reclaman imperiosamente obediencia incondicional.

P. Dorado

La fotografía moderna.—Manual de los conocimientos más indispensables al fotógrafo, de Antonio Cánovas («Kaulak»).

Hemos recibido esta novísima e interesante recopilación, que juzgamos de inmensa utilidad para cuantos, por industria o por gusto, practican la fotografía.

El trabajo del popular y gran fotógrafo constituye una labor apreciabilísima, que avalora su experiencia y los brillantes resultados que de ella obtiene. No todos los que prediquen de fotografía tendrán la autoridad de que en justicia disfruta Antonio Cánovas. De aquí que sus indicaciones y consejos, compendiados en las páginas del libro que acaba de ponerse a la venta, sean la guía más eficaz para los que buscan lucro o entretenimiento con la fotografía. La obra, esmeradamente impresa, se vende en las principales librerías, al precio de 7,50 pesetas.

F. G.

ÍNDICE

Págs.

Formas rudimentarias de la novela picaresca, por Franck Wadleigh Chandler 5

Crónicas del tiempo de Isabel II, por Carlos Cambronero. 31

Más hábil que Sherlock Holmes, por Marck Twain..... 67

Beatriz de Aragón, reina de Hungría, por Alberto de Berzeviczy. 98

La América Moderna, por Vicente Gay. 151

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 182

Notas bibliográficas, por P. Dorado y F. G..... 203

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 25 NUM. 291.

3.

LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

MARZO 1913

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

CRÓNICAS DEL TIEMPO DE ISABEL II

(*Continuación.*)

Volatines y variedades.

No dejaban los volatines de tener aceptación en el público. Desde 1832 figuraba en los anuncios el *Circo Olímpico de la plaza del Rey*, situado donde hoy el Circo de Parish. Al principio sólo había función los domingos por la tarde, lo cual induce a creer que el local estaba descubierto, y que no se empleaba otra iluminación que la facilitada gratuitamente por el generoso Febo. La compañía constaba, en 1832, de 22 personas y 18 caballos. Agustín Gigne saltaba seis caballos con sus jinetes; un ciervo, llamado *Ruby*, se subía encima de una mesa rodeada de fuegos artificiales, y permanecía tranquilo en medio de ellos.

En 1835 tomaron el *Circo Olímpico* Paul y Bastien, yernos de Franconi (de París), introduciendo grandes mejoras en el local. «Se ha arreglado el circo—anunciaban—en términos que, aunque llueva, no se mojarán los concurrentes ni padecerán detrimento por razón del temporal. Se han colocado ruedos de paja alrededor de las sillas, a fin de que las personas que concurran estén libres de coger humedad.»

Paul sostenía sobre sí cuatro hombres con tres pesas de 50 libras y una de 25; dirigía tres caballos sin silla ni brida; trabajaba en el trapecio, y hacía equilibrios.

Figuraban en esta época los artistas siguientes: señoritas

Lerous, Camila y Emilia, y los Sres. Ratel, Antonio, José, Amand y Morvino (1).

Desde 1835 comienzan a ejecutarse pantomimas, que debieron de ser bien recibidas, como *El carnaval de Italia*, *El facineroso de la Calabria*, *Los molinos* y *El sitio de Bilbao*, donde se simulaba un combate de cristinos y facciosos, con evoluciones de caballería.

Precios: Grada, 4 reales; luneta de grada, 8; sillas alrededor del circo, 10; sillas de barandilla, 12.

El Infante Don Francisco y su esposa concurrían frecuentemente al Circo Olímpico.

El año 1837, M. Paul se despidió del *heroico pueblo de Madrid* con una epístola en verso, en la que demostraba su profunda gratitud y su carencia de facultades para la poesía.

Marcos Serrano, conocido por el *Diableto*, director de una compañía de volatines que daba funciones en las provincias, estableció un circo en el patio de una casa de la plaza de la Paja. Estuvo todo el verano de 1831.

Costaba dos reales la entrada.

En el teatro de la Cruz, el año 1835, el indio Cassoul tocaba el violín haciendo equilibrios. Este teatro ofreció algunas novedades, que si bien eran ajenas al arte de Lope y Calderón, debieron de proporcionar buenas entradas. En Junio de 1833, el joven español Manuel Pinós se presentó en el escenario, imitando con la voz y sin instrumento alguno el canto de 120 aves: celo del ruiseñor y el canario; calandria cuando se eleva; dúo de grillos, macho y hembra; el canario con todos sus gorjeos; el mirlo cantando en armonía; las tres estaciones del pollo; el chorlito; el jilguero en celo; el tordo; el ruiseñor, con setenta variaciones, y llanto del niño recién nacido. En Julio de 1833 se exhibieron Mr. Mathevet, el grande Alcides y su discípulo Triat, *el Hércules francés*, haciendo ejercicios

(1) A los artistas del Circo se les solía designar por el nombre, y no por el apellido.

de fuerza y agilidad y cuadros plásticos, que titulaban: *Mario aprisionado, Marte, El gladiador, Nerón* y *Guillermo Tell*. Mr. Mathevet era *modelo* de la R. Academia de París. En competencia con éstos apareció, en Agosto de 1835, Luis Vally, *el Hércules español,* con Teófilo Gallerón, provenzal, *maestro en el ejercicio de la lucha*. Ofrecía, al que le venciera públicamente en el escenario, 800 reales, facilitándole un traje de punto para el acto de la lucha; ésta había de durar quince minutos; el luchador no podía asir a su contrario sino de medio cuerpo arriba, ni valerse del recurso que se llama la zancadilla; no se consideraba vencedor sino al que había conseguido que la espalda del contrario tocase de lleno en el suelo.

En Febrero de 1837 se presentaron en este mismo teatro Mrs. Darras y Manche, *Alcides olímpicos, modelos de las Academias de Pintura de Londres, París y Roma*. Hacían ejercicios de fuerza y agilidad y cuadros plásticos, *actitudes del antiguo,* como entonces se decía.

Solía haber volatines, los días festivos por la tarde, en un jardín de baile titulado *Recreo de Chamberí,* del que hablaremos más adelante; en 1831 los hubo también en el café de Santa Catalina (plaza de las Cortes), donde el público aplaudió ejercicios y bailes en la *maroma tirante,* equilibrios, saltos del *trampolín* y la habilidad de un acróbata, que *se tragaba una espada de media vara*. También se verificaron con alguna frecuencia funciones gimnásticas y ecuestres en la Plaza de Toros. En Marzo de 1833 se celebró mucho la destreza de Luis Chiarini (el milanés), que daba un salto mortal por encima de ocho soldados, los cuales disparaban al propio tiempo sus fusiles, cargados solamente con pólvora.

Por los años de 1830 y 1831 se exhibió en el salón de la fonda de la *Cruz de Malta* (calle del Caballero de Gracia) un teatrito mecánico, una exposición de figuras de cera y una mona, un perro y tres canarios, amaestrados por José Casano. Entrada: 1 y 2 reales.

Sala de la calle del Prado, núm. 3. Función de hidráulica

en 1831. Decía el *Diario*: «Equilibrios sobre agua natural, y variedad de composiciones de fuego y agua por el hidraúlico que hoy se presenta. Este artista es el mismo que ha aumentado los juegos del Parque de Versalles, y el que, a fuerza de un estudio cuidadoso, ha conseguido sujetar este impetuoso elemento en contraposición, y a favor de la opresión del aire, hacer del primero una colección de figuras y juguetes que no ha habido persona que no le haya agradado.»

El aeronauta español D. Manuel García Rizo anunció, en 28 de Abril de 1833, que iba a verificar una ascensión en el Retiro, en un magnífico globo, inflado con gas hidrógeno. Suponemos que cumpliría la promesa.

Fausto Arias, vecino de esta corte, afamado andarín de su tiempo, hizo una apuesta, en Marzo de 1835, consistente en dar 34 vueltas, en diez y siete minutos, alrededor de la barrera de la Plaza de Toros: el redondel tenía 236 varas castellanas, que multiplicadas por 34, daban un total de 8.000, formando el completo de una legua.

El público favorecía los *Dioramas*, *Cosmoramas y Panoramas*. Había uno en la calle de Alcalá, cerca de la calle del Turco (hoy Marqués de Cubas); otro en la calle del Caballero de Gracia, fonda de la *Unión* (antes del *Caballo Blanco*), esquina a la del Clavel; otro en la de Preciados, frente a la calle del Candil, y otro en Recoletos, con una *galería topográfica*. El más importante de todos fue el que se estableció en el edificio conocido por Platería de Martínez (recientemente derruído), en la plaza del mismo nombre. Las vistas de éste eran: *la Iglesia de Atocha*, *un lago de Suiza*, *el Panteón de los Reyes Católicos en Granada y el interior de la iglesia del Monasterio del Escorial*, cuyo efecto resultaba sorprendente. Nosotros tuvimos ocasión de verlo en nuestra juventud, y recordamos la impresión profunda que a todos causaba, al punto de que los hombres se quitaban instintivamente el sombrero al entrar, creyendo hallarse dentro de un templo; la ilusión era completa, en 1838, porque se oía tocar un órgano. La entrada, 2 pesetas.

El año 1835 se expuso al público, en la calle he Alcalá, junto a la Historia Natural, un *Microscopio solar*, anunciando que se veía una pulga de un tamaño sesenta millones de veces mayor que el natural, una gota de agua, otra de vinagre, partículas de queso, etc. etc; 8 reales la entrada.

En la plaza de Santiago, casa donde está la Diputación provincial, se exhibió en 1838 el *Enano gigante*. Este era un hombre de una estatura colosal; pero que, favorecido por un vestido adecuado, sabía encogerse de manera que aparecía como enano o como gigante alternativamente: bailaba, tocaba varios instrumentos y hacía juegos de manos. No pudiendo sospecharse, ni remotamente, que la Diputación provincial se instalase más adelante en aquel edificio, bien comprenderá el lector que en la exhibición del *Gigante enano o el Enano gigante*, no hubo propósito de aludir a la digna corporación que hoy ocupa la casa.

Toros.

Era la plaza antigua, que llegamos a conocer nosotros, un edificio viejo y destartalado, de pobre aspecto, tanto en su fachada como en el interior, careciendo por completo de ornamentación; pero resultaba más alegre que la plaza actual, debido quizá a su menor altura; y ofrecía gran animación sin necesidad de tener un lleno completo de las localidades.

La primera corrida que se celebró después del nacimiento de Isabel II fue el día 13 de Octubre de 1830.

En celebridad del feliz natalicio de la Princesa, se lidiaron ocho toros, cuatro de D. Manuel Gaviria, dos de D. Juan Zapata y otros dos de D. Francisco Gallardo. Picadores: Juan Marchena Clavellino, Francisco Hormigo, Juan Martín y Annastasio Capón: Espadas Roque Miranda, que mató los cuatro primeros toros; Pedro Sánchez, sobresaliente, para el quinto y sexto, y José Monje, media espada, al que correspondieron los dos últimos.

Fue un acontecimiento la corrida de Beneficencia que se dió el 13 de Junio de 1831, tomando parte como espada, el caballero D. Rafael Pérez de Guzmán. Este era hijo de una distinguida familia; dedicado a la carrera militar, fué destinado de guarnición a Sevilla, donde se relacionó con Juan León y otros toreros, y tomó tal afición al arte de Pepe Hillo, que abandonó su profesion, dedicándose por completo a matador de toros. Nunca hubiese podido competir con los primeros espadas. Viniendo a Madrid desde Sevilla, asaltaron la diligencia que le conducía por las llanuras de la Mancha, unos bandoleros, dándole muerte.

En esta década que vamos reseñando, figuraban como *espadas* Juan León, Manuel Romero (Carreto), Lucas, Roque Miranda, El Morenillo, El Sombrerero, Jerónimo José Cándido, Francisco Montes, que tomó la alternativa en 1831; José de los Santos, en 1832; Noteveas, en 1837 (había sido medio espada en 1833), y Julián Casas (el Salamanquino), que mató por primera vez en 1839.

Tuvieron éstos de banderilleros a Camilo, Yust, Jordán, Capa, José Monje, El Barbero, Colita, El Fraile de la Petenera, El Fraile de la Carretería, El Loro, Barragán, El Gallego, El Ratón, Francisco de los Santos y Francisco Arjona (Cúchares), que aparece en 1839.

Picadores: Cristóbal Ortiz, Hormigo, El Pelón, Pinto, Francisco Sevilla, (que aparece en 1830), Diego Lucena (1830), Tomás Muñoz (1832), Bernardo Botella (1833), Antonio Sánchez, llamado Poco Pan (1833), José Carrera (1835), Francisco Briones (1836), José Trigo (1837) y Antonio Guisado (el Berrinches), (1839).

En 1832 (16 de Julio), un toro saltó la barrera, y no consiguiendo hacerle salir al redondel, tuvieron que darle muerte en el callejón.

Es ejemplo de mala suerte el caso del picador Diego Luna, que la tarde de su primera salida en Madrid (1.° de Julio de 1830), el quinto toro de la corrida, al recibir una pica, le

hizo caer con tal desgracia, que el pobre hombre falleció dos días después a consecuencia del golpe.

Tampoco fue buena suerte la del banderillero *el Loro*, que el 18 de Junio de 1832 estuvo gravemente enfermo de una coz que le pegó el caballo de un picador al intentar un *quite*.

Las corridas de novillos daban buen resultado a las empresas, siempre con el aliciente de la mojiganga. He aquí cómo se anunciaba una para el 8 de Febrero de 1831:

«Dará principio la corrida con dos novillos embolados, que serán picados por dos aficionados, y banderilleados según costumbre. Seguirá la escena de la *Pata de Cabra*, del modo que a continuación se expresa: Se presentará en la plaza un carro triunfal, tirado por 20 cíclopes, que conducirá a Vulcano a su templo, y en las fraguas trabajarán aquéllos al compás de la música propia de la escena. En seguida saldrán montados sobre sus asnos, D. Simplicio Bobadilla Majaderano y Cabeza de Buey y su escudero Lazarillo, y cuando los cíclopes hayan hecho a aquél los honores de parte de Vulcano, y se preparen a prestarle los auxilios que le ha concedido contra su rival, se soltará un valiente toro embolado, que acometerá impetuosamente a la comparsa hasta lograr desordenarla. Este acontecimiento llenará de indignación a Vulcano por ver profanada su mansión, y mandará se castigue la osadía de la fiera picándola desde sus asnos con vara larga D. Simplicio y su escudero, y poniéndola banderillas de fuego los cíclopes en señal de que sobre este elemento impera el dios a quien adoran. No satisfecho Vulcano con este castigo, se apeará de su carro, y tomando la espada, dará muerte al delincuente.

»A continuación se lidiarán dos toros de la ganadería de D. Manuel Bañuelos, que picarán Anastasio Capón y José Zapata, y estoqueará Diego Escobar (el Panadero), nuevo en esta plaza, acompañado de la correspondiente cuadrilla de banderilleros.

»En seguida se correrán seis novillos embolados para los aficionados que gusten torearlos, a excepción de los ancianos

y muchachos, a quienes se prohibe bajar al redondel, bajo la multa de 50 ducados. Se dará fin a la función con una variedad de fuegos artificiales, dirigidos por D. Ramón Zamora.»

Situada la plaza junto a la puerta de Alcalá, no se hacía indispensable el uso del carruaje para concurrir a los toros, tanto más, cuanto que escaseaban los coches de alquiler; pero daba tono y carácter, en cierta clase de gente, utilizar para este servicio la calesa, especie de *bombé*, con dos ruedas y capota, colocándose el conductor sentado sobre una de las varas que sujetaban el vehículo a la caballería. Lo que había que ver era una calesa llevando en sus asientos dos mujeres guapas, con vestidos de vivos colores, mantilla blanca, peineta de concha y flores en la cabeza. Una de las últimas calesas que se conservaban en Madrid la compró, hacia 1860, para llevársela a su país, el embajador de Rusia.

Bailes públicos.

Salón de Oriente.—La construcción del Teatro Real fue calificada de *disparate magnífico* por un cronista, mal impresionado, sin duda alguna, por la lentitud con que se realizaba la obra, pues habiendo comenzado hacia 1820, llevaba aún trazas de durar muchos años, como así sucedió. En 1836 sólo estaba terminado el salón que hoy se destina a teatro y actos solemnes del Conservatorio de Música, salón que por su capacidad sugirió a cierta empresa la idea de dar en él bailes de máscara. Al efecto, lo adornó con lujo y elegancia; se pintó el techo, se tapizaron las paredes de seda azul Cristina (celeste) y se cubrieron los huecos de los balcones y puertas con colgaduras del mismo color, guarnecidas de franjas y flecos de plata. Iluminóse el salón con 30 arañas, cuatro grandes candelabros y 28 arandelas, formando un total de 568 bujías. Había salas de descanso y de juego con mesas para tresillo y

l'ecarté (1), gabinete de lectura, tocadores, almacén de trajes de máscara, venta de flores naturales y artificiales, de guantes y zapatos para señora, guardarropa, enfermería, peluquería y limpiabotas, sin olvidar el imprescindible *ambigú*, como se decía entonces.

La inauguración se verificó en 22 de Enero de 1836: el precio del billete personal era de 50 reales, y toda la música que se tocó aquella noche estaba compuesta por D. Ramón Carnicer. Según la Prensa de la época, el baile estuvo muy concurrido y animado, ofreciendo el salón un aspecto sorprendente.

La empresa no debió de salir mal en su negocio, porque siguió dando cierto número de bailes todos los años hasta 1839, último del período cuya crónica escribimos. La fiesta comenzaba a las doce de la noche y concluía a las nueve de la mañana siguiente. Bien temprano se retiraban a su casa los concurrentes.

Teatro del Príncipe.—Desde que murió Fernando VII comenzaron de nuevo a darse bailes de máscara en el teatro del Príncipe (hoy Español). El billete costaba 20 reales; las horas eran de diez de la noche a la madrugada; había piezas destinadas al ambigú, y vestuarios con la debida separación. Tres bastoneros en el centro de la sala tenían el encargo de conserbar el orden y dirección de los bailes y parejas; se tocaban valses, rigodones, mazurkas, galops y contradanzas, finalizando con la llamada *greca*, de moda en aquellos días. Cada temporada se verificaban catorce o diez y seis bailes de máscara, y en 1837 se adoptó el sistema de terminarlos a las nueve de la mañana. ¡Vaya por la sencillez de costumbres de nuestros mayores!

De 1835 a 1839 se abrieron en Madrid algunos salones de baile, como son:

Salón de las Columnas, calle del Olivar, esquina a la de la

(1) *L'ecarté* estaba de moda en aquellos días, pero es un juego tan sencillo y trivial, que cayó en el olvido.

Cabeza, casa antigua que ya está reedificada; en ella se instaló después el Colegio de San José, al que asistimos en nuestra niñez. El billete de entrada al baile costaba 10 reales.

Salón del café de la Fontana de Oro, Carrera de San Jerónimo; al mismo precio que el anterior.

Salón de Vensano, calle del Baño, hoy Ventura de la Vega, número 5. El Sr. Vensano tenía academia de baile, y aprovechaba el local ciertas noches para sacarle mayor rendimiento; 8 reales la entrada. Se bailaban el *britano* y las *italianas*, que, por lo que se desprende de los anuncios, era la última moda entonces.

Salón de la Casa de Canónigos, Atocha, núm. 92. Costaba 12 reales el billete. El título no resultaba apropiado al género de la diversión.

Salón de la calle del Arenal, casa en que habitó el Marqués de Casa-Riera, frente a la plaza de Celenque. Este era un baile de los que se anunciaban como *serios*, pues costaba 20 reales el billete.

Salón de la calle de Jardines, núm. 16. Precio, 20 reales.

Salón de la plazuela de Santiago, casa donde hoy se halla la Diputación. Hay edificios predestinados.

Salón de Leganitos, casa vieja de Osuna, donde ahora está el Convento del Sagrado Corazón de Jesús: 8 reales billete.

Nuevo Recreo, calle de San Agustín, núm. 2, piso bajo, esquina a la calle del Prado; todavía existe la casa. Este no debería considerarse como baile serio, porque el precio del billete era de 4 reales. En la mayoría de los bailes, no en todos, había dispuesto *ambigú*. En el *Nuevo Recreo* se encontraba, por precios módicos, bebidas, refrescos, jamón, salchichón y aceitunas.

Salón del café de Cervantes (antes de Solís), esquina a la calle del Barquillo.

Salón de la casa del Duque de Villahermosa, Carrera de San Jerónimo, esquina al Prado. Aquí sí que concurriría la flor y

nata de las mujeres bonitas y de los hombres de dinero: costaba 30 realazos el billete.

Salones de la Inquisición, calle de Isabel la Catolica, número 4, principal. Aun existe la casa; en ella estuvo instalado el Santo Tribunal que la da nombre. Costaba 8 reales el billete. Si las paredes hablasen, ¡qué cosas hubieran podido decir entonces, y podrían decir hoy, después de haber presenciado los bailes de dos pesetas!

Salón de la casa del Conde de Aranda, calle del Luzón, número 4. Era también de medio pelo.

Salón de la travesía de la Parada (antes calle de Enhoramalavayas), núm. 8. Barato.

Salones de Santa Catalina, en las casas conocidas por este título: Plaza de las Cortes, con vuelta a la Carrera de San Jerónimo y calle del Prado. Se anunciaba como *baile serio*: 20 reales billete.

Plaza de Toros.—Aquí se dieron bailes de máscara desde 1835, durante la época de Carnaval. Las puertas se abrían a las dos de la tarde; había dos bandas militares que alternaban tocando, con descanso de diez minutos, manchegas, galop, rigodones, jota aragonesa y contradanza; a las cuatro, ascensión de un globo de 15 pies de altura; terminaba el baile, al ponerse el sol, con el Himno de Riego, tocado por las dos bandas juntas. Billete, 4 reales; palco, 60.

Según lo dispuesto por el Gobernador civil, los concurrentes al baile podían llevar la careta puesta desde el Buen Suceso (hoy casa del Hotel de París, en la Puerta del Sol) hasta la Plaza de Toros, sin salir de esta carrera. Conviene hacer constar que entonces no se permitía usar disfraz y careta en el centro del día, aunque se toleraba por la noche a las personas que asistían a los bailes de máscara.

Sobre este asunto se publicó, en 12 de Febrero de 1836, un artículo del que, por curiosidad, vamos a transcribir algunos párrafos:

«Nada a nuestro entender sería más del agrado del público,

como el que, prescindiendo ya de desconfianzas infundadas, se permitiese absolutamente las máscaras y disfraces por las calles en los tres últimos días del Carnaval, señalando si se quería alguna carrera fija, tal como las calles Mayor, Alcalá, San Jerónimo, Atocha y sus intermedias, incluyendo también el Paseo del Prado y Plaza Mayor, donde pudieran colocarse músicas que permitiesen improvisar danzas a las festivas comparsas.

»Puede muy bien imaginarse la novedad y grandeza de un espectáculo semejante en uno de los hermosos días que nuestro cielo nos proporciona, cubierta toda la carrera de caprichosos disfraces, que el buen tono prescribe ya en las reuniones de salón, pero que serían muy oportunos en calles anchas y desahogadas en nuestros románticos balcones, en carrozas y cabalgaduras.

»Ya en el año pasado se intentó condescender con el deseo del público, permitiendo bailes por la tarde en la Plaza de Toros; pero la circunstancia de no poder usar de la careta sino dentro de aquel recinto, causó precisamente el inconveniente que se pretendía evitar, circunscribiendo esta diversión a aquella parte del público que menos puede hacerla agradable y que más bien puede abusar de ella. Otra cosa sería si fuera lícito el andar disfrazado por las calles (con excepción ya dicha de las extraviadas), porque entonces todas las clases no temerían perder su decoro enmascarándose, formando lucidas comparsas y contribuyendo a la alegría general. Siendo tantos y tan concurridos los bailes públicos y particulares, las calles de Madrid están generalmente cubiertas de máscaras desde las diez de la noche. ¿Serán acaso más peligrosas de día?»

Llegó un tiempo en que el deseo del articulista se vió colmado, y hoy ya el público mismo encuentra enfadosa la diversión, siendo muy contadas las máscaras que salen a la calle, y más contados aún los buenos disfraces.

Jardín de las Delicias.—Se hallaba en lo que hoy forma el Paseo de Recoletos, y es resto de él, aunque muy variado, el

trozo de jardín comprendido entre las calles del Almirante y de Doña Bárbara de Braganza. Pertenecía al palacio que llamaban de Altamira, después propiedad de la Marquesa de Medina de las Torres; tenía su entrada principal por la citada calle del Almirante. Este jardín era de gran extensión, y dividíase en tres partes, efecto de la desigualdad del terreno, formando andenes resguardados por barandillas de hierro.

Desde Junio de 1834, se comenzaron a dar en este sitio bailes públicos, de seis de la tarde a once de la noche, con tal aceptación, que durante el mes de Setiembre de aquel año se decidió la empresa a hacer la fiesta por todo lo alto, es decir, a altas horas de la noche, comenzando a las doce y terminándola a la madrugada, al precio de 8 reales por persona, sin distinción de sexos.

Entonces, el Paseo de Recoletos era un camino con honores de carretera, y hallándose al confín de la población, puesto que iba a morir en la puerta del mismo nombre del paseo, excusado parece añadir que resultaba un paraje solitario, formado en su mayor parte por las tapias de los jardines que a uno y a otro lado tenía. El sitio, pues, ofrecía poca seguridad para transitar por él a media noche; pero la empresa, a fin de favorecer la concurrencia, estableció un servicio de coches que salían de la Puerta del Sol cada diez minutos, al precio de dos reales por asiento, y colocó además, por su cuenta, desde la Fuente de Cibeles, una línea de faroles, que tenía encendidos durante las horas que duraba el baile, y un número proporcionado de guardas, provistos de linternas, con lo que quedaba vigilado el trayecto.

La entrada se verificaba por la puerta del Palacio en la calle del Almirante, y el baile tenía efecto, durante el mal tiempo, en los ocho grandes salones del edificio.

Aquí se introdujo la moda del baile de Piñata *al estilo de Cádiz*—como decía el anuncio de 8 de Marzo de 1835.—Comenzaba a las seis de la tarde; a las nueve descanso, durante el cual «se colocaba una gran *piñata* en medio del salón, para

que los señores concurrentes se divirtieran en romperla; y después de hacerlo, y recogidos los dulces, continuaba el baile hasta las doce».

En verano, la fiesta era completa: se abría con un concierto en uno de los jardines; después se pasaba a otro, donde se bailaba en la *plazoleta de los tilos;* a las siete, ascensión de un globo aerostático de quince pies de altura, sin capitán que lo tripulara, según costumbre; acto seguido, rifa de un cubierto de plata, hecho a mazo, y de un abanico; función de fuegos artificiales por el polvorista D. Mariano Estellón, y luego baile hasta las doce. Había fonda, café y refrescos. La pólvora se quemaba delante del Palacio, y permitíase subir a los salones del piso principal a los concurrentes, para presenciar desde los balcones los fuegos artificiales.

La *plazoleta de los tilos* existe en la actualidad, y es la que se halla en el centro del jardín citado, entre las calles del Almirante y de Doña Bárbara de Braganza; allí vimos en nuestra juventud ocho tilos (de los que se conservan dos), y quizá puedan recordarlo también los que hayan alcanzado la época, la reforma y ensanche del Paseo de Recoletos, que aprovechó gran parte de los jardines expropiados.

Quinta del Espíritu Santo.—A la izquierda y final del antiguo *camino de la Venta* (hoy prolongación de la calle de Alcalá) y antes de llegar al puente del arroyo Abroñigal. Celebrábanse en esta quinta bailes campestres (*al aire libre*), funciones de volatines y fuegos artificiales. Había fonda, café, bótillería, baños, billares y juegos de entrenimiento. Se servían, por encargo, comidas y meriendas a la española y a la francesa, y de ordinario, perdices y truchas escabechadas, ostras y magras de jamón añejo; vino moscatel a doce cuartos cuartillo; dulce, a ocho, y común, a seis. También había habitaciones, desde las que se disfrutaba hermosas vistas, «con camas y lo demás necesario para que nada faltase a los que deseaban el reposo después de haber paseado». Una diligencia salía cada cuarto de hora, durante la tarde, con dirección a la

Quinta, desde la Fonda de Perona (calle de Alcalá), y volvía con igual intervalo de tiempo a Madrid, desde las ocho hasta las diez de la noche, al precio de cinco reales de ida, con entrada en la posesión, y tres de vuelta.

Las tardes de lluvia se celebraba el baile en el interior del edificio de la Quinta, en un salón que se denominaba de las Ninfas, no sabemos si por las pinturas que quizá lo adornaran, o por las jóvenes que a él concurrían. Es de suponer que se bailase el vertiginoso vals, la agitada mazurka y el tranquilo rigodón; pero el anuncio aseguraba que había una orquesta de guitarras, dirigida por un Sr. Cota, distinguido maestro, que estaba *siempre pronta para el baile de castañuelas*.

Esto era por los años de 1834 a 1836.

Portici.—Jardín situado en el Soto de Migas Calientes (Viveros de la Villa), junto al río Manzanares, en el camino del Pardo. Baile campestre los días festivos por la tarde, amenizado al anochecer con una vistosa función de fuegos artificiales, preparados por Estellón. Había baños y fonda. El dueño estableció un servicio de diligencias desde el *Gabinete de lectura* de Mr. Monier, en la calle de la Montera, hasta el establecimiento, al precio de cuatro reales por asiento de ida o vuelta. Las sesiones de baile se suprimieron en 1837, quedando únicamente el servicio de baños y fonda. Se permitía entrar en el jardín con meriendas, mediante el pago de dos reales por persona.

En el género de bailes campestres podemos citar, además:

El jardín de Apolo, contiguo a la Puerta de San Fernando, hoy Glorieta de Bilbao. Comenzó en 1835, imitando al de las *Delicias*, puesto que, a más de baile, había globo, fuegos artificiales y rifa de un cubierto de plata. Cuatro reales el billete. La pólvora estuvo, primero, a cargo de Martín Aroca, discípulo y sucesor de D. Mariano Estellón, que figura ya difunto en 1836; después quedó de polvorista Antonio Zamora, y en 1838 aparece José Hernández, favorecido por todas las empresas.

Jardín de la Cuádruple alianza, en el Prado, donde hoy el Hotel Ritz. La entrada al jardín era pública, pero no a los salones de baile, que eran dos, uno llamado de Oriente y otro de Levante; aquí se abonaban cuatro cuartos por persona, es decir, unos doce céntimos. Había columpios y juegos de entretenimiento a precios económicos.

Recreo de Chamberí, en la actual plaza de este nombre y casa llamada entonces de las Torres. En el ambigú se servía un plato de guisado, pan y vino, por dos reales.

Minerva, jardín y huerta situados en las afueras de la población, entre la Puerta ya citada de San Fernando y la de Santa Bárbara, hoy Glorieta de Alonso Martínez. Se permitía entrar con meriendas, y hacía la competencia al Recreo de Chamberí. La empresa ponía guardas por la noche en el Paseo de Luchana.

Como se ve por esta relación, los habitantes de Madrid, en la época de 1830 a 1839, rendían fervoroso culto a la diosa Terpsícore.

Segundo período.—1840 a 1849.

TEATRO DEL PRÍNCIPE

La Prensa de este período, reflejando indudablemente una gran parte de la opinión pública, se lamenta del triste estado del teatro, y eso que contaba éste con actrices y actores como Matilde Díez, Bárbara y Teodora Lamadrid, la Llorente, la Tablares, la Palma, Latorre, García Luna, Romea, Valero, Arjona, Guzmán y Mariano Fernández (1); y con escritores como Bretón, Díaz, Gil y Zárate, Escosura, García Gutiérrez,

(1) Estos artistas, cuyo mérito no podemos poner en duda porque hemos alcanzado a ver a algunos de ellos y pudimos formar opinión, dejaban descontentos a D. Eugenio Ochoa y a D. Manuel Cañete, quienes se lamentaron, respectivamente, en *La España* y en *El Heraldo* (1849), de la falta de *buenos cómicos*.

Rodríguez Rubí, Hartzenbusch, Ventura de la Vega, Zorrilla y otros. Efectivamente, estos escritores consagrados, no correspondiendo a la demanda del público, que pedía obras nuevas, producían relativamente poco, a pesar de disponer de un personal inmejorable para la interpretación de sus obras.

Es cierto que los empresarios que, sucesivamente iban tomando en arrendamiento el teatro del Príncipe, salían siempre con las manos en la cabeza, pues con las cargas benéficas que pesaban sobre el coliseo, no había negocio posible, según se ha visto en la década anterior; pero es cierto también que estos empresarios, conociendo el escollo de las cargas benéficas, confiaban en el producto de las buenas entradas, en *los llenos;* y como el público no ocupaba a diario, ni con mucho, todas las localidades, de aquí la desproporción de los gastos con los ingresos, el déficit y la bancarrota; de suerte que a los poetas dramáticos de primer orden algo de culpa les cabe en la decadente situación del teatro del Príncipe por aquellos días.

Aunque a la ligera, vamos a hacer una reseña de las novedades que ofreció este teatro en el período de 1840 a 1849:

El campanero de San Pablo, drama de Bouchardi, que había obtenido 300 representaciones en París, lo tradujo D. Eugenio de Ochoa, y fue desempeñado por Bárbara y Teodora, Luna y Fabiani. (8 Enero 1840.)

La niña boba, de Lope. Obtuvo Matilde una ovación. (3 de Junio).

El 2 de Octubre se hizo una función extraordinaria, dispuesta por el Ayuntamiento, en celebridad de la llegada a esta corte del General Espartero con motivo de la revolución realizada por el pueblo de Madrid, y dicha función se ajustó al siguiente programa: 1.° Sinfonía del maestro Carnicer. 2.° La comedia de Lope *Amantes y celosos*. 3.° *La jota valenciana*, baile nacional; y 4.° La improvisación cómica en un acto, escrita expresamente para este día, por D. Manuel Bretón de los Herreros y D. Julián Romea, con el título de *La ponchada*. No se representó más que una noche, porque disgustó a los amigos

del General, y fue prohibida, proporcionando un disgustazo mayúsculo a Bretón. Se halla impresa, por si el lector quiere conocerla, en la rica colección de obras dramáticas de la Biblioteca Nacional (1).

Los polvos de la madre Celestina, a beneficio de D. Francisco Lucini, director de la maquinaria. Esta comedia de magia se había representado el año anterior en París, con el título de *Las píldoras del diablo*, y traducida literalmente, se hizo en Zaragoza poco tiempo después. Hartzenbusch introdujo grandes modificaciones, de modo que quedó la obra completamente refundida. Fue desempeñada por Matilde, Teodora, Guzmán, Sobrado y Fabiani. La decoración del segundo cuadro representaba la vista del convento de Santa Teresa, de Madrid. La obra obtuvo 30 representaciones seguidas. (Enero 1841.)

Se dió otro golpe a Bouchardí, poniendo en escena una traducción de *Lázaro o el pastor de Florencia*, por D. Juan Peñalver. Se hizo muchas noches. (Marzo 1844.)

En Abril, la empresa del Príncipe se las prometía muy felices para la temporada entrante, pues anunciaba que tenía en cartera 4 comedias de Bretón de los Herreros, 3 de Gil y Zárate, 2 de Hartzenbusch, 2 del Duque de Rivas, 4 traducciones de Escosura y 8 de Ventura de la Vega. Si esto hubiera resultado cierto, no podía la campaña teatral presentarse bajo mejores auspicios.

---

(1) Bretón publicó en *El Correo Nacional*, de 3 de Octubre de 1840, una carta, dando satisfacciones por las frases de la obra que habían molestado a la Milicia nacional (de que él formaba parte), y declarando que no había tenido intención de ofender a esta Institución.

También manifestó que, si bien la obra aparecía hecha en colaboración de Julián Romea, éste solamente había puesto los versos finales; y que el apropósito se había escrito, por encargo del Ayuntamiento, *en menos horas de las que tardó un escribiente en ponerlo en limpio*. Pero no le valió a Bretón cantar la palinodia, pues en la *Gaceta* del día 5 apareció destituído del cargo que desempeñaba de Director de la Biblioteca Nacional.

Los perros del monte de San Bernardo, arreglo de Vega, con decoraciones de Lucini. Gustó. (Junio 1841.)

El héroe por fuerza, comedia de gracioso, para Guzmán; traducida por Vega. (Julio.)

Bruno el tejedor, también traducido por Vega. Romea estuvo admirable en esta comedia, que se adaptaba bien a sus facultades. (Agosto.)

La pluma prodigiosa, comedia de magia con música de Carnicer. El gracioso se había hecho de necesidad en este género, como protagonista o papel principal. Se puso la obra en escena con cierto lujo, pues se pintaron 19 decoraciones nuevas y se construyeron 190 trajes. (Noviembre 1841.)

El hombre más feo de Francia, traducción de Vega, por Matilde, la Llorente, Romea mayor y Romea menor, como llamaban a los dos hermanos. (Diciembre 1841.)

Guzmán el Bueno, de Gil y Zárate, a beneficio de Matilde; ella superior; Romea, regular. (Febrero 1842.)

La escuela de las casadas. (Abril 1842.)

Cuando se estrenó, dijo el *Diario*, sin duda por instigaciones del autor, D. Manuel Bretón de los Herreros, lo siguiente:

«Las costumbres más inocentes, la índole más apacible y la virtud más ejemplar, no bastan a las mujeres casadas para su propia ventura y la de sus maridos; y aunque marido y mujer están interesados en procurársela recíprocamente, a la esposa incumbe más de cerca el cuidado del bienestar doméstico, única ambición que no desdice de su débil condición y de sus hábitos tranquilos y sedentarios. Sin embargo, no todos los deberes de una consorte están consignados en las leyendas morales, o, a lo menos, no en ella se indican todos los medios de cumplirlos. La sociedad en que cada una ha de vivir, o más bien, aquella a que su esposo está habituado, le impone otros preceptos de que no puede prescindir sin riesgo de ser desgraciada, aunque para seguirlos tenga que hacer alguna violencia a su carácter. Agradar y complacer al compañero de su vida es una necesidad de toda mujer, y para ello conviene emplear

cuantos medios estén a su alcance, siempre que no lo reprueben las leyes humanas ni los dogmas de la Iglesia.

»Confiar ciegamente en el prestigio de una hermosura harto perecedera, en el ascendiente de una virtud no siempre estimada como se debe, y en juramentos que pronunció entusiasmado el galán meritorio y ha de cumplir el marido soberano, es triste cosa para los tiempos que corren, y tampoco son para muy prodigados los ordinarios recursos de lágrimas, alaridos y convulsiones. Otra táctica es ya necesaria para manejar a ciertos maridos. Explicarla en el cartel, sería analizar la comedia, quitando tal vez la gana de verla al que leyere estos renglones.

»El autor no tiene, empero, la vanidad de dar por nueva ni por infalible su doctrina, ni aunque lo fuera, dejaría de reconocer y confesar que no hay regla sin excepción. Es de creer, no obstante, que el bello sexo sea de su mismo dictamen, y si las damas apadrinan esta producción, escrita en obsequio suyo, quedará satisfecho y agradecido.»

Las memorias del diablo, arreglo de Vega. (Mayo 1842.)

Para conmemorar el aniversario de Calderón de la Barca, con motivo de la traslación de sus restos desde la iglesia del Salvador (1), donde se hallaban, declarada ruinosa, al Cementerio de la Sacramental de San Nicolás de Bari, afueras de la Puerta de Atocha, sitio próximo a la actual calle de Méndez Alvaro, se representó *La vida es sueño*. (Mayo 1842.)

Fabio el novicio o *La predicción*, drama en cuatro actos y un prólogo, traducido. La acción pasa en la época de Carlos V. (Setiembre.)

Un novio a pedir de boca, por Bretón de los Herreros. (Mayo 1843.)

Un francés en Cartagena, del mismo autor. «Es una chanzoneta dialogada—decía el *Diario*,—tan ajena de miras políticas como de pretensiones literarias.» La comedia es muy linda

(1) Calle Mayor, frente a la plaza de la Villa.

y está escrita con un juicio muy sensato, censurando a los extranjeros por el equivocado concepto que suelen tener formado de las cosas de España. (Abril 1843.)

La chanzoneta hizo buen efecto, y eso que el público buscaba dramas conmovedores, como *El ingeniero o la deuda del honor*, *Pedro el negro o los bandidos de la Lorena*, *El secreto de una madre*, *Don Enrique de Trastamara o los mineros* y *El mal padre*, que obtenían en aquel tiempo grandes aplausos.

No gustó *Las Batuecas*, comedia de magia, en prosa y verso, desempeñada por Teodora, la Llorente, Guzmán, Mariano Fernández y Noren. La música de los bailables era de Luis Arche, y las decoraciones, muy buenas, de Lucini. Hartzenbusch, que con *Los polvos de la madre Celestina* había levantado el género a gran altura, esta vez fue censurado por la crítica.

Por esta época se estrenaron:

El Gran Capitán, de Gil y Zárate (1). El drama gustó. Romea estuvo «demasiado natural».

Pascual y Carranza y *La independencia*, de Bretón.

Las dos coronas y *El lobo marino*, de Isidoro Gil.

La familia improvisada, de Bretón, por Mariano Fernández. Muy bien.

Dumont y compañía, de Doncel y Valladares.

Ya murió Napoleón, del joven Manuel María Santa Ana.

La abuela, *Las gracias de Gedeón* y *Cuando se acaba el amor*, traduciones de Navarrete.

Juan de las Viñas, de Hartzenbusch.

Bandera negra, de Rubí, estrenada en Marzo de 1844. Decía de la obra y del autor un periódico: «Este joven poeta se ha mostrado en esta sublime producción digno de la celebridad que supo adquirir con su famosa *Rueda de la fortuna*. No hemos presenciado triunfo más completo en el teatro.»

---

(1) Había escrito *Don Alvaro de Luna*, *Guzmán el Bueno* y *Carlos II el Hechizado;* le daba por los dramas históricos.

Y luego añadía respecto de la ejecución: «La *perla del teatro Español*, la divina Matilde, se ha hecho en todas las representaciones de esta comedia, superior, si cabe, a su colosal celebridad.» De Teodora, de la Llorente, de los Romeas y de Guzmán dice que estuvieron felices.

Para la inauguración de la temporada, en Pascua de Resurrección de 1845, se hizo una reforma en la ornamentación de la sala del teatro. Aparecieron las paredes empapeladas, cosa nueva, porque anteriormente se pintaban, y no siempre con buen gusto: las lunetas se forraron de terciopelo azul zafiro, dividiéndolas en dos bandas, de suerte que «ya no se las tomaba por asalto, sino que se había facilitado el acceso pasando por el medio del teatro»; se pintó un telón nuevo, también azul, como el papel de los palcos y anfiteatros; se suprimió lo que llamaban *patio* y en su lugar se construyeron cuatro palcos, quedando, al decir de algunos, pocas localidades para el público de poco precio.

Estrenos notables de 1845:

Los misterios de Madrid, novela dramática en cuatro actos. Se pintó para esta obra una decoración nueva que representaba la Puerta del Sol, y que fue copiada en un grabado publicado por *El Laberinto* de 1.° de Marzo. La estampa da idea de cómo estaba la Puerta del Sol en aquella fecha, formando, como decía Mesonero, más bien una encrucijada que una plaza. En el grabado aparece a la derecha la calle de Carretas; a la izquierda, la esquina de la de la Montera, y al fondo, la iglesia del Buen Suceso, entre la Carrera y la calle de Alcalá, que se pierden a lo lejos.

La jura en Santa Gadea, de Hartzenbusch, hermoso drama que vino a compensar con creces el contratiempo de *Las Batuecas*.

El hombre de mundo, que fue un triunfo para Ventura de la Vega y para Julián Romea. Acompañaron a éste en la representación, Matilde, Teodora, Plácida Tablares, Florencio Romea, Guzmán y Mariano Fernández. Dada la fama de los ac-

tores que la ejecutaron, no creemos que se haya visto comedia mejor representada en los teatros de la corte. (2 Octubre 1845). D. Julián Romea, a quien alcanzamos a ver representar esta comedia, estaba inimitable. De la obra decía Villergas, poniéndola reparos, que estaba tomada de una francesa titulada *Les trois epoques*. Es tan sencilla que, a nuestro juicio, no merecía la pena de tomarla del francés. La revista *El Español* la aplaudió, sin más distingos que el de calificar de *algo libres* algunas escenas. *¡Cuantum mutatus ab illo!* Se hizo a beneficio de Romea, hubo mucha gente, salió Ventura de la Vega a escena, y la Avellaneda le echó una corona. Ferrer del Río dijo en una revista que *El hombre de mundo* era la comedia clásica más completa que poseía la literatura dramática española.

Mujer gazmoña y marido infiel, comedia de Bayard, conocida en francés con el título de *Le mari a la campagne*, arreglada por Navarrete. La desempeñaron, Matilde, Teodora, Plácida, la Llorente, la Chafino, los Romeas (1) y Guzmán.

No se estrenaba mucho, y eso que había una pléyade numerosa de buenos escritores dramáticos. Según Hartzenbusch, podían conceptuarse como tales a los incluídos en la relación siguiente:

Antonio *Alverá*.
José *Amador de los Ríos* (2).
Eduardo y Eusebio *Asquerino*.
Wenceslao *Ayguals de Izco*.
Víctor *Balaguer*.
Antonio *Bofarrull*.
Jerónimo *Borao*.
Manuel *Bretón de los Herreros*.
Francisco *Javier de Burgos*.
Pedro *Calvo Asensio*.
María *Cambronero*.

(1) Julián Romea habitaba en la calle del Baño, 14, principal.
(2) Aunque Amador es nombre, nadie le designa por el apellido.

Ramón de *Campoamor*.
Manuel *Cañete*.
León *Carbonero y Sol*.
Basilio Sebastián *Castellanos*.
José *Castro y Orozco*.
Gaspar Fernando *Coll*.
Carolina *Coronado*.
Fernando *Corradi*.
Leopoldo Augusto de *Cueto*, Marqués de Valmar.
Manuel Juan *Diana*.
José María *Díaz*.
Patricio de la *Escosura*.
Aureliano *Fernández-Guerra*.
José *Fernández Travanco*.
Francisco *Flores Arenas*.
Ramón *Franquelo*.
Carlos *García Doncel*.
Antonio *García Gutiérrez*.
Ignacio *García Ontiveros*.
José *García Villalta*.
Antonio *Gil y Zárate*.
Antonio *Gironella*.
Gertrudis *Gómez Avellaneda*.
Luis *González Brabo*.
Angela *Grassi*.
Teodoro *Guerrero*.
Juan Eugenio *Hartzenbusch*.
Manuel *Hernando Pizarro*.
José María *Huici*.
Juan *Lombía*.
Luis de *Loma y Corradi*.
Eduardo *López Pelegrín* (1).

(1) No se le confunda con su hermano Santos (*Abenamar*), fallecido poco antes.

Francisco *Martínez de la Rosa.*
Juan *Martínez Villergas.*
Francisco de Paula *Montemar.*
Jerónimo *Morán.*
José *Muñoz Maldonado.*
Ramón de *Navarrete* (*Asmodeo*).
Francisco *Navarro Villoslada.*
Antonio *Neira de Mosquera.*
Eugenio de *Ochoa.*
Luis *Olona.*
Joaquín Francisco *Pacheco.*
Miguel Agustín *Príncipe.*
Manuel José *Quintana.*
Braulio Antón *Ramírez.*
Francisco Luis de *Retes.*
Antonio *Ribot y Fontseré.*
Duque de *Rivas.*
Josefa *Robirosa de Torrens.*
Mariano *Roca de Togores*, Marqués de Molins.
Tomás *Rodríguez Rubí.*
Gregorio *Romero Larrañaga.*
Juan de la *Rosa González.*
Joaquín *Rubio y Ors.*
Ventura *Ruiz Aguilera.*
Jacinto de *Salas Quiroga.*
Manuel María de *Santa Ana* (1).

(1) Como Santa Ana fue el fundador de *La Correspondencia de España*, primer periódico madrileño de información, y le veían por las calles de la capital a todas horas, Manuel del Palacio le dedicó los versos que siguen:

Harto Dios de ser clemente
con la progenie de Adam,
dijo: «Ganarás el pan
con el sudor de tu frente».
Y excepción única es,
de tal castigo, Santa Ana,
porque Santa Ana lo gana
con el sudor de los pies.

Eugenio de *Tapia*.
Ramón *Valladares Saavedra*.
Ventura de la *Vega*.
José *Zorrilla*.
Total, 73.

Pues contando la Corte tantos escritores dramáticos, no tenían las empresas de los dos teatros principales, Príncipe y Cruz, producciones suficientes para dar novedades al público, y había necesidad de echar mano del repertorio ya conocido, y que causaría el aburrimiento de los espectadores.

En 1845 se entabló discusión en el Liceo sobre si era o no conveniente la imitación de la literatura dramática del siglo XVII. Bretón de los Herreros manifestó que si bien se necesitaba conocer y estudiar aquel teatro, no debería tomarse por modelo, puesto que el carácter y las costumbres españolas habían variado totalmente; que los caracteres no están generalmente bien trazados en las comedias de aquella época, y que por avivar la curiosidad de los espectadores con argumentos de pura invención donde se hallase enredo e interés, descuidaron el propósito de presentar ejemplos y cuadros de costumbres, ofreciéndose una prueba de ello en la ausencia del tipo de la madre, según la oportuna observación que había hecho Hartzenbusch.

A D. José Amador de los Ríos, como tenía ideas tan románticas, el teatro del siglo XVII le parecía digno, no sólo de estudio, sino de imitación: decía que los españoles eran siempre los mismos, y que conservaban su espíritu guerrero, su pundonor activo, su galantería y su fe religiosa. Don José estaba fuera de la realidad.

Rodríguez Rubí y Patricio Escosura, sin ponerse de parte de Bretón, y sin quitarle la razón a Amador de los Ríos, reconocían la conveniencia de imitar algo de aquellas comedias, declarando que no respondían ya, en 1845, a las exigencias del público.

D. Gabino Tejado terció en el debate, poniéndose de parte de Bretón de los Herreros, y D. Cándido Nocedal hizo, entre otras observaciones, las siguientes:

«Lo que debe averiguarse es si los medios de que se valieron aquellos escritores son los mismos que conviene emplear en la actualidad; y en ese caso, es poco o casi nada lo que puede adoptarse de los autores antiguos. Dividamos las obras dramáticas en cómicas y serias. Respecto de las primeras, si se atiende al enredo o argumento, no puede éste ofrecer interés a la sociedad moderna, porque son otras sus costumbres, y de formar la fábula con aquellos medios, se faltaría a la verdad que el público exige. Los caracteres tampoco pueden ser los mismos, porque nuestras ideas han variado esencialmente, como han variado también en España las relaciones de la familia con la sociedad. Con igual precaución debe procederse para imitar el lenguaje empleado por los antiguos. En aquellos tiempos, el discreteo era preciso, puede decirse que se fundaba en una razón política. Felipe II, cuyo poder abarcaba pueblos diferentes entre sí, en sus costumbres, carácter, idiomas, religión, necesitó estrecharlos con un lazo de unión, y tuvo que dar vigor al sentimiento religioso, imponiendo restricción al pensamiento. De aquí nació la sutileza, en tal grado, que este vicio ha llegado a encarnarse, por decirlo así, en nuestro lenguaje. Nada de esto es ya necesario, y por lo mismo, sin rebajar el mérito de las comedias antiguas, la ciega imitación de ellas producirá cuando más una buena obra literaria, pero nunca una obra dramática que satisfaga las exigencias del público. Tampoco es conveniente la imitación respecto de la las composiciones serias, pues si bien la tragedia clásica, por ejemplo, tiene muchas bellezas, literariamente consideradas, sus héroes ofrecían un interés sólo de actualidad, interés que precisamente ha de rebajarse a nuestros ojos, cuando estamos acostumbrados a ver repetirse grandes catástrofes, sin conmovernos, por la misma frecuencia con que se reproducen.»

Escosura resumió el debate, con su buen juicio y su deseo de buscar componendas, diciendo que no son imitables aquellas obras en sus formas, pero sí en el estudio y acierto con que supieron sus autores hacer predominar el interés, modificando los medios que para ello usaron, con arreglo a las exigencias de la época en que se escribe.

Bretón demostró practicamente la razón de su manera de pensar escribiendo *Marcela* con el mismo asunto, en el fondo, que *Lo que son mujeres*, de Rojas; dos comedias de pensamiento igual y totalmente distintas en la forma. Bretón desarrolló la misma acción humana de Rojas; pero bajo la evolución de costumbres y caracteres que imponía el transcurso de dos siglos.

Cerrado este paréntesis, continuemos nuestra relación.

En el mismo año se estrenaron:

Felipe el Hermoso, de Asquerino y Romero Larrañaga; regular.

La entrada en el gran mundo, de Rubí. Tenía la comedia elegancia, interés e intención.

Las mocedades de Hernan-Cortés, de Escosura, sobre cuya obra se emitieron pareceres encontrados.

El arte de hacer fortuna, de Rubí. Exito completo; al autor le hicieron salir varias veces a la escena, y Julián Romea estuvo felicísimo.

Por esta época se estrenaron, aunque no estamos seguros de que fuera en el Príncipe:

Los dos tribunos y *Un verdadero hombre de bien*, de Eusebio Asquerino.

Alonso Cano o la Torre del Oro, de D. Aureliano Fernández Guerra.

Geflé, tragedia de D. José María Díaz.

En 1846:

Alberoni o la astucia contra el poder, prohibida por la autoridad. (Mayo.)

Fortuna contra fortuna, de Rubí (1). (Octubre 1846.)

Tambien se rendía culto al teatro del siglo XVII. Matilde hizo (Noviembre 1846) *Lo cierto por lo dudoso*, de Lope, y sostuvo la comedia diez noches en el cartel. Al mes siguiente representó *Mari-Hernandez la gallega*, de Tirso, con Plácida, Romea y Guzmán; esta comedia era muy del agrado de Matilde; por cierto, que años después la hizo en la Coruña, y no gustó.

Por Nochebuena de este año pusieron en escena el sainete *La comedia de Maravillas*, de D. Ramón de la Cruz, por Matilde, la Palma, Plácida, la Llorente, Latorre, los Romeas y Guzmán. Suponemos que lo interpretarían regularcitamente.

En 1847 pusieron también, por Navidad, *La casa de Tócame-Roque*, con el siguiente reparto: *Juana*, Matilde; *Petra*, Teodora; *Agustina*, la Palma; *Sastra*, Plácida; *Cayetana*, la Chafino; *Casero*, Romea; *Moreno*, Sobrado; *Sastre*, Guzmán; *Vieja*, Mariano Fernández.

Tuvieron buen éxito (Abril de 1847) *Don Fernando el de Antequera*, de Vega, y *Un diablillo con faldas*, pieza en un acto, traducida (Octubre), en que Plácida Tablares representaba tres distintos papeles.

En Febrero se hizo, a beneficio de Romea, *Don Francisco de Quevedo*, primera producción de un joven escritor, Eulogio Florentino Sanz; y luego *La trenza de sus cabellos*, de Rubí: ambas muy aplaudidas.

Queriendo Zorrilla reivindicar la fama de la Cava, que tan malparada había quedado en *El puñal del godo*, escribió una segunda parte, titulada *La calentura*, que se representó en el Príncipe por Noviembre de 1847. El drama, aunque es inverosímil, tiene escenas interesantes, y fue magistralmente interpretado por Matilde y Romea.

En 1847 publicó Hartzenbusch en la *Revista Literaria* una

(1) Habitaba Rubí en la calle del Baño, núm. 14.

estadística de las obras estrenadas en los teatros de Madrid desde 1843, ofreciendo los siguientes datos:

1843, en Cruz y Príncipe, 46 originales y 32 traducidas: total, 78.

1844, en cuatro teatros, 49 originales, 32 traducidas y 1 refundición: total, 82.

1845, en cinco teatros, 51 originales y 23 traducciones: total, 74.

AÑO 1846.

TEATROS	COMEDIAS		TOTAL
	Originales.	Traducidas.	
Príncipe	9	17	26
Cruz	5	14	19
Instituto	2	5	7
Variedades	21	9	30
Museo	8	7	15
Buenavista	1	4	5
El Genio	»	2	2
Circo	1	»	1
	47	58	105

En resumen, durante un período de cuatro años se representaron 193 obras originales y 145 traducidas, con la circunstancia, muy de tener en cuenta, de que en la última temporada había superado el número de las traducciones al de las originales, a pesar de tener entre nosotros los 73 escritores dramáticos de que hemos hecho mención.

Para conmemorar el aniversario de la muerte de Moratín se representó *El Barón,* y *La comedia nueva o el café,* honrando S. M. la Reina con su presencia la función (Junio 1848).

En Julio de 1848 publicó, en *El Tío Camorra*, Juan de la Rosa González, que era aficionado a estos trabajos, una especie de crónica en verso, o reseña humorística de las novedades que por entonces habían ofrecido los espectáculos públicos. Copiamos un trozo a continuación:

. . . . . .
el Príncipe no ha hecho nada:
ha puesto día tras día,
formando un escalafón,
primero *Sancho García*,
Borrascas del corazón,
y después *Doña Mencía*,
La boda en la Inquisición,
y vuelta a la letanía
y torna al Kyrie-Eleisón.
Ha tenido empeño tal
en repetir producciones,
que sólo un original
nos ha dado en sus funciones:
República conyugal.
Y eso por ser de Rubí,
que es el vate que hasta aquí
dió a los teatros más fruto;
no se portaron así
ni la *Cruz* ni el *Instituto*.
Aunque nos han ponderado,
diciendo que es maravilla,
un drama que hay preparado,
original de Zorrilla:
Don Jaime el excomulgado;
en tanto que llega el día
de que saliendo a la luz
se cumpla la profecía,
pues hay ópera en la *Cruz*,
gocemos de su armonía.
Simpática y elegante
nos da este teatro ahora
una ópera palpitante,
escrita por Mercadante
y titulada *Eleonora;*
Y aquí con placer advierto
que cantaron con acierto,
haciendo lucir sus galas
en armonioso concierto,
Carrión, la Alexandri y Salas.
Vimos que la concurrencia

fue bastante numerosa,
lo cual nos da complacencia.
Vamos a hablar de otra cosa,
del público, con licencia.
Entre los sones divinos
del *sol*, *fa*, *re*, *mi*, *fa*, *sol*,
corramos a ver ladinos
los caballos *civilinos*
del Circo de Mr. Paul;
Circo que, a decir verdad,
nos dió poca novedad
en sus funciones primeras;
pero excita la ansiedad,
pues dicen que tiene fieras,
y que oculta entre prisiones
tigres, osos y chacales,
elefantes y leones,
y otros bravos animales
de sanguinarias pasiones.

Durante esta década, Matilde Díez no dejó de actuar en el teatro del Príncipe, siempre de primera dama, con la sola excepción de 1845 a 1846, que tuvo que ceder el puesto a Bárbara Lamadrid; pero como esta actriz comenzaba a estar decadente y Matilde se hallaba en la plenitud de sus facultades, pronto quedó Bárbara postergada y obtuvo el primer puesto de la compañía en la temporada de 1848-1849 la incomparable Matilde Díez.

Acompañaron a Matilde, desde el comienzo al fin del período, la elegante y sugestiva Teodora Lamadrid y la famosa Jerónima Llorente. En los primeros años figuraron Carlota Coronel, María Corcuera y María Fabiani; luego vinieron a reforzar la compañía Josefa Palma, Mariana Chafino, Plácida Tablares y María Córdoba.

Los actores que trabajaron fueron: D. José García Luna y D. Julián Romea, con la misma categoría hasta 1842; los años de 1843 y 1844, Romea de primer actor único, y de aquí en

adelante siguió sin bajar de categoría, pero cediendo el primer puesto, por antigüedad, a D. Carlos Latorre.

Como segundos galanes y barbas, actuaron: Florencio Romea, Pedro Sobrado, Elías Noren, Luis Fabiani, Lázaro Pérez, José Díez, Pedro López y otros poco conocidos, y como graciosos, Pedro Cubas, Antonio Guzmán y Mariano Fernández.

Apuntadores: Florentín Hernández, José Nicolau, Tomás Mariño y Marcos Barón.

Pintores escenógrafos, Francisco y Federico Lucini.

Director de orquesta, desde el año 1845, Luis Arche.

Julián Romea era un actor de mucha cultura, y contribuyó grandemente al aumento de consideración que la sociedad guardaba a los primeros actores y actrices de las compañías dramáticas. Romea hacía versos de vez en cuando, y no desprovistos de mérito literario; así es que, poseído de ello, se determinó, en 1848, a medir sus fuerzas con otros poetas contemporáneos de segundo orden, lo que dió ocasión a una polémica personal, de que daremos cuenta en breves párrafos.

Promovió el *Liceo* un certamen para premiar la mejor composición poética que se presentase sobre *La fe cristiana*, y habiendo sido favorecida por el Jurado la que había escrito Romea, los desahuciados, entre los que se encontraban Cervino y Santín de Quevedo, arremetieron contra Romea, o mejor dicho, contra el Jurado, compuesto del Duque de Frías, Pastor Díaz y Zorrilla, declarando que había habido parcialidad y que la mejor composición no era la de Romea. Echábase toda la culpa a Zorrilla, al que se conceptuaba ponencia del Jurado, y D. Manuel Cañete, llevando la voz de los descontentos, en *El Heraldo* y en *El Siglo* escribió, con firma y sin ella, varios artículos, no sólo tratando a Zorrilla con tonos despectivos, sino también a D. Julián Romea, de quien había dicho en 1845, al dedicarle su drama *El Duque de Alba*, que «le estaban reservados los más eternos y envidiables laureles de nuestro Parnaso».

Zorrilla publicó, en la revista *Don Circunstancias* (Febrero

1849), una carta dirigida a Cañete, en la que, amén de justificar el fallo del Jurado y defender la bondad de la oda de Romea, dirigía acerbas censuras al crítico. Que éste se equivocaba alguna vez, no cabe dudarlo, porque en esta época decía de Romea que «era un actor mediano que atina a veces con ciertos papeles que están en su carácter». Nosotros, que tuvimos la suerte de verle trabajar durante los últimos años de su vida, podemos asegurar que para la comedia de costumbres no tenía rival entonces, ni lo ha tenido en tiempos posteriores, no dejando de reconocer que el drama llamado *de época* no era su género apropiado.

Uno de los autores desahuciados en el concurso publicó la composición que había sido rechazada, poniendo en el anuncio: «Don Joaquín José Cervino, autor de la Virgen de los Dolores», por lo que un periódico, tomándolo en son de chunga, dijo que, «como autor quiere decir padre, en este caso resultaba que D. Joaquín José Cervino era el propio San Joaquín, padre de Nuestra Señora».

La angustiosa situación económica que agobiaba la existencia del teatro del Príncipe en la década anterior, hubo de agravarse considerablemente durante el período que vamos reseñando, y deseoso el Ministro de la Gobernación, D. Antonio Benavides, de atajar el mal de raíz, presento a la aprobación de la Reina, en 30 de Agosto de 1847, un Real decreto por el que se encargaba el Gobierno de la dirección, administración y explotación de aquel teatro, considerando su sostenimiento como obligación, por decoro nacional.

Decía el Ministro en el preámbulo del Real decreto:

«De aquí, Señora, la necesidad de establecer un teatro nacional de declamación en Madrid, que, subvencionado por el Gobierno y bajo su inmediata dirección, no solamente sirva de modelo a todos los demás de su clase, sino que sea también una escuela donde se formen los actores para generalizar las buenas máximas del arte dramático, el verdadero tono de la declamación, la expresión sencilla y pura de los afectos, la

propiedad de los trajes y de las decoraciones, la prosodia y el acento genuino del habla castellana con la variedad y riqueza de su armonía.»

Este teatro se pensaba establecer en el del Príncipe, con el nombre de *Teatro Real Español*, para lo cual se entraría en negociaciones con el Ayuntamiento.

Se nombraba una Junta de lectura para la elección de obras; otra de censura, que venía a ser complemento de la anterior, y un Comisario regio con las siguientes atribuciones: llevar la cuenta y razón de los gastos e ingresos del teatro; hacer las contratas que exija su mejor servicio; cuidar del decoro y propiedad en los trajes, en las decoraciones y en todo el aparato escénico; verificar los ajustes de los actores, y procurar, de acuerdo con los directores de la compañía, cuanto fuese necesario para la mejor ejecución de las representaciones.

Lo más práctico del Real decreto estaba en suprimir las cargas y censos que el teatro del Príncipe abonaba a la Beneficencia, según se disponía por el art. 32, y en la obligación, que por el 33 se echaba sobre sí el Gobierno, de acudir a las Cortes proponiendo un crédito anual como subvención.

Nada de esto era nuevo. El concepto y las bases para la reorganización del teatro Español las había dado Patricio Escosura en una serie de artículos publicados en el periódico *El Entreacto* el año 1839, donde, describiendo con mano maestra la situación aflictiva del teatro del Príncipe, por la falta de empresa que aceptara el negocio, teniendo que pagar censos que importaban miles de duros, proponía la intervención del Gobierno en el asunto, dictando un reglamento que regularizase la vida de las temporadas cómicas, tanto en su parte literaria como económica, y concediendo una subvención que cubriera los gastos en lo que se creyera prudencial.

Era Escosura partidario del nombramiento de una Junta que tuviera intervención directa en el funcionamiento del teatro, aunque no en la dirección, pues decía:

«Ni autor ni actor quiero al frente del teatro, sino a un

hombre ilustrado, inteligente en literatura dramática, observador del gusto del público, y con antecedentes que le pongan a cubierto, en lo posible, de toda sospecha de parcialidad. Más diré: es preciso que la posición social del que sea llamado a desempeñar este cargo, haya sido siempre, si no muy elevada, tampoco muy humilde; de otra manera, carecería de cierto prestigio indispensable para tener a raya la petulancia, la vanidad, la osadía que suelen hallarse, por desdicha, entre los que escriben y representan dramas, y la crítica, cuando no pudiera cebarse en sus actos, le mortificaría en su persona.»

El director con que Escosura soñaba para el teatro Español no se encontraría, seguramente, en Madrid ni en toda la Península; tenía que ser un director bajado del cielo, y esto constituía una dificultad para realizar el proyecto. Escosura estaba en esto equivocado. En el siglo de oro de nuestra literatura dramática, los cómicos eran directores y empresarios a la vez, y no necesitaron ni juntas ni comisarios regios para que les llevasen comedias Lope, Tirso, Moreto, Rojas y Calderón. El pensamiento de Escosura estaba inspirado en el mejor deseo, y comprendiéndolo así, lo aceptó D. Antonio Benavides, haciendo suyo hasta el título de *Teatro Español,* que aquel escritor había propuesto en sus artículos de 1839.

Por aquella época, en 1839, reconociendo el Ayuntamiento la necesidad de reorganizar la administración de los teatros de la Cruz y del Príncipe, que estaban a su cargo, propuso al Gobierno un reglamento que no resolvía la cuestión, pues mientras obligase a las empresas de ambos coliseos a pagar las cargas de Beneficencia, censos y pensiones de los actores y actrices jubilados, los rendimientos del negocio resultaban ilusorios; así es que la propuesta del Ayuntamiento, no marcando una nueva orientación en el asunto, quedó relegada al olvido.

La inestabilidad de la política hizo que Benavides saliera del Ministerio y que no pudiera llevar a la práctica el Real decreto de 30 de Agosto de 1847; pero entró en el Gobierno encargándose del mismo departamento ministerial D. Patricio de

la Escosura, el verdadero padre y engendrador del proyecto de reorganización del teatro del Príncipe o Español, como quería que se llamase, y consiguiente a sus antiguos propósitos, aceptó en principio la idea de Benavides, es decir, el Real decreto inspirado en sus artículos de 1839. No queriendo Escosura variar o modificar el Real decreto descaradamente, *autoritate qua fungor*, sino con cierto carácter de legalidad, nombró un Comisario regio para que estudiase el asunto y propusiese las variantes que, tras concienzudo estudio, considerase necesarias. El desempeño de esta comisión lo encargó Escosura a su amigo y compañero de letras D. Ventura de la Vega, quien por amistad y por carácter, que lo tenía amable y complaciente, no haría sino adaptar a su informe los pensamientos y opiniones del Ministro de la Gobernación.

El tiempo pasaba, la resolución no salía y el teatro del Príncipe iba cada vez de mal en peor. Sordo el Ayuntamiento a los clamores de la Prensa y ciego ante las dificultades económicas con que las empresas tropezaban en el arrendamiento del coliseo, lo sacó a subasta, exigiendo ocho mil duros al empresario que quisiera explotarlo. El resultado deberían tenerlo previsto los ediles: se declaró desierta la subasta, en vista de lo cual, en tertulias, en cafés, en las redacciones de periódicos, en todas partes, se pedía la intervención del Gobierno como única salvación para el teatro del Príncipe.

Luis Olona publicó en la *Revista Universal de Administración*, de que era director, una serie de artículos, reflejo fiel de la opinión pública; pero descubriendo el intento de debilitar la influencia de los cómicos en la dirección literaria del teatro para conceder la supremacía absoluta a los autores dramáticos. Aceptaba Olona el criterio que informaba el Real decreto de Benavides, modificando algunos puntos que, después de todo, no eran de importancia, ni destruían el pensamiento capital.

Así las cosas, suspendida la ejecución del Real decreto de 30 Agosto de 1847, convencido todo el mundo de que había

que hacer algo para normalizar la situación del teatro del Príncipe, y dispuesto Ventura de la Vega a dar por terminada su comisión, teniendo ya preparados los materiales todos para plantear la reforma, entró en el Ministerio el Conde de San Luis, hombre de grandes iniciativas, de carácter resuelto, y que se propuso, con un buen deseo que no le regateamos, sacar de la postración en que yacía la literatura dramática.

Queriendo el Conde resolver el asunto, nombró una Junta encargada de proponer las modificaciones que juzgase convenientes en el decreto de 30 de Agosto de 1847, y terminados los trabajos de la Junta, el Ministro expidió un Real decreto en 7 de Febrero de 1849, organizando los teatros del Reino, y otro, de la misma fecha, aprobando un Reglamento para el *Teatro Español* o sea el del Príncipe.

Por el primer decreto se creaba una Junta consultiva de teatros y otra de censura; se establecieron los derechos y obligaciones de los autores dramáticos, de los empresarios y de los autores, y además de otras disposiciones, se hacía una clasificación de los teatros, determinando que en Madrid no hubiera más que cuatro, a más del Español (*Príncipe*), que se denominarían de *número,* y eran los siguientes: teatro del *Drama*, de la *Comedia, Lírico español* y *Lírico italiano*. En cumplimiento de esta disposición, se llamó teatro del *Drama* el de la Cruz, y de la *Comedia* el del Instituto, con una sucursal, *passez moi le mot*, el de Variedades, que se decía *supernumerario de la Comedia*. No habiéndose desarrollado aún la zarzuela, y no contando más que con dos o tres óperas españolas, número insuficiente para dedicarlas un teatro, las clases *lírico español* y *lírico italiano* se refundieron en una general, *ópera,* que abarcaba las dos determinadas por el Real decreto, y que sirvió para dar nuevo nombre al teatro del Circo.

En cambio, la división de dramas y comedias quedó deslindada por el Real decreto, pues en sus artículos 37 y 38 decía: «En el teatro del Drama sólo podrán representarse obras que pertenezcan a los géneros siguientes: tragedias, dramas, melo-

dramas y comedias de magia; y en el teatro de la Comedia podrán representarse todas las obras que no sean tragedias, dramas o melodramas.» Prescindiendo de que la comedia de magia hubiera debido proscribirse del teatro del Drama, por tener sobre ella indiscutible derecho el teatro de la Comedia, el criterio de separar radicalmente estos dos géneros no habla muy en favor de la Junta que aconsejó al Ministro la reforma; así es que se censuró el capricho de obligar a las empresas a no representar sino un género determinado, cuando la combinación de ambos ha sido en todas las épocas aliciente para conseguir buenas entradas.

El segundo decreto, que comprendía el Reglamento del teatro Español, es decir, la reforma del teatro del Príncipe, merece también que se le dediquen algunos renglones.

Este Reglamento establecía que la dirección, administración y gobierno del teatro estuviera a cargo de un Comisario regio, como el del decreto de Benavides, Comisario que cobraría 36.000 reales anuales. Además, había un Secretario y un Contador con 18.000, y un Depositario con el 1 por 100 de las cantidades que entrasen en su poder.

Todas las demás disposiciones del Reglamento estaban inspiradas en el decreto del año 1847; y respecto a los recursos para el sostenimiento del teatro, se subvenía a ellos con una contribución que se establecería sobre todos los demás espectáculos públicos. De las cargas que a favor de la Beneficencia gravaban sobre el coliseo del Príncipe, nada decía el Real decreto.

Con fecha 6 de Abril se expidió una Real orden clasificando los teatros del Reino, y señalando la contribución mencionada en el párrafo anterior.

Teatros de primer orden: en Madrid, el de la *Cruz* y el del *Circo;* en Barcelona, el de *Santa Cruz* y el del *Liceo;* en Sevilla, el *Principal* y el de *San Fernando;* en Cádiz, el *Principal*, y otro en Valencia, sin nombrarle.

Teatros de segundo orden: en Madrid, el del *Instituto*, y

otro en cada una de las poblaciones de Coruña, Granada, Málaga, Palma, Valladolid y Zaragoza.

Teatros de tercer orden: los restantes.

Los teatros de primer orden pagarían por derechos de licencia 3.000 reales; los de segundo, 1.500, y los de tercero, 500.

Además, abonarían las empresas el 5 por 100 de la entrada en las funciones de toros y novillos, y el 10 por 100 en los demás espectáculos y diversiones.

El decreto fue muy discutido, pues mientras unos le defendían con tesón, como D. Manuel Cañete (1), a quien le parecía bien todo lo que fuesen mandatos y prohibiciones anulando la preponderancia de los cómicos, otros conceptuaban que el Ministro o la Junta asesora había padecido un ataque agudo de reglamentación.

No bien publicado el Real decreto, el Conde de San Luis, que era muy expeditivo, deseó realizar la reforma, y dispuso que se restaurase el teatro, a fin de que comenzara a funcionar como *Teatro Español* en Pascua de Resurrección, que era la época en que daban principio las temporadas cómicas.

La compañía pasó a dar funciones al teatro de la Cruz, y mientras tanto, se hicieron las obras de restauración en el del Príncipe, a cargo del arquitecto D. Aníbal Alvarez.

Se pintó un telón de embocadura, que gustó mucho por su sencillez y elegancia; se colocaron en los lados del proscenio los retratos de Lope, Tirso, Calderón, Alarcón, Rojas y Moreto; se puso iluminación de gas, y se aumentó el precio de los billetes tomados en Contaduría. Se empapelaron los pasillos y escaleras; se forraron de terciopelo rojo las butacas y de paño los asientos de los anfiteatros, proscribiendo el color azul, que había imperado desde 1845 (2); se uniformó a los acomodado-

(1) *Revista General de Administración*, 1849.

(2) Romea, que era el que mangoneaba en el arreglo del teatro, detestaba el azul. Cuando se reformó en 1845 poniendo azul el terciopelo de las butacas y el papel de los palcos, dijo, en son de pulla, que el teatro

res con frac azul de botón plateado, pantalón negro, corbata blanca y chaleco del mismo color, y se distribuyeron las localidades de forma que cupiesen 900 personas, calculándose un producto por función de 11.000 reales próximamente.

En la fachada, y sobre la puerta del centro, se colocó una lápida con la siguiente inscripción: «Teatro Español.—Se fundó reinando D.ª Isabel II, siendo Ministro de la Gobernación del Reino el Excmo. Sr. D. José Luis Sartorius, primer Conde de San Luis.—Año 1849.»

El periódico satírico *Don Circunstancias* dijo que debía haberse añadido: «Siendo Ministro de Hacienda D. Alejandro Mon, Intendente de Madrid el Sr. Flores Calderón, primera bailarina del Circo la señora Fuoco, domador de fieras mister Charles Esperon, empresario de la Plaza de Toros el Marqués de Casa-Gaviria, e Inspector de la Ronda de policía D. Francisco Chico.»

La inauguración se verificó con toda solemnidad el 8 de Abril. Leyó un *Prólogo* en verso Julián Romea, compuesto por él; después se tocó una sinfonía de Saldoni, luego se representó la comedia de Calderón *Casa con dos puertas*, desempeñada por Matilde, la Palma, la Noriega y la Durán; Romea, Guzmán, Pizarroso, Barroso, Boldún y Sotomayor; baile nacional y el sainete de D. Ramón de la Cruz *La Petra y la Juana o la casa de Tócame-Roque*, en que tomaron parte las principales actrices y actores de la compañía.

Asistió aquella noche la Reina Isabel, ocupando un palco de honor que se había improvisado frente al escenario; los concurrentes a las localidades de preferencia vestían de etiqueta como en fiesta solemne, entrando por la puerta de la calle del Prado la gente de coche, porque a éstos no se les permitía acercarse al edificio delante de la fachada de la calle del Príncipe.

---

había quedado tan bien, que podía hacer la competencia al café del Recreo, inaugurado en Setiembre de 1844, en la calle de Alcalá, casa del Marqués de la Torrecilla.

El *Prólogo* de Romea parece que no acabo de gustar a los espectadores. Envalentonado con el premio del *Liceo*, quiso hacer un alarde de sus facultades de versificador, y aunque interpretaba bien el mecanismo, carecía de esa inspiración que poseen los verdaderos poetas, tanto en lo serio como en lo cómico. La composición consta de 38 quintillas, que dan un total de 190 versos octosílabos, número suficiente para poner a prueba las aptitudes poéticas del poeta.

Comenzó diciendo:

Yo, el último en merecer,
público, distinción tanta,
me vengo ante ti a poner,
y acatando tu poder
mi humilde voz se levanta.
Si no a mi escaso talento,
apelaré al corazón;
y en tan solemne momento,
como diga lo que siento,
tú aceptarás mi intención.

Después elogiaba la idea de la formación del *Teatro Español*, echando una flor a la Reina, que estaba en un palco.

¿Lo veis? El arte ensalzando,
los bellos ojos tornando
a la dulce poesía,
su alto favor les envía
la nieta de San Fernando.
Y así debió suceder;
que allá, bajo su aureola,
el suelo la hizo nacer
sensible como mujer,
hermosa como española.

Dedica unas quintillas a cantar las glorias de España, y termina animando a todos para seguir el camino de la regeneración del teatro.

¡Ea!, pues, ¡alto! ¡A marchar!
Vates de España, a cantar;
artistas, a combatir;
hombres de ciencia, a escribir,
y tú, público, a juzgar.
Y juntos así, y seguros,
la alta cúpula sentemos
sobre reforzados muros,
en cuyos cimientos duros
la primer piedra pondremos.
Y dignos de alta memoria
nombres laureados lleve;
y también legue a la Historia
brillantes palmas de gloria
nuestro siglo diez y nueve.
Y así se alzará, lo espero,
del arte el naciente sol,
y España, en su hablar severo,
decir podrá al extranjero:
«Tengo *Teatro Español.*»

Esta poesía está publicada íntegra en *El Heraldo*, que era el periódico del Conde de San Luis.

El día 15 de aquel mes se hizo *La escuela de las coquetas*, para la salida de Teresa Baus y José Calvo; el 20, *El sí de las niñas*, para la de Joaquín Arjona; y el 24, *La carcajada*, para la de D. José Valero. Las obras eran escogidas, los actores encargados de su ejecución rayaron a gran altura, y, sin embargo, el público no correspondía al esfuerzo que representaba la reunión en una misma compañía de tantos artistas sobresalientes: pasados los primeros días, iba poca gente al teatro.

En Setiembre hicieron *La esclava de su galán*, de Lope, refundición de Hartzenbusch, desempeñada por Matilde, la Chafino, los Romeas, Guzmán, Calvo y Sobrado; y para fin de fiesta, *Una de tantas*, de Bretón, por Matilde y Romea.

En Octubre pusieron en escena *La rueda de la fortuna*, de Rubí, y *Don Antonio de Leiva*, de Ariza, por Matilde y Romea;

El viejo y la niña y *El avaro*, por Arjona; y *La calumnia*, por Valero. Como se ve, los primeros actores trabajaban aislados, y esto no era lo que al público satisfacía. Percatados de ello, y en vista de alguna indicación que hizo la Prensa, representaron *Marcela*, por Matilde (1), la Palma, Romea, Valero, Arjona y Guzmán, primera obra en que se consiguió ver reunidas las notabilidades de la Compañía.

Acabó aquel mes con el estreno de *Saúl*, drama bíblico en cuatro actos (2), original de D.ª Gertrudis Gómez de Avellaneda, interpretado por Bárbara, Teodora, Valero, Arjona, Calvo, Pizarroso, Alverá, Osorio y Pardiñas. Decoraciones nuevas pintadas por Philastre y por Aranda. Música de Saldoni.

La Avellaneda había estrenado, en 1844, *El Príncipe de Viana*, con un éxito ficticio, porque los amigos la prepararon una ovación con sus correspondientes coronas; pero los periódicos pusiéronla muchos dintingos. Ese mismo año se hizo en la Cruz *Alfonso Munio*, también con aplausos excesivos y coronas. El periódico satírico *El Dómine Lucas* decía:

> Tienen, pues, razón y media;
> es más difícil, al fin,
> escribir una tragedia
> que coser un calcetín.

El 30 de Noviembre se estrenó *¿Quién es ella?* de Bretón, por Bárbara, Teodora, Valero y Arjona, y el 19 de Diciembre se hizo la *reprise*, como decimos ahora, del drama *Los amantes de Teruel*, refundido por su autor, con decoraciones de Philastre y de Aranda, y desempeñado por Teodora, la Baus, Latorre (3), Valero, Calvo y Pizarroso.

---

(1) Habitaba Matilde Díez en la Carrera de San Jerónimo, núms. 44 y 46, tercero izquierda, portal de la esquina.

(2) Esta fue una de las sesenta obras que en el espacio de un mes se presentaron a la Junta de lectura, cuyos fallos consiguieron disgustar a los que la habían aclamado para librarse de la *tirania de los cómicos*.

(3) Habitaba en Relatores, 11, principal.

Los buenos propósitos del Conde de San Luis se estrellaron contra la apatía del público, que dió en no ir al teatro del Príncipe, apatía que tiene su explicación en la falta de novedad que ofrecía el espectáculo; las comedias que ponían en escena, se las sabía el público de memoria, y daban monotonía al espectáculo, precisamente en una época en que le hacían una competencia terrible los demás teatros. En *Variedades* había obtenido un éxito inmenso la zarzuela *El Duende*, pues aunque no había teatro destinado al *género lírico español*, como preceptuaba el Real decreto, éste autorizaba, por su art. 46, a la empresa de la *Comedia* para dar representaciones de zarzuela; en el *Circo*, la Fuoco causaba las delicias de los espectadores; en el *Instituto*, la Pepa Vargas tenía subyugado al público, y para colmo de contrariedades, apareció en la *Cruz* una nueva bailarina que en pocas noches logró formar un nuevo partido: la Manuela Perea, conocida en los fastos de la historia de la coreografía española con el nombre de *la Nena*. Esta competencia terrible no la habían previsto, ni Patricio Escosura en sus artículos de 1839, ni D. Antonio Benavides en su Real decreto de 1847, ni el Conde de San Luis en su reforma; pero acordándose de aquella máxima del sistema homeopático que dice: *similia similibus curantur*, se echó mano de un recurso que en tales circunstancias produjo el efecto deseado: contrató el Comisario regio a la primera bailarina de los teatros de Andalucía, la Petra Cámara, y con esto consiguió ver ocupadas las localidades todas del teatro del Príncipe. Al público había que darle novedades, fuesen como quisieran.

La reforma del Conde de San Luis fracasó, porque no se tuvieron en cuenta más que las condiciones artístico-literarias del asunto, prescindiendo de la parte industrial, en favor de la cual se hizo muy poco o casi nada. El Comisario regio, cuya competencia era indiscutible en estas cuestiones, no tuvo acierto para dejar satisfecho al público, ni libertad de acción, porque se halló constantemente cohibido bajo la presión moral de Romea, que logró imponerse a todos, incluso al Ministro de la

Gobernación. Las cartas que mediaron entre el Conde de San Luis y Romea, publicadas (1) por el docto académico D. Juan Pérez de Guzmán, ponen de relieve la intransigencia de aquel actor, que contribuyó, sin darse cuenta, a que la reforma no pudiera prosperar.

Romea, que como empresario había logrado sostener el teatro del Príncipe varias temporadas, a pesar de las dificultades económicas que se le presentaron, como primer actor, subordinado a un Comisario regio, no pudo ser ni más díscolo ni más altanero. Censurábase la gestión de D. Ventura de la Vega, sin saber que el pobre Comisario regio tenía que luchar con el indómito carácter de los unos y con la resistencia pasiva de los otros, por lo cual quedaban reducidas a la nada las altas atribuciones que el Reglamento concedía a tan elevado cargo.

La reforma del Conde de San Luis estaba inspirada en los mejores deseos; pero su desarrollo carecía de una base práctica, ajustada a la realidad de las cosas, y en este sentido se equivocaron lo mismo los Ministros Benavides y San Luis, que D. Patricio de la Escosura en sus artículos de 1839.

CARLOS CAMBRONERO

(*Continuará.*)

(1) *Boletín de la Academia de la Historia*, Abril 1911.

FORMAS RUDIMENTARIAS DE LA NOVELA PICARESCA

CAPÍTULO V

Emersión de la personalidad.

En el progreso inevitable de la ficción en general de los hechos al carácter, la novela picaresca española se limitó a presentar un cambio, desde el principio al fin de su desarrollo, y la piedra de toque de este cambio fue necesariamente la preponderancia del antihéroe en el relato como persona que tiene asunto propio en su misma vida. La novela de observación empezó a sentir la necesidad del interés personal, y de ordenar los acontecimientos en conformidad con una idea única, en lugar de describir simplemente impresiones de la vida externa desparramadas al azar.

En consecuencia, las novelas picarescas de la segunda fase fueron narraciones en que se tributaba menos atención a las distintas clases de la sociedad y más al observador. Como se trataba de un pícaro, la vista se fijaba de preferencia, ahora en sus picardías, no como simples trapacerías, sino como revelación del personaje, y combinadas orgánicamente para un fin. El exceso de discursos y moralidades tendió así a rebajarse, y la importancia de la fábula en sí a acrecentarse, incluyéndose cada vez con más frecuencia episodios románticos que acentuaran el contraste, haciéndose la forma de la narración menos estereotipada y sencilla. La *Hija de Celestina* y el *Necio bien afortunado*, de Barbadillo; el *Lazarillo de Tormes*, de

Luna; el *Marcos de Obregón*, de Espinel, y la *Teresa, Trapaza* y la *Garduña*, de Solórzano, fueron las principales obras de esta fase literaria. La primera de éstas, cronólogica y típicamente, es el *Buscón*, de D. Francisco de Quevedo.

Apareció en Zaragoza, en Julio de 1626, publicada por Pedro Verges, y a costa de Roberto Duport, con el título de *Historia de la vida del buscón llamado Don Pablos, ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños*, considerándose de tan fácil venta, que Alonso Pérez, padre del Doctor Pérez de Montalbán, fue condenado el siguiente año, por no respetar el privilegio conferido a Duport, intentando una reimpresión en Madrid; aparecieron ediciones autorizadas en Barcelona (1627), en Ruan (1629) y en Pamplona (1631). Duport, en su dedicatoria a Fray Juan Agustín de Funes, habló de este libro como *émulo de Guzmán de Alfarache... y tan agudo y gracioso como Don Quijote*, y más desapasionadamente le juzgó con todo favor la aprobación general. La novela, en la época de su publicación, debió ser ya conocida de los amigos íntimos de Quevedo, si es que no se leyó en lectura pública; pues su composición puede calcularse, con seguridad, en los primeros diez años del siglo XVII, conteniendo alusiones contemporáneas de los años 1602 a 1607; y la mención del poeta ahorcado Alfonso Alvarez a la memoria del cual se emborrachan los matones de Sevilla, hace creer que su definitiva composición no se terminó hasta el 1608. No se daba gran prisa Quevedo para imprimir sus escritos. Sus *Cartas del caballero de la Tenaza*, (obra semipicaresca) llevan fechas de los primeros años del siglo, sin que se publicaran hasta 1627, juntamente con los *Sueños*, que escribió del 1607 a 1622. Pero todas estas obras eran ya manuscritas, populares desde un principio, y el autor iba adquiriendo fama por este medio, sin necesidad de poner en peligro su persona, pues aún no había cesado la amenaza de la censura civil y eclesiástica, y no era cosa difícil negarse por autor de una obra sospechosa.

Llama a Quevedo Quintana «*el padre de la risa, el tesoro*

de los chistes, la fuente de las sales, el maestro de la jocosidad», y ciertamente, poseía en grado extraordinario el doble talento de la agudeza satírica y el de la observación, con lo que su representación de la vida en las clases bajas es inimitable. Con las *Capitulaciones de la vida de corte y oficios entretenidos en ella*, compuestas de 1603 a 1604, había dedicado estudio cuidadoso y solícito a la observación de la vida picaresca, presentando clasificaciones de pícaros y funciones a ellos anejas que no pudo conocer sino valiéndose de su experiencia personal. En tal obra pasa revista al ejército de mendigos y rateros, tullidos falsos o reales, rufianes, tahures, rameras, maridos complacientes, granujas de toda laya, describiendo desde la jerga germanesca hasta las maneras dulzonas y zalameras de los parásitos. No se necesitaba ya sino una relación novelesca en que ensartar todas estas castas y escenas, y para ello vino bien la historia de *La vida del gran Tacaño*, que así se llamó al *Buscón* después de la muerte de su autor.

Con la rapidez que se observa en las aventuras de *Lazarillo* y el ahorro de moralidades, se cuenta aquí la vida de Pablos, el antihéroe de Segovia, por él mismo, desde su nacimiento, que lo hubo de un padre ladrón y de una madre hechicera, hasta su huída a las Indias, después de la hazaña de los matones de Sevilla borrachos. Cuenta cómo aprendió de su padre que el oficio de apoderarse de lo ajeno no es arte baja, mecánica, sino liberal, y cómo en la escuela, regalando a D. Diego, hijo de un caballero rico, se prepara los medios de estudiar en la Universidad, alojado como paje suyo. Siguen luego las trazas a que tiene que recurrir en los comienzos de su vida estudiantil en el pupilaje del misérrimo Cabra; en su lucha desesperada contra el hambre, y en Alcalá empieza a figurar como gran bellaco, para desquitarse de las calamidades de novato.

Cuando Pablos, no mucho más aventajado en moralidad, con su paso por los estudios, regresa a Segovia, adonde le llaman para cobrar la herencia de su padre ahorcado, y le enteran del encarcelamiento de su madre por la Inquisición, deja

a la mitad del pueblo llorando por sus bellaquerías, y a la otra mitad riendo de los que lloraban. Un loco inventor de ingenios bélicos, un maestro de esgrima disparatado, un poeta sacristanesco, animan el viaje de Alcalá a Madrid, pasado el cual, tiene por compañeros de camino a un soldado, a un ermitaño tahur y a un usurero genovés. Al entrar en Segovia, lo primero que ve es a su señor padre hecho cuartos, y llega hacia donde está su tío el verdugo, taraceando las espaldas de unos cuantos castigados. Este digno pariente lleva a su casa a su sobrino y a unos cuantos amigotes de lo más grosero y vil que pueda desearse; pero Pablos, que no se aviene a ejercer el oficio de verdugo a que le invita su tío, corre hacia Madrid, una vez que se ve con los dineros de la herencia, determinado a ver mundo y vivir para sí mismo. En el camino se encuentra con un hidalgo fingido, de lo más granuja de España, que le entretiene con una relación muy detallada de lo que es la cofradía de la estafa en Madrid. El segundo libro de la novela comienza con la introducción de Pablos en el seno de esta gentuza. Todos ellos son habilísimos en mil variedades de fraudes, y viven regidos por una vieja que, desgraciadamente, da con todos ellos en la cárcel. Pero, Pablos, despejando su salida por medio del dinero y enamorando a la hija de su patrona, pretende pasar por noble y rico, y luego consigue escapar sin pagar su pensión, haciendo ver que le ha preso la Inquisición por nigromante. En los comienzos de una burla que traza con damas distinguidas para alcanzar mujer de fortuna, gastándose en obsequios con ellas lo que en comparación de lo que piensa conseguir tiene en muy poco, es reconocido por su antiguo amo D. Diego, y termina cruelmente apaleado. Ya convaleciente de su paliza, se hace Pablo mendigo, alquilando muchachos que roben para él; júntase luego a una compañía de comediantes, y se hace poeta; corteja a monjas, y habiendo alcanzado por fruto de sus galanteos, no otro mejor que el desengaño de haber perdido el tiempo, se marcha de allí a Sevilla, donde tiene lugar su encuentro con los tumultuosos ma-

tones y sus embestidas con los alguaciles, de los que matan dos por casualidad, más bien que de caso pensado, acogiéndose por ello al sagrado de la catedral. Allí son sustentados por todas las rameras de la población, y Pablos, cansado de aquella vida, se escapa con una de ellas, y se embarca para las Indias, en busca de mejor fortuna. «Y fueme peor—dice,—pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres.»

Esta fue la última palabra del pícaro y la única reflexión moral del cuento. Preparábase una segunda parte, ya que no se prometiese, como la que habían formado las continuaciones del *Lazarillo de Tormes*; y la traducción francesa de La Geneste, en 1633, para evitar el brusco término que pone Quevedo a su obra, alteró ésta, llevando a Pablos a Sevilla con un comediante, y casándole allí, después de muchas intrigas, con la hija de un rico mercader. Restif de la Prestonne, en 1776, compuso una terminación aún más elaborada. En el plan y en la sátira guarda el *Buscón* más parecido con las narraciones de la primera fase. El mismo molde en que se fraguaron éstas sirvió también para la obra de Quevedo, y no se añadió más complicación en la trama ni más originalidad en la invención; pero con todo esto, avanzó más sobre las novelas primitivas. El antihéroe, en efecto, es en ella, más que en ninguna otra, el centro de la acción; la mera invención y la trama ofrecen menos importancia, y la sátira de la sociedad no escoge por instrumento las observaciones de un lacayo. Cierto, que Pablos anduvo al servicio de D. Diego Coronel; pero amo y criado eran de la misma edad, se habían tratado de niños, y la posición de Pablos era libre y sin trabas. Excepto en esta condición y en la de comediante, siempre figura como un aventurero. La atención se reconcentra siempre en él, y no en la manera de vivir del momento. En consecuencia, se hizo tabla rasa de toda clase de episodios y digresiones que hubieran podido disminuir la atención hacia el pícaro, y hasta los ataques a las costumbres sociales se convierten en argumento personal.

Si en algún que otro pasaje es grosero hasta repugnar, pareciéndose en esto a la *Pícara Justina*, el *Buscón* no llegó nunca a obsceno. Su estilo, era por lo común francamente, burlesco y manifiestamente descuidado; pero la vivacidad, que nunca fatiga, de la narración, y el centelleo de sorpresas del lenguaje, en armonía con las chispeantes ingeniosidades del pensar, dotaron á esta obra de cierta distinción, indicándonos que el autor, indudablemente, con más esmero, hubiera producido la obra maestra de este género literario.

En Francia, en adición a *L'avanturier Buscon, histoire facétieuse*, traducción de La Geneste de 1633, con las *Lettres du Chevalier de l'Espagne*, fue reimpresa a menudo; el Sieur Raclots, en 1699, en Bruselas, incluyó una nueva versión en sus *Œuvres de Don Francisco de Quevedo*, tomada de la conclusión de La Geneste, y en 1776, Restif de la Bretonne, ayudado por Vaquette d'Hermilly, publicó en La Haya *Le fin matois ou histoire du grand taquin,* con notas, y otra terminación en ocho capítulos suplementarios. Esta continuación, de escaso mérito, desentendiéndose por completo del espíritu de su original, describe el casamiento de Pablos con su mancebа de Sevilla, yendo embarcados, y su viaje a las Indias, arrebatándole la mujer el capitán, y muerta al fin por el piloto, mientras Pablos promueve un motín a bordo. Llega él entonces a ser nombrado capitán; pero le desposee del cargo aquel antiguo compañero de viaje, el ermitaño fullero, y Pablos es abandonado en una isla y socorrido por una muchacha india, que él vende vilmente a los soldados españoles. De vuelta a España, Pablos encuentra al ermitaño en la cárcel, al que reconoce, como es por él también reconocido después de haberse escuchado las respectivas confesiones de sus crímenes. El ermitaño termina condenado a muerte y Pablos a las galeras. En un descanso que le procura la convalecencia de heridas que ha sufrido por los malos tratamientos, escribe sus memorias. En 1793 se tradujo otra vez la obra original, en Lyon, por F. M. Mersan; y Germond de Lavigne, corrigiendo las alteraciones

que él puso en su primera traducción de 1843, ha dado la definitiva traducción francesa. En Venecia, 1634, apareció una traducción al italiano, con el título de *Historia della vita dell' astutissimo e sagacissimo buscone chiamato don Pablo*, puesta de castellano en toscano por Giovanni Pietro Franco; y en 1657 se «vertió al inglés, por una persona honorable *The Life and Adventures of Buscon the witty Spaniard* (la Vida y Aventuras del ingenioso español el Buscón), y se imprimió en Londres juntamente con el *Provident Knight*, traducción de las *Cartas del Cavallero de la Tenaza*. En 1683 salió una versión fragmentaria con la *Auristella*, de Gonzalo de Céspedes y Meneses, y en 1707, el Capitán John Stevens, editor de *Spanish Libertines* y traductor de muchas obras principales de la literatura española, desde el *Quixote* de Avellaneda hasta la *Historia* de Mariana, incluyó en sus *Comical Works of Quevedo* la *Vida de Pablos, estafador español*, que es la mejor traducción inglesa, aunque Pedro Pineda, maestro de español en Londres, hizo en 1743 otra redacción. En Francfort (1671) se publicó una edición franco-alemana con el título *Der abenteurliche Buscon*, y se tradujo nuevamente al alemán en 1781, por Federico Bertuch, en su *Magazin der Spanischen und Portugeischen Litteratur*, en Dessem. En holandés, Jan ten Hoorn, de Amsterdam, imprimió una traducción anónima, *Vermakelyke historie van der Koddigen Buscon*, en 1699; y en Amsterdam también apareció, sin fecha, el *Hollebollige Buscon*.

Esta obra es la más universalmente conocida de las de Quevedo, si se exceptúa los *Sueños*, y después de *Lazarillo* y de *Guzmán de Alfarache*, la más popular entre las picarescas españolas.

Así como el Dr. Carlos García publicó su obra en castellano, estando en París desterrado, también su compañero de refugio, Juan de Luna, que servía de intérprete al español en la capital francesa, publicó allí, en 1620, su *Vida de Lazarillo de Tormes, corregida y enmendada*, añadiéndole *La segunda parte de la Vida de Lazarillo de Tormes, sacada de las crónicas an-*

tiguas de Toledo. Procurando que sirvieran de texto de español para sus alumnos, Luna quiso modernizar y mejorar la dicción de la novela original de 1554, y en la segunda parte dar visos de verosimilitud a lo fantástico de la continuación anónima de 1555. Aunque la primera parte de sus propósitos no mereció éxito particular, en la segunda triunfó plenamente; y sólo por esta segunda parte de *Lazarillo,* es conocido y recordado Juan de Luna. Declarando que es un relato necio el de las aventuras de Lázaro entre los atunes, Luna se propone redimir a su héroe de tan absurdas hazañas y absurdo modo de vida, proporcionando en su lugar la verdadera relación de los hechos del pícaro y sus infortunios, tal como los había oído al rincón de la lumbre en el invierno, de boca de su abuela, y cómo se habían conservado en las antiguas crónicas de la hermandad de Toledo. La narración se anuda con los acontecimientos finales de la primera parte, prosiguiendo con el embarque de Lazarillo contra los argelinos, y el naufragio que padeció; pero Lazarillo no permaneció sino muy corto tiempo en el mar, en que descubrió un tesoro que ató con una cuerda antes de salir á la superficie. El otro extremo de la cuerda lo ató a su pie; mas al ser cogido por unos pescadores, la cortaron, y entonces, con el disgusto que les dió el saber lo que se había perdido, determinaron explotar al pícaro, exhibiéndolo por toda España como un monstruo marino. De esta suerte, le llevan como a un tritón por todo el reino, hasta que lo ponen a punto de morir ahogado en una de sus representaciones acuáticas. Creyéndole muerto, se disponen a echarlo en un río; pero él grita a tiempo, logrando ponerse en salvo. Vuelve a la vida picaresca, y presenta una querella contra su mujer y el arcipreste, saliendo burlado; lleva a un galán encerrado en una caja a la casa de su enamorada; sirve de escudero a siete mujeres a la vez; se hace ermitaño tramposo, sucediendo a otro que realmente lo era, y que muere en su presencia, y después de ser maltratado por la hija del ermitaño muerto, con quien había pensado casarse, concluye su relato diciendo: «Esta es,

en suma, amigo lector, la segunda parte de la *Vida de Lazarillo*, sin añadirle ni quitarle nada, tal como se la he oído contar a mi abuela. Si te gustó, me huelgo, y adiós.»

La habilidad con que Luna unió esta continuación al original, reproduciendo casi exactamente el estilo festivo de éste y conservando su manera de ser realista, fue admirable. Si la acción no era tan rápida ni el estilo tan incisivo, la sátira era plena y aguda, y la narración libre de moralidades ramplonas que tanto menudearon en otras novelas picarescas. Además, aquí se observa lo que aún no aparece en el otro *Lazarillo*, y es que este antihéroe, y no la sociedad en que discurre, resulta de capital importancia; y manteniéndose fiel continuación del original en todo lo demás, se aleja en este respecto, pasando a ser Lázaro, de perpetuo servidor que era, pícaro independiente. El interés y la sátira personales eran sumamente acentuados, y la narración, por consecuencia, no muy distante de las novelas picarescas del primer ciclo. La edición española de este *Lazarillo*, en 1652, pasaba por ser impresa en Zaragoza, a costa de Pedro Destar; mas era, probablemente, una falsificación, y, con toda seguridad, una reimpresión francesa, pues muchos de los errores de la edición primera se ven repetidos torpemente en ella. La inicial del nombre de Luna sigue siendo una «H», y su nacionalidad va también mal entendida, pues dice «castellaño» en vez de «castellano». En el año de su primera aparición fue traducida al francés, en París, por Vital d'Audiguier, y se publicó con la primera parte, y en la de 1653 se promete una tercera parte, puesta en verso, que seguía a la segunda de 1555 publicada en Flandes. En la redacción francesa de George de Backer, en Bruselas (1698), se tuvo en cuenta la obra de Luna, y se puso un epitafio en que se fechaba la muerte de Lazarillo en 12 de Setiembre de 1540, en su edad treinta y nueve años, cinco meses y once días. En inglés se publicó *The Pursuit of the Historie of Lazarillo de Tormes, por Juan de Luna*, primeramente en 1622, y después en 1631 y en 1655, siguiendo a la primera parte, así como en 1624, 1639, 1653 y 1669, teniéndose

al mismo Luna por traductor. Sin embargo, James Blakeston, que en las dos últimas ediciones conjuntas afirmó haber corregido la versión de Rouland, comparándola con el original expurgado; durante su última estancia en Toledo debió poner mano en la versión al inglés del libro de Luna. El *rifacimento* de Londres, en 1688, que adoptó esta obra, la redujo y alteró, haciendo naufragar a Lázaro de regreso de las Indias, en compañía del hidalgo de la primera parte.

Siguiendo las huellas de la *Pícara Justina*, y con intención más picaresca que la antiheroína de Pérez, siguió *La hyia de Celestina* (1), historia escrita por Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, quien por primera vez la publicó en Zaragoza en 1612. La fecundidad y talento versátil del autor se demostraron en una serie de comedias, poesías y novelas que no se interrumpió hasta su muerte, acaecida en 1630, y se cerró con la obra póstuma *Coronas del Parnaso y platos de las musas*, de 1635. Desde su primer poema heroico a la Virgen de Atocha, *La Patrona de Madrid restituida* (1608), hasta su prosa burlesca, *El caballero puntual*, en dos partes, publicadas respectivamente en 1614 y 1619, o la *Estafeta del dios Momo* (1627), Salas Barbadillo puso de manifiesto la fácil seguridad de sus talentos, si no muy distinguidos, variados. En 1620 se atrevió a emular con su *Escuela de la Celestina* la obra maestra de Fernando de Rojas, y en *El caballero perfecto*, de 1620, cifró el ideal caballeresco en la vida de honor propia de los altos cargos. Su *Don Diego de Noche* (1623) presenta aventuras curiosas nocturnas; su *Casa del placer honesto* (1620) divertidas novelas, y las *Fiestas de la boda de la incasable mal casada*, de 1622, una novela, una comedia y diálogos en verso y prosa. Tales misceláneas, enhebradas en un asunto sin coherencia, constituían su placer, y dispersos acá y allá se encontraban en

(1) En los títulos de los libros, he usado de la lectura que ofrecen las primeras ediciones, y así pongo *hyia*, por *hija; passagero*, por *pasajero*, etcétera.

ellas versos coleccionados en sus *Rimas castellanas*, en 1618. Hasta en sus piezas dramáticas, la tendencia de Salas Barbadillo de variar la ejecución con cuentos pegadizos y rimas, es evidente; y si *El galán tramposo y pobre* y la *Victoria de España y Francia* son verdaderas comedias; el picaresco *Pedro de Urdemalas* y la *Sabia Flora Malsabidilla* fueron meras narraciones dialogadas. Sin embargo, en *La hyia de Celestina*, o *La ingeniosa Elena,* como la nombra la edición de 1614, resulta ser una novela dotada de insólita unidad, que en nada se diferencia de una verdadera novela picaresca. Siempre llamó la atención de Salas Barbadillo la figura de Celestina como carácter, y más de una vez se reconoce en él la influencia literaria de la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*; sobre todo, en el prefacio cita su comedia en prosa, titulada *El sagaz Estacio, marido examinado* (1620). Su primera y más importante novela picaresca se intituló, pues, no sin fundamento, *La hija de Celestina*, aunque Elena, su antiheroína, era la hija de una esclava de Granada que llevaba aquel apodo. La escena comienza en Sevilla, en una fiesta con que se celebra el matrimonio de Don Sancho, cuyo tío, rico y viejo, es objeto de una burla que le hacen Elena y su fingido hermano Montúfar. Durante la huída de los pícaros a Madrid, Elena refiere el cuento de su vida a Montúfar; cómo su padre murió en una corrida de toros, y ella y su madre vivieron de la protección de unos aficionados. En un viaje emprendido luego por Elena, Montúfar y la vieja Méndez, vestidos todos de peregrinos, Montúfar cae enfermo de fiebre, y las mujeres, hartas de él, antes de marcharse de su compañía con todo lo que tiene, le dan consejos burlones. Después de tres días, Montúfar, que se encuentra mejor, sale en persecución de sus perversas compañeras, y aparenta, al encontrarlas, que no está indignado con la treta que le han jugado; pero, al llegar a un sitio solitario, las roba, dejándolas atadas a unos árboles, pagándolas con las mismas chanzonetas con que a él le sirvieron durante su enfermedad. Se aplaca, sin embargo, llegando a reconciliarse todos, y al

llegar a Sevilla se hacen pasar por santos, entrando en la ciudad con ellos un verdadero nublado religioso.

La Méndez muere allí, a consecuencia de los azotes que le costara el descubrimiento de sus fraudes, y Elena y Montúfar se escapan hacia Madrid, en donde se casan en determinadas condiciones, de las que ha de salir, por los medios que de ordinario usan, lo suficiente para atender a sus exigencias. Montúfar quedá tan encantado con ellas, que comiendo un día una golosina muy delicada, enviada por uno de los amantes de su mujer, no puede menos de exclamar agradecido: «Dios le dé salud al que me lo envía.» Mas, viendo que su esposa infringe el contrato, se suscita entre ellos una pendencia con bien fatales consecuencias. El cortejo de Elena: el galán mata al resignado marido, siendo por ello ahorcado, y Elena es agarrotada en las orillas del Manzanares. Pero antes de morir, expresa su voluntad de que devuelvan al D. Sancho todo lo que le robaron a su tío, y un poeta entusiasta de Toledo escribe su epitafio. En la edición de 1614 y en la de 1737 le añadieron cuatro capítulos sin valor alguno a la original, en los que Elena recita romances y Montúfar cuenta una relación larga y nada picaresca, salpicada de canciones de un arriero, en que se celebran ladrones famosos. En el prólogo se indica el acostumbrado propósito moral(1); pero la narración va, por fortuna, libre de exhortaciones morales, y es rápida en la acción. Su divergencia de las novelas picarescas del primer tipo resalta lo bastante, pues no conserva de ellas sino la breve autobiográfica de la pícara, y por la mayor parte no es autobiográfica. No se invierte tiempo muy largo en referirnos el nacimiento del personaje principal, ni se sirve del procedimiento del servicio de amos; sus observaciones sobre la vida ínfima son las necesarias para el desenvolvimiento de la intriga, que es lo más importante en la novela.

(1) *Se pretende y muestra en la astucia y hermosura de Elena, y trato de su compañía lo que executa la malicia de este tiempo, y el fin que tiene la gente desalmada.*

Los incidentes pudieran haberse hecho converger en las figuras villanescas si no se hubieran tratado manifiestamente desde el principio hasta el fin con propósitos satíricos. No obtuvo esta obra aprobación fuera de España, ni la atención de los traductores, ni se tradujo siquiera parcialmente al francés, en que disfrazados con el título de *Les hipocrites*, figuran, sin embargo, los pícaros Hèlène, Méndez y Montúfar, adaptados a la *Nouvelle de M. Scarron* (1655) publicada por Antoine de Sommaville, y reimpresa como la segunda de las *Nouvelles tragi comiques* del autor del *Roman comique* (1661). Pablo Scarrón, que se había firmado una vez con el pseudónimo de Lazarillo de Tormes (1), y que tuvo gusto siempre por la literatura picaresca, apreció lo humorístico de la burla religiosa de Sevilla, y atrajo la atención de un escritor mucho más eminente, Molière, que no se desdeñó de *utilizarla* para pintar su carácter de Tartuffe (2).

Salas Barbadillo, en su novela *El necio bien afortunado* (Madrid, 1621), reemprende la tradición picaresca; pero, modificándola conforme a sus propias ideas, trata de mostrar satíricamente que la prosperidad y el éxito de esta vida recaen en la necedad, en lo que se aproxima estrechamente al propósito posterior de Grimmelshausen en su *Simplicissimus*, y a la larga serie de jocosidades alemanas, fundada en las bellaquerías que se han perpetrado sin más que obedecer ciegamente. El Doctor Ceñudo, filósofo que pasa por tonto, es consultado por Campozano, que quiere, valiéndose de las artes mágicas del Doctor,

(1) Scarrón a Marigny, Mayo 8, 1659.

(2) Molière pudo conocer el original, como se desprende del trabajo de Eugenio de Roberville, *Moliére Scarron, et Barbadillo*, publicado en 1888 bajo el pseudónimo P. d'Anglose. Emile Roy, en su obra *La vie et les euvres de Charles Sorel* (1891), págs. 216 y 217, discute la indicación de Sainte-Beuve de existir conexión onomatopoética entre los nombres Montúfar, Panulphe, Onophre y Tartuffe.

adivinar el paradero de D.ª Dorotea. Descorre Ceñudo una cortina, y pone a la dama infiel ante los ojos de su amante, que juzga ser esto hechicería; pero el Doctor, como se deja entender, ha llevado a la misma Dorotea a su casa, haciéndola robar para vengarse de injurias que ella ha dicho en contra de él. Esta leve intriga va acompañada de una relación de la propia vida del Doctor Ceñudo, que constituye la parte picaresca principal de la novela. Criado por un tío misérrimo, cura, desde el principio es reputado por tonto, lo que le proporciona desde luego manifiestas ventajas, porque no hace bellaquería por la que sospechen de él. Como el primero de los pícaros, Lazarillo golosea las provisiones, atribuyendo el estropicio a los ratones, y sus lecturas no son otras que *El Pícaro y Lazarillo, y otros deste género*. Habiendo oído a unos comediantes los atractivos de la Corte, da una noche gritos de haber ladrones en la casa; levántase el cura para ir hacia la puerta: entretanto él roba sus arcas, y en un momento se escapa a Madrid, sin que nadie se dé cuenta. En esta capital entra a servir de paje, y sus simplezas fingidas le valen el ser relevado de muchas de sus obligaciones. Haciéndose pasar por conde, despoja de sus sortijas a una dama, de que tiene otras destinadas para ella, que quiere ver si hacen juego con las suyas, y como pasa por tener grande estado y señorío en Indias, otra dama le agasaja cumplidamente, sin adivinar su verdadera condición. Cambió de amos, llegó a la Universidad de Salamanca, y después de un período de reclusión, debido a sus picardías, cuya culpa recaía en su amo, llegó a ser Alcalde mayor.

Su simplicidad era su mejor título para triunfar, y después de chistosas trapacerías, en que engañó a médicos fingiendo enfermedades, y haciendo un falso testamento que le valió la estimación de una dama que antes le había desdeñado, llegó a entrar él en posesión de una gran herencia. Solícito siempre que se le tuviera por un simple, gozó de las ventajas de las riquezas, sin conocer ninguna de sus desventajas, considerando que «toda su fortuna le había venido de ser un tonto, y to-

das sus desgracias de ser un sabio». En este punto queda interrumpida la autobiografía, y la narración entera termina con la libertad de Dorotea y la demanda sin efecto que intenta, por instigaciones de ella contra el Doctor Ceñudo, por sus hechicerías. Las pruebas muestran que Ceñudo es un idiota no más, y él se propone hacer muchas más tonterías para que siga favoreciéndole la suerte, y promete para en breve una segunda parte.

En esta novela, aunque hay mucho de autobiografía y persiste el servicio a los amos, se observa un avance más sobre la primitiva ficción picaresca, porque el antihéroe aparece como algo más que un pícaro. De la misma familia que los numerosos ídolos del vulgo de que es Bertoldo el prototipo, su agudeza es de un género cínico y sentencioso, que acarrea prosperidad a su poseedor y excita por manera ingenua la admiración del lector con ingeniosidades meramente verbales. Los verdaderos pícaros, en cambio, eran ingeniosos en la acción más que en el dicho; no proponían acertijos, como Bertoldo y sus compañeros, ni se encumbraban de su esfera a estado superior; su móvil era la codicia, y su nota más saliente, la destreza para el robo. A la nueva novela picaresca adaptó luego Salas Barbadillo el carácter tradicional del cínico o bufón palatino, preparando el camino inconscientemente para el último de los pícaros españoles, el *Periquillo*, de Francisco Santos. Si inferior como novela la *Hija de la Celestina* y de poca influencia, siempre tuvo con todo el *Necio bien afortunado* la suerte de ser traducido al inglés (Londres, 1670) por Philip Ayres, con el título de *The Fortunate Fool*, dedicado al «más ingenioso y lleno de esperanzas entre los caballeros jóvenes, John Turnor», considerando esta obra «como una pieza de inocente regocijo». A los noventa años volvió a aparecer, en forma abreviada, con el título de *The Lucky Idiot*.

Vicente Espinel, poeta y beneficiado de Ronda, inventor de la estrofa llamada *décima* o *espinela*, de la quinta cuerda de la guitarra, y nombrado por Lope de Vega *el padre de la músi-*

ca (1), llevó el fruto de una larga vida de aventuras y observaciones a su única novela *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón*. Fue ésta publicada por primera vez en Madrid, en 1618, por Juan de la Cuesta, y en el mismo año, en Barcelona, publicó Sebastián de Cornellas una segunda edición y Jerónimo Margarit la tercera. La obra iba dedicada al Arzobispo de Toledo, Bernardo de Sandoval y Rojas, patrocinador también de Cervantes, por lo que se ha acusado a Espinel de haber tratado envidiosamente de anular la fama de su gran contemporáneo. Las palabras que se leen en la dedicatoria: «*No será Marcos de Obregón el primer escudero hablador que ha visto V. S. Ilma.*», se han interpretado como una pulla envidiosa contra Sancho Panza, aunque faltan pruebas que lo acrediten. Cervantes, en la *Adjunta al Parnaso*, habla de Espinel como de uno de sus amigos más antiguos y más fieles, y Espinel, en su *Casa de la memoria*, no dejó de honrar al «manco de Lepanto». En realidad, la mayor parte de los poetas y músicos del día estaban en relaciones cordiales con el beneficiado de Ronda, y Lope, además de una razonable alabanza que de él hace entre los pocos razonables juicios, del *Laurel de Apolo*, compuso como Argensola y otros poetas un soneto en loor de las *Diversas rimas* de Espinel, publicadas en 1591, en pago de particular deuda con su antiguo y amistoso corrector. La suposición que había de que las aventuras del escudero corresponden a la propia vida de Espinel, está ya generalmente admitida desde que las investigaciones de Juan Pérez de Guzmán han esclarecido este punto hasta disipar toda duda; y aun cuando la narración contenga mezcla de ficticio, es por su mayor parte una autobiografía y descripción de costumbres de la época. No era Espinel un pícaro, aun

(1) Lope no dió siempre las mismas muestras de aprecio por él, pues en *La Dorotea* se lee: *perdóneselo Dios a Vicente Espinel, que nos trajo esta novedad y las cinco cuerdas de la guitarra con que ya se van olvidando los instrumentos nobles.* Act. I, esc. 8.

cuando tuviera que luchar con la malevolencia de sus conciudadanos de Ronda, que le acarrearon la pérdida de su Beneficio de Santa María en 1596, teniendo que recurrir el siguiente año en súplica al Rey. Pero la moda literaria le indujo a incluir en su libro bastantes elementos picarescos que lo hacen considerar novela de esta clase; su filiación en este género literario lo mostraría, si no otra cosa, al menos el epigrama latino que escribió para la primera edición de *Guzmán de Alfarache*.

La novela de *Marcos de Obregón* está distribuída en tres *Relaciones*, y difieren de la mayor parte de sus predecesoras, excepto las de Barbadillo, por el hecho de comenzar *in medias res*. El héroe, después de explicar que está asilado en Santa Catalina de los Donados, de Madrid, y de que su propósito, además del pasatiempo, es «mostrar en sus infortunios y adversidades cómo pueden los pobres escuderos vencer las dificultades del mundo y afrontar los peligros del siglo y de la fortuna», se introduce en la narración (ya de edad de cincuenta años), al servicio del Doctor Sagredo y de su mujer Doña Mergelina. Aquí Marcos preserva a esta dama de una aventura galante con un barbero músico, asunto que posteriormente se hizo muy famoso, por haberlo trasladado a sus páginas el autor del *Gil Blas*. Dejado el servicio del médico, cuenta Marcos cómo entró al de un hidalgo como ayo de sus hijos; pero al acompañar a su amo a casa de un su amigo, con título de nobleza, observa tanta lacería y mezquindad allí, que se hastía de la vida de los señores de estado. Rehusa, pues, la colocación ofrecida, y a la siguiente mañana, obligado por una tormenta a refugiarse en una ermita del Puente de Segovia, encuentra que el ermitaño es un su antiguo camarada de las guerras, y a él es a quien, mientras está lloviendo, cuenta su historia. Hace su aparición en el mundo como estudiante de Salamanca, adonde lleva su poquito de latín y música aprendidos en casa. En Córdoba le burlan en un mesón usando con él de alabanzas, suceso que reproduce el *Gil Blas*, y que quizás

derivara del *Buscón*. Pero Marcos toma del burlador venganza a la manera picaresca, y después de padecer vejaciones por la malicia de un arriero, llega a Salamanca, en donde continúa tres o cuatro años. Logra una plaza en el Colegio de San Pelayo, pero sale de él y de la Universidad para hacerse cargo de una herencia. Caminando hacia Ronda, se encuentra con unos mercaderes, a quienes libra de un fraude que unos fulleros les han aparejado; a él le roban después su macho, que recobra valiéndose de su astucia, y en una venta reconoce al hurtador de unos higos usando una estratagema parecida a otra que se cuenta en el *Alonso, moço de muchos amos*. Capturado por unos gitanos entre los montes de su país, pónese en salvo y torna a Salamanca, alcanzando una bandera en los tercios que entonces andaban en guerra en Santander. Según que se previene el embarque, Marcos recorre Vizcaya, se enamora, saliéndole al frente dificultosos peligros, viéndose a punto de confiar la salvación de su vida, amenazado por unos matones, a la furia de un rodezno de molino. En Zaragoza, siendo tercero por un amigo en un lance de amoríos, queda en ridículo, de modo algo parecido a como Guzmán quedara, y llegado a Valladolid, entra al servicio del Conde de Lemos. En este punto acaba la primera *relación*, durante la cual el ermitaño bosteza después de haber cenado él y Marcos antes de pasar la noche en aquel santuario.

Al día siguiente continúa Marcos la narración de su vida, diciendo cómo en Sevilla, en un lance de amor, le engañó una dama pérfida encerrándole en el pozo de un sótano, del que escapó prendiendo fuego a la casa y saltando del brocal del pozo de manera que hizo creer a la gente que iba a extinguir el fuego, que era el demonio. Disfrazado de mendigo, elude la acción de la justicia, que le persigue como incendiario, y después de una vida picaresca en Sevilla, se embarca para Italia en la comitiva del Duque de Medina Sidonia. Naufraga en las Baleares, y unos corsarios berberiscos le apresan en una cueva, llevándole cautivo a Argel donde es esclavo de un renegado

cuya hija se enamora de él. Sálvase, finalmente, con sus tretas, declarando por una de ellas al autor del robo del Virrey; y haciéndose a la vela para Baleares, confunden su barco con un bajel turco, y es llevado cautivo a Génova: sucesos todos estos que sirvieron a Lesage para tejer su historia de Don Rafael del *Gil Blas*. En su tercera *Relación* describe Marcos sus azares por el suelo de Italia y su vuelta a España. En su primer viaje a Milán fue preso por haberse peleado con unos aldeanos; pero se escapa de la prisión con su pretendida alquimia, y luego, camino de Venecia, se encuentra con un caballero que se entretiene en el caritativo recreo de hacer morir de hambre a su mujer, por sospechas de infidelidad. Arreglada la reconciliación de este matrimonio, se ve Marcos defraudado en aquella ciudad por la taimada Doña Camila, a quien le devuelve la burla con creces, episodio que también tuvo en cuenta Lesage; y navegando de Génova para España, queda abandonado en una isla desierta; mas salva su vida llegando a nado hasta tierra firme. De Barcelona, vase el *escudero* a Madrid, donde entra a servir a un gran príncipe, amigo de la poesía y de la música. Encarcelado por error por los alguaciles, luego que le ponen en libertad, se marcha a Andalucía, encontrando en Córdoba a los hijos del renegado a quien sirviera en Argel, que han ido a España para hacerse cristianos. Vuelve Marcos a ser apresado por corsarios, y aún no se ve libre, cuando cae en las garras de unos ladrones que le llevan a su cueva. Allí encuentra al Doctor Sagredo, que le cuenta sus aventuras; cómo se halló en una expedición enviada por Felipe II al Estrecho de Magallanes, desbocándose la imaginación del narrador hasta describir una isla completamente fabulosa, cuyos habitadores son gigantes con un solo brazo, un solo ojo y una sola oreja; que usan de recovas de perros amaestrados para el servicio de correos y que adoraban un grande ídolo que derrocaron los españoles con pólvora. La mujer de Sagredo figura ahora disfrazada de paje, habiéndose escapado de entre los turcos que se la quitaron a su marido en un combate naval en Gibraltar.

Cuenta ella a los ladrones los planes que había dispuestos para prenderlos, y quedando en libertad los cautivos, marchan todos hacia Madrid. Aquí termina Marcos su relación al ermitaño, y saliendo ambos de la ermita, observan los estragos del temporal. Cansado de tantos vaivenes de la fortuna, se determina a bien morir y concluye su tercera y última *Relación* defendiendo haber usado de un lenguaje llano y pidiendo al lector corrija los yerros de su obra y los perdone.

Si bien esta novela desde un principio resulta más interesante que la mayor parte de las de su clase, sus muchas complicaciones han dado lugar a una dificultad en su manejo que no han presentado a sus respectivos autores las demás. Al aparecer por segunda vez en la cueva el Doctor Sagredo, se advierte una inconsecuencia chocante, pues al comienzo de la relación que Marcos hace al ermitaño, acaba de dejar el narrador el servicio de Sagredo, y en final de cuentas, la única aventura en que ha intervenido ha sido una polémica sobre educación con un hidalgo; pero en la última parte de la relación que sigue se encuentra con el mismo Sagredo en Andalucía, después de haber invertido el Doctor dos o tres años en viajes, y cuando, en conformidad con la apertura de la narración, por ningún caso ha dejado el escudero de estar en Madrid. Además de esto, el carácter autobiográfico de la obra condujo a Espinel a inconsecuencias ocasionales, como cuando, confundiendo lo histórico con lo fingido, menciona que ha estado en Flandes en el sitio de Maestricht, y, sin embargo, si hemos de guiarnos por la novela solamente, ha viajado por España e Italia. La identidad del escritor con el personaje principal de la novela es, por otra parte, evidente. La *glosa* que el escudero canta cuando reembarcan en el navío italiano, es una de las conocidas canciones de Espinel, *unas octavas mías*, como Marcos las llama, y siéndole preguntado quién es él, replica: «Marcos de Obregón»; pero declarando otro su verdadero nombre, todos se maravillan de contemplar en estado tan humilde persona de quien han oído hablar tantas veces. Las aventuras absurdas del Doc-

tor Sagredo en la isla de los Cíclopes, inspiradas por Homero, y los incidentes de la cueva de bandoleros, sugeridos por la lectura de Apuleyo, se añadieron a la autobiografía de Espinel, en aquel punto en que se cambia su vida azarosa y aventurera por una existencia sosegada, que juzgó demasiado prosaica para servir de tema a una novela picaresca. Excepto en los comienzos, la narración no es ya discursiva y anecdótica, y la acción marcha rápida, acompañada de una sátira audaz, si no agresiva. Nunca desciende el relato a lo grosero ni aun de gusto dudoso, y el estilo aparece puro e incorrecto, y así Espinel pudo declarar de su libro «que lo había escrito en lenguaje claro y corriente para que no tuviera el lector fatiga en entenderlo». A pesar de las inconsecuencias de que hemos hecho mención, se percibe cierta unidad, concluyendo con la presentación del Doctor Sagredo, con quien había también empezado, y este mismo cuidado en observar la unidad lo manifiesta la adaptación que hizo de lo más importante de la intriga en que se funda la *novella* italiana del celoso Cornelio, que se venga con astucia de su mujer inocente. Marcos, por su parte, no tiene de pícaro nada de lo que presentan los otros miembros de la galería picaresca española, y se ha de notar que sus trazas fueron puestas en práctica sólo para la propia defensa, y no, como las de Guzmán o Andrés, o Lazarillo de Manzanares, por la codicia o el gusto de hurtar. La consideración que se hace Marcos después de haber sido chasqueado en la posada de Córdoba, comprueba la índole de su vida entera: «Y nadie se ha de maravillar que un mozo sin experiencia se haya dejado engañar por un viejo; pero sería digno de culpa si por segunda vez se dejara chasquear.»

La afirmación que estampó Voltaire en su *Siècle de Louis XIV*, publicado en 1775, de que el *Gil Blas* fue enteramente tomado de esta novela que estudiamos, aunque es una generalización exagerada y precipitada, produjo el efecto de iniciar el conflicto de que tan acremente han perjudicado la originalidad de Lesage en esta obra principal suya, que por cier-

to no es menor que la del *Marcos de Obregón*. Que esta obra ha proporcionado a Lesage gran parte de lo mejor de su obra, es incuestionable; pero, con todo lo que debe a Espinel y a otros novelistas y dramaturgos españoles, quédale al *Gil Blas* cantidad suficiente de sustancia original y un manejo característico del asunto, a la manera francesa, suficiente a resistir el empuje de la animadversión de Voltaire hacia Lesage, y a hacer bien empleado el esmero del P. Isla y las plausibles teorías de Llorente (1).

Mucho antes de la época de Voltaire o Lesage, y en el mismo año de su publicación en España, apareció en París, puesto en francés por Sieur d'Audiguier, *Les relations de Marc d'Obregon*, que también tradujo en aquel año seis novelas ejemplares de Cervantes, y el *Persiles y Sigismunda*, y en 1621 la *Desordenada codicia*. D'Audiguier dió a entender que le contentaba poco la novela de Espinel, excusándose de imprimirla por el deseo de cumplir pronto la tarea que le habían confiado de hacerlo. Dice de los españoles y de Espinel nada templadamente: «*Je cherchois un autheur de ceste nation qui ne fut point discoureur, et j'ay trouvé un homme qui ne faict que babiller, et au mesmes lieux où il blasme les parleurs, se monstre plus impertinent que ceux qu'il propose pour exemple d'impertinence.*» Con todo, agrega que en esta novela ha encontrado algunas cosas buenas, aunque sin concierto. El *Marcos de Obregón* no fue nunca popular en Francia ni en ningún otro país fuera del suyo. En Inglaterra no se le conoció hasta 1816, en que le tradujo Major Algernon Langton en dos volúmenes, cuyo original le facilitó un cura de Ronda. En Alemania lo tradujo, con extremado talento, Luis Tieck (Breslau, 1897), con notas y

(1) Se encontrará una lista de los pasajes que Lesage tomó del *Marcos de Obregón* para su *Gil Blas*, en Gustavo Haack. *Untersuchungen zur Quellenkunde von Lesages «Gil Blas de Santillane»*, Kiel, 1896, y un resumen de la controversia en E. Veckenstedt, *Die Geschichte der Gil Blas*, Frage, 1879.

prólogo, y bajo el título *Leben und Begebenheiten des Escudero Marcos de Obregón.*

Tan prolífico y variado como Salas Barbadillo, era Alonso de Castillo y Solórzano, dominando lo cómico y lo grave en la novela y superando a Barbadillo en el terreno de la novela picaresca, no quedando por bajo de él en el género de novela italiana. Las *Jornadas alegres* (1626), *Noches de placer* y *Fiestas del jardín* (1631), y la *Quinta de Laura* y los *Alivios de Cassandra*, son todas obras del corte de las de Barbadillo, colecciones de cuentos breves, mezcla de prosa y de verso; y sus obras ligeras, tales como *Donaires del Parnaso* (1624 y 1625), *Tiempo del regocijo y Carnestolendas de Madrid* (1627) y *Los amantes andaluces* de 1633, le compensan con lo grave del libro *Sagrario de Valencia* (1635), o la *Historia del rey Don Pedro de Aragón* (1639). Pero el éxito verdadero de Solórzano se obtuvo con las cuatro novelas de *Las harpías de Madrid* (1631), y más particularmente con sus tres novelas, indiscutiblemente picarescas, la *Niña de los embustes, Teresa de Manzanares*, las *Aventuras del bachiller Trapaza* y la *Garduña de Sevilla.*

Aun cuando *Las harpías de Madrid y coche de las estafas* se dió en dos ediciones, la segunda, aparecida en 1633, es una de las obras de Solórzano más difíciles de encontrar y una de las más curiosas, por cierto. Una pobre viuda con dos lindas hijas a su cargo, va de Sevilla a Madrid, determinada a hacer fortuna. Encuentran acomodo en la corte con otra viuda, también dotada con dos hijas, y un galán opulento empieza a seguir a las damas. En una ocasión les presta un coche magnífico, y las cuatro asisten a una corrida de toros en Alcalá. Durante la ausencia de éstas, mata al galán a traición un antiguo enemigo suyo; los criados se escapan, llevándose de camino todo, y así el coche llega a ser propiedad de las astutas doncellas. Con este fondo, como convienen en que cada una de las cuatro realice una estafa (de ahí el nombre del *coche* de las estafas), y las cuatro estafas constituyen el argumento del libro. Feliciana, como mayor que las otras, es la primera que entra en acción, tendien-

do sus insidias a un rico milanés. Caminando en el coche, se suscita por causa suya una pendencia entre ciertos criados postizos, a la misma puerta del milanés; éste sale a defenderla, y ella le explica que tratan de llevarla a casarse por fuerza con novio que no es de su gusto. El milanés se engríe; la ofrece un anillo para que no eche de menos otro que dice haber perdido, y queda casi concertado para casarse con ella y partir para Italia, cuando ella se ingenia para desembarazarse de él, y despojarle de un cofrecillo de joyas, haciéndole creer que unos parientes suyos se las han quitado durante su ausencia. La segunda estafa corresponde a Luisa, que engaña a un genovés rico, haciéndose pasar por una opulenta viuda de Zaragoza que ha venido a la corte como presunta heredera de un su tío indiano. Hace que el genovés, embobado, le haga efectiva falsa orden de pago formada por un banquero de Sevilla, y le dispone en su obsequio fiestas y justas poéticas. Represéntase un entremés, y Luisa, con los vestidos suntuosos que le ha proporcionado, desaparece repentinamente, y dejando el coche con que realizó su aventura a la tercera, Constancia. Esta también se finge viuda, pero tiende sus redes a un cura miserable. Dícele que su marido ha muerto dejando sus bienes para construir una capilla a su memoria, y ella ha resuelto donar esta capilla a la iglesia en que sirve el cura e instituirle a él capellán de la misma. Un escudero de ella se hace pasar por arquitecto y la exige el precio de la obra, adelantado. Constancia, en aquel momento no puede desembolsar todo de una vez, y logra persuadir al cura a que le preste ciertas joyas, por las que le devuelve un cestillo lleno de guijarros, sin que él haya notado el cambio, y con esto se parte triunfante del enredo. La más joven de las harpías, que se llama Dorotea, inspirada por éxitos tan señalados, se hace llevar en el coche hasta la Puerta de Guadalajara, poniéndose a examinar con toda calma unas telas preciosas de una tienda. Un galán estrafalario, que advierte toda su magnificencia, insiste en hacer regalo a la dama de los géneros que está contemplando, y comienza a galantearla fervorosamente. Otro an-

tiguo enamorado sobreviene a esta sazón, y cuando el nuevo piensa en ver satisfechos sus anhelos, Dorotea y su primer amante, valiéndose de un brebaje narcótico, le quitan de padecer por algun tiempo y me lo dejan durmiendo en el umbral como cosa perdida, cuidando de ponerle, para colmo de mofa, unos versos satíricos en el pecho. Consumado lo cual, las cuatro harpías, en su *coche de las estafas*, toman el camino de Granada para gozar en aquella ciudad del fruto de sus rapiñas, y allí viven pacíficamente por algún tiempo, y allí dice Castillo Solórzano que «el autor del libro las deja por el presente, prometiendo, si obtiene la aprobación de los lectores, escribir otro de *los vengadores de las estafas placiendo a Dios y la niña de los embustes*». *La niña de los embustes* se publicó en 1632; pero la historia de los vengadores no apareció nunca.

Si no se observa en este libro, por demás divertido, la forma picaresca, es en cambio bien manifiesto su espíritu, y ofrece además interés, porque él allanó el camino para ulteriores novelas de las más típicas que este autor escribió. El mismo género de bellaquerías prevalece en unos y en otros; el artificio del brebaje narcótico y otros recursos, señalan el mecanismo favorito del autor aquí como en otras obras suyas. Aunque relativamente hay menos invectiva en las *Harpías de Madrid*, consistiendo su gracia más bien en el manejo hábil de trama tan sencilla. La inserción inevitable de argumentos extraños, de romances que habían de ser cantados con acompañamiento de guitarras, de entremeses y academias poéticas, es lo único que pesa en esta obra contra la unidad, mucho más respetada que en las obras de la mayor parte de sus predecesores. En la estafa de Dorotea se incluye un cuento que afirma ser aprendido en «*vn libro de Nouelas de vn Italiano, llamado Francisco Sansouino*»; y en la estafa de Constancia aparece, como obra destinada a una larga academia, un *Romance contra los que toman tabaco*, no desemejante de las antiguas invectivas inglesas contra el tabaco. Las moralidades que Castillo Solórzano aprendió últimamente a ir ahorrando, las pone en esta obra

como *aprovechamientos* a guisa de apéndices, ni más ni menos que los de la *Pícara Justina*, su modelo, diciendo de la estafa contra el cura, por ejemplo, «que es terrible audacia engañar a los eclesiásticos, puesto que ellos son personas a quienes se debe el mismo respeto que a Dios».

La novela de *Teresa, la niña de los embustes*, apareció en Barcelona en 1632; en ella vuelve Solórzano al procedimiento autobiográfico, francamente picaresco, y en ella abandona, así como en sus últimas novelas picarescas, las complicaciones de argumento que se ven en Barbadillo. La abuela de Teresa era una pastora de verdad, no de las de égloga, y su madre sirvienta en un mesón, que se prendó del criado de un canónigo, y robando a una tía suya, se escapó con él. Teresa, que debió su nacimiento a una amistad que tuvo su madre con un gascón, queda huérfana a los diez años, y entra a servir con dos hermanas; Teodora, hija de una de ellas, la utiliza de recadera para con los novios. Después se hace Teresa peinadora, mujer de un viudo celoso y, por último, figura como dueña. Sarabia, estudiante que la pretende, fingiendo ser perseguido, consigue entrar en su casa y embroma al viudo, quien muere maldiciendo los malos pasos de Teresa; y ya dueña la pícara, es despedida por dejar incumplido un encargo que le han confiado. Buscando refugio de unos ladrones de Sierra Morena en el albergue de un ermitaño, al oír la historia de su vida, imagina ella un enredo, y es hacerse pasar por una hija de un rico capitán, robada en su niñez por los moros. En Granada encuentra a Sarabia en una compañía de cómicos; cásase con él, se hace actriz, cosechando aplausos de la gente y las lisonjas de un príncipe. Sarabia muere a poder de médicos ridiculizados por él en un entremés; la compañía hace bancarrota, y Teresa, cambiando de nombre, intenta engañar a un rico perulero, que llega a ser su tercer marido. Después de un período de bien fundados celos, se muere, y Teresa, que es ya conocida por sus embustes, huye a Toledo. Allí, con dos muchachas esclavas, se las ingenia, haciendo que la una de ellas aparezca

sobrina suya y heredera, señuelo de dos galanes que compiten en colmarla de regalos. Pero cuando se le presenta la ocasión de deshacerse de ellos, no encuentran en su lugar lo que deja una sombra, y la honrada caterva se pone en camino para Madrid. Los galanes, ofendidos, inducen a la sobrina postiza a que robe a Teresa, quien, apesadumbrada, se retira a Alcalá, donde ve a su antigua amiga Teodora casada con un comerciante. En esta ciudad contrae cuartas nupcias la pícara con un primo avariento del comerciante, prometiéndose otro volumen en que tratará de la avaricia de su familia y de la de ella, que llevará por título *La congregación de la miseria*. En esta historia hay romances, una serenata y dos entremeses. Fuera de esto y de un capítulo incidental prolijo, todo lo demás va narrado con rapidez y gracia en la misma manera satírica de la *Hija de Celestina*, aunque más lleno de incidentes y menos detallado. Fue grande entre las pícaras, incansable en hacer mal, pero muy divertida por su inagotable ingenio y recursos para vencer toda clase de dificultades. Sin desanimarse por el fracaso, ni engreirse por el éxito, toma la vida como la encuentra, mas sin hacer por ello muchos progresos efectivos.

En lugar de la continuación prometida que había de seguir a estas aventuras, publicó Solórzano en 1634, según conjeturas, y más seguramente en 1637 (1), sus *Aventuras del bachiller Trapaza, quinta essencia de embusteros y maestro de embelecadores*. El personaje principal recibe el nombre de Trapaza, por conclusión poética de los nombres de sus padres, pues la madre se llamaba Tramoya y el padre Trampa. Ya desde niño se revela como suelto de manos, y empieza su carrera dejando a Segovia por Salamanca, ganándose un pequeño caudal a los naipes, con lo que se compra ropas y avíos para ser teni-

(1) La última edición, existente en el British Museum, es de Zaragoza, con aprobación de 1635. Barrera y Leirado dan la ed. de Valencia, 1634, como la primera; pero la de Madrid de 1733, expresamente la declara como *segunda impresión*. Nicolas Antonio no menciona siquiera esta obra.

do por caballero de posición. Allí, en Salamanca, resulta más afortunado en el juego que en amores, pues un rival descubre lo falso de su pretensión en pasar por hijo de un rico caballero de la Gran Canaria. Róbanle los estudiantes la mayor parte de lo ganado en el juego, y sorprendido en un hurto, en ocasión en que se ocupaba en tercería de amor, marcha para Andalucía, acompañado de Estefanía, sirvienta complicada también en el asunto, y después de varios embelecos y calamidades que ocurren en el camino, al llegar a Córdoba, ella le abandona, echando a correr con su caudal y su criado. Ensilla su caballo, y trata en vano de robar otro; vase a Sevilla con Pernia, joven que se hace pasar por la Monja Alférez, célebre amazona que de su regreso de Indias se deja ver de ciudad en ciudad como objeto curioso (1). Trapaza se pone a servir a un hidalgo pobre y chiflado, que le despide por haberle engañado, y en Jaén, habiendo sido robado, se pone al servicio de un médico, cuya mujer da motivo a que también le echen. Encontrando a Pernia de nuevo, arregla un casamiento engañoso con una dama cuyo retrato ha robado; pero se descubre la trampa, y le desuellan a latigazos. Vemos luego a Trapaza en Madrid, donde encuentra a Estefanía, a la que hace creer que ha llevado a cabo hazañas maravillosas en Africa; y como le adoptara un portugués rico a quien salvó la vida, Estefanía, al cabo de tiempo, ofendida por celos, se da maña para enviarle a las galeras, de lo que tiene que arrepentirse pronto porque tiene de él una hija. Termina la novela prometiendo para publicación inmediata las aventuras de este nuevo personaje, «*La*

(1) La primera historia de la Monja Alférez apareció en 1618, en el *Capítulo de una de las cartas que diversas personas embiaron de los indios*, etc., y en 1625, en Sevilla fue publicada la *Relación verdadera de las grandes hazañas, y valerosos hechos que una mujer hizo en veinticuatro años que sirvió en el Reino de Chile, y otras partes al Rey nuestro Señor en abito de soldado*, etc.

En el mismo año apareció otra *segunda relación*, publicada en Sevilla por Cabrera y también por Faxardo, fechándola en 1615.

hija de Trapaza y Polilla de la corte». Es en conjunto inferior a la *Niña de los embustes*, aunque muy semejante en estilo y sátira. La introducción de cuentos no picarescos y de versos, cuaja más en el plan de esta obra, en que se destinan a su narración y lectura tres largos viajes realizados por el pícaro.

Así, un médico narra una novela cuya escena sucede en la antigua Roma, un estudiante cuenta uno de un príncipe náufrago, y un poeta recita un entremés, compuesto por el mismo, acerca de una castañera que fué a Sevilla y volvió transformada en una dama tan principal, que nadie la reconocía. La invención es de menos importancia que en Teresa, menudeando en ella reminiscencias de otras novelas picarescas. El hidalgo Don Tomé, por ejemplo, está construído con recuerdos del amo de Lazarillo, y de aquel otro caballero versificador a quien sirvió *Alonso, moço de muchos amos*. La treta de disfrazarse de estatuas había sido ya usada por Barbadillo en su *Pedro de Urdemalas*, y Tolosa, en su *Lazarillo de Manzanares*, y de esta misma obra reaparece el artificio de un pícaro, consistente en emborrachar a un macho para que no se le sintiera mientras él estaba hurtando. El viejo embeleco de henchir una vejiga de sangre, y recibir puñaladas en ella, y el del cestillo con joyas y una miniatura que va a parar a manos del pícaro por confusión, se ve también en la *Varia fortuna del soldado Pindaro*, de Céspedes y Meneses.

Ni *Teresa* ni Trapaza obtuvieron éxito de consideración; pero la *Garduña de Sevilla y anzuelo de las bolsas* fue más afortunado (1). Imprimiérase por primera vez en 1634 o en 1642, es lo cierto que en ellá se realiza la promesa contenida en la conclusión del *Bachiller Trapaza*, describiendo las aventuras picarescas de la hija del Bachiller, Rufina. Conseguida

(1) Nicolás Antonio da como fecha de la primera publicación de esta obra la de 1634 (Logroño). Barrera y Leirado menciona una de Valencia de 1634; pero la más antigua que yo he visto es la de 1642, Madrid, en la Bibliothéque Nationale de París.

la liberación de ésta por Estefanía, se casan teniendo ya Rufina cinco años. Pasado tiempo, toda la ocupación de la niña se reduce a exhibirse al balcón y explotar su hermosura, pues su padre que, con sus despilfarros en el juego, ha empobrecido a la familia y muerto a disgustos a Estefanía, no encuentra cosa mejor para salir de apuros que una alianza ventajosa de su hija. Cásase, pues, con el administrador de un perulero, y hastiada bien pronto de él, se enamora de un perdulario, que mata a su padre en riña con él. La carrera de picardía de Rufina comienza con la muerte de su señor, cansado por las pesadumbres que le dan sus infidelidades. Proporciónase la entrada en la quinta de un avaro que vive próximo a Sevilla, y Garay, su cómplice, arma unos ruidos a la puerta durante la noche. Levántase el avaro y, después de prepararse debidamente, dispara contra el supuesto ladrón, que resulta ser un muñeco de paja, confeccionado por Garay. Aterrorizado el señor por el asesinato que cree haber cometido y aconsejado por Rufina, huye a un monasterio a buscar sagrado, enterrando antes sus tesoros en el jardín para que los alguaciles no se los puedan confiscar. No hay para qué decir que los pícaros se lo llevan; hecho lo cual, se marchan para Córdoba. Allí son presos equivocadamente, y, absueltos, encuentran hospitalidad en casa de un rico genovés, estudiante de Alquimia, cosa que les hace idear una picardía, pues Garay hace creer que sabe producir oro, y promete dedicarse al descubrimiento de la piedra filosofal. Hácense compras cuantiosas, y el genovés, entusiasmado con la amistad de hombre tan portentoso para no dejarle escapar, pide a Rufina en matrimonio. Pero se escapan dejándole bien saqueado y empeñado, en términos, que para eludir la persecución de sus acreedores no tiene otro recurso que marcharse a Italia. Mientras esto sucede, Rufina y Garay se encuentran cerca de Málaga. En un bosque entreoyen a unos ladrones que tratan de dar un asalto, y con lo que han escuchado informan a Crispín, ermitaño ladrón, que los tiene alojados en su casa. Llega Rufina a la ermita, y ayudada por Garay, le da un nar-

cótico; roba y acusa al ermitaño hipócrita, que es llevado a prisión; mas logra salir de ella poniéndose en persecución de aquella pareja de bribones, hasta llegar a Toledo. Allí traza su plan de venganza, introduciéndose un criado suyo en su casa como perseguido por la justicia. Mas cuando se le presentaba tal ocasión, se enamora de Rufina D. Jaime, que así se llama el fingido criado, y confiesa todos los proyectos del ermitaño, después de lo cual, huyen los dos de Toledo estando ausente Garay. Crispín, que es delatado de nuevo, es condenado a la horca y Garay a galeras, mientras que Jaime, disfrazado de poeta, con el robo que ha hecho a unos comediantes de Madrid, se va con Rufina a Zaragoza, en donde la feliz pareja establece un comercio de sedería, «dedicándose el resto de su vida a obras de virtud y a compensar, en parte, sus pasados yerros».

En todos sus aspectos es ésta la mejor obra de Solórzano, y una de las más entretenidas de toda la serie picaresca. Vese libre del discurseo de las primitivas; no es grosera ni moralizante; su sátira continuada da interés a aventuras de la vida inferior, y no escasean escenas realmente cómicas. La forma autobiográfica empleada en *Teresa*, no aparece aquí, pues el autor ha cobrado bastante seguridad para poner la narración en tercera persona, contra lo que, por regla general, acontece en las novelas picarescas. El cuidado con que aparecen dibujadas las pinturas, muestra cuanto ha llegado a realizar la novela de observación antes de iniciarse el cultivo de la narración por ella misma. Y el avance artístico de estas novelas se manifiesta en su falta de digresiones toscas, aun cuando no aparezca el estudio del carácter como tal, ni una fuerte unidad en el argumento. Al mismo tiempo, la intriga era ya tan compacta como podía producirla esta clase de obras picarescas, y la inclusión de las tres novelitas, siguiendo los gustos de la época, no perjudica a la acción principal. La primera, titulada *Quien todo lo quiere, todo lo pierde*, se supone que la lee un cura que la lleva en manuscrito para imprimirla en Madrid; la

segunda y mejor, *El conde de las legumbres,* es referida por un ladrón en la choza del ermitaño, con humorismo no indigno de Cervantes; y la tercera, *A lo que obliga el honor,* es referida por Jaime a Rufina durante su galanteo. Estos episodios fueron trasladados al inglés separadamente, con el título de *Tres novelas ingeniosas españolas*, y por segunda vez editadas en Londres, en 1712, sin confesar su procedencia. Willem Vander Hoeven tomó del *Conde de las legumbres* su comedia holandesa *De Vermomde minnar*. La tercer novela de *La Garduña de Sevilla* figura como segundo de los *Alivios de Cassandra*, del mismo Solórzano, con el título de *A un engaño otro mayor*, y Pablo Scarron, hacia el fin de la primera parte de su *Roman Comique* (1651), presenta a D.ª Inesilla leyéndola en alta voz a unos comediantes en una boda. La novela entera de *La Garduña de Sevilla* fue traducida al francés por Dieur d'Owille, cuñado de Boisrobert, y publicada en París en 1661 después de su muerte, con el título *La fouyne de Seville ou l'hameçon des bourses*, con fecha de 1653.

Fuera de estar dividida en cuatro libros y prometer segunda parte es una excelente y fiel transcripción (1), y de ella como obra «de uno de los ingenios más refinados de Francia», tomó Jhon of Kidwelly su traducción de *La Garduña*, impresa en Londres en 1665, y titulada *La Picara or the triumph of Female Subtilty*. Hacia 1770 apareció una reducción del trabajo de Davies, en tres partes, con el título de *The Life of Donna Rosina*,» por el ingenioso Mr. E. W., «autor conocido y celebrado»; pero aquí Rosina y James, de acuerdo con las ideas morales inglesas, mueren ahorcados en el final de la obra. En 1717 apareció otra versión verdadera, con el título de *the Spanish*

(1) H. Hoerting (Gesch. des fr. Romans im 17 Jahrh. II. 267) habla de esta obra en sentido contrario como «*eim ansgelasse ner pikaresker Roman aber im Vergleich zu dem Spanischen Vorbild stark erweitert durch launige Ausfalle Contre les pures infantes, les chastes vierges du roman heroique*».

Pole-Cat; or the Adventures of Seniora Rufina, que empezó a ser trasladada por Sir Roger L'Estrange, y acabó por Mr. Ozell; y otra segunda edición, diez años más tarde, llevaba el título de *Spanish amusements*. En holandés, y en Amsterdam (1725), publicó Gerrit Bos *Het leven van Ruffine of het weseltje van Sivilien*.

Castillo Solórzano, dándose cuenta o no, había obedecido la tendencia ambiente por la que la ficción emergía de un exceso de realismo provocado por reacción contra el idealismo. Conservando toda la agudeza de la novela picaresca, desbastó su método rudimentario, y así produjo algunas de las narraciones más divertidas en su género. La historia de *D. Pablos* fue quizá más verdaderamente picaresca; pero *Teresa Trapaza y Garduña* fueron mejor organizados como legítimos precursores del desarrollo ulterior de la novela que había empezado a cultivarse al otro lado de los Pirineos. En Solórzano, pues, la novela española picaresca alcanzó su más alto nivel y después de él en España decreció su cultivo rápidamente.

FRANCK WADLEIGH CHANDLER

(Continuará.)

BEATRIZ DE ARAGON, REINA DE HUNGRIA

(1457-1508)

II

El matrimonio concertado entre Beatriz y Ulaszló con la falaz intención, por parte del último, de negarlo, fue origen de complicaciones sin cuento. Con arreglo a la noción de derecho canónico que dominaba entonces, el matrimonio era válido, y los lazos no podían romperse sino por un breve del Papa; la única causa de nulidad que existía era la unión contraída anteriormente entre Ulaszló y Bárbara de Brandeburgo. Un hecho que caracteriza bien a Ulaszló, es que en los mismos momentos en que esperaba desligarse de una de sus obligaciones con la ayuda de la otra, el enviado de Milán estaba ya en camino portador de una tercera proposición de matrimonio para María Blanca Sforza, casada legalmente con Juan Corvino. De otra parte, como Beatriz no ignoraba que su única garantía contra la disolución de su matrimonio era la consumación, la «copula carnis», puso todos los medios para lograrlo, y abdicando de su dignidad de mujer y de reina, se ingenió para llegar a ser efectivamente la mujer de un hombre que rechazaba con bastante claridad sus insinuaciones.

Ulaszló puso toda su esperanza en el disimulo; había impuesto el secreto a Beatriz, y un profundo misterio ocultaba las gestiones relativas al matrimonio de Miláu. Era de temer

que fracasaran si su boda con Beatriz llegase a ser conocida, y debía también de temblar ante la idea de que la reina se enterase de su pérfido proyecto. Amenazábanle todavía todos los peligros de una ruptura con ella. Tenía que realizar primeramente la conquista de su reino, y echar de él a los enemigos que lo habían invadido por todas las fronteras; esta penosa situación le sirvió de pretexto para aplazar las bodas, y le obligaba, al mismo tiempo, a hacer continuas promesas a la reina, a fin de decidirla a que hiciese sacrificios para la defensa de su trono. Beatriz, cegada por el deseo, y a quien el ejemplo de Bárbara no había servido de lección, se mostró dispuesta a todo; no solamente puso a disposición de Ulaszló sus propias tropas, a las que—se dice—que Blas Magyar, pasado al partido de Juan Alberto, aniquiló en un combate (1), sino que dió en varias ocasiones dinero al rey para el reclutamiento del «ejército negro» (2), con objeto de hacer levantar el sitio de Kassa y recobrar Szekesfehérvár a Maximiliano.

¿De dónde sacó ella el dinero necesario para ayudar al rey, unos 100.000 florines (3), según él; pero más de 200.000, según ella? (4). Difícil es decirlo. En un documento fechado el 21 de Diciembre, y que lleva su sello, reconoce ella haber tomado de la ciudad de Selmeczbanya 200 florines de oro, que necesitaba apremiantemente para pagar la soldada de las tropas, los cuales promete devolver con el producto de las rentas de la Cámara de Hacienda de Körmöczbanya (5). También por esa época vendió—a bajo precio, dice ella—sus castillos de Zolyom a Urbano de Nagylucse, para ayudar a Ulaszló (6). Tiénese también la prueba escrita de Ulaszló y Beatriz—en este

(1) Timon: *Epitome*, pág. 188. Heltai: o. c., pág. 304.

(2) Nombre dado, por el color de su armadura, a una tropa escogida, organizada en tiempo de Matías.

(3) *Apología de Udis*, pág. 471.

(4) Declaración hecha por Beatriz en 1494.

(5) Archivos de la ciudad de Selmeczbanya.

(6) Acta notarial de 1492, ya citada.

caso, pues, como cónyuges,—se dirigieron al padre de esta última, el rey de Nápoles, para tratar de obtener de él 100.000 ducados, a título de adelanto sobre el dote. El rey prometió enviar 30.000 ducados, que esperaba sacar de una venta de aceite efectuada en Venecia; pero la ejecución de sus órdenes sufrió aplazamientos (1); de suerte, que Ulaszló y Beatriz se vieron obligados, entretanto, a buscar dinero en Venecia (2).

Como era de esperar, no pudo guardarse el secreto, por lo menos en lo concerniente al matrimonio de Beatriz. Fue conocido no solamente en Nápoles y en Ferrara, sino que la noticia llegó también a Milán el 1.° de Noviembre.

El enviado de Ferrara, Giacomo Trotti, que seguía atentamente la marcha de los acontecimientos en Hungría, y cuyos despachos son una de las principales fuentes de información para la Historia de esta época, fue avisado oficialmente de la cosa por sus confidentes el 13 de Noviembre, y, con arreglo a las instrucciones recibidas, comunicó en seguida el suceso al duque de Milán. Este se mostró muy agradecido a la noticia y solicitó con una curiosidad muy natural ser tenido al corriente de los acontecimientos; prometió también el secreto, lo que ya no tenía razón de ser, una vez que él, que era quien debía ignorarlo, lo conocía (3).

El embajador Maffeo Trivilliense llegó a Milán a fines de Noviembre con las proposiciones de Ulaszló. Lo que dijo su enviado convenció a la corte de Milán, de que el matrimonio de Ulaszaló y Beatriz no debía ser tomado en serio, y que se quería solamente tener engañada a la reina hasta que hubiesen mejorado las circunstancias por las que atravesaba el país (4).

(1) Despacho de Trotti, con fecha del 14 de Diciembre (Archivos de Módena); de T. Vimercati, de Venecia, de 23 de Enero de 1491, y de F. Casati, de Nuremberg, del 4 de Junio del mismo año (Archivos de Milán).

(2) Despacho de Tadeo Vimercati, fechado en Venecia el 26 de Diciembre. (Archivos de Estado de Milán, Sez. Storica, Pot. Est. Venezia.)

(3) Despacho de embajador del 13 de Noviembre, Archivos de Módena.

(4) Carta de Ludovico Sforza al cardenal Ascanio, del 3 de Diciembre, *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 279.

Por esto no solamente continuaban las gestiones con la corte de Roma, por mediación del cardenal Ascanio, para anular el matrimonio de María Blanca con Corvino, sino que se entablaban negociaciones referentes a la cifra del dote (1).

Mientras tanto, poderosamente secundado por las tropas de Beatriz, Ulaszló salió a campaña en el invierno de 1490-91 contra su hermano Juan, y se esforzó, ante todo, en hacerle levantar el sitio de Kassa, a cuyos habitantes estaba prometiendo socorrer Beatriz desde el mes de Octubre (2). La empresa salió bien; al saber que se acercaba el rey, el príncipe se vió abandonado por un gran número de sus partidarios; de suerte que, el 20 de Febrero, los dos hermanos hicieron una paz que, a la verdad, no era muy ventajosa para Ulaszló. Se vió obligado a ceder a su hermano varios ducados en Silesia y a garantizar al príncipe Juan Alberto que le sucedería en el trono de Hungría, si moría sin hijos.

Este tratado desembarazó, por lo menos, a Ulaszló de uno de sus pretendientes, y esta circunstancia proporcionó a la reina la ocasión de apremiar de nuevo la boda. Para tranquilizarla, Ulaszló fue a verla a Esztergom, en donde se le acogió efusivamente; y si el rey no correspondió con el mismo entusiasmo, fingió, sin embargo, lo conveniente para llegar a sus fines, que eran hacer que Beatriz siguiera aguardando con paciencia y, probablemente también, obtener de ella nuevos subsidios. Tuvo todavía otro pretexto para aplazar la ceremonia nupcial: necesitaba volverse a poner en campaña para librar el reino de los alemanes y los turcos, que le habían invadido.

Mientras que Ulaszló dirigía en persona las operaciones de guerra, Beatriz tenía su corte en Esztergom, en aquella plaza fuerte en la que se elevaba una rica catedral y el magnífico palacio construído por el arzobispo Juan Vitez, y desapareci-

(1) Ibid. y carta de Maffeo a Bakocz, pág. 277.

(2) Carta a la ciudad de Kassa, del 20 de Octubre de 1490. Archivos públicos de la ciudad de Kassa. Núm. 643.

do luego sin dejar huellas; pero en la época de que se habla, la sala de honor del palacio contenía los retratos de todos los reyes de Hungría, y los hermosos jardines que daban al Danubio tenían pórticos y paseos cubiertos (1).

Desde lo alto de las murallas de Esztergom se goza todavía de una vista admirable sobre el sinuoso curso del caudaloso Danubio, en el que la Península de Esztergom forma un promontorio, sobre la riente comarca que le rodea y, más allá del río, sobre los valles del Garam y del Ipdy. Pero actualmente no hay más que hipótesis sobre el lugar que ocupara antaño el palacio de San Esteban.

En su residencia de Esztergom, Beatriz firmaba sus edictos con los títulos de «reina de Hungría y de Bohemia, y duquesa de Austria por la gracia de Dios», y ejercía aún ciertas prerrogativas reales; Ulaszló confirmaba las donaciones de dominios. Ella ejercía sobre las «ciudades de la reina» un poder verdaderamente soberano, como les dió a entender inmediatamente después de la muerte de Matías; pero escribía también a las otras ciudades en tono de condescendencia real (2). Recurría a menudo a las poblaciones mineras para sus operaciones de dinero, sobre todo, a Selmecz y a Kormocz. En lo que concierne a esta última, a los derechos de regalía de la reina sobre la Cámara de Hacienda, hay que añadir la parte que correspondía a Hipólito por la acuñación de monedas (pisetum), en su calidad de primado y fiscalizador de la acuñación (pisetarius), y con este título Beatriz acostumbraba también a intervenir en la acuñación (3).

Continuaba su constantes relaciones con las cortes italianas, sobre todo con las de Nápoles y Ferrara. En aquel tiem-

(1) Galeotti: *De egr. dictis*, cap. XXX. Bonfin: *Dec.* IV, lib. 3.°, página 413.

(2) Cartas de Beatriz a las autoridades de Kassa, con fecha 20 de Octubre de 1490, 6 de Octubre de 1491 y 20 de Enero de 1492. (Las tres se encuentran en los Archivos públicos de Kassa.)

(3) Hatvani: *Colección de documentos históricos* (en húngaro).

po ocurrieron dos acontecimientos en la familia de Este, los cuales tuvieron por efecto crear lazos de parentesco entre las casas reinantes de Ferrara y Milán. A fines de 1490, Ludovico Sforza se casó con Beatriz de Este, mucho más joven que el; y en Febrero de 1491, Alfonso, heredero del trono de Ferrara, se casaba con Ana Sforza, hija del duque asesinado y hermana menor de María Blanca (1).

Tanto como la casa de Este tuvo derecho a considerar estas bodas como la promesa de un brillante porvenir, otro tanto fue fatal la primera para las relaciones de los Este y de la dinastía napolitana y, por consecuencias ulteriores, para los destinos de Italia entera.

Ya hemos dicho que Ludovico Sforza, llamado «el Moro», que llevaba solamente el título de duque de Bari, había separado por completo de los negocios a su sobrino, el débil e incapaz Juan Faleazzo, soberano legítimo de Milán, y ejercía el poder efectivo, aunque en nombre de su sobrino. Una ambición desenfrenada aliábase en Ludovico con una invencible inclinación a la intriga. De otra parte, el joven duque hubiera tal vez soportado esta tiranía que llegaba hasta privarle a veces de lo necesario; pero su mujer, la bella y ambiciosa Isabel de Aragón, que se sentía desgraciada con semejante vida, se reveló contra la suerte. La lucha de los hombres se complicó con la rivalidad de las dos duquesas. Isabel reclamó la protección de su padre, el príncipe heredero de Nápoles; éste no se contentó con privar a su hermana, la duquesa de Ferrara, de intervenir cerca de su hija y su yerno, sino que dirigió censuras a Sforza. Es lo cierto que la irritación que causó a éste semejante ingerencia en sus asuntos, y tal vez también el temor de que la casa de Nápoles formulase un día pretensiones sobre Milán, le sugirieron la funesta idea de llamar en su ayuda a los franceses para contener a Nápoles.

(1) Litta, o. c., fasc. 15, cuadro genealógico, y 39, fasc. X, y cuadro segundo. Gregorovius: *Lucr. Borgia*, pág. 54.

Las relaciones de amistad creadas por estas bodas entre las cortes de Ferrara y Milán, pusieron a la casa de Este en una singular situación frente a Beatriz y la corte de Nápoles. Sabíase que Beatriz se esforzaba por todos los medios en hacer definitivo su matrimonio con Ulaszló, y, de otra parte, a pesar del secreto impuesto a los Sforza, no se ignoraban los proyectos del matrimonio entre María Blanca y Ulaszló con objeto de burlar a Beatriz. Habíase abrazado este proyecto con tanto ardor en Milán, que en la primavera de 1491 Maffeo escribió a Bakocz, rogándole que apremiase al rey para que diera una respuesta a las proposiciones referentes al dote, y prometiéndole el oro y el moro en caso de buen éxito (1).

El obispo canciller contestó en seguida, y se esforzó, ante todo, en explicar los retrasos; expresó la firme voluntad del rey de casarse con María Blanca, y pidió el envío de un delegado, porque se deseaba seguir las negociaciones de viva voz, por temor de que Beatriz sospechara la cosa, porque sería capaz de entregar en el acto por venganza sus castillos a Maximiliano, y causar otros trastornos. «No (2) sabemos ya—dice—qué pretexto invocar con la reina, que sigue esperando que Su Majestad se case con ella; pero, en cuanto los negocios del país hayan tomado mejor giro, dentro de un mes o dos lo más tarde, declararemos a Beatriz la imposibilidad de este matrimonio.»

El consejo fue atendido, y el duque de Milán mandó a Rafael della Cande, vicario general de Peesvárad, por el cardenal Ascanio, instrucciones secretas para las negociaciones matrimoniales (3).

En el verano de 1491, Ulaszló, que había logrado recuperar Szekesfehérvár y entablar con Maximiliano negociaciones de paz, no tenía, por decirlo así, necesidad de seguir con los

(1) Carta de 25 de Marzo, Archivos de Milán.

(2) El original de la carta de 29 de Abril se encuentra en los Archivos de Milán. (Sez. Stor. Pot. Est. Ungheria.)

(3) La carta del 17 de Junio al obispo Bakocz, y las instrucciones a R. della Cande del mismo día, se encuentran en los Archivos de Milán.

subterfugios de que había usado hasta entonces para ocultar su doble juego. Envió, sin embargo, de vez en cuando mensajeros a Beatriz para invitarla a tener paciencia (1); decíase obligado a guardar cama, a causa de las fatigas de la guerra o de los calores del verano; en fin, cuando se hubo repuesto de su enfermedad pretendida grave, continuó aplazando, y dió a Beatriz motivos para quejarse de no ser atendida (2). El rey de Nápoles, de acuerdo sin duda con su hija, recurrió entonces a un medio desesperado; a fines de Setiembre, comunicó oficialmente a la Curia romana, a las repúblicas de Florencia y de Venecia, a las cortes de Milán y de Ferrara, que el matrimonio de Ulaszló y Beatriz se había consumado. El rey pretendía estar, «desde hacía un año (3)», en posesión de este secreto, y que si lo divulgaba ahora, era porque había sabido que el duque de Bari se esforzaba en hacer anular semejante unión para que fuera posible el matrimonio del rey de Hungría con la sobrina de aquél, Blanca. Invitaba amistosamente a Ludovico Sforza, el cual no tardó en felicitarle, a que abandonase aquel proyecto de boda, que Sforza negó por su parte, alegando que su familia no había intervenido en Roma sino con objeto de hacer que se anulase el matrimonio de María Blanca con Juan Corvino.

El matrimonio contraído con engaño degeneró, a consecuencia de esta gestión del rey de Nápoles, en verdadero escándalo europeo. La noticia fue recogida en todas partes con reserva (4). Ulaszló la desmintió más adelante formalmente,

(1) Acta notarial de 1492.

(2) Despacho de Trotti, fechado en Milán el 6 de Setiembre (Archivos de Módena, dic. cit. B.ª 6).

(3) Carta del rey de Nápoles a su hija la duquesa de Ferrara, del 2 de Octubre.

(4) Carta de Milán, sin fecha (probablemente de Octubre de 1491) al abad de Forli. Archivos de Milán, (Sez. Stor. Pot. Est. Ungh.); carta enviada a Milán por el abad de Forli el 18 de Noviembre, y otra carta, probablemente de Maffeo a Bakocz, el 25 de Diciembre ibid.; cartas de Milán, fechadas el 13 de Enero y 20 de Febrero de 1402 ibid.; despacho enviado a Ferrara por Trotti, Archivos de Módena.

pero Beatriz persistió por necesidad en sus afirmaciones, y la cosa se convirtió en tema de las conversaciones, no solamente en Italia y Hungría, sino en el círculo del emperador de Alemania, y después en las cortes de Francia y España. Estos países habían todos de intervenir, como más adelante veremos, en el pleito del divorcio.

Beatriz no logró con esta falsa noticia el fin que se había propuesto, es decir, ejercer sobre Ulaszló una presión moral; todo lo que ocurrió fue que la confianza en el buen éxito del proyecto de matrimonio con el rey de Hungría se quebrantó en Milán por algún tiempo. Mientras tanto, se había hecho la paz entre Maximiliano y Ulaszló, pero este último no demostraba querer cumplir sus obligaciones con Beatriz. «La reina está furiosa—escribe a Milán, el 18 de Octubre, el abad de Forli, que estaba en Petervarad (1);—habita en Esztergom; la pobre no tiene ya ninguna autoridad, y mientras que ella pone en las cartas dirigidas al rey: *a mi esposo*, éste pone en las suyas: *a la reina*.

Ulaszló debe comprender, sin embargo, que su matrimonio de Milán se evaporará si no rompe definitivamente y cuanto antes con Beatriz. Resolvió, pues, recurrir a un procedimiento digno del papel que había representado hasta entonces: del mismo modo que había contraído el matrimonio remitiéndose a las instancias de los Estados, quiso ahora hacer que estos le obligaran a negarlo.

Convocóse la Dieta para el 2 de Febrero de 1492. Tenía por misión registrar el tratado de paz muy humillante concertado con el emperador Federico y el rey Maximiliano, y debía además ocuparse del matrimonio del rey.

A fin de arrojar toda la responsabilidad sobre los Estados, Ulaszló parece que empleó toda su habilidad en reconquistar la confianza de Beatriz ofendida e inquieta. A fines de Diciembre había ya mandado dos magnates a Esztergom para tran-

(1) Carta citada antes.

quilizarla, conjurándola a que tuviera un poco más de paciencia hasta que el país estuviese completamente pacificado. Tampoco le faltaban alientos por otras partes. El rey de Nápoles hacía saber a su hija, por conducto de su embajador Francisco de Monti, que había arreglado sus diferencias con el Papa, con objeto de disponerle en favor de Beatriz (1). Los 30.000 ducados que prometiera reaparecieron de nuevo del lado de Venecia (2), sin duda a manera de cebo, a beneficio de Ulaszló. Unos propagadores de noticias, a sueldo de la reina, esparcieron por las orillas del Adriático el rumor de que las bodas tan impacientemente esperadas se celebrarían en Buda, el día de Pascua (3).

Beatriz esperaba que mostrándose en los Estados llegados a Buda en número inusitado, con ayuda de algunos fieles, del embajador de Nápoles y por medio de regalos (4) y promesas, ganaría a su causa la mayoría de la Dieta. Su círculo trató de disuadirla de este proyecto, pero ella persistió en su designio, y envió a Buda a Costabili, preceptor de Hipólito, para declarar allí, conjuntamente con el embajador de Nápoles, su intención al rey. Los partidarios con que contaba en Buda aprobaron su proyecto; en cambio, Ulaszló le mandó dos de sus familiares para aconsejarla y rogarla que se quedara tranquilamente en Esztergom, asegurándola que no tenía motivos de inquietud y que su presencia en Buda no haría más que perjudicarla. Después, en una carta autógrafa, la exhortó, más enérgicamente todavía, a que se quedara, afirmándole que tenía una razón secreta para aplazar el matrimonio (5). Bea-

(1) Trinchera: *Codice Aragonese*, t. II, págs. 37 y 40.

(2) Despacho enviado de Venecia, por Taddeo Vimercati, el 23 de Febrero de 1492. (Archivos de Milán, Sez. Stor. Pot. Est. Venezia.)

(3) *Mon. Hung.* (D. E.). IV, pág. 270.

(4) *La Apología de Udis,* insiste principalmente sobre los regalos, página 172.

(5) Acta notarial de 1492.

triz fue inquebrantable en su designio y, aunque con menos esperanzas, salió de Esztergom y llegó a Buda el 14 de Marzo. El rey envió a su encuentro a los magnates presentes en la corte; pero este acto de cortesanía tenía por fin, a lo que parece, hacer comprender a la reina que debía ir a albergarse a su palacio de Viejo Buda, porque no era prudente que fuese a instalarse en el mismo Buda.

Beatriz se resignó a seguir este consejo, y al día siguiente Ulaszló fué a verla. Animada quizá por esta visita y llena de impaciencia, la reina fué a Buda a los pocos días. Pero aquí no hubo recepción solemne; de este modo, Ulaszló dió a entender que no deseaba verla. Retiróse ella al palacio de Hipólito, que estaba inhabitado, porque a la reina misma no le parecía oportuno que en la Dieta, que iba a decidir de su suerte, se presentase su sobrino.

Obtener de la Dieta que ratificase los tratados de paz, no era cosa fácil, y causaba muchas preocupaciones a Ulaszló. Estos tratados suscitaban violenta oposición, a causa de las restricciones que aportaban al derecho de la nación de elegir libremente su jefe. Sin hablar de la promesa hecha a Juan Alberto, el tratado con Maximiliano garantizaba a los Habsburgo la sucesión al trono en el caso de que Ulaszló muriese sin posteridad; estaba en interés de la independencia del reino que Ulaszló contrajese una unión de la que pudiera esperarse un heredero del trono. La discusión del tratado comportaba, pues, la del matrimonio, y la esterilidad de Beatriz, que no ofrecía duda para nadie, era una excelente razón para exigir la disolución de este matrimonio.

Al ver cuál era la situación, Beatriz convocó el 22 de Marzo—así, pues, durante la sesión de la Dieta—a casi todos los prelados y grandes del reino en Viejo Buda, en donde estaba retirada, y les expuso en un largo discurso cuanto había ocurrido desde las promesas que le hicieran antes de la elección. Apeló a los testigos presentes del matrimonio, a los sacrificios que ella había hecho, a las promesas de Ulaszló, e interrum-

piendo de vez en cuando su exposición, citó el testimonio del obispo canciller Bakocz, y ordenó levantar acta notarial de su declaración (1).

La reina perseguía con este acto solemne obligar a los grandes, comprometidos por su presencia y su consentimiento tácito, y los suplicaba casi a que abogasen por ella con el rey, y, si era necesario, con la Dieta, y obtener, en fin, el reconocimiento y la consumación del matrimonio.

Nada indica que esta protesta solemne diera algún resultado. Ante los Estados reunidos no se alzó, a lo que parece, más que una sola voz en defensa de los derechos de Beatriz, la del hombre que, según opinión acreditada, fue privado por ella de su libertad: Pedro Varadi, arzobispo de Kalocsa. Propuso a los Estados que se declararan por la validez del matrimonio. Es cierto que el arzobispo hizo esta proposición, no solamente a petición de la reina, sino de acuerdo con Juan Corvino, y hasta por deseo de éste. Otros hechos demuestran también que el príncipe Juan, Esteban Bathori y Pablo Kuizsi tomaron el partido de Beatriz; hasta se pretende que fueron ellos los que la hicieron venir de Esztergom a Buda. La explicación que el biógrafo de Juan Corvino da de su actitud es muy plausible: veía en el matrimonio de Beatriz y Ulaszló la única probabilidad que le quedaba de hallarse un día en condiciones de hacer valer sus antiguos derechos sobre la mano de Maria Blanca.

Pero las palabras del arzobispo no hallaron eco; Beatriz hubo de reconocer entonces que los favores que había prodigado y sus promesas, más numerosas todavía, no le habían conquistado serios y fieles partidarios. Su círculo veía en Bakocz a su más peligroso enemigo (2); ella no contaba ya con nadie casi, y los Estados, para prevenir el peligro que amenazaba al reino con las pretensiones de Maximiliano, solicitaban casi unánimemente a Ulaszló que hiciera disolver sus dos primeros

(1) Citada varias veces, y que se encuentra en el Museo Nacional.

(2) Carta citada de Costabili, del 20 de Marzo.

matrimonios, y se casara con una princesa de la que pudiera esperar robustos vástagos, porque a ningún precio podían ver continuarse con Ulaszló el régimen de depredaciones de Beatriz (1).

En estas coyunturas, la cuestión de mandar a la reina a su país, después de pagarle lo que se le debía, volvió, naturalmente a plantearse. Parece que fue Beatriz la que habló de ello primeramente, pero hizo de nuevo imposible la solución con sus exageradas pretensiones. A sus demandas, relativas a la restitución del dote y reembolso de las sumas que había gastado en los últimos tiempos para la defensa del país, los húngaros opusieron que había que pagar a cada cual lo suyo. Tenía ella, por consiguiente, que restituir las rentas de los beneficios eclesiásticos que había cobrado, el dinero y los objetos preciosos que había enviado a su patria, reembolsar las sumas que habían costado las tropas enviadas en socorro de su padre para recuperar Otranto y, más adelante, para sostenerle contra sus vasallos sublevados; si, hecha deducción de estas sumas, resulta que el país le debe algo, se le pagará (2).

La Dieta—en la que Esteban Zapolyai ocupaba el puesto, largo tiempo vacante, de gran palatino—no tomó ninguna resolución definitiva respecto al asunto de Beatriz, y prometió solamente al embajador de Nápoles que tomaría una en la próxima sesión, pero la opinión pública se había manifestado ya con bastante claridad para excusar la negativa de Ulaszló a casarse con la reina y permitirle proseguir la ejecución de su matrimonio con María Blanca.

Beatriz había visto y oído lo suficiente para ver claro en su situación y comprender que ya no podía esperar nada en Buda. Su decepción no la abatió ni la llevó a la resignación, pero la encolerizó violentamente y la llenó de sed de venganza

(1) Cartas de Castiglioni a Maffeo, fechada en Zenyg el 24 de Marzo, Archivos de Milán (Pot. Est. Ungh.), y del abad de Forli a Vimercati del 7 de Abril, íbid.

(2) Carta de Castigliani, ya citada, y despacho de Trotti del 4 de Junio.

que, parecida a la Medea de Séneca (1), salió de Viejo Buda a principios de Abril para retirarse a Esztergom.

Su primer acto fue poner en juego el poder de su padre contra los que la habían tan indignamente engañado. Gentes llegadas de Italia habían ya amenazado en Marzo a los húngaros con la venganza del rey de Nápoles; pronto se supo que enviaba a Andrés Carafa, conde de Santa Severina, en misión especial, con numeroso séquito, para formular ante Ulaszló serias quejas y, eventualmente, proposiciones en interés de Beatriz (2). La reina hacía al mismo tiempo que Kinizsi (3) alistase soldados; pedía, a lo que se dice, al Papa que interviniera en su favor (4); escribía al cardenal Rodrigo Borgia, el muy influyente vicecanciller del Papa (5), y no se avergonzó de escribir una carta de solicitación a Pedro Varadi, que abogó por su causa en la Dieta, esperando ver que sus asuntos tomasen un giro más favorable merced al apoyo de aquél. El arzobispo le contestó en tono de una exquisita cortesía (6), a menos que no se vea una ironía oculta en la expresión de su reconocimiento por todas las bondades de que Beatriz le había colmado, los favores que le había concedido, y el voto que hacía por que «el Todopoderoso la mantuviese alegre y feliz», pero respecto a lo esencial, le dió una respuesta evasiva, porque no podía—dijo—recomendar a nadie la causa de Beatriz, dispersada la corte y disponiéndose él a marchar contra los turcos con su estandarte.

La guerra de Turquía daba en efecto, mucho que hacer a Ulaszló, pero no le impedía tratar de desbaratar los planes de Beatriz. Escribió a Nápoles para explicar al rey la razón de los retrasos surgidos en el matrimonio (7), y al mismo tiempo en-

(1) Matías Bel la compara a Medea, f. cit., pág. 235.
(2) Carta de Castigliani de 27 de Abril, Archivos de Milán.
(3) Kachelmann, t. cit. pág. 19. Hatiani; *Rajzok* (*Croquis*), etc. pág. 68.
(4) Pray, o. c., IV, pág. 149.
(5) *Codice Aragonese*, II, pág. 110.
(6) Pray, loc. cit.
(7) Despacho de Vimercati, fechado en Venecia el 8 de Mayo (Archivos de Milán).

vió al nuevo obispo de Nyitra, Antonio Sankfalvi, con informes a la Santa Sede, lo que parecía tanto más necesario, cuanto que Beatriz había ganado a su causa al vicecanciller Borgia, a quien el rey Fernando había mandado noticias detalladas por mediación de su ministro Pontano, enviado con este fin a Roma, y el cual logró, además, atraerse a su causa al cardenal Piccolomini. Por una casualidad singularmente propicia, precisamente en la primavera de este año de 1492, para sellar la amistad hecha después de tantas discordias entre el Papa y el rey de Nápoles, Luigi d'Aragona se desposaba con Todorina Cibó, nieta del Papa (1).

Mientras tanto, el rey de Nápoles no trabajaba solamente en Roma en interés de su hija, sino que la enviaba prudentes consejos por mediación de su embajador Francesco del Monti. De una parte, la consolaba, la animaba, la alentaba a no desesperar del triunfo, asegurándola que sus hijos y él se consagrarán con toda su alma a la defensa de los derechos de ella, y, de otra parte, la exhortaba también a no comprometer su situación con explosiones de cólera y amenazas; no se podía remediar aquélla sino observando una actitud prudente y llena de tacto y no de violencia; por esto no aprobaba que Beatriz alistase soldados y se esforzase en poner sus castillos en estado de defensa, como había oído decir (2). Avisó a Ulaszló por el mismo embajador, de los grandes preparativos que decía que estaba haciendo para la guerra contra los turcos, pretendiendo también ayudarle de esta manera. Aprovechó la estancia de un enviado polaco en Italia para intentar influir sobre Casimiro de Polonia, padre de Ulaszló, para que a su vez influyera en su hijo haciendo que éste, como buen cristiano, cumpliese con las obligaciones que había contraído con arreglo a los Mandamientos de la Iglesia.

(1) Notar Giacomo, o. c., pág. 174. Gregorovius: *Geschichte der Stadt Rom*. VII, pág. 295.

(2) *Cod. Arag.*, II, pág. 122.

En esto, en los primeros días de Junio, llegó un enviado especial, Andrés Carafa, que entregó a Ulaszló una carta, en la que el rey le daba ya los nombres de querido yerno y querido hijo (1). Pero éste se mostró de nuevo muy perito en el arte de usar de subterfugios y de engañar. Escuchó el discurso del enviado, aceptó dando gracias los ofrecimientos de amistad del rey de Nápoles y de su familia; pero no hizo declaración alguna respecto al matrimonio, prometiendo dar una respuesta más adelante, porque no podía—dijo—deliberar con los ministros en aquel momento; tal vez tendrá ocasión de hacerlo el día del Corpus; además tiene prisa por marchar contra los turcos que le acosan, y él mismo enviará alguien a Nápoles. Hasta fijó una vez la fecha en la que daría una respuesta definitiva; pero, habiendo muerto en esto su padre, el rey de Polonia, tuvo que hacer otras cosas; luego ocurrrió el cambio de Papa; la cosa es que nunca le faltaban pretextos para retener de un mes a otro con promesas al enviado de Nápoles; pero sin darle nunca una respuesta sobre el punto esencial (2).

En estas circunstancias, produjose un acontecimiento que cambió de aspecto las cuestiones y los intereses que esperaban su solución definitiva de una decisión de la Santa Sede. El Papa Inocente VIII murió el 26 de Julio, a la edad de sesenta años, tras un reinado de ocho años, y el Cónclave, reunido el 6 de Setiembre, eligió Papa por unanimidad al Cardenal Rodrigo Borgia, que tomó el nombre de Alejandro VI.

Como el nuevo Papa y los Sforza tenían relaciones de amistad y de interés, Beatriz podía temer su sentencia en el proceso. Las relaciones entre la corte de Nápoles y Alejandro VI carecían de cordialidad, porque Fernando había desempeñado un papel dudoso en la elección de aquél; la noticia del triunfo

(1) Despacho de Vimercati, del 13 de Febrero de 1493. Archivos de Milán.

(2) Despacho de Vimercati, del 16 de Junio. Archivos de Milán. (Sez. Stor. Pot. Est. Ven.)

de Borgia le aterró profundamente, a lo que se dice (1); sin embargo, no tardó en felicitar al nuevo Papa (2).

Esta situación, desfavorable para Beatriz, servía en cambio a los milaneses. El duque de Milán habíase puesto al fin de acuerdo con Ulaszló respecto al dote, y envió a su confidente Maffeo a Roma, el cual debía ponerse en relaciones con el agente de Ulaszló, el obispo de Nyitra, y obrar de acuerdo con él. El enviado tenía por misión hacer comprender al Papa que Ulaszló no podía casarse con Beatriz, en relación de la esterilidad de ésta, y que la cristiandad tenía gran interés en que se casara con María Blanca. Proyectábase, en interés de la causa, solicitar para el obispo Bakocz la púrpura cardenalicia, y se había decidido que, si el asunto del matrimonio encontrara obstáculos en la Curia, el enviado de Hungría iría a ver al rey de Nápoles, para animarle a no sostener las pretensiones de su hija (3).

Beatriz estaba seguramente enterada de estas cosas, porque su agente estaba ya en camino para Roma a principios de Diciembre, con objeto de contrarrestar los esfuerzos del obispo de Nyitra (4). La mejora de las relaciones entre su padre y la Santa Sede hizo que también la reina enviase sus felicitaciones al nuevo Jefe de la cristiandad. Pero al presentarle sus homenajes y sus felicitaciones, le suplicaba que tuviese piedad de ella y que dictase en su causa una sentencia equitativa (5).

Por esta época apareció la *Apología,* alegato anónimo escrito en defensa de Ulaszló y dirigido al obispo de Nyitra, en

---

(1) Guicciardini: *Istorie d'I*, I, pág. 9.

(2) Pastor: o. c., III, págs. 283 y sig.

(3) Instrucciones del duque de Milán a Maffeo Tri, con fecha de 13 de Noviembre. Archivos de Milán.

(4) Notar Giacomo: o. c., pág. 176; Burchard (Thuasne): *Diarium*, II, pág. 5.

(5) Una copia contemporánea de estas dos cartas se encuentra en la colección de manuscritos de San Marcos de Venecia.

forma de carta (1). Esta Memoria, que acredita un profundo conocimiento del Derecho canónico y de la Teología de la época, así como una vasta cultura humanista, resume, en descargo de Ulaszló, todo aquello de que la opinión pública acusaba a Beatriz, con razón o sin ella. Pero este documento era también un testimonio de la pérfida conducta del rey y de las maquinaciones de que fue víctima la reina.

La carta que el rey de Nápoles escribió a Andrés Carafa, su enviado en Hungría, es una exposición detallada de su conducta y de la de su hijo en este asunto (2). Para defender a Ulaszló y acusar a Beatriz, el obispo había dado al Papa tales detalles, que éste no pudo, por miramientos a Fernando, referirlos a sus enviados.

A esto los napolitanos oponían que un matrimonio no puede disolverse por causa de esterilidad; ponían en duda que el rey no se hubiese comunicado con Beatriz sino en público, en presencia de muchos testigos; afirmaban, por el contrario, que se habían encontrado de día y de noche sin testigos, y que habían vivido maritalmente. El rey de Nápoles estaba dispuesto—así lo decía,—con sus hijos, a emplear todas sus fuerzas y a arriesgar incluso su vida por la defensa del honor de su casa.

Estas enérgicas palabras no dejaron de producir su efecto. El Papa pareció vacilar. El Consistorio tuvo una sesión de siete horas el 8 de Marzo (3), y el Papa prometió a Federico publicar un breve favorable a Beatriz. Pero apenas salió el príncipe de Roma, cuando Alejandro se arrepintió de su promesa, y redactó un breve que no estaba del todo conforme con el punto de vista napolitano. Pero el astuto Fernando adivinó la cosa, intervino por mediación de su embajador y obtuvo que, retirado aquel breve, fuese substituído por otro, de conformidad con las promesas que se habían hecho.

(1) Pastor: o. c., III, págs. 292 y sig.
(2) *Cod. Arag.*, II, 1.ª parte, pág. 241.
(3) Burchard: *Diar.* (Thuasne), II, 6, pág. 33.

El obispo de Nyitra pudo así considerar casi fracasada su misión, y en vano fué a Nápoles a fines de Enero para convencer al rey. Ulaszló envió una nota al Papa en respuesta al breve, y para obtener por lo menos algo, trató de conseguir la anulación de su matrimonio con Bárbara de Brandeburgo, presentando el acta de renuncia de esta última, naturalmente con el propósito de quitar el primer obstáculo a su matrimonio proyectado con María Blanca. Creyó que en esto le apoyarían los napolitanos, pero se engañó: la corte de Nápoles sostuvo que el matrimonio con Beatriz se había consumado y era, por consiguiente, válido, y que no podía reconocer la necesidad de anular el que había contraído con Bárbara; de suerte que abortó también esta tentativa de Ulaszló. En cambio decidió la Curia que, con arreglo a los deseos del rey de Nápoles, Orso Orsini, obispo de Teano, marcharía a Hungría lo más pronto posible en calidad de legado del Papa, a fin de avivar los preparativos de la armada contra los turcos, pero sobre todo para obligar a Ulaszló a reconocer su matrimonio con Beatriz (1).

Este cambio, por extremo favorable a Beatriz, era debido al concurso de varias causas concomitantes, de las que la principal fue seguramente la habilidad diplomática de su padre, que influyó sobre el Papa, ya con amenazas, ya con promesas. Otro factor de este cambio fue el de la actitud de la corte de Milán. A fines del año anterior, Ludovico Sforza había ya enviado explicaciones al rey de Nápoles para reconciliarse con él; desinteresábase cada vez más de la lucha entablada entre Ulaszló y Beatriz, y se limitaba a solicitar de Roma la anulación del matrimonio de María Blanca con Juan Corvino (2).

(1) Carta ya citada de Ulaszló al Papa, Archivos de Estado de Venecia; cartas publicadas en el *Cód. Arag.*, II, 1.ª parte, pág. 271, y 2.ª parte, páginas 238 y 300, así como la carta de Ascanio Sforza a Ludovico el Moro, con fecha 19 de Octubre. Archivos de Milán.

(2) Instrucciones a Tad. Vimercati de 3 de Febrero. (Archivos de Milán.) Carta de Ludovico Sforza a Bart. Calco, en Roma, de 11 de Setiembre, en los mismos Archivos.

Este resultado debíase a Leonor, que, como buena madre y suegra, había influído en interés de su padre y de su hermana sobre su yerno y su hija, para calmar su cólera y reconciliarlos con sus padres. Pero Ludovico no era lo bastante sentimental para dejarse apartar de sus designios por tales consideraciones. Se supo la verdadera razón, que se puso de manifiesto: que Maximiliano, que había sucedido a su padre como emperador de Alemania, había puesto sus ojos en María Blanca.

Mientras que Beatriz y Ulaszló estaban, por decirlo así, en lucha abierta y se esforzaban con éxitos alternativos en crearse aliados, pregúntase uno naturalmente cuáles eran sus relaciones personales y, sobre todo, cuál era la situación de Beatriz en Hungría durante esta lucha.

Al decir de la reina, estuvo en relaciones íntimas con Ulaszló desde su matrimonio; pero esta afirmación se ve desmentida por el hecho de que habitaba casi constantemente en Esztergom, y no fué mas que una semana o dos a Buda y a Viejo Buda, durante la sesión de la Dieta en 1492, mientras que Ulaszló residía en Buda y hacía pocos viajes a las otras partes del reino; y también por el hecho de que los partidarios de Beatriz publicaban muy alto como un acontecimiento cada visita que el rey le hacía. Hizo todo lo más tres, según los abogados de Ulaszló, durante los dos años que siguieron al matrimonio (1).

La consideración de Beatriz declinaba rápidamente en el país, lo que se debe ciertamente, en buena parte, a las declaraciones y a la actitud de Ulaszló. Sus antiguos amigos habían desertado o muerto. Los que se le acercaban hacíanse al punto sospechosos; así, al que fue obispo de Nagyvarad, Juan Filipecz, convertido en hermano mínimo, le expulsaron del reino por haber hecho una visita a la reina (2). Hasta se sospechó

(1) *Apología de Udis,* pág. 467.

(2) Carta de Zengg, el 13 de Julio de 1493. Archivos de Milán. (Pot. Est. Ungh.)

que Beatriz había tomado parte en una conspiración contra el rey (1), acusación contra la que ella protestó enérgicamente ante el legado del Papa (2). No tenía ya otro círculo que las personas de su casa y de la de Hipólito; ya ni se encuentra siquiera a Bonfin, que gozaba de gran consideración en la corte de Ulaszló, quien le había conferido la nobleza. No se encuentra más que un homenaje tributado por un sabio a Beatriz, durante los años de su estancia en Esztergom; el fraile agustino Fra Jacopo Filippo da Bergamo dedicó por esa época a la reina su libro *Mujeres ilustres y eminentes*, cuyo frontispicio representa la escena en que el autor ofrece su obra a la reina (3). La introducción ensalza, en tono de panegírico, las cualidades eminentes y los méritos de Beatriz así como—lo que no estaba por completo fuera de razón—sus riquezas y su liberalidad; el autor empieza por hacer el retrato de la Virgen Bienaventurada, de las santas, de las mujeres célebres de la antigüedad; después el de sus contemporáneas, como Beatriz, su madre y su cuñada Hipólita. Filippo, que ocupa un puesto distinguido entre los historiógrafos de su tiempo, quería probablemente, con su visita a Esztergom, y el homenaje de su libro, llamar la atención del arzobispo Hipólito, porque más adelante le prestó servicios en Italia, y recibió de él recompensas (4).

La esfera de actividad administrativa de la reina viuda no se extendía ya más que a las ciudades mineras. Daba en estos territorios, y dentro de los límites de los derechos de regalía sobre las minas, exoneraciones de impuestos, otorgaba permisos para el transporte de la sal, concedía autorizaciones para

(1) Tubero, o. c., pág. 203.

(2) Declaración de 1494.

(3) Este incunable fue impreso en 1497; pero la fecha de 1493, que figura entre los adornos del frontispicio, permite suponer, con gran apariencia de probabilidad, que Filippo fué a Esztergom en 1493, y que entonce ofreció su manuscrito a Beatriz.

(4) Tiraboschi, o. c., t. 16, pág. 47 y siguientes.

edificar y escavar en busca de metales (1), y dictaba medidas extremadamente rigurosas contra Hodrusbanya, que quería separarse de Selmeczbanya (2).

Esta dureza con Hodrusbanya y los favores de que Beatriz colmaba a Selmeczbanya, tenían su causa. Por aquella época, Beatriz necesitaba mucho a los burgueses de Selmeczbanya que le ayudaban en sus apuros económicos, cada vez más frecuentes. El «ayo» de Hipólito, Costabili, escribía ya, el 3 de Mayo de 1492, a la corte de Ferrara, que la reina seguía preparándose para la guerra; que empleaba las rentas de su derecho de inspección sobre la acuñación de monedas (pisetum) en reclutar soldados y, que apenas tenía con qué atender a sus gastos diarios. La reina se queja también una vez de estar muy apurada (3).

En estas circunstancias, el círculo de Hipólito y la corte de Ferrara empezaron a temer, con razón, que la situación material y moral de la reina, que iría empeorando, influyera antes o después de una manera enojosa en la del joven arzobispo. Costabili expresaba ya, en la primavera de 1492, el temor de que, si Beatriz no lograba casarse con Ulaszló, la situación de Hipólito se vería también comprometida (4). Inquietaba sobre todo a sus padres la insuficiencia de las rentas del arzobispado, por lo que se esforzaban en procurar a Hipólito prebendas en la misma Italia. Para empezar, consiguiéronle la abadía de Pomposa. Cuando, más adelante, le pareció a la corte de Ferrara disponer de ese beneficio en favor de otro, Beatriz se mostró muy ofendida, y dirigió acres censuras a Costabili, que había intervenido en el asunto. Es la única vez que Beatriz se

(1) V. varios documentos en los Archivos nacionales de Budapest, en los de la ciudad de Kormoczbanya, de la familia Jeszenak (Museo Nacional) y de la ciudad de Kassa (Casovia).

(2) V. en los Archivos de Selmeczbanya los documentos de 1492-1493.

(3) Decreto sin fecha, dirigido probablemente a Pedro Scheyder, su intendente, en 1492 o 1493. Archivos nacionales de Bruselas.

(4) Carta del 20 de Marzo, ya citada. Archivos de Módena.

haya enfadado con su hermana Leonor; la censuró entonces que escribiera todas sus cartas por mano de su secretario, mientras que ella le escribía a menudo de su puño y letra, y que no le enviase un mensajero especial desde hacía tiempo (1). Este ligero enfado es, por lo demás, un hecho completamente aislado; las tiernas relaciones de las dos hermanas resisten a todas las vicisitudes de la suerte de Beatriz, y si su correspondencia no versa durante estos últimos años sino sobre asuntos indiferentes en su mayor parte, conserva siempre el tono de la afección y abnegación recíprocas.

Entretanto, nuevas inquietudes acosaron a Beatriz respecto de Hipólito; tenía motivos para temer que se decidiera a marcharse. Ya en 1492, los padres de Hipólito habían expresado el deseo de que volviera a su patria por algún tiempo, pero Beatriz no quiso oír hablar de ello. No ignoraba que la marcha de Hipólito, dados los sentimientos de hostilidad que el país manifestaba por los extranjeros, podía entrañar la pérdida de las rentas del arzobispado. Sin embargo, no hay que atribuir a motivos tan interesados el afecto de Beatriz a Hipólito; nadie como ella le quería tanto. No sin razón escribía que le amaba como si le hubiera llevado en su seno; aunque quería también a sus otras sobrinas, consideraba a éste como enteramente suyo (2).

Este cariño hacíale desear con ardor para el joven arzobispo la más alta dignidad de la Iglesia: el cardenalato. El cambio sobrevenido en el trono pontificio y las diferencias del nuevo Papa con el rey de Nápoles, paralizaban por algún tiempo sus esfuerzos; pero el embajador de Hércules en Roma mantenía la cuestión constantemente, y los intereses de los Borgia crearon pronto una situación favorable para la realización de

(1) Despacho de Costabili, con fecha del 19 de Marzo. Archivos de Módena. (C. D. Disp. d. Drat.)

(2) Carta de Beatriz a Leonor, del 15 de Octubre de 1493. (Archivos de Módena div. cit.)

tales deseos. El Papa destinaba a la carrera eclesiástica a su segundo hijo, Cesar, dotado de aptitudes salientes, pero que tenía un temperamento violento y un natural perverso. Para empezar, le había donado varias ricas prebendas, y deseaba conferirle en breve el cardenalato; pero César no tenía más que diez y siete años, y su nombramiento en tan tierna edad exigía que al mismo tiempo fuesen satisfechos otros intereses, y que otros jóvenes nobles revistiesen también la púrpura cardenalicia. Por esto, en el Consistorio celebrado el 20 de Setiembre de 1493, Alejandro VI nombró a la vez cardenales a su hijo Cesar, a Alejandro Farnesio, a Federico Casimiro, hermano menor de Ulaszló, y a Hipólito de Este, que tenía catorce años (1). Beatriz recibió la grata noticia a mediados de Octubre, y escribió en seguida a su hermana Leonor una carta efusiva y rebosante de alegría. Dice en ella que todas sus penas están endulzadas por el placer que le causa la elevación de su hijo muy amado; da gracias al cielo por su bondad y por el insigne favor que le ha concedido, y su felicidad se ve todavía aumentada por la convicción de que su gozo es compartido por su hermana y su cuñado (2).

Cuando escribía estas líneas, aquella a quien la carta iba dirigida no estaba ya, desde hacía cuatro días, en el mundo de los vivos.

III

La elevación de Hipólito al cardenalato fue la última alegría sin mezcla que la suerte reservaba a Beatriz; desde entonces las decepciones, las penas y las pruebas cayeron sobre ella con cruel persistencia.

Fue primeramente la pérdida de su hermana. Las últimas cartas de Leonor, así como las respuestas de Beatriz, tienen

(1) Pastor, o.c., III. pág. 300-301.
(2) Carta citada de Beatriz, con fecha del 15 de Octubre.

todo el color de una tierna y mutua afección (1). En 10 de Setiembre de 1493, Leonor escribía a Beatriz que desde hacía ocho días estaba con unas fiebres que los médicos llaman tercianas; pero que se pondrá bien con la ayuda de Dios (2). Esta esperanza no se realizó. La noticia del nombramiento de Hipólito llegó justamente a tiempo de iluminar con un rayo de alegría los últimos días de la enferma, porque el 11 de Octubre Leonor falleció a los cuarenta y tres años de edad. Su esposo estaba entonces en Milán, con motivo de las bodas de María Blanca Sforza, y allí recibió la fúnebre noticia; él y sus numerosos hijos hubieron de lamentar la pérdida de aquella excelente esposa y madre de familia; pero fue también llorada por el pueblo de Ferrara (3). El Ariosto, joven aún, escribió una elegía; más adelante volvió a ensalzar a la princesa en su poema épico, y lo que opinaba de Leonor era compartido por otros contemporáneos de mérito (4).

No poseemos pruebas escritas del dolor de Beatriz con esta muerte; pero es cierto que no causó menos pena en Esztergom que en Nápoles, en donde era ya conocida el 13 de Octubre (5).

Fernando dió expansión a su dolor en una carta a su yerno (6). El anciano rey era el más dolorido por aquella pérdida que amenazaba tener para él funestas consecuencias.

Leonor era la única persona que, con su dulzura y su prudencia, había sabido ejercer, por mediación de su hija Beatriz,

---

(1) Cartas de Leonor a Beatriz, del 9 de Setiembre de 1492 y del 21 de Julio de 1493. (Archivos de Módena.)

(2) Carta de la misma, con la misma fecha del 10 de Setiembre, en los mismos Archivos.

(3) Muratori: *Antichità Estensi* (Scritores), pág. 258. Carta de Hércules a Hipólito, del 12 de Octubre. Archivos de Módena, div. cit.

(4) Castiglione, o. c., pág. 52. Sabadino, o. c., pág. 401. F. Bargomensis, o. c., pág. 165 y siguientes.

(5) Notar Giacomo, o. c., pág. 177.

(6) *Cod. Arag.*, II, 2.ª parte, pág. 286.

alguna influencia sobre su yerno, el solapado Ludovico Sforza. Mientras que ella vivió, logró, mejor o peor, aventar las sombras que Fernando, debilitado por la edad y la enfermedad, y con el alma acosada por el recuerdo de sus crueldades, veía amontonarse por la parte de Milán y acercarse cada vez más. Ludovico se le aparecía como el Judas que había de guiar a los arqueros franceses al Gethsemaní de Italia. Y de pronto veíase sin defensa frente al peligro inminente.

Hacía tres años que Fernando padecía de una enfermedad en las piernas, la gota probablemente; pero su fuerza de voluntad y su gusto por la vida activa no habían permitido que le dominase el mal; pero el enfado con Milán y la pena que le causó la muerte de su hija, vinieron a añadirse a los cuidados del Gobierno y a las inquietudes que experimentaba por el porvenir de su trono, y todo esto hizo que el robusto anciano declinase ostensiblemente. Disgustáronle sus ocupaciones habituales, y hasta la comida misma; incapaz de dominar los sentimientos que le agitaban, prorrumpía en imprecaciones cuando estaba solo, o profería palabras incoherentes ante los que le rodeaban. El 23 de Enero de 1494 entró en Castello Nuovo, con un enfriamiento que cogió en la caza; no tardaron en presentarse los síntomas de apoplejía, y el rey moría dos días después, dejando viuda a su segunda mujer, Juana de Aragón, hermana del rey de España, con la que se había casado a los cincuenta y tres años de edad.

Inmediatamente después de la muerte de su padre, según las costumbres de Nápoles, el príncipe heredero, Alfonso, recorrió a caballo las calles de la ciudad, haciéndose saludar como rey. Pero esta prisa en hacerse reconocer no engañó a nadie sobre los peligros de la situación. Fernando, que fue, a pesar de sus defectos, uno de los hombres de Estado más notables de la Italia contemporánea, había sabido hacerse dueño de la situación, no sin trabajo, cierto es, por su experiencia, su habilidad, su sangre fría y su autoridad indiscutibles. Su sucesor era odiado, despreciado, y todos los que fundaban sus

esperanzas en la caída de la dinastía, pensaron que su hora había llegado. La creencia popular imputaba ya a Alfonso algunas de las crueldades de su padre; las cometió peores todavía, al decir de algunos cronistas, en cuanto subió al trono, y tal era su reputación, que se le creyó capaz de haber hecho que sus emisarios envenenaran las fuentes de Venecia (1).

Sintiendo que su trono vacilaba, y en espera de un ataque procedente del exterior, buscó alianzas. Se esforzó, ante todo, en atraerse a su causa a la Santa Sede; pagó el tributo que su padre se había negado a pagar; donó principados a los jóvenes Borgia, y logró de esta manera ganarse el apoyo de Alejandro VI. El Papa rechazó las pretensiones que los franceses suscitaban de nuevo, respecto a la sucesión del trono de Nápoles, y, para realzar el esplendor de la coronación de Alfonso se hizo representar por el cardenal Juan Borgia.

En medio de estas inquietudes, la reina de Hungría, Beatriz, había recibido, golpe tras golpe, la noticia de los duelos de Ferrara y de Nápoles, después la de las fiestas destinadas a hacerlos olvidar. A fines del verano, supo que los funestos presentimientos de su padre se realizaban, que una de las empresas más aventuradas de la Historia se había convertido en un hecho realizado. El joven Carlos VIII de Francia, al que su padre destinó en un tiempo a Beatriz, y que ejercía desde hace poco el poder absoluto, impulsado por una ambición quimérica y por la sed de aventuras, sin oír el parecer de los hombres de sentido, había franqueado los Alpes con una parte de su ejército, mientras que su flota, cargada de tropas, hacía vela para la Liguria.

Parecido a una fuerza de lo alto, el rey de Francia se presentó como justiciero frente a Roma y Nápoles, y abría así la serie de las invasiones extranjeras que acarrearan el lamenta-

---

(1) *Memorias* de F. de Comines, cap. VII, págs. 285, 302 y siguientes.

ble fin de aquella brillante orgía de lujo y de placeres que fue el Renacimiento italiano (1).

Esta empresa tuvo ciertamente causas que, sin quitarle su carácter aventurero, la explican por lo menos en cierto modo. Desde la declinación del imperio romano de Alemania y la estancia de los Papas en Avignon, Francia parecía desempeñar el papel de protectora de Italia; los mismos Papas reclamaban a veces la ayuda del rey de Francia para la defensa del partido güelfo o contra el peligro turco. Las pretensiones de los Anjou al trono de Nápoles daban también a los franceses motivo para intervenir de vez en cuando. Florencia y Milán se habían aliado en la primera mitad del siglo xv con Francia, cuya casa real estaba emparentada con los Visconti. A esto se añadía el descontento general que causaban en Nápoles las crueldades de los Aragón, y en Roma, como en otras partes, por lo demás, el napolismo y la vida mundana de los Papas; no se podía esperar remedio o venganza sino de una intervención extranjera. Los proscritos de la rebelión de los barones napolitanos pintaban el estado de los espíritus en Nápoles al joven rey de Francia, cerebro limitado y sin experiencia, y, sin embargo, aventurero, como si todos esperasen de él la salvación; el cardenal Julián de la Rovera, desde que las amenazas de Alejandro VI le habían obligado a buscar un refugio en Francia, no cesaba de excitar a Carlos para que fuese a restablecer el orden en la corte degenerada de los Papas; había también los aduladores que inflamaban la imaginación del rey haciendo espejear a sus ojos la gloria de una cruzada de nuevo género. Pero el que dió el impulso más fuerte a la empresa fue seguramente Ludovico Sforza, que, cegado por su odio a los napolitanos, esperaba llegar a ser, con ayuda de los franceses, el primer potentado de Italia. Estaba no solamente en condiciones de recibir a la flota francesa en el puerto de Génova, sometido a la

(1) H. Francisco Delabord: *La experiencia de Carlos VIII en Italia*. París, 1888.

autoridad de Milán, sino que era lo bastante rico para comprar los consejeros de Carlos y ganarlos a sus proyectos (1).

Las fuerzas del destino parecían haberse coligado con el rey de Francia. El 5 de Setiembre Carlos VIII, entró en Turín, y el 8 del mismo mes su flota infligió, en Rapallo, una vergonzosa derrota a la de los napolitanos. A mediados de Octubre, el rey hizo su entrada triunfal en Pavía, y poco después, murió el infortunado duque de Milán, Juan Faleazze Sforza; su tío, Ludovico el Moro, fue entonces el señor legítimo y absoluto de Milán. El rey de Francia, que había entrado sin resistencia en Florencia, dirigió a los pueblos de Italia una proclama, en la que declaró no haber venido sino para tomar posesión del reino de Nápoles, que le correspondía de derecho, y para hacer la guerra a los turcos. Cuando el Papa vió alejarse el peligro que le amenazaba, no se cuidó ya de su aliado, el rey de Nápoles, al que abandonó a su suerte.

Carlos VIII, que pasó en Roma las fiestas de Navidad y de Año Nuevo, se puso en camino para Nápoles el 28 de Enero. El rey Alfonso—de quien un autor contemporáneo que amaba al pueblo de Nápoles, pero que tenía un profundo conocimiento del corazón humano, dijo que por ser cruel no podía ser valiente (2), y cuya conciencia despertaba tal vez el peligro—esperaba, atormentado de lúgubres visiones, la llegada de los franceses. Unas veces, creía ver en sueños la sombra de su padre, que le decía que era inútil toda resistencia, que su dinastía estaba llamada a desaparecer, a causa de sus crímenes; otras, se le oía gritar durante la noche: «¡Ahí llegan los franceses!» Los árboles y las piedras se animaban a su alrededor y, profetas de desgracia, le murmuraban al oído en nombre de Francia (3).

(1) El mismo Comines reconoce este hecho (o. c., cap. VII, pág. 282), que lamenta solamente que no se pidiera más dinero a Ludovico.

(2) Comines: *Memorias*, cap. VII, pág. 305.

(3) Comines y Franc. Guicciardini: *Istorie d'Italia*, 1618, Firenze, I, pág. 128, y Summonte, o. c., III, pág. 502.

Al saber Alfonso que sus ciudades de los Abruzos enarbolaban, una tras otra, el pabellón francés, abdicó el 23 de Enero. Su hijo mayor, Fernandino, dió a caballo la vuelta a la ciudad, precedido de la espada y de la bandera, para anunciar su advenimiento al pueblo, mientras que Alfonso, en medio de los llantos de las mujeres de la casa real, huía a Sicilia con sus tesoros. Fué al pueblecito de Mazzara, en donde se entregó a ejercicios de piedad y a maceraciones, y, siempre presa de crueles remordimientos, bajó a la tumba en Mesina, en el otoño del mismo año. Recomendó en su testamento a su hijo y sucesor la mayor solicitud por la reina de Hungría y, como si previese lo que había de ocurrir, le exhortó a recibir bien a Beatriz, si ésta volvía a su patria, y a compartir cuanto poseyera, a fin de asegurarla una existencia digna, «porque esa reina se ha comportado y se comporta tan virtuosamente, que merece ser tratada con los mayores miramientos posibles (1).»

La resistencia de Fernandino, el nuevo rey, que era querido del pueblo, y al que sus contemporáneos pintan como un príncipe dotado de bellas cualidades, no podía durar mucho. El 16 de Febrero, la plaza fuerte de Gaeta cayó en manos de los franceses, y el 22 hacía su entrada en Nápoles, en donde reinaba la más completa anarquía, y en donde el pillaje y el incendio habían empezado antes de llegar aquéllos. La víspera ya, viendo que sus partidarios le abandonaban, el joven príncipe, digno de mejor suerte, pero que expiaba las culpas de sus padres, salió con su familia de su último refugio de Nápoles, el Castello Dell'Ovo; después de haber quemado lo que le quedaba de su flota, se retiró primeramente a Procida, luego a Ischia, repitiendo en su dolor las palabras del salmista: «Si el Señor no defiende la ciudad, la vigilancia de los guardias es inútil (2).»

La conducta de los napolitanos fue la de un pueblo que el

(1) Giuseppe Cosenza: *La Chiesa e il convento di S. Pietro Martire*, Nap., Nobiliss, pág. 108.

(2) Guicciardini. o. c., I, pág. 138.

primero que llega puede someter, porque gusta ante todo del cambio. Gioviano Pontano, el antiguo ministro y favorito de Fernando, recibió al rey de Francia con un discurso ditirámbico, y le entregó las llaves de los palacios confiados a su custodia (1).

Como los esfuerzos de Carlos VIII para obtener del Papa la investidura del reino de Nápoles habían fracasado, se procedió el 12 de Mayo, sin la asistencia del soberano Pontífice, a una especie de consagración, seguida de un paseo por la ciudad para simbolizar la toma de posesión del trono. Poco después, el rey salió de Nápoles con una parte de sus tropas y sus partidarios italianos, dejando a d'Aubigny y a Montpensier la custodia de las provincias conquistadas.

Pronto se vió que esta fácil conquista no aseguraba a los franceses la posesión de Nápoles de una manera duradera; mientras que el rey de Francia volvía a su país, abriéndose paso con las armas a través de las provincias italianas, que casi todas se habían vuelto contra él, la casa de Aragón recobró su antiguo dominio tan fácilmente como lo había perdido.

Fernandino había encontrado en Sicilia la flota española que mandaba Gonzalo de Córdoba, ya célebre entonces; volvió a Nápoles a principios de Julio, y fue acogido con transportes de alegría, porque el pueblo había aprendido entretanto; «que el yugo del extranjero es más odioso que el de un déspota indígena (2)».

El rey, que estaba todavía soltero a los veintisiete años, se casó con su propia tía, la princesa Juana, mucho más joven que él, como nacida del segundo matrimonio de Fernando I. El historiador Felipe de Comines se escandaliza de este matri-

(1) Comines, o. c. Para el verdadero papel de Pontano, véase E. O. Mastrojanni; G. G.: *Pontano e Carlos VIII.* Napoli, 1901, págs. 8-28.

(2) Villari: *Savonarola*, I, págs. 370 y 371. J. Add. Symondo: *Ren. in Italy.* (*Age. of despo s*), pág. 524.

monio incestuoso (1), y le atribuye la enfermedad que invadió súbitamente al rey a los pocos días de la boda, y de la que murió el 7 de Octubre del mismo año. Dejó una viuda que no tenía más que diez y seis años—la triste reina, como se llamó en adelante,—y acarreó en Nápoles un cuarto cambio de reinado en menos de tres años.

Como Fernandino no tenía descendencia, después de una breve lucha entre los miembros femeninos de la casa de Aragón, su tío Federico, hijo segundo de Fernando I, le sucedió en el trono apenas restaurado de su familia. Era un príncipe amable y generoso que, por no haber pensado nunca subir al trono, se entregaba con preferencia a los placeres del espíritu. Protegió las letras y las artes, y hubiera hecho un soberano distinguido en una época menos agitada que aquélla (2).

Estos cambios en los asuntos napolitanos interesaban mucho a Beatriz, no solamente porque se trataba de la suerte de su familia, sino que estaban preñados de consecuencias para ella. ¿Tenía, en efecto, en Roma sobre todo, más firme apoyo en el asunto de su matrimonio que en la corte de Nápoles? Según las fluctuaciones del poder de esta corte, la acción que pudiera ejercer en la Santa Sede aumentaba o disminuía. Convencida plenamente de que ni ruegos ni amenazas harían que Ulaszló y los húngaros reconociesen lo que ella juzgaba su derecho, y, de otra parte, habiendo renunciado el rey a toda esperanza de un arreglo amistoso, ambos habían llevado su proceso de divorcio a Roma, y pleiteaban por todos los medios usados en la diplomacia. Después de tantas decepciones, humillaciones y amarguras, Beatriz se obstinaba todavía en querer ser, aunque por una sentencia arbitral del Papa, la mujer de un hombre que la rechazaba, y la reina de un pueblo que no le demostraba sino manifiesta aversión.

---

(1) Ob. cit., cap. VIII, pág. 373.

(2) Luigi Volpicella: *Federigo d'Aragona e la fine del Regno di Napoli*, Nap. 1908, págs. 3-10.

Ya hemos visto el valioso auxiliar que Beatriz había encontrado en el duque de Milán, desde el cambio que se había producido en el asunto del matrimonio de María Blanca Sforza. El duque, aunque en malos términos con Nápoles, trabajaba con celo en Roma, en interés de Beatriz.

El Papa cumplió la promesa que había hecho a Fernando y envió a Hungría, en la primavera de 1494, a Orso Orsini, obispo de Teano, que gozaba de la confianza del rey de Nápoles, con orden formal de obligar a Ulaszló a cumplir con sus obligaciones matrimoniales.

El legado se presentó primeramente en audiencia privada en Buda, y expuso a Ulaszló el objeto de su misión (1). El rey dijo que quería madurar convenientemente su respuesta, y prometió dársela más adelante. Recibió de nuevo al legado a los dos días, pero esta vez en presencia de Bakocz, obispo de Gyor, que le expuso el punto de vista de Ulaszló. Este se asombra de las intrigas de la reina viuda, puesto que su matrimonio con ella es nulo, a causa del que contrajo con Bárbara de Brandeburgo. El rey rogó al legado que se informase de los hechos anteriores y de las condiciones presentes, y que invitara a la reina a renunciar a sus pretensiones. Como Ulaszló se había marchado el mismo día a Locse, en donde debía encontrarse con sus hermanos, Orsini aprovechó la ausencia para ir a ver a Beatriz en Esztergom y anunciarle lo que había visto y oído.

Como el rey tardase en volver a Buda, Orsini marchó con su permiso a Kassa, en donde fue nuevamente recibido en audiencia. Aquí Ulaszló atenuó ligeramente sus declaraciones precedentes, pero no cedió en el fondo. Declaró que, en cuanto a él, accedería gustoso al deseo del Papa; pero que los Estados de Hungría no querían ni aun hablar de Beatriz, cuyas faltas, reales o imaginarias, enumeró de nuevo, y se refirió a las razones expuestas en el alegato que Sankfalvi había llevado a Roma. En fin, se quejó amargamente de que el Papa le ne-

(1) Véase sobre esto el informe del legado, citado en varias ocasiones.

gase, a él, que se consumía en esfuerzos para defender al mundo cristiano contra los turcos, lo que a menudo había concedido a otros príncipes, es decir, desligarle de la obligación de consumar aquel matrimonio aborrecido. El legado—según él—estuvo duro con el rey; rechazó la acusación de parcialidad lanzada contra el Papa; habló con energía de la importancia de su misión, de la obediencia que el rey debía a la Santa Sede, del respeto que debía a la antigua y gloriosa casa real de Nápoles, de los servicios que la reina le había prestado, de lo que exigían la justicia y la equidad, y le exhortó «a no engañar ingratamente a la reina». Ulaszló—según el obispo—no se enfadó por tales amonestaciones ni por las proposiciones que le hicieron otras personas que intentaron interceder en favor de la reina, pero permaneció inquebrantable en su resolución, y envió el legado al obispo de Gyor, el cual, conociendo el sentimiento de aquél, se negó a intervenir; de suerte que el legado, que había recibido entretanto órdenes del Papa para apresurar las cosas, salió de Kassa para Nagyvarad sin haber obtenido nada.

No poseemos datos positivos referentes a la suerte ulterior de esta misión, pero es probable que el obispo de Teano fuese otra vez de Nagyvarad a Esztergom, porque la declaración escrita, redactada en nombre de Beatriz por el legado del Papa, que hemos citado varias veces, tiene la fecha del 18 de Setiembre (1). La reina expuso en ella, no solamente los orígenes y el desarrollo del asunto de su matrimonio, desde su punto de vista, por supuesto, sino que rechaza con fuerza, declarándolo sin fundamento, todo lo alegado por el rey respecto a la consumación del matrimonio, la posibilidad de anularlo, los manejos desleales de la reina; y, de otra parte, se esfuerza en probar que, al obrar como ella lo ha hecho, se encuentra en caso de legítima defensa.

El legado intentó ciertamente, de acuerdo con el embaja-

(1) Se encuentra en la Biblioteca de San Marcos de Venecia.

dor de Nápoles, volver sobre este asunto, pero en vano. Ulaszló, perdiendo al fin la paciencia, rechazó sin miramientos, sus proposiciones; porque poseemos un breve (1) en el que el Papa se queja de que Ulaszló no haya ni siquiera querido escuchar las proposiciones de los dichos enviados, y que les haya amenazado. Esto hubo de pasar en la primavera de 1495 (2). Ignoramos con qué impresión y con qué proyectos salió de Hungría el obispo de Teano; pero es lo cierto, que solamente llegaron a Roma sus informes escritos, porque cayó enfermo en el camino, y murió en Villach, en Carintia. Fue probablemente una gran pérdida para Beatriz (3).

Ulaszló tenía motivo para estar inquieto respecto a las disposiciones de la Curia en el asunto de su matrimonio; por esto envió, en la primavera de 1495, un mensajero a Roma, en la persona de Juan Brandís, y, al año siguiente, una nueva embajada a Roma, para suplicar al Papa que, en razón de la lucha desesperada que sostenía contra los turcos, dictara una sentencia favorable en su causa, a fin de que pudiese, mediante un matrimonio conforme con sus intereses, poner fin a la situación precaria en que el país y él se encontraban (4). Pero fue en vano. La diplomacia de Beatriz fue más afortunada, en lo más fuerte de las perturbaciones de Nápoles. La reina escribió a Ludovico Sforza y a la duquesa, su sobrina, para rogarles que interviniesen, luego, para darles gracias por haberlo hecho; envió a Juan Carafa, al fraile Stefano de Capua y a su mayordomo Juan Moncayo, comisionados a Milán, a Roma

(1) Este breve está reproducido en el documento, todavía inédito, redactado el 5 de Abril de 1500, en la causa de divorcio de Ulaszló y Beatriz. Archivos privados de la Corte en Viena.

(2) Carta de Lud. Sforza a Tadeo Vimercati, su embajador en Venecia, con fecha 16 de Julio de 1495. Archivos de Milán. (Pot. Est. Venezia.)

(3) Bonfin V. III, pág. 518. Istvanffy, o. c., pág. 24.

(4) Despachos del embajador Stef. Taverna de Ruana, en Milán, con fecha 7 de Abril de 1493. Archivos de Milán. (Pot. Est. Roma.)

e incluso a España (1). Su cuñado Hércules y el duque de Milán pusieron en juego al emperador Maximiliano, que les prometió tanto más gustoso intervenir en favor de Beatriz, cuanto que esta unión que, según todas las previsiones, sería estéril, hubiera sido favorable a sus miras de pretendiente al trono de Hungría (2). Intentaron atraerse también a Venecia, pero el dux Agustín Barbadico declaró terminantemente que el matrimonio de Beatriz le concernía (3).

Apenas tomó posesión de su trono el joven rey de Nápoles, cumpliendo las últimas voluntades de su padre, abrazó con ardor los intereses de su tía, y obtuvo del rey de España, su pariente, que su embajador en Roma apoyase las gestiones del napolitano. Con sus insinuaciones combinadas, los enviados de Nápoles y de Milán lograron hacer creer al Papa que Ulaszló se había aliado con el rey de Francia, en quien Alejandro VI veía entonces al mayor enemigo de su trono, así como de Italia. En consecuencia, el Papa recibió muy fríamente a los enviados de Ulaszló, y les declaró que todas las desgracias de su país no eran sino un castigo de los crímenes de su rey, que rechazaba un matrimonio contraído legalmente y hacía alianzas con los franceses sanguinarios. Estupefactos los mensajeros, juraron que Ulaszló no había contraído alianza alguna con los franceses, pero declararon al mismo tiempo que prefería morir antes que casarse con Beatriz (4).

En el otoño del mismo año, el Papa intentó todavía una acción decisiva en interés de Beatriz. Con fecha 12 de Setiembre envió a Ulaszló un breve (5), en el que, recordando las

(1) V. las cartas de Beatriz y de Lud. Sforza, fechadas en Octubre y Diciembre de 1495, en Enero y Junio de 1496, en los Archivos de Milán. (Pot. Est. Ungheria.)

(2) Despacho citado del embajador Erasmo Brasca, de 12 de Febrero de 1496.

(3) Despacho citado del embajadar Vimercati, del 20 de Julio de 1495.

(4) Despacho citado de Stef. Taverna, de 7 de Abril de 1496.

(5) Este breve, inserto también en el acta notarial de los Archivos de la Corte en Viena, fue publicado por Felipe Ernesto Spiess, pág. 284 del

exhortaciones que le había hecho sin resultado, por conducto del obispo de Teano, la afrenta que experimentaban con ello las cortes de España y de Nápoles y sus apremiantes solicitaciones, le invitaba, apoyado en su autoridad de soberano Pontífice, a considerar a Beatriz como su mujer, con arreglo a la unión que habían contraído. Declarábase dispuesto a dispensarle de todas las obligaciones jurídicas derivantes de su pretendido matrimonio con Bárbara de Brandeburgo, y le prohibía al mismo tiempo, bajo pena de excomunión, contraer otro matrimonio. Invitábale, en fin, en el caso que no se conformara con este requerimiento, a que mandara sus observaciones en un plazo de dos meses, a contar de la recepción de este breve; pasado aquél, el Papa pronunciará su sentencia sin más tardar.

A petición del duque de Milán (1), este breve fue enviado urgentemente a Hungría; lo llevó por partida doble, como medida de precaución, Bartolomé de Miranda, correo del Papa, y lo entregó el 17 de Octubre a Ulaszló ante Tata, cuando el rey salía del castillo con su séquito. El rey hizo ademán de negarse a recibir la carta, y el correo tuvo que probar que estaba encargado de una misión oficial enseñando su varita de plata (2).

A Ulaszló debían serle tanto más penosos los enojos del pleito y los obstáculos puestos a su matrimonio ventajoso para él y para el país, pero que eran, en suma, las consecuencias de su doblez, cuanto más cuidados le causaba el gobierno. El descontento era general: odiábase sobre todo al canciller Bakocz y al gran palatino Zapolyai, que usurpaban cada vez más el poder. Pero el juicio que a casi todo el país merecía Ulaszló frisaba en el desprecio; continuaba siendo un extranjero para la nación, no había sabido inspirarle confianza, y, a su vez, no

---

apéndice de su obra *Aufklarungen in d. Geschichte und diplomatik.* (Bayreuth, 1791.)

(1) Carta de Ascanio Sforza, del 10 de Octubre de 1496, en los Archivos de Milán. (Sez. Star. Pot. Est. Roma.)

(2) El despacho del correo se encuentra también en el documento de Viena antes citado.

se fiaba de los húngaros; si las necesidades de dinero con que luchaba continuamente perjudicaban a su autoridad, sus torpes audacias la minaban todavía más.

Beatriz no podía hacerse la ilusión de que su matrimonio con el rey procurara a éste alguna más consideración y popularidad; pero pensaba ciertamente en poderse aprovechar de la situación de Ulaszló para triunfar más fácilmente de él en el extranjero y en el país. De otra parte, el rey hubo de considerar, hasta cierto punto, como una victoria los retrasos que su resistencia pasiva había aportado al desenlace del proceso, porque la notoria esterilidad de Beatriz la hacía de año en año menos apta a los ojos de la nación para salvar la independencia del país frente a los Habsburgo. Además, Ulaszló no ignoraba, y algo había contribuído él, que la consideración y la situación de fortuna de Beatriz había bajado en la misma medida, por lo menos, que las suyas en el país.

Desde principios de 1496, Beatriz se ve obligada a reducir considerablemente su tren de casa y a moderar sus gastos; pero se esfuerza en salvar las apariencias, conservando cuidadosamente la etiqueta de la corte. Siguen yendo y viniendo los correos y los enviados, porque su correspondencia con las cortes extranjeras es más activa que nunca; su favorito Cattivello hace a veces apariciones en la corte, llevándole una misiva de Ferrara (1). En cambio, Santos de Aversa desaparece, y ocupa su puesto un tal Gabriel Stagnolo, que era todavía uno de los intendentes en la Cámara de las gabelas de Mármaros en la primavera de 1495, y del que Beatriz habla como de su secretario en Abril de 1497 (2). Aunque llena de inquietudes, está siempre dispuesta a hacer favores, a intervenir en favor de los

(1) Carta de Tadeo Lardi a Isabel de Gonzaga, fechada en Esztergom el 26 de Agosto de 1496. (Archivos de Módena.)

(2) Véanse las ordenanzas dictadas en Esztergom por Beatriz el 13 de Marzo de 1495, en los Archivos de Kassa, y el 24 de Abril de 1497 en los Archivos de Selmeczbanya; Stagnolo es nombrado a veces *Staniolo*, *Stagnoli* o *Stanoli*.

desgraciados (1). No cesan sus liberalidades; hace construir iglesias en localidades de poca importancia, o les hace donaciones (2).

Ciertamente todavía poseía bienes; pero sus rentas hubieron de disminuir, a causa de sus antiguas prodigalidades, y ahora no le bastaban, lo que prueban sus eternas necesidades de dinero. Las perturbaciones públicas eran causa de que la explotación de las minas bajara rápidamente después de 1490, sobre todo en Kormoczbanya (3), lo que entrañaba fatalmente una disminución de las rentas de la reina. Los registros de impuestos de la época muestran que en 1494 y 1495, Beatriz poseía aún dominios en los condados de Pilis, Pest, Nograd y Fejer (4). En 1495, poseía también Huszt, Sziget, en Mármaros, y probablemente también Ronaszek, y por esa época debía de poseer aún el poblado de Torró en Abany, puesto que se lo dió en prenda a su secretario Gabriel Stagnolo, a fines de 1498 (5).

Ulaszló fundaba probablemente sus esperanzas en la quebrantada situación económica de la reina, cuando mandó que la hiciesen, en el verano de 1495, la proposición de pagarle su disentimiento. Encuéntrase la prueba de esta proposición—acompañada de amenazas—en la correspondencia de las cortes italianas emparentadas, y, en general, bien informadas (6); pero la acción seguida con mayor empeño por la reina, cerca

(1) Cartas de Beatriz a Hipólito, de Febrero, Agosto y Setiembre de 1496, en los Archivos de Módena. Requerimiento de la misma a la ciudad de Kassa, en Agosto de 1495. Archivos de Kassa núm. 726. Carta a las autoridades de Selmeczbanya en Marzo de 1497. Archivos de Selmeczbanya.

(2) Kachelmann, o. c., pág. 124.

(3) Krizskó, o. c., pág. 42.

(4) Csanki: *Geografía hist. de H.* (en húngaro), I, págs. 18, 42, 114 y 115; III, pág. 376.

(5) Carta con el sello de la reina, del 29 de Diciembre de 1498. (Archivos secretos de la ciudad de Kassa, núm. 2.)

(6) Carta de Ludovico Sforza a su embajador en Venecia del 16 de Julio de 1495. (Archivos de Milán, Pot. Est., Venezia.)

de la corte de Roma, muestra claramente el poco éxito que tuvieron, tanto las amenazas como las promesas.

Los antiguos historiadores húngaros, en pos de Bonfin probablemente, creen poder afirmar que la Dieta se ocupó también del asunto de Beatriz en 1495 o a principios de 1496, y que dió, en cierto modo, su asentimiento a la resolución tomada por Ulaszló, de renegar abiertamente el matrimonio contraído con Beatriz, y casarse con una hija de casa real; pero ningún documento de los archivos contemporáneos viene en apoyo de esta afirmación. Hállase solamente que un celoso partidario de la reina, Ludovico Sforza, para disponer los escritos en su favor, escribió en este sentido, en el otoño de 1496, al gran palatino Esteban Zapolyai, al arzobispo de Kalocsa Pedro Varadi, a Juan Corvino, Bernardino Frangepon y Pedro Gereb, juez supremo de Hungría, rogándoles que apoyaran la causa de Beatriz, en interés de la santidad de los lazos del matrimonio y para el bien de su país (1).

Pero mientras tanto aparecían en la situación del arzobispo Hipólito los signos precursores de un cambio que amenazaba privar a Beatriz de su más firme apoyo en Hungría.

Ya hemos dicho antes que, en vida misma de la duquesa Leonor, los padres de Hipólito habían expresado ya el deseo de que su hijo volviese por un tiempo a Italia, y que Beatriz se había violentamente opuesto a este proyecto, que hizo fracasar con ayuda de su padre (2).

La muerte de Leonor, y luego la de Fernando, hicieron resurgir aquel proyecto. El duque Hércules había ya escrito, en Diciembre de 1493, a Beatriz y a su suegro, que se resignaba a un aplazamiento de corta duración, en atención a la situación de la reina, que parecía exigirlo; pero que deseaba terminantemente que su hijo se pusiera en camino para Italia la prima-

(1) Minuta de carta, con fecha 9 de Octubre de 1496, en los Archivos de Milán. (Pot. Est., Ungheria.)

(2) *Codice Aragonese*, II, 2.ª parte, pág. 323.

vera próxima. Estaba viejo—decía él,—al borde de la tumba; quería ver a Hipólito; prometía demostrar su agradecimiento abrazando con ardor la causa de la reina, y esperaba también conquistar al emperador de Alemania, por mediación de su yerno (1). Para la ejecución de su proyecto, el duque, en los primeros días de la primavera, mandó unos mensajeros con la misión de quitar los obstáculos que pudiera encontrar el viaje de Hipólito, y servirle de escolta. El duque les recomendó especialmente que mostrasen a la reina su reconocimiento y su afecto, y que le dieran el pésame por la muerte de su padre, ocurrida poco antes; pero les ordenó que fuesen también a presentar sus homenajes al rey, y le pidieran su consentimiento para la marcha del arzobispo, a cuyo fin llevaban además una carta del Papa para Ulaszló (2).

Beatriz, esta vez, no quiso o no se atrevió a impedir la realización de un deseo de su padre, pero había otras dificultades. Los húngaros, que habían ya visto con malos ojos la elevación de un niño a la dignidad de primado del país y que, desde la muerte de Matías, no se creían ya obligados a tantos miramientos como antes con el sobrino de Beatriz, se inquietaron; temieron que, si Hipólito llegase a morir en Italia, reivindicase de nuevo el Papa el derecho de proveer el cargo. Concluyeron todos, sin embargo, por ponerse de acuerdo: el rey dió al joven arzobispo la autorización de ausentarse por ocho meses, en virtud de lo cual, Hipólito marchó en el verano de 1494, y llegó el 13 de Agosto a Ferrara. Sin embargo, no utilizó toda su licencia: dejó de nuevo la ciudad natal el 12 de Febrero de 1495, y volvió a Hungría (3). Su padre consintió también que

(1) Carta de Hércules, de Diciembre de 1493, ya citada. (Archivos de Módena.)

(2) Instrucciones a los embajadores, con fecha 17 de Febrero de 1494. (Archivos de Módena.)

(3) Carta de Asc.Sforza a Ludovico, del 13 de Marzo de 1494, y de éste a Erasmo Brasco, su embajador en Alemania, del 21 de Diciembre del mismo año, ambas en los Archivos de Milán.

se le hiciese en este país la solemne imposición del birrete cardenalicio (1).

Pronto se puso de manifiesto que la vuelta de Hipólito no había calmado los sentimientos de hostilidad del país hacia aquél y a Italia. La Dieta, convocada en la primavera de 1495, promulgó toda una serie de leyes contra los extranjeros en general; pero sobre todo, contra los italianos y el arzobispo de Esztergom. Decretóse, entre otras cosas, que los extranjeros poseedores de beneficios eclesiásticos habían de residir en la sede de su beneficio; que, en el caso en que no se presentaran en los plazos fijados por el rey, serían privados de sus rentas, y que si tuvieran un vidame italiano, los fallos de éste no tendrían fuerza de derecho. Estos sentimientos de animosidad contra Hipólito tenían ciertamente, en buena parte, su causa en la impopularidad de Beatriz, de la que era considerado hechura y que empleaba ahora para sus fines particulares la autoridad y las rentas del arzobispado; pero no es menos cierto que Hipólito no había sabido al crecer granjearse las simpatías ni la estimación de los húngaros. Tenía entonces diez y seis años; es probable que su carácter no estuviese aún completamente formado; pero sus posteriores acciones no presentan rasgos que hubieran podido conquistarle simpatías en el país. Es puesto en las nubes por sus panegiristas, como el Ariosto (2), Colcagrini (3) y Baltasar Castiglione (4), que ha creado el tipo ideal del hombre de corte del Renacimiento; pero ninguno de ellos habla de las cualidades que los húngaros exigían en los dignatarios de la Iglesia. Resulta de estas alabanzas, que Hipólito—como, por lo demás, la mayor parte de los prelados italianos de la época—se ocupaba de todo menos de los intereses religiosos del pueblo. Y, de otra parte, sus

(1) Carta de Hércules a Beatriz, del 10 de Marzo de 1495.

(2) *Orlando furioso*: V., sobre todo, la estancia 3 del canto primero, las estancias 50, 56 y 57 del canto III, y las estancias 89-97 del canto XLVI.

(3) *Opera aliquot*, 1544, págs. 508-511.

(4) *Libro del Cortegiano*, I, pág. 25.

acciones hacen ver en él un hombre apasionado, vengativo, orgulloso, egoísta, a menudo avaro con los otros. Los mejores historiadores de la época lo pintan como indolente, voluptuoso y libertino (1). Es probable que mostrara estos defectos desde su adolescencia. ¿Y por qué habían de apreciar los húngaros las cualidades de hombre de guerra y de diplomático que desplegó más adelante en Italia, cuando no demostró ningún interés, no hizo ningún sacrificio por Hungría, a la que no miraba sino como un buen territorio de caza? ¿Y qué se había de pensar en Hungría de un cardenal arzobispo, a cuyo fallecimiento se inventariaron nada menos que 118 disfraces de carnaval? (2).

Lo que muestra bien que la familia de Hipólito sentía ya que le vacilaba el terreno, son los esfuerzos de su padre para procurarle también, después de la abadía de Pomposa, el obispado de Ferrara y, no habiéndolo logrado en seguida, el arzobispado de Milán.

Unos meses después de que la Dieta hubiera tomado las resoluciones draconianas de que hemos hablado, Hipólito recibió de nuevo del rey permiso para ausentarse otros ochos meses; pero se estipuló expresamente que, pasado este plazo, Ulaszló tendría derecho a disponer por sí del arzobispado (3).

Hipólito llegó a Ferrara a mediados de Febrero. Durante su ausencia, entabláronse negociaciones para que dimitiera de su dignidad de arzobispo a favor de Bakocz, a cambio del obispado de Eger.

Beatriz se alzó, con toda la violencia de su carácter, contra este proyecto, sabiendo que si se realizase le quitarían su último apoyo; la privarían de la presencia de Hipólito, de la auto-

(1) Pascual Villari: *Machiavelli*, etc., tomo II, libro primero, cap. 9.° El mismo Muratori (*Antich. Estensi*, pág. 237) no puede decir en su alabanza sino esto: «Negli affori del mondo si acquistó grande riputazione.»

(2) Archivos de Módena: «Capítulo de panni da Maschera.»

(3) Archivos de Módena: el documento no indica más que el año (1495), el resto de la fecha está roto.

ridad de que gozaba él, en calidad de arzobispo y de inspector de la acuñación (pisetarius), así como de las saneadas rentas que ella sacaba de esto, y la desposeerían de los castillos del arzobispado, que ella detentaba. Aunque su correspondencia con Hipólito, que había ido también a Roma a ofrecer sus respetos al Papa, no acusa sus agitaciones, puso a sus auxiliares en campaña, a fin de combatir los proyectos de su cuñado. Nápoles y Milán la apoyaban; en la primera de estas ciudades, la corte se indignaba ante la idea de que los húngaros tuvieran la audacia de privar a un cardenal de su sede arzobispal; en Milán, Ludovico Sforza aconsejaba a su hermano Ascanio que dimitiera la sede arzobispal de Eger, pero expresamente a favor de la reina, a fin de que pudiera disponer de ella. Al mismo tiempo, conjuraba—con el rey de Nápoles—a su cuñado Hércules que renunciase a sus proyectos de cambio; que enviase a Hipólito a Hungría, rodeado de buenos consejeros, y no privara a la reina de su más firme apoyo.

Hércules declaró categóricamente que no quería ni podía renunciar a su proyecto; que estaba decidido a que Hipólito no volviese a Hungría y a solicitar el cambio del beneficio de Esztergom por el de Eger. Decía que le obligaba la promesa hecha a Bakocz; si fracasa, se consolará con el pensamiento de que se ha hecho la voluntad de la reina (1). Sorprende tanto más ver que Hércules escribía, tres semanas después, a Beatriz y al duque de Milán para anunciarles que Hipólito vuelve a Hungría; se decidió para no privar a Hipólito de su beneficio y, sobre todo, para tranquilizar a la reina. La correspondencia de Ludovico Sforza con su suegro, demuestra que la misma Beatriz había reclamado contra el antiguo círculo del joven arzobispo, el cual no cuidaba nada, a lo que parece, de lo que la opinión pública en Hungría espera de un prelado, y por esto le parecía a la reina que era preciso hacer algo.

Pero no fue éste el único cambio de frente que se vió pro-

(1) Carta de Hércules al duque de Milán, de 17 de Octubre.

ducirse en este asunto, tan fértil en vicisitudes. Hipólito salió, en efecto, de Ferrara el 11 de Noviembre; pero, a las cuatro jornadas, se encontró con un mensajero de Ulaszló, que le traía no solamente la autorización, sino la orden del rey, para permanecer en Italia mientras que no se le llamara, y para que hiciese todo lo posible con objeto de que el cambio de beneficios proyectado se efectuase cuanto antes (1).

Beatriz sufrió así una nueva decepción en su deseo de encontrarse con «su querido hijo y reverendo padre», como le llamaba en sus cartas a Hipólito, en consideración a su dignidad de cardenal. Ya no la quedaba otra esperanza que impedir el cambio de beneficios, pero tampoco lo consiguió.

Al poco tiempo, Ascanio Sforza convino con Bakocz su renuncia al obispado de Eger (2). Beatriz no tenía nada que decir a esto; ella misma había deseado esta renuncia, y no pudo, por consiguiente, oponerse a que la ratificase el Papa.

Pero Beatriz se opuso con tanta mayor tenacidad al cambio proyectado entre Hipólito y Bakocz. Ulaszló, que lo sabía, mandó a Roma, en el verano de 1497, unos delegados, que, enérgicamente apoyados por el duque de Ferrara, emplearon su actividad en hacer que se aprobara el cambio por la Santa Sede.

Pero tropezaron aquí con la influencia milanesa, y, probablemente, también con la de Nápoles; de suerte que sus esfuerzos fueron infructuosos; recibieron solamente del Papa la promesa de que se ocuparía del asunto en el próximo Consistorio (3). Ulaszló reclamó enérgicamente cerca del duque de Ferrara, por mediación del vicario general de Esztergom, y exigió el inmediato arreglo de este asunto.

Los deseos y los proyectos contrarios de su padre y de su

(1) Despacho de Art. Visconti al duque de Milán, de 16 de Noviembre de 1496, y carta de Hércules, del 17 del mismo mes y año.

(2) Carta de Asc. Sforza a Ludovico, del 21 de Diciembre de 1497.

(3) Carta de Hércules a Ulaszló, de 16 de Agosto. Archivos de Módena.

tía, su gran bienhechora, pusieron a Hipólito en penosa situación. Estando en Italia, sufría, naturalmente, la influencia de su padre; y no sabiendo cómo disculparse a los ojos de su tía, pretendió no haber hecho sino atenerse al deseo del Papa. Con esto, Beatriz dirigió censuras al Soberano Pontífice, que se enfadó con Hipólito; de suerte que su padre se vió obligado a buscar excusas a la conducta de su hijo (1).

La influencia húngara triunfó al fin de la de las cortes italianas divididas; en el Consistorio celebrado el 20 de Diciembre, el Papa dió su asentimiento a la renuncia de Hipólito del arzobispado de Esztergom a favor de Bakocz, y a la dimisión de este último del obispado de Eger a favor de aquél (2). Ulászló, a su vez, no tardó en ratificar este cambio con un rescripto, fechado en 20 de Febrero de 1498, que contenía además la expresión de su agradecimiento a Hipólito (3).

En cuanto a éste, no perdió gran cosa en el cambio: no estaba ya obligado a vivir en Hungría y a tener un tren de casa costoso. El obispado de Eger producía mucho menos, cierto es, pero estaba libre de deudas cuando lo recibió de manos de Bakocz; y, además, para que la administración de la diócesis le costara menos, la arrendó por algún tiempo a su predecesor. Beatriz era la que perdía en el cambio, que en vano se había esforzado en impedir. Era para ella la ausencia de Hipólito, y la pérdida del derecho casi absoluto de disponer de las rentas del arzobispado, que había ejercido hasta entonces. La diócesis de Eger, largo tiempo disputada, había estado sin amo, por decirlo así; el palacio del obispo no podía en caso alguno dar asilo a una reina, por modesto que fuese su tren de casa; de suerte que si

(1) Carta de Hércules a su enviado en Roma, Taverna, con fecha 7 de Octubre. Archivos de Milán. P. E. Ferrara.

(2) Burchard: *Diarium* (Thuasne), II, págs. 420 y 421. Despachos de Bartolomé Saliceti y del obispo de Tortona al duque de Milán, con fecha 20 de Diciembre. Archivos de Milán.

(3) Este documento se encuentra en los Archivos de Módena.

Beatriz, renunciando a todos sus derechos, no quería salir del país, no tenía más remedio que ser huésped tolerado en la casa de aquel Tomás Bakocz en quien los partidarios de la reina veían siempre al más cruel enemigo, que fue probablemente el instigador, pero, en todo caso, el ejecutor de la indigna maquinación de que ella había sido víctima.

ALBERTO DE BERZEVICZY

(*Concluirá.*)

LOS MAESTROS DE COLONIA EN LA CATEDRAL DE BURGOS

En pocas fronteras del interior de Europa se percibe de una manera más penetrante la oposición de dos naciones como en aquella región Noroeste de los Pirineos, donde el históricamente célebre río Bidasoa, separando a Francia de España, desemboca en el golfo de Vizcaya. Sin embargo, el tono dominante allí, no se mantiene constantemente. Conforme nos internamos en el país, el espectáculo que se ofrece, en nada se asemeja a las impresiones africanas que esperamos. El camino, en constante ascensión, nos conduce, una vez fuera de las Provincias Vascas, a la meseta de Castilla la Vieja, a 3.000 pies de elevación, paraje entregado al indiscutible señorío de los vientos del Norte, el más frío de toda España. El viajero contempla inesperadamente una planicie ondulante y desarbolada, eternos campos de trigo, muchas veces cubiertos de nieve, pues el invierno dura allí ocho meses, y otras, enrojecidos por un sol abrasador, sólo en algunos casos, verdes. De pronto, inesperadamente, aparece, detrás del río Arlanzón, bordeado por largas y melancólicas alamedas, al pie de una calva colina, mostrando los informes torreones del castillo un tiempo dominador, la venerable *Caput Castellae*, la célebre Burgos, que conocimos de muchachos por los romances del Cid, Corte de la Monarquía en otro tiempo, asiento de una díscola noble-

za y de acaudalados comerciantes, y que desde hace trescientos años arrastra lánguidamente un resto de vida como depauperada capital de provincia. De la sombría muchedumbre de casas emerge la grisácea Catedral como una música de voces humanas y angélicas (1) que rompiese la monotonía de aquel desierto, como un himno entonado por generaciones enteras de hombres, de hazañas y de ideas, largo tiempo sumidos en el torrente del tiempo.

Es el lado Sur de la iglesia que se extiende ante nosotros y, que parece más grande de lo que en realidad es, por estar como sumergida detrás del palacio del arzobispo y del claustro, pues sólo se ve de ella las ventanas y arcadas de la claraboya. Esta circunstancia hace que se destaquen con más fuerza sus tres grupos de torres, que la dan chocante semejanza con un navío de tres palos. Allí saludan al viajero del Norte dos torres con cúpulas caladas—espectáculo que no veremos repetirse apenas dos veces,—y un grupo desusadamente ancho y elevado de cuatro torres, y, por último, al Oriente, una capilla de formas semejantes. Ella determina la primera impresión del edificio, y la opinión, tradicional allí, de que en encanto pictórico, ninguno de los templos de aquel país, y pocos de los demás países, pueden competir con el que estamos describiendo (2).

Y la libre agrupación y variedad de formas de estos tres cuerpos de edificio, que dejan sospechar la articulación del resto sobre el cual sobresalen; las altas coronas de aquellas torrecillas que en su temblorosa gallardía parecen grupos de cipreses, vivifican las formas y suavizan la masa general; la forma ochavada de las superficies que une la movilidad de las líneas circulares con los bruscos contrastes de luz y de sombra; por último, el prurito de ornamentación que no deja ni una pulgada de piedra sin intención decorativa; todo ello aparece

(1) Felipe II dijo que el Faro era obra de ángeles y no de hombres.

(2) Unica en la hermosura de su vista exterior, y grandeza del crucero. Flórez: *España Sagrada*, XXVI, 308. Madrid, 1771.

como calculado para el efecto pictórico, sin que exista amaneramiento en la concepción. Esta primera impresión es, por consiguiente, la que dan los últimos tiempos de la gótica del siglo XV, que allí, por el recuerdo de las plantas, se llamó estilo *florido*.

Pero nos engañaríamos si quisiéramos colegir de este hecho la edad y el carácter de la construcción de la iglesia (1). Si nos colocamos delante de la fachada, y contemplamos los pilares y las bóvedas de las tres naves, perdiéndonos en el extremo del lado del Norte, medio enterrado en la montaña, descubriremos la severa sencillez de formas de la primera mitad del siglo XIII. Lo que primeramente nos impresiona del edificio, cuando le vemos desde lejos, es más de doscientos años, casi cuatro siglos y medio posterior al plan del primer arquitecto. Procede en su mayor parte de artistas de otros orígenes, los primeros de ellos, venidos de países muy lejanos, de una familia de nacionalidad alemana, renana, los maestros de Colonia, que durante varias generaciones ocuparon los primeros puestos en sucesión ininterrumpida en la construcción de la Catedral. Pero antes de profundizar en su obra (casi es esto lo único que de ellos se sabe), desearíamos hacer una breve historia del edificio a que consagraron la actividad de toda su vida.

Fundación de la nueva Catedral.

Burgos poseía a principios del siglo XIII una pequeña Catedral románica; Alfonso VI la erigió (1096) en el lugar de su palacio, a poco de la traslación de la sede episcopal de Oca a Burgos (1075). En la reconstrucción, realizada en el año 1862, se hallaron aún restos de ella en el estilo del siglo XI, en el es-

(1) Como se hizo antes y aun hoy, leemos en el libro de Edmundo de Amicis, *Spagna*, 1873, pág. 96: «La chiesa appartiene all ordine gotico, dell epoca del Rinascimento.»

pacio que media entre la capilla del Santo Cristo y el Palacio arzobispal: un portal románico; en un documento del año 1265, esta plazoleta recibe el nombre de «El claustro viejo». El edificio no correspondía, ya hacía mucho tiempo, a la importancia del Capítulo y del obispo de la iglesia de Burgos, «madre y cabeza de la Iglesia castellana». Ceñía entonces la corona un joven príncipe, que en estas materias había dictado grandes disposiciones. A la muerte de Enrique I (1257), su hija doña Berengaria o Berenguela, esposa del rey Alfonso de León, había cedido la corona de Castilla, que recaía sobre ella a su hijo Fernando, de diez y ocho años. Una vez que hubo vencido por el momento la resistencia de enconados enemigos, entre ellos el propio padre del joven monarca, trató la prudente y activa dama de buscar una reina para su hijo. Para evitar las frecuentes turbulencias ocasionadas por matrimonios entre parientes próximos, y además, en recuerdo de un amor juvenil por el malogrado príncipe Conrado de Rotenburgo, decidió buscar la futura señora de dos reinos en Alemania. La novia elegida fue una princesa de estirpe alemana, Beatriz, hija del rey Felipe de Suabia, muerto a manos de un asesino, y de la griega Irene, tía de Federico II. El obispo de Burgos (1213), Mauricio, llamado por uno de sus sucesores dos siglos después «El famoso», fue nombrado embajador y enviado a la corte del Emperador, a Speier, con un séquito de tres eclesiásticos (1219). El viaje fue largo, de Mayo hasta Noviembre, porque Federico tardó cuatro meses en dar la respuesta (1). A su paso

(1) Mauricio fue recompensado por Fernando III en Valladolid, el 22 de Junio de 1221, con tres heredades, vinculadas en él y en sus sucesores, como premio a las fatigas de su viaje: «Volens remunerare labores multiplices venerabilis patris praedicti Mauricii nunc Burgensis Episcopi quos sustinuit in eundo in Alemaniam, et redeundo, de mandato meo, et dulcissimæ matris meæ, pro carissima usore mea Regina Doña Beatrice.» (Florez: l. c., 305.) Según esto, no puede pensarse que Mauricio fuese excluído de la embajada, como Schirrmeister, por razón de la dificultad de compaginar las fechas del viaje, supone. (*Historia de España*, IV, págí-

por París, organizó el rey Felipe Augusto brillantes fiestas en honor de su parienta, y la dió un importante séquito hasta la frontera. El día 30 de Noviembre de 1219 se celebró la ceremonia del matrimonio en la antigua iglesia de Burgos. El 20 de Julio de 1221, Fernando y Mauricio colocaban la primera piedra de la «nueva obra» en el sitio de la antigua Catedral. Como ésta, fue dedicada a la Virgen María, bajo la advocación de la Ascensión. Ya a los nuevos años pudo celebrar el capítulo el oficio en el nuevo coro. Solíase empezar por el coro como la parte más importante. «El rey—dice la crónica—se apresuró a alhajar la iglesia con oro, plata, joyas y sedas.» Grandes acontecimientos en trance de realizarse entonces están unidos al comienzo de la Catedral de Burgos. Mientras que en otras partes habíase iniciado la decadencia de las Cruzadas (que corren paralelamente con el nacimiento de la gótica), la guerra contra los infieles estaba en España en su apogeo. En el año de 1224 comenzó Fernando III la guerra en Andalucía, que perduró durante todo su reinado. Y mientras su madre regía ambas Castillas, las florecientes ciudades moras, con sus altivos alcázares iban cayendo en manos de la obstinada raza. Las fronteras ganadas por Fernando el Santo († 1252) permanecieron durante dos siglos casi invariables.

La iglesia del obispo Mauricio es la primera que se construyó en suelo español en el estilo medio francés del siglo XIII; fue el paso del estilo laico gótico a través de los Pirineos y la adquisición de un nuevo territorio para el mismo. A ella siguió

---

nas 343.) Las dificultades estriban en que la crónica de Speier señala la estancia del rey Federico II en Speier en la segunda mitad de Febrero del año 1219, y la embajada española en el mismo año. En cambio, las firmas de documentos reales (de 20 de Febrero, Burgos, y 15 de Mayo, Toledo) de Mauricio parecen demostrar la estancia de éste en España en dichas fechas; pero, como la llegada de Beatriz a España dió ocasión a su inmediato casamiento, queda siempre para el viaje de Mauricio el tiempo que media entre Mayo y Noviembre, que basta para la ida y vuelta y estancia de cuatro meses en Alemania.

rápidamente la de Toledo (1227), cuya primera piedra puso también Fernando, y luego la de León. La nueva arquitectura aparece allí sin las formas transicionales, que podemos seguir paso a paso en el país de su nacimiento; pero, al mismo tiempo, tan pura de inmixtiones hispanas o moriscas, que, como Jorge Street hace notar, se cree uno transportado a Francia. Nada más verosímil que la creencia de que el viaje del obispo a través de Francia en el año 1219 pudo servirle de estímulo para trasladar este género de arquitectura a su patria. ¿Quién no recuerda el viaje de Conrado de Hochstaden al Concilio de Lyon (1245)? Anteriormente se ha relacionado el nuevo estilo con la supuesta procedencia extranjera, inglesa o francesa del prelado; esta opinión ya es citada como tradicional por su sucesor Alonso de Cartagena, en el siglo XV (*quem ferunt Anglum fuisse*). Pero, según los datos que nos suministra Flórez, debemos rechazar esta doctrina. Los nombres de sus padres, Rodrigo y Oro Sabia, son españoles. Pero indudablemente puede decirse, que con ocasión de aquel viaje no pudo escapársele el movimiento extraordinario que reinaba en la construcción de templos, y que entonces especialmente agitaba a las ciudades de Francia, testimonio del cual es aquel pasmoso número de edificios que aún hoy son orgullo de la moderna Francia. Este movimiento estaba relacionado precisamente con la creación de iglesias episcopales. El fuego sagrado partía de los obispos, pero allí alimentó en la tradicional solicitud de las grandes Ordenes por el arte de la edificación, en el entusiasmo religioso de los tiempos, en la ambición de las ciudades. La valentía y la elegancia de la construcción, y de aquí la libertad de la inventiva, la novedad y frescura de los motivos decorativos, vuelo de las combinaciones ornamentales, se aliaban con el espíritu emprendedor que tenía como garantía de duración por muchas generaciones el celo de rivalidad.

Las catedrales francesas en construcción entonces, encontrábanse en diferentes estadios de ejecución, pudiendo considerarse terminados algunos de los primeros ensayos de estilo aun va-

cilante como Noyon, Laon, Senlis, Soissons, St. Denis, Chartres y Rouen, poseían atrevidos campanarios con agujas de piedra. Cuatro años antes había sido consagrado el coro de Rheims (empezado en 1212). Otras apenas habíanse elevado sobre las paredes maestras, como la de Bourges; la primera piedra de la de Amiens, modelo de la de Colonia, se colocó el año siguiente (1220).

No conocemos la ruta de Beatriz de Suabia, pero sabemos que en París se detuvo. De Nôtre Dame, empezada en 1163 por Mauricio de Sully, fueron casi terminados en 1220, según el primer plano, el coro y el presbiterio, y en 1218 se empezó a construir la fachada. Mauricio pudo ya ver terminadas las tres puertas, pues en 1223 estaba ya hecho el frente hasta las grandes galerías caladas que unen las torres. Quizá pensó a su vista en la estrechura y pequeñez de su propia Catedral, y concibió la idea de unir su nombre a la construcción de una de estas sublimes casas de Dios.

Por consiguiente, la Catedral de Burgos fue el primer ejemplo del estilo francés en España, aunque no del estilo ojival. La introducción de este último habíase ya efectuado, y precisamente en la misma ciudad. Alfonso VIII había mandado construir delante de las puertas de Burgos, cuarenta y un años antes de colocar la primera piedra de la Catedral, un convento de monjas cisterciences (1), en honor de su esposa Leonor, la hija de Enrique II de Inglaterra. Este Real Monasterio, llamado Las Huelgas, fue inaugurado en 1181, y la iglesia se consagró en 1199; su estilo es severo y sin adornos.

Así como en Francia, en España, el celo de los obispos ante el poderoso influjo de los abades, fue la causa de estas construcciones religiosas.

Nunca sabremos a ciencia cierta si el obispo creó la administración de una colonia francesa, o si él mismo trajo consigo

(1) El claustro de Veruela, fundado en 1146, es la más antigua fundación cisterciense de España. La iglesia tiene ya ojivas.

un maestro de obras. Si acaso, fue aquel Maestre Enrique, cuya muerte se indica en el año 1277 (1); entonces el planeador del edificio era un hombre muy joven. Pero Enrique tuvo parte ciertamente en la ejecución de la obra. Es conocido como arquitecto de la esbelta y airosa Catedral de León.

Los autores especialistas que escribieron sobre los comienzos de la Catedral no hacen ninguna declaración sobre posibles relaciones con determinadas escuelas provinciales francesas. *Street* ve en las bóvedas de la parte antigua «indudablemente la escuela de Anjou y de Poitou». *A. Saint Paul* habla de huellas de Champagne y Normandía.

Las formas de la Catedral de Burgos son naturalmente más antiguas que las de la de Amiens y Rheims edificadas aproximadamente, por el mismo tiempo y más desarrolladas que las de Nôtre Dame, que es a la que más se puede comparar. Nôtre Dame figuraba entonces en primera línea entre las catedrales francesas, oscureciendo a todas las demás. Nuestro plano es indudablemente mucho más sencillo. No se puede negar que allí asoma el espíritu belicoso y duro de los españoles: *Fortiter et pulcre construxit Ecclesiam Burguensen* reza el cronicón tudense de Mauricio. El coro, un pentágono formado de un decágono, tiene sólo un circuito, y ostentaba una corona de cinco capillas; el cuerpo principal, tres naves; el tránsito, una. Pero en la parte occidental aparece al sello de la época de la fachada de Nôtre Dame inconfundible. Los dos pisos de torres con las grandes ventanas rasgadas, parecen imitación de aquélla. La continuación de la forma cuadrangular hasta el naci-

(1) *Historia del Templo Catedral de Burgos*, escrita con arreglo a documentos de su archivo, por el Dr. D. Manuel Martínez y Sanz, dignidad de chantre de la misma santa iglesia metropolitana. Burgos, 1866. A este librito de oro debo la mayor parte de las indicaciones sobre la historia de su construcción así como sobre el personal. V. págs. 16, 82. Una descripción detallada del edificio no entra en el plan de este artículo. V. E. *Guhl*: Estudios arquitectónicos de España, en la *Revista de Arquitectura* de *G. Erbkam*. VIII C. V. *Lutzow*. *Obras maestras de construcción religiosa*. Leipzig, 1862. *Street*, l. c.

miento de las pirámides octogonales sin el octógono mediador introducido ya en el estilo románico, es propio de las iglesias de la Isla de Francia. Las torres tienen aquí, en efecto, dos pisos muy semejantes, reprodución que el gusto del creador de Nôtre Dame apenas hubiera soportado.

Los adornos de las puertas de la Catedral de París cuadraban con el gusto de los españoles. La forma articulada del muro en que se abren las puertas, propia para la instalación de estatuas, se repite en los cuatro grandes contrafuertes con sus dos series de estatuas. Desgraciadamente, el hielo y las tempestades maltrataron, hacia la mitad del siglo XVIII, de tal modo estas esculturas, que de algunas sólo quedan ruinas, a pesar de lo cual, Ponz vió *cabezas grandiosas*. Hacia 1790 (la fecha es elocuente) se hizo una restauración por artistas de Madrid, que aún desfigura la fachada. Sólo quedaron cuatro de las primitivas estatuas: Fernando y Mauricio, Alfonso II y Asterio de Oca. Este ejército de estatuas se extiende por lo alto de las torres, «semejante a una legión celestial que hiciera guardia al monumento» (Edmundo de Amicis). Hasta los pináculos sobre la unión de los arcos con la cornisa están reemplazados por angeles.

Algunos otros detalles recuerdan a Nôtre Dame, por ejemplo, los rosetones trilobulados en los ángulos de la rosa y de las ventanas bajo las torres.

Otras veces encontramos simplificaciones o pormenores que revelan una época anterior. En los anillos de piedra de las ventanas, en París, completamente sencillos, figuran cuatro lóbulos. Las ventanas del coro alto recuerdan la galería de la fachada de Amiens (1230-40).

Como remate de la parte media de la fachada, entre las puertas se había ideado primeramente poner un tejadillo, en forma de frontis, y quizá llegó a ser ejecutado, así como en los dos frentes de la nave en donde estarían flanqueados por dos grandes pináculos. Quizá con la llegada de nuevas brigadas de canteros, con motivo de la construcción del crucero en el si-

glo XIV, y los escultores que con ellos vinieron, se pensó en la magnifica galería de estatuas que disfrazaron los techos, y no precisamente con arreglo a un estilo apropiado.

Alonso de Cartagena.

En el siglo XV era creencia admitida en Burgos, que la Catedral cuyo coro había ocupado el capítulo en 1230, había sido terminada hasta las torres por el obispo Mauricio (1238), lo que arroja un tiempo invertido en la edificación de siete años. Esta opinión demuestra que los últimos trabajos que precedieron a la interrupción estaban ya muy atrás. Honorio III había publicado un breve absolutorio para el «noble y suntuoso edificio» (1). Pero es posible que el cuerpo principal y la fachada estuviesen ya terminados en el siglo XIII, hasta cerca de la plataforma de las torres. El magnífico claustro (al cual se procedería apenas acabado el interior), con sus grandiosas estatuas, pertenece al siglo XIV, según se dice, al tiempo de Enrique II (1379-90); pero Street le considera anterior, 1280 a 1350; la casa capitular a él aneja data de 1316. Pero su estilo más rico demuestra que en el siglo XIV, tampoco allí estaban ya en uso aquellas formas sencillas.

Hacia la mitad del siglo XV se operó cierto movimiento, en el afán de edificación de los prelados, iniciándose la ornamentación de la catedral en dirección vertical. Esto daba cabida a muchas adiciones orgánicas. Era de lamentar que una Catedral, que debía sobresalir y dominar a la ciudad, apenas se destacase de lo que la rodeaba. Se pensó que esto podía remediarse, en cierto modo, por la contrucción de las torres.

El hombre que encarna esta nueva época, caracterizada por

(1) Cum igitur burgensis ecclesiae structura nobilis et adeo sumptuosa consurgat, ut ad eius consumationem ipsius non suppetant facultates, etc. Martínez, 16.

el llamamiento de arquitectos extranjeros, fue el obispo Alonso de Cartagena (1384-1458), una de las más notables figuras del clero español.

Procedía de una familia israelita, asentada de largo tiempo en Burgos. Su padre, varón sabio que se jactaba de proceder de la tribu de Leví, a consecuencia de sus estudios sobre Jeremías, 31, había reconocido la divinidad del Nuevo Testamento, en conformidad con la ley escrita en su corazón, y tomó el bautismo, con los suyos, a la edad de cuarenta años (1390). Adoptó el nombre de familia de Santa María, y como blasón (que figura en el edificio), lis de plata en campo verde; su nombre de pila fue Pablo, pues decía que Pablo le había convertido. Gran predicador (ante el Papa en Avignon), distinguióse como polemista, estimado aún en los días del Concilio Tridentino; por su *Scrutinium scripturarum* llamó la atención de Enrique III y obtuvo el obispado de Cartagena (1402); desde entonces tomó la familia el nombre de Cartagena. Al morir, el monarca, le nombró Archicanciller del Reino, con lo cual le correspondió la educación del menor Juan II; ganó influjo en los negocios de Estado, abriéndose así el camino para la Silla de Burgos (1415).

Su segundo hijo, Alonso, tenía dos años cuando recibió el bautismo. Recibió una educación humanista (fue autor más tarde de una traducción glosada de las obras de Séneca); ya de joven despachaba consultas de derecho. Deán a los treinta y dos años de Segovia y Santiago, sentóse en los consejos del rey y fue honrado con embajadas como la de la paz con Portugal (1422-24). La corte de Juan II era una academia de espíritus cultos; en ella encontraban los grandes del reino ocio para cultivar un nuevo arte poético que, a pesar de sus exageraciones y sutilezas, era español en el lenguaje y en la medida. Encontramos allí, al lado de un marqués de Santillana, Juan de Mena, y su admirador y amigo Fernán Pérez Guzmán, a nuestro Alonso en la primera fila de los poetas del *Cancionero general*. Escribió también trabajos históricos de derecho pú-

blico; una vindicación de las aspiraciones de Castilla a las Canarias y a Marruecos contra Portugal; dedicó al Capítulo, poco antes de su muerte, un compendio de la historia de España desde el primer rey godo. Debía participar igualmente de la índole de la genealogía y de la historia, con noticias sincrónicas de los papas, emperadores y reyes de Francia; iría ilustrada con el retrato de cada uno de los monarcas españoles y los bustos de los hombres más famosos de su tiempo (1). Don Alonso era, pues, una de aquellas naturalezas universales del siglo XV que no eran exclusivas de Italia.

Pronto tuvo ocasión de hacer brillar sus luces en la más brillante escena. En 1434, a la muerte del Cardenal Carrillo, fue agregado a la embajada para el Concilio de Basilea, y diputado á la vez con un encargo al Emperador Alberto II (en Praga). En Basilea sostuvo con éxito la preeminencia de la embajada española frente a la inglesa. ÆNEAS SYLVIUS le llama «dicha de los españoles» y «ornato del clero», aventajando a todos en sabiduría y elocuencia. Cuando el orador del Rey de España, dice, tomaba la palabra para sostener la supremacía del Concilio sobre el Papa (para lo cual también fue puesto a contribución Aristóteles), todos estaban pendientes de sus labios y, en vez de pedir que callara, todos clamaban porque alargase su discurso. Eugenio IV debió su elección principalmente a él, y si hemos de creer a la crónica de Juan II, se le escaparon estas palabras cuando se habló de la llegada de don Alonso: «Por cierto que si el obispo Alonso de Burgos en nuestra Corte viene, con gran vergüenza nos asentaremos en la Silla de San Pedro.» Flórez (pág. 391) cree que el capítulo

(1) La obra titulada *Genealogica Regum Castellae et Leonis arbor*, usualmente llamada *Anacephalaeosis*, figura en la *Hispania illustrata* de A. SCHOTT, Francfort, 1603, I, pág. 247. «At quia imagines rerum fortius memoriam coadiuvant, quam nuda scriptura, Reges ipsos congruo arboris loco depingi feci in recta linea, Regibus solis depictis: in marginibus vero aliquibus aliis quorum strenuitas non ab re iuxta Reges collocari petebat, per sola capita figuratis.»

correspondiente procede de Juan de Mena. Su biógrafo, Hernando de Pulgar, dijo de él: «Hablaba poco y escogido y era muy puro. Su aspecto era respetable, y nadie arriesgaba una palabra indecente en su presencia» (1).

El Maestro Juan de Colonia.

Cuando el doctor y decano de Santiago estaba en camino para el Concilio (1435), su padre, de ochenta y tres años de edad, resolvióse a resignar el báculo; el Rey nombró sucesor a su hijo. Debía, pues, volver a su patria hecho obispo. Y como quiera que después se le nombró director de las obras de la Catedral, debe creerse que durante su viaje por Alemania fijó su atención en los edificios religiosos y pensó en las torres caladas de Friburgo y Basilea (la del Norte ya existía) para su Catedral, cuya cabeza, descubierta, contemplaba el cielo hacía más de dos siglos. Sólo por tradición sabemos que trajo maestros de Colonia, a su vuelta del Concilio.

Sin embargo, en la antigua sala capitular están escritas, al pie de su retrato, estas palabras: «Truxo sigo maestros, que acabaron las pirámides de esta Iglesia.» Tales datos fueron colocados a la renovación de la galería de retratos de obispos (1711-12) por canónigos y archiveros. Sobre las cuentas de las torres no encontramos ningún documento en el Archivo capitular, lo cual no es extraño, pues el mismo obispo había rechazado las costas. En aquel «árbol genealógico» señala el año de 1442 como principio de su construcción; esto es, dos años después de su vuelta (2). En 1447 concedió Nicolás V

(1) Hernando de Pulgar: *De los claros varones de España*. En sus Epístolas, Amsterdam, 1670. «Todos se honestaban», pág. 261.

(2) Turres duae principales quae sunt in porta quam vocant regia, non fuerunt tunc ex toto finitae, sed post anno Domini 1442°, 220°, postquam incepta fuerat aedificar ecclesia. In eadem fere die coepit continuare aedificium illarum turrium Alphonsus Episcopus huius nominis II, qui hodie

una bula de indulgencias. Juan de Colonia es citado en el séptimo año de la edificación (1449) por primera vez (como testigo), y en el dozavo como *maestro de las obras* de la Catedral. El estilo claramente alemán demuestra que no sólo terminó las obras, sino que también las bosquejó y empezó. Conocido es el ensanchamiento hacia Norte y Sur de los anejos de la de Colonia; Burgos es el límite a que llegó la albañilería de Colonia; el extremo punto del Occidente, hasta donde arrojó su sombra gigantesca la Catedral de la santa ciudad.

Es claro que desde el primer momento se pensó en las cúpulas; la sólida construcción de los pisos de las torres lo evidencia (1). Pero es natural que las cúpulas planeadas en el siglo XIII fueran concebidas de otra manera que las actuales, por ejemplo, como las del campanario de Chartres, o de Saint-Denis. Tales torres artísticas sólo fueron concebidas hacia fines del siglo XIII; pero en sus mayores dimensiones, y completamente caladas; sólo se construían en Alemania. Eran el testimonio de la insaciable tendencia hacia la ligereza, de la máxima que aconsejaba coronar las partes desviadas del aire con articulaciones que representan el paso de lo lleno a lo vacío. Las pirámides cerradas eran un retroceso respecto de los campanarios abiertos. Desde lejos, estas cúspides elevadísimas, destacándose afiligranadas en el fondo de los cielos, parecían, como dice Flórez, disolver en el aire el edificio. Una balada encomia las torres de Burgos, por entre las cuales centellean las estrellas.

El colonés ciertamente hubiera construído un octógono intermedio; mas para ello era ya demasiado tarde, y se contentó con un tambor octangular de 2,80 cm., apenas perceptible desde abajo. Sin embargo, esta inestética unión de la pirámide oc-

---

por divinam misericordiam sedet, et cum divino auxilio opus hoc facit continuari (1456). Schott: l. c., cap. 83, pág. 282.

(1) También se han atribuído a Juan los pisos inferiores; pero bien pudieran provenir ciertos detalles de alguna restauración.

togonal con el triángulo, no perjudica al conjunto. El cuadrilátero da la impresión de solidez, poco propia del octógono, y las torrecillas de los ángulos ganan en su función lateral.

Sería bueno saber en qué forma encontró el colonés las torres, si se le dió un término provisionalmente horizontal, pues la actual cornisa pertenece al siglo XV. Y se puede señalar bastante exactamente la línea donde empieza el nuevo trabajo en los adornos cambiados; por ejemplo, en la substitución de los peculiares botones por las flores trepadoras de los pináculos. Según esto, la torre del Norte estaba muy atrasada; el piso superior parece apenas comenzado.

La cúpula del Sur fue empezada en 18 de Setiembre de 1442. Don Alonso no pudo ver acabada la del Norte (4 de Setiembre de 1458), la cual exigió aún dos años de su sucesor. Su altura es de 300 pies, aproximadamente la longitud de la iglesia. Se la puede considerar como una imitación reducida de la de Colonia, cuyo croquis indudablemente conoció el maestro; quizá colaboró en la del Sur de Colonia. Los rellenos de las superficies (55 cm. de espesor), así como las gargolas de las aristas, son bastante groseros; la última, por ejemplo, tiene dos pies de largo, y está hueca, para aligerarla, con canalillos para el agua. Por este medio se ganaba un claro efecto de alejamiento de la silueta, y se prevenían los desvastadores efectos del hielo y de los vientos. Y así se conservaron estas aéreas figuras de piedra casi quinientos años, mientras que otras partes más sólidas y macizas fueron maltratadas por las inclemencias atmosféricas. No obstante, en 1692 y en 1749 se hicieron necesarias algunas reparaciones; de estas fechas proceden las abrazaderas de acero.

El maestro renano respetó el gusto del país. Rasgo característico de la ornamentación gótica de aquel tiempo son las inscripciones como motivo decorativo tomado de los árabes. La bella escritura gótica de los monjes cuadraba aquí tan bien como los caracteres góticos o arábigos. En el centro del edificio, en donde se ve una imagen de la Virgen, la balaustrada

está formada por la inscripción *Pulcra es et decora*. En la parte occidental de las dos plataformas sirven de balaustradas las palabras referentes a las estatuas *Ecce Agnus Dei* y *Pax Vobiscum*. En las últimas galerías, bajo las *arandelas*, están los monogramas de Santa María y Jesús.

A todos les chocan los nudos tan impropios de aquel estilo. El arquitecto inglés, no siempre benévolo hacia los góticos alemanes, no vacila en atribuírselos a Juan de Colonia. Durante trescientos años, se alzaban allí (como desde Sixto V en las columnas imperiales de Roma) las estatuas de los apóstoles Pedro y Pablo. En 1749, hubo de ser alejada una de ellas; un tal Narciso Cortés desempeñó esta peligrosa misión, y puso en su lugar un trozo de plomo de 76 libras de peso.

En aquellos diez y seis años, el artista fue empleado naturalmente, en otras empresas. Don Alonso edificó varias iglesias y conventos en su diócesis. En primer término, la magnífica iglesia, empezada por su padre, para panteón de familia de San Pablo, que recientemente ha sido destruída (1). El que haga una excursión arqueológica por la diócesis, encontrará más de una vez el sello de Juan de Colonia.

El obispo pensó, ante todo, en la erección de su última morada. Contemporáneamente, a su vuelta de Basilea, en el año 1440, persuadió al capítulo para que le cediese la capilla de Santa Marina. Los capitulares consideraron que ello daría más claridad y amplitud a la iglesia (2). Allí edificó, en dos años, la capilla de la Visitación. Ya en 1447 y 49 se decía: «Aquí se ha construído el sepulcro del señor obispo para cuan-

(1) Además, S. Juan de Ortega, también comenzada en tiempo de su padre. Fundó asimismo el convento de San Ildefonso. Flórez, pág. 392.

(2) Los dichos señores Dean y Cabildo... «dijieron que en se facer la dicha capilla... la dicha iglesia sería *más clara e más honrrada*, cá por ello se ensanchaba. (Acta capit. 17 Febrero 1440.) La cual (capilla) daba et da *gran vista* et *gran claridad* a la dicha iglesia (l. c. 6 Abril 1442). Martínez, págs. 94 y sigs.

do Dios sea servido llamarle a su seno (1). En él se conservaban aún en el siglo XVIII sus escritos póstumos. En el centro está la elevada tumba de mármol con imágenes de santos alrededor, y la estatua yacente del obispo *de buena memoria*, como le llamaba el pueblo, de pontifical, con piedras preciosas, perlas y encajes figurados. El noble rostro ovalado, algo alargado; las finas líneas de los ojos y de la boca, delatan la escuela de Burgos contemporánea y de su jefe Gil de Siloe.

También el rey encargó a Juan de Colonia una obra que no le cupo llevar a ejecución. Enrique III poseía en las cercanías de la ciudad un palacio venatorio, rodeado de parques y jardines, por lo que era llamado *Miraflores*. En su lugar no hay ahora más que ruinas y campo. Su hijo Juan II regaló el palacio a la Cartuja, y fundó la iglesia que había de servir de panteón para él y para su esposa Isabel de Barcelós. El 13 de Setiembre de 1454 hizo Juan de Colonia el plano de la iglesia. Se le pagó por ello 3.350 maravedises (diez ducados). Sin embargo, los trabajos estuvieron suspendidos por los disturbios del reinado de Enrique IV, y sólo los reanudó Isabel la Católica en 1477. Después de haber trabajado un año en la obra el español García Fernández de Matienzo, la prosiguió y terminó el hijo de Juan (1448). La iglesia, de una sola nave, es hoy preferentemente visitada por la doble efigie sepulcral hecha por Gil de Siloe, y por el retablo. Estos monumentos funerarios, excesivamente adornados con estatuítas y otros adornos de muy característica invención, fueron la última palabra de la escultura gótica en Burgos.

CARLOS JUSTI

(*Continuará.*)

(1) 24 Nov. 1447. Ubi iam aedificatus est luculus, seu sepulcrum. En las actas de fundación de la capilla, de 7 de Nov. 1449, se dice: «Ubi iam monumentum lapideum sub quo corpus nostrum recondatur quando omnipotens Deus nos vocare dignibatur sculptum et fabricatum est. Ebenda 98.»

CANIBALISMO EN VIAJE

Volvía yo últimamente de visitar San Luis, cuando en la bifurcación de Tierra Alta (territorio de Indiana) subió a mi compartimiento y se sentó a mi lado un hombre de cuarenta a cincuenta años, de fisonomía simpática y afables modales; hablamos lo bastante para poder apreciar su inteligencia y el encanto de su conversación. Cuando, en medio de nuestra charla, se enteró de que yo era de Wáshington, se apresuró a pedirme noticias sobre los hombres políticos, sobre los asuntos gubernamentales; no tardé en advertir que, por su parte, estaba muy al corriente de todos los detalles, de todas las menudencias de la política, y que le eran bien conocidos todos los hechos y modos de ser de los senadores y representantes de las Cámaras en las Asambleas legislativas. En una de las estaciones siguientes paráronse dos hombres cerca de nosotros, y uno de ellos dijo al otro:

—Harris, si hace usted eso por mí, no lo olvidaré en mi vida.

Los ojos de mi compañero de viaje lucieron con singular brillo; sin duda, aquellas sencillas palabras acababan de evocar en él algún antiguo recuerdo. En seguida su rostro volvió a tranquilizarse, se puso casi pensativo. Se inclinó hacia mí, y me dijo:

—Déjeme que le cuente una historia, que le revele un ca-

pítulo secreto de mi vida, una página que había enterrado en el fondo de mí mismo. Escúcheme con paciencia, y no me interrumpa.

Prometí hacerlo, y me contó la aventura que sigue, con alternativas de animación y de melancolía, pero siempre con mucha persuasión y seriedad.

He aquí el relato de aquel extranjero:

«El 19 de Diciembre de 1853 salí de San Luis en el tren de la noche que va a Chicago. No éramos más que veinticuatro viajeros; todos hombres; no había mujeres ni niños; no tardamos en presentarnos unos a otros, y, como todos parecíamos de buen humor, reinó pronto cierta intimidad entre nosotros.

»El viaje se anunciaba bien, y ninguno podía presentir los horribles instantes que nos aguardaban en breve.

»A las once, nevaba con fuerza. Poco después de haber pasado el pueblecillo de Welden, entramos en las interminables praderas desiertas, que se extienden terriblemente monótonas durante leguas y leguas; el viento soplaba con violencia, porque no encontraba ningún obstáculo en su camino, ni árboles, ni colinas, ni siquiera una roca aislada; empujaba ante él la nieve que caía a rachas y formaba bajo nuestros ojos una espesa alfombra. Caía dura la nieve aquella, y el aflojamiento de la marcha del tren nos indicaba claramente la lucha que sostenía la locomotora contra la creciente resistencia de los elementos. El tren se paró varias veces, y vimos sobre nuestras cabezas una doble muralla de cegadora nieve, triste como las paredes de una cárcel.

»Las conversaciones cesaron; la angustia substituyó a la alegría; la perspectiva de ser bloqueados por la nieve en medio de la desierta pradera, a cincuenta leguas de todo poblado, presentábase como un espectro a cada uno de nosotros, y arrojaba una nota de tristeza en medio de aquella reunión tan contenta momentos antes.

»A las dos de la mañana me despertó de mi agitado sueño una brusca parada. La horrible verdad se me apareció en toda

su espantosa desnudez. ¡Estábamos bloqueados por la nieve! «¡A la tarea todos los brazos!» Apresurámonos a obedecer. Todos acudimos en medio de la noche negra y de la tormenta de nieve, perfectamente convencidos de que la pérdida de un minuto podía ser causa de nuestra muerte. Palas, planchas, tablas, de cuanto podia remover la nieve, se echó mano en un instante.

»¡Qué espectáculo tan extraño ver a aquellos hombres luchar contra la nieve amontonada y trabajar como limpiavías, sumidos, unos, en una obscuridad profunda; iluminados, otros, por la luz rojiza del reflector de la máquina!

»Al cabo de una hora estábamos persuadidos de la completa inutilidad de nuestros esfuerzos, porque la tempestad llenaba con sus ráfagas las trincheras que habíamos practicado. Para colmo de desgracia, se descubrió que las bielas de la locomotora se habían roto, por la resistencia del peso opuesto. ¡Aunque el camino hubiese estado libre, resultaba impracticable para nosotros!

»Volvimos a subir al tren, fatigados, sombríos y desalentados; nos reunimos alrededor de las estufas para examinar el estado de nuestra situación. No teníamos provisiones de boca; esto era lo más claro de nuestro desastre. En abundancia provistos de madera, no corríamos el riesgo de morir de frío. Esto era ya un consuelo.

»Después de larga deliberación, reconocimos que el conductor del tren decía la verdad. En efecto; el que se hubiera arriesgado a recorrer a pie las cincuenta leguas que nos separaban del poblado más próximo, hubiera, seguramente, hallado la muerte. Era imposible pedir socorro, y, aunque lo hubiésemos pedido, nadie habría acudido a prestárnoslo. Teníamos, pues, que resignarnos y esperar pacientemente ayuda, o la muerte por hambre; puedo certificar que esta triste perspectiva bastaba para conmover el corazón más estoico.

»Nuestra conversación, ruidosa, sin embargo, producía la ilusión de un murmullo vago, que apenas se distinguía entre

los mugidos del viento; la claridad de las lámparas disminuyó poco a poco, y los «náufragos» se callaron; los unos, para reflexionar; los otros, para buscar en el sueño el olvido de su situación trágica.

»Aquella noche nos pareció eterna; la aurora, glacial y gris, comenzó a apuntar por el Este; a medida que avanzaba el día, los viajeros iban despertándose y moviéndose para tratar de calentarse; unos tras otros, estiraron sus miembros, entumecidos por el sueño, y miraron por las ventanillas el horrible espectáculo que se ofrecía a su vista. ¡Horrible era, en efecto, aquel espectáculo! ¡Ni una habitación, ni un átomo viviente alrededor nuestro! Por todas partes el desierto, blanco como un sudario; la nieve, azotada en todos sentidos por el viento, voltijeaba en copos por el espacio.

»Vagamos todo el día por los coches, hablando poco, absorbidos por nuestros pensamientos; llegó luego una segunda noche, larga, monótona, durante la que el hambre empezó a hacerse sentir.

»Reapareció el día; silenciosos y tristes, acechábamos, en espera de un socorro que no podía llegar; le sucedió otra noche, agitada por sueños fantásticos, durante los que desfilaban ante nuestros ojos festines monstruosos y fiestas báquicas. El sueño fue harto más pesado. Siguieron el cuarto y el quinto día. ¡Cinco días de verdadera continencia! El hambre se leía en todos los rostros deprimidos, que acusaban la obsesión de una misma idea fija, de un pensamiento en el que nadie se atrevía ni quería detenerse. Transcurrió el sexto día, y el séptimo amaneció sobre aquella reunión de hombres anhelosos, aterrorizados ante la idea de la muerte que nos acechaba. Era preciso concluir con semejante situación y hablar. Los labios de cada uno estaban prontos a entreabrirse para expresar los sombríos pensamientos que acababan de germinar en nuestros cerebros. La naturaleza, largo tiempo reprimida, pedía su desquite y hacía así un llamamiento imperioso.

»Richard H. Gastón, de Minnesota, alto, de una palidez de

espectro, se levantó; una calma absoluta, una atención recogida habían reemplazado a la emoción, a la excitación ficticia de los días anteriores.

»—Señores, es imposible esperar más. Ha llegado la hora. Tenemos que decidir cuál ha de ser el que muera de nosotros para que sirva de alimento a los demás..

»M. John J. Williams, de l'Ilinois, se levantó a su vez:

»—Señores—dijo,—propongo para el sacrificio al reverendo James Sawyer, de Tennessee.

»—Yo propongo a M. Daniel Hote, de Nueva York—contestó M. W. R. Adams, de Indiana.

»—¿Qué dirían ustedes de M. Samuel Bowen, de San Luis?—preguntó M. Charles Langdon.

»—Señores—interrumpió M. Hote,—yo opino más bien en favor del joven John Van Nostrand, de Nueva Jersey.

»—Si no hay objeciones, se accederá al deseo de M. Hote—declaró H. Gastón.

»Como M. Van Nostrand protestó, la proposición de M. Hote fue rechazada, y tampoco se aceptaron las de MM. Sawyer y Bowen.

«M. A. L. Bascom, del Ohío, se levanto:

»—Soy de parecer de cerrar la lista de los candidatos y dejar que la asamblea elija por votación.

»—Señores—dijo M. Sawyer,—protesto enérgicamente contra estos procedimientos irregulares e inaceptables. Propongo que se renuncie a esto inmediatamente y se elija un presidente de la asamblea; podremos en seguida proseguir nuestra obra sin violar los inmutables principios de la equidad.

—»Protesto, señores—exclamó a su vez M. Bell, de Yowa.—No es este el momento de pararse en formalidades absurdas. Hace ocho días que no comemos, y cada minuto perdido en discusiones vanas hace más crítica nuestra situación. Las anteriores proposiciones no satisfacen por completo, y creo que estos señores opinan lo mismo; por mi parte, no veo por qué no habíamos de aceptar una de ellas; hay que acabar cuanto antes.

»M. Gaston:

»— De todas maneras, la elección nos llevaría, por lo menos, veinticuatro horas, y precisamente lo que queremos evitar es ese retraso. El ciudadano de New-Jersey...

»M. Van Nostrand:

»—Señores, yo soy un extranjero entre ustedes; no tengo ningún derecho al honor que me hacen ustedes, y experimento cierto embarazo en...

»M. Morgan, de Alabama, interrumpiéndole:

»—Pido que la cuestión se someta a votación general.

»Así se hizo, y el debate concluyó al fin. Se constituyó un consejo, con M. Gaston, Presidente, y M. Blake, Secretario; MM. Holcomb, Baldwin y Dyer formaron parte de «la Comisión de candidaturas»; M. R.-M. Howland, en su cualidad de proveedor, ayudó a la Comisión a realizar su elección.

»La Comisión se tomó un descanso de media hora antes de proceder a sus grandes trabajos. La Asamblea se reunió, y el Comité designó algunos candidatos: MM. Jeorge Ferguson, de Kentucky; Lucien Herrman, de la Luisiana, y W. Messick, del Colorado. Esta elección fue ratificada.

»M. Rogers, de Missouri, se levantó:

»—Señor Presidente, tomadas ya las decisiones según las reglas, propongo la siguiente enmienda, encaminada a substituir el nombre de M. Herman por el de M. Lucien Harris, de San Luis, que es aquí honrosamente conocido de todos. No quisiera, en modo alguno, rebajar los grandes méritos de ese ciudadano de la Luisiana; nada de eso. Tengo por él toda la estima y consideración que merecen sus virtudes. Pero no puede ocultarse a ninguno de nosotros que ese candidato ha enflaquecido extraordinariamente desde el principio de nuestra estancia aquí. Esta consideración me lleva a afirmar que el Comité se ha ofuscado al proponer a nuestros sufragios un candidato cuyo valor moral es indiscutible, pero cuyas cualidades nutritivas son...

»El Presidente:

»—Ruego al ciudadano del Missouri que se siente; la Presidencia no puede admitir que las discusiones del Comité sean criticadas sin seguir la vía regular.

»¿Cómo acogerá la Asamblea la proposición de este ciudadano?

»M. Halliday, de Virginia:

»—Propongo una segunda enmienda para que M. Messick sea substituído por M. Harvey Davis, del Oregón. Estimaréis, sin duda, conmigo, que los trabajos y las privaciones de la vida fronteriza han debido de hacer que M. Davis sea un poco coriáceo; pero, señores, ¿podemos, en un momento tan trágico, argüir sobre la calidad de la carne humana? ¿Podemos discutir sobre futesas? ¿Tenemos derecho a pararnos en consideraciones sin importancia? No, señores; la corpulencia, he aquí todo lo que pedimos; la gordura, el peso son a nuestros ojos las principales cualidades requeridas; el talento, el genio, la buena educación, todo esto nos es indiferente. Llamo vuestra atención sobre el sentido de mi enmienda.

«M. Morgan (*muy agitado*):»

«—Señor Presidente, en principio, soy por mi parte absolutamente opuesto a semejante enmienda. El ciudadano del Oregón es viejo; además, es muy huesudo y muy poco redondeado. Que estos señores me digan si prefieren un cocido a un alimento substancioso, y si se contentarían con ese espectro del Oregón para satisfacer el hambre. Yo pregunto a M. Halliday, de Virginia, si no le horrorizan nuestras caras hundidas, nuestros ojos extraviados; si tendrá el valor de asistir por más tiempo a nuestro suplicio, prolongando el hambre que desgarra nuestras entrañas, y ofreciéndonos el racimo de huesos que representa el ciudadano en cuestión. Yo le pregunto si reflexiona en nuestra triste situación, en nuestras angustias pasadas, en nuestro porvenir espantoso; si va a persistir en arrojarnos como pasto esa ruina, ese despojo, ese vagabundo miserable y seco, de las márgenes inhospitalarias del Oregón. ¡No! No se atreverá. (*Aplausos.*)

»La proposición fue sometida a votación, y rechazada tras una discusión violenta. M. Harris seguía siendo el designado, con arreglo a la primera enmienda. Abrióse el escrutinio. Hubo cinco vueltas sin resultado. A la sexta quedó elegido Harris, por unanimidad de votos, excepto el suyo. Se propuso entonces que esta votación se ratificase por unanimidad alzando todos las manos; pero la unanimidad no pudo lograrse, porque Harris volvió a votar contra sí mismo.

»M. Radiway propuso entonces que la asamblea eligiera entre los últimos candidatos, y que no se dejase de celebrar la elección para el almuerzo. La proposición fue aceptada.

»En la primera vuelta hubo escisión: unos se inclinaban a favor de un candidato considerado muy joven; otros preferían un individuo de arrogante estatura. El voto del presidente inclinó la balanza del lado del último, M. Messick; pero esta solución desagradó mucho a los partidarios de M. Ferguson, el candidato derrotado; hasta se pensó en pedir nueva votación; al fin, decidieron todos aplazar la solución, y la sesión se levantó inmediatamente.

»Los preparativos de la comida desviaron la atención del partido Ferguson, y cuando iba a entablarse de nuevo la discusión, anunciόse con gran pompa *que M. Harris estaba servido.* Esta noticia produjo un alivio general.

»Improvisáronse las mesas con los respaldos de unos sillones, y nos sentamos, alegremente, pensando en aquel regalo por el que suspirábamos desde hacía más de una semana. En unos cuantos instantes habíamos cambiado de aspecto. Hacía un momento que en nuestros rostros se retrataban la desesperación, la miseria, el hambre, la angustia febril; ahora reinaba entre nosotros una serenidad, una alegría indescriptible; desbordábamos de felicidad. Hasta confieso sin vergüenza que aquella hora de alivio ha sido el momento más dichoso de mi vida de aventuras.

»El viento rugía afuera y azotaba la nieve en rededor de nuestra cárcel, pero ya no nos atemorizaba.

»Me gustó mucho Harris. Sin duda hubiera podido estar mejor cocido; pero en toda justicia, debo reconocer que ningún hombre me agradó nunca tanto como Harris ni me procuró semejante satisfacción. Messick no fue precisamente malo, aunque de un gusto demasiado subido; pero en cuanto al sabor y a la delicadeza de la carne, háblemе usted de Harris.

«Messick tenía ciertamente méritos que no le discutiré, pero servía lo que una momia (dicho sea sin querer ofenderle) para un desayuno. ¡Qué delgadez, Dios mío, y qué duro! ¡Ah! No se imaginaría usted nunca hasta qué punto era coriáceo. No, nunca, nunca...

—¿Me quiere usted decir que realmente usted...?

—No me interrumpa, se lo ruego.

«Después de aquel frugal almuerzo, había que pensar en la comida; elegimos a un tal Walker, oriundo de Détroit. Era excelente; se lo escribí a su mujer algo después. No olvidaré en mi vida a Walker. ¡Qué plato tan delicioso! Algo delgado, pero suculento a pesar de todo. Al día siguiente, nos regalamos con Morgan, de Alabama, para almorzar. Era uno de los hombres más atractivos que yo haya visto nunca; apuesto, elegante, de modales distinguidos; hablaba corrientemente varios idiomas; en suma, un muchacho completo, que nos proporcionó un jugo muy gustoso. Para la comida, nos prepararon el viejo patriarca del Oregón. Con él recibimos un buen «escopetazo»; viejo, seco, coriáceo, fue imposible de comer. ¡Qué sorpresa tan desconsoladora para todos! Hasta tal punto, que concluí por declarar a mis compañeros:

»—Señores, hagan lo que mejor les parezca; por mi parte, prefiero ayunar en espera de mejor vianda.

»Grimes, del Ilinois, añadió:

»—Señores, también espero yo. Cuando hayan elegido un candidato que sea un poco tragadero, tendré mucho gusto en sentarme a la mesa con ustedes.

»Hízose evidente que la elección del hombre del Oregón había provocado el descontento general. Era preciso a toda

costa no quedar bajo aquella mala impresión, sobre todo, después del buen recuerdo que nos había dejado Harris. Se eligió, pues, a Baker, de Georgia.

»¡Buen bocado éste! Después fueron Doslittle, Hawkins, Mac Elroy—este último, demasiado pequeño y delgado, nos valió algunas protestas. Luego desfilaron Peurot, los dos Smiths y Bailly; éste, con su pierna de palo, tuvo desperdicio, pero la calidad era irreprochable; siguieron un joven indio, un organillero, un tal Bukminster—pobre diablo vagabundo, descarnado; era verdaderamente indigno de figurar en nuestra mesa.

»Como consuelo de tan mezquina pitanza, pudimos decirnos que el mal almuerzo precedió poco tiempo á nuestra salvación.»

—¿Llegó, pues, para ustedes la hora de la salvación?

—Sí, una hermosa mañana de hermoso sol, en el momento en que acabábamos de inscribir a John Murphy en nuestra lista de comida. Aseguro a usted que aquel John Murphy tenía que ser un bocado regio; pondría la mano en el fuego. El destino quiso que Murphy volviese con nosotros en el tren que vino a socorrernos. Pasado algún tiempo, se casó con la viuda de Harris...

—¿Con la víctima de...?

—La víctima de nuestra primera elección. Se ha casado con ella, y ahora es muy feliz, muy considerado y tiene una excelente posición. ¡Ah! Esta historia es una verdadera novela, se lo aseguro. Pero he llegado, caballero, y tengo que dejarle. No olvide, cuando tenga algunos instantes que perder, que una visita suya me producirá siempre el mayor placer. Experimento por usted una real simpatía, más diré, un sincero afecto. Me parece que acabaría por quererle tanto como a Harris. Adiós, caballero, y buen viaje.

Se apeó; yo me quedé estremecido, espantado, pero satisfecho de su marcha. A pesar de su afabilidad, experimentaba yo cierto pavor al sentir posarse en mi su mirada de ham-

briento. Así fue que, cuando supe que me había consagrado un sincero afecto, y que me estimaba tanto como al difunto Harris, mi sangre se heló en las venas.

Estaba literalmente transido de miedo. No podía dudar de su veracidad; de otra parte, hubiera estado completamente fuera de lugar interrumpir con una pregunta inoportuna un relato tan dramático, presentado bajo los auspicios de la mayor sinceridad. A mi pesar, aquellos horribles detalles me acosaban y poblaban mi espíritu de mil ideas confusas. Vi que el revisor me observaba; le pregunté:

—¿Quién es ese hombre?

Supe que fue un tiempo miembro del Congreso, y que era una excelente persona. Un día, sorprendido por una tormenta de nieve y a dos dedos de morir de hambre, sufrió tal quebranto y emoción, que, a los dos o tres meses del accidente, volvíase completamente loco.

—Parece que ahora va bien; pero le sigue la monomanía, y cuando le da fuerte, no pára de charlar hasta haber devorado con el pensamiento a todos sus compañeros de viaje. Todos hubieran seguramente sucumbido, de no haber tenido que apearse él en esa estación; sabe los nombres de aquéllos al dedillo. Cuando ha concluído de comerse a todos, no deja de añadir: «Al llegar la hora del almuerzo, como no había ya más candidatos, fuí yo el designado. Elegido por unanimidad para el almuerzo, me resigné. Y aquí estoy.»

De todos modos, sentí un soberano alivio al saber que acababa de oír las lucubraciones locas de un infeliz desequilibrado, y no el relato de las proezas de un caníbal ávido de sangre.

MARK TWAIN

LA AMÉRICA MODERNA

SUMARIO: El Gobierno colonial de España en América, según el Dr. Zeballos.—Los Adelantados, las Chancillerías y los Virreyes.—La división de poderes.—Administración de justicia y protección de los indios.—Organización política.—La organización docente.—Juicio total de la colonización española.—El estado financiero de Chile.

No solamente en España va teniendo cultivadores el revisionismo de la Historia patria, sobre todo en lo que se refiere a la historia de la colonización española. Después de los excelentes trabajos de Luis Alberto de Herrera, destinados a revisar la colonización inglesa y española, para honra y prez de ésta (1), han aparecido las investigaciones y briosas defensas del ilustre doctor argentino Estanislao Zeballos. Fueron dados a conocer en el Ateneo Hispano-Americano de Buenos Aires, y tenemos suma satisfacción en exponerlos y comentarlos:

El Dr. Estanislao Zeballos reconoce la existencia de principios de gobierno democrático en la España de los Reyes Católicos, en los cuales se inspiraron para gobernar sus posesiones de Ultramar, «principalmente—dice Zeballos—Carlos V y sus hijos, cuya vida accidentada, dramática y trágica podrá ser juzgada como se quiera, pero de quienes debo decir que para América no hubo jamás monarcas más paternales, más

(1) A. de Herrera: *La Révolution française et l'Amerique du Sud.* París. Grasset. 1912.

escrupulosos, más amantes de sus vasallos, más sabios ni más protectores».

La organización del gobierno de Ultramar se comenzó con el establecimiento, por los Reyes Católicos, de los Adelantados del mar Océano.

Este sistema de Adelantados formaba verdaderas empresas comerciales, políticas y militares. Los Adelantados concurrían con sus capitales, y con ellos y con los capitales de los amigos que seguían sus pendones, compraban y equipaban las naves, reclutaban y organizaban las tropas expedicionarias y pagaban a los oficiales reales, poniendo la Corona su autoridad y su sello al servicio de estas expediciones. En caso de descubrir y someter nuevas tierras, los Adelantados las explotaban en provecho propio, en el de los oficiales y soldados y en el de la Corona, dividiendo el producto.

Tal sistema de Adelantados, creado por los Reyes Católicos, ha sido copiado y aprovechado con mayores beneficios, por otras razones sociales y políticas, por la Gran Bretaña en su Compañía de las Indias, cuyo sistema no es más que la traducción de cualquiera de las cartas de los Adelantados españoles, desde Colón a Mendoza y Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

Una vez que España tomaba posesión definitiva y colonizadora de las tierras ultramarinas, los adelantados resultaban, en realidad, autoridades deficientes e incompletas; y ello debió llegar a pleno conocimiento de los sabios del Consejo de Indias, porque en menos de treinta años cambiaron aquel sistema de gobierno originario, substituyendo los Adelantados por Virreyes y Gobernadores—establecidos los primeros, desde luego, en Méjico y en Río de la Plata.—El mejor estudio de los territorios, la mayor abundancia de población y la creciente suma de las necesidades, ya conocidas en Europa de una manera más inmediata, aconsejaron a los reyes y a sus altos Consejos la subdivisión gubernativa y territorial, para que la acción gubernativa fuera más directa y más eficaz.

Por consiguiente, cuando la acción de los descubrimientos

de los Océanos se transformó en acción de conquista y de colonización territorial, surgió el nuevo Gobierno, que puede llamarse de las Chancillerías de Indias. Son instituciones admirables y complejas, en las cuales las tradicionales Cortes son substituídas por un organismo extraordinario, que resume los poderes político y judicial; mientras que el Poder ejecutivo, es decir, la representación de la persona del Monarca, es confiada a los Virreyes, que, a su vez, son representados por Gobernadores y Tenientes de Gobernadores y Presidentes de Audiencias Reales, todos en sus casos.

En Filipinas, como en América, con relación a la extensión territorial, se crearon las Audiencias y Chancillerías Reales, tocando doce para América, desde Méjico al cabo de Hornos. Estas doce Chancillerías, tres Virreinatos y los Gobernadores correspondientes a numerosas provincias comprendidas en los virreinatos, están admirablemente legislados en este «corpus juris» (Zeballos señala la «Recopilación de las Leyes de Indias»); todas sus funciones, facultades, derechos, deberes y responsabilidades han sido decretados y escrupulosamente enumerados y reglamentados en el monumental Código indiano.

Las Chancillerías Reales tenían funciones complejas, algunas de las cuales se parecían a las de un poder legislativo, a la vez que ejercían el poder judicial en América y en Ultramar. Los Virreyes eran los presidentes natos de estas corporaciones en todo cuanto la independencia de ellos no peligrara. Sería, por supuesto, prolijo analizar legalmente el funcionamiento de esas Chancillerías, de las cuales la Argentina fue establecida en Sucre (Bolivia, entonces Alto Perú), bajo la denominación de Chancillería de la Plata, nombre que, con el de Chuquisaca, usaba entonces aquella hermosa y culta ciudad.

Nada ha sido más discutido en la historia colonial de España que la institución y funcionamiento de los virreyes. El doctor Zeballos hace una atinada crítica de los virreinatos, crítica que por venir de un americano se ofrece exenta de toda

parcialidad. En ella podrán aprender los que han derramado mares de tinta escribiendo contra las rapacidades de los Virreyes, la historia que hace falta difundir. Dice Zeballos:

«Los Virreyes debían tener, para representar eficazmente la autoridad del rey aquí—Océano por medio,—un poder omnímodo y extraordinario. ¿Cómo podrían los monarcas garantizarse contra los excesos de los Virreyes mandando comisiones a fiscalizar sus actos, cuando era necesario afrontar una navegación a vela, que en tiempos felices, con las naves de entonces, podía durar varios meses o tardar hasta dos años? Más de una armada despachada para el Plata era arrastrada hasta las Antillas por fuerzas naturales incontrarrestables.

Las leyes invistieron por eso a las Audiencias y Chancillerías Reales de un supremo poder, especie de juicio político embrionario, pero eficaz, que ocupa uno de los capítulos más hermosos de este Código. Fue instituída esta especie de juicio político en el siglo XVI, cuando los Estados Unidos de América todavía no formaban nación y no habían incorporado, por consiguiente, el gran recurso controlador del poder político: el enjuiciamiento («impeachment») de los presidentes americanos ante el Congreso. La «Recopilación de las leyes de Indias» trae el capítulo que se llama «Residencia», que importa la implantación de una forma de juicio político incoado contra los Virreyes, Gobernadores y Oidores, ante las Audiencias o síntesis, por decir así, del parlamento político y judicial colonial. Y como era necesario prever y preveían en España, que los Virreyes habrían de ejercer suficiente influencia para no dejarse enjuiciar, las leyes establecieron que cuando se comprobara tanta solidaridad entre el Virrey y la Real Audiencia, de modo que aquél formara mayoría de Oidores a su antojo, los habitantes del país tenían derecho a acusar a los Oidores, que debían ser castigados al par que el Virrey. Estamos habituados en los tiempos corrientes a Congresos unánimes; sin embargo, en aquellas colonias no era posible la unanimidad en circunstancias normales, como voy a tener oportunidad de de-

mostrarlo, recordando juicios ruidosísimos y solemnes, fallados por aquella justicia ejemplar para todos, cuando había acusaciones, que eran substancias contra el más grande y contra el más humilde.»

La ley XLIX del libro II, título X, que trata de «Las Audiencias y Chancillerías reales de Indias», organiza una especie de Consejo de Corte o Senado, en esta forma:

«Porque nuestros Virreyes tengan entera noticia de las materias de gobierno que se ofrecen en sus distritos, mandamos a los Presidentes y Oidores de las Audiencias, que estuvieren subordinados por cualquier título a los Virreyes, que tengan grande y continuo cuidado de advertirle y avisarles de todas las cosas que se ofrecieren y les pareciere que conviene proveer, y «que nos den los mismos avisos en todas ocasiones»; y los Virreyes tengan mucha cuenta con las advertencias que les hicieren, y especial cuidado en responder y avisarles de lo que proveyeren sobre los asuntos de que se les diere aviso en cuanto fuere posible, y sin inconveniente; y de lo que proveyeren a sus despachos «también nos den avisos» para que se conformen las resoluciones y también tengamos la noticia que conviene» (1).

Esta ley crea en la Audiencia un poder de Consejo, de vigilancia y de contralor, que estimula y, a la vez, limita la acción de los Virreyes. El reiterado aviso al Rey es una sabia limitación, que provee la arbitrariedad, negligencia o mala fe de los Virreyes.

La ley XLI del mismo lugar amplía el contralor y garantiza la independencia de la Chancillería, en estos términos:

«Ordenamos y mandamos a los Virreyes o Presidentes, que cuando pareciere a la mayor parte de los Oidores que conviene proveer algo en los estrados, «no lo impidan, detengan, ni es-

(1) Del rey Felipe II: San Lorenzo, 28 de Agosto de 1591.

torben y les dejen el libre uso y ejercicio», que conforme a derecho les compete» (1).

Las responsabilidades de los Virreyes, Presidentes y Oidores y el derecho de reclamar contra sus actos hasta la acusación ante la Corte de Madrid (impeachment), fueron establecidos en el mismo lugar del Código de Indias, en las leyes siguientes. Sea desde luego la XXXIX:

«Damos comisión y facultad a los Presidentes de nuestras Audiencias reales de las Indias, para que puedan hacer y recibir informaciones cuando convenga, y sea necesario contra cualesquiera de los Oidores de las Audiencias en que presidieren, y enviarlas cerradas y señaladas a buen recaudo a nuestro Real Consejo de las Indias, para que en él vistas se provea lo que convenga; «pero no han de poder los Presidentes» (ni los Virreyes), enviar a estos reinos a ninguno de los Oidores, por su propia autoridad. Y es nuestra voluntad y mandamos que ninguno de los Oidores pueda hacer por sí solo informaciones contra su Presidente, públicas ni secretas, por ningún caso ni causa que haya para ello, sin particular orden y comisión nuestra; «como quiera que han de tener libertad para escribirnos y darnos cuenta de lo que se ofreciere» (2).

La fecha de esta disposición le da un carácter de remedio contra males y abusos ya manifestados en los primeros pasos del Nuevo Mundo. La ley XLI citada, en efecto, había, sin duda, promovido contrariedades, porque su mismo autor y su hijo se apresuraron a confirmarla y a ampliarla. Felipe III, en Real Cédula de San Lorenzo, a 5 de Setiembre de 1610. (Recopilación. Ley XLI, segunda parte, Lib. II, Tít. XV), dispuso:

«Otro sí: las Audiencias en cuerpo de Oidores o cuerpo de Audiencia, hallando que conviene avisarnos en nuestro Consejo Real de las Indias, alguna cosa que toque a los Virreyes o

(1) El mismo: Madrid, 26 de Mayo de 1575, confirmada por Felipe IV en esta *Recopilación*.

(2) Felipe III: San Lorenzo, 25 de Agosto de 1620.

Presidente de ella o su familia, lo puedan hacer sin hallarse presente el Virrey Presidente, y la Audiencia tome la razón e información que convenga, como, cuando y en la forma que pareciere más necesaria para la administración de justicia y buen gobierno, que así lo tenemos por bien.»

Basta este simple bosquejo del juicio político colonial de los Virreyes y Presidentes Gobernadores, para demostrar hasta qué punto eran previsoras y escrupulosas estas legislaciones en el sentido de contrapesar y de limitar los poderes.

Pero se hará el argumento de que las leyes disponen teóricamente, mientras que a menudo las autoridades no las cumplen y van por otro camino. Podría citar, dice Zeballos, numerosos casos ocurridos en Méjico, en el Virreinato del Perú, en las Antillas, en Filipinas, en el del Río de la Plata, de acusaciones promovidas dentro de aquel sistema colonial de juicio político, que fueron sentenciadas con grave daño moral y pecuniario para los culpables y con honda satisfacción y beneficio para los pueblos; pero me limitaré, después de recordar el caso del gobernador Balmaceda, del Paraguay, acusado ante la Audiencia de Lima, hecho que señala los orígenes de la lucha de los Comuneros, que tuvieron también allí su Villalar, a citar el proceso contra el gobernador Lariz, insigne personaje español jefe del Poder Ejecutivo Colonial en Buenos Aires. Había convertido la gran ciudad y la gobernación en cuartel de despotismo, donde el sable, los caprichos irascibles y las arbitrariedades eran la ley. Había atropellado la autoridad de los obispos y de los oficiales reales, cometiendo toda clase de injusticia con los conquistadores y con los indios. Su gobierno resultó tiranía abominable. Numerosos pleitos fueron promovidos ante el tribunal *ad hoc* de «Residencia», denunciando los actos del tirano. El se defendía con todos los recursos de que pudo disponer, contando, además, con la complicidad de algunos tiranuelos del Norte del Brasil, con quienes hacía comercio de esclavos prohibido por la ley. Por fin, terminó el proceso, como puede leerse en los documentos que ha publicado en un li-

bro reciente mi honorable amigo, el erudito D. Enrique Peña—del cual alguna vez me he ocupado—(1). Júzguese del temple de los jueces coloniales que «residenciaban» a los acusados políticos, por los términos del fallo que en lo final y substancial decía:

«Le condeno y condenamos en confiscación de todos sus bienes adquiridos en este gobierno, y los aplico y aplicamos al Real fisco de Su Magestad después de satisfechas las partes interesadas en lo que en virtud de esta sentencia le pertenece y de las demandas públicas que en tiempo le fueron puestas, prefiriendo a los susodichos por justas causas que a ello me mueben y nos mueben, y los gradúo y graduamos en la forma y manera siguiente: en primer lugar, las costas y salarios de Residencia, Iglesia, eclesiástica y hospital; en segundo, Viudas y menores; en tercero, los demás interesados, prefiriendo unos á otros en antigüedad de agravio, daños y gastos causados; y en quarto lugar, cámara fisco de Su Magestad y gastos de justicia. Y assi mesmo remitto y remitimos á Su Magestad y á su Real Consexo de las Indias, las penas que fuese servido de darle, assi por este cargo como por los remitidos á El, etc.»

Podéis valorar de la extrema escrupulosidad y dulzura de la justicia de un modesto tribunal político confinado en el fondo de los mares, lejos, muy lejos del mundo y de la Metrópoli al «residenciar» a su gobernador.

Llamo la atención sobre la parte del fallo que establecía la gradación de créditos y de privilegios, para que todos recibieran algo en el caso de que los bienes del gobernador enjuiciado no alcanzasen a satisfacer la totalidad de las condenacio-

(1) E. Peña: Don Jacinto de Lariz. *Turbulencias de su gobierno en el Río de la Plata* (1645-1653). Madrid, 1911: E. S. Zeballos, *Revista de Derecho, Historia y Letras*, tomo IV, pág. 556, donde se pone de manifiesto de cómo el erudito autor no dió al suceso la trascendencia institucional que tiene, pues, más que de turbulencias, se trata de un caso típico de *impeachment* colonial.

nes y de tal manera que los reclamantes pobres y los más humildes no resultasen perjudicados.

Nada más noble y generoso que establecer esta gradación judicial, que comienza por proteger a las viudas y a los menores inmediatamente después de la Iglesia, y en concurrencia con los Obispos, con los Oficiales reales y con los ricos y los fuertes de la colonia.

Hay que insistir en otro detalle. Los reclamantes tuvieron que soportar dos años de pleito—no era mucho ciertamente para las circunstancias de lugar y para lo que ahora mismo requieren los grandes pleitos,—porque no se pudo cumplir una de las leyes de la «Recopilación», que manda que el juicio de residencia de Virreyes y Presidentes y Gobernadores no durará más de seis meses (1).

El fallo de la Audiencia fue apelado ante el Real Consejo de las Indias, lo cual hubo de tomar tiempo. Pero no fue perdido, porque la confirmación no se hizo esperar, ni careció de alta imparcialidad y de energía. El Real Consejo falló condenando al Gobernador Láriz a destierro de la Península por diez años y perpetuo de las Indias, la confiscación de todos sus bienes, aplicándose, de los 114.759 pesos hasta entonces en descubierto, 30.265 para restituir a la Real Hacienda, y el resto al pago de las resultas de las condenas y costas del juicio. La esposa del condenado reclamó que para posesionarse del gobierno él había gastado su dote, y el Tribunal le acordó 12.000 pesos para alimentos (2).

Y entre estas condenas se ha marcado una, que es la que nos interesa más, porque en los pleitos de la Real Cámara, de la Iglesia, de los Obispos, de los Oficiales reales y de las autoridades, el alto espíritu de justicia y la elevación de miras honra a los Jueces especiales de «residencia»; pero ese mismo

(1) Ley primera, libro V, tit. XV: *De las residencias y Jueces que las han de tomar*.

(2) Peña, ob. cit., pág. 66.

espíritu resulta honradísimo al fallar la querella de una india, cuyo marido había sido azotado y marcado con fierro caliente en el rostro. La sentencia reza lo que sigue:

«Fallamos que devemos condenar y condenamos al dicho don Jacinto Lariz á que pague al indio Juan y á Isabel india, ciento y cincuenta pesos de á ocho reales, y permitimos esta demanda al Real Consejo para que su Magestad, si fuere servido de darle castigo por la crueldad de herrarlo en el rostro jamás visto en indio y por esta nuestra sentencia definitivamente juzgando lo pronunciamos y mandamos con costas á tasación.»

«¿Y podrían—insiste Zeballos—los que no estén de acuerdo con mis juicios, citar casos según los cuales, en pleno año 1912, una india del Chaco o de la Patagonia haya obtenido la condenación de un Gobernador de territorio federal por abuso de autoridad?»

La «Organización de la Justicia» era otro objetivo primordial en estos nuevos gobiernos, pues la distancia a que se encontraban estos pueblos de la madre patria, y las dificultades de la navegación, abrían ancho campo para el desarrollo de la arbitrariedad y del abuso de los Jueces. Tal es el origen de los nuevos capítulos de la «Recopilación», que tienen por objeto fundar de la manera más escrupulosa, podríamos decir exageradamente escrupulosa, las incompatibilidades de funciones que podían influir para que la justicia fuera torcida, para que no desplegara energía y para que no se mantuviera tan honorable como las circunstancias y la humildad de los habitantes requerían. Cuando se estudia el capítulo de las incompatibilidades, se siente cierta repugnancia por hechos presentes, porque en realidad honran una filosofía que a menudo olvidamos en pleno siglo xx. Podríais leer, verbigracia, la ley XXVIII, libro II, título XXIV, que trata de los abogados y establece lo siguiente:

«Prohibimos y expresamente defendemos que ahora ni en ningún tiempo pueda ser abogado en ninguna de nuestras Audiencias Reales de las Indias ningún letrado «donde fuere Oi-

dor su padre, suegro, cuñado, hermano o hijo, pena de que el letrado que abogue contra esta prescripción incurra por ello en pena de mil castellanos de oro» para nuestra Cámara y fisco. Y mandamos que no sea admitido a la abogacía el que estuviere impedido por esta razón; y todo lo susodicho también «se entienda si fuere pariente de los grados referidos del Presidente o Fiscal de la Audiencia.»

«Convengamos, señores—declara noblemente el doctor argentino,—en que debemos comenzar por aplicar esta y otras leyes caídas en olvido; pero en vigencia todavía, porque las leyes españolas de forma, que no han sido derogadas expresamente por las leyes patrias, están en plena actividad. Ellas podrían aún contribuir a disciplinar y moralizar el foro argentino (1).

Pero dicen más las Leyes de Indias. Ordena que los jueces jamás visiten los Virreyes o Gobernadores, ni vivan en camaradería con ellos; que jamás los Gobernadores o Virreyes inviten a sus casas a los jueces, y si alguna vez, por servicio público, hubieren de invitarlos, que lo hagan de una manera tan pública y precavida que no haya lugar a la menor sospecha. Lo disponen las leyes XII y XIII, Libro II, Título XVI, relativas a los Presidentes y Oidores, las cuales confirman una crítica que he hecho a menudo al ver las antesalas de nuestros Presidentes y Ministros frecuentadas por miembros de la Magistratura (2).

(1) Artículo 21, ley 48 de 14 de Setiembre de 1863. «Los Tribunales y jueces nacionales en ejercicio de sus funciones procederán aplicando ..... las leyes generales que han regido anteriormente a la nación, etc.» Interpretando este artículo, ha declarado la Suprema Corte Federal que las leyes persistentes a las de procedimiento patrio son supletorias en cuanto no se opongan al texto de las primeras. (Fallos, tomo VII, pág. 192.)

(2) Que los Presidentes, Oidores, Alcaldes y Fiscales no sean padrinos de matrimonios ni bautizos, ni los vecinos lo sean suyos, y los Ministros lo pueden ser unos de otros (Ley XLXIII, Felipe IV, en Madrid, 20 de Octubre de 1627 y 20 de Febrero de 1628 y 29 de Noviembre de 1688);

Véase el extracto de algunas de dichas leyes, que tanto a españoles como a argentinos será saludable recibir consejos de

porque de lo contrario, nos tendremos por deservidos, y se les hará cargo en las visitas y «Residencias», y serán castigados con rigor de derecho.

Que los Presidentes, Oidores, Alcaldes y Fiscales no visiten a persona alguna, ni vayan a desposorios ni a entierros. (Ley XLIX, Felipe II, Madrid, 22 de Mayo de 1583 y de Enero de 1568.)

Que los Presidentes, Oidores, Alcaldes y Fiscales y contadores de cuentas, no puedan asistir en las iglesias a fiestas, honras o entierros, y en qué casos y forma pueden asistir. (Ley L, Felipe IV, Madrid, 30 de Marzo de 1634 y 13 de Setiembre de 1647.)

Que los Abogados, Relatores y Escribanos no vivan con los Jueces, ni éstos consientan a los pleiteantes que los sirvan ni frecuenten sus casas. (Ley LII, Emperador Carlos V, confirmada por la Ordenanza de Audiencias de 1630.)

Que los Ministros de las Audiencias no se dejen acompañar por negociantes, ni den lugar a que acompañen a sus mujeres. (Ley LIII, Felipe II, Madrid, 23 de Julio de 1530.) (Risas y aplausos.)

Que los Oidores, Alcaldes y Fiscales no tengan casas, chacras, estancias, huertas, ni tierras. (Ley LV, Carlos V, Valladolid, 2 de Enero de 1550, confirmada por Felipe II, 9 de Mayo de 1565.)

Que los Ministros que violen la ley anterior incurran en pena del precio de las estancias, huertas, casas o tierras que compraren, aunque las hayan vendido, y en otro tanto las personas en cuya cabeza hubieren estado. (Ley LVI, Felipe III, Madrid, 24 de Diciembre de 1615.)

Que los Ministros de las Audiencias no den dinero a censo. (Ley LVIII, Carlos V, Valladolid, 2 de Mayo de 1550, confirmada por Felipe II en Lisboa, 27 de Julio de 1582.)

Que la prohibición de tratar y contratar se entienda también para no tener canoas de perlas. (Ley LIX, Felipe III, en San Lorenzo, 10 de Noviembre de 1610, confirmada por Felipe IV, Madrid, 30 de Junio de 1629.)

Que las mujeres de los Ministros no intervengan en negocios suyos ni ajenos. (Ley LXVII, Felipe IV, Pardo, 13 de Febrero de 1627.)

Que los Presidentes, Oidores y sus mujeres e hijos no hagan partido con abogados ni receptores, «ni reciban dádivas.» (Ley LXVIII, Felipe II, Toledo, 25 de Mayo de 1598.)

Que los Presidentes y Oidores no reciban dineros prestados, ni otras cosas, ni dádivas, ni presentes, y no tengan familiaridades estrechas, ni las permitan a sus familias. (Ley LXIX, Felipe II, Badajoz, 1580 y Felipe III, San Lorenzo, 5 de Setiembre de 1620.)

moral, pública y administrativa, que aparejan el prestigio de los siglos:

«Que si de orden de los Virreyes, Presidentes o Gobernadores de Audiencias, fueren llamados los Oidores, Alcaldes o »Fiscales, no se excusen, «si el llamado es de servicio público», »porque es justo que los Virreyes y Presidentes, y los que »conforme a las leyes de este libro gobernaren las Audiencias, »comuniquen las materias y cosas importantes y tomen para »resolverlas el parecer de ellas.» (Ley XII, Felipe II, en Madrid 1595, confirmada por Felipe III en San Lorenzo, el 17 de »Setiembre de 1616.)

»Pero que los Virreyes y Presidentes no llamen por ninguna vía a los Oidores ni Alcaldes para que los acompañen en »actos «privados». (Ley XIII, Felipe III, en San Lorenzo, »5 de Septiembre de 1620.)»

Naturalmente que en el concepto moderno sería exagerado que los jueces no pudieran cultivar moderadamente las relaciones sociales; pero entonces, y en las apartadas colonias, era muy sabio evitar familiaridades y tentaciones, como era sabio aquel fuero vascongado que mandaba que los jueces vivieran «como toros apartados». Por lo demás, cito prolijamente a designio las fechas de las leyes para comprobar que eran remedios clementes y previsores, aplicados a medida que los abusos eran conocidos por el Real Consejo de las Indias y por los monarcas.

Que los Ministros de justicia, sus parientes y criados no tengan tablajes de juego, aunque sea con pretexto de sacar limosna. (Ley LXXV, Felipe III, 20 de Noviembre de 1610.)

Que el Presidente y los demás Ministros paguen a los indios lo que les compraren. (Ley LXXVI, Felipe II, Madrid, 20 de Junio de 1567.)

Que ningún Virrey, Presidente, Oidor, Alcalde del Crimen, ni Fiscal, ni sus hijos o hijas se casen en sus distritos, pena de perder los oficios. (Ley LXXXII, Felipe II, Madrid, 10 de Febrero de 1575, confirmada por Felipe III, Elvas, 17 de Mayo de 1619.)

Todos los monarcas que las subscribieron habían adoptado para que hubiera en las Indias una justicia moral e impecable, y que fuesen aplicables indistintamente a todos sus subordinados culpables, desde los Virreyes hasta los indios. Aquellos textos son un compendio eternamente fresco y saludable de moral social, administrativa y forense.

La cuestión de la naturaleza de los «indios» fue la más grave que pudo presentarse desde el primer momento a la consideración de los monarcas españoles, porque desde los Reyes Católicos todos se encontraron con esta dificultad: un partido de sabios españoles, consejeros de Estado, que consideraban a los indios como fieras; y otro partido de españoles, consejeros también autorizados, que los consideraban seres humanos.

Recuerdo que en una de las disertaciones de este otro monumento de literatura colonial jurídicas, «De Jure Indiarum», del sabiondo doctor Zolorzano, en que estas constituciones y leyes han sido comentadas admirablemente, al punto de que ninguna literatura puede presentar un tratado de Derecho colonial más erudito y acertado; recuerdo, repito, que el doctor Zolorzano afirma en uno de sus capítulos que los Reyes se encontraron en tal perplejidad en cierto momento respecto de la cuestión de si los indios eran gentes o fieras, que postergaron la solución para una época en que pudiera ser tratada con mayor tranquilidad. ¿Y quién resolvió el problema? No fueron por cierto los sabios, divididos en dos campos, no fueron los Ministros de Estado de aquellos grandes Reyes, ni el Real Consejo de las Indias. Fue, desde el primer momento, un gran corazón, un ánima que tenía más de virtud que de sabiduría, una sublime mujer, que probablemente apenas sabía firmar mal; pero que un día, al dictar su testamento, enseñó que los indios eran como nosotros, tan dignos del cariño de los Reyes como del pueblo español, porque eran seres humanos. Esta hermosa página—que debía ser grabada en placas de bronce, y colocada en las ciudades del Nuevo Mundo y demás dominios españoles—estaba casi olvidada en esta «Recopilación de

las Indias», habiéndome cabido el honor, en cumplimiento de sentimientos de justicia, de exhumarla, de traducirla y de publicarla en francés, con cuyo motivo han sido conocidas y honradas por profesores de las Universidades de París y de Europa, las nobilísimas palabras que os voy a leer, y que forman toda la Ley I, Libro VI, Título IX de la «Recopilación»:

«Cuando nos fueron concedidas por la Santa Sede Apostólica las Islas y Tierra Firme del Mar Océano, descubiertas y por descubrir, nuestra principal intención fué, al tiempo que lo suplicamos al Papa Alejandro VI, de buena memoria, que nos hizo la dicha concesion, de procurar inducir y traer los pueblos de ellas, y los convertir á nuestra santa fé católica, y enviar á las dichas Islas y Tierra Firme, prelados y religiosos, clérigos y otras personas doctas y temerosas de Dios, para instruir los vecinos y moradores de ellas á la fé católica, y los doctrinar y enseñar buenas costumbres, y poner en ello la diligencia debida, segun más largamente en las letras de la dicha concesion se contiene. Suplico al rey mi señor, muy afectuosamente, y encargo y mando á la princesa mi hija y al príncipe su marido, que así lo hagan y cumplan, y que este sea su principal fin y en ello pongan mucha diligencia, y no consientan ni den lugar a que los indios vecinos y moradores de las dichas Islas y Tierra Firme, ganados y por ganar, reciban agravio alguno en sus personas y bienes; mas manden que sean bien y justamente tratados, y si algun agravio han recibido, lo remedien y provean de manera que no se exceda cosa alguna lo que por las letras apostólicas de la dicha concesion nos es inyungido y mandado. Y Nos, á imitacion de su católico y piadoso celo, ordenamos y mandamos á los virreyes, presidentes, audiencias, gobernadores y justicias reales, y encargamos á los arzobispos, obispos y prelados eclesiásticos, que tengan esta cláusula muy presente, y guarden lo dispuesto por las leyes, que en orden á la conversion de los naturales y su cristiana y católica enseñanza y buen tratamiento están dadas.»

La inobservancia de algunas de estas leyes determinaron

la publicación de una Real Cédula por Carlos II, de indudable importancia en la historia colonial española (1).

Sobre esta materia la legislación es copiosa. El doctor Zeballos recuerda de la «Recopilación» el título X, «Del buen tratamiento de los indios».

No pocos viajeros llegaban a España con indios e indias a su servicio; otros los llevaban a su servicio de Tucumán a Buenos Aires, de Buenos Aires al Perú, como cruelmente se ha practicado hasta hace pocos años, desgarrando los hogares y ocasionando toda clase de infortunios entre las familias indígenas. De ahí la ley que prohibía separar a los indios de sus familias. (Ley XVI, Libro VI, Tít. I, «De los indios»):

---

(1) «Habiendo tenido el rey D. Felipe IV, nuestro padre y señor que santa gloria haya, noticia de los malos tratamientos que reciben los indios en obrajes de paños, sin plena libertad (y á veces encarcelados y con prisiones) ni facultad de salir á sus casas, y acudir á sus mujeres, hijos y labores, y estando prohibido que fuesen así detenidos en pena de sus delitos y por deudas, y obligados á llevar cargas á cuestas, y que se repartan para servicio de las casas de virreyes, oidores y ministros, y consultado por nuestro Real Consejo de Indias, fué servido de resolver que se guardasen las leyes dadas sobre prohibir y modificar el servicio personal, y añadió de su real mano la cláusula siguiente: Quiero que me deis satisfaccion á mí y al mundo del modo de tratar esos mis vasallos, y de no hacerlo con que en respuesta de esta carta vea yo ejecutados ejemplares castigos en los que hubieren excedido en esta parte, me daré por servido, y aseguraos que aunque no lo remedieis lo tengo de remediar, y mandaros hacer gran cargo de las más leves omisiones en esto, por ser contra Dios y contra mí, y en total ruina y destruccion de estos reinos, cuyos naturales estimo y quiero que sean tratados como lo merecen vasallos que tanto sirven á la monarquía y tanto la han engrandecido é ilustrado. Y porque nuestra voluntad es, que los indios sean tratados con toda suavidad, blandura y caricia, y de ninguna persona eclesiástica ó secular ofendidos: Mandamos á los virreyes, presidentes, audiencias y justicias, que visto y considerado lo que Su Magestad fué servido de mandar, y todo cuanto se contiene en las leyes de esta recopilacion dadas en favor de los indios, lo guarden y cumplan con tan especial cuidado que no den motivo á nuestra indignacion, y para todos sea cargo de residencia.»

«Prohibimos y expresamente defendemos a todos los vecinos, estantes y habitantes en las Indias e Islas del Mar Océano de cualquier estado o condición, el traer o enviar a estos reinos, ni a otras partes de aquellas provincias, indios, ni indias, aunque sea con licencia nuestra o de nuestros gobernadores, o justicias, y aunque los indios o indias digan que quieren venir con ellos de su voluntad y que sea así, pena del que los trajere o enviare o en alguna forma diere consentimiento, favor o ayuda, caiga e incurra en pena de cien mil maravedís, etcétera».

El mismo título trae una serie de leyes protectoras, mandando que los indios sean favorecidos y amparados por las justicias eclesiásticas y seculares (ley I, ibidem); que «los indios se puedan casar libremente y ninguna orden real lo impida (ley II) y siempre que tengan edad legítima» (ley III); que se castigue la poligamia en indias y en caciques (leyes IV y V); que se prohiba la compra de esposas indígenas y no puedan venderlas los padres (ley VI); que «los indios de tierras frías no sean llevados a la caliente, ni al contrario» (ley VIII); que «los indios de Filipinas no sean llevados por fuerza de unas islas a otras», (ley XV) que los indios llevados a España sean repatriados a sus respectivas tribus por cuenta del Real Tesoro, salvo si constare quién los llevó, en cuyo caso él abonará el gasto (ley XVII); que «los indios puedan crear toda clase de ganado mayor y menor (ley XXII); que sea libre el comercio entre indios y españoles y a contento de partes (ley XXIV); que «los indios puedan comerciar libremente sus frutos y mantenimientos» (ley XXV); «que los indios puedan celebrar ferias, y vender en ellas sus mercaderías y sus frutos» (ley XXVIII); que «los indios tengan libertad de testar» (ley XXXII), etc.

La materia no está agotada. En varios títulos siguientes la «Recopilación» continúa exponiendo el derecho de los indios, y, por razones peculiares, legisla especialmente sobre los del Río de la Plata. El título II, «Ibidem», de «La Libertad de los in-

dios», en diez y seis leyes; el título III dispone sobre «Las reducciones y pueblos de los indios», con veintinueve leyes; el título V estatuye sobre «Los tributos y tasas de los indios», con cuarenta y una leyes; el título sexto crea «Los protectores de Indias, con catorce leyes; el título VII estatuye sobre «Los caciques», con diez y siete leyes; el título VIII reglamenta «Los repartimientos, encomiendas y pensiones de indios», con cincuenta y una leyes; el título XIX, legisla sobre «Los encomenderos de indios», con treinta y siete leyes; le sigue el título X, dedicado al «Buen tratamiento de los indios», con veintitrés leyes; es muy importante el título XII, «Del servicio personal», con cuarenta y nueve leyes; y, en fin, el Código cierra tan interesantes capítulos con el título XVI, «De los indios de Chile», con cincuenta y siete leyes, y con el título XVII, «De los indios de Tucumán, Paraguay y Río de la Plata», con trece leyes.

En fin, reales cédulas de Carlos V en 1542, confirmadas en 1550, y de Felipe II, reiteradas en 1563, en 1571 y en 1596, ordenan que las Audiencias y Chancillerías Reales de las Indias, tengan particular cuidado de que se dé buen tratamiento a los indios y de que sus pleitos sean substanciados con brevedad y se ponga freno a la «malicia de algunos abogados y procuradores, determinando las sumariantes con aplicación de los usos y costumbres de los indios». (Leyes LXXXIII, Lib. II, Título X, y XXV, tít. VIII, Lib. V, y 34 y 35, Tít. 38, Lib. II. Recop. de Ind.) Los indios del Plata y de Chile, más belicosos y fuertes, como hombres de zona templada, merecieron legislación directa y especial, precisamente para protegerlos contra las consecuencias de su espíritu bélico y del exceso de las reacciones cristianas.

Esta población indígena, capitaneada por españoles, formaba las «ciudades y villas» que gozaban de libertades municipales, pues constituían sus cabildos por el voto popular, reglamentado en la Recopilación de la manera más previsora y prolija. Las elecciones para las autoridades de los Cabildos

debían hacerse en las mismas casas de éstos, pues se prohibía por otra ley a los Oidores y Gobernadores practicar las elecciones en locales privados, donde peligraban las garantías para los vecinos, por la influencia directa que podían ejercer las autoridades en sus sufragios. (Libro IV, título IX, ley I, Carlos V, en Monzón, el 5 de Junio de 1528, confirmada por varias leyes posteriores.)

En la organización del sufragio popular para constituir los Cabildos, hallamos cuatro principios tutelares de la libertad de sufragio y precursores de los adelantos contemporáneos. Ellos son el «voto secreto» (todo secreto y recato de la ley II, Ibidem); prohibición de toda ostentación de fuerza y aun militares solos en el lugar del comicio (misma ley); que los Virreyes, Gobernadores y Oidores, es decir, los representantes de los altos poderes del Estado colonial se abstengan de impedir o influir el acto electoral en manera alguna, y que tampoco lo hagan por medio «de sus mujeres, parientes y allegados, pues en esto se ofende la justicia y buen gobierno», bajo severa penalidad ordinaria y extraordinaria (ley VII, «Ibidem»); y, en fin, que el escrutinio fuera hecho, no por los elementos políticos, sino por los altos jueces de la Audiencia y Chancillería Real, en número de dos, por lo menos.

La serie de leyes reglamentando las incompatibilidades a los efectos de asegurar la libertad del voto es copiosa y notable, por lo demás. Es digna de recuerdo, entre otras, la que dispone que los alcaldes ordinarios no vuelvan a ser elegidos hasta pasados dos años, con lo cual se evita que los que están en funciones puedan ejercer presión para ser reelegidos. Tenemos un principio análogo en la Constitución argentina, que establece que el Presidente no puede ser reelegido sino después de un período intermedio. (Libro V, título III, ley IX, de Felipe III, en Lisboa, el 10 de Agosto de 1619.)

Por último, la ley XVI (Ibidem), al tratar de los alcaldes ordinarios, es una de las raíces de lo que constituye ahora el fuero especial de la justicia federal, la justicia de extranjeros,

que ya encontramos en la más remota antigüedad, en la civilización babilónica, en la del Egipto, en la de Grecia, en la romana, entre españoles y árabes y judíos, donde hallamos los «agoranomos»—funcionarios que administran justicia en la plaza pública—y el praetor peregrinus—magistrados que entendían en los pleitos entre extranjeros entre sí y entre extranjeros y romanos. (Jus dicit inter peregrinus inter de et inter peregrinus et cives.)

En todas partes, el extranjero suele estar en situación desfavorable respecto del nacional, porque ignora la justicia, la lengua, carece de influencia y tiene en torno suyo un ambiente menos propicio para proteger su derecho. Por eso los chinos, los asirios, los egipcios, los príncipes españoles y árabes de la Reconquista habían creado esa institución admirable de los magistrados bilingües y trilingües, que hacía imposible lo que ha sucedido a menudo en América y entre nosotros mismos, de que a un extranjero se le haga subscribir, aprovechando su ignorancia del idioma y de las leyes, un contrato de venta de su propiedad, so pretexto de que es un poder o algún otro documento de trámite judicial. Los Reyes establecieron funcionarios españoles que debían estudiar en las Universidades de América la lengua de los indios para hacer justicia entre ellos y los españoles.

En lo que a la emigración se refiere, el Dr. Zeballos rectifica algunas exageraciones de los tratadistas sobre la materia, como el profesor Eugenio Philippovich.

La «colonización» y la «inmigración» eran puntos muy importantes también—dice Zeballos,—que estas leyes legislan con el mismo criterio que nosotros estamos legislando ahora la materia. Existía la leyenda conocida de la prohibición excepcional de entrada de los extranjeros en los dominios de España; pero con decir que era una leyenda, se rectifica el concepto. Hemos de considerar que se trataba de épocas en que las potencias de Europa vivían en una rivalidad extraordinaria de descubrimientos y de colonización en los mares y

continentes ultramarinos, en plena guerra en tiempo de paz; además de las rivalidades militares profundas que agitaban a la misma Europa. Siendo tiempos de situación militar, el Estado se defendía por todos los medios a su alcance en el Continente y en las Colonias, y aseguraba su presente y su porvenir, impidiendo que el extranjero se informara del estado de su civilización, de sus puntos débiles y más accesibles. Se creó entonces una legislación prohibitiva en América, común a todas las naciones descubridoras, con el objeto de evitar que los corsarios que giraban alrededor de las nuevas tierras, como zorros en torno de los gallineros, pudieran penetrar y posesionarse de los dominios ajenos. El Gobierno español se defendía especialmente contra los corsarios ingleses. Sin embargo, se fomentaba la inmigración, pero una inmigración calificada, para radicarla, permitiéndole adquirir tierras en propiedad (moderada composición), comerciar con los hijos del país y aun naturalizarse. Esta inmigración estaba formada en primer término por mecánicos y técnicos náuticos, por los que tenían algún oficio útil a los nuevos establecimientos y por los que habían guerreado en Europa y en América por España. Se les trataba como a españoles; se les exigía cuatro mil ducados de renta y casamiento con española para darles la naturalización y hacerlos ciudadanos de España, con domicilio en las Colonias.

Entre estas leyes tan importantes, hay una fundamental, que hemos incorporado a la Constitución argentina, y que que dice que los nacidos en una tierra, nacionales son de dicha tierra. Por ella, todos los extranjeros nacidos en los dominios españoles de América eran españoles, y pasaban, por consiguiente, a ser súbditos del Rey. Se les permitía el comercio con España por la casa de contratación de Sevilla, en la misma forma que a los españoles; se les hacía la misma justicia y se les colocaba en todo en la misma situación que a aquéllos, que no podía ser más favorable en la era colonial.

Pero una de estas leyes (Libro VI, título X, ley XXI, Fe-

lipe II, de 19 de Diciembre de 1593) dice que los delitos cometidos por los españoles contra los indios se castigaban con mayor pena que si la víctima hubiera sido un español.

La ignorancia ha sido una de las imputaciones más graves hechas a la dominación española. Las naciones que han sucedido a España, después de las luchas por la independencia, se dice fueron desgraciadas, y desacertadas en la organización y desarrollo de su política, porque España las mantuvo en la ignorancia. Este es el cargo. Las Leyes de Indias responden a él con su magnífico capítulo, que parece escrito en el año 1912, «Cartas orgánicas de las Universidades y organización de los estudios generales».

Se crearon las Universidades de Lima, de Méjico, y más tarde, las famosas Universidades de Chuquisaca y de Córdoba, que todos pueden estudiar de cerca. En ella se daba una enseñanza correspondiente a los tiempos. Ciertamente que no era de la que hoy se llama liberal, enseñanza de librepensamiento y de libre examen, sino la enseñanza española de la época, trasplantada a América con la mayor prolijidad y con las mayores ventajas, porque para tener buenos profesores, ordenaba que se les alojara cerca de la Universidad, además de otros requisitos tendientes al mismo fin.

La ley I, Lib. I, Tít. XXI, dice:

«Para servir a Dios, Nuestro Señor, y bien público de nuestros reinos, conviene que uuestros vasallos, súbditos y naturales, tengan en ellos Universidades y estudios generales donde sean instruídos y graduados en todas ciencias y facultades, y por mucho amor y voluntad que tenemos de honrar y favorecer a los de nuestras Indias y desterrar de ellas las tinieblas de la ignorancia, creamos, constituímos y fundamos, etc.

Esta es la cédula ereccional de las dos primeras Universidades del Nuevo Mundo, las de Lima y Méjico, el 21 de Setiembre de 1551.

Se fundan después colegios especiales, seminarios donde se daba una cultura que respondiera sabiamente a la función del

ministerio cristiano, academias náuticas que formaban técnicos en la construcción de naves para el comercio de Ultramar y de cabotaje; estudios especiales de indios, en que se obligaba a los españoles a acudir, a fin de que el trato y fusión de la raza pudiera operarse con mayor facilidad, con mayor comodidad y rapidez. La ley XVIII, Lib. VI, Tít. I, instituye escuelas primarias para que se enseñe la lengua castellana a los indios.

En América hizo el esfuerzo la colonización española; y no hay que olvidar que los hombres que independizaron el Nuevo Mundo de España fueron los cerebros que ella misma formara en sus Universidades coloniales.

Nació a la vez una literatura colonial, literatura admirable, que tiene páginas dignas del siglo de oro. El primer libro escrito sobre la República Argentina—concretándonos a los que más de cerca nos toca, dice el doctor Zeballos, porque sería largo citar centenares de obras publicadas en los tiempos de la dominación española en todas las regiones del globo—es una preciosa reliquia, libro del cual no se conocen, que yo sepa, sino tres ejemplares en el mundo, y que comienza con una portada soberbia, con las armas del emperador Carlos V, admirablemente grabada en madera e impresa en colores, impresa en 1555, en Valladolid, por Fernández de Córdoba, hermano del Gran Capitán. Contiene el informe del Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca sobre las cosas que vió y realizó en las Indias.

No es menos célebre en la literatura americana otro libro, original de los mismos tiempos. Es la primera historia de la República Argentina, escrita en latín por uno de los soldados rasos que trajo de Flandes el Adelantado D. Pedro de Mendoza. «Vera historia admiraudoe cuiusdam navigationes, quam Hudericus Schmidel, Stroutigensis, al anno 1534 uf que ad annum 1554, in americam vel Novum Mundum, etc. Noribergoe, Imperifis Sevini Hulfu, 1599.»

Schmidel en su libro narra los acontecimientos asombrosos

que un puñado de españoles—porque a tan poco quedó reducida la famosa expedición de Mendoza—sostuvo contra millares de indios. Casi rendidos los conquistadores por el hambre y por toda clase de penurias, inclusive la falta de armas y de municiones, sostuvieron heroicamente su posición hasta que al fin se impusieron! Es una página homérica de historia colonial! Es notable la primera vista de Buenos Aires y de la fortaleza, en la cual, apenas llegados los españoles, habían construído—en las inmediaciones de la Casa Rosada—un edificio de cuatro pisos para residencia del Gobernador y de las autoridades reales. Se ve el fuerte y los batallones o falanges de indios que los españoles resistieron.

Había en la Colonia guías de Comercio y de Sociedad, tan completas, tan detalladas como el Baedecker moderno. El Baedecker del Virreinato es un libro que honró a España y que ilustraba a las Colonias. Me refiero al *Lazarillo de los ciegos caminantes*, del mestizo Concoloncorvo. Y lo era, en efecto, porque con él en la mano, un hombre montaba a caballo en Buenos Aires y llegaba a Lima, sabiendo de antemano dónde debía proveerse de agua y de comida en cada jornada, y aun lo que le iba a costar la noche que pasara en una carreta o en una posta.

Existía prensa periódica.

Es la colección completa de *El Telégrafo Mercantil*, que comienza el miércoles 10 de Abril de 1801, y termina el 25 de Junio del mismo año. Es famoso este periódico entre los coloniales, conocido por el periódico de Cabello, español del Perú, que vino a Buenos Aires y lo fundó.

Otro libro prueba el esfuerzo asombroso de aquellas mentalidades: es un Diccionario de la lengua aymará y castellano. Revela un trabajo literario no común, al formar un vocabulario de voces indígenas de un lugar en el cual no se ha nacido, cuya lengua se ignora y hay que estudiar a fondo. Si como esfuerzo intelectual es extraordinario, como esfuerzo industrial es fabuloso. Este libro forma un volumen de 600 páginas,

impreso en tablas, porque en esa época no existían caracteres sueltos de imprenta. Fue impreso en una ciudad del Chaco boliviano, en los límites boliviano-peruanos discutidos, en una población importante, de la cual no quedan siquiera rastros geográficos que marquen su asiento, cubierto de selvas exuberantes. Dicha ciudad, sin embargo, debió ser importante, pues sostenía una imprenta suficiente para imprimir obras de esta difícil naturaleza. Puede apreciarse el mérito de este esfuerzo recordando lo que cuesta establecer hoy una imprenta para imprimir obras de menor importancia. El colofón del Diccionario reza lo que sigue:

«Impressa en la Casa de la Compañía de IESUS, del pueblo de Iuli, que está en la Provincia de Chucuyto, en la imprenta de Francisco del Canto. Año de MDCXII.»

Hay también un documento venerable. Es uno de los antecesores de la Constitución argentina. Es la piedra fundamental del federalismo argentino, desenterrada de un archivo colonial. Es la «Real Ordenanza de Intendentes», dictada por Carlos III, en 1782, ampliada por Real cédula de 1783, que crea las provincias coloniales del Virreynato, en la forma que sirvió de base a las que ahora existen en la República.

Con motivo del desarrollo que habían tomado la población y la riqueza de estos países y del anhelo que animaba a los Monarcas españoles de gobernar cada día con mayor acierto, comprendieron que los peores enemigos de sus ideas eran la distancia, las dificultades de comunicación, y, por consiguiente, el debilitamiento de la acción gubernativa de la Metrópoli sobre tan vastos territorios. Entonces, España, que bajo la iniciativa de los Reyes Católicos había empezado en el siglo XV a centralizar la acción y a limitar la vida política local de los heroicos reinos en obsequio de la futura nacionalidad, que bajo Carlos V había llegado a la absorción completa de los derechos de las antiguas realezas, ciudades y municipios; que bajo Felipe II y los Monarcas posteriores ensanchaba la acción nacional con sacrificio de la vida local y autonómica,

esa misma España produjo en América un movimiento inverso, obra de buen sentido y de tacto político.

Mientras en la Península la obra de la nacionalidad exigía la centralización, en el Nuevo Mundo, su mejor gobierno exigía, al contrario, reclamaba la centralización. Tal es el origen de este movimiento autonómico de la división de los Virreinatos en provincias, dándole a cada una de ellas un Gobernador, y Cabildos independientes y electivos que fundaban y desarrollaban una verdadera autonomía local, la cual fue respetada por los Virreyes, porque las Audiencias y los Cabildos, en los casos que las leyes preveían, podían dirigirse a la Corona en apelación y en són de queja contra los Virreyes. La autonomía local tenía así su válvula de seguridad.

Las ordenanzas de intendencias tienen para los argentinos la importancia extraordinaria de haber creado, en cada una de las intendencias, que se llaman provincias, con Gobernadores propios, un sentimiento local que, cuando estalló la revolución contra España y se declaró la Independencia, estaba ya maduro, dando por resultado que las provincias por el nuevo régimen y sin suficientes aptitudes para organizar la vida nacional, sintieran ambiciones y veleidades de declararse soberanas, y surgiera de sus susceptibilidades ambiciones e intereses la larga lucha entre los caudillos locales y la autoridad federal. Fue así como, en el año 1827, estas provincias declararon que al resumir su independencia en la forma originaria de su real origen, quedaban a la expectativa de mejores sucesos. En el año 1862, en el período de la reorganización nacional, volvieron a hacer análoga declaración, y al resumir su soberanía quedaban a la expectativa de los acontecimientos. Vese, pues, cómo el federalismo argentino hunde sus raíces en las tradiciones legalizadas por Carlos III.

En punto a comparaciones, el Dr. Zeballos recuerda las hermosas páginas del diplomático uruguayo Luis Alberto de Herrera.

«Si bien es cierto—dice—que tuvo más y mejores oportuni-

dades la colonización angloamericana para superar a la española, es prueba de que dicha colonización estuvo también herida por errores y de defectos, la revolución que iniciaron los americanos en son de protesta contra el Rey Jorge de Inglaterra, proclamando su Independencia. España puede presentar un insuperado cuerpo de leyes, como testimonio escrito de que había preparado la organización más completa y eficaz para hacerla efectiva en las Indias. ¿Por qué no prosperó del todo? Las razones deben buscarse en Europa, porque estas civilizaciones han dependido de la situación europea.

»Pero, todo considerado, y juzgadas las cosas y los acontecimientos coloniales con el criterio científico de los tiempos pasados, y aun de los modernos, la colonización española allende los mares ha sido un prodigioso esfuerzo de civilización, que puede presentar al mundo naciones como la República Argentina, Chile, Uruguay, Perú, para no citar sino las más inmediatas, y Bolivia y otras, en donde hombres de Estado eminentes están trazando grandes rumbos progresistas a las instituciones, y contribuyendo eficazmente en todo sentido al adelanto material y moral del Nuevo Mundo! Y si los americanos del Norte han hecho prodigios de colonización, que Inglaterra ostenta y ostentará siempre con orgullo, como testimonio de sus aptitudes colonizadoras y civilizadoras, me creo autorizado para predecir que un día España podrá también alzarse orgullosa ante el mundo y decir que ella fundó la República Argentina!»

La rehabilitación de la Metrópoli la hace también otro escritor argentino.

El doctor argentino Valle Iberlucea ha hecho recientemente la apología de la democracia española, considerándola como un esencial histórico en España, transmitido a la América española, antes que ningún otro Estado lo hiciera con sus colonias, en los días heroicos del liberalismo español de 1812 (1).

(1) Valle Iberlucea: *Las Cortes de Cádiz. La Revolución de España y la Democracia de América.*—Buenos Aires, 1912.

Me complazco en transcribir los testimonios americanos, que limpian de errores y de malquerencias la historia colonial de España. No me extraña que algunos extranjeros hayan agotado la tendenciosidad al juzgarnos sin conocernos; lo lamentable es que algunos españoles hayan caído en ese mal, llevados por la degeneración de los sentimientos nacionales. Son los descastados.

VICENTE GAY,
Profesor en la Universidad de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Crítica: Gazapos y tropezones de oradores, historiadores y periodistas.=Higiene: ¿Cómo conservar nuestra cabellera?=Bellas artes: La nueva arquitectura.=Anecdótica: Recuerdos del editor Lacroix: Lamartine, Zola y Víctor Hugo.=Impresiones y notas: Galicismo de *sobre* por *de*.

CRITICA

Gazapos y tropezones de oradores, historiadores y periodistas.—Siguiendo Alberto Cim, en *La Revue,* con su interesante lista de lapsus y singularidades de escritores, que ya hemos espigado en anteriores números de La España Moderna, completa las de novelistas y dramaturgos con las de oradores, historiadores, eclesiásticos, políticos, etc., y de ellas entresacamos las más curiosas.

Para que nadie se dé por ofendido, Cim abre esta nueva serie con Bossuet, al decir que «la mujer es el producto de un hueso supernumerario del hombre», y con Fenelón, al afirmar que «el agua está hecha para sostener esos prodigiosos edificios flotantes que se llaman navíos».

Como gedeonada, puede citarse la del filósofo Damirón: «Nadie duda que los hombres extraordinarios, de cualquier género que sean, deben una parte de sus éxitos a las cualidades superiores de que está dotada su organización.» Es un descubrimiento semejante al que hizo el príncipe Luis Napoleón, di-

ciendo que «la riqueza de un país depende de la prosperidad general».

En el *Catecismo de perseverancia* hace el abate Gaume una observación estupenda: «Noto en los peces, que es maravilloso que puedan nacer y vivir en el agua del mar, que es salada, y que su raza no esté aniquilada hace mucho tiempo.»

Al célebre obispo de Ginebra y Lausana, Vermillod, se le escapó este parrafito, que tiene que iñir, como dicen en tierra de Charreria: «Señoras: en la marcha de la sociedad cristiana, en los rieles del mundo, la mujer es la gota de agua, cuya influencia magnética, vivificada y purificada por el fuego del Espíritu Santo, comunica también el movimiento al tren social bajo su impulsión bienhechora; corre por la vía del progreso y se adelanta hacia las doctrinas eternas; pero si, en lugar de dar la gota de agua de la bendición divina, la mujer trae la piedra del descarrilamiento, se producen horribles catástrofes.» Pero, ¿no decía Pío IX, en 1847, que «la enseñanza filosófica hace beber a la juventud hiel de dragón en el cáliz de Babilonia»?

Montesquieu dice, en el *Espíritu de las leyes*, haber oído muchas veces deplorar «la ceguedad del consejo de Francisco I, que rechazó a Colón, que le proponía las Indias»; siendo sabido que América se descubrió dos años antes de que Francisco I naciera.

Voltaire llama a Bernardo Palissy «aquel alfarero que trabajaba para el rey Luis XIII», habiendo muerto Palissy en 1589, doce años antes de que Luis XIII viniera al mundo.

Al mismo Thiers, con todo su cuidado, se le escaparon lapsus como los siguientes: describiendo el paso de Joubert por un río, rápido y profundo de Italia, dice: «Estuvo a punto de ahogarse, sin conseguirlo.» En otro lugar: «Había llovido todo el día; veinte mil austriacos mordieron el polvo.» En otro: «El clima de Provenza, que sería frío si un sol tórrido...»

En Michelet, las perogrulladas y las simplezas abundan: «El espíritu humano, extraviado, se sienta más de una vez en las piedras del camino, y allí, como un niño que llora, no quie-

re ya escuchar a nadie, ni *avanzar*, sino acaso *a reculones*, para dar *hacia atrás* pasos *retrógrados.*»—«Los guardias de Corps no tenían ni armas de fuego, ni idea de servirse de ellas.»—«En el momento en que vieron enfrente *estallar* del seno de Francia esa divina *antorcha* de justicia que *juzgaba* a sus enemigos.» —«El asignado pareció *sentado sobre la cabeza* de Luis XVI.»— «Nuestros padres, andarines ágiles, podían, a veces, pasar por el lodo... *Los nuestros*, por lo contrario, ¿qué hacen?»—«La roca de Cabrera, una de las Antillas...»

Toussenel, original escritor ornitólogo furierista, dice: «¿Qué es un actor al lado de una actriz? Muy poca cosa. Dios, al hacer plano el pecho del hombre, le ha impedido, evidentemente, los más bellos movimientos oratorios.» En otro pasaje afirma que «la nación inglesa y la rusa son precisamente las en que el hombre hace mayores esfuerzos por parecerse a la mujer: el inglés afeitándose sin cesar, y el ruso abombándose el pecho.»—Un discípulo de Toussenel, Carlos Diguet, nos presenta al «gran pingüino, que parece siempre sentado sobre sus patas de atrás».

Ledru-Rollin confundía el mar Báltico con el Adriático, repitiendo hasta cinco veces tal atrocidad en su discurso sobre la expedición de Ancona, y *ocho ministros,* con motivo de la misma expedición, confundieron, según el *Fígaro* de 12 de Setiembre de 1878, Ancona con Civita-Vecchia.

«Se necesita más genio para ser barquero del Ródano que para escribir las *Orientales.*» Eso lo dice Proudhon, que asegura que «las mujeres de Egipto se prostituían públicamente a los cocodrilos».

Pero es más notable el descubrimiento hecho por el director del *Siècle*, Havin, cuando se atreve a sostener que «en cuanto un francés ha pasado la frontera, entra en territorio extranjero», o bien el del diputado Estamelin, perteneciente al grupo de los que oyen campanas sin saber dónde, cuando se arranca con esta cita histórica: «¡Pega, pero escucha!—decía un *filósofo* a un tirano de la antigüedad.»

En los discursos parlamentarios hormiguean las tonterías de todo género: «Yo he visto las influencias republicanas cruzarse de brazos» (Rouher).—«Las obreras en camisa tienen todas las simpatías del Ministro» (el Ministro Legrand).—«Vuestra mano derecha sabe todo lo que hace la izquierda, pero no lo dice» (Pourquery de Boisserin).—«Los marinos son hombres útiles y necesarios, sin los cuales no existiría la marina» (Cazanvieilh).—«Me habían dicho que teníais voz para gritar, pero no para escuchar» (Deroulede).

Nò son menos las tonterías que se dicen en el foro: «Sí, señores, este hombre es culpable, y todavía puede verse chispear en su mirada perversa el reflejo del último grito de su víctima» (Un fiscal del Havre, en 1888).—«Tenéis buenos antecedentes—dice el presidente Berard des Glajeux al acusado Lamiette,—pero no os reconvengo por ellos.» Los togados belgas son famosos en la materia, como lo prueba este manojo de lapsus reunidos por *L'Independence Belge:* «Proteger al cerdo, es protegernos a nosotros mismos.»—«La dinamita hiere no sólo a los magistrados, sino también a los inocentes.»—«Mi honorable colega lleva su Prometeo; que se deje roer por él.»—«La espada de la *dama de las llaves* (*Damoclès = dame aux clefs*) está suspendida sobre vuestras cabezas.»—«Vengo a hablaros del régimen de la inexactitud de la posición de la cuestión.»—«La zanahoria que llaman remolacha.»—«Cuando sacamos una espina del pie de alguien, nos preocupamos de lo que pondremos en su lugar.»

Los disparates del diputado irlandés Boyle-Roche son célebres: «Daría la mitad, ¿qué digo la mitad?, toda la Constitución por conservar el resto.»—«Podréis juzgar de nuestro estado cuando sepáis que os escribo esto con una espada en una mano y una pistola en la otra.»—El fue quien se quejó en pleno Parlamento «de un escritor anónimo llamado Junius»; quien denunció «aquel apostolado político que se volvía la espalda a sí mismo.»—Todo ello, sin embargo, tiene menos gracia que este ingenuo arranque: «No veo, señores, por qué se invoca a la posteridad en este debate. ¿Por qué aguantar por

ella tales inconvenientes? ¿Qué es lo que la posteridad ha hecho nunca por nosotros?»

En cuanto a los periódicos, sería cuento de nunca acabar si se fueran a citar todos los disparates que, por culpa de redactores o cajistas, suelen contener: «Sólo la égida de la razón puede contener al carro del Estado, zarandeado por una mar tempestuosa» (*Le Constitutionnel*).—«Enrique reclama sus cartas; le envían de Poncio a Pilatos» (Sarcey, en *L'Opinion Nationale*).—«Agita sobre su casco un penacho ausente» (El mismo, en *Le Temps*).—«La acción sigue dos paralelas que se cortan en un punto determinado» (El mismo en *Le Soleil*).—«Cuando el niño ha dejado de mamar, hay que desatornillarlo y ponerlo en un sitio fresco, tal como una fuente» (*El Gaulois;* se refería a un biberón, pero por mala redacción resultaba ser el niño el destornillado).—«Gironde ha enviado al salón una *Judith* que causará sensación: está a medias vuelta y mira la cabeza cortada de Goliath» (*Journal des Débats*).—«Este diputado se había casado con una de las más lindas mujeres de París, la señorita Magne, hija del antiguo ministro del Imperio y del mariscal Mac-Mahon» (*Le Matin;* el redactor quería decir que Magne fue ministro también de Mac-Mahon).—«Le habían robado su portamonedas después de haberla despojado de sus vestidos» (*Petit Journal*).—Moisés, grabando las Tablas de la Ley, es pintado así por el gran estilista Pablo de San Víctor: con un ojo miraba a Dios y con el otro escribía» (*Le Soleil*).—«El generoso anónimo, cuyo nombre permanecerá unido al recuerdo de esta buena obra» (*La République française*).

HIGIENE

¿Cómo conservar nuestra cabellera?—El Dr. Guelpa ha publicado un libro sobre la *Canicie y calvicie*, y su sustancia nos la da él mismo en un artículo de *La Revue*.

La higiene de los cabellos no ha llegado todavía a adqui-

rir la importancia de la de los dientes ni la de los pies, de las que han salido la Odontología y los pedícuros. Con excepción de raros dermatologistas, casi todos los médicos son incapaces de dar un consejo para el cuidado de la cabellera, ni saben defenderla mejor que cualquier peluquero, y sin embargo, nada más equivocado que la aplicación en esta materia del axioma jurídico *De minimis non curat prætor:* muchos estados morbosos (neuralgias, rinitis, otitis y otras manifestaciones reumáticas o nerviosas) dependen frecuentemente del cuidado que se tenga con la cabellera.

Dos hechos llaman, ante todo, la atención: la calvicie y la canicie, incomparablemente más precoces en el hombre que en la mujer. ¿Por qué la calvicie empieza siempre en la cima de la cabeza y en la frente, respetando hasta edad muy avanzada una semicorona de cabellos en la región postero-lateral inferior? ¿Por qué blanquean los cabellos al principio en las sienes, y más a prisa que en la barba? Por qué la barba está siempre más clara que los cabellos? ¿Por qué, en fin, los obreros y los aldeanos suelen ser menos calvos que los representantes de las clases acomodadas, menos calvos a su vez que los peluqueros mismos y hasta que los médicos, que cuidan las afecciones del cuero cabelludo? Porque la higiene de los cabellos actual es errónea y anticientífica.

Los tegumentos de la cabeza están regados, alimentados por seis grupos de arterias principales: las ramas occipitales, las aurículo-temporales y las frontales; todas ellas caminan entre la capa subcutánea y la aponeurosis epicránea; los demás vasos siguen aproximadamente las vías arteriales. Fijémonos en la dirección anatómica de estas últimas que se esparcen en abanico de la periferia del cráneo a su cima, porque esta disposición nos explicará algunos hechos importantes.

Cada cabello nace en el fondo de un canal (folículo) donde la matriz (papila) le alimenta; atraviesa antes de salir una especie de ampolla donde se unta de sebo, producción glandular oleosa que le da lustre y flexibilidad, y lo hace impermeable y

más resistente a las influencias termigrométricas de la atmósfera; al cabello se enlaza el músculo erizador que sirve para modificar la dirección del pelo, pero sobre todo, para oprimir la glándula sebácea y facilitar la expulsión de su producto. Las glándulas sudoríparas, además de su función emunctoria, contribuyen ciertamente al equilibrio de la temperatura del cuero cabelludo y hasta pueden servir de órganos compensadores de la función sebácea reducida o suprimida.

En el estado normal, la secreción del sebo es continua; la irritación mecánica producida por la punta de los peines, las aplicaciones antihigiénicas exteriores, y más frecuentemente la alteración de la secreción causada por modificaciones patológicas (enfermedades agudas, artritismo, tiroidismo, convalecencia, vejez, etc.), producen el espesamiento del sebo que forma en sus conductos verdaderos tapones, llamados *comedones*, que dificultan la evacuación regular de la glándula sebácea. En las personas que tienen los cabellos cortos, sobre todo si son artríticos, el músculo erizador, bajo la acción del frío y de la humedad, se contrae, no obra sobre la glándula y el comedón, que hubiera podido ser expulsado con una fuerte presión, se endurece y se fija más; la glándula sebácea se hipertrofia considerablemente comprimiendo la papila que pierde su vitalidad; las glándulas sudoríparas, por compensación vascular o por irritación contigua, eliminan durante algún tiempo una secreción exagerada y algo alterada, que se esparce por el cuero cabelludo mezclada con la hipersecreción de las glándulas sebáceas y con los detritus epidérmicos, yendo a constituir el elemento principal de la seborrea grasa. El cabello, lentamente empobrecido en su nutrición, comprimido por el tumor sebáceo, privado de la materia grasa protectora, y lavado por el exceso de las secreciones sudorales, palidece, se marchita y acaba por desaparecer. Luego continúa la hipertrofia de las glándulas sebáceas, que dificulta cada vez más la circulación y aminora progresivamente la vitalidad de los tejidos, que, comprimidos, estrangulados entre la capa superfi-

cial y la aponeurosis epicránea, sufren la degeneración adiposa, acompañada de la desaparición definitiva de los cabellos.

Por lo demás, las causas de calvicie indicadas no son las únicas: el artritismo desempeña un papel importantísimo en la pérdida precoz de los cabellos, y contra él precisamente dirige su eficaz acción el vegetalismo, siendo fácil demostrar lo mucho que la alimentación vegetaliana influye en la resistencia de los cabellos; el régimen de carne engrasa demasiado nuestros tejidos y dificulta con sus intoxicaciones el funcionamiento de nuestros órganos. La alimentación poco carnosa y en ciertos casos completamente vegetal, está indicadísima para combatir el artritismo y, por consecuencia, la calvicie. La producción pilosa está estrechamente ligada a la circulación; cuando, por la compresión del sombrero o por artritis de diversos orígenes, los vasos pierden su elasticidad y disminuyen de calibre, la parte del cuero cabelludo no regada se desguarnece; por eso la calvicie empieza siempre en el vértice y en el contorno de la frente, que son los puntos terminales de la vascularización arterial.

En cuanto a la canicie, aunque suele preceder y acompañar a la calvicie, es independiente de ella. La pigmentación es producida por las granulaciones pigmentarias depositadas entre las células de la corteza por fluidos que vienen de la región profunda y vascular del folículo; estos fluidos deben ser protegidos por el sebo, y cuando falta, los cabellos blanquean. Si a una persona que empieza a encanecer la aplican lavados con soluciones alcalinas, ácidas, antisépticas o alcoholizadas que destruyan el sebo, no se hace más que apresurar la calvicie; por el contrario, una limpieza habitual completada con una fricción del cuero cabelludo con un cuerpo graso (con preferencia un compuesto neutro y esterilizado de médula de vaca), constituye la higiene racional de la cabellera, pues el cuerpo graso restituye a la epidermis y a los cabellos el unto protector perdido en la limpieza. Eso explica que la canicie y la calvicie sean menos frecuentes en la mujer, que se lava menos la

cabeza, y no la comprime con su tocado. Por otra parte, la longitud de sus cabellos, que protegen el cuero cabelludo contra las variaciones atmosféricas, y que es el mejor medio de defensa preparado por la Naturaleza, lo destruímos sistemáticamente nosotros con cortes demasiados frecuentes y demasiado cortos.

Lo dicho suministra importantes indicaciones para la conservación del pelo. Las dos principales son: 1.ª Evitar todo obstáculo a la irrigación sanguínea; es preciso, pues, que el sombrero sea ligero y blando, o que lleve en los costados espacios abiertos. 2.ª Masar todos los días el cuero cabelludo y peinarse ampliamente con un peine de dientes no puntiagudos.

Por mucho que choque al lector, estas dos operaciones tienen por objeto, según el Dr. Guelpa, arrancar los cabellos ya muertos para que los reemplacen otros más vivos; el masaje facilita además la circulación sanguínea y la secreción sebácea, y ejecutado con un cuerpo graso, ablanda el comedón y hace su expulsión más fácil. Lo que actualmente se hace es, precisamente, lo contrario: se emplean soluciones alcoholizadas, alcalinas y ácidas, que son precisamente las substancias que se usan en Histología para endurecer las piezas anatómicas y decolorarlas.

Conviene observar que siendo muy lento el brote de los cabellos, hay que esperar, por lo menos dos meses, para juzgar los resultados del masaje y de las aplicaciones grasosas, que no pueden menos de ser satisfactorios. En cuanto a la afirmación de los sabios que ven en la calvicie la consecuencia del desarrollo intelectual, pronosticando la completa desaparición de la cabellera, hay que encogerse de hombros; es como si dijeran que los juerguistas de cráneo precozmente desnudo son el prototipo de la alta intelectualidad.

***

BELLAS ARTES

La nueva arquitectura.—Dice Andrés Vera en *La Grande Revue*, que la generación precedente, con su realismo y su impresionismo, su pacifismo y su socialismo, estaba caracterizada por el sentimiento, y que la generación nueva se inspira en la razón, y por eso exige en toda obra el orden, la claridad, la medida y la armonía. La generación anterior sólo buscaba sensaciones nuevas, siendo por lo mismo eminentemente receptiva como lo es la sensibilidad; la generación actual es eminentemente activa y crítica, comparando y combinando sus sensaciones para formar con ellas ideas, y haciendo resaltar su personalidad por la acción y la creación.

Como la arquitectura estará en adelante basada en la razón y no en el sentimiento, rechazará todos los medios que servían para hacer pintorescas las casas a fin de excitar la sensibilidad del transeúnte. Antes, en la ciudad, el arquitecto, para seducir, suavizaba todos los ángulos, sacando el mayor partido de las líneas curvas que sugieren la docilidad, levantando cúpulas y proyectando voladizos que parecían, los unos alzarse y los otros inclinarse para invitar al transeúnte a entrar; en todo el inmueble difundía el arquitecto abundante y evanescente ornamentación para expresar el lujo y la indolencia. En el campo se proponía un objeto análogo: para obtener una silueta atractiva, multiplicaba los resaltos, elevaba torrecillas, agitaba la techumbre y la ornamentaba con claraboyas. Para aumentar la alegría, acumulaba materiales de color, ladrillos vidriados, cristales ornamentales, flores en cajas ante las ventanas o antepechos, y en el interior, pasado el confortable pórtico con sus asientos y marquesina, todo se desarrollaba inspirado en el mismo principio; un vestíbulo de dimensiones teatrales, centro de la vida de familia, y a los lados de las chimeneas, ingeniosas combinaciones para sugerir al visitante las alegrías a que convida el rincón del fuego; todo parecía inventado para agradar a los amigos durante la visita.

Hoy es otra cosa; en la ciudad las casas no tendrán ya esas maneras de cortesanas, propias para atraer a los transeúntes, y en el campo tampoco tendrán los fáciles atractivos que se dan a los juguetes para encantar a los niños. A la razón no se la seduce, se la convence. El arquitecto se atendrá a la expresión de lo verdadero, lo simple y lo esencial; no hará ya obra de escultor en la ciudad ni de pintor en el campo, sino obra de arquitecto en todas partes. Se expresará por superficies, y éstas serán planas y no curvas, pues los materiales son bloques paralelepipédicos; así, la cuerda del albañil no tendrá que hacer trabajo de ornamentista ni se perderá nada del esfuerzo hecho. Se buscará la relación de las superficies y de los volúmenes, sin desdeñar los arcos, que son líneas en planos verticales, y el interés resultará de la solidez y de la comodidad por el balance y el contraste de los vacíos con los llenos y de las entrantes con las salientes. La escultura se colocará en sitio tan preciso que dé a la ornamentación el encanto de la novedad: en la cornisa, para subrayar una saliente; en los entrepaños, para oponer a una superficie lisa otra labrada; pero sin ser nunca exuberante y respetando siempre los perfiles de la edificación para que la mirada no se distraiga ni extravíe y pueda siempre comparar los espacios vacíos con las superficies decoradas.

Fuera de la ciudad hará lo mismo. Nada de preocupaciones de color ni de atracción del sentimiento. Construir una casa es añadir a otros un volumen de proporciones adecuadas al fin que se destina. Ni hay que perder el tiempo en halagos al gusto sentimental ni preocuparse del carácter local para construir aquí chalets, allá palacetes y acullá cabañas. Ese juego ya lo gastó en Trianón María Antonieta con la gracia de las pastorales; hoy es chocante ver salir un automóvil de una cabaña. En el campo, conviene sólo el arte sobrio y amplio; la ornamentación exterior es inútil, pues allí debe darla la Naturaleza, y toda lindeza se hace insoportable por la comparación con el espectáculo circundante. Entre nuestra casa de la ciudad y

la del campo no debe existir más diferencia que la que existe entre nuestros vestidos en uno y otro sitio; son distintos, sin que por eso se nos desconozca en una ni en otra ocasión.

Pero, ¿no haremos de esta arquitectura una obra sin arte, como un orador que sólo hablara por silogismos? No, porque buscamos también el estilo, y pretendiendo que la arquitectura sea resultado de una voluntad, veremos victoriosa esa voluntad cuando se observe la regla de las tres unidades, de plan, de forma y de coloración. Claro es que dentro de la unidad del plan habrá diversidad de planes: un grupo, por ejemplo, estará formado por la cocina, la despensa y el lavadero; otro, por la sala, el gabinete y el comedor; pero todo subordinado a un plan único. Este plan debe revestir una forma regular definida y simétrica, que dé la sensación de lo acabado y perfecto, marcando la extensión y la exaltación del yo en sus líneas severas y grandiosas. Y la satisfacción será completa si en el desarrollo del plan se observa la unidad de coloración. Así debe ser, así es ya la nueva arquitectura, en Francia por lo menos, según Andrés Vera, pues en España, ni las grandes construcciones de Madrid—no hablando del Palace-Hotel, que es un cuartelón sin arte alguno en sus líneas exteriores—ni menos las de Barcelona, con su precioso y original templo de la Sagrada Familia, parecen responder a ese ideal herreriano de que será eterno modelo nuestro imponente y severo Escorial.

ANECDÓTICA

Recuerdos del editor Lacroix: Lamartine, Zola y Víctor Hugo.—Era todo un tipo el editor Alberto Lacroix, célebre y próspero durante el segundo Imperio, y cuya tienda de la calle Vivienne era frecuentada por Michelet, Edgar Quinet, Luis Blanc, Proudhon, etc. Jorge Beaume, que lo trató íntimamente, dedica a su memoria un artículo en la *Revue Hebdomadaire,* lleno de anécdotas curiosas.

Era original, de ideas avanzadas, sincero y convencido.

Preguntándole Beaume una tarde por Lamartine, le dijo: «—Sí, le he conocido, y hasta ha muerto debiéndome 70.000 francos. No le guardo rencor, porque hizo lo que pudo por pagar su deuda, pero no tuvo tiempo; era así, descuidado, y tan feliz con derramar su fortuna como su genio. Un invierno, sin embargo, tuve necesidad de dinero, y para recordar a Lamartine sus compromisos, le pedí una cita. Me respondió en seguida, que me esperaba en la calle Ville l'Evêque, donde tenía un cuartito. Fuí a las diez, y una criada vieja me abrió; el maestro estaba todavía en la cama, sentado, sostenido el largo y flaco busto por numerosas almohadas, y teniendo a sus pies una galguita. Me tendió la mano, sonriendo, con la nobleza natural que se advertía en sus menores gestos, pero no era cosa fácil llegar hasta él: estaba trabajando, y, como es sabido, improvisaba con facilidad tan abundante como maravillosa; a medida que cubría con su letra fina y regular las cuartillas, las tiraba al azar, de modo que la alfombra estaba cubierta de ellas, y me fue preciso ir poniendo los pies con el mismo cuidado que cuando se atraviesa una plaza llena de charquitos; al fin pude cogerle la mano y sentarme a su cabecera.—Señor Lacroix—me dijo,—trabajo para usted. Si nada me lo impide, tendré lista mi obra dentro de unas semanas.—Gracias; me enorgullecería poder publicar algo de usted. Sin embargo, le suplico que no se dé malos ratos por mi causa. Cuidaos.—Es verdad; esto no marcha bien. No importa; tengo prisa por reembolsaros del anticipo que me habéis hecho.—No hablemos más de ello.—¡Pues sí! No son más que setenta mil, ¿verdad? ¡Bueno! El libro tendrá tal éxito que pronto recobraremos esa cantidad. ¿Y cómo van los asuntos?—¡Bien! La *Historia* de Michelet con ilustraciones de Vierge se presenta muy bien... —Yo, el editor, el acreedor, me sentía intimidado ante el magnífico poeta en camisa de noche sobre su cama; me avergonzaba de haberle turbado en su retiro, y me despedí con pena. Unas semanas después murió, sin volverle a ver ni a él ni el manuscrito, que se extravió, nadie sabe dónde.»

Otro día le contó cómo había dado a luz a Zola. Era una tarde de domingo; iban Beaume y Lacroix paseando hacia la casa de Beaume, de Vincennes, cuando, al pasar por una panadería, Lacroix se detuvo, se dió un golpe en el pecho, y dijo: «—Tengo un hambre canina; espere un momento.—Si dentro de un cuarto de hora llegaremos a casa, y allí le darán a usted lo que pida.—No, no. He visto pan, y si no satisficiese en seguida mi apetito, lo pasaría mal.—Hubo que esperar, y Lacroix salió de la panadería oprimiendo contra su pecho un cuarterón de pan, que se comió ávidamente en el camino. Llegados a casa de Beaume, y sentados en el jardín, Beaume le recordó que le había prometido contarle sus relaciones con Zola, pues creía que el hallazgo de Zola era cosa de Charpentier.

—Pues veréis—dijo Lacroix.—Una mañana estaba yo trabajando en mi despacho, cuando el dependiente me anunció que un joven deseaba hablarme de un asunto. Me entregó una tarjeta. El nombre de Zola, naturalmente, nada significaba para mí. Pero yo no rechazaba jamás a ningún solicitante, y recibí a Zola, empleado en una casa de comercio, y que sólo disponía de una hora de libertad. Le observé: era alto, no guapo, moreno y barbudo, con unos lentes en la punta de una nariz gordita. Su frente prominente anunciaba un carácter de obstinación agresiva. Pero, ¡qué timidez, Dios mío, qué humildad casi! Se sentó en el borde de una silla, conservando sobre las rodillas un paquete medio escondido bajo el sombrero. Cuando le rogué me explicara el objeto de su visita, me dijo con voz temblorosa: —Vengo, señor, a presentar a usted el manuscrito de una obra que creo susceptible de interés. Me lisonjearía mucho que usted aceptara enterarse de ella. Quizá consintiera usted en publicarla si conviene a sus gustos.—Veamos ese manuscrito.

Con gesto lento, algo apurado, Zola me tendió su paquete, cubierto de papel blanco y sujeto con una cinta de satén azul, como las que usan las jóvenes para envolver algún objeto precioso de su tocador, y lo puse sobre mis papeles.—¿Podría

usted en pocas palabras, le dije, explicarme el asunto de su obra?—¡Oh, señor! Son cuentos, la mayor parte tomados de la realidad, los otros inspirados por mis recuerdos o por mi imaginación. He procurado poner en ellos frescura y luz del Mediodía, donde me he criado; los he escrito todos con emoción, y tengo el derecho de pensar que pueden conmover a sus lectores.

Hablaba tranquilamente con un tono de melancolía que me encantaba.—Está bien, le dije; vuelva usted dentro de quince días; habré leído su obra, y si me gusta, como deseo, la publicaré.—Gracias, señor; dentro de quince días volveré. —Se retiró, discreto y siempre tímido, y yo quedé encantado de aquel principiante que se presentaba solo, con su obra, sin ninguna clase de ridículas recomendaciones. Me juré cumplirle la palabra; pero pasaron los quince días y el paquete estaba intacto. Cuando se lo dije,—Lo esperaba, señor, me contestó con melancolía. Leerme a los quince días era demasiado. ¡Si usted supiera! Hace más de un año que paseo mi obra por las librerías.—¿La han rechazado en todas partes?—No, señor, no se han dignado leerme, salvo en una casa. He perdido el tiempo en recibir agua bendita.—No en mi casa; leeré la obra formalmente.—Lo sé; no me atrevía a venir a vuestra gran casa.—¿Por qué? Un librero gusta siempre de revelar al público verdaderos talentos.—Me alegan en todas partes que un libro de cuentos no puede obtener una venta numerosa.— Es verdad. ¿Se dedica usted sólo a cuentos?—No; pero para componer una obra de largo aliento se necesita estar desocupado, y yo tengo un empleo que absorbe lo mejor de mi tiempo; en cambio, me da seguridad, y eso es mucho.— ¿Dónde está usted empleado?—En casa de Hachette.—Hachette hubiera podido publicar su obra.—¡Dios mío! Sí... ¿Por qué no he de confesarle a usted que una tarde llegué a depositar furtivamente mi manuscrito en su mesa? Cuando supo que aquella obra era de uno de sus empleados, no pudo ocultar su mal humor. Me riñó y hasta sentí en el acento de sus recon-

venciones una amenaza.—¡Bien! Usted sabe que yo voy a leer su manuscrito, y dentro de quince días le comunicaré seguramente mi apreciación.

Aquella misma noche emprendí la lectura de los *Cuentos a Ninon*, y cuando quince días después Zola se presentó de nuevo menos tímido en mi librería, me costó trabajo disimular mi contento; él lo conoció en seguida, pues se sentó con desembarazo.—He leído, le dije, y aunque es de un inexperto, la firmeza y claridad de vuestro estilo debe agradar a los letrados, y la ternura de vuestras páginas debe conmover el corazón de las mujeres.—Entonces, ¿lo publicará usted?—Sí.—Enrojeció de dicha y de orgullo, y yo añadí:—Es usted un desconocido; haré una tirada de mil ejemplares solamente; veremos cómo marcha la cosa, y le pagaré un 10 por 100 de cada ejemplar.—Aceptó, y seis meses después se pusieron a la venta los *Cuentos a Ninon*. Zola era un hombre práctico; hizo pasar notas a los periódicos amigos, y él mismo llevó a las redacciones y al domicilio de los críticos los ejemplares dedicados. Se habló algo del libro, y poquito a poco se vendieron 700 ejemplares. Para un principiante no era poco. Me propuso otra cosa; le pedí una novela, y me llevó *Teresa Raquin*; luego publicamos la otra serie de cuentos y otra novela, y entonces le dije:—Hay en usted madera de escritor de éxito; debería usted emprender una serie de novelas que, como una sucesión de frescos, desarrollasen los gestos de un período histórico y de una idea social.—Ya he pensado en algo así, me dijo Zola; pero para eso se necesitan largos esfuerzos, muchos estudios y gran libertad de opinión y de movimientos.—Prepare usted su plan, y si me gusta, hablaremos.

Durante un mes aprovechó bien el tiempo, y me llevó el plan de los *Rougon-Macquart*.—Me conviene; le dije. Si se compromete usted a entregarme un tomo cada año, yo le ofrezco 500 francos mensuales, usted me cederá la plena propiedad de los 16 volúmenes, y no publicará usted nada fuera de mi librería.—Aceptado.—Hicimos el contrato y... ya sabe us-

ted lo que ocurrió después; tuve que dejar mi librería del bulevar Montmartre, y traspasé mi contrato a Charpentier. El éxito de los *Rougon* fue tan grande, que, vendiéndose más de cien mil, Charpentier desgarró el contrato, y dió a Zola su parte legítima de beneficios; yo hubiera hecho lo mismo.

Otra vez, cuando ya el pobre Lacroix iba agotándose, aunque sin perder nunca las esperanzas, pues era un optimista a prueba de reveses, encerrado en un quinto piso entre sus reliquias editoriales, recordó los buenos tiempos en que conoció a Víctor Hugo, y con audacia increíble le propuso la compra de *Los Miserables*.—Yo no tenía un cuarto, pero quería hacer fortuna montando una casa editorial que no publicara más que hermosas obras. Desde Bruselas escribí al poeta, indicándole mis deseos de publicar, en las condiciones que pusiera, sus *Miserables*, de los que todo el mundo se ocupaba hacía años. Me respondió, aunque yo era entonces un desconocido, que no tenía ningún compromiso y que, aceptando en principio mi proposición, fuera a tratar con él en Guernesey. Me puse loco de contento y me fuí a Guernesey; era casi de noche y nadie me esperaba. Pasé allí unos días bastante cohibido, aunque el maestro me recibió sin ceremonia, invitándome con la mayor sencillez a creerme en su casa como en la mía. En la mesa, Víctor Hugo apenas hablaba; reinaba, y después de cada comida iba a la cocina a comerse dos o tres pedacitos de carbón, pretendiendo que aquel postre le limpiaba maravillosamente el estómago; hasta en el comer era prodigioso; a veces mondaba una naranja, se la metía entera en la boca, y no se la volvía a ver. Hasta el tercer día no se habló del asunto, y todo se redujo a pasear por la isla. Aquella mañana le hizo llamar a su cuarto en lo alto de la casa, con ventanas que dominaban el mar, y le dijo, señalándole con gesto soberano el diván en que estaba sentado:—Siéntese aquí. He preparado unos pliegos de papel timbrado. Vamos a redactar nuestro contrato: si acepta usted mis condiciones, cambiaremos nuestras firmas; si no las acepta usted, no tendré más que desgarrar estos plie-

gos.—Trémulo y ansioso, yo esperaba mi sentencia. No tenía un cuarto; pero estaba seguro de encontrar, no importa dónde, todo lo que necesitara, en cuanto tuviera en mi bolsillo la firma de Víctor Hugo. Yo escribía, y Víctor Hugo me dictaba con voz tranquila y firme sus condiciones imperiales; por de pronto, me obligaba a irle entregando a cuenta, a medida que fuera recibiendo su manuscrito, la suma de un millón; tenía que publicar la obra en determinado número de volúmenes, y él recobraría la propiedad a los diez años de publicada. A todo accedí, y él estaba satisfecho de mi fe y mi entusiasmo. Al día siguiente partí para el Havre. Gané un millón con *Los Miserables;* pero Víctor Hugo me lo hizo pagar, pues algunos años después me hizo cargar con *El hombre que ríe*, y allí perdí 500.000 francos.

IMPRESIONES Y NOTAS

Galicismo de «sobre» por «de».—Esta pícara ineducación gramatical, y más aún, la falta de buenas lecturas clásicas y la sobra de malas lecturas francesas y de peores traducciones, que tanto contribuyen a formar el gusto pervirtiéndolo, hacen que con la mayor inocencia se vayan colando por la vía del periódico en nuestro idioma ciertas expresiones que son otros atentados contra el habla castellana.

Cuando los franceses quieren designar una población ribereña de cualquier río, suelen adicionar el nombre de la población con el del río, usando para establecer la relación entre ambos nombres la preposición *sur*, que de ordinario significa *sobre;* así tenemos Châlons-sur-Saône, Francfort-sur-Mein, Bar-sur-Aube, etc. Pues bien; los malos traductores sin gusto, traducen al pie de la letra, y en diarios de gran circulación, de los que más influyen en la formación del gusto literario, el *A B C*, *La Correspondencia de España*, *El Liberal*, *El Imparcial*, etc., tropezamos a diario con la enormidad de un Francfort-sobre-Mein, Chalons-sobre-Saona, etc. ¿No da grima este modo de estropear el castellano?

En castellano tenemos la preposición *de*, ya sola, ya con el artículo, para enlazar el nombre de la población con el del río que la sirve de distintivo: Alba de Tormes, Añover del Tajo, San Baudilio de Llobregat. ¿Por qué, pues, no se ha de decir Chalons del Saona o Francfort del Meiu, y se hablaría en español y no en gabacho? Y nótese que la lengua en este punto no tiene ninguna vacilación, pues lo mismo el dialecto castellano puro que los subdialectos andaluz, extremeño, leonés, aragonés, montañés o murciano, y que los mismos dialectos gallego (portugués) y catalán, con sus subdialectos baleáricos, todos emplean la preposición *de*. Galicia nos da Barja de Lor y Parada del Sil; Portugal, Valença do Miño, Miranda do Douro, y Merreiros do Río; Asturias, Ribadesella (Sella) y Grandas de Salime; Santander, Vega de Pas y San Vicente de Toranzo; Aragón, Alcolea de Cinca, y Fuente de Jalón; Castilla la Vieja, Miranda de Ebro y Aranda de Duero; Castilla la Nueva, Alcalá de Henares y Villanueva de Guadamejud; El Leonesado, Ventosa del Río Almar y Cervera del Río Pisuerga; Cataluña, San Feliú de Llobregat y Mora de Ebro; Valencia, Callosa de Segura y Alcalá de la Jobada; Murcia, Alcalá del Júcar; Andalucía, Lora del Río y Almodóvar del Río; y Extremadura, Castañar de Ibor y Navalvillar de Ibor.

Como se ve, la regla es común a todas las regiones, y puede afirmarse que la relación de un nombre de lugar con el del río que baña o pasa cerca del poblado, para marcar su característica o servirle de mote o apellido, se expresa por la preposición *de*, no sólo en castellano, sino en español, en todos los dialectos y hablas de la Península. Proceda de dondequiera el redactor que escribe *Francfort sobre Mein* o barbarismos semejantes en libros españoles, no tiene justificación ninguna ni admite otra explicación que la de su ineducación y su pésimo gusto literario.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Manuale di polizia giudiziaria ad uso dei periti medico-legali, magistrati e funzionari di P. S., pel prof. Dott. Luigi Tomellini. Un volumen (perteneciente a la colección *Manuali Hoepli*) de XX-352 págs., con 161 grabados y una tabla en colores, 5 liras.

La policía judicial, arte de prevenir los delitos y de descubrir los ya cometidos, ha llegado a tener últimamente un desarrollo y unas aplicaciones que pocos años hace ni siquiera se podían sospechar. Y ello es debido al aprovechamiento, para servicio suyo, de ciertos descubrimientos, especialmente de la química, la fotografía, la antropometría, etc.

De aquí ha nacido la que muchos llaman, yo no sé si con entera propiedad, *Policía científica*, bastante cultivada en el día de hoy, y a cuyo estudio y correspondiente enseñanza práctica están consagradas algunas escuelas especiales.

También existe al propósito una especial literatura, ya bastante copiosa a la hora que corre, y a ella se ha venido a sumar recientemente este *Manual*, escrito por un ayudante del Instituto de Medicina legal de la Universidad de Génova y profesor libre de la materia en la Universidad de esta población, el cual se ha preparado para ello especialmente, no sólo estudiando con Alfonso Bertillon en París, sino también trabajando personalmente en el Instituto de Medicina legal de Génova, donde «no falta un material precioso para estas investigaciones», según dice el profesor Alberto Severi, director del Instituto citado, en el breve prólogo puesto al frente de este libro.

En ese mismo lugar se dice lo siguiente sobre la índole y el valor de la obra: «Este *Manual* puede resultar útil, no sólo al médico legista, sino sobre todo al magistrado instructor y al oficial de policía, los cuales tienen el deber de adquirir desde

el primer momento los elementos necesarios para la instrucción de un proceso, ya en materia de delitos contra las personas, ya en los contra la propiedad. No es una simple compilación: el autor ha añadido numerosas observaciones propias, acompañándolas de las correspondientes fotografías... En conclusión, el autor, al escribir este *Manual de policía judicial*, se ha propuesto resumir todo cuanto se ha dicho acerca del asunto, no perdiendo de vista que está destinado a andar principalmente en manos de los magistrados y de los agentes de la policía judicial, a quienes urge más saber cómo han de comportarse en los casos prácticos al comienzo del sumario, que no el tener nociones de anatomía, de medicina legal ó de antropología criminal. La diligencia que el autor ha puesto al dictar estas páginas; el rico material con que las ilustra, original en gran parte; la oportunidad en estos momentos de una publicación sin grandes pretensiones; la sobriedad y claridad de la exposición, son otras tantas circunstancias que harán el libro acepto para todos cuantos se interesan por esta clase de estudios, bastante nuevos para nosotros.»

El contenido es el siguiente: Primero, todo cuanto se refiere al lugar de la comisión del crimen o delito: la fotografía métrica del mismo; la del cadáver; el examen de las huellas de los dedos de las manos; las huellas de los pies, las de la ropa y los dientes; las manchas de sangre o de otras sustancias; el examen de los zapatos, vestidos, pelos, papeles, cenizas, signos gráficos, armas, etc. Luego, lo concerniente a la identificación y a los métodos varios que para ella se emplean: el antropométrico y el dactiloscópico (según diferentes autores) principalmente. Después, el retrato hablado y sus particularidades y variedades. Y por fin, lo tocante a la fotografía, aplicada al examen de documentos escritos y de falsificaciones.

En junto, el libro, sobre todo con los grabados y fotograbados que acompañan al texto, llena muy bien el objeto a que va destinado.

P. Dorado

ÍNDICE

Págs.

Crónicas del tiempo de Isabel II, por Carlos Cambronero. 5

Formas rudimentarias de la novela picaresca, por Franck Wadleigh Chandler..... 51

Beatriz de Aragón, reina de Hungría, por Alberto de Berzeviczy. 84

Los Maestros de Colonia en la Catedral de Burgos, por Carlos Justi. 131

Canibalismo en viaje, por Marck Twain..... 148

La América Moderna, por Vicente Gay. 159

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 187

Notas bibliográficas, por P. Dorado..... 206

AP
60
E8
año 25
no.289-91

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY